Tres hombres
Una batalla
Ningún héroe

JOE ABERCROMBIE

LOS HÉROES

RUNAS

Ciencia ficción y fantasía

JOE ABERCROMBIE

LOS HÉROES

RESUMEN

Cuentan que Dow el Negro ha llegado al trono del Norte sobre una montaña de calaveras. Mientras, el rey de la Unión ha decidido que hay que pararle los pies y sus ejércitos ya han invadido el Norte. Miles de hombres están convergiendo en un antiguo círculo de rocas —los Héroes—, en un valle anónimo que se convertirá en escenario de una de las batallas más sangrientas que el Norte ha presenciado. Al mismo tiempo, los dos bandos están infestados de intrigas, rencillas y envidias, que hacen el final imprevisible…

Para Eve

«Algún día leerás esto
y dirás: «Papá, ¿a qué vienen tantas espadas?»

Orden de batalla

LA UNIÓN

EL ALTO MANDO

El Lord Mariscal Kroy — comandante en jefe de los ejércitos de Su Majestad en el Norte.

El coronel Felnigg — jefe del estado mayor, un hombre que carece de barbilla.

El coronel Bremer dan Gorst — observador real de la Guerra del Norte y maestro espadachín caído en desgracia; en su día, fue el Primer Guardia del rey.

Rurgen y Younger — sus leales sirvientes, uno viejo, y el otro... más joven.

Bayaz, el Primero de los Magos — un brujo calvo que supuestamente tiene cientos de años y es un representante muy influyente del Consejo Cerrado, formado por los consejeros más cercanos del rey.

Yoru Sulfur — su mayordomo, guardaespaldas y principal contable.

Denka y Saurizin — dos ancianos Adeptos de la Universidad de Adua, unos académicos que están realizando un experimento para Bayaz.

LA DIVISIÓN DE JALENHORM

El general Jalenhorm — viejo amigo del rey, muy joven para ocupar ese puesto, se le suele describir como valiente pero proclive a cometer errores garrafales.

Retter — su corneta de trece años.

El coronel Vallimir — el ambicioso comandante en jefe del Primer Regimiento del Ejército de Su Majestad.

El sargento primero Forest — oficial jefe del estado mayor del Primer Regimiento.

El cabo Tunny — un aprovechado que lleva sirviendo mucho tiempo en el ejército y portaestandarte del Primer Regimiento.

Los soldados de caballería Yema, Klige, Worth y Lederlingen — reclutas un tanto negados que están a las órdenes de Tunny y desempeñan la labor de mensajeros.

El coronel Wetterlant — el puntilloso comandante en jefe del Sexto Regimiento.

El mayor Culfer — su nervioso segundo al mando.

El sargento Gaunt y el soldado Rose — soldados del Sexto Regimiento.

El mayor Popol — comanda el primer batallón del Regimiento de Rostod.

El capitán Lasmark — un incompetente capitán del Regimiento de Rostod.

El coronel Vinkler — valeroso comandante en jefe del Decimotercer Regimiento.

LA DIVISIÓN DE MITTERICK

El general Mitterick — un soldado profesional con un gran mentón y poca lealtad, se le considera muy inteligente aunque también temerario.

El coronel Opker — su jefe del estado mayor.

El teniente Dimbik — un inseguro joven oficial a las órdenes de Mitterick.

LA DIVISIÓN DE MEED

El Lord Gobernador Meed — un soldado amateur que posee un cuello similar al de una tortuga y que, en tiempos de paz, era gobernador de Angland, se dice que odia a los hombres del Norte tanto como un cerdo a los carniceros.

El coronel Harod dan Brock — un honrado y muy trabajador miembro de la división de Meed, hijo de un famoso traidor.

Finree dan Brock — la ambiciosa y perversa esposa del coronel Brock, hija del Lord Mariscal Kroy.

El coronel Brint — oficial de alto rango del estado mayor de Meed, viejo amigo del rey.

Aliz dan Brint — la ingenua esposa del coronel Brint.

El capitán Hardrick — un oficial del estado mayor de Meed, que suele llevar pantalones muy ceñidos.

LOS UNIONISTAS DEL SABUESO

El Sabueso — jefe de los hombres del Norte que luchan con la Unión. Antiguo compañero de Nueve el Sanguinario; en su día, fue un gran amigo de Dow el Negro, ahora es su encarnizado enemigo.

Sombrero Rojo — el segundo del Sabueso, que suele llevar una capucha roja.

Hardbread — un Gran Guerrero curtido en mil batallas, que lidera una docena para el Sabueso.

Cuervorojo — uno de los Caris de Hardbread.

EL NORTE

EL OCUPANTE DEL TRONO DE SKARLING Y SUS ADLÁTERES

Dow el Negro — el Protector del Norte, o el usurpador, depende de a quién le preguntes.

Pezuña Hendida — su segundo al mando, su jefe de guardaespaldas y adulador oficial.

Ishri — su consejera, una hechicera del desierto del Sur, enemiga acérrima de Bayaz.

Caul Escalofríos — un Gran Guerrero con el rostro destrozado y un ojo de metal, al que algunos consideran el perro de Dow el Negro.

Curnden Craw — un Gran Guerrero que es un hombre de honor; en su día, fue el segundo de Rudd Tresárboles, luego fue amigo de Bethod y ahora lidera una docena para Dow el Negro.

Wonderful — su sufrida segunda al mando.

Whirrun de Bligh — famoso héroe procedente del lejano Norte, cuya arma es el Padre de las Espadas. También lo llaman el Tarado, ya que tiene una tara en la sesera.

El Jovial Yon Cumber, Brack-i-Dayn, Scorry Sigiloso, Agrick, Athroc y Drofd — otros miembros de la docena de Craw.

LOS HOMBRES DE SCALE

Scale — es el hijo mayor de Bethod y ahora es el menos poderoso de los cinco Jefes Guerreros de Dow, tan fuerte como un toro, tan valiente como un toro y con un cerebro como el de un toro.

Pálido como la Nieve — en su día, fue uno de los Jefes Guerreros de Bethod, ahora es el segundo de Scale.

Hansul Ojo Blanco — un Gran Guerrero ciego de un ojo; en su día, fue el heraldo de Bethod.

El «príncipe» Calder — el hijo menor de Bethod, un infame cobarde e intrigante, que se encuentra exiliado temporalmente por haber sugerido sellar la paz.

Seff — su esposa embarazada e hija de Caul Reachey.

Deep y Shallow — un par de asesinos que vigilan a Calder mientras albergan la esperanza de hacerse ricos.

LOS HOMBRES DE CAUL REACHEY

Caul Reachey — uno de los cinco Jefes Guerreros de Dow, guerrero de edad avanzada, famoso por su honorabilidad, padre de Seff y suegro de Calder.

Brydian Flood — un Gran Guerrero que perteneció en su día a la docena de Craw.

Beck — joven granjero que ansia obtener la gloria en el campo de batalla, hijo de Shama el Cruel.

Reft, Colving, Stodder y Brait — otros jóvenes reclutados al mismo tiempo que Beck.

LOS HOMBRES DE GLAMA DORADO

Glama Dorado — uno de los cinco Jefes Guerreros de Dow, es insoportablemente vanidoso y está enemistado con Cairm Cabeza de Hierro.

Sutt Brittle — un Gran Guerrero notablemente codicioso.

Sueño Ligero — un Cari al servicio de Dorado.

LOS HOMBRES DE CAIRM CABEZA DE HIERRO

Cairm Cabeza de Llierro — uno de los cinco Jefes Guerreros de Dow, famoso por su cabezonería, enemigo de Glama Dorado.

Curly — un explorador tenaz.

Irig — un guerrero con muy malas pulgas, cuya arma es el hacha.

Temper — un arquero malhablado.

OTROS

Brodd Tenways — el más leal de los cinco Jefes Guerreros de Dow, feo como un demonio.

El Extraño que Llama — un gigante salvaje obsesionado con la civilización, jefe de todas las tierras al este del Crinna.

LOS QUE HAN REGRESADO AL BARRO (PERSONAJES MUERTOS, DADOS POR MUERTOS O MUERTOS HACE MUCHO)

Bethod — el primer rey de los hombres del Norte, padre de Scale y Calder.

Skarling el Desencapuchado — héroe legendario que en su época unió a todo el Norte para enfrentarse a la Unión.

Nueve el Sanguinario — en su día, fue el campeón de Bethod y el hombre más temido del Norte; durante un breve espacio de tiempo, fue el rey de los hombres del Norte, pero murió a manos de Dow el Negro (o eso se supone).

Rudd Tresárboles — famoso y honorable jefe de Uffrith, luchó contra Bethod y al que Nueve el Sanguinario derrotó en un duelo.

Forley el Flojo — guerrero famoso por su debilidad, compañero de Dow el Negro y el Sabueso, al que Calder ordenó asesinar.

Shama el Cruel — famoso campeón que murió a manos de Nueve el Sanguinario. El padre de Beck.

ANTES DE LA BATALLA

«Qué desdichada es la tierra que necesita héroes»

BERTOLT BRECHT

El signo de los tiempos

—Soy demasiado viejo para esta mierda —mascculló Craw, quien, a cada paso que daba, esbozaba un gesto de dolor por culpa de la rodilla que tenía fastidiada.

Tendría que haberse retirado hace tiempo. Hace mucho tiempo. Ahora, debería estar sentado en el porche de la parte trasera de su casa fumando en pipa, sonriendo ante el mar mientras el sol se hundía en él, tras haber dejado atrás un duro día de trabajo honrado. Pero no poseía casa alguna. Aunque, cuando la tuviera, seguro que sería una casa estupenda.

Logró abrirse camino a través de un agujero en un muro derruido. El corazón le latía desbocado como un caballo salvaje por culpa de esa pendiente tan pronunciada y larga que había tenido que subir, de la maleza que se le enredaba en las botas y del viento que amenazaba con arrollarlo. Aunque, en realidad, si era sincero consigo mismo, era porque temía que lo mataran allá arriba. Nunca había alardeado de ser un tipo valiente y, con el paso del tiempo, se había vuelto aún más cobarde. Lo cual resultaba bastante extraño: cuanto más joven se es, menos miedo se tiene a morir. Tal vez un hombre recibe una cierta cantidad de valor cuando nace y éste se va agotando con cada lío en que acaba metido.

Craw había estado metido en un montón de líos. Y daba la impresión de que estaba a punto de meterse en uno nuevo.

Se tomó un respiro en cuanto llegó por fin a un terreno llano, se agachó y se frotó los ojos, que le lloraban a causa del fuerte viento. Si bien intentó amortiguar su tos, sólo consiguió que sonara más fuerte. Entonces, frente a él, en medio de la oscuridad, emergieron los Héroes de manera imponente; su tamaño cuadriplicaba o más la altura de un hombre y conformaban unos enormes vacíos en el cielo nocturno donde no brillaba ninguna estrella. Gigantes olvidados, abandonados en la cima de su colina sometidos a los azotes del intenso viento. Vigilando la nada de manera obstinada.

Craw se preguntó cuánto podrían pesar esas enormes losas de piedra. Únicamente los muertos sabían cómo habían sido capaces de arrastrar esas malditas piedras hasta ahí. O quién las había arrastrado. O por qué. Pero los muertos no se lo iban a contar y Craw no tenía previsto engrosar sus filas para poder descubrirlo.

En ese instante, divisó el leve fulgor de un fuego entre los duros contornos de las piedras. Escuchó el murmullo de unas voces que se imponía al gruñido grave del viento. Eso le hizo recordar el riesgo que estaba corriendo y, al instante, una nueva oleada de miedo lo invadió. Sin embargo, el miedo es algo sano, siempre que a uno le haga pensar, como le había dicho Rudd Tresárboles hace mucho tiempo. Lo había pensado detenidamente y sabía que eso era lo correcto. O, al menos, la opción menos mala. A veces, eso es lo único a lo que uno puede aspirar.

Respiró hondo e intentó recordar cómo se sentía cuando era más joven y no le dolían las articulaciones y le importaba todo una mierda; entonces, escogió un agujero que se abría entre dos de aquellas enormes y antiguas rocas y lo atravesó.

Quizá ese sitio hubiera sido un lugar sagrado en tiempos inmemoriales, quizá esas rocas atesoraran una potente magia, quizá fuera un delito gravísimo adentrarse en ese círculo sin haber sido invitado a hacerlo. Pero si alguno de los antiguos dioses se ofendía ante ese comportamiento, no tenía manera alguna de mostrar su enfado. El viento amainó y se transformó en un suspiro lúgubre, y eso fue todo. La magia era un bien escaso y ya no quedaban muchas cosas sagradas. Este era el signo de los tiempos.

Una luz danzaba en la parte interior de los rostros de los Héroes, su débil fulgor naranja brillaba sobre la piedra agujereada, cubierta aquí y allá de musgo, así como de una maraña de zarzas viejas, ortigas y hierbas. Uno de ellos estaba roto por la mitad, otros dos se habían venido abajo con el paso de los siglos, dejando así unos huecos vacíos que se asemejaban a unos dientes que faltasen en la sonrisa de una calavera.

Craw contó ocho hombres; estaban apiñados alrededor de una hoguera azotada por el viento, vestidos con capas remendadas, abrigos raídos y mantas hechas jirones con los que combatían el frío. La luz de la hoguera parpadeaba sobre sus rostros demacrados, cubiertos de cicatrices y barbas de pocos días o espesas según el caso, y relucía en los filos de sus escudos, en las hojas de sus armas. Muchas armas. Aunque la mayoría era un poco más joven, no tenían un aspecto muy diferente del que podía tener el grupo de Craw una noche cualquiera. Probablemente, no eran muy distintos. Incluso llegó a pensar por un momento que uno de esos hombres, que se encontraba de perfil, era Jutlan. Se sobresaltó al creer reconocerlo e incluso estuvo a punto de saludarlo. Entonces, recordó que Jutlan llevaba doce años enterrado y que se había despedido de él ante su tumba.

Quizá hubiera un número limitado de rostros en el mundo. Y cuando uno llega a viejo, se da cuenta de que se repiten una y otra vez.

Craw alzó las manos, mostrando las palmas abiertas, e intentó hacer todo lo posible para que le dejaran de temblar.

—¡Buenas noches!

Todos giraron la cabeza bruscamente hacia él y cogieron sus armas al instante. Uno de ellos alzó un arco y a Craw se le encogieron las entrañas, pero antes de que tensara la cuerda para disparar, el hombre que se hallaba junto al arquero estiró un brazo y lo obligó a apuntar hacia abajo.

—Tranquilo, Cuervorojo.

El hombre que había hablado era un anciano robusto, de barba gris enmarañada y espesa, cuya reluciente espada se encontraba desenvainada entre sus rodillas dispuesta a ser utilizada. Craw sonrió ampliamente, algo raro en él, ya que ese rostro le resultaba familiar, y era consciente de que su funesto horizonte se despejaba.

Se llamaba Hardbread, y era un Gran Guerrero al que conocía desde hacía mucho tiempo. Craw había combatido en el mismo bando que él en unas cuantas batallas a lo largo de los años y en el bando contrario en otras cuantas más. Era un hombre de gran reputación. Un astuto guerrero muy experimentado que solía pensar las cosas y no matar primero y luego hacer preguntas, que era la forma de actuar por la que optaba cada vez más gente. Al parecer, también era el jefe de ese grupo, ya que el tipo llamado Cuervorojo bajó el arco de mala gana, para gran alivio de Craw. No quería que esa noche muriera nadie, y mucho menos él; no le avergonzaba admitirlo.

No obstante, todavía quedaban unas cuantas horas de oscuridad por delante y lo rodeaban demasiadas armas de afilado acero.

—Por los muertos —juró Hardbread, quien se encontraba sentado tan inmóvil como los Héroes, aunque, sin duda alguna, su mente iba a gran velocidad—. A menos que me equivoque, Curnden Craw acaba de surgir de la oscuridad.

—No te equivocas —replicó Craw, quien dio unos cuantos pasos hacia delante muy despacio, con las manos aún en alto, intentando en la medida de lo posible parecer tranquilo y despreocupado mientras ocho pares de ojos enemigos lo examinaban.

—Tu pelo se ha vuelto más gris, Craw.

—El tuyo también, Hardbread.

—Bueno, ya sabes. Hay una guerra en marcha —el viejo guerrero se dio unas palmaditas en el estómago—. Lo cual es muy malo para mis nervios.

—Si he de ser sincero, a mí me pasa lo mismo.

—¿Quién querría ser un soldado en estos tiempos?

—Es un trabajo de mierda. Pero dicen que los viejos caballos no son capaces de saltar nuevas vallas.

—Hoy en día, ni siquiera intento saltar —replicó Hardbread—. Tenía entendido que luchabas a favor de Dow el Negro. Tú y tu docena.

—Procuro combatir lo mínimo posible, pero en cuanto a favor de quién lucho, tienes razón. Dow es quien me paga las gachas.

—Me encantan las gachas —Hardbread posó la mirada sobre el fuego y lo atizó pensativo con una ramita—. La Unión es quien me paga a mí las mías —sus compañeros estaban nerviosos; se relamían los labios mientras acariciaban con los dedos sus armas y les brillaban los ojos bajo la luz del fuego. Eran como los espectadores de un duelo que observaban los primeros movimientos, mientras intentaban dilucidar quién tenía las de ganar. Hardbread volvió a alzar la mirada—. Lo cual nos coloca en bandos opuestos.

—¿Vamos a dejar que una tontería como a qué bando pertenecemos nos estropee una conversación tan cordial? —preguntó Craw.

Cuervorojo reaccionó como si la palabra *cordial* fuese un insulto y volvió a enrojecer de ira.

—¡Matemos a este cabrón!

Hardbread se volvió lentamente hacia él, con un gesto de deslíen dibujado en su semblante.

—Si sucede lo imposible y necesito que me ayudes, ya te lo diré. Hasta entonces, mantén la boca cerrada. Un hombre de la experiencia de Curnden Craw no sube hasta aquí arriba sólo para que lo asesine alguien como tú —su mirada vagó por entre las piedras y, acto seguido, volvió a posarse en Craw—. ¿Por qué has venido solo? ¿Acaso no quieres luchar más por ese cabrón de Dow el Negro y has venido a unirte al Sabueso?

—No puedo negar que me lo he planteado, pero luchar por la Unión no va conmigo, aunque respeto a quienes luchan en su bando. Todos tenemos nuestras razones para hacer lo que hacemos.

—Procuro no juzgar a un hombre sólo por los amigos que escoge.

—Siempre hay buenos hombres a ambos lados de una buena pregunta —afirmó Craw—. La cuestión es que Dow el Negro me pidió que me acercara a los Héroes, vigilara el lugar un rato y comprobara si la Unión se aproximaba por este camino. Pero tal vez podrías ahorrarme tantas molestias. ¿La Unión viene hacia aquí?

—No lo sé.

—Pero aquí estás.

—Yo no prestaría mucha atención a ese detalle —Hardbread lanzó una mirada, teñida de desánimo, a sus compañeros, que se encontraban alrededor del fuego—.

Como puedes ver, a mí también me han enviado solo, más o menos. El Sabueso me pidió que me acercara hasta los Héroes y vigilara para ver si Dow el Negro o alguno de su bando aparecía por aquí —entonces, arqueó las cejas—. ¿Crees que alguno de ellos aparecerá por aquí?

Craw esbozó una amplia sonrisa.

—No lo sé.

—Pero aquí estás.

—Yo no prestaría mucha atención a ese detalle. Sólo hemos venido aquí yo y mi docena. Menos Brydian Flood, que se rompió la pierna hace unos meses y lo tuvimos que dejar atrás para que se recuperase.

Hardbread sonrió pesarosamente y removió el fuego con la ramita, levantando así una nube de chispas.

—Siempre habéis sido un grupo muy bien avenido. Me atrevería a decir que ahora mismo tus hombres están repartidos alrededor de los Héroes, con los arcos preparados.

—Algo así —los hombres de Hardbread se apartaron a un lado nerviosos y boquiabiertos. Una voz que parecía surgir de ninguna parte los sobresaltó, aunque lo que más les pasmó fue que se tratara de una voz de mujer. Wonderful, que se encontraba con los brazos cruzados, la espada envainada y un arco sobre el hombro, estaba apoyada contra uno de los Héroes con la misma despreocupación con la que se habría apoyado en la pared de una taberna—. Hola, Hardbread.

El viejo guerrero esbozó una mueca de disgusto.

—Al menos, podrías tener una flecha preparada para disparar para que diera la impresión de que nos tomas en serio.

Wonderful movió bruscamente la cabeza en la oscuridad.

—Por ahí atrás hay unos chicos dispuestos a clavarte una flecha en la cara si uno solo de vosotros nos mira mal. ¿Así te sientes mejor?

Hardbread volvió a hacer una mueca de contrariedad.

—Sí y no —respondió, mientras sus muchachos miraban fijamente los huecos que había entre esas piedras, pues la noche de repente parecía hallarse repleta de amenazas—. Aún sigues siendo la segunda al mando de este grupito, ¿verdad?

Wonderful se rascó una larga cicatriz que se le veía claramente entre el pelo ralo de la cabeza.

—No he tenido ninguna oferta mejor. Somos como un matrimonio de viejos que no ha follado desde hace años, y ya sólo discute.

—Yo y mi esposa éramos así hasta que murió —afirmó Hardbread a la vez que daba unos golpecitos con un dedo a su espada desenvainada—. Ahora la echo de menos. En cuanto te vi, pensé que venías acompañado, Craw. Pero, como seguís parloteando y yo sigo respirando, supongo que estáis dispuestos a darnos una oportunidad de solucionar esto dialogando.

—Joder, me parece que supones muy bien —aseveró Craw—. Sí, ése es el plan.

—¿Mis centinelas siguen vivos?

Wonderful giró la cabeza y dio uno de sus característicos silbidos. Al instante, Scorry Sigiloso salió de detrás de una de esas piedras. Rodeaba con un brazo a un hombre que tenía una gran marca de nacimiento rosa en una mejilla. Casi daba la sensación de que fueran viejos amigos, hasta que uno reparaba en que Scorry llevaba un cuchillo en la mano, con cuyo filo acariciaba la garganta de Antojo.

Lo siento, jefe —le dijo el prisionero a Hardbread—. Me pillo con la guardia baja.

Son cosas que pasan.

Entonces, un tipo flacucho se adentró dando tumbos en la zona iluminada por el fuego como si hubiera recibido un fuerte empujón, se tropezó con sus propios pies y cayó, cuan largo era, sobre la alta hierba soltando un chillido. Tras él, el Jovial Yon emergió con paso impetuoso de la oscuridad, con un hacha en la mano, cuyo pesado filo relucía a la altura de una de sus botas, mientras en su barbuda cara se dibujaba un ceño fruncido.

Doy gracias a los muertos porque sigue vivo —Hardbread señaló al muchacho, que se estaba poniendo en pie, con la ramita que tenía en la mano—. Es el hijo de mi hermana. Le prometí que cuidaría de él. Si lo hubieras matado, siempre me lo habría recriminado.

Estaba dormido —gruñó Yon—. Me parece que no estabas cuidando muy bien de él, ¿verdad?

Hardbread se encogió de hombros.

No esperábamos encontrarnos aquí con nadie. Si hay dos cosas que estamos aburridos de ver en el Norte, son colinas y piedras. No supuse que una colina repleta de piedras fuera a ser una gran atracción.

—Para mí no lo es —afirmó Craw—, pero Dow el Negro nos ha ordenado que viniéramos aquí...

—Y cuando Dow el Negro ordena una cosa... —Brack-i-Dayn pronunció esas palabras casi cantando, como suelen hacer los montañeses.

A continuación, se adentró en el amplio círculo de hierba, con la parte tatuada de su enorme cara girada hacia la zona iluminada por el fuego, mientras las sombras se acumulaban en los huecos del otro lado de su rostro.

Cuervorojo hizo ademán de saltar pero Hardbread se lo impidió, dándole una palmadita en el hombro.

—Vaya, vaya. No dejan de aparecer más miembros de tu banda —la mirada de Hardbread fue del hacha del Jovial Yon a la amplia sonrisa de Wonderful, al estómago de Brack y se detuvo sobre el cuchillo de Scorry, que seguía posado sobre la garganta de su hombre. Sopesaba las posibilidades, sin duda alguna, al igual que habría hecho Craw—. ¿Whirrun de Bligh está contigo?

Craw asintió lentamente.

—No sé por qué, pero insiste en seguirme allá donde vaya.

En ese mismo instante, como si le hubieran dado una señal, la voz de Whirrun, con su extraño acento del valle, rasgó la oscuridad.

—Shoglig me dijo... que mi destino sería revelado... por un hombre que se ahogaría con un hueso —su voz resonó entre las piedras, de tal modo que parecía provenir de todas partes a la vez. A Whirrun le gustaba ser melodramático. Todo héroe de verdad que se precie tiene esa tendencia—. Y Shoglig es tan vieja como estas piedras. Algunos dicen que el infierno nunca se la llevará. Que el filo de ningún arma puede cortarla. Algunos dicen que vio nacer al mundo y lo verá morir. Ésa es una mujer a la que un hombre debe escuchar, ¿verdad? O eso dicen algunos.

Whirrun atravesó el agujero que había dejado uno de los Héroes que faltaban y se adentró en la zona iluminada por el fuego; era alto y esbelto, su rostro estaba cubierto por una capucha y era paciente como el invierno. Llevaba al Padre de las Espadas sobre los hombros, como el yugo de una lechera, el gris apagado del metal de la empuñadora refulgía intensamente, sus brazos pendían inertes junto a la hoja envainada y sus largas manos colgaban ociosas.

Shoglig predijo el momento, el lugar y la forma en que moriré. Me lo susurró y me obligó a guardar el secreto, ya que la magia, si se comparte, deja de ser magia. Así que no puedo deciros dónde ni cuándo moriré, pero no será aquí ni ahora —entonces, se detuvo a unos pocos pasos del fuego—. Pero, por otro lado, tus muchachos... —Whirrun ladeó hacia un lado su encapuchada cabeza, de modo que sólo se podía atisbar la punta de su nariz afilada, el contorno de su marcada mandíbula y su fina boca—. Shoglig no me dijo cuándo moriréis.

No se movió. No tenía por qué. Wonderful miró a Craw y alzó la mirada hacia el cielo estrellado. Pero los hombres de Hardbread no habían oído esas palabras cien veces como ellos.

—¿Whirrun? —masculló uno de ellos al compañero que tenía al lado—. ¿Whirrun el Tarado? ¿Es él?

Su compañero no dijo nada; simplemente, se limitó a tragar saliva, lo cual provocó que su nuez se desplazara de arriba abajo notablemente.

—Bueno, estoy demasiado viejo como para poder salir de este lío combatiendo —dijo Hardbread, con vivacidad—. ¿Cabe la posibilidad de que nos dejéis marchar sin más?

—En mi opinión, sí —contestó Craw.

—¿Podemos llevarnos nuestras cosas?

—No pretendo dejaros en mal lugar. Sólo quiero esta colina.

—O, más bien, la quiere Dow el Negro.

—Lo mismo da.

—Entonces, adelante, es toda vuestra —Hardbread se puso lentamente en pie, hizo un gesto de dolor al estirar las piernas, seguramente también tenía las articulaciones agarrotadas—. Hace un viento terrible aquí arriba. Prefiero estar abajo, en Osrung, con los pies cerca de un fuego —Craw tenía que admitir que en eso tenía razón, lo cual le llevó a preguntarse quién sacaba más provecho del acuerdo. Hardbread envainó su espada, pensativo, mientras sus hombres recogían sus cosas—. Actúas de un modo muy decente, Craw. Eres un hombre de honor, como se suele decir. Es bueno que los partidarios de diferentes bandos aún puedan hablar las cosas, en medio de todo este caos. La gente... ya no actúa decentemente.

—Es el signo de los tiempos —aseveró Craw, quien hizo un gesto con la cabeza dirigido a Scorry, el cual apartó el cuchillo de la garganta de Antojo, hizo una leve reverencia y alzó una mano en dirección hacia el fuego.

Antojo se echó hacia atrás, frotándose la zona recién afeitada que ahora tenía en su velludo cuello, y se dispuso a enrollar una manta. Craw metió ambos pulgares en el cinturón del que llevaba colgada la espada y no apartó la mirada de los hombres de Hardbread mientras se preparaban para marcharse, por si a alguno le daba por hacerse el héroe.

Cuervorojo era el que más probabilidades tenía. Se había colocado el arco sobre el hombro y ahora permanecía de pie, con gesto sombrío, mientras agarraba un hacha en una mano con tanta fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos y sostenía un escudo, en el que había un pájaro rojo pintado, con el otro brazo. Si antes había tenido intención de asesinar a Craw, no parecía que los últimos minutos le hubieran hecho cambiar de opinión.

—Sólo son un puñado de viejos y una puta —rezongó—. ¿Nos vamos a retirar ante gente como ésta sin pelear?

—No, no —contestó Hardbread, al mismo tiempo que se colgaba su abollado escudo a la espalda—. Yo me retiro, y el resto de tus compañeros. Pero tú te vas a quedar y vas a luchar solo contra Whirrun de Bligh.

—¿Que qué? —Cuervorojo miró extrañado y nervioso a Whirrun y éste le devolvió la mirada; por lo que se podía atisbar de su cara, ésta era tan pétrea como los propios Héroes.

—Pues eso —respondió Hardbread—, como deseas tanto un buen combate, ahí tienes. Después, me llevaré en un carro tu cadáver despedazado para dárselo a tu madre y decirle que no se preocupe, que moriste haciendo lo que querías. Le diré que querías tanto esta maldita colina que tenías que morir aquí.

Cuervorojo jugueteó nervioso con el mango de su hacha.

—¿Eh?

—O quizá prefieras bajar con los demás, mientras bendices el nombre de Guinden Craw por habernos advertido con buenas maneras de que debíamos irnos y dejarnos marchar sin una flecha clavada en el culo.

—Vale —dijo Cuervorojo, y, acto seguido, se volvió, cariacontecido.

Hardbread hinchó los carrillos y resopló ante Craw.

—Cómo son los jóvenes hoy en día, ¿eh? ¿Acaso éramos nosotros tan estúpidos?

Craw se encogió de hombros.

—Es muy probable que sí.

—Aunque yo no diría que tenía la misma sed de sangre que ellos.

Craw volvió a encogerse de hombros.

—Es el signo de los tiempos.

—Cierto, cierto y tres veces cierto. Os dejamos el fuego, ¿de acuerdo? Bueno, vámonos, muchachos.

Se dirigieron a la ladera sur de la colina, mientras todavía guardaban sus últimas cosas, y, a continuación, uno a uno se fueron desvaneciendo entre las piedras para perderse en la noche.

El sobrino de Hardbread se volvió cuando estaba en el hueco que quedaba entre las piedras y le enseñó el dedo anular a Craw.

—¡Volveremos, cabrones de mierda! —entonces, su tío le propinó un buen golpe en la parte superior de su desaliñada cabeza—. ¡Ay! ¿Qué pasa?

—Muestra un poco de respeto.

—¿No estamos librando una guerra?

Hardbread volvió a golpearlo de nuevo, lo cual le hizo chillar.

—Eso no es una razón para ser maleducado, idiota.

Craw permaneció inmóvil mientras las quejas del muchacho se esfumaban, arrastradas por el viento, más allá de las piedras; después, tragó saliva, con cierta amargura, y apartó los pulgares del cinturón. Fingió que tenía frío y se frotó las manos, para disimular que le estaban temblando. No obstante, el peligro había pasado y todos seguían respirando, así que supuso que las cosas habían salido lo mejor posible. Pero el Jovial Yon no estaba de acuerdo. Se acercó a Craw y se colocó junto a él, con el ceño muy fruncido y escupió al fuego.

—Puede que en algún momento nos arrepintamos de no haber matado a esos tipos.

—Prefiero cargar con el ligero peso sobre mi conciencia de no haberlos matado que con la pesada losa de haberlo hecho.

Desde el lado contrario, Brack chasqueó la lengua en señal de desaprobación a Craw.

—Un guerrero no debería cargar con mucho peso sobre su conciencia.

—Un guerrero tampoco debería cargar con una pesada barriga —le espetó Whirrun, quien se había quitado al Padre de las Espadas del hombro y la había clavado en el suelo, la empuñadura le llegaba a la altura del cuello, mientras observaba cómo se reflejaba la luz en la cruceta mientras le daba vueltas y vueltas—. Todos tenemos nuestras pesadas cargas que soportar.

—Sólo tengo un poco de barriga, cabrón fibroso —replicó el montañés, a la vez que se daba una palmadita orgulloso en su enorme tripa, como la que un padre le daría a su hijo en la cabecita.

—Jefe —dijo Agrick al acercarse a la zona iluminada por el fuego, con un arco en una mano y una flecha entre dos de sus dedos.

—¿Están ya lejos? —inquirió Craw.

—He visto que dejaban atrás los Niños. Ahora están cruzando el río, se dirigen a Osrung. Aunque Athroc sigue vigilándolos. Si deciden regresar, lo sabremos.

—¿Crees que se darán la vuelta? —preguntó Wonderful—. Hardbread es de la vieja guardia. Puede haberse ido sonriendo, pero esto no le habrá gustado ni un pelo. ¿Confías en ese viejo cabrón?

Craw frunció el ceño mientras tenía la mirada perdida en la noche.

—Tanto como confío en cualquier otro hoy en día.

—¿Tan poco? Entonces, será mejor que apostemos unos guardias.

—Sí —dijo Brack—. Y asegúrate de que los nuestros permanecen despiertos.

Craw le dio un golpe en el brazo.

—Gracias por presentarte voluntario para el primer turno.

—Tu tripa podrá hacerte compañía —apostilló Yon.

A continuación, Craw también dio un golpe en el brazo a este último.

—Me alegro de que estés a favor de la idea, tú harás el segundo turno.

—¡Mierda!

—¡Drofd!

Se veía claramente que el muchacho de pelo rizado era el nuevo de ese grupo, ya que se dio prisa por responder con energía.

—¿Sí, jefe?

—Coge el caballo que está ensillado y dirígete al camino de Yaws. No sé con quién te encontrarás primero... es probable que con Cabeza de Hierro, o quizá con Tenways. Hazles saber que nos hemos encontrado con una de las docenas del Sabueso en los Héroes. Diles que lo más probable es que sólo estuvieran reconociendo el terreno, pero...

—Sólo reconocían el terreno —afirmó Wonderful, mientras mordisqueaba una postilla, que tenía en un nudillo, que luego escupió desde la punta de la lengua—. La Unión está a varios kilómetros de aquí, dividida y desplegada, intentando avanzar en línea recta por un país que no tiene caminos rectos.

—Es bastante probable. Pero, de todos modos, sube al caballo y transmite el mensaje.

—¿Ahora? —la consternación se apoderó del rostro de Drofd—. ¿En plena noche?

—No, el verano que viene mejor —le espetó Wonderful—. Sí, ahora, necio. Además, lo único que tienes que hacer es seguir un camino.

Drofd profirió un suspiro.

—Es una misión para un héroe.

—Toda guerra es una misión para un héroe, muchacho —afirmó Craw, quien preferiría haber mandado a otro, pero entonces habrían estado discutiendo hasta el

alba sobre por qué el nuevo no era el elegido para cumplir esa misión. Hay ciertas maneras correctas de hacer las cosas que un hombre no puede obviar sin más.

—Tienes razón, jefe. Nos vemos en unos días, supongo. Y con el culo dolorido, sin duda alguna.

—¿Por qué? —preguntó Wonderful, moviendo las caderas adelante y atrás—. ¿Acaso Tenways es amiguito tuyo?

El comentario provocó algunas carcajadas. Brack se rio atronadoramente, Scorry se rio entre dientes e incluso el ceño fruncido de Yon se suavizó un poco, lo cual quería decir que le había hecho gracia.

—Pero qué simpáticos sois, me cago en todo —replicó Drofd, quien se internó en la noche en busca del caballo para iniciar su viaje.

—¡Tengo entendido que con grasa de pollo entra mejor! —le gritó Wonderful.

Al instante, las carcajadas de Whirrun reverberaron por los Héroes y se perdieron en el vacío de la oscuridad.

Tras tantas emociones, Craw se sentía agotado. Se dejó caer junto al fuego, esbozó una mueca de dolor al doblar las rodillas y pudo sentir que la tierra seguía caliente allá donde había posado su trasero de Hardbread. Scorry se había acomodado en el extremo más alejado a afilar su cuchillo y el ruido del roce del metal marcaba el ritmo de sus suaves y agudos canturreos. Era una canción sobre Skarling el Desencapuchado, el mayor héroe del Norte, quien había logrado reunir a todos los clanes hace mucho para expulsar a la Unión de aquellas tierras. Craw lo escuchó mientras seguía sentado; entretanto, se mordisqueaba la piel que rodea las uñas y pensaba que tenía que dejar de hacer eso de una vez por todas.

Whirrun dejó al Padre de las Espadas en el suelo, se puso en cuclillas y sacó la vieja bolsa en la que guardaba sus runas.

—Será mejor que lea las runas, ¿eh?

—¿Tienes que hacerlo? —masculló Yon.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo a lo que los símbolos puedan revelarte?

—Tengo miedo a que sueltes un montón de bobadas y me pase luego media noche despierto intentando buscarles un sentido.

—Eso ya lo veremos.

Whirrun ahuecó una mano y echó las runas en ella; luego, escupió sobre ellas y las lanzó cerca del fuego. Craw no pudo resistirse a la tentación de estirar el cuello para verlas, a pesar de que habría sido incapaz de saber qué significaban aquellos puñeteros símbolos ni aunque le hubieran dado dinero por ello.

—¿Qué dicen las runas, Tarado?

—Las runas dicen... —Whirrun entornó los ojos como si intentara discernir algo a lo lejos— que se va a derramar sangre.

Wonderful resopló.

—Siempre dicen lo mismo.

—Sí —Whirrun se abrigó, colocó la empuñadura de su espada a la altura de la nariz, como si fuera su amante, y cerró los ojos—. Pero últimamente aciertan más veces de las que se equivocan.

Craw contempló con el ceño fruncido a los Héroes, gigantes olvidados, que vigilaban testarudamente la nada.

—Es el signo de los tiempos —masculló.

El pacificador

Se hallaba junto a la ventana, con una mano apoyada sobre la piedra, mientras tamborileaba una y otra vez con los dedos. Contemplaba Carleon con el ceño fruncido. Recorrió con la mirada el laberinto de calles empedradas, la maraña de empinados tejados de pizarra y esas imponentes murallas que su padre había construido en su día para proteger la ciudad; todo ello había adquirido un color negro brillante gracias a la llovizna. Posó la mirada sobre los campos brumosos que había más allá, dejando atrás la bifurcación del río gris y hacia la silueta desigual de las colinas situadas en la cabeza del valle. Era como si, al observar todo aquello fijamente, fuera capaz de ver más lejos. Una extensión de más de cinco kilómetros cuadrados de terreno irregular que lo separaba del ejército desperdigado de Dow el Negro, del lugar donde se estaba decidiendo el destino del Norte. Sin él.

—Lo único que quiero es que cada uno haga lo que le digo. ¿Acaso es mucho pedir?

Seff se le acercó por detrás y él pudo sentir el roce de su vientre contra su espalda.

—Creo que es lo más juicioso que pueden hacer.

—Yo sé qué es lo mejor para todos, ¿verdad?

—Yo sí lo sé y siempre te digo qué es lo mejor para todos, así que... sí.

—Pues me parece que hay unos cuantos cabrones muy testarudos en el Norte que no se dan cuenta de que nosotros tenemos todas las respuestas.

Seff recorrió con la mano el brazo de su amado hasta atrapar sus dedos que tamborileaban inquietos sobre la piedra.

—A los hombres no les gusta la paz, pero la acabarán aceptando. Ya lo verás.

—Ya, pero, hasta entonces, como todo visionario, seguiré sufriendo su desdén y menosprecio en el exilio.

—Hasta entonces, seguirás encerrado en una habitación con tu esposa. ¿Acaso eso es algo tan malo?

—No querría estar en ningún otro sitio —mintió.

—Serás mentiroso —susurró Seff, quien, con los labios, le hizo cosquillas en la oreja a su marido—. Eres casi tan mentiroso como se dice que eres. Preferirías estar ahí fuera, junto a tu hermano, llevando una armadura —en ese instante, deslizó ambas manos bajo las axilas de su esposo y luego las colocó sobre su pecho, haciendo que se estremeciera al sentir las cosquillas—. Decapitando a un sinfín de sureños.

—Asesinar es mi pasatiempo favorito, ya lo sabes.

—Has matado a más hombres que Skarling.

—Y, si pudiera, llevaría puesta la armadura incluso en la cama.

—Pero no lo haces porque temes lastimar mi suave piel.

—La sangre suele manar a raudales de las cabezas decapitadas —afirmó, mientras se giraba para encararse con ella. Entonces apretó perezosamente con un dedo el esternón de su esposa—. Prefiero atravesarles el corazón con una estocada rápida.

—Como has atravesado el mío. Eres un gran espadachín.

En cuanto sintió la mano de su mujer entre las piernas, lanzó un agudo chillido y se apartó riéndose, con la espalda pegada a la pared y los brazos alzados para protegerse de ella.

—¡Vale, lo admito! ¡Soy mejor amante que guerrero!

—Al fin dices la verdad. Mira lo que me has hecho.

Se llevó entonces una mano al vientre y le lanzó una mirada de reproche, que se transformó en una sonrisa en cuanto él se acercó para colocar sus manos sobre las de ella, entrelazando sus dedos, y acariciarle su prominente tripa.

—Es un chico —susurró Seff—. Lo noto. Será el heredero del Norte. Tú serás rey y, entonces...

—Chtttt —le dijo y le hizo callar con un beso, ya que nunca se sabe quién puede estar escuchando—. Recuerda que tengo un hermano mayor.

—Un hermano mayor muy imbécil.

Si bien Calder esbozó una mueca de contrariedad, no negó que eso fuera verdad, sino que se limitó a suspirar y bajar la mirada hacia el extraño, maravilloso y aterrador vientre.

—Mi padre siempre decía que no hay nada más importante que la familia —salvo el poder—. Además, no tiene sentido discutir por algo que no tenemos. Dow el Negro es quien lleva ahora la cadena de mi padre. Es de él de quien debemos preocuparnos.

—Dow el Negro no es más que un matón con una sola oreja.

—Un matón que tiene a todo el Norte bajo su yugo y cuyos poderosos jefes guerreros hacen lo que él dice.

—Esos poderosos jefes guerreros —aseveró ella, resoplándole a la cara— no son más que unos enanos con nombres de grandes hombres.

—Brodd Tenways.

—¿Ese gusano viejo y putrefacto? Con sólo pensar en él, me pongo enferma.

—Cairm Cabeza de Hierro.

—Tengo entendido que tiene la polla enana. Por eso se pasa todo el día con el ceño fruncido.

—Glama Dorado.

—Ése la tiene aún más pequeña. Como el dedo de un bebé. Además, tú tienes aliados.

—¿Ah, sí?

—Sabes que sí. A mi padre le caes en gracia.

Calder hizo una mueca de disgusto.

—Tu padre no me odia, pero dudo mucho que estuviera dispuesto a lanzarse a cortar la soga en caso de que me ahorcaran.

—Es un hombre honorable.

—Claro que sí. Caul Reachey es un hombre de honor de verdad, todo el mundo lo sabe —aunque para lo que eso valía—. Pero cuando tú y yo nos prometimos, yo era el hijo del rey de los hombres del Norte y el mundo era muy distinto. Él iba a tener como yerno a un príncipe, no a un famoso cobarde.

Seff le dio una sonora palmadita en la mejilla.

Un apuesto cobarde.

—En el Norte, los hombres apuestos son incluso más despreciados que los cobardes. No estoy seguro de que tu padre esté contento con la suerte que he tenido últimamente.

—Me cago en la suerte —le espetó, a la vez que lo agarraba de la camisa con el puño y lo atraía hacia sí, pues era mucho más fuerte de lo que parecía—. Yo no cambiaría nada de lo que ha pasado.

—Yo tampoco. Sólo digo que quizá tu padre sí.

—Y yo te digo que te equivocas —le cogió de la mano y volvió a colocarla sobre su voluminosa tripa—. Eres de la familia.

—Familia —ni se molestó en decir que la familia podía ser tanto fuente de flaqueza como de fortaleza—. Así que contamos con tu honorable padre y con el imbécil de mi hermano. El Norte es nuestro.

—Lo será. Estoy segura —le aseguró, mientras retrocedía lentamente, y lo apartaba de la ventana en dirección a la cama—. Dow quizá sea un hombre hecho para la guerra, pero las guerras no duran eternamente. Eres mejor que él.

—Muy pocos se mostrarían de acuerdo contigo —replicó, aunque se sentía contento de oír esas palabras, sobre todo, si se las susurraban al oído con aquella voz suave, tenue y apremiante.

—Eres más listo que él —le rozó la mandíbula con su mejilla—. Mucho más —le acarició con la nariz la barbilla—. El hombre más listo del Norte.

Por los muertos, le encantaban los halagos.

—Sigue.

—No cabe duda de que eres más apuesto que él —añadió, a la vez que le apretaba la mano y lo obligaba a bajarla por su vientre—. Eres el hombre más apuesto del Norte...

Calder le lamió los labios con la punta de la lengua.

—Si la mujer más hermosa fuera quien gobernara, ya serías la reina de los hombres del Norte...

En ese instante, Seff jugueteaba nerviosa con los dedos con el cinturón de su marido.

—Siempre sabes qué decir, ¿verdad, príncipe Calder?

De improviso, se oyó un golpe sordo en la puerta y se quedó petrificado, la sangre fluyó repentinamente a su cabeza y abandonó su polla. No había nada como la amenaza de sufrir una muerte repentina para acabar con el espíritu romántico. Volvieron a escuchar otro golpe sordo y la pesada puerta vibró. Se separaron, ruborizados, y se colocaron bien la ropa, hechos un manojo de nervios. Más como un par de amantes jóvenes a los que hubieran sorprendido sus padres que como una pareja que llevaba ya cinco años casada. Cómo iba a soñar con ser rey cuando era incapaz siquiera de impedir que alguien entrara por su propia puerta.

—El puñetero cerrojo está de tu lado, ¿verdad? —le espetó a su mujer.

El metal chirrió y la puerta crujió al abrirse. En el dintel se hallaba un hombre cuya cabeza greñuda casi tocaba la piedra angular del mismo. Se giró con la parte destrozada de su cara vuelta hacia delante, una masa de carne cicatrizada que nacía cerca de una de las comisuras de su boca y le atravesaba una ceja y la frente; mientras tanto, la inerte bola metálica que tenía en la cuenca vacía refulgía. Si aún quedaba

algún rastro de romance por algún rincón, o en los pantalones de Calder, ese ojo y esa cicatriz supusieron su espeluznante fin. Notó cómo la tensión se adueñaba de Seff, y, como ella era mucho más valiente que él, su miedo aumentó al percibir que ella también estaba asustada. Escalofríos era el peor pájaro de mal agüero que un hombre podía llegar a ver jamás. La gente decía que era el perro faldero de Dow el Negro, pero nunca se lo decía a la cara, que tenía quemada. Era el hombre al que el Protector del Norte enviaba para hacer el trabajo sucio.

—Dow quiere verte.

Si un héroe sólo se hubiera horrorizado a medias al ver el rostro de Escalofríos, su voz habría hecho el resto. Hablaba con un susurro quebrado que hacía que cada palabra sonara como si doliera.

—¿Por qué? —preguntó Calder, manteniendo un tono de voz tan alegre y radiante como una mañana de verano, a pesar de que tenía el corazón desbocado—. ¿No puede derrotar a la Unión sin mí?

Escalofríos no se rió. Ni tampoco frunció el ceño. Permaneció de pie ahí, en la entrada, impertérrito, silencioso y amenazante.

Calder intentó quitar hierro al asunto y se encogió de hombros de la manera más despreocupada posible.

Bueno, supongo que todo el mundo está a las órdenes de alguien. Pero ¿qué pasa con mi esposa?

Escalofríos posó su ojo sano sobre Seff. Calder habría preferido que la hubiera mirado con lascivia y lujuria, o con asco y desdén sin embargo, Escalofríos observaba a su mujer embarazada como un carnicero habría observado a una res muerta, como si sólo fuera un trabajo que había que hacer.

—Dow quiere que se quede aquí como rehén. Para asegurarse de que todo el mundo se comporta como debe. Estará a salvo.

—Siempre que todo el mundo se comporte como debe.

Entonces, Calder se dio cuenta de que se había colocado delante de ella, como si quisiera escudarla con su cuerpo. Aunque, ante un tipo como Escalofríos, no sería un escudo muy eficaz.

—Eso es.

—¿Y si es Dow el Negro quien no se comporta como debe? ¿Quién será mi rehén?

El ojo sano de Escalofríos volvió a posarse sobre Calder y se quedó clavado en él.

—Yo seré tu rehén.

—Entonces, si Dow no cumple su palabra, podré matarte, ¿verdad?

—Podrás intentarlo.

—Ah —a Escalofríos le precedía su reputación: era uno de los guerreros más duros del Norte. Calder, no hacía falta señalar que no—. ¿Puedes concedernos un momento para despedirnos?

—¿Por qué no? —Escalofríos retrocedió hasta que únicamente el destello de su ojo metálico pudo distinguirse entre las sombras—. No soy un monstruo.

—Debo volver a ese nido de víboras —masculló Calder.

Seff lo agarró de la mano y alzó la mirada hacia él con los ojos desorbitados, temerosa y ansiosa a la vez. Casi tan temerosa y ansiosa como lo estaba él.

—Ten paciencia, Calder. Muévete con cuidado.

—Entonces, iré andando de puntillas hasta llegar ahí.

Si es que lograba llegar. Daba por sentado que había una posibilidad de cuatro de que hubieran ordenado a Escalofríos que lo degollara por el camino y se deshiciera de su cadáver en una ciénaga.

Su mujer le agarró la barbilla con el índice y el pulgar y, acto seguido, la movió con fuerza.

—Lo digo en serio. Dow te teme. Mi padre afirma que se valdrá de cualquier excusa para matarte.

—Dow debería temerme. Yo puedo ser muchas cosas, pero, sobre todo, soy el hijo de mi padre.

En ese instante, le apretó con aún más fuerza la barbilla, mientras lo miraba directamente a los ojos.

—Te quiero.

Calder miró al suelo, porque sintió la súbita presión de las lágrimas en el fondo de su garganta.

—¿Por qué? ¿Acaso no te das cuenta de que soy una mierda?

—Eres mejor de lo que crees.

Cuando ella lo decía, casi se lo creía.

—Yo también te quiero.

Ni siquiera tuvo que mentir. Aunque, cuando su padre anunció que los habían emparejado, la furia lo dominó. ¿Cómo iba a casarse con aquella zorra con nariz de puerco y lengua viperina? Pero, ahora, cada vez que la veía, le parecía más hermosa. Amaba su nariz y su lengua más incluso. Casi tanto como para hacerle renunciar a

otras mujeres. La acercó hacía sí, parpadeó para contener las lágrimas y la besó una vez más.

—No te preocupes. Nadie tiene menos ganas de asistir a mi ahorcamiento que yo mismo. Volveré a estar en esa cama contigo antes de que te des cuenta.

—¿Con la armadura puesta?

—Si quieres —contestó mientras retrocedía.

—Y mientras estés fuera, nada de mentiras.

—Yo nunca miento.

—Mentiroso —le espetó antes de que los guardias cerraran la puerta y corrieran el cerrojo.

Calder se quedó así en ese pasillo envuelto en sombras, con un único y tremendamente triste pensamiento en la cabeza: que tal vez nunca volviera a ver a su esposa. Lo cual le infundió un extraño valor que le llevó a correr tras Escalofríos, y darle una palmadita en el hombro cuando le alcanzó. Se sintió desconcertado al comprobar que era tan robusto como un roble y se puso nervioso; no obstante, se atrevió a decir:

—Como le ocurra algo, te prometo que...

—Tengo entendido que tus promesas no valen mucho.

Escalofríos clavó su mirada ofendido en la mano de Calder; al instante, éste la retiró con sumo cuidado. El príncipe rara vez actuaba valientemente y, cuando lo hacía, nunca iba más allá de lo que dictaba el sentido común.

—¿Quién dice eso? ¿Dow el Negro? Si hay alguien en todo el Norte cuyas promesas valgan aún menos que las mías es ese cabrón —Escalofríos permaneció callado, pero Calder no era un hombre que se desalentara fácilmente. Llevar a cabo una buena traición siempre requiere un gran esfuerzo—. Dow nunca te dará más de lo que puedas arrebatarle con ambas manos. No habrá nada para ti, da igual lo leal que seas. De hecho, cuanto más leal seas, menos obtendrás de él. Ya verás. Falta carne para alimentar a tantos perros hambrientos.

Escalofríos entornó su único ojo muy levemente.

—No soy un perro.

Ese breve destello de ira habría sido suficiente como para acobardar y acallar a la mayoría de los hombres, pero para Calder sólo era una grieta que había que cincelar y agrandar.

—Ya lo veo —susurró, con el mismo tono de voz bajo y apremiante con el que le había susurrado antes a Seff—. La mayoría es incapaz de ver más allá del miedo que

provocas en ellos, pero yo sí soy capaz. Veo lo que eres. Eres un guerrero, por supuesto, pero también un pensador. Eres ambicioso. Y orgulloso, ¿por qué no? —en ese instante, Calder hizo que se detuvieran en una parte muy sombría del pasillo, se inclinó hacia él en actitud conspiradora y, en cuanto aquel rostro marcado por una horrenda cicatriz se volvió hacia él, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apartarse horrorizado, tal y como le dictaba su instinto—. Si yo contara con un hombre como tú a mi servicio, lo utilizaría mucho mejor que Dow el Negro, eso te lo prometo.

Escalofríos le indicó con una mano, en cuyo meñique llevaba un enorme rubí que refulgía con el color de la sangre en la penumbra, que se acercara más. A Calder no le quedó más remedio que aproximarse aún más, demasiado para su gusto. Hasta que se halló lo bastante cerca como para sentir el cálido aliento de Escalofríos. Lo bastante cerca como para haberse besado. Lo bastante cerca como para que Calder pudiera contemplar su propia sonrisa, distorsionada y muy poco convincente, reflejada en esa bola de metal inerte que tenía Escalofríos por ojo.

—Dow quiere verte.

Los mejores de nosotros

Su Augusta Majestad:

Ya nos hemos recuperado totalmente del serio revés que sufrimos en Vado Sereno y la campaña prosigue. A pesar de la astucia de Dow el Negro, el Lord Mariscal Kroy lo está empujando sin cesar hacia el Norte, hacia su capital en Carleon. Ahora nos encontramos a no más de dos semanas de marcha de esa ciudad. No puede estar replegándose eternamente. Lo derrotaremos, Su Majestad puede contar con ello.

La división del General Jalenhorm ganó ayer una escaramuza en una cadena de montañas al nordeste. El Lord Gobernador Meed avanza con su división por el sur hacia Ollensand con la esperanza de obligar a los Hombres del Norte a dividir sus fuerzas y plantar batalla en desventaja. Yo viajo con la división del General Mitterick, junto al cuartel general del Mariscal Kroy. Ayer, cerca de una aldea llamada Barden, los Hombres del Norte emboscaron a nuestra columna de suministros, que se encontraba muy disgregada por culpa de estos pésimos caminos. No obstante, gracias a la diligencia y coraje de nuestra retaguardia, logramos derrotarlos y sufrieron muchas bajas. Debo destacar a Su Majestad que un tal teniente Kerns luchó con gran valor y perdió la vida en el combate, dejando, por lo que tengo entendido, esposa y un niño de corta edad.

Las columnas avanzan en orden. El tiempo acompaña. El ejército progresa con total libertad y la moral de los hombres está muy alta.

El más leal e indigno siervo de Su Majestad,
Bremer dan Gorst, Observador Real de la Guerra del Norte

La columna se hallaba sumida en el caos. Llovía a cántaros. El ejército se encontraba atascado en la mugre del camino y entre los hombres cundía el desánimo más absoluto. *Y mi ánimo es el que más hundido de todos está en este enjambre putrefacto.*

Bremer dan Gorst se abrió camino como pudo a través de un grupo de soldados cubiertos de barro, que se retorcían como gusanos y cuyas armaduras estaban empapadas, mientras las picas que portaban al hombro apuntaban letalmente en todas direcciones. No avanzaban, eran como la leche cuando se agria y espesa en una botella; sin embargo, los hombres de atrás seguían avanzando por el barro, añadiendo así su irritación a aquella masa que se zarandeaba a empujones,

ahogándose en un montón de mugre que hacía las veces de camino y que obligaba a los hombres a adentrarse en la zona arbolada lanzando juramentos. Gorst llegaba tarde y tuvo que hacer valer su autoridad, a medida que la masa se compactaba más y más, para que los hombres se apartaran a un lado. A veces, éstos se volvían para protestar mientras progresaban a trompicones por aquel barrizal, pero enseguida se callaban en cuanto veían de quién se trataba. Lo reconocían al instante.

El adversario que estaba desconcertando tanto al ejército de Su Majestad resultó ser uno de sus propios carromatos, que se había deslizado por el barro del camino, que les llegaba hasta los tobillos, hasta ir a parar a un lodazal mucho más profundo. Siguiendo el principio universal de que lo peor siempre acaba pasando, por muy improbable que parezca, de algún modo se había volcado prácticamente quedando con las ruedas traseras atascadas hasta la altura de los ejes. El conductor gruñía y fustigaba a los dos caballos, que se revolvían aterrorizados y nerviosos de manera inútil, mientras, en la parte de atrás, media docena de soldados desaliñados luchaban por ponerlo derecho con muy poca fortuna. A ambos lados del camino, los hombres reptaban entre la empapada maleza, maldiciendo mientras su uniforme quedaba rasgado por las zarzas, las alabardas se enredaban en las ramas y las ramitas les golpeaban en los ojos.

Tres jóvenes oficiales se encontraban cerca del carro; las hombreras de sus uniformes escarlatas se habían tornado de color granate, pues el aguacero les había empapado. Dos de ellos discutían y señalaban enérgicamente al carromato mientras el otro observaba impertérrito, con una mano apoyada despreocupadamente en la empuñadura dorada de su espada, tan inmóvil como un maniquí en una sastrería militar.

El enemigo no habría podido levantar un bloqueo más efectivo ni con un millar de hombres escogidos a tal efecto.

—¿Qué sucede? —exigió saber Gorst, quien se esforzó por usar un tono de voz autoritario, aunque fracasó miserablemente.

—¡Señor, los carromatos de provisiones no deberían ocupar el camino!

—¡Eso son bobadas, señor! La infantería debería detenerse mientras...

Está claro que aquí lo que importa es quién tiene la culpa y no dar con una solución, cómo no. Gorst apartó a los oficiales de un empujón y se adentró chapoteando en el lodazal; después, se abrió paso entre los soldados cubiertos de barro y se metió de lleno en la mugre que cubría el eje trasero del carromato, al mismo tiempo que intentaba hallar suelo firme entre el cieno. Respiró hondo varias veces brevemente y se preparó para empujar.

—¡Dale! —le chilló al conductor, olvidándose por una vez de intentar impostar la voz con un tono más grave.

El látigo restalló. Los hombres gimieron. Los caballos resoplaron. El barro los absorbió. Gorst se estremeció, desde la punta de los dedos de los pies hasta la coronilla, todos sus músculos se tensaron y estremecieron debido al tremendo esfuerzo. El mundo se desvaneció a su alrededor, sólo existían él y su objetivo. Resopló, gruñó y siseó, mientras la ira se acumulaba en él como si tuviera una reserva sin fondo de furia en vez de un corazón y sólo tuviera que abrir la espita para partir en dos el carromato.

Las ruedas emitieron un chillido en señal de protesta, dieron una sacudida y avanzaron entre el cieno. Gorst, de repente, se encontró con que no estaba empujando nada y se tambaleó desesperadamente hasta que cayó de cara en la mugre, seguido por un soldado que se desplomó junto a él. Se levantó haciendo un gran esfuerzo mientras el carromato se alejaba traqueteando y el conductor luchaba por mantener bajo control a sus caballos desbocados.

—Gracias por la ayuda, señor —el soldado cubierto de barro le estrechó la mano torpemente y, de ese modo, logró manchar aún más de lodo el uniforme de Gorst—. Lo siento, señor. Lo siento mucho.

Esto no habría pasado si engrasarais bien los ejes, escoria, menuda panda de alelados. Si mantuvierais los carromatos en el camino, no pasaría esto, so alelados. Si hicierais vuestro puñetero trabajo, no ocurriría esto, alimañas perezosas. ¿Acaso es mucho pedir?

—Bien —mascculló Gorst, a la vez que apartaba la mano de aquel hombre y hacía un fútil intento de estirarse la chaqueta—. Gracias.

Se adentró en la llovizna tras el carromato, mientras le parecía oír las risas burlonas de los soldados y sus oficiales mofándose de él a sus espaldas.

El Lord Mariscal Kroy, comandante en jefe de los ejércitos de Su Majestad en el Norte, había requisado, para utilizarlo como su cuartel general temporal, el mayor edificio que había en una docena de kilómetros a la redonda; básicamente, se trataba de una casita achaparrada, tan cubierta de musgo que parecía más bien un estercolero abandonado. Una mujer desdentada y su marido, aún más anciano, quienes presumiblemente eran los dueños de la casa, se encontraban sentados en la entrada del granero adyacente, abrigados con un mantón raído, desde donde observaron cómo Gorst avanzaba chapoteando por el barro hacia la vetusta puerta. No parecieron muy impresionados al verlo. Ni tampoco los cuatro guardias que haraganeaban por el porche con sus gabardinas mojadas. Ni tampoco el grupo de oficiales calados hasta los huesos que infestaban la sala de estar, que se volvieron con interés cuando Gorst entró, pero parecieron decepcionados en cuanto se percataron de quién se trataba.

—Es Gorst —comentó uno de ellos despectivamente, como si hubiera estado esperando a un rey y se hubiera topado inesperadamente con el mozo de una posada.

En la habitación se había concentrado la flor y nata del estamento militar. El Mariscal Kroy era la figura más destacada, presidía la mesa donde estaba sentado haciendo gala de una férrea disciplina y, como siempre, tenía un aspecto impecable con su uniforme negro recién planchado, su cuello almidonado con hojas plateadas incrustadas y todos los cabellos grises como el hierro de su cabeza en punta como si se estuvieran cuadrando. Su jefe de estado mayor, el coronel Felnigg, se encontraba sentado junto a él y muy erguido; era pequeño, astuto y poseía unos ojos brillantes que no se perdían ningún detalle; además, tenía la barbilla alzada hacia arriba de un modo que debía de resultarle muy incómodo, aunque más bien, como era un hombre que carecía de barbilla, su cuello conformaba una línea casi totalmente recta desde el cuello de su uniforme hasta las fosas nasales de su nariz picuda. *Parece un altivo buitre que aguarda a que aparezca un cadáver con el que darse un festín.*

El general Mitterick habría sido un manjar considerable. Era un hombre enorme con una cara igualmente enorme, con unos rasgos descomunales incrustados en el espacio que dejaba libre su cabeza. Si Felnigg tenía muy poca barbilla, Mitterick tenía demasiada; además, lucía un gran hoyuelo justo en el medio. *Es como si tuviera un culo que pendiera de su magnífico mostacho.* Llevaba unos guantes de gamuza bastante vulgares que le llegaban hasta el codo; probablemente, con ellos quería dar la impresión de ser un hombre de acción, pero a Gorst le recordaban más bien los guantes que lleva un granjero cuando quiere ayudar a cagar a una vaca estreñida.

Mitterick arqueó una ceja al ver que Gorst llevaba el uniforme cubierto de barro.

—¿Acaba de realizar otra heroicidad, coronel Gorst? —inquirió, entre leves risitas.

Métete las risas por ese culo que tienes en la barbilla, vanidoso amante del culo de las vacas. Esas palabras se asomaron a los labios de Gorst. Sin embargo, como tenía voz de falsete, dijera lo que dijera, siempre acabaría siendo objeto de burla. Habría preferido enfrentarse a un millar de hombres del Norte que a esa tortura de conversación. Así que, en cuanto se le iba a escapar la primera palabra, la transformó en una sonrisa desasosegada y se limitó a sonreír ante la humillación como siempre. Buscó el rincón más sombrío, cruzó los brazos sobre su mugrienta chaqueta y aplacó su furia al imaginarse las cabezas sonrientes de toda la plana mayor de Mitterick empaladas en las picas del ejército de Dow el Negro. Pese a que tal vez no fuera el pasatiempo más patriótico del mundo, sí estaba entre los más satisfactorios.

Esto es el mundo al revés, una farsa en la que hombres como éstos, si se les puede calificar como tales, pueden despreciar a un hombre como yo. Yo valgo el doble que todos vosotros, ¿Y esto es lo mejor que tiene que ofrecer la Unión? Merecemos perder.

—No se puede ganar una guerra sin ensuciarse las manos.

—¿Qué? —preguntó Gorst, mirando de soslayo a la vez que fruncía el ceño.

Entonces, comprobó que el Sabueso estaba apoyado junto a él, ataviado con una capa destrozada, y esbozaba una expresión de resignación en su hastiado y no menos maltratado rostro.

El norteño echó la cabeza hacia atrás hasta que golpeó con ella levemente la pared desconchada.

—Aunque cierta gente preferiría no mancharselas y perder, ¿eh?

Gorst no podía permitirse el lujo de mostrar cierta simpatía por el único hombre de la sala al que despreciaban aún más que a él. Así que se sumió en su acostumbrado silencio, que utilizaba como defensa, como una armadura desgastada por el uso, y centró su atención en la nerviosa cháchara de los oficiales.

—¿Cuándo llegarán aquí?

—Pronto.

—¿Cuántos son?

—Tengo entendido que tres.

—Sólo vendrá uno. Sólo hace falta un miembro del Consejo Cerrado.

—¿El Consejo Cerrado? —chilló Gorst, presa de los nervios, y su voz alcanzó un tono tan agudo que casi superó el rango de sonidos audibles por el oído humano. Una nauseabunda secuela del horror que había experimentado el día en que esos horribles viejos le habían arrebatado su posición social. *Destrozaron mis sueños con la misma despreocupación con la que un niño aplastaría a un escarabajo.* Luego, fue conducido por un pasillo cuyas puertas negras se cerraban a su paso como las tapas de unos ataúdes. *Ya no era el comandante de los guardias del rey. Ya no era Caballero de la Escolta Regia. Ya no era nada, salvo un ridículo chillón; mi nombre, sinónimo de fracaso y desgracia.* Aún podía ver aquel tribunal conformado por sonrisas burlonas, ajadas y arrugadas. Lo había presidido el rey, con el rostro lívido y cargado de tensión, que había sido incapaz de mirar a la cara a Gorst. *Como si la caída en desgracia de su siervo más leal no fuera más que una mera tarea desagradable que llevar a cabo...*

—¿De cuál de ellos se trata? —estaba preguntando Felnigg—. ¿Lo conocemos?

—Eso no importa —contestó Kroy, que estaba mirando hacia la ventana. Tras las contraventanas medio abiertas, la lluvia caía cada vez con más intensidad—. Ya

sabemos qué va a decir: que el rey nos exige que obtengamos una gran victoria, con el doble de rapidez y a la mitad de coste de lo normal.

—¡Como siempre! —exclamó Mitterick jactancioso, cual pavo real—. ¡Malditos políticos, siempre están metiendo las narices donde nadie les llama! Os juro que esos estafadores del Consejo Cerrado nos cuestan más vidas que el puñetero enemigo...

Súbitamente, el pomo de la puerta se giró con un agudo traqueteo y, a continuación, un corpulento anciano entró en la habitación; estaba completamente calvo y tenía una barba gris bastante corta. A primera vista, no transmitía la sensación de poseer un poder supremo. Su ropa sólo estaba un poco menos mojada por la lluvia y menos manchada de barro que la de Gorst. Su cayado estaba hecho de madera forrada con acero, parecía más un bastón para andar que un bastón de mando. Aun así, a pesar de que él y su único y humilde sirviente, que entró en la estancia tras su amo, se veían superados en diez a uno por algunos de los mejores pavos reales del ejército, fueron los oficiales los que contuvieron la respiración. El anciano transmitía una sensación de confianza inquebrantable, de desdeñoso dominio y de control total de la situación. *Como un matarife que echa un vistazo a los puercos de esa mañana.*

—Lord Bayaz —dijo Kroy, que había palidecido ligeramente.

Ésa podría haber sido la primera vez que veía al mariscal sorprendido, y no era el único. La gente que abarrotaba esa habitación no se habría quedado más estupefacta si el cadáver de Harod el Grande hubiera entrado montado en un carro para dirigirse a ellos.

—Caballeros —replicó Bayaz, quien, acto seguido, golpeó despreocupadamente con su cayado a su sirviente de pelo rizado, se secó las gotas de lluvia de la calva mientras decía algo entre dientes y luego sacudió la mano para desprenderse de ellas. Para tratarse de una figura legendaria, no era excesivamente ceremonioso—. Menudo tiempo hace, ¿eh? A veces, adoro el Norte, pero otras veces... no tanto.

—No esperábamos...

—¿Por qué iban a esperarme? —le espetó, soltando una risita ahogada y mostrando así su buen humor, aunque, al mismo tiempo, consiguió sonar amenazador—. ¡Si estoy retirado! He dejado vacía mi silla en el Consejo Cerrado una vez más y estaba intentando sobrellevar lo mejor posible mi proceso de decrepitud estudiando en mi biblioteca, alejado de la escena política. Pero como esta guerra se está librando justo en mi puerta, he pensado que cometería una negligencia si no me pasara por aquí. He traído dinero... Tengo entendido que van bastante atrasados con los pagos.

—Un poco —admitió Kroy.

—Y si se retrasan un poco más, el fino barniz del honor y la obediencia que cubre a los soldados quizá desaparezca rápidamente, ¿verdad, caballeros? Sin este lubricante dorado, la gran máquina del ejército de Su Majestad pronto traqueteará y se detendrá, como pasa con tantas cosas en la vida, ¿verdad?

—El bienestar de nuestros hombres siempre es una prioridad para nosotros —aseveró el mariscal, titubeando.

—¡Para mí también! —replicó Bayaz—. He venido para ayudar. O para mantener las ruedas bien engrasadas, si lo prefieren. Para observar y tal vez, si la ocasión lo exige, ofrecer mi humilde guía. Pues usted está al mando, Lord Mariscal, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Kroy, pero nadie estaba muy convencido de que eso fuera a ser así. Al fin y al cabo, se trataba del Primero de los Magos, un hombre que tenía cientos de años, poseía poderes mágicos y había forjado la Unión, había llevado al rey al trono, expulsado a los gurkos y arrasado a buena parte de Adua en el proceso. Supuestamente. *No es un hombre que se haya distinguido por su renuencia a inmiscuirse en ciertos asuntos*—. Esto... Permítame que le presente al general Mitterick, comandante de la segunda división de Su Majestad.

—General Mitterick, a pesar de haber estado recluido con mis libros, he oído muchas historias que ensalzan su valor. Es todo un honor.

El general se hinchó de felicidad.

—¡No, no! ¡El honor es mío!

—Ya —replicó Bayaz, con brusquedad.

Kroy rompió audazmente el silencio que reinó a continuación.

—Éste es el jefe del estado mayor, el coronel Felnigg, y éste es el Sabueso, el líder de los Hombres del Norte que se oponen a Dow el Negro y que luchan a nuestro lado.

—¡Ah, sí! —exclamó Bayaz, arqueando las cejas—. Creo que teníamos un amigo común, Logen Nuevededos.

El Sabueso le devolvió la mirada con firmeza; era el único hombre en aquella habitación que no se sentía sobrecogido ante su presencia.

—No tengo nada claro que esté muerto.

—Si alguien es capaz de engañar a la Gran Niveladora ése era... o es... él. De un modo u otro, el Norte lo ha perdido. Y el mundo entero. Era un gran hombre al que se le echa mucho de menos.

El Sabueso se encogió de hombros.

—Era un hombre, ni más ni menos. Con sus cosas buenas y malas, como la mayoría. Y respecto a que se le echa mucho de menos, bueno, eso dependerá de a quién se lo pregunte, ¿no?

—Cierto —contestó Bayaz, esbozando una sonrisa compungida, y, a continuación, pronunció unas pocas palabras en norteño fluido—. Uno tiene que ser muy realista con estas cosas.

—Como usted —replicó el Sabueso.

Gorst dudaba mucho que nadie más en aquella habitación hubiera entendido ese breve diálogo. Ni siquiera estaba seguro de que él mismo lo hubiera entendido del todo, a pesar de que conocía el idioma.

Kroy intentó seguir con las presentaciones.

—Y éste es...

—¡Bremer dan Gorst, por supuesto! —exclamó Bayaz, quien zarandeó a Gorst de la cabeza a los pies al estrecharle la mano afectuosamente. Para ser un hombre de tan avanzada edad, tenía mucha fuerza en las manos—. Le vi combatir con el rey en un duelo de esgrima. ¿Cuánto hace ya de eso? ¿Cinco años? ¿Seis?

Gorst podría haber contado las horas que habían transcurrido desde entonces. *Dice mucho sobre mi miserable vida que mi momento de mayor orgullo haya consistido en ser humillado en un duelo de esgrima.*

—Nueve.

—¡Nueve, fíjese! Las décadas revolotean ante mí como las hojas de los árboles en el viento. ¡Qué barbaridad! Ningún hombre se merecía más ese título.

—Fui derrotado con justicia.

Bayaz se inclinó hacia él.

—Bueno, fue derrotado, que es lo que realmente cuenta, ¿eh? —le espetó a Gorst, a la vez que le daba un golpecito en el brazo, como si acabaran de compartir una broma privada, aunque en este caso fuera una broma que sólo comprendía Bayaz—. Creía que formaba parte de los Caballeros de la Escolta Regia. ¿No estaba protegiendo al rey en la batalla de Adua?

Gorst notó que se ruborizaba. *Claro que sí, como todo el mundo que está aquí bien sabe, pero ahora no soy más que un desgraciado cabeza de turco del que se han deshecho tras haberlo utilizado, como el hijo más joven y desvergonzado de mi señor se habría deshecho de una sirvienta tartamuda. Ahora sólo soy...*

—El coronel Gorst se encuentra aquí en calidad de observador del rey —se atrevió a decir Kroy, al ver que el coronel se hallaba muy azorado.

—¡Por supuesto! —exclamó Bayaz, chasqueando los dedos—. Es lógico después de lo que sucedió en Sipani.

La cara de Gorst se tornó roja como si hubiera recibido una bofetada al escuchar el mero nombre de esa ciudad. *Sipani.* Su mente viajó a aquel lugar donde había pasado tanto tiempo: retrocedió cuatro años, a la locura de la Casa del Ocio de Cardotti. Se vio de nuevo avanzando a trompicones entre el humo, mientras buscaba desesperadamente al rey, se imaginó alcanzando la escalera, contemplando la cara enmascarada... y entonces, revivió aquella larga caída rebotando por las escaleras hacia una injusta desgracia. Entonces, comprobó que la habitación se había convertido de repente en un conjunto de caras radiantes en las que asomaban unas sonrisillas despectivas. Pese a que abrió la boca, que tenía seca, para hablar, no brotó nada útil de ella, como era habitual.

—Oh, bueno —dijo el Mago, dándole a Gorst una palmadita de consuelo en el hombro, como la que uno le daría a un perro guardián que se ha quedado ciego hace mucho y al que, ocasionalmente, le lanzara un hueso porque le tenía cariño—. Quizá pueda volver a ganarse el favor del rey.

Cuenta con ello, arcano cabrón. Lo lograré, aunque deba derramar hasta la última gota de sangre del Norte.

—Tal vez —acertó a susurrar Gorst.

Entretanto, Bayaz ya había cogido una silla y había juntado ambas manos, formando un triángulo con ellas.

—¡Bueno! ¿Cuál es la situación, Lord Mariscal?

Kroy tiró de la parte delantera de su chaqueta, para quitarle así las arrugas, mientras avanzaba hacia un enorme mapa; tan descomunal que habían tenido que doblarlo por los bordes para que encajara en la pared más grande de aquella diminuta construcción.

—La división del general Jalenhorm se encuentra aquí, al oeste —el papel crujió al pasar Kroy su bastón por encima de él—. Avanza hacia el norte, prende fuego a cosechas y aldeas, con la esperanza de arrastrar a los hombres del Norte a la batalla.

Bayaz parecía aburrido.

—Mmmm.

—Mientras tanto, la división del Lord Gobernador Meed, acompañada de la mayoría de los unionistas del Sabueso, ha marchado hacia el sudeste para iniciar el asedio de Ollensand. La división del general Mitterick se encuentra entre ambas —dio dos golpecitos al mapa con su bastón, con precisión inmisericorde—. Están preparados para prestarse apoyo mutuamente. La ruta de suministros recorre el sur

en dirección hacia Uffrith por unos caminos pésimos, no son más que senderos de tierra y lodo, la verdad, pero estamos...

—Por supuesto —le interrumpió Bayaz, quien, con un mero gesto de su carnosa mano, dio a entender que consideraba todo aquello irrelevante—. No he venido aquí para inmiscuirme ni perderme en esos detalles.

El bastón de Kroy siguió flotando inútilmente por encima del mapa.

—Entonces...

—Imagínese que es un maestro albañil, Lord Mariscal, que trabaja en el torreón de un gran palacio. Un artesano con cuya dedicación, habilidad y atención al detalle nadie puede rivalizar.

—¿Un albañil? —Mitterick parecía desconcertado.

—Entonces, imagínese que el Consejo Cerrado son los arquitectos. Nuestra responsabilidad no consiste en lograr que una piedra encaje con otra, sino en diseñar el edificio en su conjunto. Lo nuestro es la política y no las tácticas. Un ejército es un instrumento al servicio del gobierno. Por tanto, debe ser usado de tal manera que responda a los intereses de éste. Si no, ¿para qué sirve? Únicamente sería una máquina muy costosa de... acuñar medallas.

El ambiente se enrareció en la habitación. *Ese tipo de observaciones no les hacen nada de gracia a estos soldaditos.*

—Las políticas del gobierno pueden sufrir cambios repentinos —rezongó Felnigg.

Bayaz alzó la mirada hacia él, como si fuera un maestro de escuela que mirara al zopenco de la clase, al que echaba por tierra el nivel del conjunto.

—El mundo fluye y cambia. Y nosotros también debemos fluir y cambiar. Y desde que las últimas hostilidades se iniciaron, las circunstancias no han cambiado para bien, han fluido en la dirección errónea. En casa, los campesinos vuelven a hallarse inquietos. Por los impuestos de guerra y demás. Sí, siempre están inquietos, muy, pero que muy inquietos —caviló, al mismo tiempo que tamborileaba, presa de la inquietud, con sus gruesos dedos sobre la mesa—. Como la nueva Rotonda de los Lores por fin está acabada, el Consejo Abierto ha iniciado sus sesiones y los nobles ya tienen un lugar donde quejarse. Y lo están haciendo. Mucho. Al parecer, se impacientan por la falta de avances.

—Malditos charlatanes —refunfuñó Mitterick. *Confirmando así la teoría de que los hombres siempre odian en los demás lo que es más odioso en sí mismos.*

Bayaz profirió un suspiro.

—A veces me siento como si levantara castillos de arena mientras sube la marea. Los gurkos nunca permanecen ociosos y sus intrigas no conocen fin. En su día, eran la única amenaza exterior real. Ahora también está la Serpiente de Talins. Murcatto —frunció el ceño como si al pronunciarlo ese nombre supiera horrible, de modo que las arrugas de su semblante se volvieron más profundas—. Mientras nuestros ejércitos se encuentran atrapados aquí, esa maldita mujer continúa acrecentando su dominio sobre Estiria; como sabe que la Unión ahora apenas puede hacer nada para oponerse a ella, se ha envalentonado —chasqueó la lengua en señal de desaprobación, lo cual inquietó a los ahí reunidos—. Dicho de un modo sencillo, caballeros, el coste de esta guerra en términos financieros, de prestigio y de oportunidades perdidas se está volviendo demasiado alto. El Consejo Cerrado requiere que la lucha concluya con celeridad. Naturalmente, como soldados que son, tienden a sentir cierto apego por la guerra. No obstante, la lucha es útil únicamente cuando es una opción más barata que las demás alternativas —entonces, se quitó con suma calma una pelusa de la manga, que soltó tras contemplarla contrariado—. Después de todo... esto es el Norte. Es decir... ¿cuánto vale?

Un gran silencio reinó en la estancia hasta que el Mariscal Kroy se aclaró la garganta.

—El Consejo Cenado quiere que la lucha concluya con celeridad... ¿se refieren a que tenemos de plazo hasta el final de la campaña?

—¿Hasta el final de la campaña? No, no —contestó y los oficiales suspiraron de alivio, pero ese alivio les duró muy poco tiempo—. Bastante antes.

El murmullo fue poco a poco en aumento. Se oyeron gritos ahogados de consternación; después, balbuceos horrorizados; luego, juramentos susurrados al oído y murmullos de incredulidad; por un breve instante, la dignidad profesional de los oficiales obtuvo una rara victoria sobre su servilismo.

—Pero ¡eso es imposible...! —le espetó Mitterick, a la vez que golpeaba la mesa con un puño enguantado, aunque enseguida se acordó de con quién estaba hablando—. Quería decir, le ruego me disculpe, que es imposible...

—Caballeros, caballeros —Kroy intentó calmar aquel brote pueril de indisciplina y apeló a la razón. *El Lord Mariscal es un hombre muy razonable*—. Lord Bayaz... Dow el Negro continúa esquivándonos. Maniobra y se repliega —entonces, señaló el mapa como si éste mostrara una realidad incontestable—. Cuenta con unos líderes guerreros de lealtad inquebrantable. Sus hombres conocen esas tierras y su pueblo los abastece. Es un maestro a la hora de realizar rápidos movimientos y retirarse, a la hora de concentrar rápidamente sus fuerzas y atacar por sorpresa. Ya nos ha pillado con el paso cambiado una vez. Si nos precipitamos al entrar en batalla, es muy probable que...

Pero, si hubiera intentado razonar con un muro, le habría dado lo mismo. El Primero de los Magos no estaba interesado en lo que decía.

—Vuelve a perderse en los detalles, Lord Mariscal. ¿Acaso no he hablado ya sobre los albañiles, los arquitectos y demás? El rey les ha enviado aquí a luchar, no a desfilar de acá para allá. No me cabe duda de que encontrarán la manera de arrastrar a los Hombres del Norte a una batalla decisiva, pero, de no ser así, bueno... toda guerra es sólo un preludio de las posteriores conferencias de paz, ¿no?

Bayaz se puso en pie y los oficiales lo imitaron al instante, las sillas chirriaron y las espadas repiquetearon estruendosamente conformando un desastroso caos.

—Estamos... encantados de su visita —acertó a decir Kroy, a pesar de que lo que pensaba todo el ejército era justamente lo contrario.

No obstante, Bayaz parecía inmune a la ironía.

—Bien, porque voy a quedarme a observar. Ciertos caballeros de la Universidad de Adua me han acompañado hasta aquí. Traen consigo una invención que tengo curiosidad por ver cómo funciona.

—Haremos todo cuanto esté en nuestra mano para ayudar.

—Excelente —Bayaz sonrió ampliamente. *La única sonrisa que hay ahora en toda la habitación*—. Dejaré que den forma a esas piedras con... —arqueó una ceja al fijarse en los absurdos guantes de Mitterick— con sus más que capaces manos. Caballeros.

Mientras las gastadas botas del Primero de los Magos y su único sirviente se alejaban por el pasillo, los oficiales mantuvieron un nervioso silencio, como unos niños a los que hubieran mandado pronto a la cama, pero que estaban dispuestos a quitarse las mantas de encima en cuanto sus padres se hallaran a una buena distancia.

En cuanto escucharon que se cerraba la puerta de la entrada, estallaron una serie de balbuceos iracundos.

—Pero ¿qué demonios...?

—¿Cómo se atreve?

—¿Antes de que acabe la campaña? —se preguntó Mitterick, quien parecía que iba a echar espumarajos por la boca—. ¡Está loco!

—¡Es ridículo! —exclamó Felnigg—. ¡Ridículo!

—¡Malditos políticos!

Gorst, sin embargo, sonreía, y no sólo le divertía la consternación de Mitterick y el resto. No, se reía porque ahora tendrían que entrar en combate. *No sé para qué han venido ellos aquí, pero yo he venido a luchar.*

Kroy llamó al orden a sus díscolos oficiales al golpear la mesa con su bastón.

—¡Caballeros, por favor! El Consejo Cerrado ha hablado, así como el rey; por tanto, no nos queda más remedio que obedecer. Al fin y al cabo, sólo somos unos albañiles —entonces, se volvió hacia el mapa, mientras la habitación se sumía en el silencio, y recorrió con la mirada los caminos, las colinas y los ríos del norte—. Me temo que tendremos que prescindir de la cautela y concentrar a todo el ejército para realizar un avance al unísono hacia el norte. ¿Sabueso?

El norteño se acercó a la mesa y saludó de manera enérgica.

—¡Mariscal Kroy! —lo decía en broma, por supuesto, ya que era un aliado y no un subalterno.

—Si marchamos hacia Carleon con todas nuestras fuerzas, ¿cree probable que Dow el Negro nos plante por fin cara en batalla?

El Sabueso se frotó la mandíbula, cubierta por una barba de tres días.

—Tal vez. No es muy paciente. Esto tiene mala pinta para él, pues ha dejado que ustedes campen a sus anchas por su retaguardia estos últimos meses. Pero Dow el Negro siempre ha sido un malnacido muy impredecible —durante un instante, su expresión se tiñó de amargura, como si estuviera recordando algo muy doloroso—. Aunque puedo asegurarle una cosa, si decide luchar, ya no habrá vuelta atrás. Intentará darles por culo. Aun así, merece la pena intentarlo —afirmó el Sabueso, sonriendo abiertamente a todos los oficiales—. Sobre todo, si les gusta que les den por culo.

—No es lo que yo elegiría, pero, como se suele decir, un general debe estar preparado para cualquier cosa —Kroy siguió un camino hasta llegar a un cruce y, acto seguido, propinó unos golpecitos al mapa—. Esta ciudad... ¿cuál es?

El Sabueso se inclinó sobre la mesa para observar el mapa y escudriñó el mapa, lo que incomodó bastante a un par de oficiales del estado mayor que no estaban precisamente muy contentos, aunque no dio la impresión de que eso le importara lo más mínimo.

—Esto es Osrung. Una antigua ciudad, en medio del campo, con un puente y un molino, quizá vivan ahí, no sé... ¿unas trescientas o cuatrocientas personas en tiempos de paz? Algunos edificios son de piedra, pero la mayoría son de madera. Está rodeada de una valla bastante alta. En su día, tenía una buena taberna, pero, ya saben, ya nada es como antes.

—¿Y cómo se llama esta colina situada cerca de donde se cruzan los caminos de Ollensand y Uffrith?

—Los Héroes.

—Un nombre raro para una colina —refunfuñó Mitterick.

—Recibe ese nombre por un círculo de antiguas piedras que hay en su cima. Algunos guerreros de antaño están enterrados bajo ellas, o, al menos, eso se rumorea. Desde ahí arriba, la vista es excepcional. El otro día envíe allí a una docena, a echar un vistazo, bueno, de hecho, los envíe a comprobar si los muchachos de Dow habían asomado sus jetas por ahí o no.

—¿Y?

—Aún no tengo noticias, pero tampoco tendría por qué haberlas. Si tienen algún problema, hay refuerzos muy cerca.

—Entonces, ése será el lugar —Kroy estiró el cuello para acercarse más al mapa y apretó la punta de su bastón sobre la colina, romo si así pudiera hacer que su ejército apareciera de inmediato en aquel lugar—. Los Héroes. ¿Felnigg?

—¿Señor?

—Informe al Lord Gobernador Meed de que debe abandonar el asedio de Ollensand y partir con premura para encontrarse con nosotros cerca de Osrung.

Esas palabras provocaron que unos cuantos respiraran muy hondo.

—Meed se pondrá furioso —aseveró Mitterick.

—Casi siempre lo está. Es lo que hay.

—Yo voy a regresar por ese camino —comentó el Sabueso—. Me reuniré con el resto de mis muchachos y nos desplazaremos al norte. Así que puedo llevar el mensaje.

—Será mejor que el coronel Felnigg lo lleve personalmente. El Lord Gobernador Meed no... no es el mayor admirador de los Hombres del Norte.

—Al contrario que ustedes, ¿eh? —el Sabueso mostró a los mejores hombres de la Unión una boca repleta de afilados dientes muy amarillentos—. Bueno, de todos modos, iré para allá. Con suerte, nos veremos en los Héroes en... ¿tres o cuatro días?

—Cinco si el tiempo no mejora.

—Estamos en el Norte. Así que mejor lo dejamos en cinco.

Acto seguido, siguió el mismo camino que había recorrido Bayaz para salir de la estancia.

—Bueno, quizá las cosas no estén saliendo como queríamos —aseveró Mitterick golpeándose con su carnoso puño su carnosa palma de la mano—. Pero tendremos la oportunidad de demostrarles de qué estamos hechos, ¿eh? ¡Podremos sacar a campo abierto a esos cabrones que merodean y se esconden y *demostrarles* de qué estamos hechos! —las patas de su silla crujieron en cuanto se puso en pie—. Me pondré en

marcha con mi división sin más dilación. ¡Deberíamos marchar de noche, Lord Mariscal! ¡Para acercarnos así cuanto antes al enemigo!

—No —replicó Kroy, quien ya estaba sentado a su escritorio y se encontraba introduciendo la punta de una pluma en un tintero para redactar las órdenes—. Que las tropas se detengan y descansen por la noche. En estos caminos y con este tiempo, las prisas harán más mal que bien.

—Pero Lord Mariscal, si...

—Pretendo actuar con presteza, general, pero no pienso lanzarme de cabeza hacia la derrota. No debemos presionar demasiado a los hombres. Tienen que estar listos para la batalla.

Mitterick estiró sus guantes.

—¡Malditos sean estos puñeteros caminos!

Gorst se apartó para dejar que el general y su estado mayor abandonaran la habitación, mientras deseaba en silencio que los estuviera guiando a todos hacia una fosa insondable.

Kroy alzaba las cejas mientras escribía.

—Todo hombre sensato... rehúye... las batallas —su pluma rozó nítidamente el papel—. Alguien tendrá que llevarle estas órdenes al general Jalenhorm. Deberá informarle de que marche hacia los Héroes con gran celeridad y asegurar la colina, la ciudad de Osrung, así como cualquier otro cruce del río que...

Gorst dio un paso al frente.

—Yo llevaré el mensaje.

Si iba a haber acción, la división de Jalenhorm sería la primera en participar en la batalla. *Y yo estaré en primera línea de la primera línea. Nunca enterraré a los fantasmas de Sipani si me quedo en un cuartel general.*

—No podría confiarle esta misión a ningún otro —replicó Kroy. A pesar de que Gorst cogió la orden, el mariscal no la soltó de inmediato. Permaneció mirándolo con suma calma, mientras el papel doblado era como un puente entre ambos—. No obstante, recuerde que es el observador del rey, no el campeón del rey.

No soy ninguna de esas cosas. Sólo soy un chico de los recados con pretensiones, que está aquí porque nadie más me quiere a su lado. Soy un secretario vestido de uniforme. Con un uniforme realmente repugnante en estos momentos. Soy un muerto que todavía se retuerce. ¡Ja, ja! ¡Mirad a ese tremendo idiota que tiene una voz tan estúpida! ¡Hacedle danzar al son que nosotros marcamos!

—Sí, señor.

—Observe entonces, por lo que más quiera. Pero nada de heroicidades, por favor. No haga como el otro día en Barden. Una guerra no es el lugar más idóneo para las heroicidades. Y ésta menos que ninguna.

—Sí, señor.

Kroy soltó la orden y se volvió para contemplar el mapa, para medir las distancias con su pulgar extendido y su índice.

—Si usted muriera, el rey nunca me lo perdonaría.

El rey me ha abandonado aquí a mi suerte y a nadie le importa una mierda si me despedazan y mis sesos acaban esparcidos por todo el Norte. En realidad, a mí es al que menos le importa.

—Sí, señor.

Acto seguido, Gorst salió de la habitación, atravesó la puerta y volvió a hallarse bajo la lluvia, donde un relámpago lo deslumbró.

Ahí estaba ella, abriéndose camino a través del cenagoso jardín en dirección hacia él. En medio de todo aquel lúgubre barro, su sonrisa era tan deslumbrante, tan incandescente como el sol. Sintió una honda alegría, lo embargó la emoción y contuvo la respiración. Los meses que había pasado lejos de ella no habían servido de nada. Seguía tan desesperada, perdida e irremediablemente enamorado de ella como siempre.

—Finree —susurró, con un tono de voz lleno de sobrecogimiento, como si se tratara de un brujo que pronunciase una palabra muy poderosa en un cuento tonto—. ¿Qué haces aquí?

Casi esperaba que ella se desvaneciera en la nada, como si fuera un mero producto de su extenuada imaginación.

—Vengo a ver a mi padre. ¿Está ahí dentro?

—Sí, redactando órdenes.

—Como siempre —en ese momento, Finree se fijó en el uniforme de Gorst y alzó una ceja, que, a causa de la lluvia, se había oscurecido y había pasado de su castaño habitual a ser casi negra—. Por lo que veo, todavía sigues jugando en el barro.

Ni siquiera fue capaz de sentirse avergonzado, pues se hallaba perdido en su mirada. Algunos mechones de pelo se habían pegado a su rostro mojado. Deseó ser uno de ellos. *Antes pensaba que nada podría rivalizar con tu hermosura, pero te has superado a ti misma, ahora estás más guapa que nunca.* No se atrevía a mirarla pero tampoco se atrevía a apartar la mirada. *Eres la mujer más hermosa del mundo... no... de toda la historia... no... eres la cosa más bonita de toda la historia. Mátame ahora mismo, para que tu cara sea la última cosa que vea.*

—Te veo muy bien —murmuró.

Finree posó su mirada sobre su empapado abrigo, que llevaba manchado de barro hasta la cintura.

—Sospecho que no estás siendo sincero del todo conmigo.

—Yo nunca miento.

Te quiero Te quiero Te quiero Te quiero Te quiero Te quiero Te quiero...

—¿Estás bien, Bremer? Puedo llamarte Bremer, ¿verdad?

Podrías reventarme los ojos con los tacones de tus botas si quisieras. Sólo repite mi nombre de nuevo.

—Claro que sí. Estoy... —*Muy mal mental y físicamente, me he arruinado económicamente y he arruinado mi reputación, odio al mundo y todo lo que hay en él, pero nada de eso importa, mientras tú estés conmigo*— bien.

A continuación, ella extendió la mano y él se inclinó para besársela. Como lo habría hecho un sacerdote de una aldea al que se le hubiera permitido tocar el dobladillo de la túnica del profeta...

En uno de sus dedos llevaba un anillo dorado en el que había engarzada una pequeña y brillante piedra azul.

A Gorst se le revolvieron las tripas con tanta fuerza que estuvo a punto de perder completamente el control de sus entrañas. Únicamente haciendo un esfuerzo supremo se pudo mantener en pie. Aunque apenas pudo susurrar las siguientes palabras.

—¿Es eso...?

—¡Sí, una alianza!

¿Acaso no era consciente de que habría preferido que le restregara por la cara una cabeza decapitada?

Se aferró a la sonrisa que esbozaba como un hombre que se ahoga en el mar al último tablón. Sintió que su boca se movía con vida propia y se escuchó hablar con su repugnante y patética voz aguda que era más propia de una mujer.

—¿Quién es el afortunado?

—El coronel Harod dan Brock —respondió con cierto tono de orgullo, de cariño en su voz.

Lo que daría yo por escucharla pronunciar mi nombre de ese modo. Lo daría todo. Aunque ahora lo único que tengo es el desprecio de los demás.

—Harod dan Brock —susurró, y al pronunciar ese nombre, se sintió como si tuviera arena en la boca. Conocía a ese hombre, por supuesto. Eran parientes lejanos, eran primos en cuarto grado o algo así. Hace años, habían hablado algunas veces, cuando Gorst había servido en la guardia de su padre, Lord Brock. Por aquel entonces, Lord Brock intentó hacerse con la corona y fracasó, así que fue exiliado por cometer la peor de las traiciones. No obstante, el rey se apiadó de su hijo mayor. Le desposeyó de sus muchas tierras y de sus títulos nobiliarios, pero le perdonó la vida. Ahora Gorst deseaba con todas sus fuerzas que el rey hubiera sido menos misericordioso.

—Es miembro del estado mayor del Lord Gobernador Meed.

—Ya.

Brock era nauseabundamente apuesto, de sonrisa fácil y de trato encantador. *El muy cabrón.* Era elocuente y muy querido y admirado, a pesar de que su padre había caído en desgracia. *Esa víbora.* Se había ganado su puesto gracias a su valor y bonhomía. *El malnacido.* Era todo lo que Gorst no era.

Apretó el puño derecho con tal fuerza que le tembló sobremanera; entretanto, se imaginaba que le arrancaba de un puñetazo la mandíbula y borraba así de la hermosa cara de Harod dan Brock aquella sonrisa que solía esbozar tan fácilmente.

—Claro —repitió Gorst.

—Somos muy felices —afirmó Finree.

Me alegro por ti. Quiero suicidarme. Si ella le hubiera aplastado la polla en un torno, no le habría provocado tanto dolor. ¿Cómo podía ser tan necia? ¿Cómo no podía ver cuánto sufría? Una parte de ella debía de ser consciente de ello, debía de estar disfrutando de su humillación. *Oh, cuánto te amo. Oh, cuánto te odio. Oh, cuánto te deseo.*

—Os felicito a ambos —murmuró.

—Se lo diré a mi marido.

—Sí —*Sí, sí, dile que se muera, que arda y que sea pronto.* Gorst mantuvo el rictus de amargura en su semblante mientras sentía que el vómito se le acumulaba en la garganta—. Claro.

—Debo ir a ver a mi padre. Quizá volvamos a vernos pronto.

Oh, sí. Muy pronto. Esta noche, de hecho, cuando yazca despierto con la polla en la mano, imaginándome que es tu boca...

—Eso espero.

Finree ya lo estaba dejando atrás. *Para ella, esto sólo ha sido un encuentro perfectamente olvidable con un viejo conocido.* Para él, en cuanto ella se dio la vuelta, fue

como si la noche cayera. *Me siento como si paladeara el regusto de la tierra que echan sobre mí mientras me entierran.* Entonces, observó cómo la puerta repiqueteaba al cerrarse tras ella y se quedó ahí quieto durante un largo momento, bajo la lluvia. Quería llorar y llorar y llorar por todas sus esperanzas frustradas. Quería arrodillarse en el barro y arrancarse el pelo que todavía le quedaba. Quería matar a alguien y le importaba bastante poco a quién. *¿Quizá a mí mismo?*

Pero en vez de eso, respiró hondo, lo cual provocó que un ligero silbido saliera de una de sus fosas nasales; después, se alejó chapoteando por el barro, en dirección hacia el crepúsculo.

Al fin y al cabo, tenía un mensaje que entregar. Y sin hacerse el héroe.

Dow el Negro

Las puertas del establo se cerraron tan estruendosamente como el hacha del verdugo al caer y Calder, sobresaltado, tuvo que recurrir a su famosa arrogancia para no dar un salto. Las conferencias de guerra nunca habían sido su tipo de reuniones favoritas y, aún menos, las que estaban repletas de enemigos. Tres de los cinco jefes guerreros de Dow iban a acudir y, como cabía esperar con la suerte cada vez peor de Calder, eran los tres que menos le apreciaban.

Glama Dorado tenía aspecto de héroe de la cabeza a los pies, era musculoso y tenía unos nudillos enormes, era apuesto y poseía una mandíbula cuadrada y firme; por otro lado, su pelo largo, su bigote encrespado e incluso hasta las puntas de sus pestañas eran del color del oro pálido. Llevaba más oro encima que una princesa en el día de su boda; un collar alrededor de su grueso cuello, brazaletes en sus anchas muñecas y un montón de anillos en sus voluminosos dedos, todo él brillaba con un bonito resplandor que reflejaba su bravuconería y narcisismo.

Cairm Cabeza de Hierro era totalmente distinto. Una gran cicatriz cruzaba su rostro, que era una fortaleza ceñuda en la que uno podría haber mellado un hacha, y sus ojos parecían clavos bajo una frente que recordaba a un yunque; además, llevaba el pelo muy corto y poseía una barba negra como el tizón. Era más bajo que Dorado, pero aún más ancho que éste, y parecía tan sólido como una roca. Su cota de malla refulgía bajo una capa de piel de oso negro. Se rumoreaba que había estrangulado a ese oso. Con casi toda seguridad, por haberlo mirado mal. Tanto Cabeza de Hierro como Dorado despreciaban a Calder, pero, por fortuna, ambos siempre se habían aborrecido tanto como la noche odia al día y tan grande era su enemistad que no dejaba espacio para odiar a nadie más.

Aunque cuando se trataba de odiar, Brodd Tenways parecía tener un pozo sin fondo de inquina. Era uno de esos cabrones que ni siquiera es capaz de respirar sin hacer ruido y tan feo como un incesto, lo cual le encantaba restregártelo por la cara, siempre miraba con lascivia desde las sombras como el pervertido de la aldea miraría a una lechera que pasara por ahí. Era malhablado, tenía unos dientes nauseabundos y hedía espantosamente; además, sufría de un extraño y espantoso sarpullido que cubría su retorcido rostro del que parecía sentirse tremendamente orgulloso. Había sido un gran enemigo del padre de Calder, quien lo había derrotado en combate un

par de veces y lo había obligado a arrodillarse ante él y a entregarle todo cuanto tenía. El haber recuperado lo que en su día había perdido parecía que únicamente había logrado amargarle aún más el carácter, y ahora pagaba con sus hijos, y con Calder en particular, todos esos años en que tanto rencor había guardado a Bethod.

Por último, allí estaba el cabecilla de esa familia de villanos tan distintos, el autoproclamado Protector del Norte, el mismísimo Dow el Negro. Se hallaba sentado cómodamente en la Silla de Skarling y tenía una pierna colocada debajo de sus posaderas mientras con la otra pateaba ligeramente el suelo. En su faz surcada por hondas arrugas y repleta de cicatrices, había dibujado algo similar a una sonrisa, pero mantenía los ojos entornados; era tan astuto como un gato hambriento que acabara de divisar una paloma. Le había cogido el gusto a vestir con buena ropa y portaba la reluciente cadena que el padre de Calder había llevado en su día alrededor de los hombros. No obstante, no podía ocultar lo que era, aunque tampoco deseaba hacerlo. Era un asesino hasta la punta de sus orejas. O más bien oreja, ya que la izquierda no era más que un trozo de cartílago.

Como si el hecho de llamarse Dow el Negro y su amplia sonrisa no le confirieran un aura bastante amenazadora de por sí, se había cerciorado de que se hallaran rodeados de acero por doquier. Una larga espada gris se encontraba apoyada a un lado de la Silla de Skarling; al otro lado, había un hacha, mellada por el uso, al alcance de sus dedos. De sus dedos de asesino; marcados, hinchados y cubiertos de cicatrices en los nudillos tras una vida entera consagrada a una tenebrosa misión que sólo los muertos conocían.

Pezuña Hendida se encontraba sumido en la penumbra junto a Dow. Era su segundo al mando; es decir, su guardaespaldas principal y lameculos preferido, quien seguía a su amo, como si fuera su sombra, con los pulgares siempre metidos en su cinturón, con hebillas de plata, del que pendía su espada. Merodeando al fondo se hallaban dos de sus Caris, cuyas armaduras, así como los bordes de sus escudos y sus espadas desenfundadas, relucían en la oscuridad; otros Caris rondaban cerca de las paredes, flanqueando la puerta. Olía a heno viejo y a caballos también viejos, pero aún era más intenso el hedor a violencia a punto de desatarse, tan espeso como la pestilencia de un pantano.

Y por si todo esto no fuera bastante para hacer que Calder se cagara en sus elegantes pantalones, Escalofríos se hallaba junto a él, tan amenazador como siempre, lo cual añadía un nuevo elemento amenazador al conjunto.

—Pero si es el audaz príncipe Calder —Dow lo miró de arriba abajo como un gato miraría el arbusto sobre el que estaba a punto de mear—. Bienvenido a la guerra una vez más, muchacho. En esta ocasión, ¿vas a hacer lo que se te diga de una vez?

Calder hizo una amplia reverencia.

—Soy su siervo más obediente —esbozó una sonrisita para disimular que el mero hecho de pronunciar esas palabras era como si le quemaran la lengua—. Dorado. Cabeza de Hierro —a ambos saludó respetuosamente, con una inclinación de cabeza—. Mi padre siempre afirmaba que no hay dos hombres más tenaces en todo el Norte —en realidad, su padre siempre había dicho que no había dos mayores alcornoques en todo el Norte, aunque, de todos modos, sus mentiras eran tan inútiles como tirar dinero a un pozo. Cabeza de Hierro y Dorado se limitaban a lanzarse miradas de odio. En ese instante, Calder sintió la necesidad de estar con alguien al que cayera bien. O que al menos no quisiera matarlo—. ¿Dónde está Scale?

—Tu hermano está en el oeste —respondió Dow—. Luchando.

—Sabes qué es eso, ¿verdad, chico? —Tenways giró la cabeza y escupió por el agujero que tenía entre sus dientes marrones.

—¿Por qué hay aquí... tantas espadas? —Calder echó un vistazo esperanzado al establo entero, pero pronto comprobó que no había hecho acto de presencia ningún aliado, así que acabó posando su mirada en el ceño destrozado de Escalofríos, lo cual era aún peor que contemplar la sonrisa de Dow. Por muchas veces que hubiera visto aquella cicatriz, siempre le parecía más espantosa de lo que recordaba—. ¿Qué se sabe de Reachey?

—El papá de tu esposa se encuentra a un día o algo así al este —contestó Dow—. Ha ido a reclutar gente.

Dorado resopló.

—Me sorprendería que aún quedara sin reclutar un solo muchacho capaz de sostener una espada en sus manos.

—Bueno, Reachey intenta sacar de donde no hay. Supongo que vamos a necesitar todos los hombres que haya disponibles para la batalla. Quizá incluso a ti.

—¡Oh, tendréis que contenerme! —exclamó Calder mientras le daba un golpecito a la empuñadura de su espada—. ¡Me muero de ganas de empezar a luchar!

—¿Alguna vez has llegado siquiera a desenvainar ese chisme? —inquirió burlonamente Tenways, a la vez que estiraba el cuello para volver a escupir.

—Sólo una vez. Para abrirme paso cuando me follé a tu hija.

Dow estalló en carcajadas. Dorado se rió entre dientes. Cabeza de Hierro esbozó una tenue sonrisa. Tenways se ahogó con su propia saliva y un hilillo de babas relucientes le cayó por la barbilla, pero eso a Calder no le importó. Prefería congraciarse con aquellos que no eran aún una causa perdida. De algún modo, se tenía que ganar la confianza de alguno de aquellos cabrones tan poco prometedores, cuando menos.

—Nunca creí que fuera a decir esto —suspiró Dow, quien, a continuación, se frotó un ojo con un dedo—, pero te hemos echado de menos, Calder.

—Lo mismo digo. Prefiero estar removiendo estiércol en un establo que seguir en Carleon besando a mi esposa. Bueno, ¿qué hay que hacer?

—Ya sabes —Dow agarró el puño de su espada con el índice y el pulgar, haciéndolo girar para que la marca de plata situada cerca de la empuñadura brillara—. La guerra. Una escaramuza aquí, una incursión allá. Nosotros nos cargamos a unos cuantos de sus rezagados y ellos queman algunas de nuestras aldeas. Así es la guerra. Tu hermano ha estado atacando con gran rapidez, lo cual ha dado mucho en que pensar a los sureños. Tu hermano es un tipo muy válido, tiene agallas.

—Es una pena que tu padre no tuviera más de un hijo varón —gruñó Tenways.

—Sigue hablando, viejo —replicó Calder—, puedo estar todo el día haciéndote quedar como un capullo.

Tenways se enfadó pero Dow le indicó con una seña que se calmara.

—Basta ya de ver quién la tiene más grande. Tenemos una guerra que librar.

—¿Cuántas victorias llevamos hasta ahora?

Entonces, se produjo una pausa breve e incómoda.

—Aún no ha habido ninguna batalla —se quejó Cabeza de Hierro.

—El tal Kroy —dijo de manera despectiva Dorado desde el fondo del establo—, ése que está al mando de la Unión...

—Dicen que es mariscal.

—Me da igual lo que sea, es un cabrón muy cauteloso.

—Es un cobarde que se pasa de precavido —apostilló contrariado Tenways.

Dow se encogió de hombros.

—Ser cauteloso no tiene nada de cobarde. Aunque con todas sus Hopas, yo no actuaría así, pero... —entonces, se volvió sonriendo ampliamente hacia Calder—. Como tu padre solía decir: «En la guerra, sólo importa ganar. El resto sólo sirve para que los necios canten sobre ello». Kroy avanza lentamente, con la esperanza de agotar nuestra paciencia. Después de todo, los hombres del Norte no somos conocidos por ser pacientes. Ha dividido su ejército en tres partes.

—En tres puñeteras partes —añadió Cabeza de Hierro.

Dorado, por una vez, se mostró de acuerdo con él.

—Cada parte podría estar formada por diez mil combatientes, sin contar con las tropas de transporte e intendencia.

Dow se inclinó hacia delante, como si fuera un abuelo que estuviera enseñando a un niño a pescar.

—Jalenhorm está en el oeste. Es valiente, pero indolente y suele meter la pata. Mitterick se encuentra en el centro. Es el más astuto de los tres, sin lugar a dudas, pero es temerario. Tengo entendido que le encantan los caballos. Meed está en el este. No es un soldado y odia a los hombres del Norte tanto como un cerdo odia a los carniceros. Su odio podría cegarle y volverse en su contra. Además, Kroy cuenta con algunos hombres del Norte en su bando, desperdigados aquí y allá, dedicados principalmente a explorar, pero también dispone de unos cuantos guerreros y hay algunos bastante buenos entre ellos.

—Te refieres a los hombres del Sabueso —afirmó Calder.

—Maldito traidor —masculló Tenways, mientras se preparaba para escupir.

—¿Traidor? —Dow se inclinó hacia delante en la Silla de Skarling y apretó tanto los puños que los nudillos se le quedaron totalmente blancos—. ¡Viejo idiota! ¡Tú y tu sarpullido! ¡El Sabueso es el único hombre en todo el Norte que siempre ha defendido el mismo bando! —Tenways alzó la mirada, tragó lentamente la mierda que había estado a punto de escupir y retrocedió hacia las sombras. Dow se dejó caer otra vez en su asiento—. Aunque es una pena que defienda al bando equivocado.

—Bueno, vamos a tener que entrar en acción pronto —aseveró Dorado—. Meed tal vez no sea un soldado, pero ha logrado asediar Ollensand. A pesar de que la ciudad posee unas buenas murallas, no estoy seguro de cuánto tiempo podrá...

—Meed levantó el asedio ayer por la mañana —afirmó Dow—. Se dirige al norte y la mayoría de los hombres del Sabueso están con él.

—¿Ayer? —dijo Dorado frunciendo el ceño—. ¿Cómo sabes que...?

—Tengo mis medios.

—Pues yo no he oído nada sobre eso.

—Por eso yo doy las órdenes y tú las escuchas —Cabeza de Hierro sonrió al ver cómo encajaba su rival ese humillante comentario—. Meed se dirige al norte a gran velocidad. Apuesto a que se va a unir allá arriba con Mitterick.

—¿Por qué? —preguntó Calder—. Todos estos meses, han estado avanzando poco a poco, pero con paso firme. Ahora, ¿por qué han decidido correr?

—Quizá se hayan cansado de ser tan cautelosos. O quizá alguien se lo ha ordenado. De un modo u otro, vienen hacia aquí.

—Tal vez esto nos dé la oportunidad de sorprenderlos con la guardia baja —los ojos de Cabeza de Hierro brillaban tanto como los de un hambriento que acabara de ver que traían un asado.

—Si están decididos a buscar pelea —dijo Dow—, no me gustaría privarles de ella. ¿Tenemos a alguien en los Héroes?

—Curnden Craw está ahí con su docena —respondió Pezuña Hendida.

—Estamos en buenas manos entonces —masculló Calder, quien casi habría preferido estar en los Héroes con Curnden Craw en esos momentos que allí con aquellos cabrones. Quizá ahí arriba no tuviera tanto poder, pero seguro que se reiría más.

—He recibido noticias suyas hace un par de horas —comentó Cabeza de Hierro—. Al parecer, se cruzó con algunos de los exploradores del Sabueso allá arriba y pudo ver cómo se marchaban.

Dow posó la mirada en el suelo por un momento, mientras se frotaba los labios con la yema de un dedo.

—¿Escalofríos?

—¿Jefe? —replicó éste con un tono de voz tan bajo que apenas era un susurro.

—Cabalga hasta los Héroes y dile a Craw que quiero controlar esa colina. Tal vez alguno de esos cabrones de la Unión intente cruzar ese camino. Quizá incluso intente cruzar el río en Osrung.

—Será un buen terreno para luchar —afirmó Tenways.

Escalofríos se detuvo un momento. El tiempo suficiente como para que Calder se percatara de que no le hacía ninguna gracia ser el chico de los recados. Calder lo miró sin recato alguno, pues quería recordarle lo que habían hablado en aquel pasillo de Carleon y regar las semillas del descontento que había plantado.

—Tienes razón, jefe.

Acto seguido, Escalofríos salió por la puerta.

Dorado se estremeció.

—Ese tipo me inquieta.

Dow se limitó a sonreír aún más.

—Para eso está. ¿Cabeza de Hierro?

—Sí, Jefe.

—Tú irás por el camino de Yaws. Serás nuestra punta de lanza.

—Mañana por la noche estaremos en Yaws.

—Que sea antes —esa réplica hizo que Cabeza de Hierro frunciera aún más el ceño y que Dorado esbozara una sonrisa. Era como si ambos estuvieran sentados en extremos opuestos de una balanza, donde uno no podía descender sin que se elevara el otro—. Dorado, cogerás el camino de Brottun y te unirás a Reachey. Que parta en cuanto haya acabado de reclutar gente, a veces, a ese viejo hay que espolearlo un poco.

—Sí, jefe.

—Tenways, ordena a los forrajeadores que vuelvan y que tus hombres se preparen para partir, tú encabezarás la retaguardia conmigo.

—Flecho.

—Y todos vosotros marchad con vuestros muchachos a toda velocidad, pero mantened los ojos bien abiertos. Procurad dar a los sureños una sorpresa y que no sea al revés —en ese instante, Dow mostró sus dientes aún más—. Si vuestras espadas aún no están afiladas, supongo que ya es hora de que lo estén.

—Sí —vociferaron los tres, rivalizando entre ellos por dar la impresión de tener más sed de sangre que los otros dos.

—Oh, sí —agregó Calder, al final, esbozando la mejor de sus sonrisas. Quizá no fuera muy diestro con la espada, pero había muy pocos hombres en el Norte capaces de sonreír mejor que él. Aunque en esta ocasión no le sirvió de nada, pues Pezuña Hendida ya se había inclinado sobre Dow para susurrarle algo al oído.

El Protector del Norte se arrellanó en la silla con el ceño fruncido.

—¡Dile que pase!

Las puertas se abrieron y el viento susurró a través de ellas, esparciendo rápidamente briznas de paja por el suelo del establo. Calder entornó los ojos e intentó discernir algo bajo la luz crepuscular del exterior. Como la figura que se hallaba en la puerta parecía ocuparla por entero y casi alcanzaba la viga superior, supuso que debía de tratarse de una ilusión óptica provocada por la luz menguante del día. Entonces, la silueta avanzó y, acto seguido, se enderezó. Había hecho una entrada tan espectacular que la sala entera permaneció callada mientras se dirigía lentamente hacia el centro, a excepción del suelo, que gemía a cada paso que daba. Pero es muy fácil hacer una entrada espectacular cuando uno tiene el tamaño de un acantilado, pues le basta con entrar y permanecer quieto.

—Soy el Extraño que Llama.

A Calder le sonaba ese nombre. El Extraño que Llama afirmaba ser el Jefe de un Centenar de Tribus, afirmaba que todas las tierras situadas al este del Crinna eran suyas y que toda la gente que vivía ahí era de su propiedad. A Calder le habían llegado rumores de que era un gigante pero no se había tomado esas habladurías en

serio. El Norte estaba repleto de engreídos que tenían una alta opinión de sí mismos y una reputación aún más exagerada. Casi siempre, cuando uno los llegaba a conocer de verdad, se daba cuenta de que no estaban a la altura de su reputación. Así que le impactó que éste sí lo estuviera.

Cuando uno pronuncia la palabra *gigante,* está pensando en alguien como el Extraño que Llama; parecía que lo hubieran arrancado directamente de la era de los héroes y arrojado a esta patética época posterior. Superaba con mucho en altura a Dow y sus poderosos Jefes Guerreros, su cabeza se encontraba entre las vigas del techo y su pelo negro, salpicado aquí y allá con mechones grises, pendía alrededor de su barbuda cara de facciones muy marcadas. A su lado, Glama Dorado parecía un enano de color chillón y Pezuña Hendida y sus Caris soldados de juguete.

—Por los muertos —susurró en voz muy baja Calder—. Es enorme.

Dow el Negro, sin embargo, no se mostró sobrecogido. Se repanchingó en la Silla de Skarling con la misma facilidad de siempre, mientras seguía dando pataditas al heno con uno de sus pies, sus manos de asesino seguían pendiendo inertes y una sonrisa lupina todavía continuaba dibujada en su cara.

—Me preguntaba cuándo... llamarías a mi puerta. Aunque no pensaba que vendrías hasta aquí en persona.

—Una alianza debe ser sellada cara a cara, hombre a hombre, hierro a hierro y sangre a sangre.

Calder esperaba que el gigante rugiera cada palabra, como los monstruos de los cuentos para niños, pero tenía una voz suave. Hablaba lentamente, como si tuviera que desentrañar el significado de cada palabra.

—Quieres darle un toque personal —dijo Dow—. Y me parece perfecto. ¿Tenemos un trato entonces?

—Así es.

El Extraño que Llama abrió una de sus enormes manos y se mordió esa zona carnosa que separa el pulgar y el índice; después, la sostuvo en alto y la sangre empezó a manar de la herida.

Acto seguido, Dow acarició su espada con la palma de la mano, dejando así su filo de un color rojo reluciente. Sin más dilación, en un santiamén, se levantó de la Silla de Skarling y cogió la mano al gigante. Ambos hombres permanecieron allí de pie mientras su sangre teñía sus antebrazos e incluso llegaba a gotear por sus codos. Calder sintió un poco de miedo y bastante desdén ante el nivel de virilidad del que hacían gala.

—Sí —Dow soltó la mano del gigante y lentamente volvió a sentarse en la Silla de Skarling, dejando una huella ensangrentada en uno de sus reposabrazos—. Supongo que podrás atravesar el Crinna con tus hombres.

—Ya lo he hecho.

Dorado y Cabeza de Hierro se miraron mutuamente, no les hacía mucha gracia que un montón de salvajes hubieran cruzado el Crinna y, presumiblemente, también sus tierras. Dow entornó los ojos.

—¿De veras?

—En este lado del río podrán luchar contra los sureños —el Extraño que Llama recorrió lentamente con la mirada el establo y fue clavando sucesivamente sus ojos negros en cada uno de aquellos hombres—. ¡He venido a *luchar*!

Esta última palabra no la pronunció, sino que la rugió, y el eco se extendió por todo el techo. Una oleada de furia lo atravesó desde los pies a la cabeza, provocando que apretara los puños con fuerza, que se le hinchara el pecho y que sus monstruosos hombros se alzaran; en ese instante, pareció más descomunal que nunca.

Calder se preguntó qué clase de pelea quería librar aquel cabrón. ¿Cómo demonios se podía detener a un tipo como él cuando estaba en movimiento? Sólo por su peso era imparable. ¿Qué clase de arma sería necesaria para acabar con él? Supuso que, en aquella sala, todo el mundo estaba pensando lo mismo y no estaban disfrutando mucho con esas reflexiones.

Salvo Dow el Negro.

—¡Bien! Para eso quiero contar contigo.

—Quiero luchar contra la Unión.

—Podrás luchar contra muchos sureños.

—Quiero luchar contra Whirrun de Bligh.

—Eso no te lo puedo prometer, está en nuestro bando y tiene unas ideas muy extrañas. Pero puedo preguntarle si quiere batirse en duelo contigo.

—Quiero luchar contra Nueve el Sanguinario.

A Calder se le erizaron los pelos de la nuca. Resultaba muy extraño cómo ese nombre aún lo atemorizaba, a pesar de hallarse en compañía de esos hombres, a pesar de que ese tipo llevara ocho años muerto. A Dow se le borró la sonrisa de la cara.

—Perdiste la oportunidad. Nuevededos ha vuelto al barro del que surgió.

—He oído que sigue vivo y apoya a la Unión.

—Has oído mal.

—He oído que sigue vivo y lo voy a matar.

—¿Ah, sí?

—Soy el mejor guerrero que hay en el Círculo del Mundo.

El Extraño que Llama no alardeaba, no se daba importancia ni hacía mohines como habría hecho Glama Dorado. No era una amenaza, no había dicho esa frase con los puños cerrados y una mirada iracunda como quizá lo habría hecho Cairm Cabeza de Hierro. Simplemente, constataba un hecho.

Dow se rascó distraídamente la cicatriz que tenía ahí donde en su día estuvo su oreja.

—Esto es el Norte. Aquí hay muchos hombres muy duros. Ahora mismo, un par de ellos se encuentran en esta estancia. Así que estás haciendo una afirmación muy osada.

El Extraño que Llama se desabrochó su gran capa de piel y se la quitó con un leve movimiento de hombros; de este modo, permaneció en pie, desnudo hasta la cintura, como un luchador preparado para participar en un combate. Las cicatrices siempre habían sido tan populares en el Norte como las espadas. Todo aquel que quisiera considerarse un hombre de verdad debía tener un par de ellas. Pero el cuerpo colosal del Extraño que Llama, que era robusto como un árbol antiguo, poseía más cicatrices que piel. Tenía heridas por todas partes (marcas, cicatrices y agujeros), tantas como para enorgullecer a una veintena de campeones.

—En Yeweald luché contra la tribu del Sabueso y me atravesaron siete flechas —aseveró, al mismo tiempo que señalaba, con su dedo índice que parecía un garrote, varias manchas rosáceas esparcidas a lo largo de sus costillas—. Pero seguí luchando y llegué a levantar toda una colina con sus muertos, y convertí su tierra en mi tierra y a sus mujeres y niños en mi pueblo.

Dow suspiró, como si le aburriera la presencia de ese gigante medio desnudo, como si éste soliera acudir a la mayoría de sus reuniones de guerra.

—Quizá haya llegado el momento de pensar en un escudo.

—Los escudos sólo sirven para que los cobardes se escondan tras ellos. Mis heridas cuentan la historia de mis hazañas —el gigante apuntó con su pulgar a una masa con forma de estrella que le cubría todo un hombro, así como la espalda y la mitad de su brazo izquierdo, donde su carne mostraba numerosos bultos y manchas como la madera de un roble—. Esa espantosa bruja de Vanian me roció con fuego líquido, pero la arrastré hasta el lago y la ahogué mientras yo aún me quemaba.

Dow se mordió una uña.

—Supongo que yo, antes que eso, habría intentado dejar de quemarme.

El gigante se encogió de hombros y, al instante, la quemadura losa que le cubría el hombro se alzó como el surco de un campo arado.

—Se apagó solo en cuanto la bruja murió —entonces, señalo una marca rosa y desigual que había dejado una zona sin vello en la mata de pelo negro que le cubría el pecho y que, al parecer, le había arrebatado también un pezón—. Los hermanos Smirtu y Weorc me desafiaron a un combate singular. Según ellos, como habían crecido en el mismo útero, eran un solo hombre.

Dow resopló.

—¿Y les hiciste caso?

—Nunca busco una razón que me *impida* luchar. Partí en dos a Smirtu con un hacha y después aplasté el cráneo de su hermano con una sola de mis manos.

El gigante cerró lentamente un puño colosal y apretó con tanta fuerza que se le quedaron blancos los dedos, los músculos de su brazo se retorcieron como si éste fuera una salchicha gigante que estuviera siendo rellenada.

—Brutal —afirmó Dow.

—En mi país, las muertes brutales son las que más impresionan a los hombres.

—Sinceramente, aquí sucede lo mismo. ¿Sabes qué...? Puedes matar cuando te plazca a cualquiera que considere mi enemigo. Aunque, si se trata de alguien a quien considero un amigo... avísame antes de matarlo de un modo brutal. No me gustaría que masacrases al príncipe Calder de un modo accidental.

El Extraño que Llama miró a su alrededor.

—¿Tú eres Calder?

El príncipe estuvo, durante un momento muy incómodo, debatiéndose entre negarlo o no.

—Sí.

—¿El segundo hijo de Bethod?

—El mismo.

El gigante asintió lentamente con su monstruosa cabeza y su largo pelo se agitó.

—Bethod era un gran hombre.

—Un gran hombre a la hora de lograr que otros lucharan por él —Tenways chasqueó la lengua, mostró sus podridos dientes y escupió una vez más—. No era un gran guerrero.

El tono de voz del gigante se suavizó de nuevo súbitamente.

—¿Por qué todo el mundo a este lado del Crinna está tan sediento de sangre? Hay muchas más cosas en la vida que pelear —se agachó y cogió su capa con dos dedos—. Estaré en el lugar acordado, Dow el Negro. A menos que... algunos de estos hombrecillos quieran pelear conmigo ahora.

Dorado, Cabeza de Hierro y Tenways posaron por turnos la mirada en los rincones más lejanos del establo.

Como Calder estaba más que acostumbrado a hallarse sumamente asustado, respondió a la mirada del gigante con una sonrisa.

—Yo pelearía contigo, pero tengo por costumbre no desnudarme a menos que haya una mujer presente. Lo cual es una pena, la verdad, porque tengo un agujero donde la espalda pierde su nombre que creo que dejaría impresionado a todo el mundo.

—Oh, contigo no puedo luchar, hijo de Bethod —replicó el gigante, quien tal vez esbozó un sonrisa de complicidad mientras se giraba—. Tú has nacido para otras cosas.

Entonces, se colocó la capa sobre su hombro cubierto de cicatrices y se agachó para sortear el alto dintel, los Caris cerraron las puertas ante la ráfaga de viento que sopló después de salir el gigante.

—Parece un buen tipo —comentó Calder muy animado—. Ha sido todo un detalle que no nos haya enseñado las cicatrices que tiene en la polla.

—¡Malditos salvajes! —exclamó Tenways, lo cual resultaba un tanto irónico viniendo de él.

—El mejor guerrero del mundo —apostilló burlonamente Dorado, pese a que no había hecho ningún comentario jocoso mientras el gigante se encontraba en la estancia.

Dow se acarició la barbilla, pensativo.

—Los muertos bien saben que no soy diplomático, pero estoy más que dispuesto a aceptar a todos los aliados que pueda hallar. Y un hombre de ese tamaño detendrá muchas flechas —Tenways y Dorado soltaron una risita, cuyo único fin era lamerle el culo a su líder, pero Calder se percató de lo que realmente se escondía tras aquella chanza. Si Nueve el Sanguinario seguía vivo, quizá un hombre de ese tamaño también podría detenerlo—. Ya sabéis todos lo que debéis hacer, ¿no? Pues manos a la obra.

Cabeza de Hierro y Dorado se lanzaron mutuamente una mirada iracunda de camino a la salida. Pese a que Tenways escupió a los pies de Calder, éste se limitó a sonreír y se prometió a sí mismo que sería el último en reír mientras aquel hijo puta tan feo se perilla en la noche arrastrando los pies.

Dow se puso en pie, la sangre aún manaba de la punta de su dedo anular y seguía manchando el suelo, mientras observaba cómo las puertas se cerraban. Entonces, profirió un suspiro.

—Discutiendo, discutiendo, siempre discutiendo, joder. ¿Por qué no se podrán llevar bien, eh, Calder?

—Mi padre solía decir: «Si les das el mismo rango a tres Hombres del Norte, se estarán matando entre ellos antes de que puedas ordenar que carguen».

—¡Ja! Bethod era un cabronazo muy listo, aparte de muchas otras cosas. Aunque no podía dejar de guerrear cuando se ponía a ello —Dow contempló con el ceño fruncido la palma de la mano que tenía cubierta de sangre y movió los dedos—. En cuanto uno tiene las manos manchadas de sangre, ya no es nada fácil limpiárselas. Eso me lo dijo el Sabueso. Toda mi vida he tenido las manos manchadas de sangre —Calder se estremeció al percatarse de que Pezuña Hendida lanzaba algo al aire; por suerte, sólo era un trapo. Dow lo cogió en el aire, en medio de la oscuridad, y con él se vendó la mano herida—. Supongo que ya es demasiado tarde para limpiármelas, ¿eh?

—Aún tendrá que derramarse más sangre —contestó Pezuña Hendida.

—Supongo que sí —Dow deambuló hasta uno de los boxes vacíos del establo, echó la cabeza hacia atrás, miró hacia el techo y esbozó una mueca de dolor. Un momento después, Calder escuchó el chapoteo del orín al salpicar el heno—. Allá... vamos.

Si el objetivo de todo aquello era hacerle sentirse todavía más insignificante, funcionó. En cierto modo, había esperado que lo asesinaran. Pero ahora le daba la impresión de que ni se habrían tomado esa molestia y eso hirió a Calder en su orgullo.

—¿No tienes ninguna orden que darme? —le espetó.

Dow miró hacia atrás.

—¿Para qué? ¿Para que la ignores o la cagues al intentar cumplirla?

Probablemente, estaba en lo cierto.

—Entonces, ¿por qué me has mandado llamar?

—Por lo que cuenta tu hermano, posees la mente más aguda de todo el Norte. Me he hartado de oírle decir que no podrá hacerlo sin ti.

—Creo que Scale está cerca de Ustred, en el norte, ¿no?

—Sí, a dos días a caballo de aquí. En cuanto supe que la Unión estaba en marcha, envié a buscarlo para que se una a nosotros.

—Entonces, no tiene mucho sentido que vaya para allá.

—Yo no diría eso —en ese instante, cesó el ruido de la meada—, Oh, sí, ¡aún hay más!

Y volvió a oírsele orinar.

A Calder le rechinaron los dientes.

—Quizá vaya a hacerle una visita a Reachey. Para ver cómo va el reclutamiento.

O igual mejor para convencerlo de que ayudara a Calder a sobrevivir un mes más.

—Eres un hombre libre, ¿no? —ambos sabían la respuesta a esa pregunta. Era tan libre como una paloma ya desplumada y metida en una cazuela—. Ahora, las cosas son como en tiempos de tu padre, la verdad. Todo el mundo puede hacer lo que le plazca, ¿verdad, Pezuña Hendida?

—Verdad, jefe.

—Siempre que hagan exactamente lo que les digo que hagan, joder —entonces, los Caris de Dow se rieron entre dientes, como si nunca hubieran oído un comentario más ingenioso—. Dale recuerdos a Reachey.

—Lo haré.

Calder se volvió hacia la puerta.

—¡Ah, Calder! —exclamó Dow, a la vez que se sacudía las últimas gotas—. No me vas a causar más problemas, ¿verdad?

—¿Problemas? No sé cómo podría causártelos, jefe.

—Porque con todos esos sureños contra los que tenemos que luchar... con esos tarados de Whirrun de Bligh y ese Bicho Raro que Alardea... y mi propia gente pisándose los callos unos a otros... ya tengo bastantes cosas que me tocan los cojones. No permitiré que nadie juegue sus propias bazas. Como alguien intente jugármela en un momento como éste, bueno, ¡te juro que las cosas se pondrán *feas de cojones!* —las tres últimas palabras las gritó y los ojos se le desorbitaron, las venas del cuello se le hincharon, la furia bulló súbitamente en él, provocando que todos los que estaban en esa estancia se estremecieran. Acto seguido, volvió a estar tan tranquilo como un gatito—. ¿Me has entendido?

Calder tragó saliva e intentó que no se notara que estaba asustado, pese a que se le había puesto la piel de gallina.

—Creo que he comprendido el mensaje.

—Buen chico —Dow meneó la cadera de un lado a otro mientras terminaba de abrocharse; a continuación, sonrió a todos los allí presentes como un zorro sonríe

ante un gallinero que alguien se ha dejado abierto—. Lamentaría tener que lastimar a tu hermosa esposa, es tan bonita. Aunque no tanto como tú, por supuesto.

Calder disimuló su furia con otra sonrisa.

—¿Acaso alguien lo es?

A continuación, pasó entre los sonrientes Caris y se adentró en la noche, pensando en cómo iba a matar a Dow el Negro y a recuperar lo que éste le había robado a su padre.

¿Qué guerra?

—Es hermoso, ¿verdad? —dijo Agrick, con una enorme sonrisa dibujada en su pecosa cara.

—¿Ah, sí? —masculló Craw, quien había estado pensando en el terreno, en cómo podría utilizarlo en su provecho y en cómo lo emplearía el enemigo.

Era un viejo hábito. El terreno y cómo convertirlo en un arma había sido lo más interesante de las conversaciones que solía mantener con Bethod cuando estaban en campaña.

La colina en la que se encontraban los Héroes era un terreno que poseía un gran valor estratégico, incluso un idiota habría sido capaz de verlo. Era lo único que sobresalía en aquel valle plano, estaba tan solo y tenía una forma tan extrañamente suave que casi parecía obra del hombre. Dos estribaciones brotaban de ella; una, hacia el oeste, que poseía una solitaria aguja de piedra en su extremo final que a la gente le había dado por llamar el Dedo de Skarling; otra, hacia el sudeste, con un anillo de piedras más pequeñas en su parte superior al que llamaban los Niños.

El río serpenteaba a través del fondo poco profundo del valle y bordeaba unos campos dorados de cebada al oeste, hasta perderse en una ciénaga llena de charcas para llegar después al ruinoso puente que Scorry Sigiloso estaba observando en esos momentos, al que llamaban, con una falta total de imaginación, el Puente Viejo. El agua discurría veloz alrededor del pie de la colina, centelleando por los brillantes bajíos repletos de guijarros. En algún lugar, allá abajo, entre los escuálidos arbustos y la madera que flotaba a la deriva por el río, se encontraba pescando Brack. O, lo que era aún más probable, durmiendo.

En el extremo más lejano del río, al sur, se alzaba el Cerro Negro. Una burda masa de hierba amarilla y helechos marrones, cubierta de guijarros y surcada por quebradas profundas por donde discurría el agua blanquecina. El río se extendía hasta el este de Osrung; un conjunto de casas situado alrededor de un puente y un gran molino, que se apiñaban dentro de una alta empalizada. El humo brotaba de sus chimeneas y ascendía por un cielo azul brillante hasta perderse en la nada. Todo parecía muy normal y no se veía nada destacable, tampoco había ni rastro de la Unión, ni de Hardbread, ni de ninguno de los muchachos del Sabueso.

Resultaba muy difícil creer que se estuviera librando una guerra.

No obstante, Craw sabía, gracias a su tremenda experiencia, que las guerras eran en un noventa y nueve por ciento aburrimiento, donde normalmente uno sufría además frío y humedad, hambre y enfermedad, y frecuentemente acababa teniendo que subir a una colina algo metálico de gran peso, y en un uno por ciento el terror más absoluto. Lo cual le hizo preguntarse una vez más por qué escogió en su día un oficio tan siniestro y por qué aún no lo había dejado. Quizá porque tenía talento para ello, o más bien porque carecía de talento para hacer otra cosa. O quizá se había dejado llevar por las circunstancias y éstas lo habían arrastrado hasta ahí. Entonces alzó la vista y vio cómo unos jirones de nubes se desplazaban por el cielo azul, convirtiéndose sucesivamente en meros recuerdos.

—Es hermoso —repitió Agrick.

—Todo parece mucho más bonito cuando brilla el sol —replicó Craw—. Si estuviera lloviendo, dirías que es el valle más horrendo del mundo.

—Tal vez —Agrick cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Pero no está lloviendo.

Lo cual era innegable, pero no necesariamente una circunstancia afortunada. Como Craw siempre había tenido tendencia a quemarse si le daba el sol, se había pasado casi todo el día anterior al abrigo de las sombras de los Héroes más altos. El frío era lo único que le gustaba aún menos que el calor.

—Lo que daría yo por tener un techo —masculló—. Qué gran invento para protegerse de las inclemencias del tiempo.

—A mí que llueva un poco no me importa —comentó Agrick.

—Porque eres joven. Espera a tener mi edad y a hallarte a la intemperie con mal tiempo.

Agrick se encogió de hombros.

—Para entonces espero tener un techo, jefe.

—Buena idea —dijo Craw—. Ay, qué descarado eres, cabrón —entonces, cogió su machacado catalejo, que había arrebatado al cadáver de un oficial de la Unión que había hallado congelado en invierno, y volvió a observar el Puente Viejo. Nada. Comprobó los bajíos. Nada. Echó un vistazo al camino de Ollensand y se sobresaltó al ver que algo se movía por ahí, pero enseguida se dio cuenta de que se trataba de una mosca diminuta volando que se encontraba al otro lado del cristal y, acto seguido, se echó hacia atrás—. Bueno, al menos un hombre puede ver mucho más lejos cuando hace un buen día, o eso supongo.

—Estamos vigilando por si aparece alguien de la Unión, ¿no? Esos cabrones no podrían acercarse con sigilo ni a un cadáver. Te preocupas demasiado, jefe.

—Alguien tiene que hacerlo.

Sin embargo, Agrick tenía razón. Preocuparse demasiado o demasiado poco son dos actitudes extremas que no llevan a nada bueno; además, Craw siempre se inclinaba por preocuparse en demasía. Todo leve movimiento lo sobresaltaba y siempre parecía dispuesto a gritar que todo el mundo cogiera sus armas. Los pájaros aleteaban perezosamente por el cielo. Las ovejas pastaban en las pendientes de los cerros. Los carros de los granjeros se arrastraban por los caminos. Como hacía poco tiempo que el Jovial Yon había empezado a enseñarle a manejar el hacha a Athroc, el repentino estruendo del choque del metal lo había pillado desprevenido y había estado a punto de mearse en los pantalones. Sí, Craw se preocupaba demasiado. Lamentablemente, un hombre no puede decir que va a dejar de preocuparse por algo sin más.

—¿Por qué estamos aquí, Agrick?

—¿Aquí? Bueno, ya lo sabes. Estamos sentados en los Héroes para vigilar y comprobar si la Unión se acerca, y, en caso de que sea así, avisar a Dow el Negro. Estamos reconociendo el terreno como siempre.

—Lo sé. Eso ya te lo he dicho yo. Me refiero a *por qué* estamos aquí en general.

—¿Te refieres al sentido de la vida y demás?

—No, no —Craw hizo un gesto con la mano en el aire, como si lo que quería decir fuera algo que no pudiera aprehender—. ¿Por qué estamos *aquí?*

Agrick frunció el ceño mientras reflexionaba al respecto.

—Bueno... porque Nueve el Sanguinario mató a Bethod, se quedó con su cadena y se nombró a sí mismo rey de los Hombres del Norte.

—Eso es cierto —Craw se acordaba de ese día a la perfección, así como del cadáver de Bethod cubierto de sangre que yacía en el suelo de aquel círculo, de la muchedumbre rugiendo el nombre de Nuevededos y de que le recorrió un escalofrío a pesar de que hacía sol—, ¿Y?

—Dow el Negro traicionó a Nueve el Sanguinario y se quedó con la cadena —en ese instante, Agrick se percató de que quizá había utilizado unas palabras no muy adecuadas, por lo que intentó matizar lo que había dicho—. O sea, tuvo que hacerlo. ¿Quién querría como rey a un cabrón tarado como Nueve el Sanguinario? Sin embargo, el Sabueso consideró a Dow un traidor y lo acusó de haber roto su juramento, al igual que la mayoría de los clanes del Uffrith para abajo, que tienden a ver las cosas como las ve él. Por otro lado, el rey de la Unión había compartido una

locura de viaje con Nuevededos y se había hecho amigo de él. Así que el Sabueso y la Unión decidieron declararle la guerra a Dow el Negro y, por todo eso, estamos aquí.

Agrick se echó hacia atrás, mientras seguía apoyado sobre los codos, y cerró los ojos, parecía muy satisfecho consigo mismo.

—Esa es una buena explicación sobre las causas políticas que han llevado a este conflicto.

—Gracias, jefe.

—Por eso Dow el Negro y el Sabueso están enfrentados. Por eso la Unión ha tomado partido por el Sabueso, aunque me atrevería a decir que todo esto es más una mera cuestión de poder que de lealtades o amistad.

—Pues sí. Eso es.

—Pero ¿por qué estamos *nosotros* aquí?

Agrick volvió a incorporarse, con el ceño fruncido. Tras ellos, algo metálico resonó al golpear contra algo de madera; se trataba de su hermano, que había arremetido contra el escudo de Yon y había acabado siendo derribado de un modo doloroso.

—¡He dicho lateralmente, so idiota! —se oyó exclamar al no demasiado jovial Yon.

—Bueno... —conjeturó Agrick—. Supongo que defendemos a Dow porque Dow defiende al Norte, da igual que sea un cabronazo o no.

—Así que defiende al Norte, ¿eh? —Craw le dio unas leves palmaditas a la hierba que tenía a su lado—. Así que defiende sus colinas, bosques, ríos y demás, ¿no? Entonces, ¿por qué quiere que unos ejércitos pasen por encima de todas estas cosas?

—Bueno, no me refería a la tierra en sí, sino a la gente que vive en ella. Ya sabes. El Norte.

—Pero en el Norte viven todo tipo de personas, ¿verdad? A la mayoría Dow el Negro no les importa demasiado y a él seguramente tampoco le importan mucho ellos. La mayoría sólo quiere agachar la cabeza, no llamar la atención y sobrevivir como sea.

—Sí, supongo.

—Así que... ¿cómo es posible que Dow el Negro los represente a todos?

—Bueno... —Agrick retorciéndose un poco—. No lo sé. Supongo que... —entonces, miró hacia el valle con los ojos entornados mientras Wonderful se les acercaba por detrás—. Entonces, ¿por qué estamos aquí?

Wonderful le pegó un buen golpe en la cabeza que le hizo gruñir.

—Hay que quedarse en los Héroes a vigilar si se acerca la Unión. Dedícate a examinar el terreno, como siempre, idiota. Menuda pregunta más estúpida, joder.

Agrick negó con la cabeza por lo injusta que era esa reprimenda.

—Se acabó. No vuelvo a hablar.

—¿Lo prometes? —preguntó Wonderful.

—¿Por qué narices estamos aquí...? —masculló entre dientes Agrick mientras se frotaba la cabeza y se alejaba para observar cómo Yon y Athroc entrenaban.

—Yo sí sé por qué estoy aquí —aseveró Whirrun, quien había alzado lentamente su largo dedo índice y tenía una brizna de hierba entre los dientes que mascaba mientras hablaba. Como Craw había creído que estaba dormido, se había tumbado sobre su espalda y había utilizado la empuñadura de su espada como almohada. Pero Whirrun siempre parecía estar dormido, aunque, en realidad, nunca lo estaba—. Porque Shoglig me dijo que un hombre con un hueso atragantado me...

—Te guiaría a tu destino —apostilló Wonderful, llevándose las manos a las caderas—. Sí, eso ya lo hemos oído otras veces.

Craw hinchó los carrillos y resopló.

—Como si no fuera bastante responsabilidad velar por las vidas de ocho hombres, ahora encima tengo que llevar la pesada losa del destino de un loco sobre mis hombros.

Whirrun se incorporó y echó la cabeza hacia atrás.

—No estoy para nada de acuerdo con eso último y mucho menos con lo de que estoy loco. Es que... tengo mi propia manera de ver las cosas.

—Las ves como las vería un loco —masculló Wonderful en voz baja, al mismo tiempo que Whirrun se ponía en pie, se sacudía el culo para limpiarse los pantalones y se colocaba su espada envainada sobre el hombro.

Whirrun frunció el ceño, pasó de apoyar el peso de su cuerpo de una pierna a otra y, a continuación, se rascó sus partes.

—Necesito mear. ¿Tú qué harías? ¿Te meterías en el río, o mearías en una de esas piedras?

Craw se lo pensó un momento.

—En el río. Orinar en esas piedras podría parecer un poco... irrespetuoso.

—¿Acaso crees que nos observan los dioses?

—No hay manera de saberlo.

—Cierto —Whirrun se llevó la brizna de hierba que estaba mascando a la otra comisura de sus labios y descendió por la colina—. Entonces, lo haré en el río. Quizá incluso le eche una mano a Brack para pescar. Shoglig solía ser capaz de convencer a los peces de que salieran del agua, pero nunca fui capaz de aprender ese truco.

—¡Sácalos a golpes con ese chisme que tienes capaz de talar un árbol! —le gritó Wonderful a sus espaldas.

—¡Quizá lo haga! —acto seguido, alzó al Padre de las Espadas por encima de su cabeza, que prácticamente era tan grande como un hombre de la empuñadura a la punta—. ¡Hace mucho que no mato nada!

A Craw no le habría importado que reprimiera sus ganas de matar un poco más. En aquellos momentos albergaba la esperanza de abandonar el valle sin dejar ningún muerto detrás. Lo cual era un extraño deseo viniendo de un soldado, si uno se detiene a pensarlo un poco. Tanto él como Wonderful permanecieron en silencio un buen rato, uno junto al otro. Tras ellos, el acero chilló cuando Yon apartó a Athroc de un empujón y lo hizo retroceder tambaleándose.

—¡Esfuérzate un poco más! ¿Es que no puedes mover la muñeca?

La nostalgia se estaba apoderando de Craw, algo que últimamente le sucedía cada vez con más frecuencia.

—A Colwen le encantaba el sol.

—¿Ah, sí? —inquirió Wonderful, alzando una ceja.

—Siempre se burlaba de mí porque me quedaba en la sombra.

—¿Ah, sí?

—Debería haberme casado con ella —masculló.

—Sí, deberías, pero no lo hiciste. ¿Por qué?

—Entre otras razones, porque me dijiste que no lo hiciera.

—Cierto. Esa mujer tenía la lengua muy afilada. Pero, normalmente, sueles ignorarme sin ningún problema.

—Tienes razón. Supongo que fui demasiado cobarde como para pedirle matrimonio —además, en aquella época tenía muchas ganas de marcharse y labrarse una reputación con sus hazañas.

Ahora, sin embargo, no alcanzaba a comprender cómo había podido pensar de esa manera.

—Por aquel entonces, no sabía qué quería. Pensaba que me faltaba algo y que podría conseguirlo con una espada.

—¿Sigues pensando en ella? —preguntó Wonderful.

—No muy a menudo.

—Mentiroso.

Craw sonrió abiertamente. Lo conocía demasiado bien.

—Considéralo una verdad a medias. En realidad, ya no pienso en ella. La mitad de las veces no consigo recordar su cara. Pero sí pienso en cómo podría haber sido mi vida si hubiera tomado ese camino en vez de este otro —se imaginó sentado con su pipa, bajo el porche, sonriendo mientras el sol se ponía en el mar y profirió un suspiro—. Pero hay cosas que no se pueden cambiar, ¿eh? ¿Y qué me cuentas de tu marido?

Wonderful respiró hondo.

—Casi seguro que ahora se esté preparando para recoger la cosecha. Y los niños también.

—¿Te gustaría estar ahora con ellos?

—Sí, a veces.

—Mentirosa. Este año has ido a verlos dos veces, ¿verdad?

Wonderful contempló con el ceño fruncido el sereno valle.

—Voy a verlos cuando puedo. Ya lo saben. Saben lo que soy.

—¿Y aun así te soportan?

Permaneció callada por un momento y, acto seguido, se encogió de hombros.

—Hay cosas que no se pueden cambiar, ¿eh?

—¡Jefe! —exclamó Agrick, quien venía corriendo desde la otra punta de los Héroes—. ¡Drofd ha vuelto! Y no viene solo.

—¿Ah, no? —Craw esbozó un gesto de dolor en cuanto movió la rodilla que tenía fastidiada—. ¿Quién lo acompaña?

Agrick puso la misma cara que habría puesto si se hubiera sentado sobre un cardo.

—Me ha parecido que era Caul Escalofríos.

—¿Escalofríos? —rezongó Yon, girando la cabeza con gran celeridad hacia un lado. Era el momento que había estado esperando Athroc, quien sorteó el escudo que Yon había bajado un poco y le propinó un rodillazo en sus partes—. Aaaay, serás cabrón...

Yon cayó al suelo, con los ojos desorbitados.

En cualquier otro momento, Craw habría estallado en carcajadas, pero el mero hecho de haber oído el nombre de Escalofríos le había puesto de muy mal humor. Cruzó aquel círculo de hierba, deseando que Agrick se hubiera equivocado, a pesar de que era consciente de que eso era muy poco probable. Las esperanzas de Craw solían acabar sumidas en un baño de sangre; además, Escalofríos era alguien muy difícil de confundir.

Ese alguien ascendía ahora hacia los Héroes montado a caballo, por el camino empinado de la ladera norte de la colina. Craw no apartó la mirada de él durante todo el ascenso, se sentía como cuando un pastor observa que se aproximan unos nubarrones.

—Mierda —murmuró Wonderful.

—Sí —replicó Craw—. Mierda.

Escalofríos dejó que Drofd guiara cojeando a sus caballos hasta el muro de piedra seca y recorrió el resto del camino a pie. Miró a Craw y a Wonderful, y al Jovial Yon también; tenía la parte destrozada de su rostro tan flácida e inerte como la cara de un ahorcado, el lado izquierdo era poco más que una enorme quemadura que atravesaba su ojo metálico. No existía un hijo puta más aterrador en toda la faz de la tierra.

—Craw —susurró con voz ronca.

—Escalofríos. ¿Qué te trae aquí?

—Me envía Dow.

—Eso me lo suponía. Pero quiero saber por qué.

—Dice que debes asegurar esta colina y vigilar por si se acerca alguien de la Unión.

—Eso ya me lo había ordenado —replicó Craw, con más brusquedad de la que pretendía. Lo cual provocó que permaneciera callado un momento—. Así que... dime, ¿por qué te ha enviado de verdad?

Escalofríos se encogió de hombros.

—Para cerciorarse de que cumplas las órdenes.

—Gracias por la confianza y el apoyo.

—Eso agradéceselo a Dow.

Lo haré.

Le agradará. ¿Habéis visto a alguien de la Unión por aquí?

—No desde que Hardbread se marchó hace cuatro noches.

—Conozco a Hardbread. Es un capullo muy testarudo y viejo. Tal vez vuelva.

—Si lo hace, tendrá que regresar por uno de los tres caminos que hay para cruzar el río. No hay más, que yo sepa —le explicó Craw, a la vez que se los señalaba—. El Puente Viejo al oeste cerca de las ciénagas, el puente nuevo de Osrung y los bajíos al pie de la colina. Tenemos vigilados todos esos sitios y el valle es un espacio abierto. Desde aquí, podríamos ver hasta cómo una oveja cruza el río.

—No creo que necesitemos contarle a Dow el Negro si una oveja cruza el río —dijo Escalofríos, acercando más la parte destrozada de su cara a su interlocutor—. Pero será mejor que lo avisemos si aparece la Unión por aquí. ¿Qué te parece si cantamos algunas canciones mientras esperamos?

—¿Eres capaz de no desentonar? —inquirió Wonderful.

—Mierda, no. Pero no te atrevas a impedir que lo intente —replicó y, a continuación, se alejó por el círculo de hierba. Athroc y Agrick se apartaron para dejarle sitio. Craw los comprendió. Escalofríos era uno de esos hombres que parecían tener un espacio a su alrededor que era mejor no ocupar.

Craw se volvió lentamente hacia Drofd.

—Qué bien lo has hecho.

El muchacho alzó ambas manos.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué le dijera que no quería que viniese? Al menos, tú no has tenido que pasar dos días cabalgando con él, ni dos noches durmiendo junto a él cerca de una hoguera. Nunca cierra ese ojo, ¿sabes? Es como si te estuviera mirando toda la noche. Te juro que no he pegado ojo desde que partimos.

—No puede ver con él, so necio —le espetó Yon—, al igual que yo no podría ver si tuviera tu hebilla del cinturón por ojo.

—Lo sé, pero aun así... —Drofd miró a su alrededor y bajó el tono de voz—. ¿De verdad creéis que la Unión viene hacia aquí?

—No —respondió Wonderful—. No lo creo.

Le lanzó a Drofd una de sus peculiares miradas y a éste se le hundieron los hombros. A continuación, se alejó mascullando algo entre dientes sobre qué otra cosa podría haber hecho. Después, Wonderful se acercó a Craw y se inclinó sobre él.

—¿De verdad crees que la Unión viene hacia aquí?

—Lo dudo. Pero tengo una sensación rara en la boca del estómago —contestó, mientras observaba preocupado la oscura silueta de Escalofríos, quien se encontraba apoyado sobre uno de los Héroes, tras el cual el valle se hallaba intensamente iluminado. Entonces, se llevó una mano al estómago—. Y he aprendido a hacer caso a mis tripas.

Wonderful resopló.

—Ya, supongo que es difícil ignorar algo tan grande.

Veteranos

—¿Tunny?

—¿Eh? —éste abrió un ojo y el sol lo apuñaló directamente en los sesos—. ¡Ah! —exclamó, volvió a cerrar el ojo y recorrió con la lengua su boca reseca, que sabía a muerte lenta y podredumbre vieja—. Oh —entonces, intentó abrir el otro ojo, sólo un poco, y lo fijó en una silueta oscura que se alzaba sobre él. Cuando se acercó aún más, el sol dibujó unas dagas brillantes a su lado.

—¡Tunny!

—¡Ya le he oído, maldita sea! —intentó sentarse y el mundo se balanceó como un barco en una tormenta—, ¡Ah! —entonces, se percató de que estaba en una hamaca. Estuvo a punto de caerse porque, como se le habían quedado los pies enredados en la malla, intentó desenredarlos tirando con fuerza; de algún modo, logró colocarse sentado, mientras hacía grandes esfuerzos por reprimir una abrumadora necesidad de vomitar—. Sargento primero Forest. Es todo un placer. ¿Qué hora es?

—Una hora en la que ya debería estar trabajando. ¿De dónde ha sacado esas botas?

Tunny bajó la mirada, desconcertado. Llevaba un par de botas de caballería con ornamentos dorados y se hallaban soberbiamente lustrosas. El sol se reflejaba de un modo tan intenso en los dedos de sus pies que incluso hacía daño a la vista.

—Ah —dijo sonriendo a pesar de la agonía que sentía, mientras algunos detalles de la noche anterior comenzaron a emerger de los lugares más recónditos de su mente—. Se las gané... a un oficial... llamado... —alzó la vista, con los ojos entornados, en dirección a las ramas del árbol al que estaba atada la hamaca— No. No lo recuerdo.

Forest negó con la cabeza sumamente sorprendido.

—¿Todavía queda alguien en la división tan estúpido como para jugar a cartas con usted?

—Bueno, ésa es una de las muchas cosas buenas que tienen los tiempos de guerra, sargento. Que mucha gente va dejando la división —su regimiento había

dejado a cuarenta hombres en las enfermerías de campaña solamente en las últimas dos semanas—. Eso significa que siempre están llegando muchos novatos dispuestos a jugar a cartas, ¿verdad?

—Así es, Tunny, así es —replicó Forest, con una pequeña sonrisa burlona dibujada en su cara marcada.

—Oh, no —dijo Tunny.

—Oh, sí.

—¡No, no, no!

—Sí. ¡Acérquense, muchachos!

Los cuatro se aproximaron. Se trataba de unos nuevos reclutas, que, por su aspecto, acababan de bajarse de un barco procedente de Midderland. Hacía poco que debían de haberse despedido con unos besos de sus madres o de sus novias o de ambas. Sus uniformes eran nuevos y estaban muy bien planchados, sus tirantes relucían y sus hebillas brillaban; sí, estaban preparados para experimentar la noble existencia del soldado. Forest señaló con un gesto a Tunny, como si fuera el director de un espectáculo que les estuviera mostrando a un monstruo de feria y, a continuación, soltó la misma arenga de siempre.

—Muchachos, éste de aquí es el famoso cabo Tunny, uno de los oficiales que lleva más tiempo sirviendo en la división del general Jalenhorm. Un veterano que ha sobrevivido a la Rebelión de Starikland, a la Guerra Gurka, a la última Guerra del Norte, al Asedio de Adua, al desagradable conflicto que ahora nos ocupa y a ciertos periodos de paz que habrían matado de aburrimiento a alguien con una mente más aguda. Ha sobrevivido a las prisas, a la suciedad, al hacinamiento, a los escalofríos otoñales, a las caricias de los vientos del Norte, a los zarandeos de las mujeres sureñas, a marchas de miles de kilómetros, a muchos años de comer las raciones de Su Majestad e incluso a unas pocas batallas de vez en cuando, por eso ahora puede hallarse... sentado ante ustedes. En cuatro ocasiones ha llegado a ser el brigada Tunny, una vez incluso llegó a ser el sargento Tunny, pero siempre, cual paloma mensajera que siempre regresa a su humilde jaula, ha vuelto a su rango actual. Ahora tiene el excelso honor de ser el portaestandarte del indómito Primer Regimiento de caballería de su Augusta Majestad. Es un puesto de gran responsabilidad —Tunny gruñó ante la mera mención de esa última palabra— por el que debe ocuparse de los jinetes del regimiento a los que se les ha encomendado la misión de enviar mensajes a nuestro admirado comandante en jefe, el coronel Vallimir, así como de comunicarnos sus órdenes. Y ahí precisamente es donde entran ustedes, muchachos.

—Oh, la madre que lo parió, Forest.

—Sí, yo también me cago en su madre, Tunny. Bueno, ¿por qué no se presentan al cabo?

—Soy Klige —dijo un chico de cara regordeta, que tenía un orzuelo enorme en la cara que le impedía abrir un ojo; además, llevaba el cinturón del revés.

—¿A qué se dedicaba antes, Klige? —preguntó Forest.

—Iba a ser tejedor, señor. Pero no llevaba más de un mes como aprendiz cuando mi amo me vendió al reclutador.

Tunny esbozó un gesto de honda contrariedad. Los refuerzos que llegaban últimamente eran lo peor de lo peor.

—Worth —el siguiente era un zagal flaco y huesudo con un tono de piel un tanto grisáceo y enfermizo—. Estuve en la milicia, pero, como mi compañía se disolvió, nos reclutaron a todos.

—Lederlingen —éste era un espécimen delgado y larguirucho, de manos enormes y con cara de circunstancias—. Era zapatero —no dio más detalles sobre cómo había entrado al servicio del Ejército de Su Majestad y, además, Tunny tenía un fuerte dolor de cabeza y no tenía muchas ganas de husmear en su pasado. Ese tipo estaba aquí y ahora, por desgracia para todos los implicados.

—Yema —éste era un chico bajito y muy pecoso, que parecía muy pequeño en comparación con el petate que portaba y miraba a su alrededor con aire culpable—. Me han acusado de ladrón, pero yo nunca he robado nada. El juez que me condenó me dijo que era esto o cinco años en prisión.

—Creo que todos vamos a arrepentimos de que haya tomado esta opción —rezongó Tunny, a pesar de que, al ser un ladrón, Yema era el único que poseía unas habilidades realmente útiles—. ¿Por qué se llama Yema?

—Esto... no lo sé. Creo que... era el nombre de mi padre.

—Se cree la mejor parte del huevo, ¿verdad, Yema?

—Bueno... —titubeó, mientras miraba dubitativo a sus compañeros—. Pues no, la verdad.

Tunny lo observó detenidamente con los ojos entrecerrados.

—Le estaré observando, muchacho.

El labio inferior de Yema casi tembló ante tamaña injusticia.

—Muchachos, manténganse siempre cerca del cabo Tunny. El les mantendrá alejados del peligro —Forest esbozaba una sonrisa, cuya intención resultaba difícil de precisar—. Si hay un soldado que siempre ha sido capaz de evitar el peligro, ése es el cabo Tunny. Pero ¡no jueguen a cartas con él! —gritó, a la vez que miraba hacia atrás,

mientras se alejaba atravesando el desastroso caos de tiendas destartaladas que conformaban su campamento.

Tunny respiró hondo y se puso en pie. Los reclutas se cuadraron de inmediato de manera descoordinada y torpe. O, más bien, tres de ellos lo hicieron. Yema se cuadró sólo un segundo más tarde. Tunny les indicó con una seña que descansaran.

—Madre del amor misericordioso, no se cuadren. No hagan que me entre ganas de vomitarles encima.

—Lo siento, señor.

—No me llame *señor,* llámeme *cabo* Tunny.

—Lo siento, cabo Tunny.

—Miren. Yo preferiría que ustedes no estuvieran aquí y ustedes no quieren estar aquí.

—Yo sí quiero estar aquí —afirmó Lederlingen.

—¿Ah, sí?

—Me alisté voluntariamente —respondió con un leve atisbo de orgullo en su voz.

—¿Vo... lun... tariamente? —a Tunny le costó pronunciar la palabra, como si fuera un vocablo extranjero—. Así que existen los reclutas voluntarios. Más le vale que no me arrastre consigo a presentarme voluntario a nada mientras esté aquí. Bueno, da igual... —entonces, indicó con el dedo índice a los muchachos que se acercaran para poder conspirar mejor—. Han aterrizado de pie, muchachos. Yo he ocupado todo tipo de puestos en el ejército de Su Majestad, pero el que ocupo ahora —en ese instante señaló afectuosamente al estandarte del Primer Regimiento, que se encontraba enrollado bajo su hamaca en su funda de lona— es perfecto. Si bien es cierto que yo estoy al mando, quiero que me traten como si fuera... su querido tío. Para cualquier cosa que necesiten. Cualquier *extra.* Cualquier cosa que haga que merezca la pena vivir esta dura vida militar —entonces, se inclinó aún más cerca de ellos e hizo un insinuante movimiento con las cejas—. Para *cualquier cosa,* pueden acudir a mí —de repente, Lederlingen alzó una mano titubeante—. ¿Sí?

—Somos soldados de caballería, ¿verdad?

—Sí, soldado, lo somos.

—Entonces, ¿no deberíamos tener caballos?

—Esa es una pregunta excelente, se ve que entiende usted de láctica y estrategia. Debido a un error administrativo, nuestros caballos están ahora con el Quinto Regimiento, los han asignado a la división de Mitterick, que, como es un regimiento de infantería, no puede, ni sabe aprovecharlos como es debido. Según me han

comentado, cualquier día de estos nos reuniremos con ellos, aunque eso me llevan diciendo desde hace mucho tiempo. Por el momento, somos un regimiento de caballería... sin caballos.

—¿Iremos a pie? —inquirió Yema.

—Se puede decir que sí, salvo que... —entonces, Tunny se dio un golpecito en el cráneo— seguiremos pensando como una unidad de caballería. Aparte de caballos, que es algo de lo que carecen lodos los hombres de esta unidad, ¿necesitan algo más?

Klige fue el siguiente en levantar el brazo.

—Bueno, señor, cabo Tunny, es que... me gustaría poder comer algo.

—Bueno, eso, sin duda alguna, es un extra.

—¿Es que no nos van a dar de comer? —preguntó Yema, horrorizado.

—Su Majestad suministra raciones a sus leales soldados, por supuesto, Yema, claro que sí. Pero esa comida nadie la *quiere* comer. Bueno, ya se hartarán de comer cosas que no quieren, entonces acudirán a mí.

—Y nos dará esos extras a cambio de un precio, supongo —apostilló Lederlingen con un rictus de amargura en su semblante.

—A un precio *razonable.* En moneda de la Unión o del Norte, estiria o gurka. En cualquier moneda, la verdad. Pero si no andan sobrados de dinero, estoy dispuesto a aceptar cualquier tipo de trueque. Por ejemplo, las armas robadas a los cadáveres de los Hombres del Norte son un artículo muy demandado en estos momentos. O quizá podamos hacernos favores mutuamente. Todo el mundo tiene algo que ofrecer y siempre podemos llegar a algún tipo de...

—¿Cabo?

Esa palabra la pronunció una voz aguda y tensa, casi femenina; sin embargo, en cuanto Tunny se giró, se dio cuenta de que no era una mujer precisamente quien se encontraba tras él y se llevó un chasco, aunque no una sorpresa. Era un hombre muy grande, cuyo uniforme negro estaba manchado de barro por haber cabalgado largo tiempo en condiciones muy duras y en cuyas mangas llevaba unos distintivos que lo identificaban como general; en el cinturón, portaba una espada corta y otra larga, propias de su rango. Tenía el pelo muy corto, gris a la altura de las orejas, y estaba prácticamente calvo en la zona de la coronilla. Poseía unas frondosas cejas y una nariz y una mandíbula tan anchas como las de un púgil profesional; sus oscuros ojos estaban clavados en Tunny. Quizá fuera porque carecía prácticamente de cuello, o por la manera en que sus grandes nudillos habían adquirido un color blanquecino al tener los puños cerrados con fuerza, o porque parecía que su uniforme había sido estirado sobre una roca, pero lo cierto era que, a pesar de permanecer inmóvil, daba la impresión de ser muy fuerte y temible.

Tunny era capaz de saludar de manera muy entusiasta cuando se reía que era lo más inteligente que podía hacer, por lo cual decidió cuadrarse al instante.

—¡Señor! ¡Soy el cabo Tunny, señor, portaestandarte del Primer Regimiento de Su Majestad!

—¿Dónde está el cuartel general del general Jalenhorm? —preguntó el recién llegado, quien recorrió rápidamente con la mirada a los reclutas, como si así los estuviera retando a reírse de su voz aguda.

Tunny sabía perfectamente cuándo debía reírse y era consciente de que ése no era el momento más adecuado. Señaló un lugar situado más allá del prado cubierto de basura y tiendas, hacia una granja, donde unas nubes de humo salían de una chimenea, manchando el brillante cielo.

—¡Podrá encontrar ahí al general, señor! ¡En esa casa, señor! ¡Aunque es probable que no se haya levantado aún de la cama, señor!

El oficial asintió una sola vez y, acto seguido, se alejó, con la cabeza gacha, de un modo que sugería que nada ni nadie se interpondría en su camino.

—¿Quién era? —murmuró uno de los muchachos.

—Creo que... —Tunny hizo una pausa dramática por un instante— ése era Bremer dan Gorst.

—¿El que combatió con el rey en un duelo de esgrima?

—Eso es. Fue su guardaespaldas hasta el desastre de Sipani. Algunos afirman que el rey todavía le hace caso. Que un personaje tan notable como él esté aquí no augura nada bueno. Procuren alejarse siempre de la gente notable.

—¿Qué hace aquí?

—No lo sé seguro. Pero tengo entendido que es un *guerrero* de los mejores —respondió Tunny, quien chasqueó la lengua, inquieto.

—¿Y eso no es algo bueno en un soldado? —inquirió Yema.

—¡Me cago en sus muertos, no! Sigan mi ejemplo. Yo he sobrevivido a más de una refriega, las guerras ya resultan bastante difíciles sin que haya gente *luchando* en ellas.

Entonces, Gorst se adentró en el jardín delantero de la casa y se sacó algo de la chaqueta. Era un papel doblado. Parecía una orden.

Saludó a los guardias y entró. Tunny se frotó el estómago, que le rugía. Tenía malas sensaciones y no sólo por el vino de la noche anterior.

—¿Señor?

—Cabo Tunny.

—Yo... yo...

Al muchacho llamado Worth le estaba dando un apretón. Tunny conocía los síntomas, por supuesto. Repartía constantemente el peso del cuerpo de una pierna a otra y tenía el rostro pálido y los ojos levemente llorosos. No había tiempo que perder.

Le indicó enérgicamente con el pulgar la dirección en la que se hallaban las letrinas.

—¡Váyase! —el muchacho salió disparado como un conejo asustado, saltando patizambo a través del barro—. ¡Y asegúrese de cagar en el sitio adecuado! —a continuación, Tunny se volvió para señalar con el dedo y sermonear al resto del grupo—. Caguen *siempre* en el sitio adecuado. Éste es un principio que todo soldado debe observar, mucho más importante que cualquier gilipollez sobre cómo hay que marchar, cómo hay que manejar las armas o cómo hay que aprovechar el terreno —incluso a esa distancia pudo oírse el largo gemido de Worth, seguido de un pedo realmente explosivo—. El soldado Worth está librando su primer combate con nuestro verdadero enemigo. Un adversario implacable, despiadado y líquido —entonces, le dio una enérgica palmada en el hombro al soldado más cercano, que resultó ser Yema, quien estuvo a punto de caer al suelo—. No tengo ninguna duda de que, tarde o temprano, todos serán llamados a librar su propia batalla en las letrinas. Sean valerosos, muchachos. Ahora, mientras aguardamos a que Worth expulse al enemigo o muera valerosamente en el intento, ¿le apetece a alguno de ustedes jugar a las cartas? —sacó una baraja aparentemente de la nada y la abrió en abanico ante los ojos de los sorprendidos reclutas, u ojo en el caso de Klige; la hipnotizadora fascinación que ejercieron los naipes sobre ellos se vio rota única y levemente por la continua sinfonía del soldado Worth—. Para empezar, jugaremos sólo por la honrilla. Lo cual es algo que sí se pueden permitir perder, ¿eh? No es nada de lo que no... Oh, oh.

El general Jalenhorm acababa de salir vociferando del cuartel general, con la chaqueta abierta, el pelo revuelto y la cara roja como un tomate. Siempre estaba gritando, pero, por una vez, daba la impresión de que lo hacía justificadamente. Gorst iba tras él, encorvado y callado.

—Oh, oh.

Jalenhorm se encaminó con paso firme en una dirección, pareció pensárselo mejor, se giró, gritó furioso a nadie en concreto, intentó abrocharse un botón que se le resistía y, enfadado, apartó de un golpe la mano de alguien que quería ayudarlo. Los oficiales del estado mayor empezaron a salir de la casa y se dispersaron en todas direcciones como unos pájaros que huyeran volando de un arbusto que alguien

hubiera agitado violentamente, el caos que generó el general se extendió rápidamente y se contagió a todo el campamento.

—Maldita sea —masculló Tunny mientras se colocaba los brazales—. Será mejor que nos preparemos para partir.

—Pero si acabamos de llegar, cabo —protestó Yema, que llevaba el petate medio caído.

Tunny le cogió de la correa y tiró de ella para que el petate volviera a ocupar su sitio en el hombro de Yema, luego lo obligó a darse la vuelta para mirar en dirección al general. Jalenhorm estaba amenazando con el puño en alto a un oficial muy bien vestido al mismo tiempo que intentaba atarse la chaqueta, lo cual no logró.

—Aquí tiene una perfecta demostración de cómo funciona el ejército... de cómo funciona la cadena de mando, soldado, donde cada hombre se caga sobre la cabeza del que tiene debajo. El general Jalenhorm se está cagando ahora sobre nuestro bien amado líder del regimiento, el coronel Vallimir. Después, el coronel Vallimir se cagará sobre sus propios oficiales y la mierda correrá hacia abajo a gran velocidad, créame. En un par de minutos, el sargento primero Forest colocará sus posaderas sobre mi cabeza, pese a que no me lo merezco. Supongo que ya se imaginan lo que eso va a significar para ustedes, ¿no? —los muchachos permanecieron callados un momento, hasta que Klige se atrevió a alzar una mano de manera indecisa—. Era una pregunta retórica, cretino —el soldado bajó la mano al instante con sumo cuidado—. Pues ahora va a cargar con mi petate por listo.

A Klige se le hundieron los hombros.

—Usted. Lerdoaparvado.

—Lederlingen, cabo Tunny.

—Bueno, como se llame. Ya que le gusta tanto presentarse voluntario, le informo de que se acaba de presentar voluntario a llevar mi otro petate. ¿Yema?

—¿Señor?

Estaba claro que aquel muchacho no podría llevar más peso que el de su propio equipo.

Tunny suspiró.

—Usted llevará mi hamaca.

Novatos

Beck alzó el hacha y gruñó al bajarla con fuerza, partió el leño en dos y se imaginó en todo momento que era la cabeza de algún soldado de la Unión. Se imaginó que chorreaba sangre del leño en vez de una lluvia de astillas. Se imaginó que el murmullo del arroyo eran los gritos de los hombres que lo vitoreaban y las hojas caídas sobre la hierba, mujeres que se desmayan a sus pies. Se imaginó que era un gran héroe, como lo había sido su padre, que se había labrado una gran reputación en el campo de batalla y se había ganado un lugar destacado en las canciones que se cantaban bajo la luz de las hogueras. Sí, era el cabrón más duro de todo el Norte, sin lugar a dudas. O eso le decía su imaginación.

Arrojó los trozos de madera sobre la pila y se agachó para coger otro leño. Se secó el sudor de la frente con la manga y contempló el valle con gesto torvo, mientras tarareaba la Balada de Ripnir. En algún lugar, más allá de aquellas colinas, combatía el ejército de Dow el Negro. Sí, más allá de aquellas colinas, se estaban realizando grandes proezas y se estaban componiendo las canciones del mañana. Se escupió en las palmas de las manos, que tenía encallecidas de tanto manejar el hacha, así como el arado, la guadaña, la pala e incluso la tabla de lavar. Odiaba ese valle y la gente que vivía en él. Odiaba la granja y el trabajo que tenía que hacer en ella.

Había nacido para luchar, no para cortar leña.

Entonces, escuchó unas pisadas y divisó a su hermano, que ascendía con gran esfuerzo por el empinado sendero que llevaba a la casa, totalmente encorvado. Regresaba de la aldea y daba la impresión de que había venido corriendo todo el camino. El hacha de Beck se alzó hacia el cielo y cayó con fuerza, otro cráneo más del Sur besó el suelo. Festen llegó a la cima del camino y se quedó ahí, quieto y agachado, con las temblorosas manos apoyadas sobre unas rodillas trémulas, y las mejillas sonrosadas mientras jadeaba intensamente.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Beck, al mismo tiempo que se agachaba a coger más madera.

—Unos... unos... —Festen tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar, respirar y ponerse recto a la vez—. ¡Unos hombres han llegado a la aldea! —logró decir de carrerilla.

—¿Qué clase de hombres?

—¡Unos Caris! ¡Los Caris de Reachey!

—¿Qué? —inquirió Beck mientras el hacha permanecía inmóvil y olvidada sobre su cabeza.

—Sí. ¡Y están reclutando gente!

Beck permaneció inmóvil un momento más; a continuación, arrojó el hacha sobre una pila de leña ya partida y se dirigió, dando largas zancadas, hacia la casa. Caminaba rápido y con paso firme, embargado por la emoción. Tan rápido que Festen tuvo que acelerar para mantener su ritmo, mientras le preguntaba: «¿Qué vas a hacer?» una y otra vez sin obtener respuesta alguna.

Dejaron atrás el redil, así como las cabras que no les quitaban el ojo de encima y los cinco enormes tocones que se encontraban hechos trizas y repletos de marcas, ya que durante muchos años Beck había afinado en ellos sus habilidades con la espada todas las mañanas. Se adentraron en la oscuridad que hedía a humo de la casa, donde unos haces de luz se filtraban por las contraventanas mal ajustadas, iluminando las tablas de madera de un suelo y unas pieles viejas que apenas tenían pelo ya. La madera crujió bajo sus botas cuando se acercó al arcón, ante el cual se arrodilló, abrió la tapa y, presa de la impaciencia, apartó su ropa para poder alzar con los dedos, con una ternura propia de un amante, la única cosa que le importaba en el mundo.

El oro centelleó en la penumbra mientras aferraba con fuerza la empuñadura, sentía el perfecto equilibrio de aquel acero del que había desenvainado unos treinta centímetros. Sonrió al escuchar ese sonido, ese roce, esa dulce melodía que le alteró aún más los nervios. Cuántas veces había sonreído así, al sacarle lustre y afilarla una y otra vez, mientras soñaba con este día que por fin había llegado. Entonces, volvió a envainar la espada, se giró y... se quedó petrificado.

Su madre se encontraba observándolo desde el umbral de la puerta. Era una sombra negra que destacaba frente el cielo blanco que se hallaba a su espalda.

—Me voy a llevar la espada de mi padre —le espetó, agitando la empuñadura ante ella.

—Fue asesinado con esa misma espada.

—¡Me pertenece!

—Sí.

—No puedes obligarme a quedarme aquí más tiempo —añadió, al mismo tiempo que metía unas cuantas cosas en el petate que tenía ya preparado—. ¡Me dijiste que podría irme este verano!

—Lo sé.

—¡No puedes impedir que me vaya!

—¿Acaso crees que lo estoy intentando?

—¡A mi edad, Shubal la Rueda ya llevaba siete años de campaña!

—Fue afortunado.

—Ya ha llegado mi hora. ¡Sí, llegó hace tiempo!

—Lo sé —replicó su madre, mientras observaba cómo cogía su arco, al que todavía le faltaba la cuerda, y lo envolvía en un trapo junto a unas flechas—. Como las noches van a ser bastante frías durante un par de meses, será mejor que te lleves mi mejor capa.

Ese ofrecimiento le pilló con la guardia baja.

—Eh... no, deberías quedártela.

—Me sentiré mucho mejor si sé que tú la tienes.

No quería discutir por si acaso perdía los nervios. Pese a que era lo bastante grande y audaz como para enfrentarse a miles de miles de hombres del Sur, le daba miedo enfrentarse a la mujer que lo alumbró. Así que cogió la excelente capa teñida de verde de su madre del colgador y se la colocó sobre el hombro mientras se dirigía a la puerta. La trató con cierto desdén a pesar de que era consciente de que era la posesión más valiosa de su madre.

Festen se encontraba fuera, bastante nervioso, ya que no entendía realmente qué estaba ocurriendo. Beck le acarició la cabeza y despeinó a su pelirrojo hermano.

—Ahora eres el hombre de la familia. Si cortas la leña, te prometo que te traeré algo de la guerra.

—Ahí no tienen nada que nosotros necesitemos —afirmó su madre, quien lo observaba desde las sombras. No estaba enfadada, como solía ser normal. Sólo triste. Hasta ese momento, prácticamente, no se había dado cuenta de que ya era mucho más grande que ella. La coronilla de su madre ni siquiera le llegaba a la altura del cuello.

—Eso ya lo veremos —acto seguido, bajó los dos escalones que llevaban afuera, situados bajo los aleros cubiertos de musgo de la casa, pero no pudo evitar girarse—. Bueno, adiós.

—Una última cosa, Beck —al instante, su madre se agachó y lo besó en la frente. Fue un beso muy suave, tan delicado como la caricia de una gota de lluvia. Después, le acarició la mejilla y sonrió—. Hijo mío.

A Beck se le hizo un nudo en la garganta y se sintió muy arrepentido de lo que acababa de decir, aunque también se sentía muy contento por poder emprender su propio camino al fin, y también estaba enfadado por todos los meses de más que se había quedado en casa y triste por tener que marchar y también sentía miedo y lo embargaba la emoción, todo a la vez. Era incapaz de lograr que su rostro reflejara emoción alguna, a pesar de todas las emociones que sentía. Rápidamente acarició el dorso de la mano de su madre y se giró antes de echarse a llorar. A continuación, se alejó por el sendero, en dirección hacia la guerra.

Para recorrer el camino que creía que su padre podría haber seguido.

El reclutamiento no fue tal y como Beck se lo había imaginado.

Llovía, aunque no tan fuerte como para empaparlos a todos, sí lo bastante como para que todo el mundo entrecerrara los ojos y se encorvara, para restarle emoción al momento. Tenían la sensación de estar calados hasta los huesos. La gente que había acudido a alistarse, o a la que habían obligado a presentarse, más bien, podría haber estado dividida en filas en un principio pero había acabado siendo una maraña donde predominaban los chapoteos, los empujones y las quejas. La mayoría eran muy jóvenes, demasiado desde el punto de vista de Beck. Aquellos muchachos seguramente nunca habían visto el siguiente valle y mucho menos una batalla. El resto era gente que ya peinaba canas. Un puñado de tullidos de uno u otro tipo completaba sus filas. Cerca de ese gentío, se encontraban los Caris de Reachey, con sus lanzas en ristre o montados a lomos de sus caballos, con aspecto de estar tan poco impresionados con los nuevos reclutas como Beck. Estaba claro que no se parecían en nada a esa noble banda de camaradas de armas con los que había imaginado que llegaría a ser un héroe.

Hizo un gesto de negación con la cabeza, mientras sostenía firmemente con una mano la capa de su madre a la altura del cuello y con la otra aferraba la cálida empuñadura de la espada de su padre. Se le veía fuera de lugar entre aquella gente lamentable. Quizá Skarling el Desencapuchado también hubiera empezado con un grupo tan poco prometedor que, con el paso del tiempo, logró convertirse en un ejército que fue capaz de derrotar a la Unión, pero Beck no podía imaginarse a nadie narrando las proezas de aquellos desesperados. En cierto momento, había visto cómo pasaba a junto a él un grupo recién formado que caminaba arrastrando los pies y estaba encabezado por dos muchachos enclenques que sólo contaban con una lanza para los dos. Un reclutamiento sin suficientes armas, de eso no se suele oír hablar mucho en las canciones.

Por alguna razón, probablemente porque había soñado despierto con ello muchas veces, casi había esperado que el mismísimo Caul Reachey estuviera ahí, un

hombre que había luchado en todas las batallas desde tiempos inmemoriales, un hombre que hacía todo a la antigua. Había soñado con que se fijaría en él o le daría una palmadita en la espalda mientras decía: «¡Necesitamos muchachos como éste! ¡Mirad a este zagal! ¡Debemos encontrar más como él!». Pero allí no había ni rastro de Reachey. Ni de nadie que supiera qué estaban haciendo. Por un momento, se quedó observando el embarrado camino que había seguido y se planteó seriamente la posibilidad de regresar a la granja. Podría llegar a casa antes del alba...

—¿Has venido a alistarte? —le preguntó un hombre bajito, pero de amplios hombros, cuyo pelo y corta barba eran grises, y que llevaba una maza en el cinturón que tenía aspecto de haber sido testigo de mucha acción. Se encontraba de pie, apoyando todo su peso en una sola pierna, como si la otra fuera incapaz de soportarlo.

Beck no quería quedar como un necio y desechó la idea de largarse de ahí.

—He venido a luchar.

—Me alegro por ti. Me llamo Flood, asumiré el mando de este pequeño grupo en cuanto se acabe de formar —a continuación, señaló a una fila de chicos muy poco prometedores; algunos de ellos portaban arcos o hachas desgastadas, la mayoría sólo contaba con las ropas que llevaban encima, las cuales se encontraban en un estado lamentable—. Ponte en la fila si de verdad quieres luchar.

—Por supuesto.

Daba la impresión de que Flood al menos era capaz de distinguir una espada de una gorrina; además, todas las filas tenían el mismo aspecto desolador. Beck se acercó al grupo con aire arrogante, sacó pecho y se abrió paso entre los chicos de la parte posterior. Como eran muy jóvenes, les sacaba mucha altura.

—Soy Beck —dijo.

—Y yo Colving —murmuró uno de los muchachos, que no podía tener más de trece años y era bastante rechoncho, que miraba lo que había a su alrededor con los ojos desorbitados y parecía tener miedo a todo.

—Stodder —masculló un zagal abatido que mascaba una carne que parecía podrida y cuyo labio inferior, grueso y húmedo, pendía hacia abajo, lo que le daba el aspecto de estar mal de la cabeza.

—Yo soy Brait —dijo con una voz bastante aguda un chaval que era incluso más pequeño que Colving, que parecía un pordiosero por su vestimenta harapienta y cuyos dedos sucios asomaban a través de una bota rota.

Beck sintió pena por él hasta que se percató de lo mal que olía. Si bien Brait le ofreció su delgaducha mano, Beck no se la estrechó. Estaba demasiado ocupado evaluando al último miembro del grupo, que era mayor que el resto, llevaba un arco

sobre un hombro y tenía una cicatriz que le cruzaba una de sus oscuras cejas. Probablemente, se la había hecho simplemente al caerse de un muro, pero le hacía tener un aspecto mucho más peligroso del debido. A Beck le hubiera gustado tener una cicatriz así.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Reft.

El muchacho esbozaba una amplia sonrisa de suficiencia que a Beck no le hizo mucha gracia, ya que le daba la sensación de que se estaba riendo de él.

—¿De qué te ríes?

Reft gesticuló con la mano señalando todo el barro que los rodeaba.

—¿Acaso hay algo aquí de lo que no reírse?

—¿Te estás riendo de mí?

—No eres el centro del mundo, amigo.

Beck no estaba seguro de si aquel tipo se estaba burlando de él y haciéndole quedar como un necio, o si eso era algo que estaba logrando él solo, o si simplemente se sentía frustrado porque ninguno de los allí presentes encajaba con lo que había imaginado, pero lo cierto era que se estaba enfadando rápidamente.

—Será mejor que cierres esa...

Reft no le estaba escuchando. Miraba algo situado tras Beck, al igual que el resto. Beck se dio la vuelta para que ver qué pasaba y se quedó anonadado al toparse con un jinete, que iba subido a lomos de un caballo muy alto y que se alzaba amenazante sobre él. Era un buen corcel que portaba una silla aún mejor, cuyos arreos relucían lustrosos. Beck calculó que ese hombre de piel clara y ojos de lince debía de tener unos treinta años. Iba ataviado con una capa excelente, con un ribete bordado y un impresionante cuello de piel, que habría hecho avergonzarse a Beck de la que su madre le había dado si los demás de la fila no hubieran ido vestidos con harapos.

—Buenas tardes —saludó el jinete con una voz dulce y suave, con un acento que no sonaba casi norteño.

—Buenas tardes —dijo Reft.

—Buenas tardes —dijo Beck, quien no pensaba dar a Reft la oportunidad de presentarse como el líder del grupo.

El jinete sonrió desde su magnífica silla, como si todos ellos fueran compañeros de toda la vida.

—¿Seríais tan amables de indicarme dónde está la hoguera de Reachey?

Reft señaló con un dedo a la cada vez más intensa penumbra.

—Creo que está allá, en esa elevación de ahí, al abrigo de esos árboles.

Se refería a unas siluetas negras que destacaban frente al cielo del atardecer, a unas armas iluminadas por la luz de una hoguera.

—Os lo agradezco.

Acto seguido, el hombre agachó levemente la cabeza ante cada uno de ellos para despedirse, incluso ante Brait y Colving, chasqueó con la lengua y espoleó a su caballo para que dejara atrás a aquel grupo de reclutas; una leve sonrisa asomaba de una de las comisuras de sus labios, como si acabara de decir algo gracioso que Beck no acababa de entender.

—¿Quién era ese cabrón? —preguntó, en cuanto el jinete se encontró lo bastante lejos como para no poder oírle.

—No lo sé —contestó susurrando Colving.

Beck torció el morro.

—Claro que no. Además, a ti no te estaba preguntando nada, ¿eh?

—Lo siento —dijo, echándose hacia atrás, como si esperara recibir un tortazo—. Sólo decía que...

—Supongo que ése era el gran príncipe Calder —señaló Reft.

Beck torció aún más el morro.

—¿Cómo? ¿El hijo de Bethod? Pero si ya no es príncipe, ¿no?

—Está casado con la hija de Reachey, ¿no? —comentó Brait con su vocecilla aguda—. Quizá haya venido a presentar sus respetos a su suegro.

—O, a juzgar por su reputación, a intentar recuperar el trono de su padre valiéndose de mentiras —aseveró Reft.

Beck resopló.

—No creo que Dow el Negro vaya a lograr que cambie mucho.

—No, es más probable que le acaben marcando con la cruz de sangre —gruñó Stodder, mientras se chupaba los dedos al acabar de comer.

—Supongo que acabará ahorcado y quemado —conjeturó Colving con su voz atiplada—. Eso es lo que Dow el Negro suele hacer con los cobardes y traidores.

—Sí —afirmó Brait, como si fuera un gran experto—. Los prende fuego él mismo y observa cómo se retuercen.

—No puedo decir que lloraré por él —aseveró Beck, quien de inmediato lanzó una mirada siniestra a Calder, el cual todavía se estaba abriendo paso a través de los reclutas, donde destacaba por encima de los demás montado en su silla. Ese cabrón era todo lo opuesto a un hombre de honor—. No tiene pinta de guerrero.

—¿Y? —Reft, sin dejar sonreír, bajó la mirada hasta el dobladillo de la capa de Beck, del que asomaba la punta roma de la vaina de su espada—. Tú sí pareces un guerrero. Aunque no por eso tienes que serlo.

Beck no estaba dispuesto a soportar esa afrenta. Apartó la capa de su madre, se la colocó sobre el hombro para poder maniobrar mejor y apretó los puños.

—¿Estás insinuando que soy un cobarde?

Stodder se apartó de su camino con sumo cuidado. Colving clavó su asustada mirada en el suelo. Brait siguió esbozando su sonrisilla desvalida.

Si bien Reft se encogió de hombros y no aceptó el desafío, tampoco se acobardó del todo.

—No sé si tienes madera para esto, no te conozco bien. ¿Has luchado ya en alguna batalla?

—No en una oficial —contestó con brusquedad Beck, con la esperanza de que creyeran que había participado en algunas escaramuzas cuando, en realidad, aparte de las peleas a puñetazos con los muchachos de la aldea, sólo había combatido con los árboles de su casa.

—Entonces, todavía no sabes bien qué eres, ¿verdad? Nunca se puede saber qué hará un hombre una vez se han desenvainado las espadas y se encuentra hombro con hombro con sus compañeros de armas, a la espera de la carga del enemigo. Tal vez no huyas y luches como el mismísimo Skarling. O tal vez salgas corriendo. Quizá sólo seas un charlatán que afirma ser un guerrero.

—¡Te voy a enseñar lo que es una lucha de verdad!

Beck avanzó y alzó un puño. Colving gimoteó y se cubrió la cara como si fuera él quien fuera a recibir el golpe. Reft retrocedió un paso y apartó su capa hacia atrás con una mano. Beck atisbo en ese instante la empuñadura de un largo cuchillo y se percató de que, cuando había echado su capa hacia atrás, le había mostrado la empuñadura de la espada de su padre a ese muchacho, que pendía justo junto a su mano; de repente, se dio cuenta de que estaba arriesgando la vida por una tontería. Se dio cuenta súbitamente de que aquello quizá no iba a acabar como las peleas con los chavales de la aldea. Vio el miedo en los ojos de Reft y, al instante, perdió todo su valor y coraje. Titubeó por un momento, sin tener muy claro cómo habían acabado las cosas así o qué debería hacer...

—¡Eh! —exclamó Flood, quien emergió de la multitud trastabillando y arrastrando su pierna mala—. ¡Ya basta! —Beck bajó lentamente el puño y, sinceramente, se sintió tremendamente aliviado ante esa interrupción—. Me alegro de comprobar que poseéis ardor guerrero, pero ya tendréis la posibilidad de demostrarlo en las muchas batallas que libraremos con los sureños, por eso no os preocupéis. Mañana tenemos una larga marcha por delante y caminaréis mejor si no os han partido la boca —entonces, Flood sostuvo su puño en alto ante Beck y Reft; tenía pelos grises en el dorso y los nudillos marcados por un centenar de viejas heridas—. Pero eso es justo lo que conseguiréis a menos que os comportéis, ¿entendido?

—Sí, jefe —contestó de mala gana Beck, quien lanzó una mirada desafiante a Reft, a pesar de que los latidos de su corazón resonaban con tanta fuerza en sus oídos que creía que le iban a estallar de un momento a otro.

—Sí, por supuesto —respondió Reft, a la vez que cerraba su capa.

—Lo primero que tiene que aprender un guerrero es cuándo no debe pelear. Y ahora id para allá los dos.

Entonces, Beck se dio cuenta de que la fila que había estado delante de él se había esfumado y que ahora entre él y la mesa, sobre la cual había un toldo de lona empapado que la protegía de la lluvia, sólo había un tramo de barro pisoteado. Un anciano de barba gris se encontraba aguardándolo, con cara de que no le hacía mucha gracia estar ahí esperándolo. Era manco, por lo que llevaba una manga de su abrigo doblada y cosida al pecho. En la mano que le quedaba sostenía una pluma. Al parecer, estaban dejando constancia por escrito de los nombres de todos ellos en un gran libro. La escritura era una nueva forma de hacer las cosas, como muchas otras. Beck supuso que a su padre eso le habría dado igual y obró en consecuencia. Pero ¿qué sentido tenía combatir contra los sureños si uno acababa aceptando sus usos y costumbres? Al final, atravesó penosamente el barrizal, con cara de circunstancias.

—¿Nombre?

—¿Mi nombre?

—¿De quién coño va a ser si no?

—Beck.

El hombre de barba gris garabateó su nombre en un papel.

—¿De dónde eres?

—De una granja valle arriba.

—¿Edad?

—Diecisiete años.

De inmediato, el hombre alzó la vista y frunció el ceño.

—Pues estás muy crecidito. Llegas unos cuantos veranos tarde, chaval. ¿Dónde te habías metido?

—Estaba ayudando a mi madre en la granja —entonces, se escuchó un bufido a sus espaldas y Beck se giró súbitamente para lanzar una mirada iracunda al responsable de ese ruido. Brait respondió con una sonrisilla compungida que pronto se desdibujó en su rostro y, acto seguido, bajó la mirada para contemplar sus zapatos destrozados—. Como tiene que cuidar de dos hijos pequeños, me quedé a ayudarla. Eso también es una tarea propia de un hombre.

—Bueno, eso da igual, lo que importa es que estás aquí.

—Así es.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Shama el Cruel.

En cuanto oyó ese nombre, el viejo alzó la cabeza de inmediato.

—¡No me tomes el pelo, chico!

—No lo hago, anciano. Shama el Cruel era mi padre. Ésta de aquí es su espada.

Beck la desenvainó y el metal siseó. Al sentir su peso en la mano volvió a recobrar el valor y el ánimo. Acto seguido, la colocó sobre la mesa con la punta hacia abajo.

El anciano manco la observó de arriba abajo por un momento, su oro brillaba bajo la luz del crepúsculo y su excelente acero relucía como un espejo.

—Bueno, esto sí que no me lo esperaba. Esperemos que estés hecho de la misma pasta que tu padre.

—Lo estoy.

—Ya lo veremos. Ésta es tu primera paga, chaval —dijo, colocando una diminuta moneda de plata en la palma de la mano de Beck para, a continuación, coger de nuevo su pluma—. Siguiente.

Y de ese modo, dejó de ser un granjero. Así se unió a las filas de Caul Reachey y ya estuvo preparado para luchar en el bando de Dow el Negro contra la Unión. Beck envainó la espada y permaneció de pie en medio de una lluvia cada vez más intensa, sumido en una oscuridad cada vez mayor. Una chica pelirroja, cuyo pelo se había tornado marrón por el aguacero que estaba cayendo, estaba sirviendo ponche a todos aquellos que ya habían dado su nombre al manco, Beck cogió su ración y se remojó del gaznate. Después, arrojó la copa, mientras observaba cómo Reft, Colving y Stodder respondían al anciano, pensando en que importaba una mierda lo que

pensasen esos necios. Se labraría una gran reputación. Les demostraría quién era en verdad un cobarde.

Y quién un héroe.

Reachey

—¡Pero si es el marido de mi hija! —exclamó Reachey, con una amplia sonrisa en la que le faltaba un diente—. No hace falta que andes de puntillas, muchacho.

—Es que hay mucho barro —replicó Calder.

—Y a ti siempre te ha gustado tener las botas limpias.

—Son de cuero estirio, me las trajeron en barco desde Talins.

Acto seguido, colocó una de sus botas sobre una piedra junto al fuego para que los viejos Grandes Guerreros de Reachey pudieran verlas mejor.

—Así que te las trajeron en barco —refunfuñó Reachey, como si se estuviera lamentando porque todo lo bueno que había en el mundo se estaba perdiendo—. Por los muertos. ¿Cómo una chica tan lista como mi hija ha podido enamorarse de un mequetrefe como tú?

—¿Cómo es posible que una mala bestia como tú haya engendrado a una belleza como mi esposa?

Reachey sonrió de oreja a oreja y sus hombres hicieron lo mismo, mientras las llamas resaltaban cada arruga y recoveco de sus curtidos rostros.

—Siempre me lo he preguntado. Aunque menos veces que tú, pues yo conocí a su madre —un par de aquellos viejos gruñeron, ambos tenían la mirada perdida—. Además, era muy apuesto antes de que los golpes de la vida estropearan mi aspecto.

Los mismos viejos de antes se rieron entre dientes. Eran bromas de ancianos, sobre lo bueno que era todo antes.

—Los golpes de la vida —repitió uno de ellos, moviendo de lado a lado la cabeza.

—¿Podemos hablar un momento? —inquirió Calder.

—Por mi hijo, soy capaz de cualquier cosa. Muchachos.

Al instante, los hombres más leales de Reachey se pusieron en pie, aunque algunos tuvieron que realizar un esfuerzo más que evidente para lograrlo y, a

continuación, se desvanecieron en la oscuridad gruñendo. Calder escogió un lugar junto al fuego donde se puso de cuclillas y extendió las manos para calentarse.

—¿Quieres fumar en pipa? —le preguntó Reachey, quien le ofreció una pipa humeante.

—No, gracias.

Calder sabía que tenía que pensar siempre con claridad, incluso cuando se hallase entre gente que supuestamente era amiga suya. Últimamente caminaba por un sendero muy estrecho y no podía permitirse el lujo de tambalearse, ya que una larga caída lo aguardaba a ambos lados y al fondo no lo esperaba nada blando.

Reachey dio una calada a la pipa, lanzó un par de anillitos de humo de color marrón al aire y observó cómo ascendían.

—¿Cómo está mi hija?

—Es la mejor mujer del mundo.

Por una vez, no tuvo que mentir.

—Siempre sabes qué hay que decir, ¿verdad, Calder? Pero no pienso llevarte la contraria. ¿Y mi nieto?

—Aún es muy pequeño como para poder ayudarnos a combatir a la Unión en esta ocasión, pero está creciendo. Ya se pueden sentir sus pataditas.

—No me lo puedo creer —afirmó Reachey, quien se quedó contemplando las llamas, mientras negaba con la cabeza lentamente y se rascaba su corta barba blanca con las uñas—. Voy a ser abuelo. ¡Ja! Parece que fue ayer cuando aún era un niño. Es como si esta misma mañana hubiera notado las pataditas de Seff en el vientre de su madre. El tiempo pasa tan deprisa y apenas te das cuenta. El tiempo fluye como las hojas de los árboles que arrastra el agua. Disfruta de los pequeños momentos, hijo, ése es mi consejo. En eso consiste la vida. En todo lo que sucede cuando estás esperando que ocurra otra cosa. Tengo entendido que Dow el Negro quiere verte muerto.

Calder procuró disimular que el repentino cambio de tema lo había sorprendido, pero fracasó en el intento.

—¿Quién lo dice?

—Dow el Negro.

Aunque no fue una sorpresa, oírlo decir de una manera tan franca y directa no ayudó a levantarle el ánimo a Calder, que ya se hallaba por los suelos.

—Me lo suponía.

—Creo que te ha soltado para dar con una manera sencilla de matarte, o para que algún otro, que quiera ganarse su favor, lo haga. Creo que piensa que vas a intrigar contra él, que vas a volver a sus hombres en su contra y vas a intentar arrebatarle el trono. Entonces, en cuanto se descubra tu complot, tendrá la excusa perfecta para ahorcarte de un modo justo y nadie podrá quejarse al respecto.

—Cree que si me entrega el cuchillo, me apuñalaré yo solo.

—Algo así.

—Quizá sea más hábil de lo que él cree.

—Espero que sí. Lo único que digo es que, si estás pensando en urdir algún plan, será mejor que tengas en cuenta que espera que trames algo, que está esperando a que des un paso en falso. Siempre que no se canse de demorar la cuestión y le ordene a Caul Escalofríos que afile su hacha con tu sesera.

—Unas cuantas personas se llevarían un disgusto si eso ocurriera.

—Cierto. Además, medio Norte ya está bastante disgustado por culpa de tanta guerra y tantos impuestos. La guerra es una tradición que cultivamos por estos lares, por supuesto, pero los impuestos nunca han sido populares. Hoy en día, Dow debe tener mucho cuidado para no herir la susceptibilidad de la gente, y lo sabe. Aunque sería de necios confiar en que nunca se le va a agotar la paciencia. No es un hombre que haya nacido para actuar con cautela.

—¿Y se supone que yo sí?

—No hay que avergonzarse de ser precavido, muchacho. En el Norte, nos gustan los hombres grandes y estúpidos, los hombres que provocan baños de sangre y demás. Cantamos canciones sobre ellos. Pero esos hombres no consiguen nada solos, ésa es una gran verdad. Se necesita otro tipo de personas. Gente que piensa. Como tú. Como tu padre. Que no nos sobran, precisamente. ¿Quieres que te dé un consejo?

En opinión de Calder, Reachey se podía guardar su consejo. Había venido a por hombres y espadas, a por gente de corazón frío dispuesta a la traición. No obstante, hacía ya mucho tiempo que había aprendido que a la mayoría de los hombres lo que más les gusta es que les escuchen. Sobre todo, a los más poderosos. Reachey era uno de los cinco Jefes Guerreros de Dow y no había nadie más poderoso en aquellos tiempos. Así que Calder hizo lo que se le daba mejor: mentir.

—He venido aquí, precisamente, a recibir consejo.

—Entonces, deja las cosas estar. En vez de intentar nadar contra una feroz corriente, de arriesgarlo todo en las gélidas profundidades, siéntate en una playa y tómate las cosas con calma. ¿Quién sabe? Quizá llegue el momento en que el mar traiga a la orilla lo que deseas.

—¿Eso crees?

Desde el punto de vista de Calder, el mar sólo le había traído un montón de mierda tras otro desde que su padre falleció.

Reachey se acercó un poco más, arrastrando los pies, y le habló en voz baja.

—Dow el Negro no tiene sus posaderas muy bien asentadas en la Silla de Skarling, por eso la lleva siempre consigo. Casi todos apuestan aún por él, pero no despierta mucha lealtad, incluso menos que tu padre en su día, salvo en ese viejo hijo puta de Tenways. Además, los hombres de hoy en día como Cabeza de Hierro y Dorado... ¡Bah! —exclamó, resoplando con desprecio en dirección hacia el fuego—. Son más caprichosos que el viento. La gente teme a Dow el Negro, pero eso sólo funciona mientras uno es temible, si el conflicto sigue demorándose y no lucha... la gente tiene cosas mucho mejores que hacer que venir aquí a pasar hambre y cagar en agujeros. El último mes he perdido muchos hombres que han desertado para ir a sus casas a recoger la cosecha, tantos como los que reclutaré hoy. Dow tiene que luchar y será pronto, si no lo hace, o si pierde, bueno, las tornas se pueden volver al instante.

Reachey dio una larga calada a su pipa, henchido de satisfacción.

—¿Y qué pasaría si combate contra la Unión y gana?

—Bueno... —el anciano alzó la vista hacia las estrellas con los ojos entornados mientras acababa de exhalar una última nube de humo—. Es una posibilidad que también hay que plantearse. Si gana, será el héroe de todo el mundo.

—Me atrevo a decir que el mío no —ahora era el turno de Calder de acercarse más a su interlocutor y susurrar—. Mientras tanto, no estamos en una playa. ¿Y si Dow intenta asesinarme, o me encomienda alguna misión en la que fracasaré irremediablemente, o me coloca en una situación en la que mi muerte será inevitable? ¿Tendré, en ese caso, algún amigo cubriéndome la espalda?

—Para bien o para mal, eres el marido de mi hija. Tu padre y yo acordamos vuestro matrimonio cuando Seff y tú no eráis más que unos bebés. Me sentí orgulloso de recibirte en el seno de mi familia cuando tenías el mundo a tus pies. ¿Qué clase de hombre sería si te diera la espalda ahora que el peso del mundo entero recae sobre tus hombros? No. Eres de la familia —en ese instante, volvió a mostrar ese diente que le faltaba, al mismo tiempo que daba una palmadita con su pesada mano a Calder en el hombro—. Yo hago las cosas a la vieja usanza.

—Eres un hombre de honor, ¿eh?

—Así es.

—Así que... ¿me apoyarás con tu espada?

—Joder, no —entonces, dio un apretón a Calder en el hombro a modo de despedida y apartó la mano—. Sólo te estoy diciendo que no la utilizaré en tu contra. Si he de quemarme, me quemaré, pero no pienso prenderme fuego a mí mismo —si bien era la respuesta que, más o menos, Calder había esperado, seguía resultando decepcionante. Da igual cuántas decepciones se lleve uno en la vida, siempre resultan dolorosas—. Bueno, y, ahora, ¿adónde vas a ir, muchacho?

—Creo que voy a ir en busca de Scale, para ayudarlo a él y a los pocos hombres de mi padre que aún quedan.

—Buena idea. Tu hermano es tan fuerte y tan bravo como un toro, pero, bueno, a lo mejor también tiene el cerebro de un toro.

—A lo mejor.

—Hemos recibido órdenes de Dow, va a reunir a todo el ejército. Mañana por la mañana, vamos a marchar todos juntos hacia Osrung. Nos dirigiremos a los Héroes.

—Entonces, supongo que podré reunirme allí con Scale.

—Será un reencuentro afectuoso, no lo dudo —apostilló Reachey, agitando en el aire una mano nudosa ante él—. Vigila tu espalda, Calder.

—Eso haré —mascullό en voz baja.

—Oh, ¿Calder?

Todo el mundo siempre tenía una cosa más que decir, que nunca solía ser nada agradable.

—¿Sí?

—Una cosa es que decidas matarte. Pero mi hija ahora es rehén por tu culpa. Se prestó a ello voluntariamente. No quiero que hagas nada que pueda provocar que ella o el niño sufran algún daño. Eso no lo pasaré por alto. Ya se lo he dicho a Dow el Negro y ahora te lo digo a ti. No lo pasaré por alto.

—¿Acaso crees que sería capaz de hacer algo así? —le espetó Calder, con un tono de furia en su voz que le sorprendió incluso a él mismo—. No soy tan cabrón como dicen que soy.

—Sé que no lo eres —en ese momento, Reachey le lanzó una mirada de reproche, enmarcada bajo sus frondosas cejas—. Qué va.

Calder se alejó de aquella hoguera con el enorme peso de la preocupación sobre sus hombros; se sentía como si llevara una cota de doble malla encima. Cuando lo mejor que puedes obtener del padre de tu esposa es la promesa de que no va a ayudar a tu enemigo a matarte, no hace falta ser muy listo para darse cuenta de que estás de mierda hasta el cuello.

Entonces, escuchó una música que no sabía de dónde procedía; eran unas viejas canciones desentonadas que hablaban sobre unos hombres que habían muerto hace mucho y sobre los hombres que éstos habían asesinado. También oyó las risas de los borrachos y vio sus siluetas alrededor de las hogueras, mientras bebían por beber. Entonces, Calder escuchó un martillazo en la oscuridad y atisbo la silueta inmóvil de un herrero, que destacaba entre las chispas de la forja. Esa gente estaría trabajando toda la noche para poder proporcionar armas a los nuevos reclutas de Reachey: espadas, hachas y puntas de flechas. En eso consistía el negocio de la destrucción. Hizo una mueca de disgusto al escuchar el chirrido de la piedra de afilar. Había algo en ese ruido que siempre le había dado dentera. Nunca había entendido qué veían de especial los demás en las armas. Si uno se detenía a pensarlo, probablemente, un centro de reclutamiento no fuera el mejor lugar para él. Entonces, se detuvo y escudriñó la oscuridad. Había dejado atado su caballo por ahí cerca...

Escuchó el chapoteo de alguien que había pisado el barro y Calder miró hacia atrás contrariado. Atisbo las siluetas de dos hombres de melenas greñudas en la oscuridad, uno de ellos parecía llevar barba de tres días. De algún modo, supo al instante de quién se trataba. Y del mismo modo, al instante, echó a correr.

—¡Mierda!

—¡Detenlo!

Calder corría pesadamente sin saber adónde iba, sin pensar en nada, lo cual le proporcionó un extraño alivio por un momento, pero luego, en cuanto la primera oleada de emoción se desvaneció y fue consciente de que lo iban a asesinar... no.

—¡Socorro! —gritó, sin dirigirse a nadie en concreto—. ¡Socorro!

Tres hombres que se encontraban alrededor de una hoguera se giraron para ver qué pasaba, en parte por curiosidad y en parte porque estaban cabreados porque los habían molestado. Ninguno de ellos hizo ademán de coger sus armas, ya que lo que sucedía les importaba una mierda. A la gente, en general, siempre le importa todo una mierda. No sabían quién era y, aunque lo hubieran sabido, no les habría importado porque todo el mundo lo odiaba; e incluso aunque todo el mundo lo hubiera querido, tampoco a nadie le habría importado una mierda.

Los dejó atrás, jadeaba asustado y le ardían los pulmones, bajó deslizándose por una ribera y ascendió por otra, atravesó un conjunto de arbustos como pudo, donde se le clavaron varias ramitas, sin que le importara mucho ya el estado en que se hallaban sus botas estirias ahora que el miedo le atenazaba la garganta. De repente, vio una silueta que emergió amenazante de la oscuridad y atisbo la cara pálida de alguien sobresaltado.

—¡Socorro! —chilló—. ¡Socorro!

Se trataba de alguien que estaba agachado, cagando.

—¿Qué?

Calder pasó junto a él y se abrió paso por el barro como pudo, mientras dejaba las hogueras del campamento de Reachey a su espalda. Logró echar un vistazo furtivo hacia atrás, pero no pudo ver nada más allá del bamboleante contorno negro de aquellas tierras. No obstante, seguía oyéndolos, se encontraban demasiado cerca. Muy, pero que muy cerca. Si bien divisó el agua que relucía al final de una pendiente, se tropezó con algo con sus queridas botas estirias y salió despedido por los aires.

Cayó de cara, se hizo un ovillo y rodó por el suelo, mientras lo único que oía eran sus propios gimoteos desesperados y la tierra lo machacaba. Siguió resbalando hasta que por fin se detuvo, aunque tuvo la sensación de que seguía moviéndose. Se puso en pie con dificultad y notó cómo alguien lo agarraba.

—¡Soltadme, cabrones!

Pero, en realidad, se trataba de su propia capa que estaba embarrada y ahora pesaba bastante. Avanzó sólo medio paso, resbalándose, y se dio cuenta de que estaba ascendiendo por la ribera a la vez que los asesinos bajaban por ella. Intentó girarse y cayó a plomo en el arroyo, dando bocanadas de aire mientras se sumergía en el agua fría.

—Vaya manera de correr, ¿eh?

Aquella voz retumbó la cabeza de Calder, donde la sangre corría desbocada, y, al final, oyó unas desagradables carcajadas. ¿Por qué siempre se tenían que reír de él?

—Oh, sí. Ven aquí.

Entonces, escuchó el roce metálico que se oye siempre que uno desenvaina una espada. Calder se acordó de que él también tenía una, la buscó a tientas con las manos entumecidas, al mismo tiempo que intentaba con gran esfuerzo salir de la corriente helada, aunque sólo logró ponerse de rodillas. El asesino que se hallaba más cerca se acercó hasta él y, de repente, se cayó hacia un lado.

—Pero ¿qué haces? —inquirió el otro.

Calder se preguntó si había logrado desenvainar la espada sin darse cuenta y lo había atravesado con ella, pero, entonces, se percató de que su espada seguía enredada en su capa. Ni siquiera habría podido desenredarla si hubiera tenido todavía fuerzas para mover el brazo... lo cual, de momento, no tenía.

—¿Qué? —preguntó. Tenía la sensación de que se le había hinchado la lengua hasta ser el doble de grande de lo normal.

Una silueta apareció súbitamente de la nada. Calder profirió una especie de chillido y alzó las manos de manera descontrolada e inútil para protegerse la cara. Notó una corriente de aire provocada por algo que pasó cerca, algo que arremetió contra el segundo asesino que cayó de espaldas. El primer asesino gemía mientras intentaba abandonar la ribera a gatas. La silueta de un hombre, que llevaba un arco sobre el hombro y empuñaba una espada, se aproximó a él y lo atravesó con su hoja por la espalda sin aflojar el paso siquiera. Se le acercó y, entonces, esa silueta negra se quedó ahí quieta en la oscuridad. Calder la observó fijamente por el hueco que dejaban los dedos de la mano con la que se tapaba la cara, mientras el agua fría burbujeaba a la altura de sus rodillas. Pensó en Seff y aguardó a la muerte.

—Pero si es el príncipe Calder. No esperaba toparme contigo por estos lares.

Calder apartó lentamente sus temblorosas manos de su cara. Conocía esa voz.

—¿Foss Deep?

—Sí.

Una inmensa oleada de alivio invadió a Calder, tan intensa fue la emoción que estuvo a punto de echarse a reír. A reír o vomitar.

—¿Te envía mi hermano?

—No.

—Scale está tan... tan... tan ocupado últimamente —gruñó Shallow, mientras seguía clavándole al segundo asesino su espada, que hacía unos ruiditos como de succión al salir y entrar de su cuerpo.

—Muy ocupado, sí —Deep observaba a su hermano como si estuviera contemplando cómo un hombre cavaba una zanja—. Con tanta lucha y demás. Con la guerra. Con el viejo juego de las espadas y las marchas de aquí para allá. A Scale le encanta la guerra, nunca tiene suficiente. Por cierto, si ese tipo no está muerto ya, nunca lo va a estar.

—Cierto.

Shallow atravesó a ese hombre una vez más y, a continuación, se echó hacia atrás y se puso de cuclillas; bajo la luz de la luna, podía verse que tenía la espada, la mano y el brazo hasta el codo pegajosos y cubiertos de sangre negra.

Calder no quiso mirar, intentó no pensar en sus cada vez más intensas náuseas.

—¿De dónde habéis salido?

Deep le ofreció la mano y Calder se la cogió.

—Nos enteramos de que habías regresado del exilio y, como eres alguien tan popular, pensamos que sería mejor que viniéramos y veláramos por tu seguridad. Por si alguien intentaba hacerte algo. Y mira tú por dónde...

Calder permaneció agarrado al antebrazo de Deep durante un momento más mientras el mundo envuelto en la oscuridad dejaba de dar vueltas para él.

—Menos mal que habéis aparecido en el momento justo. Si hubierais tardado un poco más, habría tenido que matar a esos cabrones yo mismo.

En cuanto se puso en pie, la sangre le subió a gran velocidad a la cabeza, así que se encogió sobre sí mismo y vomitó sobre sus botas estirias.

—Pues sí, las cosas tenían pinta de ponerse muy feas —afirmó Deep con suma solemnidad.

—Si hubieras logrado desenredar tu espada de esa lujosa capa de mierda, habrías podido despedazar a esos malnacidos —comentó Shallow, quien, en ese instante, bajaba por la pendiente, arrastrando a alguien tras él—. Hemos capturado a éste. Era el encargado de sujetar a los caballos.

Acto seguido, empujó a una silueta al barro, justo delante de Calder. Se trataba de un joven; a media luz, podía apreciarse que su pálido rostro estaba salpicado de barro.

—Buen trabajo —afirmó Calder, quitándose los restos de vómito de la boca con la parte posterior de la manga—. Mi padre solía decir que erais los dos mejores hombres que jamás había conocido.

—Tiene gracia —replicó Shallow, quien sonrió abiertamente, mostrando así sus dientes a Calder—. Solía decirnos que éramos lo peor de lo peor.

—Bueno, da igual, lo cierto es que no sé cómo daros las gracias.

—Con oro —dijo Shallow.

—Sí —insistió Deep—. Con oro nos conformaríamos.

—Lo tendréis.

—Sé que será así. Por eso te queremos tanto, Calder.

—Bueno, por eso y por tu irresistible sentido del humor —agregó Shallow.

—Y por ese hermoso rostro que tienes, y por esa hermosa ropa y por esa sonrisa de suficiencia que hace que a uno le entren ganas de borrártela a golpes.

—Y por el tremendo respeto que le teníamos a tu padre —añadió Shallow, haciendo una leve reverencia—. Pero, sí, nos conformamos con el oro de toda la vida.

—¿Qué hacemos con estos muertos? —inquirió Deep, a la vez que daba una patada a uno de los cadáveres con la punta de una de sus botas.

Ahora que Calder iba calmándose mentalmente, ahora que la sangre que había discurrido desbocada por sus orejas se iba calmando y que las pulsaciones de su cara se atenuaban hasta ser una tenue vibración, volvía a pensar con claridad. Se preguntaba qué podría sacar de provecho de esa situación. Podía mostrarle esos muertos a Reachey, con el fin de enfurecerlo. El hecho de que hubieran intentado asesinar al marido de su hija en su propio campamento era un gran insulto a su honor. Sobre todo, para un hombre tan honorable como él. O podría llevarlos ante Dow el Negro, lanzarlos a sus pies y exigir justicia. Pero ambas opciones entrañaban riesgos, sobre todo, porque no sabían a ciencia cierta quién estaba detrás de todo aquello. Cuando uno planea qué va a hacer, siempre debe plantearse la posibilidad de no hacer nada, para ver adonde podría llevarle esa opción. Era mejor dejar que la corriente se llevara a esos cabrones y hacer como que no había pasado nada, para desconcertar al enemigo.

—Déjalos en el río —contestó.

—¿Y qué hacemos con éste? —preguntó Shallow, agitando el cuchillo ante el muchacho.

Calder se hallaba de pie ante él, con los labios fruncidos.

—¿Quién os ha enviado?

—Yo sólo cuidaba de los caballos —susurró el zagal.

—Vamos, vamos —dijo Deep—. No queremos despedazarte.

—A mí me da igual —comentó Shallow.

—¿Ah, sí?

—No me importa, de veras.

Al instante, cogió al muchacho del cuello y le metió el cuchillo por la nariz.

—¡No! ¡No! —chilló—. ¡Dijeron que era cosa de Tenways! ¡De Brodd Tenways!

Shallow le dejó caer de nuevo en el barro y Calder profirió un suspiro.

—Maldito sea ese viejo y su sarpullido.

Menuda sorpresa. A lo mejor Dow le había pedido que lo asesinara, o quizá lo había hecho por iniciativa propia. De un modo u otro, el muchacho no sabía bastante como para ser de más ayuda.

Shallow giró el cuchillo, cuya hoja centelleó bajo la luz de la luna mientras rotaba.

—¿Y qué hacemos con el señorito «yo sólo cuidaba de los caballos»?

El instinto le pedía a Calder que simplemente ordenara matarlo y ya está. Era lo más rápido, sencillo y seguro. No obstante, últimamente, siempre intentaba mostrarse misericordioso. Hace mucho tiempo, cuando era un joven muy idiota, o tal vez un idiota más joven, había ordenado matar a un hombre por puro capricho. Porque pensaba que eso le haría parecer más fuerte y poderoso. Porque creía que así su padre se sentiría orgulloso de él, pero no había sido así. Su padre le dijo después con un tono de voz teñido de decepción: «Antes de enviar a un hombre al barro, asegúrate de que no te resulta más útil vivo. Algunos hombres son capaces de destrozar cualquier cosa simplemente porque pueden. Son demasiado estúpidos para darse cuenta de que nada demuestra mejor el poder que la clemencia».

Presa de la desesperación, el muchacho tragó saliva al alzar la vista, tenía los ojos desorbitados y le brillaban en la oscuridad, quizá por culpa de un par de lágrimas que asomaban a ellos. Lo que Calder más deseaba era el poder, por eso pensaba tanto en la misericordia. Pensaba mucho sobre ella. Entonces, se pasó la lengua por su labio partido y le dolió mucho.

—Matadlo —ordenó y se alejó de ahí, mientras escuchaba cómo el muchacho profería sorprendido un aullido que enseguida fue acallado.

El momento de la muerte siempre coge a la gente por sorpresa, incluso cuando lo ven venir. Siempre creen que son especiales y, de algún modo, esperan que llegue un indulto. Pero no hay nadie especial. A continuación, escuchó un chapoteo, Shallow había empujado el cuerpo del muchacho al arroyo, y eso fue todo. Volvió a ascender por la pendiente, haciendo un gran esfuerzo, maldiciendo su capa empapada, que se le pegaba al cuerpo, sus botas cubiertas de barro y su boca dolorida. Calder se preguntaba si él también se sorprendería cuando llegara su hora. Probablemente, sí.

Lo correcto

—¿Es cierto? —preguntó Drofd.

—¿Eh?

—¿Que si es cierto? —insistió el muchacho, señalando con la cabeza hacia el Dedo de Skarling, que se alzaba orgulloso sobre su pequeña y redonda colina, proyectando una diminuta sombra, pues era cerca del mediodía—. ¿De verdad ese tal Skarling el Desencapuchado está enterrado ahí?

—Lo dudo —contestó Craw—. ¿Por qué debería estarlo?

—Ah, ¿no lo llaman por eso el Dedo de Skarling?

—¿Cómo lo iban a llamar si no? —inquirió Wonderful—. ¿La Polla de Skarling?

Brack alzó sus gruesas cejas.

—Ahora que lo mencionas, sí parece un poco una...

Drofd le interrumpió.

—No, me refiero a por qué recibe ese nombre si no está enterrado ahí.

Wonderful lo miró como si fuera el mayor idiota del Norte. Y si no lo era, debía de hallarse entre los primeros puestos.

—Hay un arroyo cerca de la granja de mi marido... de mi granja... al que llaman el Arroyo de Skarling. En todo el Norte hay probablemente otros cincuenta sitios así. Lo más probable es que alguna leyenda cuente que bebió en esas aguas claras antes de dar algún discurso, hacer una carga o realizar un acto noble de esos de los que tanto hablan las canciones. Me atrevo a decir que lo único que hizo en la mayoría de ellos fue orinar y eso siempre que sea cierto que alguna vez estuvo a menos de un día a caballo de esos lugares. En eso consiste ser un héroe. Todo el mundo quiere un pedazo de ti —con un leve gesto de la cabeza señaló a Whirrun, quien se encontraba arrodillado ante el Padre de las Espadas con las manos juntas y los ojos cerrados—. Dentro de cincuenta años, es más que probable que haya una decena de Arroyos de Whirrun esparcidos por un montón de granjas en las que nunca estuvo. Entonces, los palurdos los señalarán, con ingenuidad, y preguntarán: «¿Es cierto que Whirrun de Bligh está enterrado en ese arroyo?».

A continuación, Wonderful se alejó, sacudiendo su pelada cabeza.

Drofd se hundió de hombros.

—Sólo he hecho una puñetera pregunta, ¿no? Creía que por eso los llamaban los Héroes, porque hay unos héroes enterrados bajo ellos.

—¿Qué más da quién esté enterrado en tal o cual sitio? —masculló Craw, pensando en todos los hombres que había visto enterrar—. En cuanto un hombre está bajo tierra, ya es sólo barro. Barro e historias. Y las historias y los hombres de las que éstas surgen no suelen tener mucho en común.

Brack asintió.

—Y cada vez que se cuenta la historia, menos aún.

—¿Eh?

—Pongamos como ejemplo a Bethod —dijo Craw—. Habrás oído contar muchas historias sobre que fue el hijoputa más malvado que jamás ha pisado el Norte.

—¿No lo fue?

—Eso depende de a quién se lo preguntes. Sus adversarios no le tenían mucha estima y los muertos bien saben que hizo muchos enemigos y muy cabrones. Pero piensa en todo lo que logró. Consiguió mucho más de lo que Skarling el Desencapuchado logró jamás. Logró unir al Norte. Construyó los caminos sobre los que ahora marchamos, levantó la mitad de las ciudades. Puso fin a las guerras entre clanes.

—Sí, gracias a que declaró la guerra a los sureños.

—Bueno, sí, eso es cierto. Toda moneda siempre tiene dos caras y eso es precisamente lo que quiero decir. A la gente le gustan las historias sencillas —entonces, Craw se quedó mirando con el ceño fruncido las marcas rosáceas que tenía alrededor de las uñas—. Pero la gente no es tan sencilla.

Brack le dio una palmada a Drofd en la espalda que casi lo hizo caer.

—Aunque tú eres la excepción, ¿eh, chaval?

—¡Craw! —gritó Wonderful, con un tono de voz que obligó a todos a girarse.

Craw se puso de pie de un salto, o intentó hacer algo similar a un salto, pues era todo cuanto podía hacer ya en esa época, y se acercó corriendo hacia ella, esbozando un gesto de dolor mientras la rodilla le crujía como unas ramas al astillarse, y unas punzadas de dolor le ascendían hasta la espalda.

—¿Qué quieres que vea?

Contempló con los ojos entornados el Puente Viejo, los campos, los pastos y setos, así como el río y los cerros situados más allá, mientras intentaba protegerse los ojos llorosos del viento para intentar ver con claridad el borroso valle.

—Ahí abajo, en el vado.

Entonces, los vio y sintió que las entrañas se le encogían. Para él, desde allí arriba, no eran más que unos puntitos, pero eran hombres, sin duda alguna. Vadeaban por los bajíos y se abrían paso entre los guijarros, con el fin de ascender por la ribera. Por la ribera norte. Por la ribera de Craw.

—Mierda —dijo.

No eran tantos como para ser hombres de la Unión, pero como venían del sur, eso sólo podía significar que eran los muchachos del Sabueso. Lo cual implicaba que probablemente...

—Hardbread ha vuelto —susurró Escalofríos, que era la última persona que Craw habría querido tener a la espalda—. Y se ha buscado algunos amigos.

—¡A las armas! —gritó Wonderful.

—¿Eh? —preguntó Agrick, quien se encontraba de pie con una olla en las manos mientras la miraba fijamente.

—¡A las armas, idiota!

—¡Mierda!

Agrick y su hermano echaron a correr de un lado a otro, gritándose mutuamente; después, cogieron sus petates, los arrastraron y los abrieron para arrojar todo su equipo sobre la pisoteada hierba.

—¿Cuántos has contado? —inquirió Craw, quien dio una palmadita a su bolsillo para comprobar si su catalejo estaba ahí, pero no lo tenía—. ¿Dónde cojones...?

Brack se lo colocó a presión en la cara.

—Veintidós —gruñó.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Wonderful se frotó la larga cicatriz que le recorría el cuero cabelludo.

—Veintidós. *Veintidós.* Veintidós.

Cuanto más lo repetía, peor sonaba. Era un número particularmente jodido. Eran demasiados como para poder derrotarlos fácilmente sin correr grandes riesgos, pero suficientes como para poder vencerlos si contaban con el terreno a su favor y una buena tirada de runas. Eran demasiado pocos como para huir de ellos, sin tener que

explicarle luego a Dow el Negro por qué habían huido. Además, luchar siendo inferiores en número podía ser menos arriesgado que tener que darle alguna explicación a Dow el Negro.

—Mierda —dijo Craw, quien miró hacia Escalofríos y se encontró con que éste le devolvía la mirada con su ojo bueno.

Sabía que Escalofríos estaba haciendo la misma suma y que había llegado a la misma conclusión, pero, en su caso, a él no le importaba cuánta sangre se derramaba, ni cuántos hombres de la docena de Craw volvían al barro por defender esa colina. A Craw eso sí le importaba. Quizá demasiado, últimamente. Hardbread y sus muchachos ya habían salido del río, los últimos ya habían desaparecido entre los manzanos que estaban adquiriendo una tonalidad marrón, situados entre los bajíos y el pie de la colina, y se dirigían a los Niños.

Entonces, Yon apareció entre dos de los Héroes, con un montón de ramas en los brazos, jadeando por el esfuerzo del ascenso.

—Me ha llevado un rato, pero he encontrado... ¿Qué?

—¡A las armas! —le gritó Brack.

—¡Hardbread ha vuelto! —añadió Athroc.

—¡Mierda! —replicó Yon, dejando caer las ramas al suelo, donde formaron una maraña informe con la que casi se tropezó al salir corriendo en busca de su equipo.

La misión de Craw le ponía en un brete y no se podía permitir vacilaciones, pues en eso consiste ser jefe. Si hubiera querido tomar decisiones fáciles, habría seguido siendo carpintero, un oficio en el que de vez en cuando había que deshacerse de una junta estropeada, pero donde rara vez tenías que arriesgar la vida de un amigo.

Durante toda su vida, siempre había creído que había una manera correcta de hacer las cosas, aunque esa forma de pensar parecía estar quedándose anticuada. Uno escoge su jefe, escoge su bando, escoge su grupo y tiene que defenderlos, pase lo que pase. Apoyó a Tresárboles hasta que perdió ante Nueve el Sanguinario. Apoyó a Bethod hasta el final. Ahora, apoyaba a Dow el Negro y, con independencia de si era una decisión acertada o equivocada, Dow el Negro había dicho que defendieran esa colina y eso iba a hacer. Eran guerreros, ése era su oficio. Y llega un momento en que un guerrero tiene que lanzar las runas y luchar. Pues es lo correcto.

—Lo correcto —musitó para sí. O quizá era que, enterrada profundamente bajo sus preocupaciones y quejas, bajo todas las tonterías que decía sobre las puestas de sol, se encontraba clavada la diminuta astilla mellada del hombre que había sido hace tantos años, de aquel guerrero con ojos como dagas que habría derramado toda la sangre del Norte antes de dar un solo paso atrás. Ese tipo que se le *atragantaba* a todo el mundo.

—A las armas —bramó—. ¡Coged todo vuestro equipo! ¡Todo vuestro material de combate!

No hacía falta decirlo, la verdad, pero un buen jefe siempre gritaba mucho. Yon estaba hurgando en las bolsas del caballo de carga en busca de una cota de malla y, de improviso, sacó ruidosamente de ahí la enorme cota de Brack. Scorry sacó su lanza del otro lado, quitándole el hule que cubría su brillante filo, mientras tarareaba una melodía. Wonderful puso una cuerda en su arco con suma rapidez y, al tirar de ella para probarla, emitió una nota propia y peculiar. Entretanto, Whirrun seguía arrodillado e inmóvil, con los ojos cerrados y las manos juntas ante el Padre de las Espadas.

—Jefe —le dijo Scorry a Craw, lanzándole su espada, que tenía envainada en un cinturón manchado, enrollado sobre la vaina.

—Gracias —replicó, aunque no se sintió demasiado agradecido al cogerla al vuelo.

Se puso el cinturón, mientras los recuerdos de otros tiempos más brillantes y feroces pasaban a gran velocidad por su mente. Recuerdos sobre otros compañeros, que hacía mucho tiempo habían regresado al barro. Por los muertos, qué viejo se estaba haciendo.

Drofd miró a su alrededor por un momento, mientras abría y cerraba los puños sin parar. Wonderful le propinó un tortazo en la sien en cuanto pasó junto a él. Drofd recuperó la compostura y se dispuso a separar las flechas de su carcaj con manos temblorosas.

—Jefe —le dijo Wonderful a Craw, al darle su escudo. Craw se lo colocó en el brazo y su puño cerrado se acomodó a la correa tan bien como un pie a una vieja bota.

—Gracias —Craw miró a Escalofríos, que permanecía quieto con los brazos cruzados, observando cómo la docena se preparaba—. ¿Y tú qué, muchacho? ¿Estarás en primera línea?

Escalofríos echó hacia atrás la cabeza, esbozando una leve sonrisa en la parte de su rostro que no estaba paralizada ni cubierta por la inmensa cicatriz.

—En primera línea y justo en el centro —contestó con voz ronca. A continuación, se dirigió tranquilamente hacia las cenizas de la hoguera.

—Podríamos matarlo —le susurró Wonderful a Craw al oído—. Me da igual lo duro que sea, si le meto un flechazo en el cuello, se acabó.

—Sólo ha venido a entregarnos un mensaje.

—Matar al mensajero no es siempre una mala idea —replicó bromeando, pero sólo a medias—. Así no regresa con más mensajes.

—Eso no importa. Está aquí y tenemos la misma misión. Cebemos defender los Héroes. Se supone que somos guerreros, así que un poco de lucha no debería provocar que nos cagásemos encima.

Estuvo a punto de ahogarse al pronunciar esas palabras, ya que casi siempre se estaba cagando, desde la mañana a la noche; sobre todo, durante los combates.

—¿Un poco de lucha? —mascullό Wonderful, al mismo tiempo que desenvainaba la espada—. Nos triplican en número. ¿De verdad necesitamos tanto esta colina?

—Más bien, nos doblan en número —contestó, como si así tuvieran más posibilidades de alzarse victoriosos—. Si la Unión acaba apareciendo aquí, esta colina es la clave para dominar todo el valle —con ese razonamiento, pretendía no sólo convencerla a ella, sino también convencerse a sí mismo—. Es mejor que luchemos por conservar esta posición mientras estamos aquí arriba que cedérsela al enemigo, ya que después tendríamos que luchar por recuperarla desde abajo. Eso es lo correcto, eso es lo que hay que hacer —Wonderful abrió la boca con intención de protestar—. ¡Es lo correcto! —le espetó Craw, quien, acto seguido, le tendió la mano, pues no quería darle la oportunidad de convencerle de que estaba equivocado.

Wonderful respiró hondo.

—Vale —dijo, estrechándole la mano con fuerza, hasta casi hacerle daño—. Lucharemos —a continuación, se alejó, mientras estiraba con los dientes uno de los brazaletes con los que se protegía el brazo—. ¡Armaos, cabrones! ¡Que vamos a luchar!

Athroc y Agrick ya estaban listos, con los cascos puestos, hacían chocar sus escudos y se gruñían mutuamente a la cara, calentándose así para el combate. Scorry tenía agarrada la lanza justo por debajo de su hoja, que estaba utilizando para cortar trozos de una «raíz para los temblores» que luego se llevaba a la boca. Whirrun se había puesto en pie por fin y sonreía al cielo azul con los ojos cerrados, mientras el sol acariciaba su rostro. No necesitaba prepararse mucho para la batalla, ya que le bastaba con quitarse la capa.

—No lleva armadura —comentó Yon, quien estaba ayudando a Brack a colocarse su cota de malla, mientras negaba con la cabeza y observaba con el ceño fruncido a Whirrun—. ¿Qué clase de héroe no lleva una maldita armadura?

—Una armadura... —caviló Whirrun, a la vez que se chupaba un dedo y limpiaba una mota de suciedad de la empuñadura de su espada— es un estado mental... en el que admites la posibilidad... de que el enemigo te hiera.

—Pero ¿de qué *cojones* hablas? —preguntó Yon, tirando fuerte de las correas, lo cual hizo gruñir a Brack—. ¿Qué quiere decir eso?

Wonderful le dio una palmadita a Whirrun en el hombro y se apoyó en él, con una de sus piernas apoyada en el suelo de puntillas.

—Después de tantos años, no sé cómo aún esperas que este personaje actúe con cordura. Pero si está loco.

—¡Joder, todos estamos locos, mujer! —exclamó Brack, con la cara roja de tanto aguantar la respiración mientras Yon intentaba abrochar con gran esfuerzo las hebillas que tenía éste a su espalda—. ¿Por qué, si no, íbamos a combatir por una colina y unas cuantas piedras viejas?

—La guerra y la locura tienen mucho en común —afirmó Scorry, con la boca llena, de un modo no muy afortunado.

Yon por fin logró abrochar la última hebilla y estiró los brazos para que Brack pudiera ponerle la cota de malla.

—Pero por el mero hecho de estar loco, uno no decide dejar de llevar una puñetera armadura, ¿no?

El grupo de Hardbread había logrado atravesar los manzanos y dos grupos de tres hombres se habían separado del resto; uno se dirigió por el oeste al pie de la colina; el otro, al norte. Pretendían rodearlos por los flancos. A Drofd parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas mientras observaba los movimientos del enemigo y luego mientras contemplaba cómo los demás preparaban su equipo.

—¿Cómo pueden bromear? ¿Cómo pueden hacer bromas de mierda en esta situación?

—Porque cada hombre se arma de valor a su manera —Craw jamás admitiría que él también seguía ese consejo. No hay nada mejor para superar el terror que hallarse junto alguien más aterrorizado que uno mismo. Cogió a Drofd de la mano y le dio un apretón—. Tú respira, muchacho.

Drofd tomó aire, estremeciéndose, y luego lo expulsó con fuerza.

—Tienes razón, jefe. Debo respirar.

Craw se volvió para encararse con el resto del grupo.

—¡Muy bien! Se han dividido en tres grupos, dos de ellos intentan rodearnos por los flancos y el otro grupo, con cerca de una veintena de hombres, se acerca de frente —repasó esos números precipitadamente, quizá con la esperanza de que nadie se percatara del desequilibrio de fuerzas. Quizá con la esperanza de poder así engañarse a sí mismo—. Athroc, Agrick y Wonderful los hostigaréis, Drofd también, acribilladlos a flechazos mientras ascienden, obligadlos a dispersarse por la

pendiente. En cuanto se acerquen a las piedras... cargaremos —entonces, se percató de que Drofd tragaba saliva, ya que la idea de tener que cargar contra el enemigo no le convencía demasiado—. No son suficientes como para rodearnos a todos y contamos con la ventaja del terreno. Podemos escoger dónde atacar y podemos atacarlos con fuerza. Con suerte, lograremos dispersarlos antes de que puedan afianzar sus posiciones, luego ya veremos si los otros seis siguen teniendo ganas de luchar.

—¡Atacadlos con todo! —rugió Yon, que chocó las manos con los demás uno tras otro.

—Aguardad mi orden y actuad coordinados.

—Coordinados —repitió Wonderful, chocando su mano derecha con la de Scorry y dándole un puñetazo en el brazo con la izquierda.

—Escalofríos, Brack, Yon y yo ocuparemos la vanguardia y el centro.

—Sí, jefe —dijo Brack, que aún intentaba ponerle a Yon la cota de malla como podía.

—¡Joder, sí! —exclamó Yon, quien agitó su hacha en el aire para calentar y de ese modo le arrancó a Brack de las manos las hebillas que intentaba abrochar.

Escalofríos esbozó una amplia sonrisa y sacó la lengua; no fue un gesto especialmente reconfortante.

—Athroc y Agrick se ocuparán de los flancos.

—Sí —respondieron al unísono.

—Scorry, si alguien intenta acercarse por el flanco, clávale tu lanza. En cuanto nos lancemos contra el enemigo, seréis nuestra retaguardia.

Si bien Scorry se limitó a canturrear, estaba claro que le había escuchado.

—Whirrun. Tú serás nuestra arma secreta.

—No —replicó Whirrun, quien cogió al Padre de las Espadas que se encontraba apoyada sobre una piedra y la levantó en alto, de tal modo que su empuñadura centelleó bajo la luz del sol—. Es ésta. En realidad, es ella la que me convierte... supongo... una especie de... arma secreta de un modo extraño y raro.

—Hombre, raro sí que eres —masculló Wonderful, en voz muy baja.

—Puedes ser todo lo raro que quieras —afirmó Craw—, siempre que estés ahí cuando empiece la acción.

—Oh, no pienso irme a ninguna parte hasta que no me muestres mi destino —Whirrun se echó la capucha hacia atrás y se pasó la mano por su pelo liso—. Tal y como Shoglig me prometió que harías.

Craw suspiró.

—No sabes qué ganas tengo de que eso suceda. ¿Alguna pregunta? —no se oyó ningún otro sonido salvo el del viento que se movía a tientas a través de la hierba, el de las palmas de sus manos mientras se estrechaban las manos unos a otros y el resoplido que soltó Brack cuando al fin logró abrochar por fin todas las hebillas de la armadura de Yon—, Vale. Por si acaso no tengo la oportunidad de volverlo a decir, quiero aseguraros que ha sido un honor luchar con todos vosotros. O más bien ha sido un honor haberme arrastrado con vosotros por todo el Norte hiciera frío o calor. Simplemente, recordad lo que Rudd Tresárboles me dijo una vez. Que mueran ellos y no nosotros.

Wonderful sonrió de oreja a oreja.

—En toda mi puñetera vida, jamás había oído un consejo mejor sobre la guerra.

El resto de los hombres de Hardbread se estaban acercando. Se trataba del grupo más grande. Se aproximaban lentamente, tomándose su tiempo, ascendiendo por la pendiente hacia los Niños. Ahora sí eran algo más que unos puntitos. Mucho más. Ahora eran unos hombres, con un propósito, sobre cuyo afilado metal se reflejaba de vez en cuando la luz del sol. Craw dio un salto al sentir cómo una pesada mano lo golpeaba en el hombro, pero se trataba únicamente de Yon, que estaba tras él.

—¿Podemos hablar, jefe?

—¿Qué quieres? —preguntó, pese a que ya se lo imaginaba.

—Lo de siempre. Si me matan...

Craw asintió, pues quería concluir esa conversación cuanto antes.

—Buscaré a tus hijos y les daré tu parte.

—¿Y?

—Y les contaré cómo y quién eras.

—Les contarás todo.

—Sí, todo.

—Bien. Y no exageres las cosas, viejo cabrón.

Craw se señaló a sí mismo.

—¿Acaso tengo pinta yo de exagerar?

Yon quizá sonriera levemente cuando entrechocaron sus manos.

—Últimamente, seguro que no, jefe.

Eso dejó a Craw preguntándose a quién tendrían que presentarse sus amigos cuando él regresara al barro, pues toda su familia se encontraba ahí, en esa colina.

—Quiere hablar —dijo Wonderful.

Hardbread había dejado a sus hombres atrás, en los Niños, y estaba ascendiendo por la pendiente cubierta de hierba, con las manos vacías y una sonrisa amplia dibujada en su rostro, en dirección hacia los Héroes. Craw desenvainó su espalda y sintió su peso aterrador y reconfortante en su mano. Sabía lo afilada que era, la había afilado con una muela todos los días durante una docena de años. La vida y la muerte dependían de ese trozo de metal.

—Te hace sentir poderoso, ¿eh? —Escalofríos hizo girar su hacha con una sola mano. Era un arma de aspecto brutal, de cuyo mango de madera sobresalían unos tachones y cuya reluciente cabeza estaba repleta de muescas—. Un hombre siempre debería ir armado. Aunque sólo fuera por cómo se siente uno con un arma.

—Un hombre desarmado es como una casa con el tejado hundido —masculló Yon.

—Ambos acaban con más agujeros que un panal —apostilló Brack.

Hardbread se detuvo a tiro de flecha y la larga hierba le acarició las pantorrillas.

—¡Vaya, Craw! Por lo que veo, sigues aquí arriba, ¿eh?

—Así es, por desgracia.

—¿Has dormido bien?

—Ojalá tuviera una almohada de plumas. ¿Me has traído una?

—Ojalá tuviera una de sobra. ¿Ese que está contigo ahí arriba es Escalofríos?

—Sí. Y ha venido acompañado de dos decenas de Caris.

Merecía la pena lanzar ese farol; sin embargo, Hardbread se limitó a sonreír.

—Buen intento. No, no es así. Hacía tiempo que no nos veíamos, Caul. ¿Cómo te va?

Escalofríos se limitó a encogerse muy levemente de hombros.

Hardbread alzó las cejas.

—¿Ah, sí?

Escalofríos volvió a encogerse de hombros. El cielo podría haberse caído sobre sus cabezas y le habría dado igual.

—Como quieras. Bueno, Craw, ¿qué me dices? ¿Puedo recuperar mi colina?

Craw acarició el mango de su espada; como tenía la piel en carne viva en los extremos de sus uñas mordidas, sentía un tremendo picor.

—Tengo intención de quedarme aquí unos días más.

Hardbread frunció el ceño. No era la respuesta que había estado esperando.

—Mira, Craw, como la otra noche me diste una oportunidad, te voy a dar yo otra. Hay una forma correcta de hacer las cosas y lo que es justo es justo. Pero, como ya te habrás dado cuenta, esta mañana he venido con unos amigos —entonces, señaló hacia atrás con el pulgar en dirección a los Niños—. Así que te lo voy a preguntar una vez más. ¿Puedo recuperar mi colina?

Le estaba brindando una última oportunidad. Craw profirió un largo suspiro y gritó al viento.

—¡Me temo que no, Hardbread! ¡Me temo que tendrás que subir aquí arriba para arrebatármela!

—¿Cuántos hombres tienes ahí arriba? ¿Nueve? ¿Así vas a combatir a mis dos docenas?

—¡Hemos luchado en peores circunstancias! —afirmó, aunque no recordaba haber combatido en esas circunstancias tan desfavorables voluntariamente.

—¡Joder, me alegro por ti, yo no me atrevería! —en ese instante, su tono de voz pasó de estar teñido de furia a ser razonable—. Mira, no hace falta que las cosas se desmadren...

—¡Pero estamos en *guerra*! —Craw se sorprendió al darse cuenta de que había pronunciado esa última palabra con un poco más de mala leche de la que pretendía.

Por lo que podía ver desde la lejanía, Hardbread había dejado de sonreír.

—Tienes razón. Sólo quería brindarte la misma oportunidad que tú me diste, nada más.

—Es decente por tu parte. Y lo aprecio. Pero no puedo moverme de aquí.

—Es una pena, de veras.

—Sí. Es lo que hay.

Hardbread respiró hondo, como si estuviera a punto de hablar, pero al final no lo hizo. Se quedó quieto. Al igual que Craw. Al igual que todo su grupo, que se encontraba tras él contemplando qué sucedía ahí abajo. Al igual que todos los hombres de Hardbread, que alzaban la vista para ver qué sucedía ahí arriba. El silencio reinó en los Héroes, salvo por el susurro del viento, el trino de un par de pájaros en algún lugar y el zumbido de unas pocas abejas que revoloteaban entre las flores. Fue un momento de gran paz. Sobre todo, si se tiene en cuenta que estaban en guerra.

Entonces, Hardbread cerró la boca bruscamente, se dio la vuelta y descendió por la pronunciada pendiente en dirección a los Niños.

—Podría clavarle una flecha —murmuró Wonderful.

—Sé que podrías —replicó Craw—. Y sabes que no puedes hacerlo.

—Lo sé. Hablaba por hablar.

—Tal vez se lo piense mejor y decida no hacerlo —comentó Brack, pero, por su tono de voz, cabía deducir que no albergaba muchas esperanzas de que eso fuera a pasar.

—No. A él le gusta esto tan poco como a nosotros, pero ya se retiró en una ocasión. Ahora que lo tiene todo a favor, no volverá a hacerlo —Craw casi susurró estas últimas palabras—. No sería lo correcto —Hardbread llegó en ese momento a los Niños y desapareció entre las piedras—. Todos lo que no tengan un arco que retrocedan hasta los Héroes y aguarden el momento adecuado para atacar.

El silencio se prolongó. Craw sintió un dolor inquietante en la rodilla al cambiar el peso de una pierna a otra. Entonces, escuchó unas voces a su espalda: Yon y Brack discutían por alguna nadería mientras se preparaban para adoptar su exigua formación de ataque. Más silencio. La guerra era en un noventa y nueve por ciento aburrimiento y, de vez en cuando, un uno por ciento de terror acojonante. Craw intuía que estaba a punto de vivir uno de esos momentos tan desagradables.

Agrick había clavado unas cuantas flechas en la tierra, cuyas plumas aleteaban como los extremos superiores de la larga hierba. Alzó la punta de los pies y apoyó el peso en los talones, mientras se frotaba la mandíbula.

—A lo mejor esperan a que se haga de noche.

—No. Si el Sabueso lo ha enviado aquí con más hombres es porque quiere apoderarse de esta colina. La Unión quiere esta colina. No se arriesgará a que podamos recibir refuerzos esta noche.

—Entonces... —masculló Drofd.

—Sí. Supongo que atacarán ahora mismo.

Por una desafortunada coincidencia, en cuanto Craw pronunció la palabra «ahora», unos hombres emergieron de entre las sombras de los Niños. Adoptaron una formación muy ordenada y avanzaron con paso firme. Formaron un muro de escudos de una docena de hombres de ancho, detrás del cual, en segunda línea, asomaban las brillantes puntas de unas lanzas; los arqueros estaban situados en los flancos, protegidos por los escudos.

—A la vieja usanza —dijo Wonderful, a la vez que preparaba una flecha.

—No esperaba otra cosa de Hardbread. Él hace todo a la vieja usanza.

Era un poco como Craw. Dos viejos necios anclados en el pasado que habían sobrevivido más tiempo del que debían y que estaban dispuestos a destrozarse

mutuamente. Aunque, al menos, lo harían de la manera correcta. Sí, lo iban a hacer de la maldita manera correcta. Craw miró a ambos lados, buscando alguna señal que revelara la presencia de los dos pequeños grupos que se habían separado del principal. Pero no vio nada. Quizá avanzaban arrastrándose entre la alta hierba, o quizá simplemente estaban haciendo tiempo.

Agrick estiró la cuerda de su arco hasta que, prácticamente, le rozó el ceño.

—¿Cuándo quieres que dispare?

—En cuanto puedas acertar a algo.

—¿A alguien en particular?

Craw se pasó la lengua por los dientes.

—A cualquiera que puedas derribar —vamos, dilo directamente, ¿por qué no?, al menos debería tener los arrestos para decirlo—. A cualquiera que puedas matar.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Házselo pasar muy mal.

—Lo intentaré.

Agrick lanzó una flecha, simplemente para calcular la distancia, que revoloteó por encima de las cabezas del grupo de Hardbread y los obligó a agacharse. La primera flecha de Wonderful zumbó y se clavó en un escudo; acto seguido, el hombre que se encontraba tras él cayó hacia atrás, dejando un hueco en la muralla de escudos. No obstante, el muro ya se estaba rompiendo, a pesar de los tremendos gritos que Hardbread daba. Algunos hombres avanzaban más deprisa que los demás, otros se cansaban antes al tener que subir aquella pendiente.

Drofd también disparó, pero su flecha se elevó mucho y se perdió en algún lugar cerca de los Niños.

—¡Mierda! —juró, mientras cogía otra flecha con una mano temblorosa.

—Calma, Drofd, calma. Respira —le recomendó Craw, a quien también le estaba costando un poco respirar. Nunca le habían gustado demasiado las flechas. Sobre todo, cuando caían del cielo en dirección hacia él, aunque eso no hacía falta decirlo. A pesar de que no parecían gran cosa, eran capaces de provocar la muerte, por supuesto. Entonces, se acordó de una lluvia de flechas que en su día cayó, como una bandada de pájaros furiosos, sobre sus líneas en Ineward. En esa ocasión no tenían adonde huir y se aferraron como pudieron a la esperanza de que saldrían vivos de ahí.

En ese instante, una flecha surcó el aire y se apartó a un lado. Se colocó detrás del Héroe más cercano y se agazapó bajo la protección de su escudo. No era nada divertido ver cómo giraba el astil de esa flecha al descender, mientras se preguntaba

si el viento la arrastraría en otra dirección en el último momento y acabaría clavada en él. Sin embargo, rebotó en la piedra y salió disparada girando en el aire sin causar daño alguno. La distancia que separaba un flechazo mortal de una flecha clavada sobre la hierba era muy pequeña.

El hombre que la había disparado se detuvo y echó una rodilla al suelo, buscó a tientas una nueva flecha en su carcaj mientras que el muro escudos, que le brindaba seguridad, se iba alejando de él a medida que la formación ascendía por la pendiente. Athroc le acertó con una flecha en el estómago. Craw vio como abría la boca de par en par, soltaba su flecha y lanzaba un grito que se acabó transformando un momento después en un largo aullido. Pese a que quizá ese chillido presagiaba que sus probabilidades de ganar aumentaban un poco, a Craw no le gustó demasiado oírlo. No le gustaba la idea de que él mismo pudiera acabar dando un chillido similar en la hora siguiente.

La parte final del muro de escudos se vino abajo en cuanto los hombres se giraron para mirar al arquero que aullaba, mientras se debatían entre si ayudarlo o seguir avanzando, o simplemente se preguntaban si ellos serían los próximos. Hardbread vociferó varias órdenes y logró que recompusieran la formación, pero la siguiente flecha de Wonderful revoloteó muy cerca de sus cabezas, obligándolos a romper la formación una vez más. La gente de Craw contaba con la altura como aliada y podía disparar rápidamente sin que sus flechas se desviaran. Los hombres de Hardbread tenían que disparar hacia arriba, donde el viento seguramente desviaría sus flechas. Aun así, no tenía sentido correr riesgos innecesarios. Además, esa batalla no se iba a resolver a flechazos.

Craw dejó que Drofd disparara una vez más y entonces lo agarró del brazo.

—Vuelve con los demás.

El muchacho se dio la vuelta bruscamente y le dio la sensación de que estaba a punto de gritar. Quizá la locura de la batalla se había adueñado de él. Nunca se sabía quién podía ser su víctima. El miedo demencial y el valor demencial son como dos hojas que brotan de una misma ortiga, y más te vale no agarrarte a ninguna de ellas. Craw agarró del hombro al muchacho, le clavó los dedos con fuerza y lo atrajo hacia sí.

—¡He dicho que vuelvas con los demás!

Drofd tragó saliva, el apretón de Craw le había hecho recobrar la compostura.

—Jefe —dijo y, de inmediato, retrocedió agachado a trompicones entre las piedras.

—¡Retrocede si tienes que hacerlo! —le gritó Craw a Wonderful—. ¡No corras riesgos!

—¡Ya, joder! —masculló entre dientes, a la vez que miraba hacia atrás y preparaba otra flecha.

Craw retrocedió arrastrándose por el suelo, prestando atención por si caían más flechas hasta que dejó atrás aquellas piedras; a continuación, atravesó corriendo el círculo de hierba y se sintió estúpidamente feliz por poder disfrutar de un par de momentos de calma y seguridad, aunque también se sintió como un cobarde por ello.

—Están en... ¡Ah!

De repente, se tropezó con algo y se torció el tobillo, un intenso dolor le atravesó la pierna entera. Recorrió cojeando el resto del camino, apretando los dientes con fuerza y se colocó en el centro de la formación.

—Malditas madrigueras de conejo —susurró Escalofríos.

Antes de que Craw pudiera recobrar la compostura y responder, Wonderful apareció corriendo entre dos de los Héroes, agitando en el aire su arco.

—¡Han pasado el muro! ¡Y me he cargado a uno más de esos cabrones!

Agrick le pisaba los talones, cuyo escudo, que llevaba a la espalda, se balanceaba mientras corría. Una flecha se le acercó veloz por detrás y acabó clavada en la hierba, cerca de sus pies.

—¡Ya llega el resto!

Craw podía escuchar los gritos que llegaban de allá abajo, incluso los tenues chillidos del arquero herido, que el viento distorsionaba.

—¡Volved aquí! —se oyó bramar a Hardbread, casi sin resuello.

Daba la impresión de que la formación seguía disgregándose al ascender, algunos corrían ansiosos, otros hacían justo lo contrario, era evidente que no estaban acostumbrados a luchar juntos. Lo cual favorecía los intereses del grupo de Craw, quienes llevaban juntos tanto tiempo que parecían siglos.

Echó un vistazo hacia atrás y Scorry le guiñó un ojo, mientras seguía mascando. Eran viejos amigos; prácticamente, como hermanos. Whirrun había desenvainado su espada, una larga pieza de metal de un color gris apagado, cuyo filo apenas relucía ni siquiera bajo el sol. Tal y como las runas habían predicho, se iba a derramar sangre. La cuestión que quedaba por dilucidar era de quién. Esa pregunta se la hicieron todos, mientras se miraban mutuamente, pero nadie dijo una palabra y tampoco era necesario.

Wonderful se arrodilló al final de la pequeña formación en línea que habían adoptado, bajo la sombra del escudo de Athroc, y preparó una flecha. La docena de Craw estaba más preparada que nunca para luchar.

Entonces, divisaron a alguien que avanzaba arrastrándose cerca de una de las piedras. Si bien su escudo podría haber tenido algo pintado, estaba tan machacado por los golpes recibidos en combates y las inclemencias del tiempo que no había manera de distinguir el dibujo. Portaba una brillante espada en la mano y llevaba puesto un casco, pero no parecía ser un rival para nadie. Parecía estar reventado, ya que tenía la boca muy abierta y jadeaba tras el largo ascenso.

Los miró fijamente y ellos le devolvieron la mirada. Craw pudo notar cómo la tensión se apoderaba de Yon, que estaba junto a él, ansioso por arremeter; escuchó la respiración de Escalofríos que apretaba los dientes con fuerza; oyó cómo Brack gruñía guturalmente; todos se contagiaban los nervios unos a otros.

—Tranquilos —susurró Craw—. Tranquilos.

Sabía que lo más difícil en un momento como ése era quedarse quieto sin hacer nada. El ser humano no está hecho para algo así. Uno siente la necesidad de cargar o de huir, pero, de un modo u otro, uno siente la necesidad imperiosa de moverse, correr y gritar. Sin embargo, tenían que esperar. Tenían que atacar en el momento adecuado.

Otro miembro del grupo de Hardbread apareció, agazapado, con las rodillas dobladas, trataba de ver por encima de su escudo, sobre el que había pintado un pez torpemente. Craw se preguntó si ese tipo se llamaría Escamoso y, al instante, sintió una necesidad imperiosa de reírse que enseguida se desvaneció.

Tendrían que arremeter pronto y utilizar el terreno en su provecho. Debían sorprenderlos en la pendiente. Y acabar con ellos rápidamente. Era él quien tenía que decidir cuándo había llegado el momento oportuno. Como si él lo supiera. El tiempo se dilató y pudo captar un sinfín de detalles. La cadencia de su respiración en su dolorida garganta. La brisa que le hacía cosquillas en el dorso de su mano. Las briznas de hierba meciéndose en el viento. Entonces, se percató de que tenía la boca tan seca que no estaba seguro de si sería capaz de pronunciar una sola palabra cuando creyera que había llegado el momento de atacar.

Drofd disparó una flecha y ambos se agacharon. No obstante, el sonido de la cuerda del arco hizo que algo se despertara en Craw y, antes de que pudiera meditar sobre si era el momento adecuado o no, profirió un gran rugido. Pese a que apenas era una palabra, sus muchachos captaron su significado. Salieron corriendo como una manada de perros a los que de repente hubieran soltado. Ya era demasiado tarde para echarse atrás. De todos modos, quizá un momento era tan bueno como cualquier otro.

Sus pies retumbaron al pisar el suelo, sintió las vibraciones en los dientes y en su dolorida rodilla. Se preguntó si se tropezaría con otra madriguera de conejo y caería al suelo. Se preguntó dónde estaban los seis hombres que los habían rodeado por los

flancos. Se preguntó si deberían haber retrocedido, en qué estarían pensando esos dos idiotas, que ya eran tres, contra los que cargaban y en qué mentiras iba a contar a los hijos de Yon.

Los demás avanzaban a su mismo ritmo, los bordes de sus escudos se rozaban con los del suyo y empujaban a la altura de los hombros. Tenía al Jovial Yon a un lado y a Escalofríos al otro. Aquellos hombres sí sabían cómo mantener una formación en línea. Entonces, a Craw se le ocurrió que probablemente él era el eslabón más débil. Luego pensó que le daba demasiadas vueltas a las cosas.

Los muchachos de Hardbread avanzaban a saltos y se tambaleaban a cada paso que daban, ahora ya había más allá arriba, intentando adoptar una formación entre las piedras. En ese instante, Yon profirió su grito de guerra, agudo y estridente; después, lo hicieron Athroc y su hermano; en breve, todos estaban dando alaridos y aullando, mientras sus pisadas retumbaban fuertemente sobre el vetusto suelo de los Héroes. Una tierra donde los hombres rezaron una vez, quizá, hace mucho tiempo. Donde rezaron para que llegaran tiempos mejores.

Craw se sintió embargado por el terror y el júbilo de la batalla, que ascendía como si fuera fuego por su garganta, mientras la formación de los hombres de Hardbread quedaba reducida a una masa informe de escudos, entre los que asomaban de manera confusa algunas armas, cuyos filos centelleaban al moverse de aquí para allá.

Se encontraban ya entre las piedras, encima del enemigo.

—¡Dispersaos! —rugió Craw.

Él y Yon se fueron a la izquierda; Escalofríos y Brack, a la derecha y Whirrun aprovechó el hueco que habían dejado para arremeter aullando su diabólico chillido. Craw atisbo fugazmente el rostro del adversario más cercano, que lo miraba boquiabierto y con los ojos desorbitados. Los hombres no son valientes o cobardes, sin más. Todo depende de las circunstancias. De quién se encuentra a su lado. De si tienen que ascender corriendo por una colina mientras las flechas caen sobre ellos. Aquel muchacho pareció encogerse, como si intentara así esconder su cuerpo entero tras su escudo; entonces, el Padre de las Espadas cayó sobre él como si una montaña entera se le viniera encima. Una montaña tan afilada como una cuchilla.

El metal chilló, la madera y la carne reventaron. El bramido de su propia sangre y los rugidos de aquellos hombres invadieron los oídos de Craw, quien logró apartarse a un lado, para esquivar así un lanzazo, chocó con algo y su espada hizo saltar unas astillas de madera por los aires, el impacto lo obligó a girar y fue directamente hacia alguien con el escudo levantado, acto seguido, se escuchó un crujido chirriante y empujó a su adversario hacia atrás, que cayó por la ladera.

Entonces, vio a Hardbread, cuyo largo pelo gris se le había enmarañado alrededor de la cara. A pesar de que alzó su espada rápidamente, Whirrun fue mucho más rápido que él, extendió el brazo con celeridad y golpeó a Hardbread en la boca con la empuñadura del Padre de las Espadas. El fuerte impacto le hizo echar la cabeza hacia atrás y perdió el equilibrio. Pero Craw tenía ahora otras preocupaciones más inmediatas. Se encontraba cara a cara con un tipo con rostro de cavernícola y de aliento hediondo que no dejaba de gruñir. Tiró de su espada, que se había enganchado a algo, e intentó abrir un hueco para poder lanzar un mandoble. Como tenía la pendiente a un lado, empujó al hombre con su escudo y lo obligó a retroceder lo suficiente como para tener espacio.

Athroc golpeó un escudo con su hacha y el suyo acabó recibiendo un fuerte golpe a su vez. Craw intentó atacar, pero se le había enganchado el codo con la punta de una lanza y se le había enredado, de modo que sólo dio un leve golpe a alguien con la parte roma de su espada. Una amistosa palmadita en el hombro.

Whirrun se encontraba en medio de todos, trazando unos círculos borrosos en el aire con el Padre de las Espadas, obligando así a huir a los enemigos, que se alejaban chillando. Entonces, alguien se interpuso en su trayectoria: el sobrino de Hardbread.
—Oh...

Cayó partido al suelo por la mitad. Uno de sus brazos voló por los aires, una parte de su cuerpo rodó por la hierba, sus piernas cayeron al suelo. La larga hoja resonó como cuando se quiebra el hielo al calentarse y chorreó sangre. Craw dio un grito ahogado en cuanto las gotas le salpicaron la cara, arremetió contra un escudo y apretó los dientes con tanta fuerza que tuvo la impresión de que le iban a reventar. Gritó algo a través de ellos, aunque no sabía muy bien qué, mientras un montón de astillas se le clavaban en la cara. Captó un movimiento con el rabillo del ojo y alzó su escudo instintivamente; al instante, algo lo golpeó, destrozando el borde del escudo, con el que se golpeó la mandíbula, provocando que se trastabillara de lado, con el brazo entumecido.

De improviso, vio la silueta negra de un arma que destacaba frente al cielo azul y la detuvo con su espada cuando caía hacia él. Ambas hojas chocaron y se rozaron, y acabó gruñendo a alguien a la cara, a alguien que se parecía a Jutlan, pero Jutlan llevaba años enterrado. Se tropezó, pues se hallaba desequilibrado en la pendiente. Apretó los puños. Le dolía muchísimo la rodilla y le ardían los pulmones. Captó el brillo del ojo de Escalofríos, que esbozaba una sonrisa de batalla que arrugaba su cara destrozada, mientras su hacha reventaba la cabeza de Jutlan, cuyos oscuros sesos mancharon el escudo de Craw. Se quitó el cadáver de encima de un empujón, que acabó dando tumbos por la hierba. El Padre de las Espadas desgarró la armadura de alguien que se encontraba junto a él e hizo volar unos cuantos anillos

de malla deformados por el aire, que impactaron contra el dorso de la mano de Craw.

Sólo escuchaba estruendo y estrépito, roces y traqueteos, gritos y siseos, golpes sordos y crujidos y a hombres que juraban y gritaban como animales en un matadero. ¿Acaso Scorry estaba cantando? Algo le rozó a Craw la mejilla y le alcanzó en el ojo; al instante, giró la cabeza. Sangre, el filo de una hoja, tierra, pero no había manera de saberlo, se tambaleó hacia un lado al ver que algo se acercaba a él e intentó parar la caída con el codo. Vio una lanza, tras la que había alguien en cuyo rostro podía apreciarse una marca de nacimiento, alguien que gruñía e intentaba clavarle esa lanza. Craw la apartó torpemente con su escudo e intentó ponerse en pie. Scorry hirió a aquel hombre en el hombro, que movía a tientas su lanza de un lado a otro mientras se desangraba.

Wonderful tenía toda la cara cubierta de sangre. Quizá fuera suya, de otro, o suya y de otro. Escalofríos, en el suelo, se reía, mientras golpeaba con el borde metálico de su escudo a alguien en la boca. Toma, toma, muere, muere. Yon gritó, alzó su hacha y, acto seguido, ésta descendió estruendosamente. Drofd se trastabilló y se agarró el brazo ensangrentado, llevaba enredado en la espalda su arco totalmente destrozado.

Alguien saltó justo detrás de él armado con una lanza y Craw se interpuso en su camino, sintió un zumbido en la cabeza al escuchar su propio rugido ronco, mientras arremetía con su espada. Su puño dejó de agarrar su arma, la tela y el cuero se rasgaron y manó un chorro de sangre. La lanza cayó al suelo y el hombre, boquiabierto, profirió un largo chillido. Craw acabó con él haciendo un movimiento hacia atrás con la espada y su cuerpo giró al caer, su brazo cercenado pendía de su manga y su sangre negra parecía congelada en una nube blanca.

Alguien huía colina abajo. Una flecha pasó junto a él, pero falló. Craw saltó hacia él, pero falló. Se chocó con el codo de Agrick. Se resbaló y cayó con fuerza al suelo, se golpeó con la empuñadura de su propia espada y quedó a merced de su enemigo. Al hombre que huía le dio igual, se alejó brincando y tiró su escudo, que salió despedido rebotando.

Craw alzó su espada del suelo, llevándose consigo un manojo de hierba. Estuvo a punto de arremeter contra alguien, pero se contuvo. Ese alguien era Scorry, que aferraba con fuerza una lanza. Todos los hombres de Hardbread estaban huyendo. Los que quedaban vivos, claro. Cuando unos guerreros huyen en desbandada, lo hacen a la vez, como una ola que rompe, como un acantilado que rasga el mar. Se dispersan. Creyó ver a Hardbread dando tumbos, con la boca ensangrentada. Por una parte, quería que ese viejo cabrón huyera; por otra, quería arremeter contra él y matarlo de una vez.

—¡Atrás! ¡Atrás! —exclamó.

Se giró y se trastabilló, con el miedo atenazándole las tripas, ya que había visto a algunos hombres entre las piedras. Aunque ya no los divisaba. El sol brillaba intensa y cegadoramente. Escuchó unos gritos y el choque del metal. Enseguida, regresó corriendo hasta las piedras, donde su escudo impactó contra una roca de manera estruendosa, pero no sintió nada pues tenía el brazo entumecido. Resollaba y le dolía todo al respirar. A pesar de que tosía, siguió corriendo.

El caballo de carga estaba muerto junto al fuego y una flecha sobresalía de sus costillas. Divisó un escudo con un pájaro rojo dibujado en él y su espada que se alzaba y descendía. Wonderful lanzó una flecha, pero falló. Cuervorojo se giró y corrió, un arquero situado detrás de él disparó una flecha que se dirigió hacia Wonderful. Craw se colocó en su trayectoria y no apartó la mirada de su astil, la detuvo con su escudo y salió rebotada hacia la hierba.

El enemigo se había esfumado.

Agrick miraba algo que había en el suelo, no muy lejos del fuego. Contemplaba el suelo, con un hacha en una mano y el casco en la otra. Craw no quería saber qué estaba mirando, pues ya se lo imaginaba.

Uno de los hombres de Hardbread se arrastraba por el suelo y aplastaba la hierba al arrastrar sus ensangrentadas piernas. Escalofríos se acercó a él y le reventó la cabeza con la parte posterior de su hacha. No le golpeó muy duro, pero sí lo bastante. Con precisión. Como cuando un minero experimentado comprueba el terreno. Alguien seguía gritando en algún lugar. O quizá sólo fuera en la mente de Craw. Quizá sólo se tratara del susurro de su propia respiración en su garganta. Observó todo cuanto lo rodeaba parpadeando. ¿Por qué coño se habían quedado ahí arriba? Movió la cabeza de lado a lado como si así pudiera sacarse la respuesta de encima. Lo único que consiguió fue que le doliera aún más la mandíbula.

—¿Puedes mover la pierna? —le pregunto Scorry a Brack, mientras se agachaba sobre él, que estaba sentado sobre el suelo y se agarraba con una mano ensangrentada uno de sus enormes muslos.

—¡Sí, claro que puedo moverla, joder! ¡Pero me duele cuando la muevo!

Craw estaba empapado de sudor, cubierto de rasguños y tremendamente acalorado. Sentía una punzada de dolor en la mandíbula, allí donde su propio escudo se la había roto y también le dolía el brazo. La rodilla mala y el tobillo también seguían molestándole, aunque, por lo demás, no parecía hallarse herido. Lo cierto es que no. No estaba muy seguro de cómo había logrado salir de aquella batalla indemne. El ardor de la batalla se iba desvaneciendo con gran rapidez, las piernas doloridas le temblaban como si fuera un ternero recién nacido, la visión se le volvía borrosa. Se sentía como si hubiera pedido prestada toda la fuerza que había

utilizado y ahora tuviera que devolverla con intereses. Dio unos pasos hacia el fuego apagado y el caballo de carga muerto. No había ni rastro de los corceles ensillados. O bien habían huido, o bien estaban muertos. Entonces, se dejó caer al suelo de culo en medio de los Héroes.

—¿Estás bien? —inquirió Whirrun, quien se había inclinado sobre él, sosteniendo con un puño su larga espada, cuya hoja estaba salpicada por todas partes. De sangre, como debía ser. Una vez se desenvainaba el Padre de las Espadas, tenía que probar la sangre—. ¿Estás bien?

—Supongo.

Craw aferraba con tanta fuerza la correa de su escudo que apenas era capaz de recordar qué tenía que hacer para dejar de agarrarla. Al final, tuvo que hacer un gran esfuerzo para obligar a sus dedos a abrirse; a continuación, dejó caer el escudo sobre la hierba, cuya cara mostraba unas cuantas muescas recientes que ahora acompañaban a un centenar de viejas heridas, había una nueva abolladura en el umbo.

Wonderful tenía su corto pelo manchado de sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, frotándose los ojos con la parte posterior del brazo—. ¿Estoy herida?

—Sólo es un rasguño —respondió Scorry, a la vez que le examinaba el cuero cabelludo con los pulgares.

Drofd se arrodilló junto a ella, se meció adelante y atrás, mientras se agarraba del brazo, del que manaba sangre que le llegaba hasta las puntas de los dedos.

El sol centelleó en los ojos de Craw y éste parpadeó. Pudo oír a Yon que gritaba desafiante, junto a las piedras, a Hardbread y sus muchachos.

—¡Volved aquí, hijos de puta! ¡Vamos, cobardes!

Aunque Craw era incapaz de ver la diferencia. Todo hombre es un cobarde. Un cobarde y un héroe, según las circunstancias. No iban a volver. Craw imploró a los antiguos dioses muertos de aquel lugar que se encargaran de que no volviera el enemigo.

Scorry estaba cantando en voz baja una melodía dulce y triste, mientras sacaba aguja e hilo de su bolsa para comenzar a dar puntos. Después de una batalla, nunca se cantan canciones alegres. Las melodías jubilosas se cantan antes y normalmente no son fieles a la verdad.

Craw pensó que habían salido bien librados de aquella batalla. Muy bien. Sólo habían sufrido una baja. Entonces, miró al rostro estúpidamente inerte de Athroc, con los ojos bizcos, con el jubón destrozado por el hacha de Cuervorojo que se había

tornado asquerosamente rojo con sus entrañas y se sintió fatal consigo mismo por haber pensado que todos habían sobrevivido. Sabía que esa batalla lo dejaría marcado, igual que a los demás. Todos tenemos nuestras pesadas cargas que llevar.

Se tumbó sobre la hierba y observó cómo las nubes se desplazaban y cambiaban de forma en el firmamento. Un recuerdo lo asaltó y luego otro. Un buen líder no puede mortificarse en las decisiones que ha tomado, solía decirle Tresárboles, pero un buen líder no puede evitar mortificarse.

Había hecho lo correcto. Tal vez. O tal vez no exista tal cosa.

PRIMER DÍA

«Un ejército nacional huiría»

MONTESQUIEU

EL VALLE DE OSRUNG

OSRUNG

CARLEON

OLLENSAND

JALENHORM

UFFRITH

USTRED

Silencio

Su Augusta Majestad:

Lord Bayaz, el Primero de los Magos, ha transmitido al Mariscal Kroy su deseo urgente de que la campaña concluya de manera rápida. El mariscal ha concebido un plan para que Dow el Negro encare una batalla decisiva sin más dilación, por lo que el ejército entero se encuentra sumido en una actividad frenética.

La división del General Jalenhorm encabeza la marcha, que se inicia al alba y termina al atardecer, y la división del General Mitterick la cierra en la retaguardia a sólo unas horas por detrás. Casi se podría decir que hay una rivalidad amistosa entre ambos para ver quién es el primero en trabar combate con el enemigo. El Lord Gobernador Meed, mientras tanto, ha recibido la orden de retirarse de Ollensand. Las tres divisiones convergerán cerca de una ciudad llamada Osrung y, a continuación, se dirigirán hacia el norte, hacia la propia Carleon, hacia la victoria.

Yo, por mi parte, acompaño al estado mayor del General Jalenhorm en la misma punta de lanza del ejército. No obstante, el mal estado de los caminos y el tiempo inestable, con tremendos aguaceros y periodos de sol sin solución de continuidad, están demorando nuestro avance. Sin embargo, el general no deja que lo detengan ni los obstáculos que le plantea el firmamento ni el enemigo. Si logramos contactar con los hombres del Norte, informaré inmediatamente a su Majestad del resultado del encuentro, por supuesto.

Atentamente se despide, el siervo más leal y humilde de Su Majestad, Bremer dan Gorst, Observador Real de la Guerra del Norte.

Eso no podía considerarse un auténtico amanecer. La fúnebre luz gris que precedía al ascenso del sol por el cielo carecía de todo color. Había pocos rostros que ver y los que había pertenecían a espectros. Aquel paisaje vacío se había transformado en la tierra de los muertos. Ése era el momento del día favorito de Gorst. *Casi se podría creer que nadie va a volver a hablar jamás.*

Llevaba ya corriendo casi una hora, pisando con fuerza aquel barro repleto de surcos. En los largos y estrechos charcos que habían dejado las ruedas de las carretas se reflejaban las ramas negras de los árboles y el cielo descolorido. Dichosos mundos especulares en donde él tenía todo cuanto se merecía, pero que se desvanecían

aplastados bajo sus botas, cuyas gotas salpicaban con agua sucia sus pantorrillas forradas de acero.

Como correr con toda la armadura puesta habría sido una locura, Gorst únicamente llevaba puesto lo más básico. El peto y el espaldar, la escarcela en la cadera y grebas en las espinillas. En la mano derecha un avambrazo y un guante de esgrima para poder manejar con cierta libertad la espada. En la izquierda una pieza de acero totalmente articulada de gran grosor, que le cubría el brazo con el que se defendía de los golpes del enemigo desde la punta de los dedos hasta la pesada hombrera. Llevaba una chaqueta acolchada debajo, así como unos gruesos pantalones de cuero reforzados con tiras de metal. La estrecha ranura del visor de su celada era su bamboleante ventana al mundo.

Durante un rato, un perro moteado le ladró mientras corría pegado a sus talones; tenía la tripa hinchada de un modo grotesco y, al final, lo abandonó para rebuscar entre un gran montón de basura que había junto al camino. *¿Será nuestra basura la única marca perdurable que dejaremos en este país? ¿Nuestra basura y nuestras tumbas?* En ese momento, atravesaba, mientras corría pesadamente, el campamento de la división de Jalenhorm, un extenso laberinto de lonas sumidas en un dichoso silencio aletargado. La niebla se aferraba a la hierba aplastada, formaba espirales en las tiendas más cercanas y transformaba las más lejanas en espectros. Una hilera de caballos lo observó con cierto pesar por encima de sus morrales. Un centinela solitario, que se encontraba con las manos extendidas para calentarse junto a un brasero —una mancha carmesí que daba una pincelada de color a la penumbra mientras unas chispas naranjas revoloteaban a su alrededor—, miró boquiabierto a Gorst mientras éste se esforzaba por seguir avanzando y lo dejaba atrás.

Sus siervos lo estaban esperando en el claro que había frente a su tienda. Rurgen le trajo un cubo del que bebió con ganas, el agua fría recorrió su ardiente gaznate. Younger trajo un estuche, haciendo un gran esfuerzo pues pesaba mucho, del que Gorst sacó unas espadas que utilizaba para practicar. Se trataba de unos objetos de metal llenos de abolladuras, romos y largos, cuyas empuñaduras eran tan grandes como ladrillos para dar cierta sensación de equilibrio al conjunto, y pesaban el triple que las espadas que utilizaban en batalla, que ya eran pesadas de por sí.

Se le acercaron sumidos en un prodigioso silencio, Rurgen armado con un escudo y un palo y Younger, con una garrocha; Gorst intentó defenderse con su enorme espada. No le dieron tiempo ni la oportunidad de prepararse, ni mostraron tampoco misericordia alguna ni respeto. Tampoco él quería nada de eso. Antes de Sipani, se le habían dado muchas oportunidades y se había vuelto demasiado blando, flojo. Cuando llegó el momento de la verdad, le faltó preparación para afrontar la adversidad. Pero eso nunca volvería a suceder. Si llegaba otro momento de la verdad, se encontrarían con que se había vuelto tan duro como el acero, como

un acero con un filo inmisericorde y letal. Por eso, todas las mañanas de los últimos cuatro años, todas las mañanas después de lo sucedido en Sipani, todas las mañanas sin falta, ya podía llover o hacer calor o nevar... se entrenaba.

Se escuchó el ruido hueco de la madera al rozar el metal. Se escucharon varios golpes sordos y algún gruñido ocasional mientras el palo y la garrocha rebotaban en la armadura o acertaban en los espacios desprotegidos que dejaba ésta. La cadencia de la respiración de Gorst se aceleró demasiado y se le desbocó el corazón por el descomunal esfuerzo. El sudor empapó su chaqueta, le cubrió la cabeza y salía despedido de su visor en gruesas gotas. Le dolían todos los músculos, el sufrimiento era cada vez peor, aunque, al mismo tiempo, cada vez mejor, como si así fuera capaz de borrar la desgracia que había sufrido y volver a vivir.

Al cabo de un rato, se quedó allí quieto, con la boca abierta y los ojos cerrados, mientras le desabrochaban la armadura. En cuanto le quitaron la coraza, se sintió como si estuviera flotando. Como si ascendiera al cielo para nunca volver a bajar, *¿Qué es eso que flota ahí arriba por encima del ejército? ¡Oh, pero si es el famoso cabeza de turco de Bremer dan Gorst, que por fin se ha liberado de las garras de la tierra!*

Se quitó la ropa, que estaba empapada de sudor y apestaba. Tenía los brazos tan hinchados que apenas era capaz de doblarlos. Permaneció desnudo, pese al frío de la mañana, cubierto de moratones y rozaduras, mientras desprendía vaho como un pudín recién sacado del horno. Sobresaltado, profirió un grito ahogado cuando le arrojaron agua helada encima, recién sacada del arroyo. Younger le lanzó un paño con el que se secó, Rurgen trajo ropa limpia y, acto seguido, se vistió mientras sus sirvientes limpiaban su armadura para que recobrara su tenue y eficiente lustre habitual.

El sol ascendía arrastrándose por el irregular horizonte y, entonces, a través de un hueco que había entre los árboles, Gorst pudo ver cómo los soldados del Primer Regimiento del Rey salían de sus tiendas y desprendían vaho por la boca en aquel gélido amanecer. Observó cómo se colocaban sus armaduras, cómo atizaban esperanzados las ascuas de fuegos ya apagados y cómo se preparaban para la marcha de aquella mañana. Un grupo de ellos, bostezando aún, había sido llevado a rastras a presenciar cómo azotaban a uno de sus compañeros por alguna indisciplina. El látigo dejó unas tenues líneas rojas sobre su espalda desnuda y su restallido seco y agudo llegó a oídos de Gorst acompañado unos instantes después por el gemido del soldado. *No se da cuenta de la suerte que tiene. Ojalá mi castigo hubiera sido tan breve, tan intenso, tan merecido.*

Las espadas de combate de Gorst habían sido forjadas por Calvez, el mejor forjador de Estiria. Era un regalo del rey por haberle salvado la vida en la Batalla de Adua. Rurgen sacó la larga espada de su vaina y mostró sus dos lados, cuyo metal inmaculadamente lustroso centelleó bajo la luz del alba. Gorst asintió. Su sirviente le

mostró su espada corta a continuación, cuyo filo brillaba gélido. Gorst asintió, cogió la armadura y se la colocó. Después, apoyó una mano sobre el hombro de Younger y la otra sobre el de Rurgen y, sonriendo, les dio un cariñoso apretón.

Rurgen habló en voz baja, para respetar aquel hondo silencio.

—El general Jalenhorm ha pedido que se una a él en la cabeza de la columna, señor, en cuanto la división inicie la marcha.

Younger observó con los ojos entrecerrados un cielo que cada vez era más brillante.

—Estamos a sólo diez kilómetros de Osrung, señor. ¿Cree que hoy entraremos en combate?

—Espero que no —*pero, por los Hados, espero que sí. Oh, por favor, por favor, por favor, sólo os imploro una cosa: que pueda luchar pronto.*

Ambición

—¿Fin?

—¿Mmmm?

Él se apoyó sobre el codo, mostrándole una amplia sonrisa.

—Te quiero.

—Mmmm.

Una larga pausa. Ella había dejado hace tiempo de esperar que el amor le cayera encima como un relámpago. Alguna gente es propensa a vivir amores de ese tipo, pero otros son más duros de mollera.

—¿Fin?

—¿Mmmm?

—Te quiero. De veras.

Sí, lo amaba, pese a que, de algún modo, le costaba pronunciar esas palabras. Sentía algo muy parecido al amor. Él tenía un aspecto magnífico con el uniforme, y mucho mejor sin él; a veces, la sorprendía, pues lograba hacerla reír y, sin duda alguna, cuando se besaban saltaban chispas. Era un hombre honorable, generoso, diligente, respetuoso y olía bien... aunque no poseía un intelecto descomunal, la verdad sea dicha, pero probablemente eso también era positivo. Rara vez hay espacio para dos grandes intelectos en un matrimonio.

—Buen chico —murmuró ella, dándole unas palmaditas en la mejilla. Le tenía un gran afecto y sólo sentía cierto desprecio por él de vez en cuando, lo cual era mucho más de lo que podía decir sobre la mayoría de los hombres. Además, hacían una buena pareja. Optimista y pesimista, idealista y pragmática, soñador y cínica. Por no hablar de que él era de sangre noble y ella tenía una ambición insaciable.

El dio un suspiro teñido de decepción.

—Juro que no hay hombre en todo el puñetero ejército que no te ame.

—¿Tu comandante en jefe, el Lord Gobernador Meed, también?

—Bueno... no, casi seguro que él no, pero incluso él caería rendido ante tus encantos si te abstuvieras de dejarlo constantemente como un estúpido.

—Si me abstuviera, él solito acabaría demostrando también lo que es realmente.

—Es probable, pero los hombres toleran eso mucho mejor.

—De todos modos, sólo hay un oficial cuya opinión me importe algo.

El sonrió mientras recorría las costillas de su amada con la punta de uno de sus dedos.

—¿De veras?

—Sí, el capitán Hardrick —afirmó, chasqueando la lengua—. Debe de ser por esos pantalones de caballería que lleva tan sumamente prietos. Me gusta dejar caer cosas delante de él para que se incline a recogerlas. Huuuuy —se llevó un dedo a los labios, a la vez que le hacía ojitos—. ¡Qué torpe soy, se me ha caído otra vez el abanico! ¿Me hace el favor de recogerlo, por favor, capitán? Ya casi lo tiene. Sólo tiene que agacharse un poco más, capitán. Sólo... un poco... *más.*

—Pero qué desvergonzada eres. Aunque no creo que Hardrick hiciera una buena pareja contigo. Ese hombre es más aburrido que una ostra. Con él, te morirías de aburrimiento en unos minutos.

Finree hinchó los carrillos y resopló.

—Es probable que tengas razón. Un buen culo da para lo que da. Eso es algo que la mayoría de los hombres nunca llegan a comprender. Tal vez... —entonces, repasó mentalmente a todos sus conocidos en busca del amante más ridículo y sonrió al dar con el candidato perfecto—. ¿Qué te parece Bremer dan Gorst? No se puede decir que sea un tipo apuesto... ni ingenioso... ni tiene una buena posición social, pero intuyo que unas hondas emociones se ocultan tras esa fachada tan vulgar. Costaría acostumbrarse a su voz, por supuesto, aunque también es cierto que resulta muy difícil arrancarle más de un par de palabras seguidas, pero si te gustan los tipos fuertes y callados, creo que en ambos aspectos se lleva la puntuación máxima... ¿Qué? —Hal ya no se reía—. Estoy bromeando. Hace años que lo conozco. Es inofensivo.

—¿Inofensivo? ¿Le has visto alguna vez luchar?

—Le he visto combatir en un duelo de esgrima.

—No es lo mismo.

Sabía que él se estaba mordiendo la lengua para no comentar nada más al respecto y eso le hizo querer saber más.

—¿Le has visto luchar?

—Sí.

—¿Y?

—Y... me alegro de que esté de nuestro lado.

Ella le acarició con un dedo la punta de la nariz.

—Oh, mi pobre nene. ¿Le tienes miedo?

Se apartó de ella y se dio la vuelta para quedarse mirando al techo.

—Un poco. Todo el mundo debería tenerle un poco de miedo a Bremer dan Gorst.

Esa afirmación la sorprendió. Nunca se le había ocurrido pensar que Hal tuviera miedo a algo. Se quedaron ahí quietos, por un momento, mientras la lona por encima de ellos se agitaba suavemente mecida por el viento que soplaba fuera.

Ahora se sentía culpable. Amaba a Hal. El día en que le pidió la mano, había evaluado la situación detenidamente. Había sopesado todos los pros y contras, se había demostrado categóricamente a sí misma que Hal le convenía. Era un buen hombre. De los mejores que existían. Además, tenía una dentadura excelente. Era sincero, valiente y leal, quizá en demasía. Pero esas cosas no son siempre suficientes. Por eso él necesitaba a alguien más pragmático a su lado que lo ayudara a navegar entre procelosas aguas. Por eso la necesitaba.

—Hal.

—¿Sí?

Ella se giró hacia él y se apretó contra su cálido costado, para susurrarle al oído.

—Te quiero.

Tenía que admitir que disfrutaba del poder que ejercía sobre él. Con sólo eso bastaba para que estuviera radiante de alegría.

—Buena chica —susurró y la besó. Ella le devolvió el beso, a la vez que enredaba el pelo de su amado en sus dedos. ¿Qué es el amor, sino dar con alguien que encaja contigo? ¿Alguien que compensa tus defectos?

Alguien con quien puedes colaborar. Al que puedes moldear.

Aliz dan Brint era bastante guapa, bastante lista y de una familia lo bastante acomodada como para que no fuera una vergüenza tenerla como amiga, pero no lo bastante guapa, ni lo bastante lista, ni de una familia lo bastante acomodada como para que supusiera una amenaza. Cumplía todos los estrictos requisitos que Finree

exigía para cultivar una amistad sin correr ningún peligro de ser eclipsada. Nunca le había gustado que alguien la eclipsara.

—Me está costando un poco adaptarme —murmuró Aliz, posando sus ojos de rubias pestañas sobre la columna de soldados que marchaba junto a ellas—. Lleva cierto tiempo acostumbrarse a estar rodeada de hombres...

—No sé qué decirte. El ejército siempre ha sido mi hogar. Mi madre murió cuando yo era muy joven y me crió mi padre.

—Lo... lo siento.

—¿Por qué? Creo que mi padre la añora, pero yo no puedo. Nunca llegué a conocerla de verdad.

A continuación, reinó un incómodo silencio, lo cual no era muy sorprendente ya que Finree se percató de que aquella respuesta había sido el equivalente conversacional de un mazazo en la cabeza.

—¿Y tus padres?

—Han muerto.

—Oh.

Esa contestación hizo que Finree se sintiera peor. Daba la impresión de que la mayoría de las conversaciones en las que participaba siempre se movía entre dos extremos, entre la impaciencia y la culpa. Había decidido mostrarse más tolerante, aunque se había marcado ese propósito muchas veces y nunca lo había logrado. Quizá debería haber mantenido la boca cerrada, pero ése era un objetivo que también se había marcado muchas veces, con unos resultados aún más desastrosos. Mientras tanto, los cascos de los caballos repiqueteaban por el camino y las botas de los soldados resonaban al unísono, acompañados por los ocasionales gritos de los oficiales irritados porque alguien había roto el ritmo.

—¿Nos dirigimos al... Norte? —preguntó Aliz.

—Sí, hacia la ciudad de Osrung para encontrarnos con otras dos divisiones, mandadas por los generales Jalenhorm y Mitterick. Ahora mismo podrían estar ya a sólo quince kilómetros de nosotros, al otro lado de esas colinas —contestó, señalando con su fusta los sombríos cerros situados a su izquierda.

—¿Qué clase de hombres son?

—El general Jalenhorm es... —ten tacto, ten tacto— un hombre valiente y honrado, un viejo amigo del rey —por lo que ha ascendido mucho más de lo que le correspondería según sus limitadas habilidades—. Mitterick es un soldado competente y muy experimentado —así como un fanfarrón desobediente que tenía puestas sus miras en el puesto de su padre.

—¿Cada uno de ellos manda tantos hombres como nuestro Lord Gobernador Meed?

—Cada uno manda siete regimientos, dos de caballería y cinco de infantería.

Finree podría haber recitado de un tirón cuántos eran, qué títulos poseían y quiénes eran los oficiales de alto rango, pero daba la sensación de que se estaba acercando a los límites de la comprensión de Aliz. No obstante, los límites de su comprensión nunca habían parecido muy extensos, pero, aun así, Finree estaba decidida a convertirla en su amiga. Se comentaba que su marido, el coronel Brint, era íntimo del rey, lo cual la convertía en alguien muy útil. Por eso se reía siempre de los tediosos chistes del general.

—Cuánta gente —dijo Liz—. No cabe duda de que tu padre asume una gran responsabilidad.

—Así es.

La última vez que Finree había visto a su padre se había quedado impactada por su aspecto fatigado. Siempre había creído que estaba hecho de puro hierro, por lo que se había sentido muy desconcertada al darse cuenta de que también podía ser vulnerable. Quizá ése era el momento en que uno madura, cuando uno se da cuenta de que sus padres son tan falibles como cualquier persona.

—¿Con cuántos soldados cuenta el otro bando?

—La línea que separa a un soldado de un ciudadano normal no es tan clara en el Norte. Cuenta con unos cuantos miles de Caris, tal vez... de guerreros profesionales con sus propias cotas de malla y armas, adiestrados para la guerra, que forman la punta de lanza en las formaciones al cargar y la vanguardia en los muros de escudos. Pero por cada Cari habrá varios Siervos; granjeros o mercaderes reclutados a la fuerza o a los que pagan por luchar y trabajar, normalmente no van fuertemente armados, sólo con una lanza o un arco, pero, aun así, son unos guerreros muy curtidos. Luego están los Grandes Guerreros, unos veteranos que se han ganado un lugar de honor gracias a sus hazañas en el campo de batalla y que sirven como oficiales, guardaespaldas o exploradores en pequeños grupos llamados docenas. Como ellos —señaló a un grupo de desharrapados hombres del Sabueso, que seguían de cerca la columna por la elevación situada a su derecha—. No estoy segura de que nadie sepa con cuántos hombres cuenta Dow el Negro en total. Probablemente, ni siquiera Dow el Negro lo sepa.

Aliz parpadeó.

—Sabes tantas cosas...

Finree deseaba contestar «sí, así es», pero al final optó por encogerse de hombros de modo despreocupado. No había nada mágico en ello. Simplemente, se limitaba a

escuchar, observar y cerciorarse de que nunca hablaba sin saber de qué estaba hablando. Al fin y al cabo, la base de poder es el conocimiento.

Aliz suspiró.

—La guerra es terrible, ¿verdad?

—Arruina el paisaje, estrangula el comercio y la industria, mata a los inocentes y recompensa a los culpables, sume a los honrados en la pobreza y llena los bolsillos de los especuladores y, al final, sólo acaba alumbrando cadáveres, monumentos y relatos exagerados.

Sin embargo, Finree omitió mencionar que también ofrecía un sinfín de oportunidades.

—Tantos hombres resultan heridos —afirmó Aliz—. Tantos acaban muertos.

—Es algo horroroso.

Aunque los muertos dejan huecos que los avispados pueden ocupar con celeridad. O a los que las esposas avispadas pueden dirigir con presteza a sus maridos...

—Toda esta gente ha perdido sus hogares. Lo ha perdido todo —aseveró Aliz, quien observaba con ojos llorosos la miserable procesión que se acercaba en el otro sentido, a la que los soldados obligaban a apartarse del camino y a avanzar con dificultad a través del polvo asfixiante que éstos levantaban.

Casi todos sus integrantes eran mujeres, aunque no era fácil saberlo a ciencia cierta, ya que vestían sayones harapientos. Algunos ancianos y niños las acompañaban. Eran norteños, ciertamente. Y pobres, sin duda. Más que pobres, en realidad, pues no poseían prácticamente nada, sus rostros estaban contorsionados por el hambre y andaban boquiabiertos por puro agotamiento, aferrándose a unas posesiones descorazonadoramente exiguas. No miraban con odio, ni siquiera con miedo a los soldados de la Unión que marchaban pesadamente en dirección contraria. Parecían demasiado desesperados como para dejarse llevar por alguna otra emoción.

Finree ignoraba de quién huían exactamente, o adónde iban. Ignoraba qué horror les había obligado a ponerse en marcha o qué otros más tendrían que afrontar aún. Los seísmos ciegos de la guerra los habían expulsado de sus casas. Al verlos, Finree se sintió vergonzosamente a salvo, asquerosamente afortunada. Resulta muy fácil olvidar lo mucho que uno tiene, cuando su mirada siempre está centrada en lo que no tiene.

—Habría que hacer algo al respecto —murmuró Aliz, melancólicamente.

Finree apretó los dientes con fuerza.

—Tienes razón.

Espoleó a su caballo, lo cual posiblemente provocó que unas pocas motas de barro salpicaran el vestido blanco de Aliz, y recorrió la distancia que la separaba de su objetivo en un visto y no visto. Después, se adentró con su montura en el conjunto de oficiales que conformaba el cerebro de la división, ése que tan frecuentemente erraba.

Aquí arriba se hablaba el lenguaje de la guerra. De la coordinación y el abastecimiento. Del tiempo y el ánimo de las tropas. De los ritmos a los que había que marchar y las órdenes de batalla. Ésa no era una lengua extraña para Finree, quien incluso mientras avanzaba con su caballo entre ellos, se percató de varios errores, descuidos y deficiencias. Ella había crecido en barracones, comedores militares y cuarteles generales, llevaba más tiempo en el ejército que la mayoría de los oficiales que se encontraban aquí y sabía tanto sobre estrategia, táctica y logística como cualquiera de ellos. Ciertamente, sabía bastante más que el Lord Gobernador Meed, que hasta el año pasado no había presidido nada más peligroso que un banquete formal.

Meed cabalgaba en el mismo centro de ese compacto grupo, bajo un estandarte en el que podían verse los martillos cruzados de Angland, vestido con un magnífico uniforme azul celeste con galones dorados, más propio de un actor que actuaba en una representación vulgar que de un general en campaña. A pesar de todo el dinero que se había gastado en sastres, sus espléndidos cuellos nunca parecían quedarle del todo bien y su cuello nervudo siempre sobresalía de ellos como el de una tortuga de su caparazón.

Había perdido a tres sobrinos hace años en la Batalla de Pozo Negro y a su hermano, el lord gobernador anterior, poco después. Desde entonces, había acumulado un odio insuperable por los hombres del Norte y había defendido con tanta firmeza la necesidad de una guerra que él mismo había equipado a la mitad de su división poniendo dinero de su propio bolsillo. Sin embargo, el odio al enemigo no otorgaba a nadie una cualificación especial para llevar al mando. Sino más bien al contrario.

—Lady Brock, me alegro de que se haya unido a nosotros —dijo, con cierto desdén.

—Simplemente, formaba parte de esta marcha y ustedes se han interpuesto en mi camino —los oficiales se rieron entre dientes y Hal profirió un suspiro teñido de desesperación, mientras le lanzaba una mirada de reproche de soslayo, que ella le devolvió—. Tanto yo como algunas de las otras damas no hemos podido evitar fijarnos en los refugiados que circulan por la izquierda del camino. Esperábamos poder convencerlos de que les dieran un poco de comida.

Meed posó sus ojos llorosos sobre aquella deprimente procesión con el mismo desprecio con el que uno observaría una hilera de hormigas.

—Me temo que el bienestar de mis soldados es prioritario.

—Estoy segura de que esos muchachos tan fornidos se pueden permitir el lujo de saltarse una comida por una buena causa, ¿verdad? —replicó, golpeando el peto del coronel Brint, quien se rió de manera nerviosa.

—Le he asegurado al Mariscal Kroy que estaremos en posición en las afueras de Osrung a medianoche. No podemos detenernos.

—Podríamos hacerlo en...

Meed se alejó de ella de un modo grosero.

—Las damas y sus proyectos de caridad, ¿mmm? —comentó a sus oficiales, lo cual provocó una salva de risas aduladoras y serviles.

Pero Finree respondió a ese desprecio con su risita ahogada bastante estridente.

—Los hombres y sus juegos de guerra, ¿mmm? —acto seguido, le dio un guantazo al capitán Hardrick en el hombro, lo bastante fuerte como para obligarlo a hacer una mueca de dolor—. Intentar salvar un par de vidas no es más que *una estupidez, un sinsentido propio de una mujer.* ¡Ahora lo entiendo! Deberíamos dejar que vayan cayendo como moscas junto al camino, deberíamos extender el fuego y la pestilencia allá donde sea posible hasta dejar su país como un puñetero páramo. ¡Así aprenderán a respetar como deben a la Unión y sus costumbres, sí, seguro que sí! ¡En *eso* consiste ser un soldado! Miró a su alrededor, a los oficiales, con las cejas arqueadas. Al menos, ya no se reían. Meed, en particular, jamás se había mostrado de tan mal humor, lo cual era todo un logro.

—Coronel Brock —consiguió decir Meed, a pesar de tener los labios fruncidos—. Creo que su esposa estará mucho más cómoda si cabalga con el resto de las damas.

—Estaba a punto de sugerir lo mismo —dijo Hal, a la vez que detenía su caballo delante de ella, obligando así tanto a la amazona como a su montura a pararse bruscamente mientras el grupo de Meed seguía su camino—. Pero ¿qué estás haciendo? —susurró en voz muy baja.

—¡Ese hombre es un idiota insensible! ¡Un granjero que juega a los soldaditos!

—¡Tenemos que apañarnos con lo que hay, Fin! Por favor, no lo provoques. ¡Hazlo por mí! ¡Mis puñeteros nervios no lo van a poder soportar!

—Lo siento —la impaciencia volvió a dar paso a la culpa. No por causa de Meed, por supuesto, sino por Hal, quien tenía que ser el doble de bueno, el doble de valiente y el doble de trabajador que cualquier otro para poder liberarse de la sombra asfixiante de su padre—. Pero odio ver cómo se hacen mal las cosas por culpa del

orgullo malentendido de un viejo necio cuando se podrían hacer bien con suma facilidad.

—¿No crees que ya es bastante malo que tengamos un general aficionado al mando como para que encima alguien lo convierta en el hazmerreír de todo el mundo? Quizá si tuviera un poco de apoyo, haría las cosas mejor.

—Quizá —murmuró, sin estar muy convencida de ello.

—¿Por qué no te quedas con las demás esposas? —le imploró—. Por favor, aunque sólo sea por ahora.

—¿Con esa panda de brujas cotorras? —replicó, adoptando un gesto de contrariedad—. De lo único que saben hablar es sobre quién no es fértil, quién es infiel y qué ropa lleva 1a. reina. Son idiotas.

—¿No te has dado cuenta de que, desde tu punto de vista, todos son idiotas menos tú?

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Tú también te has dado cuenta?

Hal respiró hondo.

—Te quiero. Sabes que es así. Pero piensa en a quién estás ayudando en realidad. Podrías haber dado de comer a esta gente si hubieras tenido más mano izquierda —se rascó el caballete de la nariz—. Hablaré con el oficial del servicio de intendencia, a ver si se puede hacer algo.

—Eres todo un héroe.

—Lo intento, pero, la madre que te parió, no me lo pones nada fácil. La próxima vez, opta por hablar de un tema anodino, hazlo por mí, por favor. ¡Habla sobre el tiempo, por ejemplo! —exclamó, mientras regresaba hacia la cabeza de la columna a lomos de su caballo.

—Me cago en el tiempo —masculló a su espalda—, y en Meed también.

Aunque tenía que admitir que Hal tenía cierta razón. No se estaba haciendo ningún bien a sí misma, ni a su marido, ni a la causa de la Unión, ni siquiera a los refugiados al irritar al Lord Gobernador Meed.

No, tenía que destruirlo.

Toma y daca

—Levántate, viejo.

Craw todavía seguía medio dormido. En casa, allá donde ésta estuviera. De joven, o ya retirado. ¿No era Colwen ésa que le sonreía en una esquina? Estaba girando la madera en el torno, cuyas virutas rizadas se esparcían y crujían bajo sus pies. Gruñó, se dio la vuelta y sintió un tremendo dolor en el costado, que hizo que lo invadiera el pánico. Al instante, intentó quitarse la manta de encima.

—Pero ¿qué...?

—No pasa nada —Wonderful tenía apoyada una mano sobre su hombro—. Pensé que sería mejor dejarte dormir —entonces, se dio cuenta de que ahora ella tenía una larga postilla al otro lado de la cabeza y de que su pelo corto estaba cubierto de sangre seca—. Pensé que te vendría bien.

—Me vendría bien dormir unas cuantas horas más —Craw apretó los dientes con fuerza por culpa de los diez dolores distintos que sintió al intentar incorporarse; primero lo intentó muy rápido, luego muy lentamente—. Me cago en todo, la guerra es cosa de jóvenes, está claro.

—¿Y ahora qué hay que hacer?

—No mucho —Wonderful le entregó una petaca y se enjuagó la boca, que le sabía a rayos, y escupió—. No hay ni rastro de Hardbread y hemos enterrado a Athroc.

Craw se detuvo, con la petaca a medio camino de la boca; lentamente, la fue bajando. Había un montón de tierra recientemente revuelta al pie de una de las piedras en el extremo más alejado de los Héroes. Brack y Scorry se encontraban delante de él, con unas palas en las manos. Agrick se encontraba entre ambos, con la cabeza gacha.

—¿Ya le habéis despedido? —preguntó Craw, quien sabía que aún no lo habían hecho, aunque habría deseado que sí.

—Te estábamos esperando.

—Bien —replicó, mintiendo.

Se puso en pie, agarrándose al antebrazo de ella. Era una mañana gris en la que soplaba un poco de viento, unas nubes bajas rozaban las cimas escarpadas de los cerros, la niebla todavía se aferraba a los surcos de sus laderas y envolvía las ciénagas del fondo del valle.

Craw se acercó cojeando hasta la tumba, moviendo bastante la cadera, para intentar así librarse del dolor de las articulaciones. Habría preferido estar en cualquier otro sitio, pero hay cosas de las que uno no se puede librar. Todos se acercaron y se reunieron formando un semicírculo. Todos estaban muy tristes y callados. Drofd trató de engullir un mendrugo de pan entero de una sola vez y se limpió las manos con la camisa. Whirrun, que llevaba la capucha puesta, abrazaba al Padre de las Espadas como un hombre abrazaría a su hijo enfermo. Yon mostraba un semblante más adusto de lo normal, lo cual era mucho decir. Craw ocupó el sitio que le correspondía al pie de la tumba, entre Agrick y Brack. El rostro del montañés había perdido su habitual tonalidad rubicunda y el vendaje que llevaba en la pierna mostraba una mancha de sangre fresca.

—¿Tienes bien esa pierna? —le interrogó.

—Es sólo un rasguño —contestó Brack.

—Estás sangrando mucho por un rasguño, ¿eh?

Brack le sonrió, de modo que los tatuajes de su rostro cambiaron de posición.

—¿A esto llamas tú mucho?

—Supongo que no.

No si se lo comparaba con todo lo que había sangrado el sobrino de Hardbread cuando Whirrun lo había partido por la mitad.

Craw echó un vistazo hacia atrás, hacia el lugar donde habían apilado los cadáveres, al socaire de ese muro desmoronado. Quizá no estuvieran a la vista, pero no podían olvidarse de ellos. De los muertos. Nunca podía olvidar a los muertos. Craw clavó la mirada sobre la tierra negra y se preguntó qué iba a decir. Contemplaba esa tierra negra como si ésta tuviera las respuestas. Pero no hay nada en la tierra salvo oscuridad.

—Qué raro —dijo con voz ronca, por lo que tuvo que aclararse la garganta—. El otro día, Drofd me preguntó si llamaban a estas piedras los Héroes porque aquí hay enterrados algunos héroes. Yo le contesté que no. Aunque quizá ahora sí haya uno enterrado aquí.

Craw hizo una mueca de dolor al decir esas palabras, no porque lo dominara la tristeza, sino porque sabía que estaba diciendo una sarta de estupideces. Unas estupideces que no habrían engañado ni a un niño. Pero toda la docena asintió, mientras una lágrima recorría la mejilla de Agrick.

—Sí —dijo Yon.

Uno puede decir ciertas cosas ante una tumba que provocarían la risa si las dijera en una taberna, pero que aquí lograban que a uno lo trataran como si rebosara sabiduría. Craw tuvo la sensación de que cada palabra era como un cuchillo que se clavaba a sí mismo, pero no podía parar.

—Athroc no ha estado mucho tiempo con nosotros, pero nos ha dejado un imborrable recuerdo. No lo olvidaremos —Craw pensó entonces en todos los demás hombres que había enterrado, cuyas caras y nombres se perdían en la bruma de los años, ya ni siquiera recordaba cuántos habían sido—. Apoyó a su grupo. Luchó bien —y murió muy mal, a hachazos, por defender un terreno que no valía nada—. Hizo lo correcto. Que es todo lo que se le puede pedir a un hombre, supongo. Si hay algún...

—¡Craw! —exclamó Escalofríos, quien se encontraba a quizá unas treinta zancadas al sur del círculo.

—¡Ahora no! —replicó entre susurros.

—Sí —dijo Escalofríos—. Ahora sí.

Craw se le acercó corriendo y el valle gris se abrió entre dos de las piedras.

—¿Qué quieres que mire...? Oh.

Más allá del río, a los pies del Cerro Negro, se encontraban unos jinetes que cabalgaban sobre la tierra marrón del camino de Uffrith. Cabalgaban a gran velocidad hacia Osrung, levantando nubes de polvo a su paso. Podrían ser unos cuarenta. Podrían ser más incluso.

—Y ahí también.

—Mierda —otros cuarenta se acercaban hacia el Puente Viejo por el sentido contrario. Se estaban haciendo con los cruces. Intentaban rodear los Héroes por ambos lados. Una honda preocupación, que prácticamente llegó a ser un leve dolor en el pecho, se apoderó de Craw—. ¿Dónde está Scorry? —miró a su alrededor como si hubiera dejado algo en algún sitio y no recordara dónde. Scorry estaba justo detrás de él, con un dedo levantado. Craw espiró lentamente y le dio una palmadita en el hombro—. Ah, aquí estás. Sí, aquí estás.

—Jefe —masculló Drofd.

Craw miró en la dirección hacia la que éste señalaba con el dedo. En el camino situado al sur de Adwein, que bajaba hacia el valle desde el pliegue que existía entre dos cerros, había mucho movimiento. Abrió su catalejo súbitamente y miró a través de él.

—Es la Unión.

—¿Cuántos crees que son?

El viento se llevó parte de la niebla y, sólo por un instante, Craw pudo divisar esa columna que se estiraba entre las colinas, compuesta de hombres y metal, donde las lanzas destacaban y las banderas ondeaban. Se alargaba hasta más allá de donde alcanzaba la vista.

—Me parece que son muchos —susurró Wonderful.

Brack se inclinó sobre Craw.

—Dime que esta vez no vamos a luchar.

Craw miró hacia abajo con su catalejo.

—A veces lo más correcto que uno puede hacer es salir corriendo cagando leches. ¡Recoged vuestras cosas! —vociferó—. ¡Ahora mismo! ¡Nos largamos!

Como su grupo siempre tenía casi todo su equipo guardado, se centraron en recoger el resto raudos y veloces; Scorry lo hizo tarareando una alegre melodía que se solía cantar en las marchas. El Jovial Yon pisoteó el pequeño fuego con una de sus botas mientras Whirrun se limitaba a observar, pues ya había recogido; su única posesión era el Padre de las Espadas, que sostenía en su mano.

—¿Por qué lo apagas? —preguntó Whirrun.

—No voy a dejar que esos cabrones se aprovechen de mi fuego —rezongó Yon.

—No se te ha ocurrido pensar que podrán vivir sin ello, ¿verdad?

—Aun así.

—Nosotros también podemos vivir sin ello.

—Aun así.

—¿Quién sabe? Si lo dejas encendido, quizá uno de esos tipos de la Unión se queme solo y todos se asusten y se vayan a casa.

Yon alzó la vista por un momento y, a continuación, apagó a pisotones los últimos rescoldos.

—No pienso dejarles mi fuego a esos cabrones.

—¿Ya está? —inquirió Agrick. A Craw le resultó muy difícil mirarle a la cara, pues había cierta desesperación en su mirada—. ¿Ésa es toda la despedida que vamos a darle?

—Ya lo despediremos mejor más tarde, quizá, pero ahora hay que pensar en los vivos.

—Vamos a abandonar la colina —Agrick cerró los puños y lanzó una mirada teñida de odio a Escalofríos, como si él hubiera asesinado a su hermano—. Ha

muerto en vano. ¡Por una colina que ni siquiera pensamos defender ya! ¡Si no hubiéramos luchado, todavía seguiría vivo! ¡¿Me oyes?!

Dio un paso al frente y quizá se hubiera acabado encarando con Escalofríos si Brack no lo hubiera agarrado por detrás y Craw por delante, impidiéndole así avanzar hacia él.

—Te he oído —replicó Escalofríos, encogiéndose de hombros, aburrido—. Y no es la primera vez que pasa algo así. Si yo no hubiera ido a Estiria aún tendría dos ojos. Pero fui y me quedé tuerto. Hemos luchado y él ha muerto. La vida sólo escoge un camino y no siempre es el que más nos gusta. Así son las cosas.

Se dio la vuelta y caminó hacia el norte, con el hacha sobre el hombro.

—Olvídate de él —susurró Craw a Agrick al oído. Sabía qué se sentía al perder un hermano. En su día, él había enterrado a tres en una misma mañana—. Si necesitas echarle la culpa a alguien, échamela a mí. Fui yo quien decidió luchar.

—No tuviste elección —aseveró Brack—, Era lo correcto.

—¿Dónde se ha metido Drofd? —preguntó Wonderful, mientras se colocaba el arco sobre el hombro al pasar junto a ellos—. ¿Y Drofd?

—¡Estoy aquí! ¡Recogiendo!—se encontraba cerca del muro, donde habían dejado los cuerpos de los hombres de Hardbread. Craw se acercó hasta ahí y comprobó que Drofd estaba arrodillado junto a uno de ellos, revisándole los bolsillos. Su hombre giró la cabeza y sonrió al mostrarle un puñado de monedas—. Jefe, éste tenía algo de... —bajó el tono de voz en cuanto vio el ceño fruncido de Craw—. Iba a compartirlo con los demás...

—Deja eso donde estaba.

Drofd parpadeó.

—Pero si ya no le sirve de nada...

—No es tuyo, ¿verdad? Déjalo ahí, con el muchacho de Hardbread. Cuando éste regrese por aquí, ya verá a quién se lo da.

—Lo más probable es que Hardbread se lo quede —masculló Yon, quien se aproximó por detrás con su cota de malla sobre el hombro.

—Quizá sí. Pero no nos lo quedaremos ninguno de nosotros. Porque ésa es la forma correcta de hacer las cosas.

Eso provocó como respuesta un par de suspiros y algo cercano a un quejido.

—Hoy en día, nadie piensa de esa manera, jefe —afirmó Scorry, apoyado sobre su lanza.

—Mira lo rico que ha llegado a ser un impresentable como Sutt Brittle —añadió Brack.

—Mientras nosotros tenemos que conformarnos con un bacín cutre y unas moneditas de vez en cuando —se quejó Yon.

—En eso consiste vuestro deber; además, yo me ocuparé de que obtengáis un dinero por lo que hicisteis ayer. Pero dejad esos cuerpos en paz. Si queréis ser como Sutt Brittle, podéis implorar que os hagan un hueco en el grupo de Glama Dorado para que así podáis robar a la gente todo el día —Craw no estaba seguro de por qué se sentía tan molesto con ello. En otras ocasiones, lo había dejado pasar. Cuando era joven, él mismo había robado algo a algún que otro cadáver. Incluso Tresárboles solía mirar para otro lado cuando sus chicos saqueaban algún cadáver. Pero estaba molesto y, como había tomado esa decisión, ya no podía echarse atrás—. ¿Qué somos? —les espetó—. ¿Grandes Guerreros o campesinos y ladrones?

—En realidad, somos pobres, jefe —respondió Yon—, y nos empezamos a...

—Pero ¿qué dices? —Wonderful propinó un golpe a Drofd en la mano y las monedas acabaron esparcidas por la hierba—. Escúchame, Jovial Yon Cumber, cuando seas jefe, podrás hacer lo que te venga en gana. Hasta entonces, haremos las cosas como quiere Craw. Somos Grandes Guerreros. O yo lo soy al menos... aunque no tengo nada claro que el resto de vosotros lo seáis. Y ahora moved vuestros gordos culos si no queréis acabar quejándoos amargamente de lo pobres que sois ante los hombres la Unión.

—No hacemos esto por dinero —señaló Whirrun, quien pasó junto a ellos, caminando lentamente, con el Padre de las Espadas sobre el hombro.

Yon le lanzó una mirada sombría.

—Quizá tú no, tarado. Pero a algunos de nosotros no nos importaría ganar un poco de vez en cuando.

Una vez dicho esto, se alejó negando con la cabeza al mismo tiempo que su cota de malla tintineaba. Brack y Scorry se limitaron a encogerse de hombros mientras se miraban mutuamente y, acto seguido, lo siguieron.

Wonderful se acercó e inclinó sobre Craw.

—A veces creo que cuanto más piensan los demás que todo importa una mierda, más convencido estás de que tú debes preocuparte.

—¿Qué quieres decir?

—Que uno no puede hacer que el mundo sea de una determinada forma él solo.

—Hay una forma correcta de hacer las cosas —le espetó.

—¿Estás seguro de que esa forma correcta de hacer las cosas no está impidiendo que todo el mundo sea feliz y siga vivo?

Lo peor de todo era que tenía razón en cierto modo.

—¿A este punto hemos llegado?

—Creo que siempre hemos estado en este punto.

Craw arqueó una ceja.

—¿Sabes qué? Tu marido debería enseñarte a mostrar un poco de respeto.

—¿Ese desgraciado? Pero si casi me tiene tanto miedo como vosotros. ¡Vámonos!

Wonderful cogió a Drofd del codo y lo obligó a levantarse y, acto seguido, la docena atravesó presurosa el agujero que había en el muro. O más bien tan rápido como las rodillas le permitían avanzar a Craw. Se dirigieron al norte por el irregular sendero por el que habían venido y dejaron a los Héroes para la Unión.

Craw se abrió paso a través de los árboles, mientras se mordía las uñas de la mano con que manejaba la espada. Ya se había mordisqueado las uñas de la mano con la que solía sostener el escudo hasta llegar a los nudillos, más o menos. Esas puñeteras cosas nunca volvían a crecer lo bastante rápido. Se había sentido menos asustado cuando había tenido que ascender a los Héroes de noche que ahora que tenía que contarle a Dow el Negro que había perdido la colina. Algo falla cuando uno teme menos al enemigo que a su propio jefe, ¿no? En esos momentos, deseó poder contar con la compañía de algún amigo, pero, si iba a asumir las culpas, prefería hacerlo solo. Debía afrontar las consecuencias de sus decisiones.

El bosque se encontraba repleto de hombres que, a esa distancia, recordaban a unas hormigas arrastrándose por la hierba. Se trataba de los Caris de Dow el Negro; unos veteranos de mente fría y corazón aún más gélido, con frío acero para dar y tomar. Algunos portaban armaduras como los soldados de la Unión, otros llevaban unas armas muy extrañas, con picos, púas y ganchos, con las que se podía atravesar el acero, así como toda clase de brutales inventos que el mundo nunca había visto, aunque el mundo probablemente habría estado mejor sin ellos. Dudaba mucho que alguno de esos hombres se lo fuera a pensar dos veces a la hora de robarle un puñado de monedas a un muerto, o a un vivo.

Si bien Craw había sido casi toda su vida un guerrero, seguía poniéndose nervioso cuando veía a tantos reunidos, y cuanto mayor se hacía, más tenía la sensación de que no valía para ello. Cualquier día, se percatarían de que era un fraude como guerrero. Se daba cuenta de que, cada mañana, le costaba más reunir el

coraje necesario para seguir adelante. Hizo un gesto de dolor en cuanto se clavó los dientes en la parte más sensible de sus dedos para arrancarse las uñas.

—No puede ser —se dijo a sí mismo en voz baja— que un Gran Guerrero esté asustado todo el tiempo.

—¿Qué?

Craw prácticamente se había olvidado de que Escalofríos se encontraba ahí, ya que aquel hombre se movía de un modo muy silencioso.

—¿Tú tienes miedo, Escalofríos?

Reinó el silencio y su ojo relució al atravesar el sol las ramas.

—Solía tenerlo. Todo el tiempo.

—¿Y qué cambió?

—Que me quemaron y arrancaron un ojo.

Con esa charla no iba a calmarse precisamente.

—Sí, supongo que eso puede cambiar tu visión de las cosas.

—Más bien, la reduce a la mitad.

Algunas ovejas, que se encontraban hacinadas en un redil demasiado pequeño, balaban junto al camino. Sin duda alguna, habían sido requisadas; es decir, robadas. El medio de vida de algún desafortunado pastor se iba a desvanecer por el gaznate del ejército de Dow el Negro e iba a salir despedido por sus culos. Tras una cortina conformada por varias pieles colgadas, a no más de dos zancadas del rebaño, una mujer las estaba matando y tres más se dedicaban a despellejar, destripar y colgar los cuerpos; todas ellas estaban cubiertas de sangre hasta la altura de los sobacos, aunque eso no parecía importarles demasiado.

Dos muchachos, que probablemente habían cumplido hacía poco la edad necesaria para ser reclutados, las observaban. Se reían de lo estúpidas que eran las ovejas, ya que eran incapaces de adivinar qué ocurría tras aquellas pieles. Sin embargo, ellos eran incapaces de ver que estaban también en un redil y que, tras una cortina de canciones, historias y sueños de juventud, la guerra aguardaba, empapada de sangre hasta los sobacos sin que eso le importara demasiado. Craw era capaz de verlo con suma claridad. Pero, entonces, ¿por qué él seguía encerrado mansamente en su redil? Quizá porque las ovejas viejas tampoco son capaces de saltar nuevas vallas.

El estandarte negro del Protector del Norte se encontraba clavado en la tierra frente a unas ruinas cubiertas de hiedra, que hacía mucho tiempo habían sido conquistadas por el bosque. Había más hombres atareados en el claro que se encontraba delante de ellas que atendían a los caballos atados en largas hileras.

Alguien daba a los pedales que accionaban una piedra de afilar, de modo que el metal chillaba y las chispas volaban por doquier. Una mujer daba martillazos a la rueda de una carreta. Un herrero, que tenía un montón de anillas de malla en la boca y sostenía unas tenazas, trabajaba en una cota de malla. Los niños corrían de acá para allá, llevando en sus brazos montones de madera, cubos en yugos cuyo contenido se derramaba y sacos que sólo los muertos sabían qué contenían. La guerra es un asunto muy complicado cuando alcanza una escala bastante grande.

Había un hombre repantigado sobre una losa, que parecía sentirse extrañamente cómodo en medio de todo el ajetreo sin hacer nada, estaba apoyado sobre los codos y tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Todo él se hallaba cubierto por las sombras salvo su sonrisa, que estaba iluminada por un haz de luz que se colaba entre las ramas.

—Por los muertos —Craw se acercó a él y agachó la cabeza para contemplarlo—. Pero si es el príncipe de la nada. ¿Por qué llevas esas botas de mujer?

—Porque son de cuero estirio —Calder abrió los párpados levemente, mientras torcía ligeramente los labios, como siempre había hecho desde niño—. Curnden Craw. Sigues vivo, ¿eh, vejestorio?

—Bueno, tengo un poco de catarro, la verdad —carraspeó y escupió un gargajo sobre la vieja piedra situada entre las lujosas botas de cuero de Calder—. Pero supongo que sobreviviré. ¿Quién ha cometido el error de dejarte volver arrastrándote del exilio?

Calder apartó sus piernas de la losa.

—Pues ni más ni menos que el gran Protector. Supongo que pensó que no podía derrotar a la Unión sin contar con la ayuda de mi poderoso brazo y mi poderosa espada.

—¿Cuál es su plan? ¿Cortarte el brazo y lanzárselo al enemigo?

Al instante, Calder extendió ambos brazos de lado a lado.

—Si eso ocurriera, ¿cómo iba a poder abrazarte? —acto seguido, se dieron un fuerte abrazo—. Me alegro de verte, viejo necio.

—Lo mismo dijo, cabrón mentiroso.

Mientras tanto, Escalofríos los observaba con el ceño fruncido desde las sombras.

—Parecéis muy amigos —masculló.

—¡Pues claro! ¡Prácticamente, yo crié a este cabroncete! —exclamó, frotándole el pelo a Calder con sus nudillos—. Recuerdo que lo amamanté estrujando un trapo empapado de leche.

—Es lo más parecido a una madre que he tenido —afirmó Calder.

Escalofríos asintió lentamente.

—Eso explica muchas cosas.

—Deberíamos hablar —le dijo Calder a Craw mientras le daba un apretón en el brazo—. He echado mucho de menos nuestras charlas.

—Y yo —Craw retrocedió por cautela al encabritarse un caballo cerca de él, volcando así la carreta de la que tiraba, de tal modo que un montón de lanzas enredadas acabaron cayendo estruendosamente al suelo—. Casi tanto como echo de menos una cama decente. Aunque me parece que hoy no será el día en que disfrute de un buen lecho.

—Quizá no. Tengo entendido que está a punto de librarse una batalla, ¿no? —Calder se apartó y alzó ambas manos al cielo—. ¡Eso me va a llevar toda la tarde!

A continuación, pasó al lado de una jaula, dentro de la cual un par de sucios hombres del Norte se encontraban desnudos y de cuclillas, uno de ellos había sacado un brazo por los barrotes con la esperanza de que le dieran agua, o se apiadaran de él, o, simplemente, para sentir que una parte de él aún era libre. Como los desertores ya habían sido ahorcados, esos hombres debían de ser ladrones o asesinos. Los reservaban para que Dow el Negro se deleitara con ellos; probablemente también los iba a ahorcar y casi seguro quemar. Resultaba extraño que encerraran a hombres por robar cuando todo el ejército sobrevivía gracias al pillaje. Que colgaran a hombres por asesinar cuando todos ellos se dedicaban a matar. En una época en la que la gente podía quitarle lo que quisiera a quien quisiera, ¿cómo se podía saber si se estaba cometiendo un delito o no?

—Dow quiere verte —le dijo Pezuña Hendida, quien se hallaba en el arco de la entrada de las ruinas con cara muy seria. Siempre había sido un cabrón bastante taciturno, pero hoy parecía especialmente enfadado—. Ahí dentro.

—¿Quieres que te dé mi espada? —le preguntó Craw, quien ya la estaba desenvainando.

—No hace falta.

—¿Ah, no? ¿Desde cuándo Dow el Negro confía en los demás?

—No confía en los demás. Sólo en ti.

Craw no sabía si eso era algo bueno o malo.

—Pues vale.

Escalofríos hizo ademán de seguirlo pero Pezuña Hendida le ordenó parar, alzando una mano.

—A ti Dow no te ha pedido que vengas.

Craw clavó su mirada en el ojo entornado de Escalofríos por un momento y, a continuación, se encogió de hombros y se agachó para atravesar el arco cubierto de hiedra; se sintió como si se adentrara en la boca del lobo mientras se preguntaba cuándo oiría el chasquido de sus fauces al cerrarse. Se internó en un túnel plagado de telarañas, en el que reverberaba el sonido de las gotas al caer. Acabó en un amplio lugar cubierto de zarzas, alrededor del cual yacían desperdigadas algunas columnas rotas, algunas de las cuales todavía sostenían parte de una bóveda desmoronada; no obstante, el techo había desaparecido hacía mucho y las nubes del cielo comenzaban a mostrar un espacio azul brillante entre ellas. Dow estaba sentado en la Silla de Skarling en el extremo más lejano de aquella sala en ruinas, jugueteando con la empuñadura de su espada. Caul Reachey se encontraba sentado cerca de él, rascándose su barba blanca.

—En cuanto dé la orden —le estaba diciendo Dow— liderarás la carga tú solo. Ataca Osrung con todo lo que tengas. El enemigo es débil ahí.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Dow le guiñó un ojo.

—Tengo mis medios de información. Cuentan con muchos hombres pero el camino no es lo bastante amplio para ellos. Han llegado hasta aquí apretando el paso, así que se han visto obligados a estirar sus filas demasiado. De momento, sólo han llegado unos cuantos jinetes a la ciudad y unos cuantos hombres del Sabueso. Quizá cuente con más tropas para cuando lleguemos ahí, pero no serán suficientes para detenerte si atacas de la manera adecuada.

—Oh, los atacaré como debo —replicó Reachey—. No te preocupes por eso.

—No lo hago. Por eso serás tú quien lidere el asalto. Quiero que tus muchachos porten mi estandarte en la vanguardia y que se vea claramente. Así como el de Dorado, Cabeza de Hierro y el tuyo. Quiero que todo el mundo pueda verlos.

—Debemos esforzarnos sobre todo en hacerles pensar.

—Con suerte, retirarán parte de sus hombres de los Héroes, dejando así esas piedras más desprotegidas. En cuanto se encuentren en campo abierto, entre la colina y la ciudad, daré orden a los muchachos de Dorado de que arremetan contra ellos y les rompan el culo. Entretanto yo, Cabeza de Hierro y Tenways asaltaremos el objetivo real: los Héroes.

—¿Cómo planeas hacerlo?

Dow esbozó amplia y fugazmente su peculiar y ávida sonrisa.

—Subiremos esa colina a todo correr y mataremos a todo ser vivo que halle ahí.

—Tendrá tiempo para prepararse y, además, es un terreno muy difícil para cargar. Ahí es donde podrán hacerse más fuertes. Podríamos rodearlos...

—Lo más fuerte está aquí —aseveró Dow, clavando su espada en la tierra justo enfrente de la silla de Skarling—. Y lo más débil aquí —se dio unos golpecitos en el pecho con un dedo—. Llevamos meses atacándolos por los flancos, no se esperarán un asalto frontal. Los destrozaremos en los Héroes, los destrozaremos aquí —volvió a golpearse el pecho— y el resto se desmoronará. Después, Dorado podrá perseguirlos por los vados si es preciso. Hasta Adwein. Para entonces, Scale ya debería estar preparado a la derecha, para tomar el Puente Viejo. Tú tendrás controlada ya Osrung, de modo que cuando el resto de la Unión aparezca mañana, contaremos con la ventaja de dominar la mejor parte del terreno.

Reachey se puso en pie lentamente.

—Tienes razón, jefe. Será un día para festejar. Un día del que se hablará en las canciones.

—Me cago en las canciones —replicó Dow, levantándose a su vez—. A mí sólo me vale la victoria.

Chocaron las manos por un momento y, a continuación, Reachey se dirigió a la entrada, vio a Craw y le obsequió con una sonrisa en la que había un enorme hueco porque le faltaba algún diente.

—Pero si es el viejo Caul Reachey —dijo Craw, extendiendo la mano.

—Pero ¿qué ven mis ojos? Pero si es Curnden Craw —Reachey le cogió de la mano y luego con la otra le dio una palmadita—. Ya quedamos pocos hombres buenos.

—Es el signo de los tiempos.

—¿Qué tal la rodilla?

—Ya sabes. Está como está.

—La mía igual. ¿Cómo está Yon Cumber?

—Está con un chiste preparado, como siempre. ¿Cómo le va a Flood?

Reachey sonrió de oreja a oreja.

—Lo he enviado a buscar nuevos reclutas. La mayoría no valen para maldita sea la cosa.

—A lo mejor mejoran con el tiempo.

—Más les vale y que sea rápido. Tengo entendido que en breve habrá una batalla —Reachey le propinó una palmadita en el brazo en cuanto pasó junto a él—. ¡Estaré a la espera de tus órdenes, jefe!

Acto seguido, dejó a solas a Craw y Dow el Negro, quienes se observaron mutuamente, separados por unos pocos pasos de escombros desperdigados, hierbajos y barro donde sobresalían las ortigas. Los pájaros trinaban, las hojas crujían y el sonido distante del metal les sirvió como recordatorio de que tenían ciertos asuntos muy desagradables que tratar.

—Jefe.

Craw se relamió los labios, ya que no tenía ni idea de cómo iba a discurrir ese encuentro.

Dow respiró hondo y gritó a pleno pulmón.

—¡¿No te dije que defendieras esa colina?!

Craw se quedó de piedra mientras los ecos de esas palabras resonaban en esas paredes desmoronadas. Daba la impresión de que esa reunión no iba a ir muy bien. Se preguntó si no acabaría desnudo en una jaula antes del atardecer.

—Bueno, la estaba defendiendo perfectamente... hasta que la Unión apareció...

Dow se le acercó, con la espada todavía envainada en su puño. Craw tuvo que hacer un gran esfuerzo para no retroceder. Dow se inclinó hacia delante y Craw hizo todo lo posible por no estremecerse. Dow alzó una mano y la colocó delicadamente sobre el hombro dolorido de Craw, quien hizo todo lo posible por no temblar.

—Lo lamento —le dijo Dow en voz baja—, pero tengo una reputación que mantener.

Al instante, lo invadió una vertiginosa oleada de alivio.

—Por supuesto, jefe. Déjese llevar —replicó, mientras entornaba los ojos y Dow tomaba aire otra vez.

—¡Eres un *malnacido* viejo, cojo e *inútil!*—le espetó, cubriendo a Craw de escupitajos, al que luego dio una palmadita en el lado magullado de su rostro, con muy poca delicadeza—. Así que hubo pelea, ¿no?

—Sí. Con Hardbread y algunos de sus muchachos.

—Recuerdo a ese viejo cabrón. ¿Cuántos hombres tenía?

—Veintidós.

Dow le mostró sus dientes, a la vez que esbozaba algo que se encontraba entre una sonrisa y un ceño fruncido.

—¿Y tú? ¿Diez?

—Sí, contando a Escalofríos.

—¿Y los echaste de allí?

—Bueno...

—¡Ojalá hubiera estado yo allí, joder! —Dow se retorció de manera violenta, con la mirada clavada en la nada, como si pudiera ver a Hardbread y sus muchachos subiendo por esa pendiente y no fueran capaces de subir con suficiente rapidez hacia él—. *¡Ojalá* hubiera estado allí! —De repente, propinó un fuerte golpe con la empuñadura de su espada envainada a la columna más cercana y saltaron varias astillas, lo que obligó a Craw a dar un paso hacia atrás por precaución—. En vez de estar aquí *hablando,* joder. ¡Hablando, hablando y hablando sin parar, joder! —Dow escupió y tomó aire, después pareció acordarse de que Craw estaba ahí y di rigió su mirada hacia él—. ¿Has visto a la Unión acercarse hacia aquí?

—Sí, hay, al menos, un millar de hombres en el camino a Adwein y tengo la sensación de que vendrán más por detrás.

—Es la división de Jalenhorm —afirmó Dow.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque tiene su propia forma de actuar.

—Por los...

Craw se sobresaltó al tropezarse, se le habían enredado los pies en las zarzas y estuvo a punto de caerse. Entonces, se dio cuenta de que había una mujer tumbada encima de uno de los muros más altos. Estaba tendida sobre él como un paño mojado, con un brazo y una pierna colgando, con la cabeza hacia un lado como si estuviera descansando en el banco de un jardín en vez de en un tambaleante montón de mampostería, a seis pasos por encima del suelo.

—Es amiga mía —Dow ni se molestó en mirar hacia arriba—. Bueno... cuando digo amiga...

—El enemigo de mi enemigo... —dijo la mujer, mientras se dejaba caer del muro. Craw la miró fijamente, a la espera de escuchar el impacto cuando se estrellara contra al suelo—. Soy Ishri —le susurró al oído.

Esta vez sí que se acabó cayendo al suelo de culo. Esa mujer se encontraba ahora ante él, tenía la piel negra, muy suave y perfecta, como el barnizado de una buena marmita. Iba vestida con un abrigo largo, que terminaba en varias colas que arrastraba por el suelo y que llevaba abierto, por lo que podía verse que llevaba el cuerpo envuelto por entero en vendas blancas. Era la viva imagen de una bruja. Aunque no hacían falta muchas más evidencias para llegar a esa conclusión tras haber visto cómo se desvanecía en un sitio y aparecía en otro.

Dow estalló en carcajadas.

—Nunca se sabe dónde puede aparecer. Siempre me preocupa que pueda aparecer de la nada justo cuando... ya sabes.

Hizo con el puño el gesto de hacerse una paja.

—Qué más quisieras —le espetó Ishri, quien miraba a Craw con unos ojos más negros que la negrura, que no pestañeaban, como una grajilla contemplando a un gusano.

—¿Tú de dónde has salido? —masculló Craw mientras se ponía en pie con dificultad, por culpa de su rodilla mala.

—Del sur —contestó, aunque eso estaba más que claro por el color de su piel—. O acaso quería preguntar qué hago aquí.

—Me quedo con la última opción.

—Quiero hacer lo correcto —pronunció esas palabras con una tenue sonrisa en los labios—. Para luchar contra el mal. Para defender la rectitud y el honor con todas mis fuerzas. O... ¿acaso quería preguntar quién me envía?

—De acuerdo, ¿quién te envía?

—Dios —alzó la vista hacia el cielo, que se encontraba enmarcado por hierbas y árboles jóvenes que sobresalían—. Como no podría ser de otra forma, ¿eh? Dios nos coloca a todos donde quiere.

Craw se frotó la rodilla.

—Pues tiene un sentido del humor de mierda, ¿no?

—No lo sabes tú bien. He venido para luchar contra la Unión, ¿te basta esta contestación?

—A mí sí —contestó Dow.

Al instante, Ishri posó sus ojos negros sobre él y Craw sintió un gran alivio.

—Se están acercando a la colina en gran número —afirmó la mujer.

—¿Te refieres a los hombres de Jalenhorm?

—Eso creo —se estiró cuan larga era, retorciéndose, como si no tuviera huesos. A Craw le recordó a las anguilas que solía pescar en el lago cercano a su taller, que se escurrían entre las redes y se retorcían en las manos de los niños haciéndoles gritar—. Aunque todos los hombres gordos y rosáceos me parecéis iguales.

—¿Y qué sabes de Mitterick? —inquirió Dow.

Ishri alzó y bajó sus huesudos hombros.

—Lo sigue por detrás, muriéndose de impaciencia, furioso porque Jalenhorm se interpone en su camino.

—¿Y Meed?

—¿Qué gracia tiene saberlo todo? —pasó junto a Craw pavoneándose y caminando de puntillas, y casi se rozó con él, por lo que Craw volvió a retroceder nervioso y estuvo a punto de caerse otra vez—. Dios debe de estar tan *aburrido* —entonces, metió un pie en una grieta de la pared que era tan estrecha que ni siquiera un gato podría colarse por ella y retorció una pierna; de algún modo, logró meterse en la grieta hasta las caderas—. ¡Manos a la obra, mis héroes! —se retorció como un gusano partido por la mitad y se adentró en la mampostería en ruinas, mientras su abrigo arrastraba las piedras cubiertas de musgo a su paso—. ¿No tenéis una batalla que librar?

Después, logró deslizar el cráneo en el interior de aquel hueco y, más tarde, los brazos, en cuanto juntó sus manos vendadas, sólo quedó un dedo sobresaliendo de la grieta. Dow se acercó, estiró el brazo y lo rompió. No se trataba de un dedo, sino de una ramita muerta.

—Magia —masculló Craw—. Este tipo de cosas no son de mi agrado —según su experiencia, la magia hacía más mal que bien—. Me atrevería a decir que un hechicero puede llegar a ser útil y demás, pero, o sea, ¿siempre tienen que actuar de una manera tan puñeteramente *rara?*

Dow tiró la ramita, frunciendo los labios.

—Estamos en guerra. Utilizaré todos los medios necesarios para alcanzar mis metas. Pero será mejor no mencionar la existencia de mi amiga de piel negra a nadie más, ¿eh? La gente podría sacar conclusiones erróneas.

—¿Y cuáles son las acertadas?

—¡Las que yo digo que lo son, joder! —le espetó Dow, quien en esta ocasión no parecía estar fingiendo su enfado.

Craw alzó ambas manos.

—Tú mandas.

—¡Pues sí, maldita sea! —Dow observó con el ceño fruncido la grieta—. Yo mando.

Era como si él mismo se estuviera intentando convencer de que eso era así. Por un momento, Craw se preguntó si Dow el Negro habría sentido alguna vez que era un fraude. Si Dow el Negro también tenía que reunir el coraje necesario para seguir adelante todas las mañanas.

Aunque no le gustaba pensar en ello.

—Entonces, vamos a luchar, ¿no?

Dow lo miró de soslayo y una sonrisa letal se dibujó en su rostro, en la que no había ni el más mero atisbo de duda, ni de miedo.

—Sí, ya era hora, joder. ¿Has oído antes lo que le estaba diciendo a Reachey?

—Sí, casi todo. Intentará obligarlos a dirigirse hacia Osrung, entonces tú atacarás los Héroes.

—¡Directamente! —vociferó Dow, como si gritando fuera a hacerlo realidad—Así lo habría hecho Tresárboles, ¿eh?

—¿Ah, sí?

Dow abrió la boca para hablar, pero entonces se detuvo.

—¿Qué más da? Tresárboles lleva ya siete inviernos en el barro.

—Cierto. ¿Dónde quieres que nos situemos mi docena y yo?

—Justo a mi lado cuando cargue contra los Héroes, por supuesto. Supongo que nada en el mundo te gustaría más que arrebatarles esa colina a esos cabrones de la Unión.

Craw profirió un largo suspiro, preguntándose qué iba a opinar su docena al respecto.

—Oh, sí. Es lo que más deseo.

El modelo a seguir

—Un oficial debería poder mandar a lomos de su caballo, ¿eh, Gorst? ¡El lugar más adecuado para montar un cuartel general es una silla de montar! —el general Jalenhorm dio una palmadita afectuosa en el cuello a su magnífico caballo gris y, a continuación, se inclinó, sin esperar una respuesta, para rugirle a un mensajero con la cara llena de granos—. ¡Dígale al capitán que simplemente debe despejar la carretera utilizando todos los medios necesarios! ¡Despejen la carretera y avancen! ¡Dese prisa, muchacho, el mariscal Kroy quiere que la división se desplace hacia el norte! —entonces, se giró para gritar hacia atrás—. ¡Deprisa, caballeros, deprisa! ¡Avancemos hacia Carleon, hacia la victoria!

Lo cierto era que Jalenhorm sí tenía aspecto de héroe conquistador. Era tremendamente joven para estar al mando de una división y poseía una sonrisa que decía que estaba preparado para cualquier cosa, iba vestido, con una admirable falta de pretensiones, con un polvoriento uniforme de caballería y se sentía tan cómodo en una silla de montar como en su butaca favorita. Si hubiera sido la mitad de buen estratega que jinete, hacía tiempo ya que habrían tenido a Dow el Negro encadenado y expuesto al público en Adua. *Pero no lo estay no lo hemos logrado.*

Un trajín constante de oficiales del estado mayor, ayudantes de campo, oficiales de enlace e incluso una corneta, que apenas era un adolescente, seguían con entusiasmo al general, como avispas tras una manzana podrida, peleándose por atraer su veleidosa atención, discutiendo muy poco amigablemente, empujándose y gritándose unos a otros de manera muy poco digna. Mientras tanto, el mismísimo Jalenhorm vociferaba una serie de confusas y contradictorias réplicas, preguntas, órdenes y alguna que otra reflexión sobre la vida.

—¡A la derecha, a la derecha, por supuesto! —le dijo a un oficial—. ¡Dígale que no se preocupe, que preocupándose no se arregla nada! —le espetó a otro—. ¡Que se muevan, el mariscal Kroy los quiere a todos ahí para la hora del almuerzo! —una larga y exhausta formación de infantería, que avanzaba arrastrando los pies, se vio obligada a apartarse del camino, para dejar pasar a los oficiales, y luego se tragó todo el polvo que éstos levantaron—. Que sea de vacuno, entonces —bramó Jalenhorm, agitando la mano de un modo regio —o de cordero, o lo que sea, ¡tenemos cosas más importantes entre manos! ¿Subirá a esa colina conmigo, coronel Gorst? Al parecer,

desde los Héroes, uno puede contemplar una vista magnífica. Además, usted es el observador de su majestad, ¿verdad?

Soy el necio de Su Majestad. Casi tanto como tú.

—Sí, general.

Jalenhorm azuzó a su montura para que abandonara el camino y descendió por la zona de los guijarros hacia los bajíos, esparciendo piedrecillas a su paso. Sus adláteres intentaron seguirle como pudieron, se adentraron en el río, donde chapotearon sin ningún reparo, empapando así a una compañía que iba muy cargada e intentaba, con gran esfuerzo, atravesar el río a pie, a pesar de hallarse sumergidos hasta la cintura. La colina se alzaba en los campos situados en el extremo más alejado, era un gran cono verde tan regular que parecía artificial. El círculo de rocas, al que los hombres del Norte llamaban los Héroes, sobresalía en su plana cima, aunque había un círculo mucho más pequeño a la derecha, en una estribación, y una solitaria y alta aguja de piedra en otra estribación situada a la izquierda.

Unos manzanos crecían en la ribera más lejana, esos retorcidos árboles estaban repletos de manzanas rojizas y la fina hierba situada bajo ellos estaba salpicada de sombras y cubierta de fruta caída medio podrida. Jalenhorm se inclinó para coger una manzana que pendía de una rama baja, a la que dio un mordisco sumamente feliz.

—Puaj —se estremeció y la escupió—. No hay quien se coma esto.

—¡General Jalenhorm! ¡Señor! —exclamó un mensajero, casi sin aliento, que fustigaba a su caballo para que avanzara por una hilera de árboles en dirección hacia ellos.

—¡Hable, hombre! —replicó, sin reducir su trote.

—El mayor Kalf se encuentra en el Puente Viejo, señor, con dos compañías del Decimocuarto Regimiento. Está dudando entre si debe seguir avanzando hasta una granja cercana y establecer un perímetro...

—¡Claro! Adelante. ¡Necesitamos hacernos con más espacio! ¿Dónde están el resto de las compañías? —para cuando hizo esa pregunta, el mensajero ya se había despedido y galopaba al oeste. Jalenhorm contempló con gesto torvo a su plana mayor—. ¿Y qué pasa con las otras compañías del mayor Kalf? ¿Dónde está el resto del Regimiento Decimocuarto?

El sol moteó con su luz sus rostros perplejos. Un oficial abrió la boca pero no dijo nada. Otro se encogió de hombros.

—Quizá se encuentren retenidos en Adwein, señor, reina una confusión considerable en los caminos más angostos...

Pero esa respuesta se vio interrumpida por la irrupción de otro mensajero, que venía en dirección contraria a lomos de un caballo empapado de sudor.

—¡Señor! El coronel Vinkler desea saber si debería expulsar a los residentes de Osrung de sus casas y ocupar...

—No, no, ¿para qué va a hacer eso? ¡No!

—¡Sí, señor! —el joven obligó a su caballo a dar la vuelta.

—¡Espere! Sí, que los saquen de sus domicilios. Que ocupe las casas. ¡Espere! No. No. Debemos ganarnos la confianza de los lugareños, ¿no, coronel Gorst? Debemos ganarnos su confianza, ¿no cree? ¿Usted qué cree?

Creo que el hecho de que sea amigo íntimo del rey lo ha llevado a ascender hasta un rango que está muy por encima de su capacidad. Creo que habría sido un teniente excelente, un capitán pasable, un mayor mediocre y un coronel deprimente, pero como general es un verdadero lastre. Creo que usted es consciente de ello y por eso carece de confianza en sí mismo, lo cual hace que se comporte, paradójicamente, como si confiara totalmente en sí mismo. Creo que toma decisiones sin pensarlas demasiado, que deja de apoyar algunas sin razón alguna y se aferra furiosamente a otras por mucho que se las critiquen, ya que cree que si cambia de opinión dará muestras de debilidad. Cree que se pierde en detalles de los que deberían ocuparse sus subordinados porque teme enfrentarse a los problemas más importantes, lo cual provoca que sus subordinados lo abrumen con peticiones para que decida sobre nimiedades y meta la pata hasta el fondo. Creo que es un hombre decente, honesto y valiente. Y también que es un necio.

—Sí, hay que ganarse su confianza —respondió Gorst.

Jalenhorm sonrió enormemente satisfecho. El mensajero partió, supuestamente, con la intención de ganarse a la gente de Osrung para la causa de la Unión al permitirles quedarse en sus propias casas. El resto de los oficiales abandonaron el abrigo de la sombra de los manzanos y se adentraron en la pendiente cubierta de hierba e iluminada por el sol que se extendía por encima de ellos.

—¡Vengan conmigo, muchachos! —Jalenhorm espoleó su corcel colina arriba, manteniendo sin apenas esfuerzo el equilibrio sobre la silla de montar mientras sus criados intentaban con gran esfuerzo mantener su ritmo; un capitán, que se estaba quedando calvo, estuvo a punto de caerse de su silla al golpearse con una rama baja en la cabeza.

Un viejo muro de piedra seca rodeaba la colina no muy lejos de su cima, en cuya cara exterior abundaba una hierba rala. Uno de los jóvenes alféreces más impetuosos intentó saltarlo con el único fin de alardear, pero su caballo se acobardó y poco faltó para que lo tirara al suelo. *Una metáfora adecuada que explica la actuación de la Unión en el Norte hasta ahora; mucho alardear pero al final todo acaba de manera vergonzosa.*

Jalenhorm y sus oficiales pasaron en fila por el estrecho hueco y, a cada paso de sus monturas, las antiguas piedras de la cima se alzaban cada vez más grandes y más amenazadoras, luego se elevaron aún más imponentes sobre Gorst y el resto mientras coronaban la plana cima de la colina.

Ya era casi mediodía, el sol estaba en lo alto proporcionando mucho calor, las nieblas de la mañana ya se habían disipado y, aparte de algunas torres de nubes blancas que proyectaban unas extensas sombras sobre los bosques al norte, el valle se hallaba bañado por una luz dorada. El viento acariciaba las cosechas formando olas en ellas, los bajíos brillaban y una bandera de la Unión ondeaba orgullosa sobre la más alta torre de la ciudad de Osrung. Al sur del río, los caminos se encontraban oscurecidos por el polvo levantado por miles de hombres al marchar, donde, ocasionalmente, se veía un destello de metal allá donde las diversas formaciones de soldados se movían: tanto infantería como caballería y suministros avanzaban perezosamente procedentes del sur. Jalenhorm había obligado a su caballo a detenerse para poder disfrutar de las vistas, pero se llevó una honda decepción.

—No avanzamos con bastante rapidez, maldita sea. ¡Mayor!

—¿Señor?

—¡Quiero que baje hasta Adwein y mire a ver si puede lograr que aceleren el paso! Necesitamos más hombres en esta colina. Y también en Osrung. ¡Necesitamos que avancen más rápido!

—¡Señor!

—Una cosa más, mayor.

—¿Señor?

Por un momento, Jalenhorm permaneció con la boca abierta a lomos de su caballo.

—Da igual. ¡Váyase!

El hombre partió en la dirección equivocada, se percató de su error y descendió la colina por el mismo camino por el que había venido.

La confusión reinaba en el amplio círculo de hierba de los Héroes. Si bien habían atado los caballos a dos de las piedras, uno de ellos había logrado soltarse y estaba provocando un alboroto ensordecedor, así como asustando a los demás, mientras daba patadas de un modo alarmante a varios palafreneros aterrorizados que intentaban desesperadamente coger su brida. Entretanto, el estandarte del Sexto Regimiento del Rey pendía inerte en el centro del círculo junto a un fuego apagado donde, empequeñecido totalmente por las lúgubres losas de piedra que lo rodeaban por todos lados, no hacía mucho por levantar la moral. *Aunque, afrontemos los hechos, a mí es imposible levantarme ya la moral.*

Dos pequeños carromatos que habían logrado arrastrar de alguna manera hasta la cima de la colina habían acabado volcados de lado y sus eclécticos contenidos (desde tiendas a cacerolas pasando por herramientas de herrería hasta llegar a una nueva y reluciente tabla de lavar) se encontraban esparcidos por la hierba mientras los soldados revolvían los restos como saqueadores después de una derrota aplastante.

—¿Qué coño está haciendo, sargento? —exigió saber Jalenhorm, al mismo tiempo que espoleaba a su caballo.

Aquel hombre alzó la vista con aire culpable al percatarse de que un general y una docena de oficiales del estado mayor habían centrado súbitamente en él toda su atención y tragó saliva.

—Bueno, señor, andamos un poco escasos de flechas para las ballestas, general, señor.

—¿Y?

—Al parecer, la gente que empaquetó los suministros consideraba que la munición era muy importante.

—Naturalmente.

—Así que fue lo primero que empaquetaron.

—Lo primero.

—Sí, señor. Es decir, que estaba al fondo, señor.

—¿Al fondo?

—¡Señor! —exclamó un hombre que portaba un uniforme prístino e iba con la barbilla muy alta, el cual saludó a Jalenhorm con tanta vehemencia que el choque de sus tacones tremendamente lustrosos casi resultó doloroso de oír.

El general se bajó del caballo y le estrechó la mano.

—¡Coronel Wetterlant, me alegro de verlo! ¿Cómo va todo?

—Bastante bien, señor, casi todo el Sexto Regimiento se encuentra ya aquí arriba, aunque nos falta gran parte de nuestro equipo —Wetterlant los guió a través de la hierba, al mismo tiempo que los soldados hacían todo cuanto podían para abrirles paso en medio de aquel caos—. También contamos con un batallón del Regimiento de Rostod, aunque nadie sabe qué ha sido de su comandante en jefe.

—Creo que ha sufrido un ataque de gota... —masculló alguien.

—¿Eso es una tumba? —preguntó Jalenhorm, quien señalaba un trozo de tierra revuelta recientemente, situado bajo la sombra de una de las piedras, donde podían verse multitud de huellas de botas.

El coronel lo observó con el ceño fruncido.

—Bueno, supongo que...

—¿Alguna señal de los hombres del Norte?

—Algunos de mis hombres han detectado movimiento en el bosque, al norte, pero no hay nada que indique a ciencia cierta que se trata del enemigo. Lo más probable es que sólo fueran ovejas —contestó Wetterlant, mientras los guiaba entre dos de aquellas piedras de altura imponente—. Aparte de eso, no hay ni rastro de esos hijos de perra. Bueno, aparte de lo que se dejaron aquí, claro está.

—Uf —dijo uno de los oficiales del estado mayor, quien de inmediato apartó la mirada.

Varios cuerpos ensangrentados yacían en el suelo dispuestos en fila. Uno de ellos había sido partido por la mitad y había perdido un antebrazo; además, las moscas se encontraban muy ocupadas con sus entrañas expuestas.

—¿Se ha librado hoy aquí un combate? —inquirió Jalenhorm, mientras contemplaba los cadáveres con gesto de contrariedad.

—No, ayer. Y eran de los nuestros. Según parece, eran exploradores del Sabueso —contestó el coronel, quien señaló a un pequeño grupo de hombres del Norte, que estaban muy ocupados cavando unas tumbas; entre ellos, destacaban uno muy alto que llevaba un pájaro rojo dibujado en su escudo y un viejo corpulento.

—¿Y qué le ocurrió a este caballo?

El corcel yacía de lado y una flecha sobresalía de su vientre hinchado.

—No lo sé realmente.

Gorst contempló las defensas, que ya eran considerables. Unos lanceros habían ocupado el muro de piedra seca a este lado de la colina, se encontraban apiñados, hombro con hombro, en un hueco donde un sendero irregular cruzaba la ladera. Tras ellos, más arriba de la pendiente, una amplia doble curva conformada por arqueros que enredaban con sus ballestas y flechas o simplemente vagueaban, mientras mascaban desconsoladamente raciones resecas, a la vez que un par de ellos discutían sobre quién había ganado a los dados.

—Bien —dijo Jalenhorm—, bien —sin especificar exactamente a qué daba su aprobación. Frunció el ceño al observar ese mosaico de campos y pastos, así como las pocas granjas que había y el bosque que se extendía por la parte norte del valle. Era un bosque frondoso, como los que cubrían gran parte del país; ese conjunto monótono de árboles únicamente se veía interrumpido por las tenues rayas que conformaban los dos caminos que llevaban al norte entre los cerros. Uno de ellos llevaba presumiblemente a Carleon. *Y a la victoria.*

—Podría haber diez Hombres del Norte ahí o diez mil —mascullo Jalenhorm—. Debemos tener cuidado. No debemos subestimar a Dow el Negro. Yo estuve en Cumnur, donde fue asesinado el príncipe Ladisla, ¿lo sabía, Gorst? Bueno, en realidad, estuve ahí el día anterior a la batalla, sí, pero estuve ahí. Fue un aciago día para el ejército de la Unión. No podemos permitirnos otro desastre así, ¿eh?

Le sugiero encarecidamente que renuncie a su cargo y que luego permita que alguien con mejores credenciales asuma el mando.

—No, señor.

Para cuando respondió, Jalenhorm ya se había alejado para hablar con Wetterlant. Gorst no se lo podía echar en cara, *¿Cuándo fue la última vez que dije algo que mereciera la pena ser escuchado? Me limito a decir que sí a todo de manera insulsa y a resoplar cuando no quiero comprometerme. El balido de una cabra valdría también para cumplir el mismo propósito.* Entonces, dio la espalda al grupo de oficiales del estado mayor y deambuló en dirección al lugar donde los Hombres del Norte estaban cavando las tumbas. El de pelo gris, que estaba apoyado sobre su pala, lo vio llegar.

—Me llamo Gorst.

El más anciano arqueó las cejas. *¿Te sorprende que un hombre de la Unión se digne a hablar con un norteño, o te sorprende que un hombretón como yo hable como una niña?*

—Y yo Hardbread. Lucho con el Sabueso —pronunció esas palabras con cierta dificultad pues tenía la boca severamente lastimada.

Gorst movió la cabeza levemente en dirección a los cadáveres.

—¿Son tus hombres?

—Sí.

—¿Luchasteis aquí arriba?

—Contra una docena liderada por un hombre llamado Curnden Craw —contestó, a la vez que se frotaba la mandíbula magullada—. Aunque éramos más, perdimos.

Gorst contempló el círculo de piedras con el ceño fruncido.

—Contaban con la ventaja del terreno.

—Con eso y con Whirrun de Bligh.

—¿Con quién?

—Con un puto héroe —comentó irónicamente el que llevaba dibujado un pájaro rojo en su escudo.

—Ese tipo proviene del norte, de los valles de allá arriba —contestó Hardbread—, donde nieva todo el día.

—Ese cabrón está loco —rezongó uno de los hombres de Hardbread, que se acariciaba un brazo vendado—. Dicen que se bebe sus propios meados.

—Yo he oído que devora niños.

—Tiene una espada que cayó del cielo —en ese instante, Hardbread se secó la frente con la parte posterior de uno de sus gruesos antebrazos—. Allá arriba, en las nieves, adoran a esa cosa.

—¿Adoran a una espada? —preguntó Gorst.

—Creen que Dios la dejó caer o algo así. ¿Quién sabe lo que piensan allá arriba? De un modo u otro, el tarado de Whirrun es un cabrón muy peligroso —Hardbread se pasó la lengua por un hueco donde debería haber estado un diente, por el gesto de dolor que hizo ese hueco era reciente—. Te lo digo por propia experiencia.

Gorst contempló el bosque contrariado, donde los árboles brillaban con un color verde oscuro bajo el sol.

—¿Creéis que los hombres de Dow el Negro están cerca?

—Supongo que sí.

—¿Por qué?

—Porque Craw peleó a pesar de llevar todas las de perder y no es un hombre que pelee por nada. Dow el Negro quería esta colina —Hardbread se encogió de hombros mientras volvía a doblar el espinazo y retomaba su tarea—. Ahora, estamos enterrando a estos pobres desgraciados y luego bajaremos. Voy a dejar un diente ahí, en la pendiente, y un sobrino aquí, en el barro, y no tengo ninguna intención de dejar nada más en este puñetero lugar.

—Gracias.

Gorst se volvió en dirección a Jalenhorm y sus oficiales de alta graduación, quienes se encontraban ahora enzarzados en un acalorado debate sobre si la última compañía en llegar debería ser colocada detrás o delante de ese muro en ruinas.

—¡General! —exclamó—. ¡Los exploradores creen que Dow el Negro podría hallarse muy cerca!

—¡Espero que sí! —replicó Jalenhorm, aunque resultaba obvio que apenas le estaba haciendo caso—. ¡Los cruces están en nuestras manos! ¡Nuestro primer objetivo era tomar el control de los tres que hay!

—Creía que había cuatro.

Alguien pronunció esas palabras con serenidad y, de inmediato, se extendió un murmullo, aunque menguó al instante. Todo el mundo se giró hacia un joven teniente bastante pálido, que parecía un tanto sorprendido de haberse convertido en el centro de atención.

—¿Cuatro? —le espetó Jalenhorm a aquel joven—. Tenemos el Puente Viejo al oeste —afirmó estirando un brazo de tal modo que no derribó a un corpulento mayor por muy poco—. El puente de Osrung al oeste. Y los bajíos que hemos cruzado para llegar aquí. Sí, son tres cruces —el general agitó tres enormes dedos delante de la cara del teniente—. ¡Y todos están en nuestras manos!

El joven se ruborizó.

—Uno de los exploradores me ha contado que, al oeste del Puente Viejo, hay un sendero que atraviesa las ciénagas, señor.

—¿Un sendero que atraviesa las ciénagas? —Jalenhorm miró hacia el oeste con los ojos entrecerrados—. ¿Se trata de un camino secreto? Es decir, ¡los Hombres del Norte podrían utilizar ese sendero para rodearnos! ¡Buen trabajo, muchacho, sí, señor!

—Bueno, gracias, señor...

El general giró en una dirección y luego en otra, clavando los tacones en el césped, dando vueltas como si la estrategia correcta siempre se hallara justo detrás de él.

—¿Quién no ha cruzado aún el río?

Los oficiales se arremolinaron a su alrededor, pues siempre se esforzaban por estar a la vista del general.

—¿El Octavo Regimiento ya ha subido?

—Creía que el resto del Decimotercer...

—¡El Primero de Caballería del coronel Vallimir todavía se encuentra desplegado ahí!

—Creo que tienen un batallón preparado, acaban de reencontrarse con sus caballos...

—¡Excelente! Envía un mensajero al coronel Vallimir con la orden de que debe cruzar los cenagales con ese batallón.

Un par de oficiales mascullaron su aprobación y otros se miraron un tanto nerviosos unos a otros.

—¿Todo un batallón? —murmuró uno de ellos—. ¿Ese sendero es adecuado para...?

Jalenhorm zanjó el debate agitando enérgicamente la mano.

—¡Coronel Gorst! Monte en su caballo y vuelva a cruzar el río para comunicarle mis deseos al coronel Vallimir, cerciórese de que el enemigo no nos pueda dar una desagradable sorpresa.

Gorst se quedó parado un instante.

—General, preferiría quedarme aquí, donde puedo...

—Lo entiendo perfectamente. Quiere estar cerca de la acción, pero el rey me pidió específicamente en su última carta que hiciera todo lo posible para alejarle a usted del peligro. No se preocupe, la vanguardia podrá arreglárselas perfectamente sin usted. Los amigos del rey debemos apoyarnos mutuamente, ¿verdad?

¡Sí, todos los necios del rey debemos danzar alegremente con este variopinto y disparatado ejército al compás de la misma demencial música de corneta! ¡Que el de la voz estúpida saque otra rueda de un carromato del barro, ay, que me parto!

Claro, señor.

A continuación, Gorst caminó pesadamente hacia su caballo.

Scale

Calder espoleó a su caballo para descender por un sendero tan tenue que ni siquiera estaba seguro de que lo fuera, con una sonrisa de satisfacción dibujada en su rostro. Aunque no podía saber a ciencia cierta si Deep y Shallow lo estaban vigilando, seguramente lo estaban haciendo, ya que él era su mejor fuente de ingresos. Además, tampoco tendría mucho sentido que existiera gente como Deep y Shallow si un hombre como Calder era capaz de saber dónde se encontraban, pero, por los muertos, le habría gustado tener algo de compañía. Como un hombre hambriento al que le lanzan un mendrugo de pan, ver a Curnden Craw únicamente había logrado abrir el apetito de Calder por ver caras amistosas.

Había cabalgado con los hombres de Cabeza de Hierro, sufriendo su desprecio, y también con los de Tenways, sufriendo su hostilidad, y ahora se dirigía hacia el bosque situado en el extremo oeste del valle, donde los hombres de Scale se encontraban reunidos. Los hombres de su hermano, que también eran los suyos, o eso suponía, aunque no tenía la sensación de que fuera así, eran unos cabrones de aspecto muy rudo, harapientos por la dura marcha y repletos de vendas por la dura lucha. Fatigados por hallarse lejos del favor de Dow el Negro, para quien habían realizado las misiones más duras a cambio de las recompensas más exiguas. No tenían aspecto de hallarse de humor para celebrar nada y menos aún la llegada del cobarde hermano de su jefe.

Tampoco ayudaba el hecho de que se sintiera tan incómodo con esa cota de malla, que se había puesto para la ocasión con la esperanza de poder transmitir la impresión de que era un príncipe guerrero. Había sido un regalo que le había hecho su padre hace años, estaba hecha con acero estirio y era más ligera que la mayoría de las aleaciones norteñas, pero, aun así, tan pesada como un yunque y daba tanto calor como la piel de oveja. Calder no entendía cómo eran capaces de llevar encima esos puñeteros chismes durante varios días. Corrían con ellas. Dormían con ellas. Luchaban con ellas. Era una locura luchar con algo así. Luchar era una locura. Nunca había entendido qué gracia le veían los demás.

Y pocos hombres le veían más gracia a la lucha que su propio hermano, Scale.

Éste se encontraba de cuclillas en un claro con un mapa extendido ante él. Pálido como la Nieve se encontraba a su izquierda y Ojo Blanco Hansul, a su derecha; ambos habían sido camaradas del padre de Calder en la época en que éste había gobernado la mayor parte del Norte. Esos hombres habían caído en desgracia en cuanto Nueve el Sanguinario tiró al padre de Calder por una de sus almenas. Casi habían caído tan bajo como el propio Calder.

Él y Scale eran hijos de distintas madres y la gente siempre solía bromear con que la de Scale debería haber sido un toro. Pues tenía aspecto de toro, de uno particularmente agresivo y musculoso. Era todo lo contrario de Calder en casi todos los aspectos; era rubio mientras que Calder era moreno, tenía unos rasgos suaves mientras que Calder era de facciones duras; además, era fácil de enfadar y muy lento a la hora de pensar. No se parecía en nada a su padre. Calder se parecía más a Bethod y todo el mundo lo sabía. Ésa era una de las razones por la que lo odiaban tanto. Por eso y porque se había pasado casi toda la vida actuando como un capullo.

Scale alzó la vista en cuanto escuchó los cascos del caballo de Calder, lo recibió con una gran sonrisa mientras se acercaba a él a zancadas, aún cojeaba por culpa de aquella herida que le había infligido en su día Nueve el Sanguinario. Portaba su cota de malla como si no pesara nada, como una doncella lleva un vestido recto; se trataba de una cota de malla doble muy pesada y forjada en color negro, que contaba con unas placas de acero negro en la parte superior y que tenía rozaduras y abolladuras por todas partes. «Id siempre armados», les solía decir su padre, Scale se lo había tomado al pie de la letra. Llevaba varios cinturones entrecruzados encima, así como un buen número de armas: dos espadas y una gran maza en el cinturón, tres cuchillos que se podían ver a simple vista y probablemente unos cuantos más ocultos. Llevaba una venda en la cabeza que estaba manchada de marrón a un lado y tenía una nueva marca en la ceja que venía a sumarse a su colección de cicatrices, que crecía con suma rapidez. Daba la impresión de que los frecuentes intentos por parte de Calder de convencer a Scale de que debía evitar toda batalla habían sido tan en balde como los frecuentes intentos de Scale de convencer a Calder de que participara en una.

Calder se revolvió en su silla, lo cual le supuso un gran esfuerzo al llevar esa cota de malla encima; no obstante, intentó dar la impresión de que únicamente estaba agarrotado tras una dura cabalgada.

—Scale, gordo cabrón, ¿cómo has...?

Scale le dio un abrazo con el que no lo aplastó por muy poco, con el que lo levantó en el aire, y, a continuación, le dio un beso muy húmedo en la frente. Calder le devolvió el abrazo como pudo, pues apenas le quedaba aire en los pulmones y se le estaba clavando en la tripa la empuñadura de una espada; de repente, se sintió tan

patéticamente feliz de poder estar con alguien que lo quería que le entraron ganas de llorar.

—¡Aparta! —resolló, a la vez que golpeaba a Scale en la espalda con la parte inferior de la palma de la mano, como cuando un luchador se rinde—. ¡Aparta!

—¡Me alegro de volver a verte!

Scale le hizo girar en el aire sin que pudiera hacer nada, como un marido haría con su nueva esposa, de tal modo que pudo ver fugazmente a Pálido como la Nieve y Ojo Blanco Hansul mientras daba vueltas. No parecía que ninguno de ellos tuviera muchas ganas de abrazar a Calder. Los Grandes Guerreros que se encontraban desperdigados por todo el claro tampoco lo miraban con mucho más entusiasmo. Esos hombres a los que conocía de antaño, de esos viejos tiempos tan buenos en que se habían arrodillado ante su padre o se habían sentado a aquella larga mesa o habían lanzado vítores tras una victoria. Sin lugar a dudas, se estaban preguntando si ahora tendrían que aceptar las órdenes de Calder y esa idea no les hacía mucha gracia. ¿Acaso debería? Scale encarnaba todas las virtudes que los guerreros tanto admiraban: era leal, fuerte y valiente hasta el punto de la estupidez. Calder no era como ellos y eso todo el mundo lo sabía.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —preguntó Calder a Scale, en cuanto éste permitió que sus pies tocaran el suelo de nuevo.

—¿Te refieres a esto? Bah. No es nada —Scale se quitó la venda y la tiró lejos. «Nada» no era, ya que tenía su pelo rubio manchado de sangre seca marrón en un lado—. Además, me parece que tú también tienes una herida —comentó, dándole un golpecito a Calder en su labio magullado sin demasiados miramientos—. ¿Te ha mordido alguna mujer?

—Ojalá fuera así. Brodd Tenways intentó matarme.

—¿Qué?

—Lo digo en serio. Envió a tres hombres al campamento de Caul Reachey con orden de matarme. Por suerte, Deep y Shallow me estaban vigilando y... bueno, ya sabes...

Scale pasó rápidamente del desconcierto a la furia, ésas eran sus dos emociones favoritas y siempre pasaba de una a otra con suma facilidad, sus ojillos se abrieron cada vez más y más hasta que el blanco de sus ojos quedó totalmente al descubierto.

—¡Voy a matar a ese cabrón, a ese viejo asqueroso! —exclamó, mientras desenvainaba la espada, como si fuera a cargar, a través del bosque, contra las ruinas donde Dow el Negro tenía la silla de su padre, donde masacraría a Brodd Tenways en el acto.

—¡No, no, no! —Calder lo agarró de la muñeca con ambas manos y logró que no desenvainara la espada del todo, lo cual provocó que su hermano prácticamente lo arrastrara.

—¡Que se joda! —exclamó Scale, quitándose de encima a Calder. Acto seguido, golpeó el tronco del árbol más cercano con un puño enguantado y logró hacer saltar un trozo de su corteza—. ¡Lo voy a joder vivo! ¡Matémosle! *¡Matémosle* sin más!

Volvió a golpear el árbol y una lluvia de semillas cayeron revoloteando. Ojo Blanco Hansul lo observó con recelo, Pálido como la Nieve lo contempló con hartazgo, daba la tremenda sensación de que no era la primera vez que eran testigos de un ataque de furia de Scale.

—No podemos ir por ahí matando a personalidades muy importantes —aseveró Calder con un tono de voz persuasivo, con las palmas de la mano vueltas hacia arriba.

—Ha intentado matarte, ¿no?

—Pero yo soy un caso especial. Medio Norte quiere verme muerto —eso era mentira, era más bien las tres cuartas partes—. Además, no contamos con pruebas —Calder le puso una mano en el hombro a Scale y le habló con un tono suave, como solía hacer en su día su padre—. Así es la política, hermano. ¿Recuerdas? El equilibrio de poder siempre es muy delicado.

—¡Que le den a la política! ¡Me cago en el equilibrio! —no obstante, su ira ya había menguado. Tanto que Scale ya no corría peligro de que los ojos se le fueran a salir de sus cuencas. Volvió a envainar del todo su espada, cuya empuñadura impactó con fuerza contra la vaina—. ¿No podemos luchar sin más?

Calder respiró hondo. ¿Cómo era posible que ese matón incapaz de razonar fuera hijo de su padre? ¿Y, encima, su heredero?

—Ya habrá tiempo de luchar, pero, por ahora, debemos andarnos con cuidado. No contamos con muchos aliados, Scale. He hablado con Reachey; no hará nada contra mí pero tampoco a mi favor.

—¡Cobarde de mierda! —exclamó Scale, alzando el puño para golpear de nuevo al árbol, pero Calder lo obligó con suma delicadeza a bajarlo con un solo dedo.

—Simplemente, está preocupado por su hija —y no era el único—. Además, Cabeza de Hierro y Dorado tampoco están demasiado dispuestos a apoyarnos. Si no fuera porque están enfrentados entre ellos, me atrevería a decir que han estado implorándole a Dow que les diera la oportunidad de matarme.

Scale frunció el ceño.

—¿Crees que Dow está detrás de tu intento de asesinato?

—¿Quién si no? —Calder tuvo que disimular lo frustrante que le resultaba todo aquello y mantuvo un tono de voz sereno. Había olvidado que hablar con su hermano podía ser como hablar con una pared—. Además, Reachey ha oído de boca del propio Dow que quiere matarme.

Scale negó con la cabeza, muy preocupado.

—No era eso lo que tenía entendido.

—No creo que te fuera a contar algo así, ¿verdad?

—Pero si eras su rehén —replicó Scale, quien tenía el entrecejo arrugado por culpa del esfuerzo que estaba haciendo para poder pensar—. ¿Por qué te ha dejado volver?

—Porque espera que conspire, para poder luego revelar el complot y ahorcarme con un motivo justo.

—Pues no conspires y nadie te incordiará.

—No seas *idiota* —un par de Caris, que hasta entonces tenían la mirada centrada en sus cuencos con agua, alzaron la vista, lo que le obligó a bajar el tono de voz. Scale se podía permitir el lujo de dejarse llevar por la furia, Calder no—. Tenemos que protegernos. Tenemos enemigos por todas partes.

—Es cierto, pero hay uno del que todavía no has dicho nada. El más peligroso de todos, que yo sepa —dijo Scale. Calder se quedó helado por un momento, preguntándose a quién había omitido en sus cálculos—. ¡La maldita Unión! —Scale señaló, a través de los árboles y con un dedo muy grueso, en dirección hacia el sur—. ¡Kroy, el Sabueso y sus cuarenta mil soldados! ¡Esa gente contra la que hemos estado librando una guerra! O, al menos, yo la he estado librando.

—Ésa no es mi guerra, sino la de Dow el Negro.

Scale volvió a negar con la cabeza lentamente.

—¿Has pensado alguna vez que tal vez el camino más fácil, menos costoso y más seguro sería hacer simplemente lo que te ordenan?

—Sí, he pensado mucho al respecto, pero decidí que ése no era mi camino. Lo que necesitamos...

—Escúchame —Scale se le acercó y le miró directamente a los ojos—. Una batalla va a tener lugar y tenemos que luchar. ¿Me entiendes? Esto es el Norte. Tenemos que luchar.

—Scale...

—Tú eres el hermano listo. Eres mucho más listo que yo, todo el mundo lo sabe. Los muertos saben que lo sé —entonces, se aproximó aún más—. Pero los hombres

no siguen a los más inteligentes. No si no les respalda la fuerza. Tienes que ganarte su respeto.

—Oh —Calder echó un vistazo a su alrededor y se topó con las duras miradas que le lanzaban esos hombres desde los árboles—. ¿No te puedo pedir prestado ese respeto?

—Algún día, yo ya no estaré aquí y tendrás que hacerte respetar tú solo. No tienes que participar en ningún baño de sangre. Sólo tienes que compartir las penalidades y el peligro con esta gente.

Calder esbozó una sonrisa muy frágil.

—Es el peligro lo que me asusta.

Aunque tampoco le gustaba soportar penalidades, a decir verdad.

—El miedo es bueno —lo cual para él era muy fácil de decir, ya que era tan grueso de mollera que el miedo no podía penetrar en su cabeza—. Nuestro padre tuvo miedo todos los días de su vida. Eso lo mantuvo alerta —Scale cogió a Calder del hombro de tal modo que éste no pudo resistirse y se vio obligado a girarse hacia el sur. Entre los troncos de los árboles situados en los lindes del bosque, pudo ver una gran extensión repleta de campos dorados y verdes y de terrenos marrones sin sembrar. La estribación occidental de los Héroes se alzaba imponente a la izquierda, el dedo de Skarling sobresalía de su cima y tenía un camino a sus pies que era una mancha gris que atravesaba las cosechas—. Ese camino lleva al Puente Viejo. Dow quiere que lo tomemos.

—Quiere que *tú* lo tomes.

—No, que lo tomemos. Apenas cuenta con defensas. ¿Tienes un escudo?

—No —tampoco tenía el más mínimo deseo de ir allá donde pudiera necesitar uno.

—Pálido como la Nieve, préstame tu escudo.

El viejo guerrero, que tenía la cara blanca como la cera, se lo entregó a Calder. Estaba pintado de blanco, lo cual resultaba bastante apropiado. Como hacía mucho tiempo que no sostenía un escudo entre sus manos, desde la época en que recibía unas buenas palizas mientras practicaba con la espada en el patio, había olvidado cuánto pesaban esos malditos chismes. La sensación de su peso en el brazo le trajo malos recuerdos de antiguas humillaciones, la mayoría sufridas a manos de su propio hermano. Aunque, probablemente, esas humillaciones se verían eclipsadas por otras nuevas antes de que el día acabara. Si es que sobrevivía a él.

Scale volvió a dar a Calder una palmadita en su mejilla magullada. De un modo desagradablemente fuerte de nuevo.

—Si permaneces cerca de mí y mantienes tu escudo en alto, saldrás de ésta sin un rasguño —entonces, Scale giró la cabeza en dirección a los hombres que se hallaban desperdigados entre los árboles—. Y te ganarás su estima si te ven al frente del ataque.

—Bien —dijo Calder, alzando el escudo con poco entusiasmo.

—¿Quién sabe? —su hermano le dio una palmada en la espalda que estuvo a punto de hacerle caer al suelo—. Quizá con esto también ganes autoestima.

No debemos preguntarnos por qué

—Le encanta esa puñetera yegua, ¿verdad, Tunny?

—Tiene mejor conversación que usted, Forest, eso seguro, y montar a lomos de ella es bastante mejor que caminar, ¿verdad, querida? —Tunny acarició con la nariz la larga cara de su corcel y le dio de comer un puñado extra de grano—. Es mi animal favorito en todo este puñetero ejército.

Entonces, sitió un leve golpecito en el brazo.

—¿Cabo?

Era Yema, quien tenía la mirada clavada en la colina.

—No, Yema, me temo que he reconocer que usted no está entre mis favoritos, ni por asomo. De hecho, va a tener que esforzarse mucho más para no acabar siendo el animal que más desprecio...

—No es eso, cabo. ¿Ése de ahí no es Gurts?

Tunny frunció el ceño.

—Gorst.

El espadachín sin cuello venía del manzanar situado en la ribera más lejana y estaba cruzando a caballo el río, donde los cascos de su montura levantaban espuma y su armadura centelleaba tenuemente bajo la brillante luz del sol. Espoleó a su montura para que ascendiera la ribera y se mezcló con los oficiales del regimiento, incluso estuvo a punto de derribar a un joven teniente. Eso podría haberle hecho gracia a Tunny, pero había algo en Gorst que era capaz de acabar con todas las risas del mundo. Se bajó del caballo con suma destreza a pesar de su corpulencia, y se acercó caminando pesadamente al coronel Vallimir, a quien saludó de manera envarada.

Tunny arrojó el cepillo y dio unos cuantos pasos hacia ellos, mientras los observaba detenidamente. Los muchos años que había pasado en el ejército le habían hecho desarrollar un sexto sentido por el que siempre sabía cuándo estaban a punto de joderle; ahora mismo, estaba teniendo una dolorosa premonición en ese sentido. Gorst habló durante unos instantes, con un rostro totalmente inexpresivo. Vallimir

señaló la colina con el brazo y luego al oeste. Gorst volvió a hablar. Tunny se acercó un poco más, intentando captar más detalles. Vallimir alzó las manos súbitamente, presa de una gran frustración, y luego se alejó, gritando.

—¡Sargento primero Forest!

—Señor.

—Según parece, hay un sendero que recorre esas ciénagas situadas al oeste.

—¿Señor?

—El general Jalenhorm quiere que el Primer Batallón lo cruce. Para cerciorarnos de que los Hombres del Norte no puedan usarlo en nuestra contra.

—¿Se refiere a la ciénaga situada más allá del Puente Viejo?

—Sí.

—No seremos capaces de lograr que los caballos atraviesen esa...

—Lo sé.

—Los acabamos de recuperar, señor.

—Lo sé.

—Pero... ¿y qué vamos a hacer con ellos mientras tanto?

—¡Los tendrán que dejar aquí, maldita sea! —le espetó Vallimir—. ¿Acaso cree que me gusta la idea de tener que enviar a la mitad del regimiento a que cruce una puñetera ciénaga sin sus caballos? ¿Acaso cree que me gusta?

Forest tensó la mandíbula, lo cual provocó que la cicatriz que tenía bajo la mejilla cambiara de forma.

—No, señor.

Vallimir se alejó a grandes zancadas e hizo una seña a uno de sus oficiales para que se acercara. Forest se quedó inmóvil por un momento, a la vez que se frotaba con fuerza la parte posterior de la cabeza.

—¿Cabo? —susurró Yema, en voz muy baja.

—¿Sí?

—¿Es éste otro ejemplo más de cómo todo el mundo se caga sobre el que tiene debajo?

—Muy bien, Yema. A lo mejor acabamos haciendo de usted todo un soldado.

Forest se detuvo delante de todos ellos, con las manos en las caderas, y observó con el ceño fruncido la zona superior del río.

—Al parecer, el Primer Batallón tiene una misión.

—Maravilloso —comentó Tunny.

—Vamos a dejar aquí nuestros caballos y nos dirigiremos al oeste para cruzar esa ciénaga —esas palabras fueron recibidas por un coro de quejidos—. ¿Acaso creen que a mí me gusta la idea? ¡Recojan sus cosas y muévanse!

Acto seguido, Forest se marchó deprisa para comunicar la feliz noticia en otra parte.

—¿Con cuántos hombres cuenta este batallón? —masculló Lederlingen.

Tunny respiró hondo.

—Cuando dejamos Adua, constaba de unos quinientos. Ahora mismo, cuatrocientos, más o menos, recluta arriba, recluta abajo.

—¿Cuatrocientos? —dijo Klige—. ¿Y vamos a cruzar todos esa ciénaga?

—¿Qué clase de ciénaga es? —murmuró Worth.

—¡Es una ciénaga! —gritó Yema, como si se tratara de un perro enano furioso que ladrara a otro más grande—. ¡Una puñetera ciénaga! ¡Una enorme charca de barro! ¿Acaso hay otra clase de ciénaga?

—Pero...—Lederlingen miró fijamente a Forest, luego a su caballo, sobre el que acababa de cargar casi todo su equipo y parte del de Tunny—. Eso es una estupidez.

Tunny se frotó los ojos cansados con el pulgar y el índice. ¿Cuántas veces se lo iba a tener que explicar a esos reclutas?

—Miren. Deben tener en cuenta que las personas se comportan de manera estúpida casi todo el tiempo. Los viejos cuando se emborrachan. Las mujeres en las ferias de las aldeas. Los chavales cuando les lanzan piedras a los pájaros. Así es la vida. Está repleta de necedad y vanidad, de egoísmo y derroche. De *mezquindad* y *tontería.* Pero creen que en la guerra eso va a ser distinto, que va a ser todo mucho mejor. Que como la muerte aguarda a la vuelta de cada esquina, todos se unirán frente a las adversidades y juntos combatirán al astuto enemigo, que la gente pensará más, mejor y más rápido. Que todo será... mejor. Que serán *héroes.*

Acto seguido, se dispuso a descargar los paquetes de la silla de su yegua.

—Pues no. Todo sigue igual. De hecho, por culpa de tanta presión, de tantas preocupaciones y de tanto miedo es todo mucho peor. Hay muy pocos hombres que piensen con mayor claridad cuando hay tanto en juego. Por eso, la gente se comporta de forma más estúpida en una guerra que durante el resto del tiempo. Siempre están pensando en cómo esquivar las culpas, o cómo alcanzar la gloria, o cómo salvar el pellejo, en vez de en algo que realmente *sirva* para algo. No hay otro trabajo en donde se perdone más la estupidez que el de soldado. Ningún otro trabajo la fomenta más.

Observó a sus reclutas y se dio cuenta de que todos le devolvían la mirada, horrorizados. Salvo por Yema, que permanecía ajeno a todo y se encontraba de puntillas intentando bajar su lanza del caballo, que quizá era la más larga de todo el regimiento.

—Da igual —les espetó—. Esa ciénaga no se va a cruzar sola —a continuación, les dio la espalda a sus hombres, le dio una palmadita con gran delicadeza a su yegua en el cuello y suspiró—. Oh, bueno, amiga mía. Me parece que vas a tener que apañártelas un poco más sin mí.

Grita destrucción y…

Scorry le estaba cortando el pelo a un compañero cuando Craw regresó para reencontrarse con su docena, o al menos con los siete que quedaban. Ocho si se le incluía a él. Se preguntó si alguna vez había existido una docena que contara realmente con doce miembros. La suya nunca los había tenido, de eso estaba seguro. Agrick estaba sentado sobre el tronco de un árbol caído recubierto de hiedra, contemplando con gesto contrariado la nada mientras esas tijeras revoloteaban alrededor de su cara.

Whirrun se encontraba apoyado sobre un árbol, tenía al Padre de las Espadas de pie, con la punta hacia abajo, y la empuñadura se mecía entre sus brazos cruzados. Por alguna razón, se había quitado la camisa y se encontraba ahí de pie con un chaleco de cuero, que tenía una gran mancha gris de sudor antiguo en la parte delantera y de donde sobresalían sus largos y vigorosos brazos. Daba la impresión de que cuanto más peligrosa se volvía una situación, más prendas le gustaba quitarse, así que era muy probable que acabara con el culo al aire para cuando hubieran terminado con este valle.

—¡Craw! —gritó, alzando su espada y agitándola en el aire.

—Hola, jefe —dijo Drofd, quien estaba sentado sobre una rama en lo alto y con la espalda apoyada en el tronco del árbol. Estaba afilando un palo para hacerse una flecha y las virutas caían revoloteando.

—Así que Dow el Negro no te ha matado, ¿eh? —preguntó Wonderful.

—De momento, no.

—¿Te ha dicho qué hay que hacer? —inquirió Yon, señalando con la cabeza a los hombres que abarrotaban el bosque que los rodeaba. Como tenía mucho menos pelo que cuando Craw se había marchado, parecía algo mayor; además, se percató de que tenía arrugas alrededor de los ojos y mechones grises en las cejas que Craw nunca antes había notado—. Tengo la sensación de que Dow planea ir para allá.

—Así es —replicó Craw, quien hizo un gesto de dolor al sentarse en cuclillas entre la maleza y miró hacia el sur. Más allá de la línea que conformaban los árboles parecía hallarse un mundo distinto. Un mundo totalmente oscuro y confortable que

se hallaba bajo aquellas hojas. Un mundo sereno, como cuando uno se sumergía en una corriente fría. Un mundo bañado por la intensa luz del sol. Donde bajo el cielo azul se hallaba la cebada marrón y amarillenta, donde los Héroes sobresalían en el valle con un color verde intenso, con esas viejas piedras todavía en pie en su cima vigilando de manera inútil.

Craw señaló a su izquierda, hacia Osrung. Desde ahí, la ciudad no era más que una valla alta y un par de torres grises que se alzaban sobre las cosechas.

—Reachey va a ser el primero en entrar en acción, cargará sobre Osrung —Craw se sorprendió al percatarse de que estaba susurrando, a pesar de que la Unión estaba a unos cuantos cientos de pasos de distancia, en la cima de una colina; aunque hubiera gritado, apenas lo habrían escuchado—. Llevará todos los estandartes, para dar la impresión de que ése es nuestro gran ataque. Esperamos que esto hará bajar de los Héroes a algunos de los hombres del enemigo.

—¿Crees que van a caer en esa trampa? —preguntó Yon—. Es un poco burda, ¿no?

Craw se encogió de hombros.

—Cualquier treta parece burda a aquellos que saben lo que va a pasar.

—Aunque no supondrá una gran diferencia que bajen o no —Whirrun ahora se estaba estirando, mientras permanecía colgado de la rama de un árbol y su espada le colgaba de la espalda—. Seguimos teniendo que subir a esa misma colina.

—No nos vendría mal que cuando lleguemos a la cima hubiera la mitad de hombres de la Unión que hay ahora —afirmó Drofd, mientras se bajaba de su propio árbol.

—Bueno, esperemos que caigan en la trampa, ¿eh? —Craw movió la mano hacia la derecha, para señalar los campos y pastos que se extendían entre Osrung y los Héroes—. Si ordenan a unos cuantos hombres que bajen de la colina, será entonces cuando Dorado entre en acción a lomos de su caballo. Para pillar a esos muchachos con los pantalones bajados en campo abierto y obligarlos a retroceder hacia el río.

—Sí, que esos cabrones se ahoguen —gruñó Agrick, haciendo gala de una extraña sed de sangre para tratarse de él.

—Mientras tanto, Dow lanzará el ataque principal. Asaltará los Héroes directamente, apoyado por Cabeza de Hierro y Tenways y todos sus muchachos.

—¿Cómo piensa realizar el ataque? —inquirió Wonderful, frotándose su nueva cicatriz.

Craw clavó su mirada en ella.

—Estamos hablando de Dow el Negro, ¿no? Va a subir corriendo hasta ahí arriba de frente y va a enviar al barro a todo aquel que aún no esté en él.

—¿Y nosotros qué?

Craw tragó saliva.

—Nosotros los apoyaremos.

—Ocuparemos la vanguardia y el centro, ¿eh?

—¿Vamos a subir otra vez a esa puñetera colina? —protestó Yon.

—Casi deseo que hubiéramos luchado por tomarla en nombre de la Unión la última vez —aseveró Whirrun, balanceándose de una rama a otra.

Craw señaló a su derecha.

—Scale está por ahí, en el bosque situado bajo el cerro de Salt. En cuanto Dow haya hecho su movimiento, cargará con sus jinetes por el camino de Ustred y él y Calder tomarán el Puente Viejo.

Resultó sorprendente con cuánta vehemencia Yon desaprobó ese plan con sólo mover de lado a lado la cabeza.

—Te refieres a tu viejo amigo Calder, ¿no?

—Eso es —Craw miró directamente a Yon—. A mi viejo amigo Calder.

—Entonces, ¡este encantador valle que no tiene nada de valor será nuestro! —exclamó Whirrun con un tono cantarín—. De nuevo.

—En cualquier caso, será de Dow —apostilló Wonderful.

Drofd estaba contando con los dedos cuántos eran mientras enumeraba sus nombres.

—Reachey, Dorado, Cabeza de Hierro, Tenways, Scale y el mismo Dow... son un montón.

Craw asintió.

—Podría ser el combate en que más gente participe de toda la historia del Norte.

—Aquí se va a librar una batalla tremenda —afirmó Yon—. Una batalla de cojones.

—¡De la que hablarán las canciones! —Whirrun se había agarrado con las piernas a la rama y se encontraba ahora colgado boca abajo, por alguna razón que sólo conocía él mismo.

—Vamos a hacer picadillo a esos sureños —aseveró Drofd, aunque no sonó muy convencido.

—Por los muertos, eso espero —apostilló Craw.

Yon se inclinó hacia delante.

—¿Conseguiste nuestro dinero, jefe?

Craw esbozó un gesto de contrariedad.

—Dow no estaba de humor como para que pudiera sacar el tema —al instante, se escuchó una salva de quejidos, tal y como se imaginaba que ocurriría—. Ya lo conseguiré más tarde, no os preocupéis. Nos lo deben y lo tendréis. Hablaré con Pezuña Hendida.

Wonderful chasqueó con la lengua.

—Es más fácil intentar entender a Whirrun que sacarle una moneda a Pezuña Hendida.

—¡Lo he oído! —exclamó Whirrun.

—Piénsalo bien —le dijo Craw a Yon, dándole un golpe en el pecho con el dorso de la mano—. Si subes a esa colina, te deberán más dinero. Tendrán que pagarte dos soldadas a la vez. Además, ahora tampoco tendrías tiempo para gastártelo, ¿verdad? Tenemos una batalla que luchar.

Nadie podía rebatirle eso. Ahora mismo, ciertos hombres se desplazaban por el bosque, totalmente equipados y listos para batallar. Entre crujidos y repiqueteos, entre susurros y tintineos, avanzaban agazapados en una formación que se estiraba en ambos sentidos entre los troncos de los árboles. La luz atravesaba las desiguales ramas, iluminando sólo en parte unos rostros ceñudos, haciendo centellear los cascos y las espadas desenvainadas.

—¿Cuándo fue la última vez que participamos en una batalla de verdad? —masculló Wonderful.

—Bueno, tuvimos esa escaramuza cerca de Ollensand —respondió Craw.

Yon escupió.

—Yo no llamaría a eso una batalla de verdad.

—En las Altas Cumbres —contestó Scorry, mientras acababa de cortarle el pelo a Agrick y le cepillaba los pelos que le habían caído sobre los hombros—. Cuando intentamos sacar a Nuevededos de ese valle que parecía una puñetera grieta.

—Eso fue hace siete años, ¿verdad? ¿U ocho? —Craw se estremeció al recordar esa pesadilla, a un buen número de combatientes apiñados en un hueco en la roca tan estrecho que apenas podían respirar, tan estrecho que nadie podía lanzar un ataque de verdad, sólo podían intentar alcanzar a su rival con su arma, darle un

rodillazo o morderlo. Nunca creyó que podría salir de esa pequeña y aterradora abertura vivo. ¿Por qué iba a arriesgarse un hombre a vivir eso de nuevo?

Contempló la cuenca con todas las cosechas entre el bosque y los Héroes. Daba la impresión de ser un camino demasiado largo para un viejo que tenía que correr con una pierna herida. Las cargas gloriosas aparecían con mucha frecuencia en las canciones, pero, cuando te encuentras en una posición defensiva, cuentas con una ventaja que nadie puede negar: el enemigo viene hacia ti. Pasó de apoyar el peso de su cuerpo de una pierna a otra, intentando hallar la postura más beneficiosa para su rodilla, su tobillo y su cadera, pero lo único que pudo lograr fue sufrir una agonía muy variada y diversa. Resopló. La vida era así en general.

Echó un vistazo a su alrededor para comprobar si su docena estaba lista. Se llevó un gran sobresalto al ver al mismísimo Dow el Negro agachado, con una rodilla en el suelo, en los cerros, a no más de diez zancadas de distancia; iba con un hacha en una mano, una espada en la otra y tenía a su espalda a Pezuña Hendida, Escalofríos y sus Caris más próximos. Se había quitado todas las pieles y los demás ornamentos de encima y tenía el mismo aspecto que cualquier otro hombre de aquella formación. Salvo por su feroz sonrisa, daba la impresión de que estaba esperando esto con la misma ansia que Craw se preguntaba si habría alguna manera de librarse de ello.

—No dejéis que os maten, ¿eh? —les pidió Craw.

Miró a su alrededor, a todos ellos, mientras le apretaba la mano a Scorry. Todos movieron la cabeza de lado a lado, fruncieron el ceño, esbozaron sonrisas nerviosas, o dijeron «no», o «sí», o «yo no». Todos salvo Brack, que estaba sentado, mirando hacia los árboles como si estuviera solo, mientras el sudor perlaba su gran y pálida cara.

—No dejes que te maten, ¿eh, Brack?

El montañés miró a Craw como si se acabara de dar cuenta de que estaba ahí.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Sí —contestó, cogiéndole a Craw de la mano con su mano sudada y fría—. Por supuesto.

—¿Podrás correr con esa pierna?

—He sentido más dolor cagando.

Craw arqueó las cejas.

—Una buena cagada puede ser bastante dolorosa, ¿verdad?

—Jefe —le dijo Drofd, quien señaló con la cabeza hacia una zona más iluminada situada más allá de los árboles. Craw se agachó un poco más. Había unos hombres

deambulando por ahí. Iban montados, ya que únicamente sus cabezas y hombros se podían ver desde donde Craw estaba agazapado.

—Son exploradores de la Unión —le susurró Wonderful al oído.

Quizá se tratara de hombres del Sabueso, que se habían abierto camino entre los campos y granjas y se acercaban a la línea que conformaban los árboles. El bosque, que ocupaba el valle entero a lo largo, estaba repleto de hombres del Norte armados y ataviados con armaduras. Resultaba un milagro que aún no los hubieran visto.

Pero Dow sabía que estaban ahí, por supuesto. Agitó con suma serenidad su hacha en el aire, señalando hacia el este, como si estuviera pidiendo que le trajeran una cerveza.

—Será mejor que le digáis a Reachey que se vaya, antes de que nos fastidie la sorpresa.

La orden fue de boca en boca y el mismo gesto que había hecho Dow con el brazo fue imitado por toda la formación a modo de ola.

—Ya estamos otra vez, joder —rezongó Craw mientras se mordía las uñas.

—Allá vamos —acertó a decir Wonderful a través de sus labios fruncidos, con la espada desenvainada en la mano.

—Soy demasiado viejo para esta mierda.

—Sí.

—Debería haberme casado con Colwen.

—Ya.

—Hace tiempo que debería haberme retirado.

—Cierto.

—¿Quieres dejar de estar de acuerdo conmigo, joder?

—¡¿Acaso la misión de un segundo al mando no es apoyar a su jefe, pase lo que pase?! Pues sí, estoy de acuerdo en todo. Eres demasiado viejo, deberías haberte casado con Colwen y haberte retirado.

Craw suspiró a la vez que le ofrecía la mano.

—Gracias por tu apoyo.

Wonderful se la estrechó con fuerza.

—Siempre te apoyaré.

De repente, el grave y profundo bramido del cuerno de Reachey resonó desde el este. Dio la impresión de que la tierra entera zumbaba y Craw sintió un cosquilleo en

las raíces de su pelo. A continuación, se escucharon más cuernos, luego pisadas, como el rugido de un trueno distante mezclado con el tintineo del metal. Craw se inclinó hacia delante, haciendo un gran esfuerzo, y echó un vistazo entre unos troncos de árboles negros, mientras intentaba divisar a los hombres de Reachey. Apenas logró ver unos pocos tejados de Osrung a través de esos campos bañados por el sol. Entonces, se empezaron a oír gritos de guerra, que flotaban por todo el valle, que retumbaban por los árboles como si fueran fantasmas. A Craw lo embargó una honda emoción, en parte por miedo a lo que iba a suceder y en parte porque quería ponerse en pie de un salto y añadir su voz a aquel clamor.

—Qué pronto —susurró, relamiéndose los labios mientras se ponía en pie, sin apenas ser consciente ya del dolor que sentía en la pierna.

—Eso digo yo —Whirrun se acercó y se colocó junto a él, con el Padre de las Espadas desenvainada en una mano, agarrada bajo la cruceta, mientras con la otra señalaba a los Héroes—. ¿Ves eso, Craw? —daba la impresión de que quizá algunos hombres se movían en la cima de esas pendientes verdes. Tal vez se estaban congregando alrededor de un estandarte—. Van a bajar. Van a disfrutar de un gozoso encuentro con los muchachos de Dorado en esos campos, ¿verdad? —inquirió, soltando su peculiar risa ahogada—. Un gozoso encuentro.

Craw movió la cabeza de lado a lado lentamente.

—¿No estás preocupado?

—¿Por qué? ¿Es que no te lo he contado? Shoglig me dijo cuándo y dónde moriría, así que...

—Ya, no morirás ni aquí ni ahora. Me lo has repetido diez mil puñeteras veces —Craw se inclinó para hablar entre susurros—. Aunque... ¿te dijo si aquí te cortarían ambas piernas?

—No, no me lo dijo —tuvo que admitir Whirrun—. Pero ¿me quieres decir qué diferencia supondría eso en mi vida? Sin piernas, aún puedes sentarte alrededor de una hoguera a decir tonterías.

—Tal vez te corten los brazos también.

—Cierto. Si eso ocurre... Tendré que plantearme la posibilidad de retirarme, cuando menos. Eres un buen hombre, Curnden Craw —le dijo Whirrun, a la vez que le daba un golpecito en las costillas—. Quizá te legue al Padre de las Espadas, siempre que sigas respirando cuando yo cruce la orilla distante.

Craw resopló.

—Yo no pienso llevar esa cosa por ahí.

—¿Acaso crees que yo *elegí* llevarla? Daguf Col me escogió para esta misión en su pira funeraria después de que los Shanka le arrancaran las entrañas. Qué púrpuras eran.

—¿El qué?

—Sus entrañas. La espada debe heredarla alguien, Craw. ¿No eres tú el que siempre está diciendo que hay una forma correcta de hacer las cosas? Pues tiene que heredarla alguien.

Permanecieron en silencio un momento más, contempló la zona iluminada situada más allá de los árboles, el viento mecía las hojas y las hacía crujir, provocando que algunas hojas secas cayeran sobre las lanzas, los cascos y los hombros de todos esos hombres que se encontraban arrodillados entre la maleza. Los pájaros gorjeaban en las ramas y trinaban sin parar, joder; en comparación, el grito distante de la carga de Reachey resultó hasta relajante.

Unos hombres se movían por el flanco este de los Héroes. Eran hombres de la Unión que descendían. Craw se frotó sus sudorosas manos y desenvainó la espada.

—Whirrun.

—¿Sí?

—¿Alguna vez te has preguntado si Shoglig no se pudo haber equivocado?

—Sí, cada vez que tengo que luchar.

Quién no ansiara concluir así

Su Augusta Majestad:

La división del General Jalenhorm ha llegado ya a la ciudad de Osrung y ha tomado los cruces del río con su habitual competencia y concentración, el Regimiento Sexto y el de Rostod se han hecho fuertes en una colina que los Hombres del Norte llaman los Héroes. Desde su cima, uno puede observar lodo el terreno a kilómetros a la redonda, incluido el importantísimo camino a Carleon, pero, aparte de un fuego apagado, no hemos divisado ni rastro del enemigo.

Los caminos siguen siendo nuestros antagonistas más tozudos. Si bien los primeros efectivos de la división de Mitterick ya han llegado al valle, se han entremezclado con las unidades de retaguardia de Jalenhorm, lo cual...

Gorst alzó la mirada bruscamente. Había escuchado unas tenues voces arrastradas por el viento y, pese a que no pudo distinguir las palabras, no cabía duda de que estaban teñidas de una tremenda emoción.

Seguramente me estoy engañando a mí mismo. Es algo que se me da muy bien. Tras el río, no había nada que sugiriera que estaba ocurriendo algo emocionante. Los hombres se encontraban desperdigados a lo largo de la ribera sur, haraganeando bajo el sol mientras los caballos pastaban satisfechos a su alrededor. Uno de ellos tosió al darle una calada a una pipa de chagga. Otro grupo cantaba plácidamente mientras se pasaban una petaca unos a otros. No muy lejos de ahí, su comandante, el coronel Vallimir, estaba discutiendo con un mensajero sobre el significado exacto de la última orden del general Jalenhorm.

—Lo entiendo, pero el general le pide que mantenga su actual posición.

—Y la mantendré, sea como sea, pero ¿nos vamos a quedar en el camino? ¿De verdad no quiere que crucemos el río? ¿O que, al menos, nos despleguemos por la ribera? ¡Ya he perdido un batallón porque lo he tenido que enviar a cruzar un cenagal y ahora, encima, el otro tiene que quedarse en medio del camino por el que pasa todo el mundo! —Vallimir señaló al capitán cubierto de polvo, cuya compañía estaba parada, formando una columna quejosa, en ese mismo camino, a lo lejos. Probablemente, se trataba de una de las compañías a la que estaban esperando los

regimientos de la colina. *0 no.* El capitán no había informado a nadie al respecto y tampoco nadie le había preguntado cuál era su misión— ¡El general no puede pretender que nos quedemos *aquí* sentados, seguro que entiende lo que quiero decir!

—Lo entiendo perfectamente —replicó con voz monótona el mensajero—, pero el general le pide que mantenga su actual posición.

Bueno, sólo es otro ejemplo más de la incompetencia habitual. Entonces, un grupo de barbudos excavadores pasaron junto a él, con paso firme, caminando al unísono, con sus palas al hombro y gesto adusto. *El grupo de hombres más organizado que he visto hoy, y, probablemente, los soldados más valiosos de Su Majestad.* El ejército siempre tenía un hambre insaciable de agujeros. Para hacer fuegos, para abrir tumbas y letrinas, para hacer refugios subterráneos y parapetos, para levantar terraplenes y barricadas, para abrir zanjas y trincheras de toda forma, profundidad y propósito imaginable, alguno de los cuales no se le ocurrirían a nadie ni aunque estuviera un mes pensando. *En verdad, la pala es más poderosa que la espada. Tal vez, en vez de espadas, los generales deberían llevar paletas doradas como insignias de su gran vocación. Bueno, se acabó la diversión.*

Gorst volvió a centrar su atención en la carta y frunció los labios al darse cuenta de que había dejado una mancha de tinta muy antiestética, por lo que, furioso, la apretó con su puño e hizo una bola con ella.

Entonces, el viento volvió a soplar con más fuerza y unos gritos llegaron a sus oídos, *¿De verdad estoy oyendo lo que estoy oyendo? ¿O acaso deseo tanto oír algo así que me lo estoy imaginando?* Sin embargo, unos cuantos soldados a su alrededor también habían alzado la vista, con el ceño fruncido, hacia la colina. Súbitamente, el corazón se le desbocó a Gorst, quien también tenía la boca seca. Se puso en pie y caminó hacia el río, como un hombre bajo un hechizo, con la mirada clavada en los Héroes. Creyó ver a unos hombres moviéndose allá arriba, creyó ver unas diminutas figuras en la ladera cubierta de hierba de la colina.

Cruzó la zona llena de guijarros en dirección hacia Vallimir, quien todavía seguía discutiendo inútilmente sobre a qué lado del río deberían situarse sus hombres para seguir sin hacer nada. *Sospecho que dentro de poco eso será irrelevante.* Rezó para que así fuera.

—... Pero seguramente el general no...

—Coronel Vallimir.

—¿Qué?

—Debería ordenar a sus hombres que se preparen.

—¿Ah, sí?

Gorst no apartó la mirada ni por un solo instante de los Héroes. Ni de las siluetas de los soldados que se divisaban en la ladera oriental. Eran una cantidad considerable. Sin embargo, ningún mensajero del mariscal Kroy había cruzado los bajíos. La única razón que justificaba que tantos hombres estuvieran abandonando la colina era que... *los hombres del Norte están atacando en algún otro lado. Un ataque, un ataque, un ataque...*

Se percató entonces de que seguía agarrando con tanta fuerza su carta a medio terminar que tenía los nudillos blancos. Soltó ese papel arrugado que revoloteó hasta caer en el río, donde la corriente se lo llevó dando vueltas. Escuchó más voces, que eran incluso más agudas que antes, ahora ya no le cabía ninguna duda de que eran reales.

—Eso parecen gritos —afirmó Vallimir.

Una sensación de inmensa alegría invadió a Gorst, a quien se le formó un nudo en la garganta, de tal modo que su voz sonó más aguda que nunca. Pero no le importó.

—Ordéneles que se preparen de inmediato.

—¿Para qué?

Gorst ya se dirigía a grandes zancadas hacia su caballo.

—Para luchar.

Bajas

El capitán Lasmark se abrió paso violentamente a través de la cebada andando a un ritmo entre paso ligero y carrera lenta, con la Novena Compañía del Regimiento de Rostod avanzando con dificultad tras él como podía, en dirección hacia Osrung con la nada clara orden de «¡ir a por el enemigo!» todavía retumbando en sus oídos.

Sí, ahora el enemigo se hallaba ante ellos. Lasmark pudo ver unas escaleras de asalto apoyadas sobre los maderos musgosos de la valla de la ciudad. Pudo ver cómo los proyectiles revoloteaban arriba y abajo. Pudo divisar unos estandartes que ondeaban bajo la brisa, uno negro y andrajoso destacaba sobre el resto; según los exploradores del Norte, era el estandarte de Dow el Negro. En ese instante, el general Jalenhorm había dado la orden de avanzar, dejando muy claro en todo momento que nada le haría cambiar de opinión.

Lasmark se giró, con la esperanza de no tropezarse y acabar con un montón de cebada en la boca, y urgió a sus hombres a que siguieran avanzando con un gesto de su mano que pretendía ser marcial.

—¡Sigan! ¡Sigan! ¡Avancen sobre la ciudad!

No era ningún secreto que el general Jalenhorm tenía cierta tendencia a dar órdenes muy poco meditadas, pero haber expresado esa verdad en voz alta habría sido terriblemente contrario a las buenas formas. Normalmente, los oficiales procuraban ignorarle siempre que fuera posible y, cuando no lo era, interpretaban de forma muy imaginativa sus órdenes. No obstante, no había muchas interpretaciones posibles que dar a una orden directa de atacar.

—¡Con paso firme, mantengan la formación, muchachos!

Sin embargo, no parecían mantener demasiado la formación; de hecho, la mayoría parecía avanzar a regañadientes y a su propio ritmo, pero Lasmark no se lo podía echar en cara. Tampoco le parecía una buena idea cargar sin ningún apoyo atravesando un campo vacío de cebada, sobre todo porque buena parte del regimiento seguía atascado en esos pésimos caminos situados al sur del río, donde reinaba un caos en el que se entremezclaban hombres e impedimenta. Pero un oficial debe cumplir con sus obligaciones. El se había quejado formalmente al mayor Popol

y el mayor ante el coronel Wetterlant del Sexto Regimiento, quien era el oficial de mayor rango en la colina. No obstante, le había dado la impresión de que el coronel estaba demasiado ocupado como para prestar atención a sus quejas. Además, Lasmark suponía que el campo de batalla no era el lugar más propicio para pensar de un modo independiente y tal vez sus superiores supieran mejor que él qué ocurría.

No obstante, los hechos no refrendaban esa conclusión.

—¡Tengan cuidado! ¡Vigilen esos árboles!

Esos árboles se encontraban a cierta distancia al norte y a Lasmark le dio la impresión de que eran bastante lúgubres y amenazadores. No quería ni imaginar cuántos hombres podrían estar escondidos entre sus sombras. Aunque ese pensamiento siempre le venía a la cabeza cuando veía un bosque y el Norte estaba repleto de bosques. Tampoco estaba muy claro si vigilarlos les iba a servir de mucho. Además, ya no había vuelta atrás. A su derecha, el capitán Vorna exhortó a su compañía a avanzar por delante del resto del regimiento, estaba desesperado por entrar en acción, como siempre, pues quería regresar a casa con un montón de medallas en el pecho y pasarse el resto de su vida alardeando.

—Ese necio de Vorna va a lograr que se rompa la formación —se quejó el sargento Lock.

—¡El capitán se limita a cumplir órdenes! —le espetó Lasmark, quien luego añadió en voz baja—. Menudo gilipollas. ¡Adelante, muchachos, a paso ligero!

Si, al final, los Hombres del Norte aparecían, lo peor que podían hacer era dejar huecos en la formación de ataque.

Incrementaron el ritmo, pese a hallarse fatigados. De vez en cuando, a algún hombre se le enganchaba una bota en la cebada y acababa tendido sobre la cosecha. Iban desorganizándose más y más a cada paso. Debían de encontrarse ya a medio camino entre la colina y la ciudad, con el mayor Popol encabezando la marcha a lomos de su caballo, agitando su sable en el aire y bramando gritos de ánimo inaudibles.

—¡Señor! —exclamó Lock—. ¡Señor!

—Lo sé, maldita sea —replicó entre jadeos Lasmark, a quien ya no le quedaba aire ni siquiera para quejarse—. No oigo ni una palabra de lo que... oh.

Entonces vio lo que Lock le estaba señalando desesperadamente con su espada desenvainada y, de inmediato, se sintió invadido por una horrible y gélida oleada de sorpresa. Después de todo, hay una tremenda diferencia entre esperar que suceda lo peor y comprobar que efectivamente lo peor ocurre. Los hombres del Norte habían emergido del bosque y cruzaban los pastos a toda velocidad en su dirección. Desde

su situación, resultaba difícil saber cuántos eran (ya que ese terreno que descendía estaba lleno de zanjas y setos irregulares), pero una nueva sensación más fría que la anterior se apoderó de Lasmark en cuanto sus ojos captaron la anchura del frente enemigo, el centelleo del metal y los puntitos de color que eran en realidad sus escudos pintados.

El Regimiento de Rostod estaba superado en número. Varias compañías todavía seguían alegres y despreocupadas a Popol, quien se dirigía a Osrung, donde aún más hombres del Norte los aguardaban. Otros se habían detenido, conscientes de que una gran amenaza se aproximaba por la izquierda, e intentaban desesperadamente recomponer sus líneas. Sin embargo, el regimiento de Rostod estaba en inferioridad numérica, sus hombres no eran capaces de mantenerse en formación y los habían sorprendido en campo abierto sin apoyo alguno.

—¡Alto! —gritó y se adentró a gran velocidad en la cebada por delante de su compañía. Después, se giró y alzó ambos brazos ante sus hombres—. ¡Formen una línea! ¡Mirando al norte!

Eso era lo mejor que podían hacer, ¿verdad? ¿Qué podían hacer si no? Sus soldados intentaron organizarse en una caótica formación que recordaba vagamente a una rueda, algunos de aquellos rostros reflejaban determinación; otros, pánico mientras se colocaban rápidamente en posición.

Lasmark desenvainó su espada. La había comprado muy barata y, en realidad, era una antigualla cuya empuñadura tendía a repiquetear. Había pagado menos por ella que por su sombrero. Lo cual parecía ahora una decisión muy necia. Pero, por aquel entonces, todas las espadas le parecían iguales y el mayor Popol había sido muy concreto a la hora de detallar qué aspecto debían tener sus oficiales en un desfile. Sin embargo, ahora no se encontraban en un desfile, por desgracia. Lasmark miró hacia atrás y se dio cuenta de que estaba mordiéndose los labios tan fuerte que pudo apreciar el sabor de su sangre. Los hombres del Norte se acercaban con gran celeridad.

—Arqueros, preparen los arcos, los lanceros a la...

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Un ejército de caballería acababa de emerger desde la parte posterior de una aldea situada aún más lejos, a su izquierda. Era una formación de caballería bastante considerable, que arremetía contra su flanco, y sus cascos estaban levantando una nube de polvo. Escuchó gritos ahogados de alarma y pudo notar cómo el estado de ánimo de sus hombres pasaba de la determinación y preocupación al más puro horror.

—¡Manténganse firmes! —gritó, pero incluso a él la voz le tembló. En cuanto se giró, comprobó que muchos de sus hombres ya estaban huyendo. A pesar de que no había adonde huir. Además, las posibilidades que tenían de sobrevivir eran

inferiores si huían que si se quedaban a luchar. Sin duda alguna, el cálculo sereno de sus posibilidades de supervivencia no era una prioridad para ellos. Observó cómo las demás compañías se venían abajo y sus miembros se desperdigaban. Vio fugazmente al mayor Popol, que iba dando botes sobre su silla de montar mientras se dirigía a toda velocidad hacia el río y a quien ya no le interesaba tanto el aspecto de sus hombres. Si los capitanes hubieran tenido caballos, a lo mejor Lasmark ahora habría podido huir con él. Pero los capitanes no contaban con caballos. En el Regimiento de Rostod, no. Debería haber ingresado en un regimiento en el que los capitanes tuvieran caballos, pero la cruda realidad era que nunca habría podido permitirse uno. Había tenido que pedir dinero prestado para comprar su puesto de capitán a un interés atroz y ya no le quedaba nada...

Los hombres del Norte se encontraban ya aterradoramente cerca, atravesando el seto más próximo. Podía distinguir las caras que asomaban en su formación. Unos rostros que gruñían, gritaban y sonreían. Parecían animales y atravesaban la cebada dando brincos con las armas alzadas. Lasmark retrocedió unos cuantos pasos inconscientemente. El sargento Lock se hallaba detrás de él, con la tensión dibujada en su rostro.

—Mierda, señor —dijo.

Lasmark sólo pudo tragar saliva y prepararse mientras sus hombres tiraban sus armas al suelo a su alrededor, al mismo tiempo que se daban la vuelta y corrían hacia el río o la colina, que se encontraban, muy, pero que muy lejos. Entretanto, la formación que había improvisado su compañía se desmoronaba, al igual que la de la compañía de al lado, dejando así únicamente unos grupitos compuestos por los soldados más atónitos y duros para enfrentarse a los hombres del Norte. Ahora ya podía ver cuántos eran. Eran cientos. Cientos y cientos. Una lanza empaló con un golpe sordo a un hombre que se encontraba a su lado, que cayó gritando. Lasmark lo contempló fijamente un instante. Era Stelt. Había sido panadero.

Alzó la vista hacia aquella marea compuesta de hombres que aullaban con la boca muy abierta. A uno le suelen contar historias sobre estas cosas, por supuesto, pero siempre da por sentado que nunca vivirá algo así. Uno asume que es muy importante y que algo así no le puede ocurrir. Se dio cuenta de que no había hecho ninguna de las cosas que se había prometido que haría para cuando tuviera treinta años. Quería tirar la espada y sentarse. Entonces, atisbo fugazmente su anillo y alzó la mano para observarlo. En esa piedra estaba tallado el rostro de Emlin. Ahora no parecía muy probable que fuera a regresar con ella. Con casi toda seguridad, al final, se casaría con ese primo suyo. Aunque eso de casarse con un primo era algo realmente deplorable.

El sargento Lock arremetió contra el enemigo, un gesto valiente e inútil, y logró que un trozo del borde de un escudo enemigo saltara por los aires. El escudo tenía un

puente pintado. Volvió a arremeter y, justo en ese momento, otro hombre del Norte se le acercó corriendo y lo golpeó con su hacha. Le acertó de lado y, acto seguido, fue alcanzado por una espada que lo hizo retroceder en dirección contraria y que le dejó un enorme rasponazo en el casco y un profundo tajo en la cara. Se giró, con los brazos alzados como un bailarín y, a continuación, se lo llevaron por delante y se perdió entre la cebada.

Lasmark se abalanzó de un salto sobre el escudo con el puente dibujado, sin apenas reparar, por alguna extraña razón, en el hombre que lo sostenía. Tal vez quería fingir que no había ningún hombre tras él. Si su instructor de esgrima lo hubiera visto, se habría quedado lívido. Antes de alcanzar el escudo, recibió un lanzazo en su peto y se tambaleó. La punta rebotó y, al instante, arremetió contra el hombre que la había lanzado, un tipo muy feo con la nariz horriblemente rota. Le reventó el cráneo de un espadazo y sus sesos salieron volando. Fue sorprendentemente fácil. Supuso que incluso las espadas baratas son muy pesadas y afiladas.

De repente, se oyó un clic y el mundo se volvió patas arriba, cayó sobre el barro, con un golpe sordo, y acabó enredado en la cebada. No veía nada por un ojo. Oía un zumbido, estúpidamente agudo, como si su cabeza fuera el badajo de una enorme campana. Intentó levantarse pero el mundo no paraba de dar vueltas. No había hecho ninguna de las cosas que se había prometido que iba a hacer para cuando tuviera treinta años. Oh. Salvo alistarse en el ejército.

Aunque el sureño intentó ponerse en pie, Sueño Ligero lo golpeó en la parte posterior de la cabeza con su maza y le aplastó el casco. Dio varias patadas en el aire durante un breve instante y todo acabó.

—Estupendo.

El resto de los hombres de la Unión se encontraban rodeados y descendían a gran velocidad o se desperdigaban como una bandada de estorninos, justo como Dorado dijo que harían. Sueño Ligero se arrodilló, se colocó la maza bajo el brazo e intentó arrancarle al sureño muerto del dedo un anillo que tenía buena pinta. Otros dos compañeros suyos estaban reclamando también sus premios y otro estaba gritando mientras le caía sangre por la cara, pero, bueno, era una batalla, ¿no? Si todo el mundo saliera de ellas sonriendo, no tendrían sentido. Entretanto, al sur, los jinetes de Dorado estaban limpiando el terreno, empujando a los sureños en retirada hacia el río.

—¡Dirigíos a la colina! —gritaba Scabna, señalando ese lugar con su hacha—. ¡Id hacia la colina, cabrones!

—Dirígete tú a la colina —le espetó Sueño Ligero, a quien le dolían todavía las piernas de tanto correr, a quien le dolía la garganta de tanto gritar—. ¡Ja!

Por fin, logró sacarle el anillo a ese tipo de la Unión. Lo sostuvo en el aire para verlo bien y frunció el ceño. Pese a que sólo era una piedra pulida en la que habían tallado la cara de alguien, supuso que podría sacar por ella un par de monedas de plata. Se lo metió en su jubón. Luego cogió la espada de aquel hombre por si acaso y se la colocó en el cinturón, a pesar de que parecía más un mondadientes que otra cosa y de que la empuñadura repiqueteaba.

—¡Vamos! —Scabna agarró a uno de esos carroñeros y lo obligó a ponerse en pie, para darle a continuación una patada en el culo y obligarlo a avanzar—. ¡Seguid avanzando, maldita sea!

—¡Vale, vale! —Sueño Ligero salió corriendo tras los demás, en dirección a la colina. Estaba enfadado por no haber podido revisar los bolsillos de esos sureños, quizá podría haberle quitado las botas a ese último. Ahora todo eso se lo llevarían los campesinos y las mujeres que vendrían a continuación. Aunque esos cabrones pordioseros eran demasiado cobardes para luchar, se aprovechaban del trabajo de los demás. Era una desgracia, pero suponía que era algo inevitable. Así es la vida, que tiene cosas igual de fastidiosas, como las moscas y el mal tiempo.

Arriba, en los Héroes, había hombres de la Unión, y pudo ver varios centelleos metálicos alrededor del muro de piedra seca situado cerca de la cima, donde unas lanzas apuntaban hacia el cielo. Mantuvo su escudo en alto y miró por encima del borde del mismo. No quería acabar con una de esas malévolas flechitas que empleaba el enemigo clavada. Si te alcanzaban con una de ésas, jamás lograbas arrancártela.

—Mira eso —gruñó Scabna.

Ahora que habían ascendido un poco más, podían ver todo cuanto ahí había hasta el bosque situado al norte: todo el terreno que había en medio estaba repleto de hombres. Estaba ocupado por los Caris de Dow el Negro, así como por los de Tenways y Cabeza de Hierro. Los Siervos iban detrás en oleadas. Eran millares y todos se dirigían en tropel hacia los Héroes. Sueño Ligero jamás había visto tantos combatientes en un solo lugar, ni siquiera cuando luchó en el ejército de Bethod. Ni en el Cumnur, ni en Dunbrec, ni en las Altas Cumbres. Estuvo planteándose la posibilidad de dejar que los demás tomaran los Héroes mientras él se quedaba rezagado, quizá alegando que se había torcido el tobillo; no obstante, no iba a lograr reunir una buena dote para sus hijas con sólo un anillo barato y una espadita, ¿verdad?

Tras saltar sobre una zanja repleta de charcos marrones, dejaron atrás las cosechas pisoteadas al pie de la pendiente.

—¡Subid la colina, cabrones! —chilló Scabna, agitando su hacha en el aire.

Sueño Ligero ya había tenido que soportar bastante las críticas y quejas de ese necio, que sólo era jefe porque era amigo de uno de los hijos de Dorado. Se giró y le espetó:

—Sube tú a esa colina, hijo de...

Escuchó un golpe sordo y, acto seguido, la punta de una flecha sobresalió de su jubón. Durante un momento, reinó el silencio y se limitó a mirarla fijamente, después respiró hondo y gritó.

—*¡Oh, joder!*

Gimoteó y se estremeció, el dolor se apoderó de su axila mientras intentaba volver a respirar, tosió sangre y cayó al suelo de rodillas.

Scabna lo observó atentamente, con el escudo alzado para protegerlos a ambos.

—Sueño Ligero, pero ¿qué ha pasado?

—Me cago en... Me han... dado.

Sueño Ligero balbuceó cada una de aquellas palabras y escupió sangre. Ya no podía seguir arrodillado, puesto que sufría demasiado dolor. Se desplomó de lado. Le pareció que era una forma de mierda de volver al barro, aunque quizá todas lo sean. Un montón de pisadas retumbaron a su alrededor mientras otros iniciaban el ascenso de la colina, salpicándole la cara de tierra.

Scabna se arrodilló y le desabrochó el jubón a Sueño Ligero.

—Será mejor que echemos un vistazo.

Sueño Ligero apenas podía moverse. Todo se le volvía borroso.

—Por los... muertos... duele.

—Seguro que sí. ¿Dónde te has guardado ese anillo?

Gaunt bajó la ballesta y observó cómo unos cuantos hombres del Norte caían derribados entre la multitud mientras el resto de la salva de flechas arreciaba sobre ellos. Desde esta altura, las flechas de una robusta ballesta podían reventarles los escudos y atravesar las cotas de malla como si fueran el vestido de una damisela. Uno de ellos soltó sus armas y salió corriendo y aullando, agarrándose el estómago, dejando un rastro ligeramente zigzagueante a través de las cosechas. Gaunt no tenía forma de saber si su flecha había acertado en el blanco o no, pero eso no importaba. Ahí lo importante era la cantidad de flechas lanzadas. Coger flecha, tensar, apuntar y disparar, coger flecha, tensar...

—¡Vamos, muchachos! —les gritó a los hombres que lo rodeaban—. ¡Disparen! ¡Disparen!

—Por los Hados —escuchó susurrar a Rose, con voz ahogada, mientras señalaba con un tembloroso dedo índice hacia el norte.

El enemigo seguía surgiendo de entre los árboles en una cantidad temible. Los campos ya estaban atestados de adversarios, que avanzaban en oleadas al sur hacia la colina conformando una marea tenuemente centelleante. Pero se necesitaba algo más que una manada de simios furiosos para poner nervioso al sargento Gaunt. En su día, en Bishalc, había sido testigo de cómo innumerables gurkos cargaban contra una pequeña colina en la que se encontraban, desde la que disparó con su ballesta todo cuanto pudo durante casi toda una hora y desde la que, al final, pudo ver cómo todos sus enemigos se batían en retirada corriendo. Salvo los que quedaron acribillados en diversas montoneras. Entonces, cogió a Rose por el hombro y lo obligó a retroceder hacia el muro.

—No se preocupe por eso. La siguiente flecha es lo único que importa.

—Sargento —Rose volvió a agacharse sobre su ballesta, pálido pero dispuesto a llevar a cabo su tarea.

—¡Disparen, muchachos, disparen! —Gaunt giró con suma delicadeza y serenidad su propia ballesta, que estaba bien engrasada, limpia y funcionaba a la perfección. Actuó ni muy rápido, ni muy despacio, cerciorándose de que hacía bien su trabajo. Disparó otra flecha, con el ceño fruncido. No le quedaban más de diez en su carcaj—. ¿Qué ha pasado con la munición? —bramó mirando hacia atrás y luego a sus hombres—. ¡Escojan los blancos con mucho cuidado!

Se puso en pie y sostuvo firmemente la ballesta, con la culata apoyada en el hombro.

Lo que vio allá abajo lo obligó a detenerse un instante, a pesar de tratarse de un militar curtido en mil batallas. Los Hombres del Norte más avanzados habían llegado a la colina y estaban ascendiendo por ella, y, si bien la pendiente cubierta de hierba ralentizaba su paso, no mostraban ninguna intención de parar. De un modo preocupante, su grito de guerra se fue escuchando cada vez más fuerte mientras Gaunt se asomaba desde detrás del muro y ese vago alarido se transformaba en un agudo aullido.

Apretó con fuerza los dientes y apuntó hacia abajo. Apretó el gatillo, sintió el retroceso y la vibración de la cuerda. Esta vez, vio adónde iba a parar esa flecha, que impactó con un golpe sordo en un escudo e hizo que el hombre que lo sostenía cayera hacia atrás. A su izquierda, una docena o más de ballestas dispararon sus proyectiles estruendosamente, dos o tres Hombres del Norte fueron derribados, uno

recibió un flechazo en la cara y cayó hacia atrás mientras su hacha giraba en el aire bajo el cielo azul.

—¡Eso es lo que hay que hacer, muchachos, sigan disparando! Carguen y...

Entonces, escuchó un ruido seco muy cerca. Gaunt sintió un tremendo dolor en el cuello y se quedó sin fuerza en las piernas.

Fue un accidente. Rose llevaba una semana o más intentando ajustar el gatillo de su ballesta, intentando que dejara de bambolearse, preocupado porque podía dispararse en el momento más inoportuno, pero las máquinas nunca se le habían dado muy bien. No tenía ni idea de por qué le habían adiestrado como ballestero. Habría estado mucho mejor peleando con una lanza. El sargento Gaunt habría acabado mucho mejor si le hubieran dado a Rose una lanza, eso era un hecho incontestable. Se le disparó justo cuando la estaba alzando, la punta del listón de metal le dejó una larga rozadura en el brazo. Mientras juraba por culpa de eso, se le ocurrió mirar de reojo y comprobó que la flecha le había atravesado el cuello a Gaunt.

Se miraron fijamente por un momento, luego Gaunt miró contrariado hacia abajo, hacia las escaleras, soltó su ballesta y se llevó la mano al cuello. Cuando apartó la mano, comprobó que tenía los dedos ensangrentados.

—Gargh —dijo—. Hegbados.

Parpadeó y se cayó súbitamente, se golpeó el cráneo tan fuertemente contra el muro que el casco se le quedó torcido.

—¿Gaunt? ¿Sargento Gaunt?

Rose le dio unas bofetadas en la mejilla como si intentara despertarlo de una siesta no autorizada, mientras la sangre le recorría el rostro. No paraba de manar sangre y más sangre a raudales. De su nariz y de la limpia hendidura por donde la flecha le había atravesado el cuello. Era oscura y aceitosa, casi negra, y destacaba sobre su piel blanca.

—¡Está muerto!

De repente, Rose sintió cómo lo arrastraban hacia el muro. Acto seguido, alguien le volvió a poner bruscamente en sus manos ensangrentadas su ballesta sin cargar.

—¡Dispare, maldita sea! ¡Dispare!

Se trataba de un joven oficial, uno de los nuevos, pero Rose no podía recordar su nombre. En esos momentos, apenas era capaz de recordar su propio nombre.

—¿Qué?

—¡Que dispare!

Rose se dispuso a obedecer, al darse cuenta de que los demás hombres a su alrededor estaban haciendo lo mismo. Empapados de sudor, se esforzaban cuanto podían, maldecían y se apoyaban sobre el muro para disparar. Pudo escuchar los gritos de los heridos y, por encima de ellos, aquel extraño aullido. Buscó a tientas una flecha en su carcaj, la encajó en la ranura, se maldijo a sí mismo por lo mucho que le temblaban los dedos, que estaban teñidos de rosa por culpa de la sangre de Gaunt.

Estaba llorando. Las lágrimas le caían por la cara. Tenía las manos frías, a pesar de que no hacía frío. Le castañeteaban los dientes. El hombre que se hallaba junto a él tiró su ballesta al suelo y salió corriendo hacia la cima de la colina. Muchos hombres hacían lo mismo, ignorando los gritos desesperados de sus oficiales.

Una lluvia de flechas arreció. Una de ellas salió despedida y giró en el aire tras rebotar contra una chapa de acero que se encontraba cerca de él. Otras se clavaron de un modo silencioso y callado en la ladera de la montaña, detrás del muro, como si de repente hubieran brotado de la tierra mágicamente en vez de haber caído del cielo. Alguien más se acababa de girar para salir corriendo, pero antes de que Rose pudiera dar un solo paso, un oficial se interpuso en su camino espada en mano.

—¡Por el rey! —chilló, con la locura reflejada en sus ojos—. ¡Por el rey!

Rose nunca había visto al rey. Entonces, un hombre del Norte saltó el muro, justo a su izquierda y, de inmediato, recibió dos lanzazos, gritó y cayó hacia atrás. El hombre que se encontraba junto a Rose se puso en pie y lanzó un juramento mientras alzaba su ballesta. De repente, la parte superior de su cabeza desapareció, se tambaleó y disparó su flecha hacia el cielo. Un hombre del Norte superó el muro de un brinco y ocupó el hueco que había dejado el muerto; parecía joven y su rostro estaba deformado por la ira. Era un diablo que gritaba como tal. Un miembro de la Unión se le acercó con una lanza, pero logró desviarla con su escudo; después, bajó del muro de un salto, se giró y alcanzó con su hacha a su enemigo en el hombro, la sangre salió volando trazando oscuras estelas. Los hombres del Norte estaban trepando por todo el muro. El hueco de la izquierda estaba repleto de gente que luchaba desesperadamente, de una maraña de lanzas y de botas que desgarraban la hierba embarrada.

Aquel ruido demencial estaba volviendo loco a Rose, el estrépito y el estruendo de las armaduras y las armas al chocar, los gritos de batalla y órdenes confusas, todo ese fragor se mezclaba con su respiración aterrorizada y sus gimoteos. Se limitaba a observar y su ballesta yacía olvidada. El joven norteño bloqueó el mandoble que le había lanzado el oficial y le acertó en un costado, obligándolo a encogerse sobre sí mismo, y lo alcanzó en el brazo con el siguiente golpe, de tal modo que su mano salió volando, tras separarse del hueso, todavía envuelta en su manga bordada. El hombre

del Norte le dio una patada en las piernas al oficial y, una vez en el suelo, lo despedazó; su sonrisa acabó salpicada de sangre. Otro norteño estaba trepando por el muro junto a él, tenía una cara enorme, donde destacaba una barba negra y gris, y gritaba algo con un tono de voz bronco.

Otro muy grande y alto, que llevaba sus largos brazos al aire, superó de un salto muy limpio ese revoltijo de piedras y aplastó bajo sus botas la hierba que brotaba en la parte superior del muro mientras alzaba en alto la espada más grande que Rose jamás había visto. Era incapaz de entender cómo un hombre podía ser capaz de blandir una espada tan enorme. Su hoja sin brillo alcanzó a un ballestero en un costado, que se encogió sobre sí mismo y acabó rodando por la ladera de la colina envuelto en una neblina de sangre. De repente, fue como si a Rose se le hubieran desentumecido las extremidades, así que se giró y salió corriendo; alguien que estaba haciendo lo mismo lo empujó y se resbaló y se torció el tobillo. Se levantó como pudo rápidamente, dio una gran zancada tambaleándose y, súbitamente, recibió un golpe tan fuerte en la parte posterior de la cabeza que incluso se mordió la lengua y se la cercenó.

Agrick enterró su hacha entre los omoplatos del arquero para asegurarse, y el mango se estremeció en su mano que estaba en carne viva y pegajosa por la sangre. Vio que Whirrun estaba peleando con un tipo bastante grande de la Unión, al que golpeó en la parte posterior de la pierna con su hacha, destrozándosela, a pesar de que sólo lo había alcanzado con la parte roma, pero le había dado lo suficientemente fuerte como para derribarlo, de modo que Scorry pudo clavarle su lanza mientras bajaba del muro.

Agrick nunca había visto a los hombres de la Unión en tal número, todos tenían el mismo aspecto, parecían copias de un mismo hombre que portaba la misma armadura, las mismas chaquetas, las mismas armas. Era como matar al mismo hombre una y otra vez. Era como si uno no matara a gente real. Como ahora subían corriendo por la pendiente, alejándose del muro cada uno por su lado, decidió correr detrás de ellos como un lobo tras unas ovejas.

—¡Frena, Agrick, cabrón tarado! —le espetó el Jovial Yon, resollando a sus espaldas, pero Agrick no podía parar. La carga era como una gran ola y lo único que podía hacer era dejarse llevar por ella, hacia delante, hacia arriba, para alcanzar a los que habían asesinado a su hermano. Colina arriba, detrás del muro, Whirrun se abría paso con el Padre de las Espadas entre un grupo de sureños que aún seguían en pie, a los que despedazó, llevaran armadura o no. Brack estaba cerca de él, rugiendo mientras blandía su martillo.

—¡Avanzad! ¡Avanzad, joder! —exclamaba el propio Dow el Negro, cuyos labios se curvaban para esbozar una sonrisa que mostraba unos dientes manchados de sangre, mientras en la cima agitaba su hacha en el aire, cuya hoja centelleaba con el color gris del acero y el rojo de la sangre bajo el sol. El saber que su líder se encontraba ahí, luchando junto a él en la vanguardia, avivó las llamas del ánimo de Agrick. Subió hasta hallarse a la misma altura que un hombre de la Unión que se tambaleaba y se abría camino como podía por la pendiente, al que golpeó en la cara con su hacha y noqueó mientras le gritaba.

A continuación, salió corriendo de entre dos de aquellas piedras, la cabeza le daba vueltas como si estuviera embriagado. Embriagado por la sangre y ansioso por obtener más. Había muchos cadáveres en el círculo de hierba del interior de los Héroes. Hombres de la Unión hechos trizas por la espalda y hombres del Norte acribillados con flechas.

Alguien gritó y las ballestas repiquetearon, unas cuantas flechas cayeron a su alrededor, pero Agrick siguió corriendo, hacia una bandera que había en medio de la formación de la Unión, con la voz rota de tanto gritar. Acabó de un hachazo con un ballestero, cuya ballesta destrozada cayó dando tumbos. Arremetió contra el gran sureño que portaba el estandarte, quien detuvo el primer golpe de Agrick con el mástil, donde se enganchó la hoja del hacha. Agrick la soltó, sacó su cuchillo y se lo clavó de arriba abajo al portaestandarte a través de la abertura de su yelmo. Al instante, cayó al suelo como una vaca a la que hubieran propinado un martillazo, con la boca abierta y retorcida y sin emitir ningún sonido. Agrick intentó arrancarle el estandarte de sus puños inertes, una mano seguía aferrada al mástil, la otra a la misma bandera.

Se escuchó a sí mismo lanzar un extraño grito, tan raro que le pareció que ésa no era su voz. Un hombre medio calvo, con pelo gris alrededor de las orejas, echó el brazo hacia atrás y su espada salió del costado de Agrick, rozando el borde inferior de su escudo. Se la había clavado hasta la empuñadura, por lo que la hoja salió totalmente cubierta de sangre. Agrick intentó blandir su hacha, pero no pudo, porque la había soltado instantes antes y su cuchillo seguía clavado en la cara del portaestandarte, así que se limitó a agitar su mano vacía en el aire. Entonces, algo lo golpeó en el hombro y el mundo pareció alejarse de él.

Estaba tumbado en el suelo. Sobre un montón de tierra pisoteada, bajo la sombra de una de aquellas piedras. Tenía en su mano la bandera rasgada.

Se retorció, pero no pudo adoptar una posición cómoda.

Se sentía totalmente entumecido.

El coronel Wetterlant aún no se lo podía creer, pero daba la impresión de que el Sexto Regimiento del Rey tenía serios problemas. Pensó que el muro ya estaba perdido. Si bien todavía quedaba algún grupo que resistía al enemigo, prácticamente los habían sobrepasado; además, los hombres del Norte estaban entrando en el círculo de piedras en tropel desde el norte. ¿De dónde si no iban a venir los hombres del Norte? Todo había ocurrido de un modo puñeteramente rápido.

—¡Debemos rendirnos! —gritó el mayor Culfer por encima del fragor de la batalla—. ¡Son demasiados!

—¡No! ¡El general Jalenhorm va a traer refuerzos! Nos lo prometió...

—Entonces, ¿dónde diablos está? —a Culfer se le iban a salir los ojos de sus órbitas. Wetterlant jamás se hubiera imaginado que aquel hombre pudiera verse dominado por el pánico—. Nos ha abandonado a nuestra suerte, vamos a morir aquí, es...

Wetterlant se limitó a girarse.

—¡Nos vamos a quedar! ¡Y vamos a luchar!

Como era un hombre orgulloso, de una familia también muy orgullosa, estaba dispuesto a quedarse. Si era necesario, se quedaría hasta que llegara el amargo final, moriría luchando con la espada en la mano, como se decía que había muerto su abuelo. Moriría bajo la bandera del regimiento. Aunque, en realidad, no podría hacerlo, ya que el muchacho enemigo al que había atravesado con su espada había arrancado la bandera del mástil cuando cayó. No obstante, Wetterlant no huiría, de eso no cabía duda. Muchas veces se había dicho eso a sí mismo. Normalmente, mientras admiraba su propio reflejo en el espejo tras vestirse para algún acto oficial. Y se enderezaba el fajín.

Sin embargo, tenía que admitir que ahora se hallaba en unas circunstancias muy distintas. Ahí nadie llevaba fajín, ni siquiera él. Además, había sangre y cadáveres por doquier y el pánico se extendía. Los hombres del Norte, que entraban en tropel por los espacios que había entre las piedras y se adentraban en el pisoteado círculo de hierba situado en su centro, proferían aullidos que parecían sobrenaturales. Por lo que Wetterlant podía ver, ahora ejercían una presión prácticamente constante. El principal problema que presentaba la defensa de ese círculo de piedras era sin duda los huecos que quedaban entre ellas. La formación de la Unión, si podía llamarse así a ese grupo improvisado de soldados y oficiales que luchaban desesperadamente allá donde se encontraran, retrocedía ante aquella presión y se hallaba en inminente peligro de disgregarse totalmente; además, no contaba con ninguna posición defensiva más en la que refugiarse al disgregarse.

—¡Eh! —gritó, blandiendo su espada—. Eh...

Todo había sucedido tan, tan rápido. ¿Qué órdenes habría dado el Lord Mariscal Varuz en un momento como éste? Siempre había admirado a Varuz, pues era imperturbable.

Culfer profirió un tenue grito. Una estrecha herida, que le llegaba hasta el pecho, había aparecido en su hombro y unas astillas de hueso blanco emergían por ella. Wetterlant quiso decirle que no debía gritar de esa manera, ya que no era adecuada para un oficial del rey. Un grito como ése habría sido adecuado para alguien de los regimientos de leva, pero en el Sexto Regimiento había que dar unos rugidos más varoniles. Culfer cayó al suelo de un modo un tanto elegante, mientras la sangre rebosaba por su herida. Entonces, un enorme Hombre del Norte se le acercó con un hacha en su puño y lo despedazó.

Wetterlant era vagamente consciente de que debería haber prestado su ayuda de inmediato a su segundo al mando. Pero se percató de que era incapaz de moverse, ya que estaba fascinado por la expresión de serenidad y seriedad de aquel hombre del Norte. Actuaba como si fuera un albañil que estuviera levantando una parte bastante complicada de un muro que quería que cumpliese sus altos estándares de exigencia. Al final, tras sentirse satisfecho con el número de pedazos en que había desmembrado a Culfer (quien parecía seguir emitiendo un tenue chillido aunque pareciera imposible), el hombre del Norte se giró y clavó su mirada en Wetterlant.

El lado más alejado de su rostro estaba surcado por una gigantesca cicatriz, donde una brillante bola de frío metal se encontraba en la cuenca de su ojo.

Wetterlant echó a correr. No fue un acto meditado ni consciente. Su mente se apagó como una vela. Corrió con más rapidez de la que había corrido en treinta años o más, mucho más rápido de lo que creía posible para un hombre de su edad. Saltó entre dos de aquellas antiguas piedras y descendió a trompicones por la ladera abajo, donde sus botas aplastaron la hierba a cada paso, sin ser apenas consciente del resto de hombres que corrían a su alrededor, de los gritos, susurros y amenazas, de las flechas que rasgaban el aire por encima de su cabeza. Entonces sintió un hormigueo en los hombros que le anunciaba la inevitable llegada de la muerte que tenía a sus espaldas.

Dejó atrás los Niños, luego a una columna de soldados desconcertados que habían estado subiendo la colina hasta hacía poco y que justo ahora descendían por ella de manera caótica y desordenada. Metió el pie en un pequeño hoyo y se le torció la rodilla de mala manera. Se mordió la lengua, salió volando de cabeza y se estrelló contra el suelo, donde fue dando tumbos, sin poder detenerse. Rodó hasta una zona cubierta de sombras y, por fin, logró detenerse torpemente en medio de una lluvia de hojas, maleza y tierra.

Se dio la vuelta agarrotado y gimiendo. Su espada había desaparecido y tenía la mano derecha en carne viva. La debía de haber soltado al caer. Esa espada se la había dado su padre el día en que fue nombrado oficial del Ejército de Su Majestad. Se había sentido tan orgulloso entonces. Se preguntó si su padre se habría sentido orgulloso ahora de él. Se encontraba en unos árboles. ¿Entre los manzanos? Había abandonado a su regimiento a su suerte. ¿O acaso el regimiento lo había abandonado a él? Las reglas que regían el comportamiento militar que, hasta hace unos momentos, habían tenido unos cimientos muy sólidos, se habían esfumado como el humo bajo la brisa. Todo había ocurrido tan rápido.

Su maravilloso Sexto Regimiento, al que había dedicado toda su vida, cuyos cimientos eran un reluciente lustre, una instrucción rigurosa y una disciplina inquebrantable, había sido destrozado totalmente en unos breves y demenciales instantes. Si algunos de sus hombres habían logrado sobrevivir, seguramente serían los primeros que habían optado por huir. Los reclutas más verdes y los cobardes más despreciables. Y él era uno de estos últimos. Su primera reacción instintiva fue preguntarle al mayor Culfer qué opinaba al respecto. Estaba a punto de abrir la boca para formular la pregunta cuando se dio cuenta de que aquel hombre acababa de ser masacrado por un lunático con un ojo metálico.

Entonces, escuchó unas voces y unos ruidos, provocados por unos hombres que atravesaban aquellos árboles a gran velocidad, y se acurrucó contra el tronco más cercano, mientras miraba a su alrededor como un niño asustado miraría por encima de las mantas en su cama. Eran soldados de la Unión. Se estremeció, presa de un gran alivio, y abandonó su escondite tambaleándose, agitando un brazo en el aire.

—¡Eh, muchachos!

Se dieron la vuelta al instante, pero no se cuadraron. De hecho, lo miraron fijamente, como si acabaran de ver cómo un fantasma se alzaba de su tumba. Sus caras le resultaban conocidas, pero le dio la impresión de que, de repente, habían dejado de ser unos soldados muy disciplinados para convertirse en unos animales temblorosos y cubiertos de barro. Wetterlant nunca había temido a sus propios hombres, siempre había dado por sentada su obediencia; no obstante, no le quedó más remedio que seguir hablando, con la voz aguda por el miedo y el agotamiento.

—¡Hombres del Sexto Regimiento! ¡Debemos resistir aquí! ¡Debemos...!

—¿Resistir? —chilló uno de ellos, propinándole un golpe a Wetterlant con su espada. No fue un golpe muy vigoroso, sino más bien una sacudida que hizo que le temblara el brazo y que lo obligó a colocarse de lado, jadeando más por la conmoción que de dolor. Se encogió de miedo al comprobar que el soldado volvía a alzar a medias su espada. Entonces, otro soldado chilló y salió corriendo; de repente, todos estaban huyendo. Wetterlant miró hacia atrás y se percató de que unas siluetas se

movían entre los árboles. Escuchó unos gritos, proferidos por alguien de voz grave que hablaba en norteño.

El miedo se apoderó otra vez de él y gimoteó, intentó avanzar a través de ese conjunto resbaladizo de maleza y hojas caídas, mientras los restos putrefactos de la fruta caída le manchaban una pernera del pantalón y su propia respiración aterrada reverberaba en sus oídos. Se detuvo allá donde acababan los árboles y se llevó a la boca la parte posterior de una de las mangas de su chaqueta. Había sangre en su mano inerte. Al ver la tela rasgada de su brazo se le revolvieron las tripas. ¿Se trataba de tela rasgada, o carne rasgada?

No podía quedarse ahí. Aunque tampoco lograría llegar al río. Pero no podía quedarse en este sitio. Tenía que irse ya. Abandonó a todo correr la maleza en dirección a los bajíos. Había más hombres corriendo por todas partes y la mayoría de ellos iban desarmados. Corrían como locos, con la desesperación reflejada en sus rostros y la mirada perdida. En ese instante, Wetterlant vio qué provocaba ese terror. Unos jinetes, que se habían desplegado por los campos y convergido en los bajíos, para empujar hacia el sur a los soldados de la Unión que huían. A quienes derribaban con sus armas, o pisoteaban, mientras sus aullidos reverberaban por todo el valle. Siguió corriendo sin parar, se tropezó hacia delante y echó otro vistazo a su alrededor. Un jinete se le acercaba, pudo ver cómo sus dientes se asomaban en una sonrisa en medio de su enmarañada barba.

Pese a que Wetterlant intentó correr más rápido, estaba tan cansado que le fue imposible. Le ardían los pulmones, le ardía el corazón y respiraba convulsamente, el suelo parecía temblar y balancearse de arriba abajo a cada paso, mientras los centelleantes bajíos se iban acercando más y más, así como el retumbar atronador de los cascos a su espalda...

De repente, se vio tumbado en el barro de costado, sintiendo una indescriptible y tremenda agonía en la espalda. También sentía una tremenda presión sobre el pecho, como si le hubieran colocado un montón de piedras encima. Logró mover la cabeza lo suficiente como para poder mirar hacia abajo. Había algo brillante ahí. Algo que relucía en su chaqueta en medio de toda esa tierra. Parecía una medalla. Sin embargo, no se merecía una medalla por haber huido.

—Qué estupidez —resolló, y esas palabras le supieron a sangre. Entonces se dio cuenta, para su sorpresa, y luego para su horror, de que no podía respirar. Todo había ocurrido tan, tan rápido.

Sutt Brittle se deshizo del asta astillada de su lanza. El resto se quedó dentro de la espalda de ese necio que huía. Si bien había corrido muy rápido, para ser un anciano, no había sido tan rápido como el caballo de Sutt, lo cual no fue muy sorprendente.

Desenvainó su vieja espada, mientras sujetaba las riendas con la mano en que portaba el escudo, y espoleó a su caballo. Dorado había prometido que daría un centenar de monedas de oro al primero de sus Grandes Guerreros que cruzara el río y Brittle quería ese dinero. Dorado se lo había mostrado, lo tenía guardado en una caja de hierro. Incluso le dejó tocarlo, mientras las llamas de la codicia se apoderaban de la mirada de todos al verlo. Eran unas monedas extrañas, con una efigie estampada en cada cara. Alguien afirmó que procedían del desierto, de muy lejos. Sutt no sabía de dónde había sacado Glama Dorado esas monedas del desierto, pero tampoco le importaba demasiado.

El oro era oro.

Y esto era muy fácil. La Unión huía exhausta, a trompicones y entre sollozos. Sutt sólo tenía que inclinarse un poco en su silla para acabar con ellos, primero por un lado y luego por otro: zas, zas, zas. Por eso mismo, Sutt se dedicaba a eso, no para merodear por ahí y explorar, como habían estado haciendo hasta ahora, retrocediendo una y otra vez, mientras intentaban dar con el lugar adecuado sin llegar nunca a él. Aunque nunca se había sumado al coro de quejas, no, él no. El había dicho que Dow el Negro lograría que en breve tuvieran un día que festejar para la posteridad y así había sido.

No obstante, tanta matanza los estaba retrasando. Miró a la izquierda, desde donde soplaba el viento, frunciendo el ceño, y se dio cuenta de que ya no se hallaba al frente del grupo. Feathers se encontraba mucho más adelante, agachado sobre su silla, sin molestarse en hacer su trabajo; simplemente, se limitaba a abrirse paso a caballo entre los sureños mientras cabalgaba hacia la ribera y los bajíos.

Sutt no pensaba permitir de ningún modo que un mentiroso como Hengul Feathers le robara sus cien monedas. Azuzó aún más a su caballo, el viento y la crin de su montura le azotaron los ojos, mientras presionaba con la lengua el gran agujero de su boca donde debería haber tenido un diente. Se adentró a gran velocidad en el río y el agua lo salpicó; entretanto, a su alrededor, los hombres de la Unión avanzaban como podían sumergidos hasta las caderas. Hostigó aún más a su caballo, con la mirada clavada únicamente en la espalda de Feathers mientras trotaba hacia una zona repleta de guijarros y...

Súbitamente, Feathers salió volando de su silla y su grito de guerra se vio interrumpido por un torrente de sangre.

Brittle no estaba seguro de alegrarse o no al ver cómo el cadáver de Feathers caía pesadamente y rebotaba en el agua. La parte buena era que, al parecer, ahora se encontraba al frente de todo el grupo de Dorado. La parte mala era que un cabrón con unas pintas muy raras se estaba acercando, portaba una buena armadura e iba a lomos de una buena montura, llevaba una espada corta y las riendas en una mano y

una espada larga en la otra; esta última reflejaba la luz del sol y relucía con la sangre de Feathers. Iba ataviado con un casco sencillo y redondo con una ranura en la parte frontal para poder ver, bajo el cual sólo se veía una hilera de dientes apretados. El solo arremetía contra toda la caballería de Dorado mientras el resto de la Unión huía en la dirección opuesta.

A pesar de que a Sutt lo dominaba la avaricia y la sed de sangre, dudó durante un inquietante momento. Al final, decidió desplazar a su caballo hacia la derecha y alzar su escudo para proteger su cuerpo de ese cabrón con cabeza de acero. Aunque dio igual, ya que, en un abrir y cerrar de ojos, su espada impactó contra el escudo de Sutt y a punto estuvo de arrancárselo del brazo. Antes de que el estruendo del impacto se hubiera desvanecido, su rival intentó alcanzarle con su espada corta, que se le habría clavado directamente en el pecho si su propia espada no se hubiera interpuesto en su camino por pura casualidad.

Por los muertos, ese cabrón era muy rápido. Sutt no podía creer que pudiera ser tan veloz con esa armadura puesta. Esas espadas parecían surgir de la nada en un parpadeo. Sutt logró defenderse de la espada corta, aunque la fuerza del impacto fue tal que casi consigue hacerle caer de la silla. Intentó arremeter contra él mientras recuperaba el equilibrio y gritaba a pleno pulmón.

—Muérete... ¿Eh?

Su mano derecha había desaparecido. Miró fijamente el muñón, del que manaba sangre a chorros. ¿Cómo había ocurrido? Vio algo por el rabillo del ojo y, acto seguido, sintió un tremendo golpe en el pecho, su aullido de dolor se vio interrumpido por un chillido que él mismo dio.

Salió despedido de su silla, sin aire en los pulmones, y cayó sobre la fría agua, donde no había nada salvo burbujas que borboteaban alrededor de su rostro.

Gorst se revolvió en su silla y atacó con su larga espada de acero al lado contrario a gran velocidad. El hombre del Norte, al que le faltaba un diente, se cayó de su caballo. El siguiente enemigo, que llevaba sobre los hombros una piel remendada de animal, logró alzar su hacha y detener el golpe, pero fue inútil. El mandoble de Gorst astilló el mango de su arma y empujó el pico de la parte posterior de la misma, que se le clavó profundamente debajo de la clavícula; después, la punta de acero de la larga espada de Gorst le abrió una enorme herida roja en el cuello. *Punto para mí.*

El hombre abrió la boca, probablemente para gritar, y Gorst le clavó su espada corta en un lado de la cabeza, de tal modo que la punta acabó sobresaliendo por una de sus mejillas. *Otro más.* Gorst logró sacar su espada del cuerpo de su enemigo caído

justo a tiempo, a la vez que desviaba la espada de su nuevo rival con su escudo, cuyo filo resbaló inofensivamente por la hombrera de su armadura. Alguien lo agarró. Gorst le aplastó la nariz con la empuñadura de su espada larga. Acto seguido, volvió a golpearle con ella y se la clavó en la cabeza.

Lo tenían rodeado. El mundo era una mera franja de luz reluciente que atravesaba la ranura de su yelmo, repleta de caballos que se zambullían en el río, hombres que se movían frenéticamente y armas centelleantes, donde sus propias espadas revoloteaban de aquí para allá por puro instinto para defenderse, para cortar y despedazar al mismo tiempo que tiraba de las riendas y obligaba a su montura, a la que dominaba el pánico, a dar vueltas en círculo sin sentido. Logró derribar a otro hombre de su silla y los anillos retorcidos de la cota de malla de éste salieron volando como el polvo de una alfombra al ser sacudida. Después, consiguió detener el mandoble de una espada cuya punta relució a corta distancia de su yelmo, aunque el impacto provocó que le zumbaran los oídos. Antes de que su dueño pudiera volver a arremeter contra él, recibió un hondo tajo en la espalda y cayó hacia delante gritando. Gorst lo agarró, prácticamente lo abrazó, y lo empujó bruscamente hacia el río, donde lo aguardaban los poderosos cascos de los caballos.

La caballería de la Unión había cargado desde la ribera norte y estaba atravesando los bajíos y chapoteando a su alrededor, iban al encuentro de los hombres del Norte para sumarse a ese estruendoso y terrible tumulto. Eran los hombres de Vallimir. *¡Cuánto me alegro de que os unáis a nosotros!* El río se convirtió en un amasijo de cascos que pisaban con fuerza y salpicaduras de agua, de metal y sangre que salía a borbotones, por el que Gorst se abrió paso a espadazos, mientras apretaba los dientes con fuerza y esbozaba una gélida sonrisa. *Me siento como en casa.*

Perdió su espada corta en medio de aquella locura, pues se quedó clavada en la espalda de alguien y tuvo que soltarla. Quizá ese alguien fuera un hombre de la Unión. Pero eso le daba igual. Apenas podía escuchar otra cosa que no fuera su propia respiración, sus propios gruñidos, sus propios chillidos de niña mientras arremetía, una y otra vez, y otra vez, abollando armaduras, aplastando huesos y desgarrando carne, cada impacto estremecedor que recorría su brazo lo embargaba de emoción. Cada golpe era como un trago para un borracho, que cada vez sabía mejor y mejor y nunca era suficiente.

Casi consiguió decapitar a un caballo. El hombre del Norte que lo montaba esbozó un gesto de sorpresa muy cómico, como si fuera un payaso de un espectáculo barato, mientras seguía tirando de las riendas aun cuando su montura se venía abajo. Un jinete chilló, tenía sus propias entrañas en las manos. Gorst lo golpeó en la cabeza con el revés de su escudo, que salió despedido de su puño tras el impacto y voló por los aires en medio de un torrente de sangre y esquirlas de dientes, mientras giraba como una moneda lanzada al aire. *¿Cara o cruz? ¿Quién quiere apostar?*

Un enorme hombre del Norte se hallaba a lomos de un caballo negro en medio del río, repartiendo hachazos a diestro y siniestro. Tanto su casco, que portaba unos cuernos, como su armadura y su escudo estaban adornados con espirales doradas. En medio de aquel combate, Gorst espoleó a su montura en dirección hacia él. Mientras avanzaba, alcanzó a un hombre del Norte en la espalda y derribó a otro de su silla al cortarle la pata trasera a su caballo. Su espada larga brillaba de rojo, cubierta de sangre. O más bien, embadurnada, como un eje engrasado.

Al instante, arremetió contra el escudo dorado sobre el que impactó estremecedoramente, dejando una profunda abolladura en esa hermosa obra de artesanía. Gorst volvió a arremeter y cruzó la anterior marca con otra nueva, de tal modo que el hombre dorado se tambaleó en su silla. Entonces, Gorst alzó su espada larga para propinarle el golpe de gracia y, de repente, alguien se la arrebató de la mano.

Un hombre del Norte que tenía una desgreñada barba pelirroja se la había quitado a golpe de maza, con la que pretendía ahora aplastarle la cabeza. *Qué falta de modales.* Gorst agarró el mango de la maza con una sola mano y con la otra sacó una daga, clavándosela hasta la cruceta a aquel hombre del Norte por debajo de la mandíbula y ahí se quedó mientras se caía hacia atrás. *Ay, esos modales.* El hombre dorado había recuperado el equilibrio, había vuelto a meter los pies en los estribos y sostenía su hacha en alto.

Gorst se aferró a su enemigo, lo obligó a compartir un torpe abrazo mientras sus dos caballos los zarandeaban. A pesar de que intentó alcanzarlo con su hacha, sólo el mango impactó contra el hombro de Gorst, la hoja únicamente rozó inofensivamente su espaldar. Gorst agarró uno de los absurdos cuernos que sobresalían del casco dorado de aquel hombre y lo retorció, más y más, retorciéndole a su vez la cabeza hasta que ésta acabó pegada al peto de Gorst. El hombre dorado, que ya estaba prácticamente fuera de su silla, gruñó y resopló, no se caía porque una de sus piernas se había quedado atrapada en un estribo. Intentó soltar el hacha para poder seguir forcejeando, pero no pudo, ya que su correa se le había enredado en la muñeca y se le había enganchado a la armadura de Gorst, y el otro brazo lo tenía atrapado por su escudo machacado.

Gorst sonrió y le mostró todos sus dientes, alzó un puño y lo golpeó en la cara, su guantelete se estrelló contra uno de los laterales de su casco dorado. Su puño era un martillo que iba arriba y abajo, arriba y abajo; poco a poco, fue dejando marcas y luego abolladuras en el casco hasta deformar por completo uno de sus lados, de tal modo que se le acabó clavando a aquel hombre en la cara. *Mucho mejor que con la espada.* Siguió golpeando y golpeando, hasta doblarlo más y más, hasta que se le clavó en la mejilla. *Así es todo mucho más personal.* Así no había necesidad de discutir o justificarse, ni de presentaciones ni de etiqueta, ni se sentirse culpable ni de dar

excusas. Todo quedaba reducido a un increíble ejercicio de violencia. Tan intenso que tuvo la sensación de que aquel hombre de la armadura dorada debía de ser su mejor amigo del mundo. *Te quiero. Te quiero y por eso debo reventarte la cabeza.* Se echó a reír mientras machacaba con sus nudillos enguantados el bigote rubio cubierto de sangre de aquel hombre. Se reía y lloraba a la vez.

Entonces, algo impactó contra su espaldar con un estruendo sordo, la cabeza se le fue hacia atrás y fue derribado de la silla, cayó cabeza abajo entre dos caballos y acabó sumergido en el frío río mientras su yelmo se llenaba de agua y burbujas. Se levantó tosiendo y los cascos de los corceles le salpicaron la cara.

El hombre de la armadura dorada había logrado hacerse con un caballo que carecía de jinete y se estaba subiendo, a trompicones, a su silla de montar. Había cadáveres por doquier: de hombres y caballos, de la Unión y de los hombres del Norte, tirados sobre los guijarros y flotando en el vado, arrastrados delicadamente por la suave corriente. Por lo que pudo ver, apenas quedaba algún miembro de la caballería de la Unión en pie. Sólo hombres del Norte, con sus armas alzadas, azuzando sus caballos con suma cautela a acercarse hacia él.

Gorst buscó a tientas el cierre de su yelmo y se lo quitó de encima, sintiendo así, súbitamente, un viento impactantemente frío en el rostro. Se puso en pie, con la armadura repleta de agua del río. Extendió los brazos, como si fuera abrazar a un viejo amigo, y sonrió a la vez que el hombre del Norte más próximo alzaba su espada.

—Estoy listo —susurró.

—¡Disparen!

Escuchó una salva de clics y repiqueteos a sus espaldas. El hombre del Norte se cayó de su silla, acribillado por un buen número de flechas de ballesta. Otro más chilló, su hacha cayó dando tumbos mientras se llevaba la mano a la mejilla donde tenía clavada una flecha. Gorst se giró, estúpidamente, para echar un vistazo hacia atrás. En la ribera sur de los bajíos había una larga hilera de ballesteros arrodillados. De inmediato, otra hilera se colocó entre ellos mientras éstos recargaban; los miembros de esta nueva hilera se arrodillaron y prepararon sus ballestas con precisión mecánica.

Había un hombre bastante grande sentado a lomos de un gran caballo gris en el extremo más alejado de aquella formación. Era el general Jalenhorm.

—¡Segunda hilera! ¡Disparen!

Acto seguido, se escuchó el siseo y gorjeo de otra salva de flechas. Unos cuantos enemigos más cayeron acribillados, un caballo se encabritó y retrocedió, aplastando así a su jinete. El resto, sin embargo, ya habían llegado a la ribera opuesta y se

alejaban entre la cebada, corriendo hacia el norte tan rápidamente como habían llegado.

Gorst dejó sus brazos caer lentamente a medida que el ruido de los cascos de los caballos se fue desvaneciendo. A partir de entonces, reinó un silencio muy extraño, quebrado únicamente por el murmullo del agua y los gemidos de los heridos.

Al parecer, la batalla había acabado y seguía vivo.

Resulta extrañamente decepcionante.

La mejor parte del valor

Para cuando Calder detuvo su caballo a unos cincuenta pasos del Puente Viejo, la lucha ya había acabado. Tampoco es que fuera a derramar muchas lágrimas por habérsela perdido. Por eso, precisamente, se había demorado.

El sol se estaba hundiendo en el oeste y las sombras se extendían en dirección hacia los Héroes, mientras los insectos flotaban perezosamente sobre las cosechas. Calder casi podría haberse convencido a sí mismo de que acababa de salir a dar un paseo a caballo como en los viejos tiempos, cuando aún era el hijo del Rey de los hombres del Norte y amo y señor de todo cuanto veía a su alrededor, si no fuera por la presencia de algunos cadáveres de soldados y caballos que había desperdigados por el camino, donde yacía un soldado de la Unión despatarrado boca abajo con una lanza que sobresalía directamente de su espalda, bajo el cual el polvo del camino había adquirido un color oscuro.

Daba la impresión de que el Puente Viejo —una antigua construcción de piedra cubierta de musgo con dos vanos que parecía que iba a derrumbarse bajo su propio peso de un momento a otro— había sido defendido muy poco, de que cuando los hombres de la Unión vieron a sus compañeros huir de los Héroes, se retiraron a la otra ribera con la máxima celeridad posible. Calder no se lo podía echar en cara.

Pálido como la Nieve había dado con una gran roca en la que sentarse, había dejado su lanza clavada con la punta hacia abajo en el suelo junto a él, mientras su caballo gris mordisqueaba la hierba y la piel gris con la que se había cubierto los hombros se mecía bajo la brisa. Daba igual qué tiempo hiciera, nunca parecía tener suficiente calor. A Calder le llevó un rato encajar la punta de su espada en la abertura de la vaina, lo cual no solía ser un problema para él, pero al final logró envainarla y se sentó junto a aquel viejo guerrero.

—Te ha costado llegar hasta aquí —dijo Pálido como la Nieve, sin ni siquiera alzar la vista.

—Creo que mi caballo no está bien.

—Sí, algo no va bien. Tu hermano tenía razón en una cosa, ¿sabes? —señaló con la cabeza a Scale, quien deambulaba por el campo abierto situado en el extremo norte

del puente, a la vez que gritaba y agitaba su maza de aquí para allá—. Los hombres del Norte jamás seguirán a un cobarde.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Oh, nada —los ojos grises de Pálido como la Nieve no mostraron ningún indicio de que estuviera bromeando—. Eres el héroe de todo el mundo.

Ojo Blanco Hansul intentaba razonar con Scale, con las manos alzadas para pedirle que se calmara. Con un rápido movimiento de su brazo, un malhumorado Scale lo apartó de un empujón, que le hizo caer de espaldas al suelo, y se puso a gritar de nuevo. Al parecer, desde su punto de vista, aún no habían luchado bastante y estaba decidido a cruzar el río para buscar más pelea. Daba la sensación de que nadie más pensaba que eso fuera una buena idea.

Pálido como la Nieve profirió una especie de suspiro resignado, ya que le había visto reaccionar así demasiado a menudo.

—Por los muertos, en cuanto las llamas del ansia de la batalla prenden en tu hermano, cuesta muchísimo apagarlas. Quizá tú podrías intentar razonar con él, ¿no?

Calder se encogió de hombros.

—Bueno, me he enfrentado a cosas peores. Toma, te devuelvo tu escudo —se lo lanzó al estómago a Pálido como la Nieve, quien casi se cayó de la piedra en que estaba sentado al intentar cogerlo—. ¡Eh, palurdo! —Calder se volvió hacia Scale con arrogancia y los brazos en jarra—. ¡Sí, tú, Scale, so palurdo! Eres tan valiente como un toro y tan fuerte como un toro, pero tan corto de mollera como un toro.

Al pálido Scale parecía que se le iban a salir los ojos de sus cuencas, mientras observaba a su hermano. Al resto les sucedió lo mismo, pero a Calder eso no le importaba. Tener público era lo que más le gustaba en el mundo.

—¡El bueno y estúpido de Scale! Un gran luchador, pero, ya sabes... no tiene más que un montón de mierda por sesera —Calder se dio un golpecito en la cabeza mientras decía estas palabras, después extendió un brazo lentamente para apuntar en dirección a los Héroes—. Eso es lo que ellos dicen de ti —la expresión de Scale perdió una pequeña parte de su ferocidad y pareció un poco más pensativo, pero sólo un poco—. Eso es lo que piensan ahí arriba, en esas fiestecillas que celebra Dow donde se matan a pajas. Tenways, Dorado, Cabeza de Hierro y el resto... todos ellos piensan que eres un maldito idiota —Calder no estaba del todo en desacuerdo con esa afirmación, la verdad. Entonces, se inclinó sobre Scale, cuando sólo estaba ya a una distancia en la que podría haberle propinado un puñetazo, de lo cual era perfecta y dolorosamente consciente—. ¿Por qué no cruzas ese puente a caballo y les demuestras que tienen razón?

—¡Que les den! —exclamó Scale—. Podríamos cruzar ese puente y adentrarnos en Adwein. ¡Y atravesar a caballo el camino de Uffrith! Así podríamos segar la hierba bajo los pies de esos cabrones de la Unión. ¡Atacándoles por la espalda!

Mientras decía esto, golpeaba el aire con su escudo, intentando avivar las llamas de su ira de nuevo, pero en el mismo momento en que había empezado a hablar en vez de actuar, ya había perdido, Calder le había ganado. Como Calder era consciente de ello, tuvo que disimular su desdén. Aunque eso no le supuso un gran esfuerzo. Ya que llevaba disimulando el desprecio que sentía por su hermano desde hacía años.

—¿Atravesar a caballo el camino de Uffrith? Es probable que la mitad del ejército de la Unión aparezca por ese camino antes de la puesta de sol —Calder posó la mirada sobre los jinetes de Scale, no eran más de doscientos y casi todos sus caballos estaban agotados; mientras tanto, los soldados a pie todavía seguían corriendo a través de los campos, allá a lo lejos, o se habían detenido ante el largo muro que casi llegaba hasta el Dedo de Skarling—. No pretendo ofender a los valerosos y orgullosos Grandes Guerreros de nuestro padre aquí presentes, pero ¿de verdad piensas derrotar a incontables millares de enemigos con esta gente?

Scale posó la mirada sobre ellos, se le tensaron los músculos de la cara en un lado mientras apretaba los dientes con fuerza. Ojo Blanco Hansul, quien se había puesto en pie y se estaba sacudiendo el polvo de su abollada armadura, se encogió de hombros. Scale lanzó su maza al suelo y exclamó:

—¡Mierda!

Pese a que comportaba un gran riesgo, Calder se atrevió a apoyar una mano sobre el hombro de su hermano con el fin de calmarlo.

—Nos han ordenado que tomemos el puente. Y lo hemos tomado. Si la Unión quiere recuperarlo, pueden cruzarlo y luchar contra nosotros. Pero en nuestro terreno. Sí, los estaremos esperando. Una vez estemos listos y descansados. Una vez hayamos abierto unas trincheras y tengamos provisiones. Sinceramente, hermano, si Dow el Negro no nos mata a ambos por pura maldad, es bastante probable que tú lo consigas con tu imprudencia.

Scale respiró hondo y expulsó el aire. No parecía muy contento. Pero tampoco daba la sensación de que estuviera a punto de arrancarle la cabeza a alguien.

—¡Vale, maldita sea! —exclamó, a la vez que miraba el río con gesto de contrariedad, luego volvió a mirar a Calder y se quitó la mano de su hermano de encima—. Te juro que a veces hablar contigo es como hablar con nuestro padre.

—Gracias —dijo Calder, aunque no estaba seguro de si lo había dicho como un halago o no; no obstante, se lo tomó como tal. Al menos, uno de los hijos de su padre tenía que mantener la compostura.

Senderos de gloria

El cabo Tunny intentaba saltar de una zona cubierta de hierba amarilla a otra, mientras sostenía con la mano izquierda el estandarte del regimiento en alto sobre esa mugre; la mano derecha ya la tenía salpicada de inmundicias hasta el hombro de todas las veces que se había resbalado. El cenagal era prácticamente tal y como Tunny se lo había imaginado. Y eso no era nada bueno.

Ese lugar era un laberinto de canales de aguas mansas de color marrón, cuya superficie estaba cubierta de manchas multicolores de mugre grasienta, hojas podridas, espuma apestosa y juncos con muy mala pinta que se encontraban esparcidos al azar. Si al pisar únicamente te hundías hasta el tobillo, podías considerarte afortunado. Aquí y allá, algunas especies de árboles del averno habían logrado clavar sus curtidas raíces con la suficiente profundidad como para permanecer erguidos y exhibir unas pocas y lacias hojas, cubiertas por enredaderas marrones, donde brotaban unas enormes setas. Se escuchaba un persistente croar o graznido que parecía provenir de todas partes y de ninguna en concreto. Debía de tratarte de alguna maldita variedad de pájaro, rana o insecto, pero Tunny no alcanzaba a ver a ninguno de esos animales por ahí. Quizá era la propia ciénaga, que se estaba riendo de ellos.

—Me cago en Forest —susurró.

Conseguir que un batallón atravesara aquel lugar era como guiar a un rebaño de ovejas por una cloaca. Y, como era habitual, por razones que nunca podría llegar a entender, él se encontraba en la vanguardia de ese avance, acompañado de los cuatro reclutas más verdes del ejército de la Unión.

—¿Por dónde seguimos, cabo Tunny? —preguntó Worth, quien se encontraba encogido sobre sí mismo mientras se agarraba de la tripa.

—¡El guía decía que procuremos pisar las zonas donde haya hierba! —respondió, aunque, si uno era sincero, a su alrededor no había mucho que pudiera ser considerado hierba. Pero tampoco es que hubiera muchos hombres sinceros por ahí—. ¿Tiene una cuerda, muchacho? —le preguntó a Yema, que tenía una gran mancha de barro sobre su mejilla pecosa y avanzaba como podía por el lodazal junto a él.

—Nos las dejamos en los caballos, cabo.

—Claro. Claro que sí, maldita sea.

Por los Hados, a Tunny le hubiera gustado tanto poder quedarse con los caballos. Dio un paso al frente y el agua fría cubrió rápidamente la parte superior de su bota como si fuera una mano húmeda y fría que se aferrara a su pie. Se estaba preparando para lanzar el juramento más adecuado cuando escucho un gritó muy agudo a sus espaldas.

—¡Ah! ¡Mi bota!

Tunny se giró.

—¡Cállese, idiota! —exclamó, incapaz de seguir su propio consejo—. ¡Los hombres del Norte nos van a oír hasta en la puñetera Carleon!

Pero Klige no le estaba escuchando. Se había alejado bastante de los juncos y se había dejado una de sus botas atrás, engullida por la ciénaga. Vadeaba hacia allí para recuperarla y se había adentrado en la mugre hasta los muslos. Yema se rió disimuladamente de él en cuanto vio que se sumergía aún más en el cieno.

—¡Déjela ahí, Klige, so necio! —le espetó Tunny, mientras intentaba ir hacia él y se mantenía en pie como podía.

—¡La tengo! —al sacar Klige su bota, que daba la impresión de estar cubierta por unas gachas negras, se oyó un ruido de succión—. ¡Ay! —exclamó, tambaleándose hacia un lado y luego hacia el otro—. ¡Ay!

De repente estaba sumergido en la ciénaga hasta la cintura, y el gesto de su rostro pasó del triunfalismo al pánico en un instante. Yema volvió a reírse disimuladamente y entonces, de repente, se dio cuenta de lo que ocurría.

—¿Quién tiene una cuerda? —gritó Lederlingen—. ¡Que alguien traiga una cuerda! —se dirigió hacia Klige, luchando por mantenerse en pie en todo momento, y se aferró al trozo de árbol más cercano, una rama sin hojas que sobresalía del lodazal—. ¡Agárrate a mi mano! ¡Agárrate a mi mano!

Pero el pánico se había apoderado de Klige, que al revolverse y agitarse, lo único que conseguía era hundirse más. Se fue hacia abajo con una velocidad impactante, echó la cara hacia atrás, hasta que quedó muy poco de su rostro por encima de la mugre, con una gran hoja negra pegada sobre una mejilla.

—¡Socorro! —chilló, estirando la mano, pero sus dedos aún estaban muy lejos de los de Lederlingen. Tunny se acercó como pudo, chapoteando, y dirigió el mástil del estandarte hacia Klige—. Socorrarghh... —miró con los ojos desorbitados a Tunny y, al instante, sus ojos desaparecieron, su pelo que aún flotaba se esfumó a continuación, después unas pocas burbujas emergieron hasta esa fétida superficie y

ahí acabó todo. Tunny atizó inútilmente el cieno con el mástil, Klige había muerto. Aparte de la bota rescatada, que se alejaba flotando lentamente, ya no quedaba ni rastro de que alguna vez hubiera existido.

Recorrieron con gran esfuerzo el resto del camino en silencio, los demás reclutas parecían aturdidos, Tunny apretaba los dientes con furia y todos procuraban no separarse de las zonas donde crecía una hierba amarilla, como potrillos que nunca se apartan de sus madres. Pronto, el suelo se fue elevando y los árboles dejaron de ser unos retorcidos monstruos del pantano y pasaron a ser abetos y robles. Tunny apoyó el sucio estandarte contra un tronco y se puso en pie, con los brazos en jarra. Sus magníficas botas estaban destrozadas.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Qué puta *mierda*!

Yema se dejó caer sobre la mugre, con la mirada perdida en la nada y un fuerte temblor en sus blancas manos. Lederlingen se relamió sus pálidos labios, mientras respiraba agitadamente, y no dijo nada. A Worth no se le veía por ninguna parte, aunque Tunny creyó escuchar a alguien gimiendo entre la maleza. Incluso el hecho de haber sido testigo de cómo un camarada se ahogaba era incapaz de demorar la frenética actividad de las molestas entrañas de aquel zagal. En todo caso, había acelerado el proceso. Entonces, Forest se le acercó, cubierto hasta las rodillas de barro negro. Todos ellos estaban cubiertos, embadurnados y salpicados de barro, sobre todo Tunny.

—Tengo entendido que hemos perdido a uno de nuestros reclutas —Forest había pronunciado esa frase tantas veces que era capaz de decirla sin emoción alguna. Y tenía que hacerlo.

—Sí, a Klige —logró decir Tunny a través de sus dientes apretados—. Ese chico iba a ser tejedor. En fin, hemos perdido un hombre en esta maldita ciénaga. Me gustaría saber por qué. ¿Qué hacemos aquí?

Como la mitad inferior de su abrigo estaba cubierta de pesada y grasienta mugre, se lo quitó y lo tiró al suelo.

—Ha hecho lo que ha podido.

—Lo sé —le espetó Tunny.

—No ha podido hacer más...

—¡En su petate llevaba parte de mi puñetero equipo! ¡Ocho botellas de buen brandy! ¿Se hace a la idea de cuánto dinero habría podido ganar con ellas?

El silencio reinó.

—Ocho botellas —repitió Forest mientras asentía lentamente—. Está usted hecho un bribón, cabo Tunny, ¿lo sabe? Llevo veintiséis años en el ejército de Su Majestad y

usted siempre encuentra la manera de sorprenderme. ¿Sabe qué? Súbase a esa elevación para ver en qué foso del infierno nos encontramos mientras yo intento que el resto del batallón cruce por aquí sin que perdamos más botellas por el camino. Quizá así pueda olvidarse de lo mucho que ha perdido.

Acto seguido, se marchó y abroncó a unos hombres que estaban intentando sacar a una mula temblorosa que se hallaba metida en el fango hasta las rodillas.

Tunny siguió enojado un momento más, pero enfadarse no le iba a servir de nada.

—¡Yema, Lederlerdo, Worth, vengan aquí!

Yema se puso en pie, con los ojos como platos.

—Worth... Worth...

—Sigue cagando —afirmó Lederlingen, quien estaba muy ocupado revolviendo su petate y colgando varias cosas empapadas en las ramas para que se secasen.

—Por supuesto. ¿Qué iba a estar haciendo si no? Espérenlo. Yema, sígame y procure no morirse, maldita sea.

Al instante, ascendió por la pendiente, con sus pantalones empapados que le rozaban horriblemente, a la vez que daba patadas a las ramas caídas que encontraba a su paso.

—¿No deberíamos ser más sigilosos? —susurró Yema—. ¿Y si nos topamos con el enemigo?

—¡El enemigo! —bramó Tunny—. Lo más probable es que nos topemos con otro puñetero batallón de los nuestros, que habrá cruzado el Puente Viejo con sus caballos al trote, habrá subido por el sendero y habrá llegado a nuestro destino por delante de nosotros sin ningún problema y totalmente secos. Eso sería el colmo, ¿verdad?

—No sé qué decirle, señor —masculló Yema, mientras se arrastraba por la embarrada pendiente casi a cuatro patas.

—¡Llámeme cabo Tunny! Y no le estaba preguntando su opinión. En cuanto vean en qué estado llegamos, vamos a tener que soportar sus puñeteras sonrisas. ¡Cuánto se van a reír a nuestra costa! —se estaban acercando a los últimos árboles. Más allá de aquellas ramas, Tunny pudo ver el tenue contorno de una colina distante, en cuya cima destacaban unas piedras—. Al menos, estamos en el sitio correcto, joder —entonces, añadió en voz baja—, para calarnos, acabar doloridos, sufrir hambre y seguir siendo pobres. Maldito general Jalenhorm. Ya sé que es normal que a un soldado le caguen encima, pero esto es...

Más allá de los árboles, el terreno descendía y estaba salpicado de viejos tocones y árboles jóvenes allá donde los leñadores habían estado muy ocupados en su día,

sus cabañas medio derruidas yacían abandonadas y se estaban descomponiendo, regresaban a la tierra. Más allá, un río discurría serenamente, aunque, en realidad, era poco más que un arroyo, que discurría en dirección sur para acabar desembocando en el pantano de pesadilla que acababan de cruzar. En la ribera más alejada había un saliente de tierra, luego una pendiente cubierta de hierba, donde algún granjero que quería dejar claras las lindes de sus tierras había levantado un irregular muro de piedra seca. Tunny percibió movimiento por encima de ese muro. Eran lanzas, cuyas puntas relucían bajo la luz que se desvanecía. Así que había estado en lo cierto. El otro batallón se les había adelantado. Aunque no podía entender por qué estaban en la parte norte del muro...

—¿Qué sucede, cabo...?

—¿No le he dicho que esté callado, maldita sea?

Tunny arrastró a Yema hasta los arbustos y sacó su catalejo, que estaba hecho de metal y constaba de tres piezas. Se lo había ganado jugando a un oficial del Sexto Regimiento. Avanzó poco a poco y halló un hueco entre la maleza. Si bien el terreno se alzaba bruscamente al otro lado del arroyo y luego volvía a descender a lo lejos, había lanzas por detrás del muro a lo largo de toda la extensión de éste que podía ver. También atisbo algunos cascos. Y algo de humo, quizá procedente de un fuego hecho para cocinar. Entonces, divisó a un hombre que se adentraba en el arroyo, que sostenía una caña de pescar hecha con una lanza y algo de pita, tenía el pelo alborotado y estaba desnudo de cintura para arriba; sin duda alguna, no era un soldado de la Unión. Tal vez se hallara únicamente a doscientas zancadas del lugar donde ellos se encontraban agachados entre la maleza.

—Oh, oh —susurró.

—¿Son hombres del Norte? —susurró Yema.

—Sí, son un puñetero montón de hombres del Norte. Y estamos justo en su flanco —Tunny le entregó su catalejo, casi esperando que aquel muchacho intentara mirar por el extremo equivocado.

—¿De dónde han salido?

—Supongo que del Norte, ¿usted qué cree? —le espetó, quitándole el catalejo—. Alguien va a tener que regresar, para que alguien situado más alto en la cadena de mando, desde la que nos cagan encima, se entere de en qué lío estamos metidos.

—Supongo que ya deben saberlo. Los demás también se han debido de topar con los hombres del Norte, ¿no? —la voz de Yema, que nunca había sonado particularmente serena, había adoptado un tono levemente histérico—. ¡O sea, ha debido de ser así! ¡Deben saberlo!

—Aquí nadie se entera de nada, Yema. Esto es una batalla.

Mientras pronunciaba esas palabras, Tunny se percató, con una preocupación creciente, de que era verdad. Si había hombres del Norte tras ese muro, tendría que haberse producido un combate. Sí, se encontraban en medio de una batalla. Quizá en medio del comienzo de una muy importante. En ese instante, el hombre del Norte del río pescó algo, un centelleante pececillo se revolvía en el extremo de su sedal. Algunos de sus compañeros se pusieron de pie sobre el muro, gritando y agitando sus brazos en alto. Todo eran puñeteras sonrisas. Si ahí había habido un combate, estaba bastante claro quién había ganado.

—¡Tunny! —exclamó Forest, quien, encorvado, avanzaba sigilosamente hacia ellos entre la maleza—. ¡Hay hombres del Norte al otro lado de ese arroyo!

—Y están pescando, ¿se lo puede creer? Ese muro está repleto de esos cabrones.

—Uno de los muchachos se ha subido a un árbol y ha dicho que desde ahí ha podido ver jinetes en el Puente Viejo.

—¿Han tomado el puente? —Tunny empezaba a pensar que, si lograba salir de ese valle habiendo perdido sólo ocho botellas de brandy, se podría considerar muy afortunado—. ¡Si lo cruzan, nos quedaremos aislados!

—Soy consciente de ello, Tunny. Soy perfectamente consciente de ello, maldita sea. Debemos informar al general Jalenhorm. Escoja a alguien para enviar el mensaje. ¡Y procuren que no les vean!

Una vez dicho esto, se alejó sigilosamente por la maleza.

—Así que alguien va a tener que atravesar de nuevo esa ciénaga, ¿eh? —susurró Yema.

—A menos que usted pueda ir volando.

—¿Yo? —la cara del muchacho se tornó gris—. No puedo hacerlo, cabo Tunny, no después de que Klige... ¡No puedo hacerlo!

Tunny se encogió de hombros.

—Alguien tiene que ir. Si lo ha podido cruzar una vez, podrá cruzarlo de nuevo. Eso sí, procure pisar por las zonas con hierba.

—¡Cabo! —Yema le agarró a Tunny de su sucia manga y se le acercó, colocando así su pecoso rostro incómodamente cerca. Habló con un tono de voz muy bajo. Ese tono de voz íntimo y apremiante que a Tunny siempre le gustaba oír. El tono con el que se hacían los tratos—. Usted me dijo que si alguna vez necesitaba algo...

Con sus ojos llorosos miró de izquierda a derecha, para comprobar que nadie los estaba observando. Metió una mano en su chaqueta y sacó de ahí una petaca de peltre, que colocó en la mano de Tunny. Éste arqueó una ceja, desenroscó el tapón y lo olisqueó, después volvió a enroscar el tapón y se lo metió en su propia chaqueta.

Acto seguido, asintió. No compensaba lo que había perdido en la ciénaga, pero mejor eso que nada.

—¡Lerdopringado! —susurró mientras regresaba sigilosamente por entre la maleza—. ¡Necesito un voluntario!

Un gran trabajo

—Por los muertos —gruñó Craw y, sí, había bastantes.

Mientras pasaba junto a ellos cojeando, comprobó que los cadáveres estaban desperdigados por toda la ladera norte de la colina; además, también había unos cuantos heridos, que aullaban y gimoteaban como suelen hacer los heridos, un sonido que, a cada año que pasaba, le daba a Craw cada vez más dentera. Hacía que le entraran ganas de gritarles a esos pobres bastardos que se callaran, aunque luego se sentía culpable por ello, pues era consciente de que en algún momento u otro él también había chillado lo suyo y, probablemente, todavía le quedaba mucho por chillar.

Había muchos más muertos alrededor del muro de piedra seca. Tantos como para casi poder ascender por aquella puñetera colina sin pisar ni una sola vez la hierba destrozada. Los fallecidos de ambos bandos, ahora pertenecían al mismo: al de los pálidos y boquiabiertos, que pertenecen a la orilla lejana y fría de la gran división. Un joven de la Unión, que parecía haber muerto echado sobre el vientre, con el culo en pompa, miraba fijamente de soslayo a Craw con un gesto de contrariedad y perplejidad, como si estuviera a punto de pedirle a alguien que lo colocara en una postura mucho más digna.

Craw no se molestó. La dignidad no sirve de mucho a los vivos y a los muertos mucho menos.

No obstante, las pendientes sólo eran el precalentamiento a la matanza que podía contemplarse en el interior de los Héroes. Hoy la Gran Niveladora tenía ganas de bromas y se tomaba su tiempo para rematar su chiste con la gracia final. Craw no estaba seguro de si alguna vez había visto tantos muertos apiñados en un mismo espacio. Había grandes montoneras de cadáveres, todos ellos enredados en el vetusto abrazo de la tumba. Entretanto, unos pájaros hambrientos danzaban sobre las piedras, a la espera de su oportunidad. Las moscas estaban muy ocupadas con las bocas abiertas, los ojos abiertos y las heridas abiertas. ¿De dónde salen tantas moscas, así, de repente? Aquel lugar olía ya a héroe. Al olor que desprendían los cadáveres al hincharse bajo el sol del crepúsculo y vaciar sus entrañas.

Aquella escena dantesca habría hecho reflexionar a cualquiera sobre su propia mortalidad, pero las docenas de Siervos no parecían muy afectados por eso, ya que se llevaban los despojos de aquel desastre como si estuvieran arrancando margaritas del suelo. Les quitaban las ropas y armaduras a los muertos y se quedaban con las armas y escudos que todavía estaban en condiciones de ser usados. Si estaban cabreados por algo era porque los Caris, que habían liderado la carga, se habían llevado ya la mejor parte del botín.

—Soy demasiado viejo para esta mierda —masculló Craw, agachándose para agarrarse la rodilla maltrecha, pues un gélido escalofrío de dolor le recorrió del tobillo a la cadera.

—¡Pero si es Curnden Craw! ¡Por fin! —exclamó Whirrun, quien había estado sentado con la espalda apoyada en uno de los Héroes y ahora se había levantado, sacudiéndose la tierra del culo—. Estaba harto de tanto esperar —se colocó sobre el hombro al Padre de las Espadas, que había vuelto a envainar, y señaló hacia el valle con él, al camino por el que habían venido—. Pensaba que tal vez habrías decidido quedarte a vivir en una de esas granjas de ahí.

—Ojalá.

—Ya, pero entonces, ¿quién me mostraría mi destino?

—¿Has luchado?

—Pues sí, la verdad. Me vi en medio de todo este follón. Según las canciones, estoy hecho para combatir. Y aquí hoy ha habido un montón de combates —sin embargo, no tenía ningún rasguño.

Craw jamás había visto salir a Whirrun de un combate con una sola marca. Entonces, éste contempló con el ceño fruncido la carnicería que se había producido en ese círculo y se rascó la cabeza, el viento escogió ese momento para soplar, agitando ropas hechas jirones de los cadáveres—. Aquí hay muchos muertos, ¿eh?

—Sí —replicó Craw.

—Montones y montones.

—Sí.

—Aunque la mayoría de la Unión.

—Sí.

Whirrun se encogió de hombros y, con ese movimiento, se quitó la espada del hombro. Acto seguido, la apoyó en el suelo con la punta hacia abajo y colocó ambas manos en su empuñadura, inclinándose hacia delante de tal modo que acabó apoyando la barbilla en su empuñadura.

—Aun así, incluso cuando se trata de enemigos, ver algo así es, bueno... hace que uno se pregunte si, después de todo, la guerra es algo bueno o no.

—¿Estás de broma?

Whirrun se calló, e hizo girar la empuñadura una y otra vez, de tal modo que la punta de la vaina manchada se retorció sobre la hierba manchada.

—Ya no sé qué pensar. Agrick ha muerto —afirmó, ante lo cual, Craw alzó la vista, boquiabierto—. Fue uno de los que encabezaron la carga. Lo mataron en el círculo. Creo que lo atravesaron con una espada, justo por aquí —entonces, se señaló el costado—, bajo las costillas y probablemente la hoja salió por...

—No creo que eso importe mucho, ¿eh? —le espetó Craw.

—Supongo que no. El barro, barro es. Aunque la sombra de la muerte planeaba sobre él desde que su hermano murió. Cualquiera podía verlo. Bueno, yo sí. Estaba claro que ese muchacho no iba a durar mucho.

Menudo consuelo.

—¿Y el resto?

—El Jovial Yon ha acabado con un par de rasguños. A Brack todavía le molesta su pierna, aunque no lo reconozca. Aparte de eso, todos están bien. Bueno, al menos, tan bien como antes.

Wonderful ha pensado que podríamos intentar enterrar a Agrick junto a su hermano.

—Ya.

—Entonces, será mejor que cavemos ese hoyo antes de que a alguien más se le ocurra cavar ahí.

Craw respiró hondo mientras miraba a su alrededor.

—Si es que puedes encontrar una pala. Bueno, luego vendré para pronunciar unas palabras de despedida.

Sí, ése sería un final adecuado para aquel día. No obstante, antes de que pudiera dar más de un par de pasos, se topó con Escalofríos.

—Dow quiere verte —le dijo, entre susurros, con esa cicatriz y ese ceño indiferente podría haber sido la mismísima Gran Niveladora.

—Vale —Craw tuvo que reprimir las ganas de volver a comerse las uñas—. Diles que regresaré pronto. Porque regresaré pronto, ¿verdad?

Escalofríos se encogió de hombros.

Quizá a Craw le importara bastante poco que hubieran conquistado ese lugar, pero Dow el Negro, quien se encontraba apoyado sobre una de las piedras con una manzana que ya casi había comido entera en la mano, parecía bastante contento con lo que habían logrado ese día.

—¡Craw, viejo cabrón! —le saludó Dow. Al volverse, Craw comprobó que uno de los lados de su sonriente cara estaba totalmente cubierto de arañazos y puntitos de sangre—. ¿Dónde te habías metido?

—Sinceramente, he de reconocer que me he quedado rezagado por culpa de mi cojera.

Pezuña Hendida y algunos de su Caris se hallaban desperdigados por ahí, con las espadas desenvainadas y los ojos bien abiertos. Demasiado acero si se tenía en cuenta que acababan de alzarse con la victoria.

—Creía que habías logrado que te mataran —afirmó Dow.

Craw hizo un gesto de dolor mientras movía su dolorida pierna, pensando que aún había tiempo para que eso sucediera.

—Ojalá pudiera correr lo bastante rápido como para lograr que me mataran. Defenderé cualquier posición que me ordenes, pero esto de las cargas es cosa de jóvenes.

—Yo he conseguido mantener el ritmo.

—No todos tenemos tu sed de sangre, jefe.

—Sí, así soy yo. Aunque creo que jamás había logrado tanto en un solo día.

Dow le puso una mano en el hombro a Craw y se lo llevó hasta un lugar situado entre las piedras, hacia el borde de la colina, desde donde podían contemplar el sur a través del valle. Era el mismo lugar donde se había hallado Craw cuando vieron llegar a los primeros hombres de la Unión. Las cosas habían cambiado mucho en unas pocas horas.

En el muro en ruinas había apoyadas muchas armas, que brillaban tenuemente bajo la menguante luz del día. Los hombres situados abajo, en la pendiente, cavaban fosas y afilaban estacas para convertir los Héroes en una fortaleza. Debajo de ellos, la ladera sur de la colina estaba repleta de cuerpos, hasta llegar a los manzanos de abajo. Los carroñeros revoloteaban de un cadáver a otro, primero los humanos, luego los cuervos, sepultureros con plumas que graznaban a coro un estribillo alegre. Los Siervos arrastraban los cuerpos desnudos hasta diversos montones para enterrarlos después, conformando unas extrañas construcciones en las que un cadáver no podía distinguirse de otro. Cuando un hombre muere en tiempos de paz, todo son lágrimas y cortejos funerarios, y los amigos y vecinos se ofrecen mutuamente consuelo. Pero si

un hombre muere en tiempos de guerra, tiene suerte si consigue que lo entierren bajo suficiente barro como para que deje de apestar.

Entonces, Dow indicó a alguien que se le acercara.

—Escalofríos.

—Jefe.

—Tengo entendido que han hecho un prisionero importante en Osrung. Un oficial de la Unión o algo así. ¿Por qué no lo traes hasta aquí arriba, para ver si podemos sonsacarle alguna información que merezca la pena escuchar?

El ojo de Escalofríos centelleó con un destello naranja cada vez que asentía al reflejar la luz del sol del crepúsculo.

—Ya voy.

Acto seguido, se marchó, pisoteando los cadáveres con muy poco cuidado, como si pisara unas hojas otoñales.

Dow frunció el ceño mientras lo observaba marchar.

—A algunos hombres hay que mantenerlos siempre ocupados, ¿eh, Craw?

—Supongo —contestó, mientras se preguntaba con qué pensaba Dow mantenerlo ocupado a él.

—Hoy hemos hecho un gran trabajo —lanzó muy lejos el corazón de la manzana y se dio unas palmaditas en el estómago como si hubiera disfrutado de la mejor comida de su vida y unos cuantos cientos de muertos fueran las sobras.

—Sí —masculló Craw.

Probablemente, él también tendría que estar celebrándolo. Bailando y brincando de alegría. Aunque fuera a la pata coja. Cantando y brindando con unas jarras de cerveza y demás. Pero se sentía bastante dolorido. Y, además, quería dormir y despertarse en esa casa suya junto al mar, y no tener que ver jamás ningún otro campo de batalla. Entonces, ya no tendría que decir una sarta de mentiras sobre la tumba de Agrick.

—Los hemos obligado a retroceder hasta el río. Están detrás de aquella línea —Dow señaló al valle, tenía sangre seca de color negro en la piel que le rodeaba las uñas—. Reachey ha superado la valla y ha expulsado a la Unión de Osrung. Scale ha tomado el Puente Viejo. Dorado ha logrado atravesar sin problemas los bajíos con sus hombres. Aunque, una vez llegó ahí, no pudo avanzar más... pero si todo hubiera salido como quiero, me preocuparía —Dow el Negro le guiñó un ojo y Craw se preguntó si estaba a punto de apuñalarlo por la espalda—. Supongo que ahora la gente no va a criticarme por no ser el guerrero que ellos pensaban que era, ¿eh?

—Supongo que no —como si eso fuera lo único que importara—. Escalofríos me dijo que me necesitabas para algo.

—¿Acaso un par de viejos guerreros no pueden charlar un poco tras una batalla?

Esa contestación sorprendió mucho más a Craw que si le hubiera dado una puñalada por la espalda.

—Supongo que sí. Pero nunca te he considerado como tal.

Dow pareció meditar sobre esas palabras un momento.

—Yo tampoco. Supongo que ambos estamos sorprendidos por ello.

—Sí —replicó Craw, sin saber qué más decir.

—Bueno, esperaremos a que la Unión nos ataque mañana —aseveró Dow—. Da un descanso a tus viejas y cansadas piernas.

—¿Crees que vendrán? ¿Después de todo esto?

Dow esbozó una sonrisa más amplia que nunca.

—Le hemos dado una monumental paliza a Jalenhorm, pero la mitad de sus hombres ni siquiera han llegado a cruzar el río. Y eso es sólo una división de las tres que vienen hacia aquí —entonces, señaló hacia Adwein, donde unos puntos brillantes, que indicaban el trazado del camino, se iban iluminando a medida que los hombres que marchaban por él encendían sus antorchas—. Los hombres de Mitterick vienen por ahí. Están frescos y dispuestos a luchar. Y, por lo que tengo entendido, Meed viene por el otro lado —movió entonces el dedo hacia la izquierda, hacia el camino de Ollensand. Craw también distinguió luces ahí, aún más lejos, mientras sentía cómo se le iba encogiendo el corazón sin parar—. Aquí aún hay mucho que hacer, no te preocupes por eso —Dow se inclinó y se acercó a Craw, mientras le apretaba el hombro con fuerza—. Esto sólo acaba de empezar.

Los derrotados

Su Augusta Majestad:

Lamento informarle de que hoy su ejército y sus intereses en el Norte han sufrido un serio revés. La vanguardia de la división del General Jalenhorm alcanzó la ciudad de Osrung esta mañana y tomó posiciones en una colina coronada por un círculo de piedras antiguas llamada los Héroes. Los refuerzos no pudieron llegar a tiempo debido al mal estado de los caminos; además, antes de que pudieran atravesar el río, los hombres del Norte los atacaron en gran número. Aunque lucharon con gran coraje, el Sexto Regimiento y el Regimiento de Rostod se vieron superados por el enemigo. El estandarte del Sexto Regimiento se ha perdido. Las bajas podrían llegar a la cifra de un millar de muertos, quizá haya la misma cifra de heridos y muchos más en manos del enemigo.

No obstante, la valiente intervención del Primero de Caballería de Su Majestad evitó que el desastre fuera aún mayor. Los hombres del Norte se encuentran ahora muy bien atrincherados alrededor de los Héroes, donde han afianzado su posición. Se pueden ver las luces de sus hogueras en las laderas. Y casi se pueden escuchar sus cánticos cuando el viento cambia de dirección y sopla hacia el norte. No obstante, mantenemos nuestra posición al sur del río; asimismo, han empezado a llegar las divisiones del General Mitterick por el flanco oeste y las del Lord Gobernador Meed por el este, ambos se están preparando para atacar al alba.

Mañana, los hombres del Norte dejarán de cantar.

Atentamente se despide, el siervo más leal y humilde de Su Majestad,

Bremer dan Gorst, Observador Real de la Guerra del Norte

La oscuridad que iba cayendo se hallaba repleta de gritos, ruidos metálicos y chillidos, olía intensamente a humo de madera quemada y aún más intensamente a derrota. Los fuegos crepitaban en el viento y las antorchas chisporroteaban en unas pálidas manos, iluminando rostros demacrados por un día de marcha, espera y preocupaciones. *Y tal vez, en algunos pocos casos, de lucha.*

El camino de Uffrith era un desfile interminable de carromatos con exceso de carga, oficiales a caballo y soldados marchando a pie. La división de Mitterick

avanzaba lenta y pesadamente por él, mientras observaban a los heridos y derrotados, contagiándose del miedo antes siquiera de captar el más mínimo atisbo del enemigo. Ciertas cosas que podrían haber sido meros objetos antes de sufrir esa aplastante derrota en los Héroes habían adquirido una tremenda importancia. Una mula muerta, en cuyos ojos desorbitados se reflejaba la luz de una lámpara. Un carro con el eje roto que había volcado en el camino y que había sido desmontado para usar su madera para encender fuego. Una tienda abandonada, que empujada por el viento se había soltado de sus anclajes, en cuya lona pisoteada se hallaba cosido el sol amarillo de la Unión. *Todo esto se ha convertido en un presagio de un funesto destino.*

A lo largo de los últimos meses, Gorst rara vez había notado que el miedo reinara cuando salía a correr por los campamentos de algún regimiento u otro. Aunque el aburrimiento, el agotamiento, el hambre, la enfermedad, la desesperanza y la añoranza del hogar reinaban habitualmente por doquier. *Pero no el temor al enemigo.* Ahora, ese miedo se encontraba en todas partes, su hedor se volvía más intenso a medida que las nubes iban cubriendo lentamente el firmamento y el sol se hundía tras los cerros.

Si la victoria vuelve a los hombres valientes, la derrota los transforma en cobardes.

Varios carromatos enormes, cada uno de ellos tirado por ocho caballos, habían bloqueado por completo la circulación a través de la aldea de Adwein. Un oficial le estaba gritando, con el rostro rojo por la ira, a un anciano que se encontraba acurrucado en el asiento del primero de ellos.

—¡Soy Saurizin, Adepto Químico de la Universidad de Adua! —replicó éste a gritos, agitando en el aire un documento manchado por las primera gotas de lluvia—. ¡Por orden de Lord Bayaz, deben permitir pasar a este equipo!

Gorst lo dejó ahí discutiendo, pasó junto a un oficial del servicio de intendencia que estaba llamando a las puertas, en busca de alojamiento para las tropas. Una norteña que se encontraba en la calle, con tres niños agarrados a sus piernas, miraba fijamente un puñado de monedas bajo la llovizna que iba en aumento. *La han echado a patadas de su casucha para hacerle sitio a algún teniente altivo, a quien echarán para hacerle sitio a algún capitán narcisista, que será expulsado para dejarle sitio a algún mayor ególatra. Para entonces, ¿dónde estarán esta mujer y sus niños? ¿Dormirán tranquilamente en mi tienda mientras yo duermo como un héroe sobre la húmeda hierba? Sólo tengo que tenderle la mano y...* Pero en vez de eso, agachó la cabeza y pasó penosamente junto a ellos sin decir nada.

La mayoría de los cochambrosos edificios de aquella aldea estaban abarrotados de heridos, pero los casos menos graves salían enseguida. Alzaban la mirada hacia él, retorciéndose de dolor, manchados de tierra o con sus rostros vendados carentes de expresión y Gorst les devolvía la mirada en silencio. *Tengo talento para provocar bajas*

en el enemigo, no para consolar a los heridos. No obstante, le quitó el tapón a su cantimplora y se la ofreció, los heridos se turnaron para darle un trago hasta que quedó vacía. Aparte de uno que le estrechó la mano por un momento, el resto no le dieron las gracias, aunque eso a él tampoco le importó.

Un cirujano con un mandil manchado apareció en el umbral de una puerta y profirió un largo suspiro.

—¿El general Jalenhorm? —preguntó Gorst.

Aquel hombre señaló un camino secundario repleto de surcos y, tras dar unas cuantas zancadas, Gorst escuchó esa voz. La misma voz a la que había escuchado vociferar órdenes absurdas durante los últimos días. Aunque su tono ahora era distinto.

—¡Déjenlos ahí abajo, déjenlos ahí! ¡Hagan hueco! ¡Usted, traiga vendas! —Jalenhorm se encontraba arrodillado en el barro, agarrando de la mano a un hombre que estaba tumbado en una camilla. Al parecer, se había librado de su enorme séquito por fin, aunque también podría ser que hubieran muerto en la colina—. No se preocupe, le proporcionarán los mejores cuidados posibles. Es usted un héroe. ¡Todos ustedes son héroes! —entonces, se arrodilló junto al siguiente hombre y se oyó un chapoteo al adentrarse sus rodillas en el fango—. Han hecho todo cuanto se les ha pedido. La culpa es mía, amigos míos, he sido yo quien ha cometido muchos errores —apretó el hombro del herido y, acto seguido, se puso en pie, lentamente, con la mirada gacha—. Yo soy el culpable de esto.

Según parece, la derrota es capaz de sacar lo mejor de algunos hombres.

—General Jalenhorm.

Alzó la vista y su rostro se vio iluminado por la luz de las antorchas; de repente, parecía muy mayor para ser un hombre tan joven.

—Coronel Gorst, ¿cómo está...?

—El Mariscal Kroy ha llegado.

El general pareció desinflarse claramente, como una almohada a la que se le hubiera quitado la mitad del relleno.

—Ya, claro —se estiró y enderezó la chaqueta manchada de tierra y se colocó el cinturón que llevaba torcido, y donde portaba la espada, en la posición adecuada—. ¿Qué aspecto tengo? —si bien Gorst abrió la boca para hablar, Jalenhorm le interrumpió—. No se moleste en mentirme. Sé que tengo aspecto de derrotado —*Cierto*—. Por favor, no lo niegue —*No lo he hecho*—. Es lo que soy —*Pues sí.*

Gorst lo guió a través de aquellos callejones abarrotados, a través del humo que emergía de las cocinas del ejército y del fulgor de los puestos de los vendedores

ambulantes, con la esperanza de hallar un poco de silencio. Pero se llevó una decepción en ese aspecto. *Como casi siempre.*

—Coronel Gorst, he de darle las gracias. Su carga ha salvado a mi división.

Quizá así también haya salvado mi carrera. Por mí, su división puede ahogarse entera si así vuelvo a ser el Primer Guardia del rey.

—Tenía mis motivos, no lo he hecho por pura generosidad.

—Como todo el mundo. Pero la historia sólo se queda con los resultados. Nuestras razones se las lleva el viento. La realidad es que casi logro destruir mi división. *Mi* división —Jalenhorm resopló amargamente—. Esa que el rey me ha prestado de un modo tan necio. Intenté rechazar su oferta, ¿sabe? —*Pues me parece que no lo intentaste con suficiente vehemencia*—. Pero ya conoce al rey —*Sí, demasiado bien*—. Tiene una visión muy romántica de la amistad —*Tiene una visión muy romántica de todo*—. No me cabe duda de que seré objeto de burla cuando regrese a casa. Me humillarán. Me marginarán —*Bienvenido a mi mundo*—. Probablemente, me lo merezca —*Probablemente, tú sí, pero yo no.*

Aun así, Gorst se sintió embargado por una sorprendente emoción de lástima al observar con el ceño fruncido y de soslayo a Jalenhorm, que tenía la cabeza gacha y el pelo mojado y aplastado, al que una gota se le iba a caer de la punta de su nariz de un momento a otro, que conformaba la viva imagen del abatimiento, sin necesidad de que Gorst tuviera que recurrir a un espejo.

Sin darse cuenta, había puesto una mano sobre el hombro del general.

—Usted hizo lo que pudo —dijo—. No debería echarse la culpa —*aunque, según mi experiencia, pronto habrá legiones de santurrones fariseos haciendo cola para hacerlo en su nombre*—. No debe echarse la culpa.

—¿A quién debería echársela si no? —susurró Jalenhorm bajo la lluvia—. ¿A quién?

Si el Lord Mariscal Kroy se había contagiado del miedo, no parecía mostrar ningún síntoma, como tampoco nadie que se encontrara dentro del radio de acción de su férreo ceño fruncido. Dentro de su campo de visión, los soldados marchaban con paso perfecto, los oficiales hablaban con claridad pero sin gritar y los heridos reprimían sus aullidos y permanecían en silencio estoicamente. En un círculo de quizá cincuenta zancadas, cuyo centro era Kroy, que se hallaba totalmente erguido sobre su silla de montar, no flaqueaba la moral, no había ningún problema de indisciplina y, ciertamente, no se había producido ninguna derrota.

El semblante de Jalenhorm se tensó notablemente mientras se le acercaba para saludarle con firmeza.

—Lord Mariscal Kroy.

—General Jalenhorm —el mariscal le lanzó una mirada iracunda desde lo alto de la silla—. Tengo entendido que se ha producido un combate.

—Así es. Los hombres del Norte aparecieron en gran número. Eran muchísimos y surgieron rápida e inesperadamente. Fue un asalto muy bien coordinado. Como el enemigo hizo amago de atacar Osrung, envié un regimiento para reforzar nuestra posición en la ciudad. Fui en busca de refuerzos, pero, para entonces... ya era demasiado tarde como para hacer algo más aparte de intentar mantenerlos a raya en el extremo más alejado del río. Ya era demasiado tarde para...

—¿En qué estado se encuentra su división, general?

Jalenhorm se detuvo a pensar un momento. En cierto sentido, el estado de su división era dolorosamente obvio.

—Dos de mis regimientos de infantería no pudieron llegar a tiempo por el mal estado de los caminos y todavía no han participado en la acción. El Decimotercero estaba defendiendo Osrung y se retiró en orden en cuanto los hombres del Norte irrumpieron en la ciudad. Hemos sufrido algunas bajas —Jalenhorm recitó la lista de bajas con un tono muy monótono—. Gran parte del Regimiento de Rostod, unas nueve compañías, creo, fueron sorprendidas en campo abierto y derrotadas totalmente. El Sexto estaba defendiendo la colina cuando los hombres del Norte atacaron. El enemigo los aplastó completamente. Tuvieron que huir por los campos. El Sexto Regimiento ha... —Jalenhorm movió la boca sin decir nada y, al final, añadió—. Ha dejado de existir.

—¿Y el coronel Wetterlant?

—Suponemos que es uno más de los muchos muertos que se encuentran al otro lado del río. Ahí hay muchos cadáveres. Y muchos heridos a los que no hemos podido atender. Se les puede escuchar pidiendo agua a gritos. Los heridos siempre quieren agua, no sé por qué —entonces, Jalenhorm dio un bufido al intentar reprimir una risa nerviosa horrorosamente inadecuada—. Creía que, en esas circunstancias, uno más bien podría querer... alcohol, o algo así.

Kroy permaneció callado. Y Gorst no estaba dispuesto a quebrar ese silencio.

Jalenhorm, sin embargo, siguió hablando, como si no pudiera soportar la quietud.

—Otro regimiento de caballería sufrió algunas bajas cerca del Puente Viejo y se retiró, pero lograron conservar la ribera sur. El Primero se ha dividido en dos. Un batallón se ha abierto camino a través de los pantanos, con el fin de ocupar una posición en el bosque en nuestro flanco izquierdo.

—Eso podría ser muy útil. ¿Y el otro?

—El otro luchó valientemente junto al coronel Gorst en los bajíos y logró hacer retroceder al enemigo, aunque ambas partes pagaron un alto precio. Ése ha sido el único ataque realmente exitoso del día.

Kroy posó su mirada contrariada sobre Gorst.

—¿Ha vuelto a hacerse el héroe, eh, coronel?

Me he limitado a hacer lo mínimo necesario para evitar que el desastre se convirtiera en una catástrofe.

—Entré en acción, señor. Pero no me hice el héroe.

—Era consciente, Lord Mariscal —les interrumpió Jalenhorm—, de lo apremiante de la situación. Por lo que me escribió, había que actuar sin más dilación.

—Así es.

—Era consciente de que el rey quería obtener resultados con gran celeridad. Así que, en cuanto se me presentó la oportunidad de enfrentarme al enemigo, la aproveché. La aproveché... quizá con demasiado fervor. Cometí un terrible error. Un error espantoso, y asumo toda la responsabilidad.

—No —replicó Kroy, dando un hondo suspiro—. La comparte conmigo. Y con los demás. Y con los caminos. Y con la naturaleza del campo de batalla. Y con las excesivas prisas.

—No obstante, he fracasado —Jalenhorm desenvainó su espada y se la ofreció—. Le solicito humildemente que me releve del mando.

—El rey no aceptaría tal cosa. Yo tampoco.

Jalenhorm bajó la espada, cuya punta rozó el barro.

—Por supuesto, Lord Mariscal. Aunque debería haber examinado esos árboles con más detenimiento...

—Sí, debería haberlo hecho. Pero sus órdenes consistían en avanzar hacia el norte y dar con el enemigo —Kroy observó lentamente el caos en que se hallaba sumida esa aldea a su alrededor bajo la luz de las antorchas—. Dio con el enemigo. Pero esto es una guerra. Y se cometen errores, y cuando eso sucede... hay mucho que perder. Pero aún no hemos acabado. Esto acaba de comenzar. Esta noche y mañana la pasará tras la línea que forman los bajíos, donde el coronel Gorst ha luchado de manera tan poco heroica esta tarde. Reagrúpese en el centro, reequipe a su división, cuide del bienestar de los heridos, recupere la moral de sus tropas e... —entonces, contempló con una mirada torva la falta de rigor militar que reinaba en aquel lugar— imponga la disciplina.

—Sí, Lord Mariscal.

—Voy a establecer mi cuartel general en las laderas del Cerro Negro, desde donde tendré una buena visión del campo de batalla mañana. La derrota siempre resulta dolorosa, pero tengo la sensación de que usted va a tener más oportunidades de participar en esta batalla en particular.

Jalenhorm se enderezó, volvió a ser un poco el mismo de siempre al tener un nuevo objetivo claro.

—¡Mi división estará lista para entrar en acción pasado mañana, puede contar con ello, Lord Mariscal!

—Bien.

A continuación, Kroy se marchó cabalgando y su indómita aura se desvaneció en la noche junto a su séquito. Jalenhorm se quedó inmóvil, seguía realizando su saludo de despedida, mientras el mariscal se alejaba estrepitosamente. Gorst, sin embargo, miró hacia atrás en cuanto éste avanzó unos cuantos pasos más por el camino.

El general seguía junto al camino, solo, encorvado, mientras la lluvia se volvía más intensa, dibujando unas pinceladas blancas bajo la chisporroteante luz de las antorchas.

Un trato justo

A un paso no más rápido del que Flood podía avanzar cojeando, lo cual no era muy rápido en verdad, recorrieron el camino que llevaba a Osrung, bajo la llovizna. Únicamente contaban con la antorcha de Reft, que se iba consumiendo poco a poco, para ver todo cuanto les rodeaba unos cuantos pasos por delante: el barro plagado de surcos y unas cuantas cosechas arrasadas a ambos lados, así como las caras de niño asustadas de Brait y Colving y el rostro boquiabierto y bobalicón de Stodder. Todos tenían la mirada clavada en la ciudad, en ese conjunto de luces apiñadas ahí delante, en ese paisaje oscuro, que acariciaban las pesadas nubes con su tenue fulgor. Todos aferraban con fuerza lo que pasaban por ser armas en ese reducido grupo de pordioseros. Como si fueran a luchar de inmediato. Hacía tiempo que habían concluido los combates de aquel día y ellos se los habían perdido.

—¿Por qué nos han dejado en la retaguardia? —protestó Beck.

—Porque yo tengo mal una pierna y vosotros muy poca experiencia, so necio —le espetó Flood, mirando hacia atrás.

—¿Cómo vamos a coger experiencia si nos dejan atrás?

—Así cogerás experiencia en el noble arte de lograr que no te maten, lo cual es una cosa jodidamente buena en la que coger experiencia, en mi opinión.

Beck no le había preguntado su opinión. El respeto que sentía por Flood iba menguando a cada kilómetro que marchaban juntos. Ese viejo capullo sólo parecía preocuparse por mantener al grupo de muchachos que lideraba lejos de los combates y por ocuparlos con tareas tan idiotas como cavar, llevar cosas de aquí para allá y encender fuegos. De eso y de mantener calentita su pierna. Si Beck hubiera querido hacer tareas propias de mujeres, se habría quedado en la granja y así se habría ahorrado unas cuantas noches al raso. No, él había venido a luchar, a labrarse una reputación y hacer cosas sobre las que se escribirían canciones. Justo cuando estaba a punto de expresar su frustración, Brait le tiró de una manga al mismo tiempo que señalaba hacia el frente.

—¡Hay alguien ahí delante! —chilló.

Beck divisó unas sombras que se desplazaban en la oscuridad y, hecho un manojo de nervios, buscó a tientas su espada. Entonces, la luz de la antorcha iluminó tres cosas que colgaban de un árbol por unas cadenas. Esas cosas estaban calcinadas y la rama crujía levemente mientras giraban.

—Desertores —dedujo Flood, sin apenas variar la cadencia de sus zancadas, que era lenta por culpa de su cojera—. Los han colgado y quemado.

Beck los contempló detenidamente al pasar junto a ellos. Prácticamente, ya no parecían hombres, sólo madera calcinada. El del medio quizá llevara un cartel colgado al cuello, pero no se veía bien porque estaba muy quemado; además, eso daba igual, ya que Beck no sabía leer.

—¿Por qué los han quemado? —preguntó Stodder.

—Porque, hace mucho, Dow el Negro desarrolló cierto gusto por el olor a hombre a la brasa y no se le ha quitado.

—Es una advertencia —susurró Reft.

—¿Sobre qué?

—Sobre que no hay que desertar —respondió Flood.

—Serás idiota —apostilló Beck, en gran parte porque el hecho de ver esas extrañas cenizas con forma de hombre estaba poniendo muy nerviosos a todos—. Nadie se merece más acabar así que un cobarde, en mi...

De repente, se oyó otro chillido; esta vez, se trataba de Colving, Beck hizo ademán de desenvainar su espada de nuevo.

—Calma. Sólo es gente de la ciudad.

Reft alzó un poco más su antorcha y, acto seguido, ésta iluminó un puñado de rostros teñidos de una honda preocupación.

—¡No llevamos nada valioso encima! —exclamó un anciano que encabezaba aquel grupo y que agitaba sus huesudas manos—. ¡No llevamos nada valioso encima!

—¡No queremos nada de vosotros! —replicó Flood, señalando con el pulgar hacia atrás—. Seguid vuestro camino.

El grupo pasó junto a ellos. La mayoría eran ancianos, aunque también había algunas mujeres y un par de críos. Unos niños más jóvenes incluso que Brait, que acababan de aprender a hablar, como quien dice. Todos portaban pesados paquetes y demás cachivaches, un par de ellos empujaban unas carretillas chirriantes repletas de basura. Llevaban pieles a las que apenas quedaba pelaje, herramientas viejas y enseres para cocinar. El tipo de cosas que uno podría haber sacado de la casa de la madre de Beck.

—Se llevan lo que pueden —observó Colving, con un tono de voz muy agudo.

—Saben lo que se les viene encima —afirmó Reft.

Osrung emergió poco a poco de la noche, con su empalizada de maderos cubiertos de musgo y sumamente afilados, con su alta torre de piedra, que se alzaba amenazadora sobre una entrada vacía, en cuyas estrechas ventanas podían divisarse luces. Unos hombres huraños, armados con lanzas, vigilaban aquel lugar con los ojos entornados a causa de la lluvia. Algunos jóvenes mozalbetes estaban cavando una enorme fosa, bajo la luz de unas pocas antorchas montadas sobre unos postes, y se hallaban cubiertos de barro bajo la llovizna.

—Mierda —susurró Colving.

—Por los muertos —chilló Brait.

—Sí que hay muertos, sí —replicó Stodder, cuyo grueso labio pendía grotescamente.

Beck no era capaz de pronunciar palabra. Lo que había dado por supuesto que era una pila de arcilla blanca o algo así era en realidad una pila de cadáveres. En su día, había visto el cadáver de Gelda, un hombre de la parte alta del valle, tumbado en el suelo a la espera de ser enterrado tras haberse ahogado en el río y no le había dado demasiada importancia, incluso se había creído que era un tipo muy duro por no habérsela dado, pero esto era muy distinto. Todos esos cuerpos resbaladizos por la lluvia tenían un aspecto muy extraño, los habían desnudado y tirado junto a la fosa, unos con la cara hacia arriba, otros hacia abajo. Se tuvo que convencer a sí mismo que se trataba realmente de seres humanos y el mero hecho de pensarlo hizo que se mareara. Pudo distinguir rostros en aquel amasijo, o fragmentos de rostros. Manos, brazos y pies se mezclaban ahí como si conformaran una única criatura monstruosa. No quiso ni imaginarse cuántos cadáveres podía haber ahí. Vio que, en una pierna que sobresalía del resto, había abierta una herida a la altura del muslo tan enorme y oscura como una descomunal boca. No parecía real. Entonces, uno de los muchachos que estaba cavando se detuvo por un momento, aferrando con fuerza una pala en sus blancas manos mientras ellos pasaban junto a él. Tenía la boca retorcida, como si se hallara a punto de echarse a llorar.

—Vamos —les espetó Flood, encabezando la marcha.

Los guió a través del arco de la entrada, de las puertas rotas que se encontraban apoyadas contra la valla por dentro. Un descomunal tronco de árbol yacía cerca, cuyas ramas habían cortado para que fueran manejables y cuyo pesado extremo, que estaba repleto de arañazos relucientes, había sido afilado y recubierto con hierro forjado negro.

—¿Crees que utilizaron esto como ariete? —susurró Colving.

—Supongo —contestó Reft.

Había algo raro en esa ciudad, algo que alteraba los nervios. Algunas casas se encontraban cerradas a cal y canto, otras tenían las ventanas y puertas abiertas de par en par, a través de las cuales sólo se divisaba oscuridad. Unos cuantos hombres barbudos de mirada torva se hallaban sentados delante de una de ellas y se pasaban una petaca de unos a otros. A la entrada de un callejón se habían escondido unos niños cuyos ojos refulgieron en las sombras en cuanto la antorcha pasó junto a ellos. Por doquier se escuchaban extraños sonidos. Estrépito y tintineos. Golpes sordos y gritos. Además, varios grupos de hombres corrían raudos entre los edificios, con antorchas y las hojas de sus armas centelleando en las manos, todos ellos se desplazaban ansiosos y a un buen ritmo.

—¿Qué ocurre? —inquirió Stodder, con el tono de voz tan estúpido e insoportable con el que solía hablar.

—Están saqueando un poco.

—Pero... ¿esta ciudad no es nuestra?

Flood se encogió de hombros.

—Han luchado por ella. Algunos de ellos han muerto por conquistarla. Así que no piensan irse con las manos vacías.

Un Cari, con un enorme bigote, que se hallaba sentado bajo unos aleros que lo protegían de la lluvia y tenía una botella en la mano, les sonrió burlonamente al verlos pasar. Junto a él, yacía un cadáver en la entrada de la casa, que se encontraba medio dentro y medio fuera del edificio, y cuya parte posterior de la cabeza era una masa informe reluciente. Beck no pudo precisar si era alguien que había vivido en esa casa o alguien que había luchado en ella. Ni siquiera podía precisar si era hombre o mujer.

—Qué callado estás de repente —afirmó Reft.

Pese a que Beck quiso contestar con alguna réplica ingeniosa, lo único que acertó a decir fue:

—Sí.

—Esperad aquí —les dijo Flood, quien se acercó cojeando hacia un hombre ataviado con una capa roja, que señalaba a los Caris si tenían que ir para aquí o para allá. También podían verse las siluetas de algunas personas que estaban sentadas de mala manera en un callejón cercano, con las manos atadas y los hombros caídos bajo la llovizna.

—Son prisioneros —aseveró Reft.

—Pues no parecen muy distintos de nuestros hombres —comentó Colving.

—Pues no —replicó Reft, mirándolos con el ceño fruncido—. Supongo que serán algunos de los muchachos del Sabueso.

—Salvo ése —afirmó Beck—. Ese es de la Unión.

Aquel hombre tenía una venda en la cabeza y vestía con una chaqueta de la Unión bastante rara, una de sus mangas rojas estaba desgarrada y la piel que se veía por debajo estaba llena de rozaduras, la otra manga tenía una especie de elegante dibujo hecho con hilo dorado alrededor del puño.

—Bien —dijo Flood, al mismo tiempo que regresaba—. Vais a vigilar a estos prisioneros mientras me informo de qué tendremos que hacer mañana. ¡Aseguraos de que no muera nadie, ni ninguno de ellos, ni ninguno de vosotros!

Esto último lo dijo gritando mientras se alejaba por esa calle.

—Ahora tenemos que vigilar a unos prisioneros —se quejó Beck y, entonces, las llamas de su amargura volvieron a avivarse en parte al contemplar los rostros abatidos de los prisioneros.

—Supongo que te mereces que te asignen una tarea mucho mejor, ¿verdad? —el hombre que hizo esa pregunta tenía pinta de loco y llevaba una enorme venda manchada de marrón alrededor de la tripa que presentaba una mancha roja más fresca en el medio; además, tenía los tobillos y las muñecas atados—. ¡Menuda panda de inútiles, pero si ni siquiera os habéis ganado una reputación y un apodo!

—Cállate, Pies Cruzados —gruñó otro de los prisioneros, que apenas alzó la mirada.

—¡Cállate *tú*, imbécil! —le espetó Pies Cruzados, lanzándole una mirada como si estuviera dispuesto a hacerle picadillo con sus dientes—. Pase lo que pase esta noche, la Unión llegará aquí mañana. Entonces, habrá más cabrones de esos aquí que hormigas en una colina. También vendrá el Sabueso y ya sabéis quién lo acompañará, ¿verdad?

Beck se ruborizó. Nueve el Sanguinario había asesinado a su padre. Lo había matado en un duelo con su propia espada. La espada que ahora tenía envainada.

—Eso es mentira —chilló Brait, quien parecía tremendamente asustado, a pesar de que iban armados y de que esos prisioneros se encontraban atados fuertemente—. ¡Dow el Negro mató a Nuevededos hace años!

Pies Cruzados siguió observándole con su sonrisa de tarado.

—Ya lo veremos mañana, cabroncete. Ya...

—Dejadlo en paz —ordenó Beck.

—¿Eh? ¿Cómo te llamas?

Beck se acercó y le propinó una patada en sus partes a Pies Cruzados.

—¡Éste es mi apodo! —exclamó, sin dejar de darle patadas mientras el blanco de sus iras se encogía y su furia aumentaba—. ¡Éste es mi apodo! Éste es mi puto apodo, ¿ya lo has oído bastante?

—Lamento interrumpir.

—¿Qué? —gruñó Beck, volviéndose con los puños apretados.

Un hombre enorme se encontraba tras él, era media cabeza más alto que Beck, tal vez, y llevaba una piel sobre los hombros que relucía bajo la lluvia. La cicatriz más enorme y espantosa que Beck había visto jamás le recorría por entero un lado de la cara; en la cuenca de ese lado no había un ojo, sino una bola de metal inerte.

—Soy Escalofríos —dijo con un susurro muy grave.

—Ya —replicó Beck con voz ronca, quien había escuchado historias sobre él, como todo el mundo. Se decía que Escalofríos se encargaba de las tareas que Dow el Negro consideraba demasiado siniestras como para hacerlas con sus propias manos. Se decía que había luchado en Pozo Negro, y en el Cumnur, y en Dunbrec, y en las Altas Cumbres, que había luchado junto a Rudd Tresárboles y el Sabueso. Y también con Nueve el Sanguinario. Se decía que había viajado al sur, atravesando el mar, donde había aprendido hechicería. Que había cambiado uno de sus ojos voluntariamente por otro de plata, que había forjado una bruja, a través del cual podía ver lo que pensaba un hombre.

—Me envía Dow el Negro.

—Sí —susurró Beck, con los pelos como escarpias.

—Quiere que me lleve a uno de éstos. A un oficial de la Unión.

—Supongo que te refieres a éste —dijo Colving, quien propinó un leve puntapié al hombre de la manga desgarrada, el cual gruñó.

—¡Pero si es el perrito faldero de Dow el Negro! —exclamó Pies Cruzados con una sonrisa, que dejó a la vista unos dientes brillantes manchados de rojo, mientras sus vendas también iban adquiriendo el mismo color—. ¿Por qué no ladras, eh, Escalofríos? ¡Ladra, cabrón!

Beck no se lo podía creer. Ninguno de ellos era capaz de creerse lo que estaba viendo. Quizá ese hombre reaccionaba así porque sabía que iba a morir por esa herida en la tripa y se había vuelto loco.

—Eh —Escalofríos tiró de sus pantalones hacia arriba para poder agacharse con más facilidad, a la vez que pisaba con fuerza la tierra del suelo. En cuanto se inclinó, ya tenía un cuchillo en la mano. Uno pequeño, cuya hoja no era más grande que el

dedo de un hombre y que centelleaba con unos reflejos rojos, naranjas y amarillos—. Así que sabes quién soy, ¿eh?

—¡Sí, eres Escalofríos y a mí un perro no me asusta!

Escalofríos arqueó una ceja, la que tenía sobre el ojo bueno. La que tenía encima de su ojo metálico no se movía mucho, la verdad.

—Vaya, aquí tenemos un héroe.

Al instante, le clavó la hoja en la pantorrilla a Pies Cruzados. Aunque no apretó con mucha fuerza, sino con la misma con la que Beck podría haber dado un golpecito a su hermano con un dedo para despertarlo en una gélida mañana. El cuchillo se le quedó clavado en la pierna, en silencio, y, a continuación, se lo extra jo. Pies Cruzados gruñó y se retorció.

—Así que soy el perro faldero de Dow el Negro, ¿eh? —Escalofríos se lo clavó en la otra pierna, pero esta vez le introdujo la hoja aún más dentro del muslo—. Es cierto que a veces me asigna unas tareas de mierda —en ese instante, se lo volvió a clavar en algún lugar de la cintura—. Pero un perro no sería capaz de sostener un cuchillo y yo sí soy capaz, ¿eh? —por su tono de voz, no parecía enfadado. Por sus gestos, tampoco parecía enfadado. Sino más bien aburrido—. Yo sí.

Lo apuñaló una y otra vez.

—¡Ah! —Pies Cruzados se retorció y escupió—. Si tuviera una hoja afilada...

—Ya —Escalofríos lo apuñaló en el costado, justo donde tenía las vendas—. Pero no lo tienes y no hay más que hablar —Pies Cruzados se había girado, así que lo siguió apuñalando por la espalda—. Pero yo sí tengo una. Mira —le dio más puñaladas—. Mira, héroe.

Lo apuñaló en la parte posterior de las piernas, lo apuñaló en el culo, lo apuñaló por todas partes y la sangre se extendió por sus pantalones formando unos anillos oscuros.

Pies Cruzados gimió y se estremeció. Escalofríos hinchó los carillos y resopló; a continuación, limpió el cuchillo con la manga del hombre de la Unión, tiñendo de rojo brillante el dibujo hecho de hilo dorado.

—Muy bien —dijo, tirando del hombre de la Unión, quien profirió un gruñido, para obligarlo a ponerse en pie; después, guardó su pequeño cuchillo en alguna parte de su cinturón—. Me llevo a éste.

—¿Qué hacemos con él? —Beck se dio cuenta de que había hecho la pregunta con un tono de voz un tanto agudo, al mismo tiempo que señalaba a Pies Cruzados, quien gemía en voz baja en el barro, con sus ropas desgarradas, brillantes y pegajosas de líquido negro.

Escalofríos clavó su mirada sobre Beck y éste tuvo la sensación de que estaba mirando su alma, que estaba leyendo sus pensamientos, tal y como decían que era capaz de hacer.

—No hagáis nada. De eso sí sois capaces, ¿no? —entonces, se encogió de hombros a la vez que se daba la vuelta para marcharse—. Dejad que se desangre.

Tácticas

El valle se extendía por debajo de ellos, cubierto por un sinfín de puntitos que titilaban con un color anaranjado. Las antorchas y hogueras de ambos bandos parecían difuminarse ocasionalmente cuando una nueva llovizna barría la ladera de la colina. Una de las tres zonas donde más se acumulaban esas luces debía de ser la aldea de Adwein; otra, la colina a la que llamaban los Héroes y la tercera, la ciudad de Osrung.

Meed había establecido su cuartel general en una posada abandonada al sur de la ciudad y había dejado a su regimiento de vanguardia abriendo trincheras a sólo un tiro de arco de la valla. Hal estaba con ese regimiento y se esforzaba con gran nobleza por impartir algunas órdenes en la oscuridad. Más de la mitad de la división todavía avanzaba trabajosamente, malhumorada e indisciplinadamente, a lo largo de un camino que había comenzado el día siendo una irregular franja de polvo y había acabado siendo un río de barro revuelto. Era bastante probable que los efectivos situados en la retaguardia no llegaran antes de que despuntara el alba al día siguiente.

—Quería darle las gracias —dijo el coronel Brint, al mismo que tiempo que unas gotas de lluvia caían del pico de su sombrero.

—¿A mí? —preguntó Finree, inocentemente—. ¿Por qué?

—Por haber cuidado de Aliz estos últimos días. Sé que no es una muchacha con mucho mundo...

—Ha sido todo un placer —mintió—. Al fin y al cabo, usted ha demostrado ser muy buen amigo de Hal.

Con esa frase pretendía recordarle disimuladamente que ella esperaba que siguiera siéndolo.

—Hal es un hombre que cae muy bien.

—¿A que sí?

Siguieron cabalgando y dejaron atrás un piquete, compuesto por cuatro soldados de la Unión abrigados con unas capas empapadas, cuyas lanzas refulgían bajo la luz

de los faroles de los oficiales de Meed. Más allá había hombres que estaban descargando el equipo castigado por la lluvia de lomos de varios caballos de carga, o que se esforzaban por montar sus tiendas mientras las lonas mojadas aleteaban delante de sus rostros. Una fila, compuesta por soldados descontentos que sostenían encorvados en sus manos un amplio surtido de latas, tazas y cajas, se hallaba junto a un toldo empapado, donde las raciones eran pesadas.

—¿No hay pan? —inquirió uno de ellos.

—La normativa dice que la harina es un sustituto aceptable —replicó el oficial de intendencia, a la vez que medía, con el ceño fruncido, una diminuta cantidad en su balanza con suma precisión.

—¿Aceptable para quién? Además, ¿cómo vamos a hornear la harina y con qué?

—Puedes hornearlo en tu gordo culo, por lo que a mi... Oh, le ruego que me perdone, señora —se disculpó, inclinando la cabeza para hacer una reverencia mientras Finree pasaba a caballo junto a ellos. Era como si ver a unos hombres morirse de hambre sin una buena razón que lo justificara no fuera algo ofensivo y la palabra «culo», sin embargo, fuera capaz de ofender la delicada sensibilidad de aquella mujer.

Lo que en un principio parecía ser un montículo que sobresalía en esa pronunciada ladera de la colina resultó ser en realidad un viejo edificio, que estaba cubierto de enredaderas azotadas por el viento, era una suerte de cruce entre una casa de campo y un bar y, con casi toda seguridad, servía para ambas cosas. Meed desmontó con la pompa y boato propio de una reina en el día de su coronación, encabezó la entrada en fila de su estado mayor a través de la estrecha puerta y permitió que el coronel Brint se encargara de detener la hilera por un momento para que Finree no tuviera que esperar.

La sala en la que entraron tenía las vigas a la vista y olía a humedad y lana, y los oficiales, que tenían el pelo mojado, se apretujaron en su interior. En la reunión reinaba un ambiente propio de un funeral regio, donde todos intentaban parecer lo más solemnes posibles, como si fuera una competición, mientras se preguntaban impacientes si les iba a tocar algo en herencia cuando se leyera el testamento. El general Mitterick se encontraba apoyado contra una basta pared de piedra, con el ceño sumamente fruncido en un rostro donde destacaba su bigote y con una mano metida entre dos botones de la chaqueta su uniforme, aunque con el pulgar sobresaliendo de la misma, como si estuviera posando para un retrato de un modo insufriblemente pretencioso. No muy lejos de Finree, pudo distinguir entre las sombras la cara impasible de Bremer dan Gorst y, al instante, sonrió para indicarle que lo había reconocido. Gorst asintió levemente a su vez.

El padre de Finree se hallaba de pie, delante de un enorme mapa, señalando ciertas posiciones de manera muy expresiva con una mano. Ella se sintió invadida por una cálida oleada de orgullo, como siempre le ocurría cuando veía a su padre en acción. El encarnaba a la perfección al comandante ideal. En cuanto los vio entrar, se acercó a Meed para estrecharle la mano, después posó brevemente la mirada sobre Finree, a quien esbozó una leve sonrisa.

—Lord Gobernador Meed, he de darle las gracias por desplazarse hacia el norte con tal celeridad.

Aunque, en realidad, si hubiera dejado que su excelencia guiara a esas tropas hasta aquí, aún estarían preguntándose dónde se encontraba el norte.

—Lord Mariscal Kroy —replicó con una voz chirriante el gobernador y muy poco entusiasmo. La relación entre ambos era muy difícil. En su propia provincia de Angland, Meed era la máxima autoridad, pero como el lord mariscal era el representante directo del rey, en tiempos de guerra el padre de Finree estaba por encima de él.

—Soy consciente de que ha debido de ser un fastidio abandonar Ollensand, pero le necesitamos aquí.

—Ya lo veo —replicó Meed, con su característico enojo—. Tengo entendido que se ha producido una terrible...

—¡Caballeros! —los oficiales apiñados cerca de la puerta se apartaron para dejar pasar a alguien—. Discúlpenme por la tardanza, pero los caminos se hallan bastante impracticables.

Un hombre calvo y fornido emergió de entre aquella multitud, se sacudió las solapas del abrigo, que se le había manchado durante el viaje, mojando así a cualquiera que se hallara a su alrededor, lo que no pareció importarle. Lo acompañaba un solo sirviente, un tipo de pelo rizado que llevaba una cesta en una mano. Finree conocía a todos los miembros del gobierno de su Majestad, a todos los miembros del Consejo Abierto y también del Cerrado, así como cuál era su influencia y poder, por lo que la falta de pompa y boato no la engañó ni por un solo instante. En resumen, aunque se dijera que estaba retirado, fuera eso verdad o no, Bayaz, el Primero de los Magos, estaba por encima de todos los allí presentes en el escalafón del poder.

—Lord Bayaz —dijo el padre de Finree, para hacer las presentaciones—. Éste es el Lord Gobernador Meed, de Angland, quien comanda la tercera división de Su Majestad.

El Primero de los Magos se las ingenió para estrecharle la mano al mismo tiempo que lo ignoraba completamente.

—Conocí a su hermano. Un hombre bueno al que se le añora en demasía —Meed intentó hablar, pero Bayaz se vio distraído por su sirviente, quien, en ese momento, sacó una taza de su cesta—. ¡Ah! ¡Té! Nada parece tan terrible cuando uno tiene una taza de té en la mano, ¿verdad? ¿Alguien más quiere un poco? —Nadie quiso. En general, se consideraba que el té era una moda gurka y, por tanto, muy poco patriótica, lo cual lo convertía en una gran traición, en una terrible villanía—. ¿Nadie?

—Me encantaría tomar una taza —aseveró Finree, quien se colocó delante del lord gobernador con suma delicadeza, obligando así a éste a dar un paso atrás farfullando—. Con este tiempo, es lo mejor.

Si bien, en realidad, el té le repugnaba, estaba más que dispuesta a beberse un océano de ese brebaje por tener la oportunidad de mantener una conversación con uno de los hombres más poderosos de la Unión.

Bayaz recorrió fugazmente con la mirada el rostro de esa mujer, como si fuera el dueño de una casa de empeños al que le hubieran preguntado cuánto valía alguna vistosa reliquia. Entonces, el padre de Finree se aclaró la garganta, de un modo un tanto reticente.

—Esta es mi hija...

—Ah, eres Finree dan Brock, por supuesto. La felicito por su reciente matrimonio.

Finree intentó disimular su sorpresa.

—Está muy bien informado, Lord Bayaz. Nunca creí que alguien como usted se fuera a fijar en mí.

Se oyó una tos de asentimiento, que procedía del lugar donde se hallaba Meed, que Finree decidió ignorar.

—Un hombre precavido debe fijarse en todo —replicó el mago—. Después de todo, el conocimiento es la base de todo poder. Su marido debe de ser un gran hombre para poder brillar por encima de la sombra que planea sobre la reputación de su traidora familia.

—Lo es —afirmó Finree, totalmente imperturbable—. No se parece en nada a su padre.

—Eso es bueno —aseveró Bayaz, con una sonrisa aún en sus labios, aunque su mirada era dura como el acero—. No me gustaría causarle a usted el dolor al verlo ahorcado.

Acto seguido, reinó un silenció muy incómodo. Finree miró al coronel Brint y después al Lord Gobernador Meed, mientras se preguntaba si alguno de ellos

mostraría su apoyo a Hal en recompensa por su lealtad inquebrantable. Brint, al menos, tuvo la decencia de dar la impresión de que se sentía culpable. Meed, en cambio, parecía hallarse sumamente encantado con la situación.

—No hallará un hombre más leal en todo el ejército de su Majestad —acertó a decir Finree.

—Lo cual me complace. La lealtad es algo muy importante en un ejército. Aunque obtener la victoria también —replicó Bayaz, quien observó a los oficiales allí reunidos con el ceño fruncido—. No estamos en nuestro mejor momento, caballeros. Ni por asomo.

—El general Jalenhorm ha intentado abarcar demasiado —afirmó Mitterick, a pesar de que no le correspondía hablar, mostrando así muy poca empatía, lo cual era muy propio de él—. Nunca debería haber diseminado tanto las malditas...

—El general Jalenhorm ha actuado siguiendo mis órdenes —le espetó el Mariscal Kroy, obligando así a un malhumorado Mitterick a sumirse en un hondo silencio—. Sí, quisimos abarcar demasiado y los Hombres del Norte nos sorprendieron...

—Su té —le dijo el sirviente de Bayaz, ofreciéndole una taza a Finree, quien cruzó su mirada con la de él y pudo comprobar que el sirviente poseía unos ojos muy extraños, pues uno era azul y el otro, verde—. Estoy seguro de que su marido es todo un ejemplo de lealtad, honradez y esfuerzo —murmuró, con una sonrisilla nada servil dibujada en la comisura de uno de sus labios, como si estuvieran compartiendo con ella una broma privada que realmente no alcanzaba a entender. Acto seguido, el sirviente ya se había dado la vuelta, con la tetera en la mano, para llenar la taza de Bayaz. Finree frunció los labios, se cercioró de que nadie se fijaba en ella y vertió el contenido de su taza, de manera furtiva, sobre la pared.

—...tenemos muy pocas opciones —estaba diciendo su padre—, ya que el Consejo Cerrado nos obliga a actuar con gran celeridad...

Bayaz lo interrumpió.

—La necesidad de actuar con celeridad viene dada por nuestra situación, Mariscal Kroy, una situación que debe resolverse imperiosamente más por motivos políticos que de otra índole —el Mago dio un sorbo al té con los labios fruncidos y, entretanto, reinó un silencio tan absoluto en aquella estancia que se podría haber escuchado el vuelo de una mosca. A Finree le hubiera gustado entender cómo funcionaba ese truco, para poder ser escuchada con atención cada vez que quisiera hablar, aunque fuera de algo superficial, en vez de tener que soportar siempre que la marginaran, la desdeñaran o se burlaran de ella—. Si un albañil construye un muro sobre una pendiente y éste se derrumba, no se puede quejar luego de que se habría mantenido en pie mil años si hubiera podido levantarlo en un terreno nivelado —

Bayaz volvió a dar un sorbo a su té una vez más, mientras reinaba un completo silencio de nuevo—. Y en la guerra, el terreno jamás está nivelado.

Finree sintió una necesidad casi física de saltar en defensa de su padre, como si éste tuviera una avispa en la espalda que debiera aplastar, pero se mordió la lengua. Una cosa era mofarse de Meed y otra muy distinta mofarse del Primero de los Magos.

—No pretendía excusarme de ningún modo —afirmó su padre con cierta frialdad—. Asumo toda la responsabilidad de este fracaso, asumo la culpa por todas las pérdidas que hemos sufrido.

—Su disposición a asumir la culpa es encomiable, pero no nos sirve de mucho —Bayaz suspiró como si estuviera reprobando a un nieto travieso—. No obstante, debemos aprender la lección, caballeros. Dejemos atrás las derrotas del ayer y miremos a las victorias del mañana.

Todo el mundo asintió como si nunca hubieran oído algo tan profundo, incluso el padre de Finree. Sí, en eso consistía el poder.

Era incapaz de recordar que alguna vez hubiera llegado a odiar a alguien tanto, o admirarlo tanto, en tan poco tiempo.

Dow celebró su reunión alrededor de una gran hoguera situada en el centro de los Héroes, que titilaba a la vez que procuraba calor, que siseaba y chisporroteaba bajo la llovizna. Esa reunión tenía a todos ellos hechos un manojo de nervios, se sentían como si asistieran a algo a medio camino entre una boda y un ahorcamiento. La mezcla de la luz del fuego y las sombras hacía que los hombres parecieran diablos; Craw había visto en más de una ocasión cómo la combinación de esos elementos llevaba a actuar a los hombres como diablos. Todos se hallaban ahí: Reachey, Tenways, Scale y Calder, así como Cabeza de Hierro, Pezuña Hendida y unos cuarenta Grandes Guerreros más. Ahí estaban todos los hombres más importantes y los rostros más duros del Norte, aunque había unos pocos más en las colinas y otro puñado más en el otro bando.

Daba la impresión de que Glama Dorado había participado en la lucha. Parecía que alguien había utilizado su cara a modo de yunque. Su mejilla izquierda era un enorme verdugón y le habían partido la boca, que ahora la tenía hinchada; además, un buen número de cardenales comenzaban a brotarle aquí y allá. Cabeza de Hierro esbozó una sonrisita de suficiencia ante ese círculo de miradas maliciosas, como si nunca hubiera visto nada tan bonito como la nariz rota de Dorado. Había muy mala sangre entre esos dos, tan mala que emponzoñaba todo cuanto había a su alrededor.

—¿Qué haces tú aquí, viejo? —murmuró Calder justo cuando Craw se abría un hueco a empujones junto a él.

—Y yo qué puñetas sé. Mi vista ya no es lo que era —respondió Craw, quien se agarró la hebilla del cinturón y miró a su alrededor, con los ojos entornados—. ¿Éste no es el sitio donde solemos ir a cagar?

Calder resopló.

—Aquí es donde vamos a hablar sobre cómo la vamos a cagar. Aunque si quieres bajarte los pantalones y darle un poco de lustre a la botas de Brodd Tenways no pienso quejarme.

En ese instante, Dow el Negro emergió de las sombras, situadas a un lado de la Silla de Skarling, mascando un hueso. El murmullo fue menguando hasta que reinó el silencio, y sólo se oyó el crepitar y el crujido de las brasas que se iban consumiendo y retazos de cánticos que procedían de algún lugar situado fuera de ese círculo. Dow dejó el hueso limpio de carne y lo lanzó al fuego; acto seguido, se chupó los dedos uno a uno mientras se fijaba en cada uno de esos rostros envueltos en sombras. Se regodeó en ese silencio. Los hizo esperar. Así logró que no hubiera ninguna duda sobre quién era el mayor cabrón que había en esa colina.

—Bueno —dijo por fin—. Ha sido un buen día, ¿no?

Al instante, estalló un tremendo estruendo, los hombres agitaban las empuñaduras de sus espadas, golpeaban sus escudos con sus guanteletes y se daban puñetazos en las armaduras. Scale se sumó a ellos, golpeando su casco con un quijote repleto de arañazos. Craw agitó su espada sin desenvainarla, ya que se sentía un tanto culpable por no haber corrido lo bastante rápido como para poder llegar a desenvainarla. Se fijó en que Calder permaneció callado y quieto, en que se limitó a chasquear la lengua agriamente mientras el clamor de la victoria se desvanecía.

—¡Un gran día! —exclamó Tenways, mirando maliciosamente a los congregados alrededor del fuego.

—Sí, un gran día —afirmó Reachey.

—Aunque podría haber sido mejor aún —apostilló Cabeza de Hierro, sonriendo levemente a Dorado— si hubiéramos logrado atravesar los bajíos.

Los ojos de Dorado ardieron furiosos en sus cuencas amoratadas y se le tensaron los músculos de la mandíbula, pero mantuvo la calma. Probablemente, porque si hablara, le dolería demasiado.

—Los hombres no dejan de decirme que el mundo ya no es lo que era —Dow sostuvo en alto su espada, esbozando una amplia sonrisa, de tal modo que la afilada punta de su lengua sobresalió entre sus dientes—. Pero algunas cosas nunca cambian, ¿eh? —al instante, se escuchó otro estruendoso clamor de aprobación; con tanto acero alzándose en el aire, fue un milagro que nadie acabara herido accidentalmente—. Esto va para esos que dicen que los clanes del Norte no son

capaces de luchar juntos... —Dow dobló la lengua y escupió al fuego, su saliva siseó al quemarse—. Y esto va para esos que dicen que la Unión son tantos que no se les puede derrotar... —lanzó otro escupitajo que aterrizó con precisión en las llamas. Entonces, alzó la mirada y sus ojos relucieron con un brillo anaranjado—. Y esto va para esos que dicen que no soy el más indicado para lograrlo...

A continuación, clavó su espada en medio del fuego, profiriendo un gruñido, y las chispas se alzaron y revolotearon alrededor de la empuñadura.

De inmediato, como si aquello fuera una herrería, los hombres golpearon con fuerza todo objeto metálico que tenían a mano para expresar su aprobación. El estruendo fue tal que Craw hizo una mueca de disgusto.

—¡Dow! —gritó Tenways, dando un golpe a la empuñadura de su espada con una mano cubierta de costras—. ¡Dow el Negro!

Otras gargantas se le unieron, pronunciando su nombre rítmicamente mientras golpeaban con sus puños el metal.

—¡Dow el Negro! ¡Dow el Negro!

Cabeza de Hierro se sumó a los gritos, Dorado murmuró su nombre como pudo con su boca magullada y Reachey también chilló. Craw se mantuvo callado. Rudd Tresárboles solía decir que había que aceptar la victoria con calma y precaución, ya que tal vez uno pronto podría tener que asumir la derrota del mismo modo. Al otro lado del fuego, Craw divisó el brillo del ojo de Escalofríos entre las sombras. El tampoco vitoreaba a nadie.

Dow se acomodó en la Silla de Skarling tal y como Bethod solía hacer en su día, deleitándose en la adoración que le brindaban como un lagarto disfruta del sol hasta que decidió poner fin a la aclamación con un ademán regio.

—Bien. Dominamos el mejor terreno del valle. Así que tienen que retirarse o venir a por nosotros, y no hay muchos sitios por dónde puedan atacarnos. Por lo tanto, no hay necesidad de diseñar una táctica ingeniosa. Además, nada ingenioso funcionaría con gente como vosotros —de inmediato, se escucharon una serie de risitas ahogadas—. Así que me limitaré a derramar sangre y a quebrar huesos y acero, al igual que hoy —se oyeron más vítores—. ¿Reachey?

—Sí, jefe.

El viejo guerrero se acercó al fuego con los labios fuertemente apretados.

—Quiero que tus muchachos defiendan Osrung. Supongo que mañana os atacarán con todo lo que tengan.

Reachey se encogió de hombros.

—Me parece justo. Hoy hemos sido nosotros quienes les hemos atacado con todo.

—No dejes que crucen ese puente, Reachey. ¿Cabeza de Hierro?

—Sí, jefe.

—Te encomiendo la defensa de los bajíos. Quiero a hombres en los manzanos, quiero hombres defendiendo los Niños, quiero hombres dispuestos a morir, pero aún más dispuestos a matar. Es el único sitio por donde nos podrían atacar en gran número, así que, si intentan avanzar por ahí, habrá que repelerlos con fuerza.

—Eso se me da muy bien —afirmó Cabeza de Hierro, con una mirada burlona que atravesó el fuego—. A ver quién me obliga a retroceder a mí.

—¿Y eso qué quiere decir? —replicó Dorado.

—Todos vais a tener vuestro momento de gloria —contestó Dow, intentando calmar los ánimos de ambos—. Dorado, como tú hoy has luchado con tanta fiereza, te quedarás atrás. Te ocuparás de vigilar el terreno que quedará entre Cabeza de Hierro y Reachey y prepárate para prestar tu ayuda a cualquiera de los dos si el enemigo los presiona más de lo debido.

—Sí —dijo, lamiéndose el labio hinchado con la punta de su lengua hinchada.

—¿Scale?

—Jefe.

—Como tú has tomado el Puente Viejo, tú serás el encargado de defenderlo.

—Hecho.

—Si te ves obligado a retroceder...

—Eso no sucederá —le aseguró Scale, con esa confianza propia de la juventud y de alguien corto de entendederas.

—... será mejor que tengas montada una segunda línea defensiva en ese viejo muro. ¿Cómo se llama?

—El Muro de Clail —respondió Pezuña Hendida—. Es el nombre del granjero loco que lo levantó.

—A lo mejor nos acaba viniendo bien que lo levantara —aseveró Dow—. Además, no podrás desplegar a todos tus hombres en ese espacio que hay tras el puente, así que coloca a unos cuantos un poco más lejos.

—Lo haré —dijo Scale.

—¿Tenways?

—¡Nací para saborear la gloria, jefe!

—Tú te encargarás de vigilar la pendiente de los Héroes y el Dedo de Skarling, lo cual implica que no deberías meterte en ninguna refriega de primeras. Aunque si Scale o Cabeza de Hierro acaban necesitando tu ayuda, quizá puedas participar en alguna escaramuza.

Tenways esbozó ante la hoguera una sonrisa sarcástica dirigida a Scale, Calder y, con un poco de suerte, también a Craw, aunque sólo porque estaba junto a ellos.

—Ya veré qué puedo hacer.

Dow se inclinó hacia delante.

—Pezuña Hendida y yo nos quedaremos aquí arriba, en la cima, detrás del muro de piedra seca. Mañana dirigiré el ataque desde la retaguardia, tal y como suelen hacer nuestros amigos de la Unión —volvió a escucharse otra salva de carcajadas—. Bueno, eso es todo. ¿Alguien tiene alguna idea mejor?

Dow recorrió lentamente con la mirada a todos los reunidos, al mismo tiempo que les obsequiaba con una amplia sonrisa. Craw jamás se había sentido con menos ganas de hablar en toda su vida y no parecía que nadie más quisiera llamar la atención y hacer el ridículo...

—Yo sí —Calder levantó la mano, ya que siempre le gustaba llamar la atención y hacer el ridículo.

Dow entornó los ojos.

—Qué sorpresa. ¿Y qué estrategia propones, príncipe Calder?

—¿Que le demos la espalda a la Unión y salgamos corriendo? —preguntó Cabeza de Hierro y, al instante, se escucharon varias risas ahogadas.

—¿Que le demos la espalda a la Unión y nos agachemos? —inquirió Tenways, cuyo comentario suscitó aún más risitas. Calder se limitó a sonreír y aguardó a que las carcajadas menguaran y reinara el silencio.

—La paz —respondió.

Craw hizo una mueca de disgusto. Era como si se acabara de subir a la mesa de un lupanar para defender la castidad. Sintió un enorme deseo de marcharse, como uno se alejaría de un hombre empapado en aceite cuando hay un montón de llamas alrededor. Pero ¿qué clase de hombre deja en la estacada a un amigo sólo porque es impopular? Aunque se halle en peligro de convertirse en una bola de fuego. Así que Craw permaneció junto a él, hombro con hombro, preguntándose qué pretendía su amigo con eso, ya que estaba seguro de que Calder tramaba algo. El silencio incrédulo se mantuvo el tiempo suficiente como para que se levantara repentinamente una ráfaga de aire, que meció sus capas e hizo danzar las llamas de las antorchas, iluminando aquel círculo de rostros ceñudos.

—¡Cobarde de mierda! —exclamó Brodd Tenways, cuya cara cubierta de aquel horrendo sarpullido estaba tan desfigurada por el desprecio que parecía que se le iba a partir en dos.

—¿Te atreves a llamar cobarde a mi hermano? —gruñó Scale, con los ojos desorbitados—. ¡Te voy a partir ese cuello cubierto de costras!

—Calma, calma —les pidió Dow—. Si hay que partir algún cuello, seré yo quien escoja a la víctima. Es por todos conocido que el príncipe Calder maneja muy bien las palabras. Además, lo he traído aquí para poder escuchar lo que tiene que decir, ¿verdad? Así que escuchémosle. ¿Por qué propones la paz, Calder?

—Cuidado, Calder —mascculló Craw, procurando que no le vieran mover los labios—. Cuidado.

Si Calder escuchó la advertencia, decidió mearse en ella.

—Porque la guerra es una pérdida de tiempo, dinero y vidas.

—¡Maldito cobarde! —bramó una vez más Tenways, y esta vez, Scale no se mostró en desacuerdo, sino que se limitó a mirar fijamente a su hermano. Se elevó un coro de desaprobación, maldiciones y escupitajos, casi tan elevado como el coro de aprobación que Dow había recibido antes. Pero cuanto más alto era el estruendo, más sonreía Calder. Era como si su odio floreciera como una flor sobre el estiércol.

—La guerra es un medio para obtener ciertas cosas —afirmó—. Pero si con ella no logras nada, ¿qué sentido tiene? ¿Cuánto tiempo llevamos dando vueltas por aquí?

—Eh, que tú sí regresaste a casa, cabrón —le espetó alguien.

—Sí, y acabaste ahí por hablar de paz —aseveró Cabeza de Hierro.

—Vale, entonces, ¿cuánto tiempo llevas tú aquí? —preguntó, señalando directamente a la cara de Cabeza de Hierro—. ¿O tú? —señalando a Dorado—. ¿O él? —señalando con el pulgar a Craw de refilón, quien frunció el ceño, ya que le habría gustado mantenerse al margen de aquella discusión—. ¿Meses? ¿Años? Siempre marchando y cabalgando, presas del temor, durmiendo al raso bajo las estrellas con vuestras enfermedades y heridas. Sufriendo el azote del viento y el frío, mientras vuestros campos, vuestros ganados, vuestros talleres y vuestras esposas permanecen desatendidos. ¿Y todo por qué? ¿Eh? ¿A cambio de qué botín? ¿De qué gloria? Si hay doscientos hombres en este ejército que son más ricos gracias a todo esto, os juro que soy capaz de comerme mi propia polla.

—¡Así habla un cobarde! —gruñó Tenways, girándose—. ¡No quiero oír más!

—Los cobardes huyen. ¿Acaso te asustan las palabras, Tenways? Menudo héroe estás hecho —Calder consiguió que estallaran una cuantas carcajadas gracias a ese

comentario, lo cual provocó que Tenways se detuviera y volviera encolerizado—. ¡Hoy hemos obtenido aquí una importante victoria! ¡Todos estos hombres se han convertido en leyendas! —entonces, Calder dio una bofetada a la empuñadura de su espada—. Pero ha sido muy pequeña —señaló con la cabeza hacia el sur, donde todo el mundo sabía que las hogueras de los campamentos enemigos iluminaban el valle entero—. Aún quedan muchas tropas de la Unión por llegar. Por la mañana, la lucha será más encarnizada y sufriremos más bajas. Muchas más. Y si logramos ganar, acabaremos en el mismo sitio, pero con más muertos por compañía, ¿no? —si bien algunos seguían negando con la cabeza, ahora muchos más lo escuchaban y meditaban al respecto—. Y en cuanto a los que afirmaban que los clanes del Norte no pueden luchar unidos, o que las tropas de la Unión son tantas que no pueden ser derrotadas, bueno, eso es algo que todavía está por ver —Calder dobló la lengua y lanzó un pequeño escupitajo al fuego de Dow—. Además, cualquiera sabe escupir.

—La paz —resopló Tenways, quien, al final, se había quedado para escuchar—. ¡Todos sabemos que tu padre amaba mucho la paz! ¿No fue él quien nos arrastró a la guerra con la Unión en un principio?

Esa réplica no acobardó lo más mínimo a Calder.

—Así fue y eso supuso su fin. Quizá yo haya aprendido de su error. Pero... ¿y vosotros? —les interrogó, mirándolos a todos a los ojos—. Porque, en mi opinión, hay que ser muy necio para arriesgar la vida con el fin de obtener algo que uno podría obtener con sólo pedirlo.

El silencio volvió a reinar un instante. Era un silencio culpable y reticente. Entretanto, el viento agitó sus ropas un poco más y levantó varias nubes de chispas en la hoguera. Entonces, Dow se inclinó hacia delante y se puso en pie, apoyándose sobre su espada.

—Bueno, reconozco que has hecho un gran trabajo al mearte en mi hoguera, ¿eh, príncipe Calder? —las carcajadas estallaron por doquier y el momento de reflexión se quebró—. ¿Y tú qué opinas, Scale? ¿Quieres la paz?

Los hermanos se miraron por un instante, mientras que Craw intentaba apartarse disimuladamente de ambos.

—No —respondió Scale—. Yo opto por luchar.

Dow chasqueó la lengua.

—Pues ya está. Al parecer, has sido incapaz de convencer incluso a tu propio hermano —se oyeron más risitas ahogadas y Calder se rió con los demás, aunque con muy pocas ganas—. Aun así, reconozco que manejas bien las palabras, Calder. Quizá llegue el momento en que tengamos que hablar de paz con la Unión. Entonces, ten

por seguro que recurriré a ti —en ese instante, le mostró los dientes—. Aunque eso no será esta noche.

Calder hizo una elegante reverencia.

—Como ordenes, Protector del Norte. Eres el jefe.

—Así es —gruñó Dow y la mayoría asintió—. Así es.

No obstante, Craw se percató de que unos cuantos se alejaron con aspecto pensativo en la noche. Meditaban acerca de sus campos desatendidos, quizá, o en sus esposas desatendidas. Tal vez Calder no estaba tan loco como parecía. A los hombres del Norte les encantaba luchar, sí, pero también les gustaba beber cerveza. Y al igual que sucede con la cerveza, el estómago de uno tolera hasta cierto punto tanta batalla.

—Hoy hemos sufrido un gran revés. Pero mañana será diferente —la forma en que el mariscal Kroy dijo estas palabras no permitía mostrarse en desacuerdo, pues era algo que planteaba como un hecho incontestable—. Mañana atacaremos al enemigo y nos alzaremos victoriosos.

La estancia se llenó de susurros y los cuellos almidonados de sus uniformes se movían mientras los hombres asentían al unísono.

—Victoria —murmuró alguien.

—Mañana por la mañana, las tres divisiones se hallarán en posición —*aunque una de ellas estaba destrozada y las otras dos estarían agotadas por haber marchado toda la noche*—. Contamos con la ventaja de ser muchos más —*¡Sí, los aplastaremos bajo el peso de nuestros cadáveres!*—. La razón está de nuestro lado —*me alegro por ti, porque yo de lado no puedo ponerme, ya que tengo un enorme moratón en el costado.* No obstante, el resto de los oficiales parecieron animarse al escuchar esas perogrulladas. *Como pasa a menudo con los idiotas.*

Kroy se volvió hacia el mapa y señaló la ribera sur de los bajíos. El lugar donde Gorst había luchado esa misma mañana.

—La división del general Jalenhorm necesita tiempo para reagruparse, así que se quedarán en la parte central sin entrar en acción, mostrando así su poderío ante los bajíos pero sin cruzarlos. En realidad, los atacaremos por ambos flancos —a continuación, se dirigió decidido hacia la parte derecha del mapa y recorrió con la mano el camino de Ollensand que llevaba a Osrung—. Lord Gobernador Meed, usted será nuestro puño derecho. Su división atacará Osrung al despuntar el alba, cruzará la empalizada y ocupará la mitad sur de la ciudad, luego se dirigirá a tomar el puente. Como en la parte norte es donde hay más edificios, seguramente será ahí

donde los hombres del Norte habrán reforzado sus posiciones; además, han tenido tiempo para hacerlo.

El semblante demacrado de Meed se había ruborizado de emoción, los ojos le brillaban ante la perspectiva de poder luchar por fin con su odiado enemigo.

—Los eliminaremos como la escoria que son y los pasaremos a todos por la espada.

—Muy bien. Pero sea cauto, el bosque situado al este no ha sido explorado del todo. General Mitterick, usted será el gancho que les vamos a propinar por la izquierda. Su objetivo será abrirse paso por el Puente Viejo y asentar su posición en el extremo opuesto.

—Oh, sí, mis hombres tomarán ese puente, no se preocupe por ello, Lord Mariscal. Tomaremos el puente, los expulsaremos y los perseguiremos hasta la puñetera Carleon...

—Con tomar el puente nos bastará, por hoy.

—Un batallón del Primero de Caballería se unirá a usted y también se encontrará bajo su mando —Felnigg bajó su nariz picuda y su mirada iracunda, como si pensara que unirse a cualquier fuerza comandada por Mitterick fuera un consejo muy malo—. Estos muchachos han descubierto una ruta a través de los pantanos y un lugar en el bosque desde el que podremos sorprender al enemigo por el flanco derecho.

Mitterick ni se dignó mirar al jefe del estado mayor de Kroy.

—He pedido voluntarios para liderar el asalto al puente; además, mis hombres ya han construido unas cuantas balsas muy robustas.

La mirada iracunda de Felnigg cobró aún más intensidad.

—Tengo entendido que ahí la corriente es muy fuerte.

—Pero merece la pena intentarlo, ¿verdad? —le espetó Mitterick—. ¡Podrían pasarse la mañana entera impidiéndonos avanzar por ese puente!

—Muy bien, pero recuerden que buscamos la victoria, no la gloria —Kroy recorrió con una mirada severa esa estancia—. Les enviaré las órdenes por escrito a cada uno de ustedes. ¿Alguna pregunta?

—Sí, yo tengo una, señor —contestó el coronel Brint, levantando el brazo—. ¿Es posible que el coronel Gorst se abstenga de cometer una heroicidad durante el tiempo necesario como para que los demás podamos aportar algo a la batalla?

Se oyeron una serie de risitas ahogadas aquí y allá totalmente desproporcionadas, ya que el comentario no era tan gracioso; no obstante, los soldados siempre aprovechaban la más mínima oportunidad que se les presentara para reírse, pues eran muy escasas. Hasta entonces, Gorst había estado muy ocupado

mirando a Finree y procurando disimularlo. Ahora, se hallaba extremadamente incómodo por ser el centro de todas esas sonrisas burlonas. Entonces, alguien aplaudió. Enseguida, se oyó una modesta salva de aplausos. Gorst habría preferido que lo hubieran abucheado. *Así, al menos, me podría haber sumado al jolgorio.*

—Procuraré que así sea —rezongó.

—Yo también —dijo Bayaz—. Además, quizá lleve a cabo un pequeño experimento en la ribera sur.

El mariscal hizo una reverencia.

—Estamos a su completa disposición, Lord Bayaz.

El Primero de los Magos se dio sendas palmaditas en los muslos al levantarse y su siervo se inclinó hacia delante para susurrarle algo al oído; todos reaccionaron como si ésa fuera la señal de que debían ponerse ya en movimiento y la estancia se fue vaciando rápidamente, los oficiales regresaron presurosos a sus unidades con intención de realizar los preparativos necesarios para los ataques de la mañana siguiente. *Para cerciorarse de que llevan ataúdes de sobra, panda de...*

—He oído que hoy has salvado a nuestro ejército.

Se giró con la misma dignidad que un babuino sobresaltado y se encontró mirando a Finree directamente a la cara, a una distancia tan corta que se quedó paralizado. Tras haber sabido que se iba a casar, debería haber enterrado por fin sus sentimientos hacia ella al igual que ya había enterrado todo sentimiento que mereciera la pena sentir. Sin embargo, ahora esos sentimientos parecían más intensos que nunca. Una tenaza parecía cerrarse en sus entrañas siempre que la veía, una tenaza que apretaba con más fuerza cuanto más tiempo hablaban. Si es que a eso se podía llamar hablar.

—Eh —*masculló. Sí, he luchado en un arroyo, donde apenas podía mantenerme en pie, y estoy seguro de que he matado a siete hombres, pero seguro que he mutilado a unos cuantos más. Los he hecho trizas con la esperanza de que mi hazaña llegara a oídos de nuestro veleidoso monarca, para que me conmute esta pena a una muerte en vida que no me merezco. Me he asegurado de ser culpable de un asesinato en masa, para poder ser proclamado inocente de esa otra acusación de incompetencia. A veces, ahorcan a la gente por estas cosas, aunque, otras veces, los aplauden*—. Tengo... suerte de seguir vivo.

Finree se le acercó y notó que la sangre se le subía a la cabeza, se sintió tan mareado como cuando uno se encuentra muy enfermo.

—Tengo la sensación de que todos tenemos mucha suerte de que sigas vivo.

Yo sí que tengo una sensación en los pantalones. Yo sí que me sentiría muy afortunado si colocaras una de tus manos justo ahí. ¿Acaso eso es mucho pedir después de haber salvado al ejército y todo eso?

—Lo... —Lo siento mucho. Te amo. Pero ¿por qué lo siento? Pero si no he dicho nada. ¿Acaso un hombre tiene que pedir disculpas por lo que piensa? Bueno, a lo mejor sí.

Para entonces, Finree ya se había alejado para ir a hablar con su padre y no se lo podía echar en cara. *Si yo fuera ella, ni siquiera me dignaría a mirarme y mucho menos a escuchar cómo balbuceo con una voz tan aguda y titubeante sobre insípidas tonterías. Aun así, me duele. Sufro muchísimo cuando se va.* Entonces, se dirigió penosamente hacia la puerta.

Joder, soy patético.

Calder se marchó sigilosamente de la reunión de Dow para no tener que darle explicaciones a su hermano y se alejó a toda prisa entre las hogueras, ignorando las maldiciones que refunfuñaban los hombres reunidos en torno a ellos. Halló un sendero entre dos de los Héroes, que se encontraban iluminados por las luces de las antorchas, y vio algo dorado centelleando por la pendiente. Acto seguido, dio alcance al dueño de tanto oro mientras éste descendía furioso a zancadas por la pendiente.

—¡Dorado! ¡Dorado, necesito hablar contigo!

Glama Dorado miró hacia atrás, frunciendo el ceño. Tal vez pretendía así mostrar una furia temible, pero, con ese hinchazón de la mejilla, parecía que estaba comiendo algo cuyo sabor no le gustaba. Calder tuvo que reprimir una risita tonta. Esa cara destrozada presentaba una oportunidad para él que no estaba dispuesto a dejar pasar.

—No tenemos nada de qué hablar, Calder —le espetó. Tres de sus Grandes Guerreros se alzaban amenazadores tras él, acariciando sus muchas armas.

—¡Habla en voz baja! ¡Nos vigilan! —exclamó Calder, quien se acercó y arrimó, como si tuviera algunos secretos que compartir. Una actitud que, según había observado, obligaba a los demás a hacer lo mismo, a pesar de que no fueran proclives a las confidencias—. He pensado que podríamos ayudarnos mutuamente, ya que nos hallamos en una posición similar...

—¿Similar? —replicó Dorado, quien se le acercó amenazadoramente con su cara hinchada, enrojecida y ensangrentada. Calder se echó hacia atrás acobardado, dominado por el miedo y la sorpresa, aunque, en realidad, por dentro, se sentía como un pescador que acababa de sentir un tirón en la caña. Las palabras eran su campo de batalla y la mayoría de aquellos necios eran unos inútiles en ese terreno, del mismo modo que él lo era en un campo de batalla real—. ¿Cómo vamos a estar en una situación similar, *pacificador?*

—Dow el Negro tiene sus favoritos, ¿verdad? Y el resto tenemos que luchar por las migajas.

—¿Favoritos? —Dorado tenía tan machacada la boca que le costaba trabajo articular y cada vez que arrastraba una palabra, parecía más y más encolerizado.

—Hoy has dirigido la carga, mientras *otros* se quedaban rezagados. Has puesto tu vida en peligro y has resultado herido librando la batalla en nombre de Dow. Y ahora son *otros* los que ocupan un lugar de honor, en primera línea, mientras tú tienes que quedarte en la retaguardia, ¿no? Deberás quedarte a esperar, por si acaso te necesitan, ¿eh? —Calder se inclinó un poco más—. Mi padre siempre te admiró. Siempre me dijo que eras un hombre muy listo y honrado, alguien en quien se puede confiar.

Resulta asombroso lo bien que funcionan los halagos por muy patéticos que sean. Sobre todo, con gente tremendamente vanidosa. Calder lo sabía muy bien, ya que en su día él también había sido así.

—Nunca me dijo algo así —masculló Dorado, aunque era obvio que quería creerlo.

—Porque no podía —le aduló Calder—. Era el Rey de los hombres del Norte. No podía permitirse el lujo de decirles a sus hombres lo que realmente pensaba —lo cual era cierto y le venía bien, puesto que su padre siempre pensó que Dorado era un tarugo engreído y Calder compartía esa opinión—. Pero yo sí puedo —pero había decidido que era mejor no decírselo—. No hay ninguna razón que justifique que ambos estemos enfrentados. Eso es lo que Dow quiere, quiere dividirnos. Para poder así compartir todo el poder, el oro y la gloria con gente como Pezuña Hendida, Tenways... y Cabeza de Hierro —Dorado se estremeció al oír ese último nombre, como si tuviera clavado un anzuelo en su rostro machacado y acabara de recibir un fuerte tirón. Aborrecía tanto a Cabeza de Hierro que era incapaz de ver más allá de su odio, el muy idiota—. No podemos permitir que eso pase —esto se lo dijo Calder entre susurros, como un amante, y entonces se atrevió a posar una mano con delicadeza sobre el hombro de Dorado—. Juntos, tú y yo podríamos hacer grandes cosas...

—¡Ya basta! —farfulló Dorado a través de sus labios partidos, mientras se quitaba de encima la mano de Calder de un manotazo—. ¡Vete a contar tus mentiras a otro lado!

No obstante, Calder pudo notar cómo la sombra de la duda planeaba sobre Dorado cuando éste se volvió, y eso era lo único que buscaba: sembrar la duda. Si uno no puede hacer que sus enemigos confíen en él, al menos puede provocar que desconfíen entre ellos. Hay que ser paciente, le había dicho su padre, paciente. Se permitió el lujo de esbozar una sonrisa de suficiencia mientras Dorado y sus hombres se perdían en la noche con paso fuerte y firme. Sólo estaba sembrando. Con el



tiempo, recogería lo sembrado. Siempre que viviera el tiempo suficiente como para sacar la guadaña.

El Lord Gobernador Meed miró con el ceño fruncido por última vez a Finree, en señal de desaprobación y, acto seguido, la dejó a solas con su padre. Sin duda alguna, era incapaz de soportar que alguien pudiera estar por encima de él en una posición de poder, sobre todo si era mujer. Pero si daba por sentado que ella se iba a limitar a criticarlo a sus espaldas, entonces la había subestimado en exceso.

—Meed es un asno obsesionado con las apariencias —gritó, mirando hacia atrás—. Será tan útil en el campo de batalla como una ramera que vende su cuerpo por sólo dos monedas de cobre —meditó al respecto por un momento—. En realidad, no estoy siendo justa. La ramera, al menos, levantaría la moral de las tropas. Meed es capaz de inspirar tanto como un trapo mohoso. Menos mal que has cancelado el asedio de Ollensand antes de que acabara siendo un fiasco total.

Se sorprendió al comprobar que su padre se había dejado caer sobre una silla, situada tras un escritorio portátil, y se sujetaba la cabeza con ambas manos. De repente, parecía un hombre distinto. Parecía consumido, cansado y viejo.

—Hoy he perdido a un millar de hombres, Finn. Y mil más se encuentran heridos.

—Jalenhorm los ha perdido.

—lodos los hombres de este ejército son responsabilidad mía. Yo los he perdido. A un *millar*. Es un número que se dice muy fácilmente. Diez por diez y por diez. ¿Ves cuántos hay? —inquirió, esbozando una mueca de disgusto hacia un rincón, como si éste estuviera repleto hasta arriba de cuerpos—. Todos ellos eran padres, maridos, hermanos, hijos. Toda vida que se ha perdido deja un hueco que yo nunca podré llenar, una deuda que nunca podré pagar —entonces, miró a su hija, con los ojos enrojecidos, a través de los huecos que se abrían entre sus dedos—. Finree, he perdido mil hombres.

Su hija dio un par pasos hacia él.

—Jalenhorm los ha perdido.

—Jalenhorm es un buen hombre.

—Con eso no basta.

—Algo es algo.

—Deberías reemplazarlo.

—Uno tiene que depositar un poco de confianza en sus oficiales, si no, nunca serán merecedores de ella.

—¿No crees que ese consejo es realmente tan patético como parece?

Se miraron mutuamente, con el ceño fruncido, hasta que su padre hizo un gesto con la mano para indicar que prefería no responder a esa pregunta.

—Jalenhorm es un viejo amigo del rey y el rey es muy amigo de sus amigos. Únicamente el Consejo Cerrado puede reemplazarlo.

Pero Finree no se había quedado sin ideas que sugerirle.

—Entonces, reemplaza a Meed. Ese hombre es un peligro para el ejército entero e incluso para la gente que no pertenece a él. Si permites que siga al mando mucho tiempo, el desastre de hoy se olvidará pronto. Enterrado bajo otro mucho peor.

Su padre lanzó un suspiro.

—¿Y a quién debería poner en su lugar?

—Conozco al hombre perfecto. Es un joven oficial muy bueno.

—¿Con buena dentadura?

—Pues sí, y es de alta cuna, y vigoroso, bravo, leal y diligente.

—Ese tipo de hombres suelen tener esposas terriblemente ambiciosas.

—Éste más que ninguno.

Su padre se frotó los ojos.

—Finree, Finree, ya he hecho todo lo posible para que ascienda hasta la posición que ahora ocupa. No deberías olvidar que su padre...

—Hal no es su padre. Además, algunos acabamos superando a nuestros padres.

Kroy hizo como que no había oído este último comentario, aunque dio la impresión de que le costó cierto esfuerzo hacerlo.

—Sé realista, Fin. El Consejo Cerrado no confía en la nobleza y su familia ocupaba un puesto muy destacado en esa clase social, estaba a sólo un paso de la corona. Sé paciente.

—Ya —resopló, menospreciando tanto el realismo como la paciencia.

—Si quieres que tu marido ocupe un puesto más importante —en ese instante, su hija abrió la boca para hablar, pero él alzó la voz sobre la suya—, vas a necesitar un mecenas más poderoso que yo. Si quieres que te dé un consejo... y sé que no quieres, pero aun así... aunque sé que harás lo que te dé la gana. Yo me he sentado en el Consejo Cerrado, en el mismo corazón del gobierno y puedo decirte que el poder es un puñetero espejismo. Cuanto más cerca pareces estar de él, más lejos está. Tienes

que responder a tantos intereses distintos y equilibrarlo todo. Tienes que soportar tantas presiones. Todas las consecuencias de toda decisión que tomes pesan sobremanera sobre tus hombros... por eso no me extraña que el rey nunca tome ninguna. Nunca pensé que desearía retirarme, pero, tal vez, cuando ya no tenga ningún poder, pueda hacer algo de verdad.

Ella no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—¿De verdad tenemos que esperar a que Meed provoque alguna catástrofe?

Miró a su hija, con un gesto de contrariedad.

—Sí. De verdad. Luego tendremos que esperar a que el Consejo Cerrado me escriba para exigirme que lo reemplace y me indique cuál será su sustituto. Siempre que no me reemplacen a mí primero, por supuesto.

—¿Quién podría sustituirte?

—Me imagino que el general Mitterick no rechazaría el nombramiento.

—Mitterick es un presuntuoso de lengua viperina y tiene la misma lealtad que un cuco.

—Entonces, será el candidato ideal para el Consejo Cerrado.

—No sé cómo puedes soportarlo.

—Cuando era joven, solía pensar que tenía respuestas para todo. Por eso todavía albergo cierta simpatía culpable hacia quienes aún se hallan bajo ese espejismo —en ese instante, clavó su mirada en su hija—. Pues no son pocos.

—Así que supongo que una mujer debe limitarse a mantenerse al margen, sonreír como una tonta y vitorear mientras los idiotas hacen que suban las cifras de bajas, ¿eh?

—Todos tenemos que vitorear a idiotas de vez en cuando, así es la vida. En verdad, no tiene sentido que alimente el rencor en mis subordinados. Si una persona es digna de desprecio, ella sola se hundirá pronto sin ayuda.

—Ya.

Pero Finree no tenía previsto esperar tanto tiempo, aunque estaba claro que ahí ya no podía hacer nada más. Su padre ya tenía bastantes preocupaciones y se suponía que debía estar insuflándole ánimos en vez de desanimarlo. En ese instante, posó la mirada sobre el tablero del juego de los cuadros, que seguía con las fichas en la misma posición que las habían dejado la última vez.

—¿Aún seguimos jugando?

—Por supuesto.

—Entonces...

Si bien Finree había estado planeando el siguiente movimiento desde la última vez que vio a su padre, movió la ficha como si se le acabara de ocurrir ahora, arrastrándola hacia delante mientras se encogía de hombros.

Su padre alzó la mirada para contemplarla de manera indulgente, tal y como había hecho cuando ella era una niña.

—¿Estás totalmente segura?

Su hija suspiró.

—Es una táctica tan buena como cualquier otra.

Su padre hizo ademán de coger una pieza y, entonces, se detuvo. Sus ojos recorrieron velozmente el tablero, mientras su mano planeaba sobre él. Su sonrisa se desdibujó. Lentamente, retiró la mano y se acarició con un dedo el labio inferior. Acto seguido, volvió a sonreír.

—¿Por qué has...?

—Así tienes algo en qué pensar aparte de las bajas.

—Para eso, ya tengo a Dow el Negro. Por no hablar del Primero de los Magos y sus colegas —replicó negando amargamente con la cabeza—. ¿Te vas a quedar aquí esta noche? Puedo buscarte un...

—Debería estar con Hal.

—Claro. Claro que sí —a continuación, su hija se agachó y lo besó en la frente, él cerró los ojos y la agarró del hombro por un momento—. Ten cuidado mañana. Preferiría perder a diez mil hombres antes que a ti.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —le espetó mientras se dirigía a la puerta—. ¡Tengo intención de vivir para ver cómo resuelves esa jugada!

La lluvia había parado, por el momento, y los oficiales habían regresado con sus unidades. Todos salvo uno.

Daba la impresión de que Bremer dan Gorst había dudado entre apoyarse de manera despreocupada sobre el listón de madera donde tenían atados a los caballos y permanecer de pie, erguido y orgulloso, por lo que había acabado adoptando una postura un tanto extraña a medio camino entre las dos.

Aun así, Finree ya no podía pensar en él como el chico inofensivo que había conocido, cuando mantenían conversaciones formales, breves y ridículas, en los soleados jardines de Agriont. Un mero rasguño en un lado de la cara era el único indicio que demostraba que había estado luchando todo ese día; el capitán Hardrick le había contado que había cargado él solo contra una legión de hombres del Norte y

había matado a seis. Para cuando escuchó la historia por boca del coronel Brint, ya habían pasado a ser diez. A saber qué historia estarían contando los reclutas a esas alturas. La empuñadura de su espada centelleó levemente cuando él se enderezó; en ese momento se percató, a la vez que le recorría un extraño escalofrío el cuerpo, de que había matado a algún hombre con esa misma espada, sólo unas pocas horas antes. A varios hombres, según la historia que uno decidiera creer. Eso no tendría que haber elevado lo más mínimo la estima que tenía por él, pero lo había hecho, considerablemente. Ahora lo rodeaba un aura de glamurosa violencia.

—Bremer. ¿Estás esperando a mi padre?

—Había pensado que... —respondió, con esa voz aguda, tan extrañamente fuera de lugar, y, acto seguido, añadió un poco más bajo— quizá necesitaras un escolta.

Finree sonrió.

—Por lo que veo, todavía quedan héroes en este mundo, ¿eh? Ve delante de mí.

Calder se sentó en la húmeda oscuridad, a tiro de un largo escupitajo de la fosa donde la gente solía ir a cagar, mientras escuchaba cómo otros hombres celebraban la victoria de Dow el Negro. No le gustaba admitirlo, pero añoraba a Seff. Añoraba la calidez y seguridad que le brindaba su cama. Sin duda alguna, añoraba su aroma cuando la brisa arreciaba y arrastraba el hedor a heces hasta sus fosas nasales. Pero, en medio de todo aquel caos de cánticos, fanfarronerías y peleas de borrachos que reinaba alrededor de las hogueras, sólo se le ocurría un sitio donde uno podía estar seguro de sorprender a un hombre a solas. Además, la traición siempre requiere de cierta privacidad.

Escuchó unas fuertes pisadas que se acercaban hacia la fosa. La persona que se aproximaba no era más que una silueta negra, cuyo contorno se hallaba definido por la luz anaranjada del fuego y sus facciones eran unos meros tenues rasgos grises; aun así, Calder lo reconoció. Había muy pocos hombres, incluso en esta compañía, que fueran tan anchos. Calder se puso en pie, estiró las piernas, que se le habían agarrotado, se aproximó al borde de la fosa y se colocó junto al recién llegado, arrugando la nariz. Por lo que podía ver, lo único que dejaba la guerra a su paso eran fosas repletas de mierda y fosas repletas de cadáveres.

—Cairm Cabeza de Hierro —dijo con suma tranquilidad—. Qué casualidad, ¿eh?

—Vaya, vaya —entonces, se oyó cómo acumulaba un gargajo en la parte posterior de su boca que escupió a continuación hacia el agujero—. Príncipe Calder, qué gran honor. Creía que habías acampado en el oeste, con tu hermano.

—Así es.

—Entonces, estás aquí porque mis fosas huelen mejor que las suyas, ¿no?

—No mucho mejor.

—Entonces, has venido a ver si la tienes más grande que yo, ¿eh? Pero ya sabes que no importa lo grande que sea, sino lo que hagas con ella.

—Se puede decir lo mismo sobre la fuerza.

—O la astucia.

A partir de entonces, reinó el silencio. A Calder no le gustaban los tipos silenciosos. Uno siempre sabe por dónde atacar a un tipo bravucón como Dorado, colérico como Tenways e incluso a una mala bestia como Dow el Negro. Pero a un hombre callado como Cabeza de Hierro, no. Sobre todo en la oscuridad, donde Calder ni siquiera podía adivinar sus pensamientos.

—Necesito tu ayuda —le dijo para ver cómo reaccionaba.

—Imagina que oyes el murmullo del agua.

—No la necesito para mear.

—Entonces, ¿para qué?

—He oído que Dow el Negro quiere verme muerto.

—Pues sabes más que yo. Además, si fuera cierto, ¿a mí qué más me da? No todos te queremos tanto como tú te quieres a ti mismo, Calder.

—Necesitarás aliados dentro de muy poco tiempo, lo sabes muy bien.

—¿Ah, sí?

Calder resopló.

—Ningún necio llega tan alto como has llegado tú, Cabeza de Hierro. Pero creo que a Dow el Negro le caes casi tan mal como yo.

—Así que le caigo mal, ¿eh? ¡Y yo que creía que me había otorgado un lugar de honor en la batalla! ¡En la vanguardia y en el centro, muchacho!

Calder tuvo la desagradable sensación de que había un leve atisbo de risa burlona en el tono de voz con el que había replicado Cabeza de Hierro. No obstante, vio un posible resquicio por donde atacar y no le quedó más remedio que cargar contra él con su sonrisa más despectiva.

—¿Qué sabrá de *honor* Dow el Negro? Un tipo que se volvió en contra del hombre que le perdonó la vida y que le robó a mi padre su cadena para quedársela él. ¿Un lugar de *honor,* dices? Te ha hecho lo que yo le haría al que más temiese. Te ha colocado en el lugar donde tendrás que soportar lo peor de los furibundos ataques del enemigo. Mi padre siempre decía que eras el guerrero más duro del Norte y Dow

el Negro lo sabe. Sabe que nunca te arredras ante nada, que nunca retrocedes. Te ha colocado donde sabe que tu propia fuerza se volverá en tu contra. ¿Y quién se beneficiará de ello? ¿Quiénes se han quedado al margen de la batalla? Tenways y Dorado —esperaba que con sólo pronunciar esos nombres, reaccionara, pero Cabeza de Hierro no se inmutó lo más mínimo—. Se quedarán atrás mientras tú, mi hermano y mi suegro lucháis. Espero que tu honor sea capaz de detener una puñalada por la espalda, cuando ésta se produzca.

Entonces, escuchó un gruñido.

—Por fin.

—¿Por fin qué?

De improviso, escuchó el ruido del orín salpicando allá abajo.

—Eso. Además, ya sabes, Calder, tú mismo lo has dicho.

—¿El qué?

—Que ningún necio llegaría hasta donde yo he llegado. No me creo que Dow el Negro haya decidido acabar conmigo o contigo. Pero de ser así, ¿qué clase de ayuda podrías ofrecerme? ¿Los halagos de tu padre? Sus adulaciones perdieron casi todo su valor cuando fue derrotado en las Altas Cumbres, y el poco que quedaba cuando Nueve el Sanguinario le hizo picadillo el cráneo. Huy —Calder sintió cómo el pis le salpicaba las botas—. Lo siento. Me parece que no todos somos tan habilidosos como tú. Me da que seguiré siendo leal a Dow, a pesar de que tu oferta de aliarte conmigo me ha conmovido.

—Dow el Negro no tiene nada que ofrecer salvo la guerra y el temor que le tienen los demás. Si muere, no quedará nada.

Se sumieron de nuevo en el silencio, mientras Calder se preguntaba si no había ido demasiado lejos.

—Oh —se escuchó un tintineo mientras Cabeza de Hierro se apretaba el cinturón—. Entonces, mátalo. Pero hasta que lo hagas, búscate a otros para que escuchen tus mentiras. Y búscate otra fosa para mear, seguro que no quieres acabar ahogándote en ésta.

Acto seguido, le dio un golpe en la espalda con la palma abierta, lo bastante fuerte como para dejarlo tambaleándose en el mismo borde de la fosa, agitando los brazos en el aire para recuperar el equilibrio. En cuanto lo recuperó, se dio cuenta de que Cabeza de Hierro se había marchado.

Calder permaneció ahí un momento más. Si esa charla había sembrado alguna semilla, no estaba nada seguro de qué fruto daría. Pero no tenía por qué ser algo malo. Además, habría aprendido que Cairm Cabeza de Hierro era un tipo mucho

más perspicaz de lo que aparentaba. Por eso sólo, ya merecía la pena haber acabado con las botas manchadas de meados.

—Algún día, me sentaré en la Silla de Skarling —susurró Calder en la oscuridad—. Y te obligaré a comerte mi mierda y me dirás que nunca has probado nada tan dulce.

Eso le hizo sentirse un poco mejor.

Se secó las botas como pudo y se perdió ufano en la noche.

Descanso y esparcimiento

Finree no hizo mucho ruido. Tampoco Gorst. Pero eso le venía bien. A través de la pálida piel de su amada, podían adivinarse los huesos de su columna, mientras los finos músculos de sus hombros encorvados se tensaban y relajaban y se formaba una antiestética onda que le recorría el trasero a cada embestida, cada golpe de caderas de Gorst, quien cerró los ojos; en su imaginación, ese acto era mucho más hermoso.

Se encontraban en la tienda de su marido. *0 no.* No estaba funcionando. *Mejor en mis aposentos en palacio.* Esos que tenía cuando era el Primer Guardia del rey. *Sí.* Así mejor. Ahí se estaba muy bien. *Eran muy espaciosos.* ¿O quizá mejor en el cuartel general del padre de ella? *¿Sobre su escritorio? ¿Delante de los demás oficiales en una reunión?* Joder, no. *Puaj.* Sus aposentos en palacio eran lo mejor, pues le resultaban muy familiares, ya que aparecían en un millar de sus manidas fantasías en las que el Consejo Cerrado nunca le había desposeído de su cargo.

Te quiero, te quiero, te quiero. Aunque, en realidad, eso no tenía mucho que ver con el amor. Ni con nada. Con nada bonito, seguro. Sólo era un acto mecánico. *Como dar cuerda a un reloj o pelar una zanahoria u ordeñar una vaca.* ¿Cuánto tiempo llevaba ya dándole? Le dolían las caderas, le dolía el estómago, tenía la espalda y el hombro cubierto de moratones, como una manzana pisoteada, tras el combate en los bajíos. Zas, zas, zas, piel contra piel. Mostró los dientes, se aferró con fuerza a sus caderas, a la vez que se obligaba a regresar a sus espaciosos aposentos de palacio...

Me voy, me voy, me voy...

—¿Te falta mucho?

Gorst se quedó paralizado, se vio arrastrado a la realidad repentinamente y sufrió una gélida conmoción. Esa voz no se parecía en nada a la de Finree. Esa mujer tenía la cabeza girada de lado hacia él y piel sudorosa brillaba bajo la luz de la única vela que había allí; además, tenía un hoyuelo, una cicatriz de un acné sufrido hace tiempo, que estaba cubierto de mala manera por una gruesa capa de maquillaje. Ese rostro no se parecía en nada al de Finree. Sus embestidas no parecían haberla impresionado mucho. Le había hecho esa pregunta como una panadera le preguntaría a su aprendiz si los pasteles ya estaban hechos.

Su áspera respiración reverberaba por toda la lona de la tienda.

—Creía que te había dicho que no hablaras.

—Es que hay cola.

Ahora sí que me voy pero de verdad. Ya la tenía flácida. Se puso en pie, haciendo un gran esfuerzo, y se rozó contra el techo de la tienda con su cabeza magullada. Esa mujer era una de las más limpias, pero el aire seguía resultando asfixiantemente empalagoso. El fuerte olor a sudor y jadeos, además de a otras cosas, se había intentado tapar de manera inadecuada con agua de flores. Se preguntó cuántos hombres más habrían pasado por allí esa noche y cuántos más pasarían aún. Se preguntó si ellos también se imaginaban que estaban en otro sitio y que ella era otra persona. *¿Acaso ella también se imagina que somos otra persona? ¿0 le da igual? ¿Nos odia? ¿Acaso sólo somos una sucesión de relojes a los que hay que dar cuerda, de zanahorias que hay que pelar, de vacas que hay que ordeñar?*

La mujer se encontraba de espaldas a él, poniéndose el vestido que pronto se volvería a quitar. Se sintió como si se estuviera ahogando. Se subió los pantalones y se abrochó torpemente el cinturón. Tiró unas monedas a una caja de madera sin ni siquiera contarlas, se abrió paso a través de la portezuela, se adentró en la noche y se quedó ahí de pie, con los ojos cerrados, respirando el aire húmedo y jurando que nunca más lo haría. *Nunca más.*

Uno de los proxenetas estaba fuera y no parecía molestarle el agua que goteaba ligeramente del ala de su sombrero, mientras esbozaba la sonrisa cómplice y levemente amenazadora que suele llevar dibujada en la cara ese tipo de gente como un uniforme.

—¿Le ha gustado?

¿Que si me ha gustado? He sido incapaz de correrme en el tiempo pactado, cuando la mayoría de los hombres son capaces, al menos, de mantener esta clase de relación social ¿no? ¿Qué clase de persona soy, que he de mancillar y arruinar incluso la única emoción decente que siento? Si es que alguien puede definir como decente a estar total y enfermizamente obsesionado con la esposa de otro hombre. Supongo que nadie puede considerarlo como algo decente. Bueno, probablemente, este tipo sí.

Gorst contempló al hombre con detenimiento. Lo miró directamente a los ojos y vio que tras su sonrisa vacua se escondían una gran avaricia y crueldad, así como un tedio infinito.

¿Que si me ha gustado? ¿A lo mejor debería estallar en carcajadas y abrazarte como a un hermano? ¿A lo mejor debería abrazarte sin parar hasta retorcerte la cabeza junto a ese ridículo sombrero de mierda? Si te golpeara la cara hasta que no te quedara ningún hueso en ella, si te aplastara ese cuello escuálido con las manos, ¿crees que el mundo sufriría una gran

pérdida? ¿Acaso alguien se daría cuenta? ¿Me daría cuenta yo mismo? ¿Sería un acto de maldad o de bondad? ¿Acaso no libraría al glorioso ejército del rey de uno de esos gusanos que tanto engordan entre su mierda?

La máscara con la que Gorst tapaba su infierno interior debió de caerse por un momento, o quizá ese hombre estaba mucho más preparado que los cultivados miembros del estado mayor de Jalenhorm y del cuartel general de Kroy, gracias a años de experiencia, para detectar un estallido inminente de violencia con sólo mirar a alguien a la cara. El proxeneta entornó los ojos y dio un paso atrás con suma cautela, al mismo tiempo que se llevaba una mano al cinturón.

Gorst deseó que ese tipo sacara un cuchillo y una oleada de excitación fugaz lo invadió al pensar en el destello del acero. *¿Acaso es eso lo único que me excita ya? ¿La muerte? ¿Enfrentarme a ella y causarla?* ¿No sintió un ligero cosquilleo de nuevo en su dolorida entrepierna ante la posibilidad de una pelea violenta? Pero el proxeneta permaneció inmóvil, observándolo.

—Todo ha ido perfecto.

Gorst se fue caminando con dificultad, sus botas chapotearon en la mugre, mientras paseaba entre aquellas tiendas y se alejaba para adentrarse en el demencial carnaval que, como por arte de magia, surgía tras las líneas del frente siempre que un ejército se detenía en un lugar por más de un par de horas seguidas. Aquel bazar era tan bullicioso y variado como cualquier mercado de las Mil Islas, tan repleto de colores cegadores y fragancias sofocantes como cualquier bazar de Dagoska, donde toda necesidad, gusto o capricho era saciado docenas y docenas de veces.

Mercaderes zalameros sostenían muestras de telas brillantes ante oficiales que estaban demasiado borrachos como para permanecer en pie. Los armeros tocaban una música demoledora con sus yunques mientras los vendedores demostraban la resistencia, el filo o la belleza de unos objetos que eran reemplazados hábilmente por pura basura en cuanto les entregaban el dinero. Un mayor de erizado bigote posaba sentado totalmente inmóvil, con su gran papada y su porte beligerante, mientras un pintor improvisaba precipitadamente un retrato a la luz de las velas. Risas sin alegría y palabras inconexas martilleaban la cabeza dolorida de Gorst. Allí todo era lo mejor de lo mejor, todo estaba hecho a medida, todo era de calidad incontestable.

—¡La nueva vaina que afila sola su espada! —bramó alguien—. ¡Que se afila sola!

—¡Adelantos de sueldo para los oficiales! ¡Préstamos a intereses de primera!

—¡Chicas de Suljuk! ¡Las mejores en la cama!

—¡Flores! —exclamó alguien, con un tono de voz a medio camino entre un cántico y un grito—. ¡Para su esposa! ¡Para su hija! ¡Para su amante! ¡Para su ramera!

—¡Como mascota o para el caldero! —chilló una mujer, a la vez que alzaba en el aire a un perrito perplejo—. ¡Como mascota o para el caldero!

Unos niños que habían madurado mucho antes de lo que les correspondía atravesaban corriendo la multitud ofreciéndose a sacar lustre a alguna prenda o leerle el futuro, a afilarle cualquier cosa o a afeitarle otras, a acicalarlo o incluso a cavar una tumba. Ofrecían cualquier servicio o cosa que pudiera ser comprado o pagado. Una niña cuya edad no pudo precisar dio vueltas alrededor de Gorst danzando y brincando, con sus pies desnudos cubiertos de barro hasta las rodillas. ¿Quién podía saber qué sangres se mezclaban en esa mestiza? ¿Quizá la suljuk, gurka o estiria?

—¿Te gusta lo que ves? —le susurró sensualmente, señalando a un palo donde había colocado con corchetes unas muestras de hilo dorado.

Gorst sintió la repentina necesidad de llorar, esbozó una triste sonrisa y negó con la cabeza. La niña le escupió a los pies y desapareció. Un par de ancianas se encontraban a la entrada de una tienda empapada por la lluvia, repartiendo unos panfletos donde se ensalzaban las virtudes de la templanza y la sobriedad a unos soldados analfabetos que ya habían dejado esos panfletos pisoteados en el barro a un kilómetro a la redonda, donde la lluvia borraba esas lecciones tan valiosas con suma delicadeza.

Dio unos cuantos pasos más, haciendo un esfuerzo inimaginable, hasta que se detuvo en el camino, solo, en medio de aquel gentío. Unos soldados, que lanzaban juramentos, chapotearon por el barro a su alrededor, todos ellos se hallaban tan varados como él en aquel lugar con su patética desesperación, todos ellos buscaban como él en aquel mercado algo que no podía ser comprado. Alzó la vista, boquiabierto, y la lluvia le hizo cosquillas en la lengua. Tal vez esperaba hallar alguna guía ahí arriba, pero las nubes ocultaban las estrellas. *Ellas iluminan el camino de la felicidad a hombres mejores que yo. Como Harod dan Brocky otra gente como él.* Entretanto, recibía empujones y codazos. *Que alguien me ayude, por favor.*

Pero ¿quién?

SEGUNDO DÍA

«No se puede decir que la civilización
no avance, ya que, en todas las guerras,
se inventan nuevas formas de matar»

WLLL ROGERS

Al alba

Cuando Craw consiguió arrastrarse fuera de su lecho, que estaba frío y húmedo como la tumba de un ahogado, el sol no era más que una mancha tan marrón como el barro en medio de la oscuridad del cielo. Después, se pasó torpemente la espada por la hebilla del cinturón y, acto seguido, se estiró, le crujieron los huesos y gruñó mientras llevaba a cabo su rutina de todas las mañanas que consistía en precisar exactamente cuánto le dolía todo. Podía echarle la culpa del dolor que sentía en la mandíbula a Hardbread y sus muchachos, el de las piernas a haber tenido que atravesar unos cuantos campos corriendo y a haber ascendido una colina, donde había pasado la noche acurrucado para protegerse del viento, pero de aquel jodido dolor de cabeza el único culpable era él. Se había tomado un par de tragos o quizá unos cuantos más la noche anterior, para sobrellevar mejor la pérdida de los caídos y brindar por la suerte de los vivos.

La mayoría de la docena se encontraba ya reunida alrededor de un montón de madera mojada que en un día mejor habría permitido hacer un fuego. Drofd se hallaba agachado sobre la leña y juraba en voz baja al fracasar una y otra vez sus intentos por encenderla. Tendrían que desayunar algo frío.

—Oh, lo que daría por un techo —susurró Craw mientras se acercaba cojeando.

—Estoy partiendo el pan en rebanadas muy finas, ¿lo ves? —Whirrun sostenía al Padre de las Espadas entre ambas rodillas, mientras frotaba una barra de pan contra la hoja con un cuidado ridículo, como cuando un carpintero cincela una junta muy importante.

—¿Rebanadas de pan? —Wonderful dejó de observar aquel valle negro para contemplarlo a él—. No veo que ese fuego prenda, ¿eh?

Yon escupió hacia atrás.

—Eso da igual, ¿puedes seguir con eso, joder? Tengo hambre.

Whirrun los ignoró.

—En cuanto tenga cortadas las dos rebanadas —entonces, dejó caer una pálida loncha de queso en una de las rebanadas y colocó bruscamente la otra encima como si estuviera atrapando así a una mosca—, coloco el queso entre ambas, ¡y ya está!

—Pan con queso —en ese momento, Yon sopesó la media barra que tenía en una mano con el queso que sostenía en la otra—. Es lo mismo que tengo yo.

Dio un mordisco al queso y se lo lanzó a Scorry.

Whirrun suspiró.

—¿Ninguno de vosotros es capaz de *ver* más allá? —sostuvo en alto su obra maestra para que la iluminara la poca luz que había, que era prácticamente inexistente—. Esto no es sólo pan con queso, al igual que una buena hacha no es sólo madera y hierro, ni una persona viva es sólo carne y pelo.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Drofd, quien se apartó de la madera mojada a la vez que tiraba disgustado el pedernal.

—Algo totalmente nuevo. Una fusión de dos humildes elementos, el pan y el queso, para formar un todo mejor. Yo lo llamo... la trampa de queso —Whirrun le dio un delicado mordisquito en una esquina—. Oh, sí, amigos míos. Esto sabe a... progreso. También sabe bien con jamón. Bueno, con cualquier cosa.

—Deberías probarlo con un zurullo —le espetó Wonderful.

Drofd se sorbió un moco al echarse a reír, pero Whirrun apenas le prestó atención.

—Esto es lo que tiene la guerra. Obliga a los hombres a hacer cosas nuevas con lo que tiene. Los obliga a pensar de otra manera. Sin guerra, no hay progreso —se recostó sobre un codo—. Mirad, la guerra es como el arado que mantiene la tierra fértil, como el fuego que despeja los campos, como...

—¿Como la mierda que hace que las flores crezcan? —inquirió Wonderful.

—¡Exacto! —Whirrun la señaló bruscamente con esa cosa nueva que sostenía en la mano y el queso se cayó a la hoguera sin encender. Wonderful estuvo a punto de caerse al suelo del ataque de risa. Yon resopló tan fuerte que se le salió el pan por la nariz. Incluso Scony dejó de canturrear para carcajearse con ganas. Craw también se rió y eso le sentó muy bien. Tuvo la sensación de que había pasado mucho tiempo desde la última vez. Whirrun observó contrariado las dos rebanadas de pan.

—Me parece que no lo atrapé con suficiente fuerza.

Al instante, se las llevó a la boca y se puso a rebuscar el queso entre esas ramitas mojadas.

—¿Alguna señal de que la Unión pretenda actuar? —preguntó Craw.

—Yo no he visto nada —respondió Yon, entornando los ojos para observar las zonas iluminadas que empezaban a divisarse en el este—. Aunque despunta el alba. Supongo que en breve podremos ver más.

—Será mejor que despertemos a Brack —sugirió Craw—. Se pasará todo el día cabreado si se pierde el desayuno.

—Sí, jefe —respondió Drofd, y fue corriendo hacia donde el montañés estaba durmiendo.

Craw señaló al Padre de las Espadas, a la parte de su hoja que estaba desenvainada.

—¿Ahora no deberías saciar su sed de sangre?

—Quizá se conforme con unas migas —contestó Wonderful.

—Ay, no —Whirrun acarició su filo con la palma de la mano y luego lo limpió con el último trozo de pan que le quedaba. Después volvió a meter la espada en su vaina con suma delicadeza—. El progreso puede ser muy doloroso —masculló, chupándose el corte.

—¿Jefe? —por lo que pudo distinguir Craw en la penumbra, a pesar de que el viento mecía el pelo de Drofd de tal modo que le tapaba la cara, éste parecía preocupado—. No creo que Brack quiera levantarse.

—Eso ya lo veremos —Craw se dirigió hacia él dando grandes zancadas, su enorme silueta estaba vuelta de costado y las sombras se acumulaban en los pliegues de su manta—. Brack —le dijo, dándole un golpecito con la punta de su bota—. ¿Brack?

El lado tatuado de la cara de Brack se encontraba cubierto por gotas de rocío. Craw le puso una mano encima. Estaba frío. Ya no parecía una persona. Sólo era carne y pelo, tal y como Whirrun había dicho.

—Levanta, Brack, gordo puerco —le espetó Wonderful—. Antes de que Yon se coma todo tu...

—Brack está muerto —afirmó Craw.

Finree no habría podido precisar cuánto tiempo llevaba despierta, estaba sentada sobre su arcón de viaje, junto a la ventana, con los brazos apoyados sobre el frío alféizar y la barbilla apoyada sobre las muñecas. Lo bastante como para poder observar cómo el horizonte desigual que conformaban los cerros al norte se iba distinguiendo del cielo, como para que ese río que discurría tan rápido emergiera reluciente de la niebla, como para que los bosques al este adquirieran una tenue textura. Ahora, si entornaba los ojos, era capaz de distinguir la mellada parte superior de la valla que rodeaba Osrung, donde una luz brillaba en la ventana de una torre solitaria. Entre los pocos centenares de zancadas de negras tierras de labranza

que separaban a Finree de la ciudad, podía verse una curva desigual de antorchas titilantes que indicaba dónde se encontraban las posiciones de la Unión.

En cuanto el cielo se hallara un poco más iluminado, en cuanto el mundo se llenara de unos cuantos detalles más, los hombres del Lord Gobernador Meed abandonarían raudos y veloces esas trincheras y se dirigirían a la ciudad. Eran el fuerte puño derecho del ejército de su padre. Entonces, se mordió la punta de la lengua con tanta fuerza que le dolió. Se encontraba emocionada y asustada al mismo tiempo.

Se estiró y miró hacia atrás, para observar la estancia, pequeña y repleta de telarañas. Si bien había intentando limpiarla con cierta desgana, tenía que admitir que como ama de casa era patética. Se preguntó qué habría sido de los dueños de aquella posada. Se preguntó incluso cuál era el nombre de aquel lugar. Creyó haber visto un listón por encima de la puerta, pero de él no pendía ningún letrero. Eso es lo que hace la guerra. Priva de su identidad a la gente y a los lugares y los transforma en enemigos que forman una línea, en posiciones que deben ser tomadas, en recursos a acaparar. En cosas anónimas que pueden ser aplastadas y robadas despreocupadamente y quemadas sin remordimientos. Sí, la guerra es un infierno y todo eso. Pero también presenta muchas oportunidades.

Se dirigió a la cama, o, más bien, al colchón relleno de paja que estaban compartiendo, y se inclinó sobre Hal, para estudiar detenidamente su rostro. Parecía tan joven, con los ojos cerrados y la boca abierta, con la mejilla apretada contra la sábana, mientras respiraba lanzando silbidos por la nariz. Parecía tan joven e inocente, e incluso un poco estúpido.

—Hal —susurró y, a continuación, le lamió con dulzura el labio superior. El abrió los ojos y se estiró. Acto seguido, con los brazos aún por encima de la cabeza, elevó el cuello para besarla. Después, vio la ventana y la trémula luz que iluminaba el cielo.

—¡Maldita sea! —se quitó las mantas de encima y salió de la cama a todo correr—. Deberías haberme despertado antes.

Se acercó a un cuenco agrietado y se echó agua a la cara; a continuación, se secó con un trapo y se puso los pantalones que había llevado el día anterior.

—Vas a llegar pronto —le dijo, apoyándose sobre los codos mientras observaba cómo se vestía.

—Tengo que llegar más pronto que nadie. Ya lo sabes.

—Parecías tan tranquilo que no me he atrevido a despertarte.

—Se supone que tengo que ayudar a coordinar el ataque.

—Sí, supongo que alguien tiene que hacerlo.

Se quedó paralizado por un momento, con la camisa por encima de la cabeza, hasta que, de repente, tiró de ella hacia abajo.

—Quizá... deberías quedarte hoy en el cuartel general de tu padre, arriba, en el cerro. La mayoría de las esposas de los demás han regresado ya a Uffrith.

—Si hubiéramos podido lograr que Meed se largara con el resto de esas viejas obsesionadas con todo lo relacionado con la ropa, quizá aún tendríamos alguna oportunidad de obtener la victoria.

Hal insistió.

—Ya sólo quedáis Aliz dan Brint y tú, y estoy preocupado por ti...

Hal era tremenda y dolorosamente transparente.

—Quieres decir que te preocupa que le monte una escena al incompetente de tu comandante en jefe.

—Eso también. ¿Dónde está mi..?

Finree dio una patada a la espada, que rodó estruendosamente por los tablones del suelo, y Hal tuvo que agacharse para cogerla.

—Es una vergüenza que un hombre como tú tenga que aceptar órdenes de un hombre como Meed.

—El mundo está repleto de cosas realmente vergonzantes. Hay cosas mucho peores.

—Hay que hacer algo con él, lo digo en serio.

Hal aún seguía muy ocupado forcejeando con el cinturón en el que llevaba la espada.

—No se puede hacer nada al respecto, salvo intentar sobrellevarlo con dignidad.

—Bueno... alguien podría comentarle al rey lo mal que lo está haciendo.

—Quizá aún no lo sepas, pero mi padre y el rey tuvieron ciertas desavenencias sin importancia en su día. Ahora mismo no cuento con el favor del rey precisamente.

—Pero tu buen amigo, el coronel Brint, sí.

Hal alzó la mirada bruscamente.

—Fin. Eso sería un golpe muy bajo.

—¿Y eso a quién le importa si al final puedes lograr lo que te mereces?

—A mí me importa —le espetó, a la vez que se conseguía abrochar el cinturón—. Uno progresa haciendo lo correcto. Esforzándose, actuando de manera leal y obedeciendo las órdenes. Uno no asciende de esa... de esa...

—¿De esa qué?

—De esa manera que sugieres, sea cual sea.

Finree sintió la repentina e irrefrenable necesidad de hacerle daño. Quería decirle que podría haberse casado fácilmente con un hombre cuyo padre no fuera el traidor más infame de su generación. Quería señalar que el cargo que ahora ostentaba lo tenía únicamente gracias al mecenazgo de su padre y de las constantes maniobras arteras de ella, que si lo hubiera abandonado a su suerte, habría tenido que acabar demostrando su valía y su lealtad como un mero teniente de un regimiento provincial. Quería decirle que era un buen hombre, pero que el mundo no era como las buenas personas creían que era. Por suerte, él habló primero.

—Fin, lo siento. Sé que quieres lo mejor para ambos. Sé que ya has hecho mucho por mí. No te merezco. Pero... déjame que haga las cosas a mi manera. Por favor. Prométeme que no harás nada... sin pensar.

—Lo prometo.

De ese modo, se estaba limitando a prometerle que hiciera lo que hiciese estaría bien pensado. O, llegado el caso, simplemente rompería su promesa, pues no se las tomaba demasiado en serio.

Hal sonrió, un tanto aliviado, y se agachó para besarla. Ella le devolvió el beso con muy poco entusiasmo, pero, entonces, cuando notó que los hombros de él se hundían, se acordó de que hoy correría peligro, así que le pellizcó en la mejilla y se la agitó.

—Te quiero.

Por eso había ido hasta aquí, ¿no? Por eso se había arrastrado por el barro junto a los soldados, ¿eh? Para estar con él. Para apoyarlo. Para dirigirlo por el camino adecuado. Los Hados sabían que necesitaba su guía.

—Yo te quiero aún más —replicó.

—Esto no es una competición.

—¿No?

Acto seguido, salió de la habitación mientras se ponía la chaqueta. Amaba a Hal. De verdad. Pero si tenía que esperar a que lograra lo que tanto se merecía a través de su honradez y bondad natural, más le valdría esperar a que el cielo se cayera.

Y no pensaba malgastar su vida siendo la esposa de un vulgar coronel.

Hacía mucho tiempo que el cabo Tunny se había labrado una reputación como el mayor dormilón de todo el ejército de su Majestad. Era capaz de dormirse en

cualquier sitio, en cualquier situación, y despertarse, al instante, preparado para entrar en acción o, aún mejor, dispuesto a evitarla. Fue capaz de permanecer dormido durante todo el asalto a Ulrioch en la trinchera más cercana a la zona donde lograron quebrar las defensas de la ciudad, a sólo cincuenta zancadas; después, cuando la lucha ya menguaba, se despertó justo a tiempo para poder avanzar a saltos entre los cadáveres y hacerse con un buen botín al igual que cualquiera que hubiera desenvainado la espada ese día.

Por eso, una zona boscosa anegada en medio de una llovizna, donde sólo contaba con un apestoso impermeable para protegerse de la lluvia, era un lugar tan bueno para dormir para él como una cama de plumas. Pero sus reclutas tenían bastantes más problemas para conciliar el sueño. Tunny se despertó súbitamente bajo la gélida penumbra cuando despuntaba el alba, estaba apoyado contra un árbol y sostenía el estandarte del regimiento en un puño, mientras levantaba la capucha del impermeable con un dedo para comprobar si seguían ahí los dos hombres a los que había dejado encorvados sobre el terreno empapado.

—¿Así? —preguntó Yema con su aguda voz.

—No —susurró Worth—. Pon la madera ahí debajo y luego frótala como...

Tunny se levantó como un rayo y pisoteó con firmeza aquel montón de palos viscosos, aplastándolo por completo.

—¡No hagan un fuego, idiotas, si el enemigo no divisa las llamas, seguro que podrá ver el humo!

No obstante, Yema no habría sido capaz de encender aquella madera podrida y empapada ni aunque lo hubiera estado intentando diez años. Ni siquiera sostenía el pedernal como era debido.

—¿Cómo vamos a freír el beicon si no, cabo? —preguntó Worlh, levantando una sartén, en cuyo interior yacía una blanquecina loncha muy poco apetecible.

—No lo van a freír.

—¿Nos lo vamos a comer crudo?

—Yo no se lo aconsejaría —contestó Tunny—. Y menos a usted, Worth, que tiene los intestinos muy sensibles.

—¿Mis qué?

—Me refiero a sus jodidas tripas.

Worth se hundió de hombros.

—Entonces, ¿qué vamos a comer?

—¿Qué tienen?

—Nada.

—Pues eso es lo que van a comer. A menos que den con algo mejor.

Si bien era cierto que lo habían despertado antes del alba, Tunny estaba más malhumorado de lo normal. Tenía la sensación de que tenía que estar muy enfadado por algo, pero no sabía por qué. Hasta que se acordó de cómo el agua sucia había cubierto el rostro de Klige; al instante, dio una patada a la patética hoguera que había intentando montar Yema y las ramas se perdieron entre la empapada maleza.

—El coronel Vallimir se ha presentado aquí hace un rato —murmuró Yema, como si eso fuera justo lo que necesitaba Tunny para animarse.

—Estupendo —mascullό—. A lo mejor podemos comérnoslo.

—Quizá haya venido con algo de comida.

Tunny resopló.

—Los oficiales lo único que traen siempre son problemas y nuestro amigo Vallimir es uno de los peores en ese aspecto.

—¿Es estúpido? —inquirió Worth entre susurros.

—No, es muy listo —respondió Tunny—. Y muy ambicioso. De esos que ascienden trepando por encima de los cadáveres de los plebeyos.

—¿Nosotros somos plebeyos? —preguntó Yema.

Tunny lo miró fijamente.

—Usted encarna la definición de ese término —le espetó, aunque Yema pareció sentirse halagado incluso—. ¿Aún no se sabe nada de Ahívalavirgen?

—Lederlingen, cabo Tunny.

—Sé su nombre, Worth. He decidido hacer una broma con él porque me divierte.

El cabo hinchó los carrillos y resopló. El listón de lo que encontraba divertido o no había bajado peligrosamente desde que esa campaña había comenzado.

—No lo he visto —afirmó Yema, a la vez que contemplaba con tristeza la loncha de beicon abandonada.

—Eso es algo, al menos —entonces, ambos muchachos se le quedaron mirando con gesto inexpresivo—. Leprosingen fue a decirles dónde estamos a esos tipos a los que tanto les gusta jugar a los soldaditos. Casi seguro que será él quien nos comunique las nuevas órdenes.

—¿Qué órdenes? —inquirió Yema.

—¿Cómo voy a saber en qué consisten esas órdenes? Además, recibir órdenes siempre es algo malo —Tunny contempló ceñudo los árboles. No podía ver mucho

más tras esa espesura de troncos, ramas, sombras y niebla, pero sí pudo escuchar el murmullo de un arroyo distante, que discurría caudaloso debido a que había recogido la mitad de la llovizna que había caído la noche anterior. La otra mitad parecía hallarse en su ropa interior—. Quizá nos ordenen atacar. Que crucemos ese arroyo y arremetamos contra los hombres del Norte por el flanco.

Worth dejó la sartén con sumo cuidado en el suelo mientras se agarraba el estómago.

—Cabo, creo que...

—Pues no quiero que lo haga aquí, ¿entendido?

Worth se adentró a todo correr en la maleza envuelta en sombras, al mismo tiempo que intentaba desabrocharse con torpeza el cinturón. Tunny apoyó la espalda sobre un tronco, cogió la petaca de Yema y le dio un sorbito.

Yema se relamió sus pálidos labios.

—¿Puedo...?

—No —Tunny contempló al recluta con los ojos entornados mientras daba otro trago—. A menos que tenga algo con qué pagarme —silencio—. Pues nada, entonces.

—Una tienda podría ser ese algo —susurró Yema con un tono de voz casi demasiado suave como para ser escuchado.

—Sí, podría, pero las tiendas están con los caballos y el rey ha estimado adecuado suministrar a sus leales soldados un nuevo modelo espectacularmente ineficaz que tiene goteras por todas partes —lo cual había provocado que surgiera un lucrativo mercado donde se trapicheaba con las tiendas antiguas del que Tunny había sacado un buen provecho en dos ocasiones—. Además, ¿cómo iba a traer una tienda hasta aquí?

Entonces, se retorció sobre aquel árbol de modo que la corteza le rascó los omoplatos, que le picaban.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Yema.

—Nada en absoluto, soldado. A menos que reciba instrucciones específicas y precisas en sentido contrario, un buen soldado lo único que debe hacer siempre es no hacer nada —en un estrecho triángulo conformado por varias ramas negras, el cielo mostraba un leve y muy débil atisbo de luz. Tunny esbozó un gesto de contrariedad y cerró los ojos—. Lo que la gente que se queda en casa no sabe que la guerra es un aburrimiento.

Y, sin más, se volvió a quedar dormido.

Calder tuvo el mismo sueño de siempre.

Se encontraba en el Gran Salón de Skarling en Carleon, que se hallaba sumido en la penumbra, el murmullo del río que discurría en el exterior penetraba a través de las altas ventanas. Todo esto sucedía años atrás, cuando su padre era aún el Rey de los Hombres del Norte. Estaba observando a su yo joven, sentado en la Silla de Skarling con una sonrisa de suficiencia en los labios. Sonreía a Forley el Flojo, quien se encontraba atado de pies y manos, Malasangre estaba de pie sobre él con el hacha preparada.

Calder era consciente de que era un sueño, pero sintió el mismo gélido espanto de siempre. Intentaba gritar, pero su boca no respondía. Intentaba moverse, pero estaba tan atado como Forley. Atado por lo que había hecho y lo que no había hecho.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Malasangre.

Y Calder respondió:

—Mátalo.

En cuanto descendió el hacha, se despertó sobresaltado, enredado con las mantas. La habitación se hallaba sumida en una oscuridad absoluta. No sintió esa sensación cálida de alivio que a uno le invade cuando se despierta de una pesadilla. No, en absoluto. Calder se levantó de la cama y se frotó las sudorosas sienes. Había dejado de intentar ser un buen hombre hacía mucho, ¿verdad?

Entonces, ¿por qué seguía soñando como si lo fuera?

—¿Soñabas con la paz? —Calder alzó la vista sobresaltado, con el corazón a punto de salírsele del pecho. Una gran silueta se encontraba sentada en una silla, en un rincón. Una silueta más oscura que la oscuridad—. Recuerda que fuiste desterrado por defender la paz.

Calder respiró aliviado.

—Buenos días a ti también, hermano.

Scale iba ataviado con su armadura, pero eso no le sorprendió. Calder empezaba a sospechar que dormía con ella puesta.

—Creía que tú eras el hermano listo. A este paso, acabarás volviendo al barro gracias a tu inteligencia y me arrastrarás contigo, y adiós al legado de nuestro padre. ¿Cómo se te ocurre hablar de paz en un día victorioso?

—¿Viste sus rostros? Muchos de los que acudieron a esa reunión están dispuestos a dejar de luchar, y les da igual que éste sea un día victorioso o no. Vendrán días mucho más duros y, cuando eso ocurra, muchos más verán las cosas como nosotros...

—Como *tú* —le espetó Scale—. Yo tengo una batalla que luchar. Un hombre no llega a ser considerado un héroe por sólo hablar.

Calder apenas puedo disimular en su tono de voz el desprecio que sentía por él.

—Quizá lo que el Norte necesita sea menos héroes y más gente con cabeza. Más gente que construya y no destruya. Quizá nuestro padre sea recordado por sus batallas, pero su legado son los caminos que levantó, los campos que despejó, las ciudades, las forjas, los muelles y...

—Construyó esos caminos para que sus ejércitos los recorrieran. Despejó esos campos para alimentarlos. Las ciudades engendraron soldados, las forjas fabricaron espadas y a los muelles llegaron armas.

—Nuestro padre luchó porque no le quedó más remedio, no porque...

—¡Esto es el Norte! —exclamó Scale, cuya voz hizo temblar esa pequeña habitación—. ¡Aquí todo el mundo tiene que luchar! —Calder tragó saliva; de repente, ya no se sentía tan seguro de sí mismo e incluso estaba un poco asustado—. Lo quieran o no. Tarde o temprano, todos tienen que luchar.

Calder se relamió los labios, no estaba dispuesto a admitir una derrota.

—Nuestro padre prefería obtener lo que quería mediante palabras. Los hombres le escuchaban...

—¡Los hombres le escuchaban porque sabían que *tenía agallas!* —Scale propinó un fuerte puñetazo al brazo de la silla y la madera se quebró, lo volvió a golpear hasta romperlo, hasta que acabó rodando con estrépito por los tablones del suelo—. ¿Sabes qué es lo que recuerdo que solía decirme? «Consigue lo que puedas mediante la palabra, porque hablar es gratis, aunque las palabras de un hombre armado siempre suenan mucho mejor. Siempre que vayas a hablar, lleva tu espada contigo» —entonces, se puso en pie y lanzó algo al otro lado de la habitación. Calder chilló y la agarró cuando le golpeó en el pecho de manera dolorosa. Era dura y pesada, estaba hecha de un metal que brillaba tenuemente. Era su espada envainada—. Sal de ahí —Scale se puso en pie de manera amenazante—. Y trae tu espada.

Fuera de la destartalada granja apenas había un poco más de luz. El primer destello del alba podía divisarse en el plomizo cielo al este, resaltando a los Héroes en la cima de aquella colina con un negro solemne. El viento, que levantaba olas en la cebada, iba cobrando fuerza y azotaba los ojos de Calder, que se abrigó tiritando. Un espantapájaros, cuyos guantes desgarrados no cesaban de indicar a algún compañero que se acercara, danzaba un baile enloquecido sobre un poste situado cerca de la casa. El Muro del Clail era un montón de musgo que le llegaba a uno a la altura del pecho y que recorría esos campos desde más allá de una elevación situada a su derecha hasta alzarse un buen trecho por el empinado flanco de los Héroes. Los

hombres de Scale se hallaban acurrucados a su socaire, la mayoría todavía envueltos en sus mantas, exactamente donde a Calder le hubiera gustado estar. No recordaba la última vez que había visto el mundo a una hora tan temprana y parecía un lugar mucho más feo de lo habitual.

Scale señaló hacia el sur, a través de un agujero que había en el muro, por el que se divisaba un basto sendero salpicado de charcos.

—La mitad de nuestros hombres se esconden cerca del Puente Viejo. Cuando la Unión intente cruzarlo, detendremos a esos cabrones.

Calder no quería llevarle la contraria, por supuesto, pero tenía que preguntárselo.

—¿Cuántas tropas de la Unión hay ahora al otro lado del río?

—Muchas —Scale lo miró como si lo estuviera retando a decir algo, pero Calder se limitó a rascarse la cabeza—. Te quedarás aquí, en la retaguardia, con Pálido como la Nieve y el resto, tras el Muro de Clail —Calder asintió. Quedarse tras un muro le parecía perfecto—. Aunque lo más probable es que necesitemos tu ayuda tarde o temprano. Cuando te la pida, acude a mi llamada. Lucharemos juntos —Calder hizo una mueca de contrariedad bajo aquel viento. Eso no ya le parecía tan perfecto—. Puedo confiar en que lo harás, ¿verdad?

Calder miró ceñudo de soslayo.

—Por supuesto —el príncipe Calder, siempre digno de confianza—. No te decepcionaré —añadió el valiente, audaz y buen príncipe Calder.

—Pese a que hemos perdido mucho, aún nos tenemos el uno al otro —Scale colocó su enorme mano sobre el hombro de Calder—. Ser hijo de un gran hombre no es fácil, ¿verdad? La gente tiende a pensar que eso acarrea toda clase de ventajas... que uno se aprovecha de la admiración y respeto que se ganó su padre. Pero, en realidad, nos sucede lo mismo que a las semillas de un gran árbol que intentan crecer bajo su asfixiante sombra, muy pocas logran alcanzar la luz del sol.

—Ya.

Calder no mencionó que ser el hijo menor de un gran hombre era el doble de duro, pues uno tiene dos árboles que talar antes de poder extender sus hojas bajo la luz del sol.

Scale asintió en dirección hacia el Dedo de Skarling. Unos pocos fuegos todavía centelleaban en los flancos de la colina donde los hombres de Tenways habían instalado sus campamentos.

—Si no podemos detenerlos, Brodd Tenways nos ayudará.

Calder arqueó las cejas.

—El mismísimo Skarling cabalgaría en mi ayuda antes que ese viejo cabrón.

—Entonces, tendremos que depender el uno del otro. Quizá no siempre estemos de acuerdo, pero somos familia —Scale le ofreció la mano y Calder se la estrechó.

—Sí, familia.

A medias, en realidad.

—Buena suerte, hermano.

—Lo mismo digo. *Medio hermano.* Calder observó cómo Scale se subía a su caballo y se alejaba presuroso por el camino que llevaba al Puente Viejo.

—Tengo la sensación de que hoy necesitará algo más que suerte, alteza —comentó Foss Deep, quien se hallaba bajo un porche medio derruido, por el que se colaba la lluvia; acto seguido, se desvaneció tras el desgastado muro situado detrás con su desgastada ropa y su desgastado rostro.

—No sé qué decirte —Shallow se encontraba sentado, envuelto en una manta gris, de tal modo que sólo su cabeza sonriente, que parecía carecer de cuerpo, era visible—. Quizá le baste con una enorme montaña de buena suerte.

Calder se alejó de ellos, sumido en un silencio mohíno, y observó con el ceño fruncido esos campos en dirección sur. Tenía la sensación de que podían estar diciendo una gran verdad.

No fueron los únicos que tuvieron que revolver la tierra. Unos cuantos heridos más debían de haber muerto esa noche. Uno podía ver los pequeños grupos de gente, encorvada por la pena bajo la llovizna, o más bien por la autocompasión, que te deja el mismo aspecto y sirve de igual modo en un funeral. Se podía escuchar cómo los jefes soltaban sus vacuos balbuceos, cómo todos ellos intentaban hablar con el mismo tono de pena. Pezuña Hendida era uno de ellos, se encontraba sobre la tumba de uno de los Grandes Guerreros de Dow, a no más de veinte pasos de distancia, despidiéndolo con ojos llorosos. Aunque no había ni rastro de Dow. A él sí que no le pegaba tener los ojos llorosos.

Entretanto, las tareas normales del día dieron inicio sin que nadie reparara especialmente en ellas, tan invisibles como los espectrales cortejos fúnebres. Los hombres se quejaban mientras abandonaban a su pesar las mojadas camas, lanzando juramentos porque tenían la ropa empapada y secaban las armas y armaduras, mientras salían a buscar comida, orinaban, se rascaban, apuraban las últimas gotas de las botellas de la noche anterior, comparaban trofeos que le habían robado a la Unión y reían alguna chanza u otra. Se reían muy alto porque todos sabían que les

esperaba un día sombrío y que había que aprovechar para reír cuando todavía se podía.

Craw miró a los demás, todos tenían la cabeza gacha. Todos salvo Whirrun, que estaba arqueado hacia atrás, al mismo tiempo que sostenía al Padre de las Espadas entre sus brazos cruzados y dejaba que la lluvia tamborileara sobre su lengua. A Craw eso le enfadaba un poco e incluso le daba cierta envidia. Le hubiera gustado que lo consideraran un loco para no tener que someterse a esas vacuas rutinas. Pero hay una forma correcta de hacer las cosas y no podía buscarse excusas.

—¿Qué hace que un hombre sea un héroe? —inquirió al aire húmedo—. ¿Sus grandes proezas? ¿Su gran reputación? ¿La gloria y las canciones? No. Supongo que consiste en apoyar a tu grupo —Whirrun asintió con un gruñido y, acto seguido, volvió a sacar la lengua—. Brack-i-Dayn bajó de las colinas hace quince años y luchó a mi lado catorce de ellos, y siempre puso los intereses del grupo por delante de los suyos propios. He perdido la cuenta de las veces que ese cabronazo me salvó la vida. Siempre tenía una palabra amable, o graciosa. Creo que incluso logró que Yon se riera una vez.

—Dos veces —dijo Yon, con una expresión más severa que nunca. Si se hubiera vuelto un poco más dura, habría podido arrancar trozos de los Héroes a golpes con ella.

—Nunca se quejó. Salvo cuando no había mucho que comer —a Craw le falló la voz por un momento y soltó una especie de gallo. Algo que quedaba estúpido en un jefe, sobre todo en un momento como ése. Se aclaró la garganta y prosiguió hablando—. Aunque Brack nunca consideraba que tuviera suficiente para comer. Murió... en paz. Supongo que le habría gustado acabar así, a pesar de que le encantaban las buenas peleas. Morir mientras duermes es mucho mejor que morir con un trozo de acero clavado en las entrañas, por mucho que digan las canciones.

—Que les den a las canciones —dijo Wonderful.

—Sí. Que les den. No sé quién está enterrado aquí debajo, la verdad. Pero si se tratara del mismísimo Skarling, estaría orgulloso de compartir la misma tierra con Brack-i-Dayn —los labios de Craw se curvaron—. Y si no, que le den también a él. Regresa al barro, Brack.

Se arrodilló y no le costó mucho fingir que sentía un hondo dolor ya que tuvo la sensación de que la rótula se le iba a salir de su sitio, después cogió un puñado de húmeda de tierra negra y espolvoreó sobre el resto.

—Regresa al barro —murmuró Yon.

—Regresa al barro —repitió Wonderful.

—Aunque mirándolo por el lado bueno —dijo Whirrun—, ahí es donde vamos a acabar todos, de un modo u otro, ¿no?

Miró a su alrededor como si esperara que eso fuera a subirle los ánimos a los demás, pero, en cuanto comprobó que no era así, se encogió de hombros y se volvió.

—El viejo Brack se nos ha ido —Scorry se puso de cuclillas junto a la tumba, con una mano apoyada sobre la tierra húmeda y el ceño fruncido ante un enigma que no alcanzaba a comprender—. No me lo puedo creer. Aunque ha dicho unas grandes palabras, jefe.

—¿Tú crees? —Craw esbozó una mueca de dolor mientras se ponía en pie y, a continuación, se limpió la tierra de las manos—. No sé cuántos funerales como éstos voy a poder soportar.

—Ya —murmuró Scorry—. Es el signo de los tiempos.

Primeras observaciones

—Levanta.

Beck apartó el pie de un empujón, con gesto iracundo. No le gustaba demasiado recibir una patada en las costillas, pero menos aún de Reft, y menos aún cuando le daba la sensación de que se acababa de dormir. Había permanecido despierto en la oscuridad por mucho tiempo, pensando en cómo Escalofríos había atravesado a aquel hombre, dándole vueltas y más vueltas a esa imagen mientras se revolvía bajo su manta. Incapaz de sentirse a gusto. Ni con su manta ni pensando en cómo aquel pequeño cuchillo entraba y salía.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? La Unión se acerca.

Beck se quitó la manta de encima, cruzó la buhardilla y se agachó para evitar una viga bastante baja, olvidándose de inmediato de la ira y el sueño. Cerró de una patada la chirriante puerta de un gran armario que había ahí, apartó a empujones de su camino a Brait y Stodder y se plantó delante de una de las estrechas ventanas para observar lo que pasaba.

Casi esperaba ver a unos hombres masacrándose unos a otros en las afueras de los senderos de Osrung, así como sangre volando y banderas ondeando, mientras se cantaban canciones justo debajo de su ventana. No obstante, a primera vista, la ciudad estaba muy tranquila. Hacía poco que había amanecido y la lluvia conformaba una grasienta neblina sobre los apiñados edificios.

Al otro lado de una plaza empedrada, a quizá unas cuarenta zancadas, fluía un río marrón, cargado de la lluvia que procedía de los cerros. El puente no parecía ser gran cosa para todo el follón que se estaba montando por él; no era más que un arco de piedra desgastada por el que apenas podían cruzar dos jinetes a la vez de lo estrecho que era. A su derecha, había un molino; a su izquierda, una hilera de casas bajas, con los postigos abiertos, por cuyas ventanas se asomaban unos pocos rostros de gente nerviosa, la mayoría de ellos oteando hacia el sur, al igual que Beck. Más allá de aquel puente, un camino repleto de surcos serpenteaba entre casuchas de adobe y ascendía hasta la empalizada situada al sur de la ciudad. Entonces, creyó ver

a unos cuantos hombres desplazándose por unas pasarelas, aunque no pudo estar seguro a causa de la llovizna. Quizá un par de ellos portaban unas ballestas con las que ya debían de estar disparando.

Mientras observaba todo aquello, unos hombres salieron corriendo de un callejón y se adentraron en la plaza situada más abajo, conformando un muro de escudos en el extremo norte del puente al mismo tiempo que un hombre ataviado con una lujosa capa les gritaba. Los Caris se encontraban al frente de la formación, dispuestos a unir sus escudos pintados. Los Siervos se encontraban detrás de ellos, con las lanzas en ristre.

Sí, se iba a desatar una batalla.

—Deberías haberme avisado antes —le espetó, mientras se apresuraba a volver, arrastrando los pies, al lugar donde se hallaba su manta.

—Te he avisado en cuanto me he enterado —replicó Reft.

—Toma —Colving le ofreció a Beck un trozo de pan negro, sus ojos eran unos círculos teñidos de miedo dibujados sobre su cara regordeta.

El mero hecho de pensar en comer hizo que a Beck se le revolvieran las tripas. Cogió su espada y, entonces, se dio cuenta de que no tenía adonde ir con ella. No tenía un sitio reservado para combatir en la valla, ni en el muro de escudos, ni en ningún otro sitio en particular. Miró en dirección a las escaleras, luego hacia la ventana, mientras abría y cerraba la mano que le quedaba libre.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Esperaremos —contestó Flood, quien subió las escaleras hasta llegar al ático arrastrando su pierna mala. Llevaba puesta su cota de malla, cuyos hombros brillaban a causa de la llovizna—. Reachey nos ha ordenado que defendamos dos casas, ésta y la que está al otro lado de la calle. De ésa me ocuparé yo.

—¿Tú? —Beck se dio cuenta de que había hablado con un tono de voz teñido de miedo, como si se tratara de un niño que preguntara a su mamá si lo iba a dejar abandonado en la oscuridad—. A algunos de estos muchachos les vendría bien tener un líder al que...

—Ese papel os toca desempeñarlo a Reft y a ti. Aunque no os lo creáis, los chicos de la otra casa están aún más verdes que vosotros.

—Sí, claro —Beck se había pasado toda la semana pasada enfadado con Flood porque siempre estaba en medio, manteniéndolo a raya. Sin embargo, ahora, con sólo pensar que el viejo los iba a dejar solos, tenía los nervios a flor de piel.

—En esta casa, os quedáis vosotros cinco y otros cinco más. Son muchachos que reclutamos con vosotros. Por el momento, limitaos a afianzar la posición. Tapad las ventanas del piso de abajo lo mejor que podáis. ¿Alguno de vosotros tiene un arco?

—Yo —contestó Beck.

—Y yo —respondió Reft, alzando el suyo.

—Yo tengo una honda —afirmó Colving, ilusionado.

—¿Eres bueno con eso? —preguntó Reft.

El muchacho negó con la cabeza, con suma tristeza.

—De todos modos, tampoco podría disparar con ella por una ventana.

—Entonces, ¿para qué has mencionado que tienes una honda? —le espetó Beck, a la vez que tocaba su arco. Tenía las palmas de las manos muy sudorosas.

Flood se acercó a las dos estrechas ventanas y señaló al río.

—Quizá logremos contener su avance en la empalizada, pero, por si acaso, estamos formando un muro de escudos en el puente. Si no logramos detenerlos ahí, entonces, bueno, todo el mundo que tenga un arco deberá disparar. Aunque tened cuidado, ¿eh?, no queremos que acertéis a ninguno de los nuestros en la espalda. Es mejor que no disparéis a que os arriesguéis a matar a uno de los nuestros, cuando la locura de la batalla se desata, puede resultar muy difícil distinguir a amigos de enemigos. El resto bajaréis a la planta baja, para impedir que entren en la casa en caso de que logren cruzar el puente —Stodder se mordisqueó su enorme labio inferior—. No os preocupéis. No pasarán, y, aunque lo consigan, estarán perdidos. Para entonces, Reachey se estará preparando para contraatacar, podéis estar seguros de ello. Así que, si intentan entrar, evitadlo hasta que llegue la ayuda.

—Evitaremos que entren —afirmó Brait con voz aguda, haciendo como que clavaba a la nada la rama que tenía por lanza. Daba la impresión de que con esa arma sería incapaz de impedir que un gato entrase en un gallinero.

—¿Alguna pregunta? —Beck no tenía ni idea de qué iba a hacer, pero, como pensó que con hacer una pregunta no iba a solucionar nada, prefirió permanecer callado—. Muy bien. Si puedo, volveré para ver cómo va todo.

Flood cojeó hasta la escalera y se marchó. Los había abandonado a su suerte. Beck se volvió a acercar a la ventana, pensando que eso era mejor que no hacer nada, pero, por lo que pudo ver, todo seguía igual.

—¿Ya están cerca de la empalizada? —preguntó Brait, quien estaba de puntillas, intentando ver algo por encima del hombro de Beck. Parecía hallarse muy emocionado y le brillaban los ojos como a un niño en su cumpleaños, a la espera de ver cuál será su regalo. En cierto modo, estaba reaccionando como Beck siempre

había pensado que él mismo reaccionaría al encarar una batalla. Pero no se sentía así, sino que se sentía enfermo y agobiado de calor, a pesar de que una brisa húmeda acariciaba su semblante.

—No. Además, ¿no se supone que tú deberías estar en la planta baja?

—No hasta que llegue el enemigo. Esto no es algo que uno vea todos los días, ¿verdad?

Beck se lo quitó de encima con un codazo.

—¡Aparta! ¡Tu hedor me está poniendo enfermo!

—Vale, vale —replicó Brait, quien se apartó, arrastrando los pies, con cara de sentirse dolido, pero Beck era incapaz de mostrarse cordial en esos momentos. Era lo mejor que podía hacer si no quería vomitar el desayuno que no había tomado.

Reft se encontraba de pie junto a la otra ventana, con el arco sobre el hombro.

—Creía que esto te alegraría. Me parece que vas a tener la oportunidad de convertirte en un héroe.

—Sí, me alegro —le espetó Beck, que no estaba aterrorizado, qué va.

Meed había establecido su cuartel general en la sala principal de la posada, que para los estándares del Norte era una estancia palaciega, ya que contaba con una doble altura y una galería en el primer piso. De la noche a la mañana, también había sido decorada como un palacio con tapices de colores chillones, armarios con incrustaciones, candelabros dorados y toda la demás parafernalia pomposa que uno podría esperar hallar en la residencia de un lord gobernador; probablemente, habían traído todo eso en carreta a través de medio Norte incurriendo para ello en unos gastos monstruosos. Un par de violinistas se habían colocado en una esquina y se sonreían mutuamente con aire de suficiencia mientras tocaban una alegre música de cámara. Los diligentes sirvientes de Meed habían colgado tres enormes cuadros al óleo: dos recreaciones de grandes batallas de la historia de la Unión y, aunque pareciera increíble, un retrato del propio Meed, quien miraba ceñudo desde lo alto, ataviado con una vetusta armadura. Finree se quedó contemplándolo boquiabierta un instante, no sabía si reír o llorar.

Las enormes ventanas del sur daban al patio de la posada que se encontraba invadido por la hierba; las del este, a unos campos salpicados de árboles que iban a parar a un melancólico bosque; las del norte, a la ciudad de Osrung. Como tenían las contraventanas abiertas de par en par, una brisa gélida se estaba colando en la sala, despeinándoles y haciendo volar papeles aquí y allá. Los oficiales estaban arremolinados en torno a las ventanas que daban al norte, ansiosos por captar un

leve atisbo del asalto, Meed se encontraba en medio de todos ellos, vestido con un uniforme carmesí que hacía daño a la vista. El Lord Gobernador la miró de soslayo en cuanto Finree logró situarse como pudo a su lado y esbozó un leve gesto de desprecio, como si se tratara de un comensal quisquilloso que acabara de ver que había un insecto en su ensalada. Ella respondió a ese gesto con una sonrisa radiante.

—¿Me permite que utilice su catalejo, excelencia?

Meed titubeó por un momento y esbozó un gesto de contrariedad, pero, como era rehén de los buenos modales, se lo entregó con gran envaramiento.

—Por supuesto.

El camino se curvaba hacia el norte, era una franja de tierra embarrada que atravesaba campos embarrados donde se asentaba el extenso campamento, con las tiendas desperdigadas caprichosamente, como unos hongos monstruos que hubiesen brotado durante la noche. Más allá, se encontraban los terraplenes que los hombres de Meed habían levantado en la oscuridad. Más allá, a través del velo de la niebla y la llovizna, pudo distinguir la empalizada que rodeaba Osrung, e incluso llegó a atisbar lo que parecían ser unas escaleras de asalto apoyadas sobre ella.

Finree rellenaba los huecos con su imaginación. Filas y más filas de soldados marchaban hacia la empalizada siguiendo órdenes, con gesto sombrío y dispuestos a todo mientras las flechas arreciaban sobre ellos. Los heridos eran arrastrados hasta la retaguardia o se les dejaba chillando allá donde habían caído. Caían piedras, las escaleras eran apartadas a empujones, los hombres eran masacrados en cuanto intentaban encaramarse y adentrarse en las pasarelas, caían gritando y se estrellaban contra el suelo.

Se preguntó si Hal se hallaría en medio de esa batalla, jugando a ser un héroe. Por primera vez, sintió cierta preocupación por él y un escalofrío le atravesó los hombros. Aquello no era ningún juego. Bajó el catalejo de Meed y se mordió el labio.

—¿Dónde diablos están el Sabueso y su chusma? —inquirió el lord gobernador al capitán Hardrick, de manera apremiante.

—Creo que iba detrás de nosotros por el camino, excelencia. Sus exploradores se toparon con una aldea quemada y el lord mariscal les dio permiso para abandonar la formación e ir a investigar. Deberían llegar aquí en un par de horas...

—Qué típico. Siempre puedes confiar en que esté ahí para encogerse de hombros de manera cómplice, pero, en cuanto la batalla comienza, no hay manera de dar con él.

—Los hombres del Norte son traicioneros por naturaleza —aseveró alguien súbitamente.

—Y unos cobardes.

—Si estuvieran aquí, sólo nos retrasarían, excelencia.

—Eso es cierto —dijo Meed, resoplando—. Ordene a todas las unidades que ataquen. Quiero que el enemigo se vea abrumado. Quiero que esa ciudad quede reducida a polvo y que todo hombre del Norte que more en ella acabe muerto o tenga que salir huyendo.

Finree no pudo contener su lengua.

—¿No cree que sería más acertado dejar al menos un regimiento en la retaguardia? Por lo que tengo entendido, el bosque del este no ha sido registrado del...

—¿En serio cree que va a hacerme caer en una trampa para que meta la pata y su marido me sustituya?

Reinó un silencio que pareció hacerse eterno, mientras Finree se preguntaba si estaba soñando.

—Le ruego que me...

—Sí, es un hombre muy agradable, por supuesto. Valiente, honrado y todas esas cosas sobre las que tanto les gusta cotillear a las esposas entre susurros. Pero es un necio y, lo que es aún peor, el hijo de un famoso traidor y, para colmo de males, el marido de una arpía taimada. Su único amigo importante es su suegro y a éste no le quedan muchos días en este mundo —afirmó Meed en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que los demás pudieran escucharle con facilidad. Un joven capitán se quedó boquiabierto. Al parecer, la etiqueta no ataba a Meed con tanta fuerza como ella había creído.

—En su día, frustré un plan del Consejo Cerrado, por el que intentaban impedir que ocupara el lugar de mi hermano como lord gobernador, ¿lo sabía? El Consejo Cerrado. ¿Acaso cree que la hija de un soldado va a tener éxito donde el Consejo fracasó? Como vuelva a dirigirse a mí sin el debido respeto, les aplastaré, tanto a usted como a su marido, como los piojos hermosos, ambiciosos e insignificantes que realmente son.

Entonces, le quitó, con una tremenda calma, el catalejo a Finree de su mano inerte y miró a través de él en dirección a Osrung, como si no hubiera dicho nada y como si ella no existiera.

Finree debería haber respondido de inmediato con una réplica sarcástica, pero en lo único en que pensaba en esos momentos era en satisfacer esa imperiosa necesidad que sentía de destrozar la parte frontal del catalejo de Meed de un puñetazo para que el otro extremo se le clavara en el cráneo. La habitación parecía hallarse demasiado iluminada. Los violines le destrozaban los tímpanos. Tenía el rostro tan rojo que parecía que la habían abofeteado. Pero se limitó a pestañear y retirarse dócilmente.

Fue como si hubiera ido flotando hasta la otra punta de la sala sin haber movido siquiera los pies. Un par de oficiales observaron cómo se alejaba, murmuraron algo entre ellos; evidentemente, se alegraban de que la hubiera humillado y se estaban regodeando en ello.

—¿Estás bien? —le preguntó Aliz—. Te veo pálida.

—Estoy perfectamente bien.

O, más bien, estaba hecha una furia. Una cosa era insultarla, lo cual, sin lugar a dudas, se había ganado a pulso. Pero insultar a su marido y a su padre era algo muy distinto. Juró que ese viejo cabrón iba a pagar muy cara la afrenta.

Aliz se inclinó para acercarse a ella.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿Ahora? Nos quedaremos aquí sentadas como buenas chicas y aplaudiremos mientras esos idiotas acumulan un ataúd sobre otro. —Oh.

—No te preocupes. Más tarde, quizá te dejen sollozar sobre algún herido, si te encuentras aún con ánimo para llorar, y podrás parpadear con tus bonitas pestañas y poner ojitos ante la horrible futilidad de todo esto.

Aliz tragó saliva y miró para otro lado.

—Oh.

—Sí, eso es. Oh.

Así que esto era una batalla. Beck y Reft nunca habían tenido muchas cosas que decirse, pero, desde que la Unión había logrado atravesar la empalizada, no habían cruzado ni una palabra. Simplemente, miraban por las ventanas en silencio. Beck deseó tener algún amigo a su lado en esos momentos, o haberse esforzado más en hacerse amigo de los muchachos que ahora tenía a su lado. Sin embargo, ya era demasiado tarde para eso.

Tenía su arco en la mano, una flecha preparada y la cuerda lista para disparar. Llevaba con la flecha lista casi una hora, pero no había nadie a quien pudiera disparar. No podía hacer nada, salvo observar, sudar, relamerse los labios y observar otra vez. En un principio, había deseado poder ver más de lo que estaba ocurriendo, pero ahora que la lluvia había amainado y estaba saliendo el sol, Beck se había dado cuenta de que podía ver mucho más de lo que realmente quería.

La Unión había sobrepasado la empalizada en tres o cuatro sitios y habían logrado entrar en la ciudad en gran número. Se habían desatado combates por todas partes, la batalla se había transformado en pequeñas escaramuzas aisladas que tenían

lugar por doquier. No había líneas de combate, sólo una tremenda confusión y un ruido enloquecedor. Los gritos y los alaridos se mezclaban con el fragor del choque del metal contra el metal y de la madera al quebrarse.

Beck no era ningún experto en estas lides. Aunque no sabía cómo alguien podía llegar a serlo en algo así. No obstante, podía ver que la batalla se decantaba por un bando en la parte sur del río. Cada vez, más y más hombres del Norte retrocedían a toda prisa y desordenadamente por el puente, algunos iban cojeando o se cubrían las heridas, otros gritaban y señalaban hacia el sur, abriéndose paso a través del muro de escudos situado al extremo norte del arco del puente hasta adentrarse en la plaza a la que daba la ventana de Beck. Donde esperaba estar a salvo. Pero no se sentía nada seguro. En toda su vida, Beck jamás se había sentido tan poco seguro.

—¡Quiero ver! —exclamó Brait, quien tiraba a Beck de la camisa, para intentar atisbar algo por la ventana—. ¿Qué está pasando?

Beck no sabía qué decir. No sabía si sería capaz siquiera de hablar. Justo debajo de ellos, un herido estaba gritando. Profería gritos mientras gorgoteaba y sufría arcadas. Beck deseó que parara cuanto antes. Sintió un mareo.

La empalizada estaba prácticamente perdida. Pudo ver cómo un hombre bastante alto de la Unión, que se encontraba en la pasarela, señalaba hacia el puente con su espada y daba palmaditas a sus hombres en la espalda mientras ascendían en tropel por las escaleras que se encontraban a ambos lados de él. Todavía quedaban unas pocas docenas de Caris en la puerta, arremolinados alrededor de un estandarte hecho jirones, con sus escudos pintados conformando un semicírculo, pero estaban rodeados y los sobrepasaban en número; además, ahora, una lluvia de flechas arreciaba sobre ellos desde las pasarelas.

No obstante, algunos de los edificios más grandes seguían en manos norteñas. Beck pudo ver cómo algunos hombres se asomaban fugazmente a las ventanas para disparar sus flechas y se retiraban de inmediato al interior del edificio. Pese a que las puertas habían sido atrancadas con clavos y habían montado barricadas, los hombres de la Unión se aglomeraban en torno a ellas como abejas en torno a un panal. Lograron prender fuego a un par de las casas que más resistencia ofrecían, a pesar de la humedad. Ahora, un humo marrón, iluminado por el tenue naranja de las trémulas llamas, ascendía en oleadas hacia el cielo y era arrastrado por el viento hacia el este.

Un norteño salió de un edificio ardiendo a todo correr, blandiendo un hacha por encima de su cabeza con ambas manos para cargar contra el enemigo. Beck no pudo oír qué gritaba, aunque sí podía verlo. Según las canciones, debería haberse llevado consigo a muchos adversarios y se habría unido con orgullo a los muertos. En la realidad, sólo logró que un par de hombres de la Unión se alejaran de él antes de que

unos cuantos más lo obligaran a retroceder contra un muro con sus lanzas. En cuanto le clavaron una en el brazo, tuvo que soltar el hacha. Entonces, alzó la otra mano y gritó aún más. No sabía si estaba gritando que se rendía o les estaba insultando, aunque, la verdad, eso daba igual. Le atravesaron el pecho con una lanza y cayó al suelo. Después, lo atravesaron una y otra vez con sus armas, que se alzaban y descendían como las palas de hombres que cavan en el campo.

Beck lo observó todo con unos ojos llorosos que parecía que se le iban a salir de sus órbitas. Su mirada se desplazaba a gran velocidad de un edificio a otro; entonces, fue testigo de un asesinato que se produjo a menos de cien pasos de donde se hallaba, en la ribera del río. De una casucha, sacaron a rastras a alguien que se resistía y a quien obligaron a agacharse. Vio el destello de un cuchillo y, acto seguido, lo tiraron al río, donde el cadáver se alejó flotando boca abajo, mientras sus asesinos volvían al interior de la casa. Beck supuso que lo habían degollado. Le habían rajado la garganta, así, sin más.

—Se han hecho con la puerta —afirmó Reft, con un tono de voz ahogado, como si nunca antes hubiera hablado. Beck comprobó que tenía razón. Habían eliminado a los últimos hombres que defendían esa posición y estaban quitando las barras para abrir las puertas. En ese instante, la luz del día se filtró por el arco de la entrada de la plaza.

—Por los muertos —susurró Beck apenas audible.

Cientos de esos cabrones tomaron Osrung en tropel, adentrándose en el humo y en los edificios esparcidos aquí y allá, anegando el camino que llevaba al puente. La triple hilera de hombres del Norte que se encontraban en su extremo norte parecía conformar, súbitamente, una barrera muy patética. Una suerte de muro de arena que debía contener todo un océano. Beck pudo observar cómo se estremecían. Como, prácticamente, se venían abajo. Pudo sentir su tremendo deseo de unirse a los hombres que cruzaban el puente y los dejaban a ellos atrás, para intentar escapar de la masacre que estaba teniendo lugar en la orilla más lejana.

Beck también sintió esa tremenda necesidad de salir corriendo, de hacer algo, pero lo único que se le ocurría era huir. Recorrió rápidamente con la mirada los edificios ardiendo situados en la parte sur del río, las llamas habían ascendido bastante y el humo se extendía por toda la ciudad.

Beck se preguntó qué sentiría en esos momentos la gente que estaba dentro de esas casas, sin salida. Miles de cabrones de la Unión golpeaban sus puertas y sus muros, mientras lanzaban flechas a su interior. Sus pequeñas habitaciones se estaban llenando de humo. Los heridos no debían de albergar ya muchas esperanzas de que se apiadaran de ellos. Esa gente debía de estar contando sus últimas flechas y cuántos de sus amigos habían muerto. No había salida. Hubo un tiempo en que a

Beck le habría hervido la sangre al pensar en estas cosas. Pero, ahora, se le había helado. Esos edificios no eran unas fortalezas construidas en el otro lado del río para defenderse del enemigo, sino unas pequeñas casuchas de madera.

Como la casa en la que se encontraba él.

Artilugios infernales

Su Augusta Majestad:

Durante la mañana del segundo día de batalla, los hombres del Norte se han hecho fuertes y mantienen posiciones en la parte norte del río. Mantienen el Puente Viejo, mantienen Osrung y mantienen los Héroes. También mantienen los cruces de caminos y nos invitan a intentar apoderarnos de ellos. Cuentan con la ventaja del terreno, pero le han dado la iniciativa al Lord Mariscal Kroy y, ahora que todas nuestras fuerzas han llegado al campo de batalla, en breve el mariscal recuperará el terreno perdido.

En el flanco este, el Lord Gobernador Meed ya ha comenzado a atacar con una fuerza abrumadora la ciudad de Osrung. Yo me encuentro en la parte oeste, observando el asalto del General Mitterick sobre el Puente Viejo.

Esta mañana, en cuanto la primera luz del alba ha asomado por el horizonte, el general ha pronunciado un discurso muy inspirador. Y en cuanto ha pedido voluntarios para liderar el ataque, todos los hombres han levantado la mano sin titubeos. Su Majestad debe estar orgullosa del coraje, honor y dedicación de sus soldados. En verdad, todos ellos son héroes.

Atentamente se despide, el siervo más leal y humilde de Su Majestad,

Bremer dan Gorst, Observador Real de la Guerra del Norte.

Gorst secó la carta, la dobló y se la dio a Younger, quien la selló con una masa informe de cera roja y la introdujo en una cartera de mensajero, que llevaba el sol dorado de la Unión dibujado sobre el cuero de manera muy elaborada.

—El mensaje irá de camino al sur en una hora —dijo el sirviente, mientras se volvía para marcharse.

—Excelente —replicó Gorst.

¿Realmente lo es? ¿De verdad importa que llegue antes o después, o si Younger la tira a las letrinas junto al resto de los excrementos del campamento? ¿Acaso importa que el rey lea alguna vez mis pomposas perogrulladas sobre las pomposas perogrulladas que suelta el general Mitterick en cuanto la primera luz del alba ha asomado por el horizonte? ¿Cuándo fue la última vez que recibí una carta de respuesta? ¿Hace un mes? ¿0 dos? ¿Acaso es demasiado

pedir que me envíen una mísera nota en la que diga: gracias por toda esta mierda patriotera que me escribe, espero que siga bien en su ignominioso exilio?

Se arrancó distraídamente las postillas que tenía en el dorso de la mano derecha, ya que quería comprobar si podía sentir así dolor. Esbozó una mueca de agonía al hacerse más daño del que había pretendido. *Siempre es una línea muy fina.* Estaba cubierto de rozaduras, cortes y moratones, cuya causa era incapaz de recordar; no obstante, lo que más le hacía sufrir era el hecho de haber perdido su espada corta, que había sido forjada por Calvez, ya que se le había hundido en algún lugar de los bajíos. Una de las pocas reliquias que todavía le quedaban de la época en que había sido el eminente Primer Guardia del Rey en vez de redactor de unas fantasías deleznables. *Soy como un amante al que han abandonado y que es incapaz de seguir adelante por pura cobardía, que se aferra, con labios temblorosos, a los últimos y frágiles recuerdos que alberga sobre esa canalla que lo abandonó. Pero yo soy aún más patético, más horrendo y tengo una voz mucho más aguda. Y además, mato agente como pasatiempo.*

Entonces, dejó atrás el toldo empapado de la entrada de su tienda y salió de ella. La lluvia había amainado; sólo chispeaba y se entreveían algunos fragmentos de cielo azul que desgarraban el velo de nubes que cubría asfixiantemente el valle. Seguramente, debería haber sentido un destello de optimismo ante el mero placer de sentir el sol sobre su rostro. Pero lo único que sentía, en esos momentos, era la insoportable losa de su desgracia. De la cantidad de tareas necias que debía hacer una tras otra de una manera descorazonadoramente tediosa. *Corre. Entrénate. Caga un zurullo. Escribe una carta. Coiné. Observa. Escribe un buen zurullo. Caga una carta. Come. Acuéstate. Finge que duermes mientras realmente permaneces despierto toda la noche intentando hacerte una paja. Levántate. Corre. Escribe una carta...*

Mitterick ya había comandado un intento fallido de tomar el puente: un intento audaz y precipitado realizado por el Décimo de Infantería que hasta entonces había avanzado sin hallar mucha resistencia entre gritos de victoria. Entonces, mientras intentaban organizarse en un extremo del puente, los hombres del Norte los recibieron con una salva de flechas lanzadas desde el otro; a continuación, aparecieron súbitamente más norteños que emergieron de unas trincheras ocultas entre la cebada y cargaron lanzando unos aullidos que le helaban a uno la sangre. Quienquiera que estuviera al mando de esos hombres sabía lo que hacía. Los soldados de la Unión lucharon con fiereza pero se vieron rodeados por tres flancos y aislados, con suma rapidez, del resto de fuerzas de la Unión; después, los obligaron a retroceder hacia el río, donde intentaron mantenerse a flote en vano, o se vieron atrapados y aplastados en medio de la infernal confusión que reinaba en el mismo puente, donde se mezclaron con aquellos que todavía intentaban absurdamente cruzarlo.

Una gran línea de ballesteros de Mitterick surgió entonces desde detrás de un seto situado en la ribera sur y acribillaron a los hombres del Norte con una salva despiadada de flechas, lo que los obligó a retirarse a sus trincheras desorganizadamente, dejando numerosos muertos desperdigados por las cosechas pisoteadas situadas en su lado del puente. El Décimo había recibido tal castigo que no pudo aprovecharse del vuelco de la situación. Ahora, los arqueros de ambos bandos se hallaban demasiado ocupados intercambiándose flechazos caóticamente de un lado a otro del río mientras Mitterick y sus oficiales organizaban el próximo asalto. *Y, es de suponer, que también la próxima remesa de ataúdes.*

Gorst observó las inquietas nubes de mosquitos que asolaban la ribera y los cadáveres que flotaban por el río. *Qué valientes son.* Y que arrastraba la corriente. *Qué honorables.* Con la cara metida en el agua o mirando al cielo. *Qué dedicación la de estos soldados.* Entonces, un empapado héroe de la Unión se detuvo en unos juncos y, por un momento, flotó bamboleándose de lado. Un hombre del Norte que flotaba a la deriva se le acercó, se chocó delicadamente con él y lo alejó de la ribera para llevarlo a una zona donde había una espuma asquerosamente amarilla, enredados en un torpe abrazo. *Ah, el amor de juventud. A lo mejor alguien me abrazará a mí también después de que haya muerto. Aunque lo cierto es que no he recibido muchos abrazos en vida.* Gorst resopló al intentar reprimir unas carcajadas tremendamente inapropiadas.

—¡Eh, coronel Gorst! —exclamó el Primero de los Magos, quien se le acercó con un cayado en una mano y una taza de té en la otra. A continuación, se metió en el río, que fluía con su macabro cargamento flotante, inhaló hondo por la nariz y exhaló con suma satisfacción—. Bueno, no se puede decir que no lo estén intentando. El éxito está muy bien, pero hay algo grandioso también en los gloriosos fracasos, ¿verdad?

Pues yo no lo tengo tan claro y de fracasos sé un rato.

—Lord Bayaz —dijo el sirviente de pelo rizado del mago, abriendo una silla plegable, para luego limpiar una mota de polvo de la lona del asiento y hacer una reverencia.

Bayaz lanzó su cayado a la húmeda hierba y, sin más preámbulos, se sentó, con los ojos cerrados y volvió su sonriente semblante hacia el revitalizador sol.

—La guerra es algo maravilloso. Siempre que se haga bien, por supuesto, y por las razones correctas. Separa la paja del grano. Lo limpia todo —entonces, chasqueó los dedos a un volumen increíblemente alto—. Sin ella, las sociedades tienden a volverse blandas. Fofas. Como alguien que sólo come pasteles —extendió el brazo y dio un golpecito a Gorst en el brazo de manera juguetona; acto seguido, agitó los dedos fingiendo dolor—. ¡Ay! Seguro que tú no comes sólo pasteles, ¿verdad?

—No.

Como le solía pasar a Gorst con prácticamente todo el mundo con el que hablaba, Bayaz no parecía hacerle mucho caso.

—Para cambiar las cosas, no basta con pedir que se cambien, sino que hay que dar a todo un buen meneo. No sé quién fue el que dijo que la guerra nunca cambia nada, pero, bueno... eso lo diría porque no había luchado en suficientes guerras, ¿verdad? Me alegra ver que ha dejado de llover. Tanta agua estaba jorobándome el experimento.

El experimento consistía en tres tubos gigantes de metal de un color apagado, entre gris y negro, que se encontraban colocados sobre unos enormes apoyos de madera. Cada uno de ellos tenía un extremo cerrado y el abierto apuntaba al río, en dirección a los Héroes, más o menos. Habían sido colocados con sumo cuidado y haciendo un tremendo esfuerzo en un montículo que se hallaba a unos cien pasos de la tienda de Gorst. El incesante barullo que armaban los hombres y los caballos, así como todos los artilugios, lo habrían mantenido despierto toda la noche si no hubiera estado ya medio despierto, como siempre estaba. Perdido en el humo de la Casa del Ocio de Cardotti, buscando desesperadamente al rey. Donde veía un rostro enmascarado en la penumbra, en la escalera. Antes de que el Consejo Cerrado le desposeyera de su rango, de que el mundo se desmoronara una vez más. Enredado en un abrazo con Finree. Aguantando el humo. Tosiendo el humo, mientras avanzaba a trompicones por esos retorcidos corredores de la Casa del Ocio de...

—Es una pena, ¿no? —inquirió Bayaz.

Por un momento, Gorst se preguntó si el Mago le había leído los pensamientos. *Sí, lo es joder.*

—¿Perdón?

Bayaz extendió los brazos para abarcar con ellos esa escena donde reinaba una lenta y perezosa actividad.

—Todo cuanto hace el hombre sigue a merced de los caprichos del cielo. La guerra, sobre todo —dio un sorbo a su taza, hizo una mueca y tiró los posos a la hierba—. En cuanto podamos matar gente a cualquier hora del día, en cualquier estación, haga bueno o malo, seremos *por fin* gente civilizada, ¿eh? —afirmó mientras se reía para sí.

Dos viejos Adeptos de la Universidad de Adua hicieron una honda reverencia como un par de sacerdotes a los que hubieran concedido una audiencia personal con Dios. El que respondía al nombre de Denka era pálido como un necrófago y temblaba. El que se llamaba Saurizin tenía cubierta de sudor su arrugada frente, más ancha de lo normal.

—Lord Bayaz —dijo, intentando agacharse y sonreír abiertamente al mismo tiempo, aunque hizo ambas cosas sin convicción alguna—. Creo que el tiempo ha mejorado lo suficiente como para que podamos probar esos artilugios.

—¡Al fin! —exclamó el Mago—. Entonces, dime, ¿a qué estás esperando? ¿A que llegue el Festival del Invierno?

Los dos ancianos se alejaron corriendo y Saurizin abroncó ferozmente a su colega. Luego, tuvieron una discusión muy acalorada con una decena de ingenieros, ataviados con mandiles, acerca del tubo más próximo; hicieron aspavientos con las manos, señalaron al cielo e hicieron referencia a ciertos instrumentos metálicos. Al final, uno de ellos sacó una antorcha bastante larga, en cuyo extremo embreado danzaban unas llamas. Los Adeptos y sus subordinados se alejaron a gran velocidad de ahí, se agacharon tras unas cajas y barriles y se taparon los oídos. El hombre que llevaba la antorcha avanzó con el mismo entusiasmo con el que un condenado se dirigiría al cadalso y, manteniéndose lo más lejos posible, tocó una marca que había en la parte superior del tubo. Saltaron algunas chispas, un hililo de humo se curvó en el aire y se escuchó un tenue chisporroteo.

Gorst frunció el ceño.

—¿Qué es...?

Al instante, se produjo una explosión colosal, se tiró al suelo y se protegió la cabeza con las manos. No había oído nada igual desde el Asedio de Adua, cuando los gurkos incendiaron una mina e hicieron saltar por los aires una sección de cien zancadas de un muro que quedó reducida a gravilla. Los guardias observaron aterrorizados la escena desde el parapeto que les ofrecían sus escudos. Unos trabajadores exhaustos se alejaron gateando deprisa y con la boca abierta de sus hogueras. Otros intentaron controlar a sus aterrados caballos, dos de los cuales se habían soltado y se alejaban al galope con el listón al que habían estado atados repiqueteando tras ellos.

Gorst se puso en pie lentamente y con cierta suspicacia. Una nube de humo brotaba del extremo de uno de los tubos, mientras los ingenieros se arremolinaban en torno a él. Denka y Saurizin discutían entre ellos encolerizados. Gorst no tenía ni la más remota idea de qué había hecho ese artefacto aparte de ruido.

—Bueno —dijo Bayaz, metiéndose un dedo en una oreja, al que luego dio vueltas—. Lo cierto es que arman mucho ruido.

Un estruendo distante resonó por todo el valle. Parecía un trueno, aunque a Craw le había dado la impresión de que el cielo se estaba despejando.

—¿Has oído eso? —preguntó Pezuña Hendida.

Craw se limitó a mirar el firmamento y encogerse de hombros. Todavía había muchas nubes, a pesar de que ya se empezaban a divisar zonas despejadas.

—Quizá vaya a llover más.

Pero Dow tenía otras cosas en mente.

—¿Cómo nos va en el Puente Viejo?

—El enemigo apareció en cuanto amaneció, pero Scale contuvo su avance —contestó Pezuña Hendida—. Los obligó a retroceder.

—Volverán a intentarlo en breve.

—Sin duda. ¿Crees que aguantará?

—Si no lo hace, tendremos un problema.

Dow resopló.

—Es justo el hombre que me gustaría tener cubriéndome las espaldas si luchara por mi vida.

Pezuña Hendida y un par de hombres más se rieron entre dientes.

Para Craw, había una manera correcta de hacer las cosas y en ella no cabía dejar que alguien se riera de un amigo a su espalda, por muy risible que éste fuera.

—Ese muchacho quizá os sorprenda —afirmó.

Una sonrisa aún más amplia se dibujó en Pezuña Hendida.

—Oh, me olvidé de que sois uña y carne.

—Prácticamente yo críe a ese chaval —replicó Craw, quien se cuadró y lo fulminó con la mirada.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Cómo qué?

Dow alzó la voz, con cierto tono de reproche:

—Por mí, como si le hacéis una paja a Calder cuando oscurezca. No sé si os habéis dado cuenta, pero tenemos cosas mucho más importantes de qué preocuparnos. ¿Qué pasa en Osrung?

Pezuña Hendida fulminó con la mirada a Craw y, a continuación, se volvió hacia su jefe.

—La Unión ha atravesado la empalizada, están luchando en la parte sur de la ciudad. Aunque Reachey los ha frenado.

—Más le vale —rezongó Dow—. ¿Y qué pasa con la zona central? ¿Hay algún indicio de que pretendan cruzar los bajíos?

—Siguen marchando por ahí, pero no...

De repente, la cabeza de Pezuña Hendida se desvaneció y algo le entró a Craw en el ojo.

Se oyó un terrible crujido y, después, lo único que pudo escuchar fue un largo aullido muy agudo.

Recibió un fuerte golpe en la espalda, cayó y rodó. Entonces, intentó ponerse en pie y se agachó como un borracho mientras la tierra temblaba.

Dow sacó su hacha, la blandió ante algo y gritó, pero Craw no pudo escucharlo. Sólo oía un zumbido enloquecedor. Había polvo por todas partes. Unas nubes asfixiantes, que parecían niebla.

Estuvo a punto de tropezarse con el cadáver decapitado de Pezuña Hendida, del que manaba sangre a raudales. Supo que se trataba de él por el cuello de su cota de malla. También le faltaba un brazo. A Pezuña Hendida, no a Craw. Él aún conservaba ambos brazos. Aunque lo comprobó por si acaso. No obstante, tenía sangre en las manos, pero no estaba seguro de quién era.

Probablemente, debería haber desenvainado ya su espada. Intentó agarrar su empuñadura, pero no acertó a cogerla. La gente que corría a su alrededor eran meras sombras en la penumbra.

Craw se frotó las orejas. Pero siguió sin oír nada, salvo ese aullido.

Un Cari, que estaba sentado en el suelo, gritaba en silencio a la vez que desgarraba su cota de malla ensangrentada. Algo sobresalía de ella. Algo demasiado grueso para ser una flecha. Era un fragmento de piedra.

¿Los estaban atacando? ¿Desde dónde? El polvo se fue asentando. Los hombres deambulaban arrastrando los pies, se chocaban unos con otros, algunos se arrodillaban para atender a los heridos, otros señalaban en todas direcciones, otros se tapaban la cara.

La parte superior de uno de los Héroes había desaparecido, la vieja piedra poseía ahora un nuevo contorno brillante e irregular recién esculpido. Varios muertos se encontraban desperdigados alrededor de su base. Más que muertos, estaban destrozados. Retorcidos y doblados. Hechos trizas y reventados. Craw nunca había visto algo así. Ni siquiera cuando Nueve el Sanguinario cometió una terrible masacre en las Altas Cumbres.

Entre los cuerpos y los fragmentos de roca se encontraba sentado un muchacho aún vivo, estaba cubierto de sangre y pestañeaba incrédulo mientras clavaba la mirada en una espada desenvainada que tenía sobre las rodillas y sostenía, inmóvil, una piedra de afilar en una mano. Era imposible saber cómo se había salvado, si es que realmente se había salvado.

Entonces, vio el rostro de Whirrun, quien se alzaba sobre él y movía la boca como si hablara, pero Craw sólo podía escuchar un continuo crepitar.

—¿Qué? ¿Qué?

Ni siquiera era capaz de escuchar lo que él mismo decía. Unos pulgares le palparon la mejilla. Le dolió. Mucho. Craw se tocó la cara y se dio cuenta de que tenía los dedos manchados de sangre. Pero también tenía las manos ensangrentadas. Estaba cubierto de sangre por entero.

Intentó quitarse a Whirrun de encima de un empujón, pero se tropezó con algo y acabó cayendo sobre la hierba.

Quizá fuera mejor que se quedara ahí sentado un rato.

—¡Hemos acertado! —gritó Saurizin, entre risas socarronas, agitando hacia el cielo un desconcertante conjunto de tornillos, barras y lentes, como si se tratara de un anciano guerrero que blandiera una espada victorioso.

—¡Con la segunda descarga hemos acertado de pleno, Lord Bayaz! —exclamó Denka, quien apenas podía contener la emoción—. ¡Hemos dado directamente a una de las piedras de la colina y la hemos destruido!

El Primero de los Magos arqueó una ceja.

—Hablas como si destruir unas piedras fuera la finalidad de este ejercicio.

—¡Estoy seguro de que los hombres del Norte de la cima también han sufrido heridas considerables y se encuentran sumidos en la confusión!

—¡Sí, están heridos y confusos! —insistió Saurizin.

—Es lo que se merece el enemigo —afirmó Bayaz—. Proseguid.

A los dos viejos Adeptos se les cayó el alma a los pies. Denka se pasó la lengua por los labios.

—Sería prudente comprobar el estado de estos artilugios por si han sufrido daños. Nadie sabe cuáles pueden ser las consecuencias de dispararlos con cierta frecuencia...

—Entonces, será mejor que las descubramos —replicó Bayaz—. Proseguid.

No cabía duda de que ambos ancianos temían continuar con el experimento. *Pero temían aún más al Primero de los Magos.* Hicieron una reverencia y volvieron hacia los tubos donde intimidaron a los desamparados ingenieros tal y como ellos acababan de ser intimidados. *Después, los ingenieros presionarán a los trabajadores a su vez, sin duda alguna, y los trabajadores fustigarán a las mulas, y las mulas darán patadas a los perros, y los perros lo pagarán todo con las avispas, y, con suerte, una de esas avispas le picará a Bayaz en*

su gordo culo y, entonces, la recta y justa rueda de la vida estará lista para girar una vez más...

Mientras, lejos, al oeste, el segundo intento de tomar el Puente Viejo se iba diluyendo, sin conseguir mucho más que la primera vez. Esta vez, habían intentado cruzar el río en unas balsas, pero había resultado un esfuerzo en vano. Un par de ellas se habían roto no mucho después de ser empujadas al agua, de tal modo que sus pasajeros habían acabado luchando por mantenerse a flote en los bajíos o arrastrados hasta aguas profundas a causa de sus armaduras. Otras habían sido arrastradas río abajo mientras los hombres que aún quedaban a bordo agitaban alocada e inútilmente los remos o las manos, al mismo tiempo que unas flechas chapoteaban a su alrededor.

—Balsas —murmuró Bayaz, haciendo sobresalir su mentón mientras se rascaba distraídamente su corta barba.

—Balsas —murmuró Gorst, mientras observaba cómo un oficial que iba a bordo de una de ellas blandía furioso su espada ante la orilla más lejana, aunque era tan probable que la alcanzara como que llegara a la luna.

Entonces, se escuchó otra atronadora explosión, seguida inmediatamente por todo un coro de gritos ahogados, suspiros y vítores maravillados de un público cada vez más numeroso, que se había congregado en la cima del montículo formando una curiosa medialuna. Esta vez, Gorst apenas se estremeció. *Es asombroso lo rápidamente que algo insoportable se convierte en banal.* Más humo emergió del tubo más próximo, que ascendió delicadamente para unirse a la acre humareda que ya pendía sobre el experimento.

Aquel extraño estruendo volvió a sonar y el humo se alzó desde algún lugar situado al otro lado del río, al sur.

—¿Qué diablos estarán tramando? —masculló Calder, quien, a pesar de hallarse subido al muro, no podía ver nada.

Llevaba ahí toda la mañana, esperando. Andando de arriba abajo; primero, bajo la llovizna; después, bajo el sol. Aguardando mientras cada minuto se le hacía eterno, mientras sus pensamientos daban vueltas sin parar en su mente como una lagartija encerrada en un tarro. Miró al sur, pero fue incapaz de ver nada, aunque el fragor del combate cruzaba los campos en oleadas; a veces, sonaba distante; otras, preocupantemente cerca. Pero nadie pedía ayuda a gritos. Nadie pasó junto a ellos, salvo unos pocos heridos, lo cual no ayudó a reforzar el ánimo de Calder.

—Se acerca un mensajero —dijo Pálido como la Nieve.

Calder se estiró y se protegió los ojos del sol. Ojo Blanco Hansul se acercaba al galope desde el Puente Viejo. En cuanto éste detuvo su caballo, pudieron comprobar que había una sonrisa dibujada en la cara cubierta de arrugas, lo cual hizo albergar ciertas esperanzas a Calder. En aquellos instantes, posponer la lucha parecía algo casi tan bueno como no hacer nada de nada.

Colocó un pie sobre la puerta con la esperanza de estar adoptando así una postura varonil, intentando hablar con un tono de voz tan gélido como la nieve a pesar de que su corazón le quemaba.

—Scale se ha metido en un buen lío, ¿verdad?

—De momento, son los sureños los que están en un buen lío, esos estúpidos cabrones —Ojo Blanco se quitó el casco y se secó la frente con la parte posterior de la manga—. Scale les ha obligado a retroceder dos veces. La primera vez, intentaron cruzarlo a pie como si pensaran que les íbamos a entregar el puente sin más. Pero tu hermano enseguida los obligó a desechar esa idea.

Entonces, soltó una carcajada y Pálido como la Nieve hizo lo propio. Calder también se carcajeó, pero sus risas estaban teñidas de amargura. Como todo ese día.

—La segunda vez, intentaron tomarlo con unas balsas —Ojo Blanco giró la cabeza y escupió a la cebada—. Yo mismo les podía haber dicho que la corriente es demasiado fuerte como para intentar algo así.

—Menos mal que nunca te lo preguntaron —aseveró Pálido como la Nieve.

—Ya. Creo que podéis quedaros aquí sentados e incluso quitaros las botas. Tal y como van las cosas, seremos capaces de evitar su avance todo el día.

—Aún queda mucho día —masculló Calder.

Entonces, algo pasó a gran velocidad. Al principio, pensó que podía tratarse de un pájaro que volaba rozando la cebada, pero iba demasiado rápido y era muy grande. Rebotó una vez sobre el campo, levantando una nube de tallos y polvo, dejando una larga cicatriz a través de la cosecha. Se detuvo un par de cientos de pasos al este, al pie cubierto de hierba de los Héroes, y se estrelló contra el Muro de Clail.

De repente, una serie de piedras partidas se elevaron a gran altura en el aire, girando sobre sí mismas, conformando una gran nube de polvo y fragmentos que cayeron cual lluvia. De fragmentos de tiendas. De fragmentos de armas. De fragmentos de hombres, dedujo Calder, ya que sabía que había algunos acampados detrás del muro.

—Por... —dijo Hansul, mientras observaba boquiabierto cómo volaban los escombros.

De improviso, se escuchó un ruido similar al restallido de un látigo pero un millar de veces más potente. El caballo de Ojo Blanco se encabritó y derribó a éste de su grupa, quien cayó rodando por la cebada, moviendo los brazos frenéticamente. A su alrededor, la gente se quedó boquiabierta o gritó, desenvainó sus armas o se lanzó al suelo.

Eso último parecía una gran idea.

—¡Mierda! —susurró Calder, quien se alejó corriendo de la puerta y se arrojó a una zanja, su deseo de mantener una actitud varonil se vio superado con creces por su deseo de seguir vivo. La tierra y las piedras resonaron en torno a él, como una granizada que cae en la estación que no le corresponde, y tintinearon al chocar con las armaduras y rebotar en el camino.

—Hay que verle el lado positivo a esto —comentó Pálido como la Nieve, sin inmutarse para nada—, esa parte del muro la protegía Tenways.

El sirviente de Bayaz bajó el catalejo con una leve mueca dibujada en su semblante que denotaba una ligera decepción.

—Impredecible —dijo.

Eso es quedarse corto. Esos artilugios habían sido disparados dos docenas de veces y su munición, que, al parecer, eran unas enormes bolas de metal o piedra, se hallaban esparcidas aquí y allá a lo largo de la pendiente de la colina que tenían delante, de los campos que tenían a cada lado, de los manzanos que tenían a sus pies, del cielo que se hallaba sobre sus cabezas y, en una ocasión, una había ido a parar directamente al río levantando un inmenso chorro de espuma.

¿Cuánto habrá costado este capricho, con el que podremos abrir unos cuantos agujeros más en el paisaje norteño? ¿Cuántos hospitales se podrían haber construido con ese dinero? ¿Cuántos hospicios? ¿Cuántas cosas más útiles y valiosas? ¿Cómo los entierros de los niños más pobres, por ejemplo? Gorst intentó sentir alguna emoción que refrendara sus pensamientos, pero le fue imposible. *A lo mejor, con ese dinero, habríamos podido sobornar a los hombres del Norte para que asesinaran a Dow el Negro y podríamos estar volviendo ya a casa. Pero, entonces, qué haría para rellenar todas esas puñeteras horas entre que me levanto de la cama y...*

De repente, un destello naranja lo iluminó todo y tuvo la vaga sensación de que volaban ciertas cosas por el aire. Creyó ver cómo el sirviente de Bayaz, que se hallaba al lado de su amo, golpeaba a la nada con un brazo que era un borrón imposible. Un momento después, un zumbido se adueñó de la cabeza de Gorst a causa de una explosión más colosal de lo habitual, acompañada de una nota que recordaba al tañido de una enorme campana. Sintió cómo la onda expansiva le tiraba del pelo y

trastabilló al intentar mantener el equilibrio. El sirviente tenía un trozo irregular de metal curvado del tamaño de un plato llano en la mano, que lanzó al suelo, donde humeó entre la hierba.

Bayaz arqueó las cejas.

—Algo ha funcionado mal.

El sirviente se frotó las manos para quitarse la negra suciedad de los dedos.

—El sendero del progreso siempre es tortuoso.

Diversas piezas de metal habían salido volando en todas direcciones. Una particularmente grande había acertado de pleno, tras rebotar en un grupo de trabajadores, matando a varios de ellos y dejando al resto salpicados de sangre. Otros fragmentos habían abierto pequeños vacíos en el estupefacto público, o habían derribado a los guardias como si fueran bolos. Una enorme nube humo se elevaba desde el lugar donde uno de los tubos había estado unos momentos antes. Un ingeniero cubierto de sangre y suciedad había salido de allí, con el pelo en llamas, caminando con paso vacilante y en diagonal. Le faltaban ambos brazos y, enseguida, cayó al suelo.

—Siempre —dijo Bayaz mientras se hundía presa del descontento en su silla plegable— es tortuoso.

Algunas personas permanecieron sentadas, parpadeando. Otras gritaron. Un buen número corrió de un lado para otro, para intentar ayudar a los muchos heridos. Gorst se preguntó si él debería hacer lo mismo. *Pero ¿de qué serviría? ¿Acaso iba a subirles la moral contándoles unos chistes? ¿Os sabéis ése del idiota con voz estúpida cuya vida quedó arruinada en Sipani?*

Denka y Saurizin se acercaron sigilosamente hacia ellos, sus túnica negras estaban manchadas de hollín.

—Y aquí llegan los penitentes —murmuró el sirviente de Bayaz—. Con su permiso, debería irme. He de atender ciertos asuntos al otro lado del río. Intuyo que los discípulos del Profeta tampoco permanecen ociosos ahí.

—Entonces, nosotros tampoco podemos permanecer ociosos —el Mago hizo un gesto con la mano despreocupadamente para indicarle a su sirviente que se podía ir—. Tienes cosas más importantes que hacer que servirme el té.

—Muy pocas —apostilló el sirviente, quien sonrió levemente a Gorst mientras se alejaba—. En verdad, como dicen las escrituras kantics, los honrados no se pueden permitir el lujo del descanso...

—Lord Bayaz, esto... —Denka miró a Saurizin, quien le indicó con un gesto frenético que dijera lo que tuviera que decir ya—. Lamento informar de que... uno de los artilugios ha explotado.

El Mago no pronunció palabra durante un rato, mientras, una mujer, a la que no podían ver, chillaba como una tetera hirviendo.

—¿Acaso creéis que no me he dado cuenta?

—Otro se ha salido de su soporte con el último disparo, me temo que llevará bastante tiempo reajustarlo.

—El tercero —dijo suavemente Denka— presenta una diminuta grieta que a la que habrá que prestar atención. Me... —en ese momento, contrajo la cara como si temiera que alguien fuera a clavarle una espada en ella— muestro reticente a recargarlo otra vez, pues correríamos un gran riesgo.

—¿Reticente? —replicó Bayaz, mostrando su tremendo desagrado. A pesar de hallarse junto a él de pie, Gorst sintió la urgente necesidad de arrodillarse.

—El fallo se ha producido por culpa de un defecto en la forja del metal —acertó a decir Saurizin con dificultad, a la vez que lanzaba una mirada iracunda a su colega.

—Mis aleaciones son perfectas —gimoteó Denka—, ha sido una inconsistencia en la pólvora explosiva lo que ha...

—¿Provocado el fallo? —señaló el Mago, con un tono de voz tan aterrador como lo había sido la propia explosión—. Créanme, caballeros, después de una batalla, siempre hay muchas recriminaciones. Incluso en el bando ganador —los dos ancianos se postraron ante él de forma humillante. Acto seguido, Bayaz gesticuló con una mano y todo rastro de amenaza desapareció de su voz—.

Pero son cosas que pasan. En general, ha sido... una demostración muy interesante.

—Lord Bayaz, es usted muy generoso...

Sus balbuceos serviles se desvanecieron en la lejanía a medida que Gorst se aproximaba al lugar donde un guardia se había encontrado sólo unos instantes antes. Ahora, yacía entre la larga hierba, con los brazos extendidos, y tenía un trozo de metal de forma curva e irregular clavado en el casco. A través del visor retorcido, todavía podía verse uno de sus ojos, que contemplaba fijamente el cielo congelado en ese último momento de tremenda sorpresa. *En verdad, todos ellos son unos héroes.*

El escudo del guardia yacía cerca, donde un brillante sol refulgía mientras su contrapartida se asomaba entre las nubes. Gorst lo cogió, introdujo la mano izquierda en las correas y se dirigió, río arriba, hacia el Puente Viejo, caminando con dificultad.

Cuando pasó junto a Bayaz, éste se encontraba recostado en su silla plegable con un pie sobre el otro y su cayado olvidado junto a él sobre la húmeda hierba.

—¿Cómo se podría llamar a esas cosas? Son unos artefactos que escupen fuego, así que se les podría llamar... ¿Escupefuegos? No, qué tontería. ¿Tubos de la muerte? Los nombres son tan importantes... pero nunca se me han dado bien. ¿Se os ocurre a alguno una idea?

—Me gusta los tubos de la muerte...—masculló Denka.

Pero Bayaz no le estaba escuchando.

—Me atrevo a decir que, a su debido tiempo, ya se le ocurrirá a alguien un nombre adecuado. Algo sencillo. Tengo la sensación de que acabaremos viendo un gran número de esos artilugios...

Un debate razonable

Por lo que podía ver Beck, todo se estaba yendo al traste.

La Unión había dispuesto una doble hilera de ballesteros en la ribera sur del río. Estaban agachados tras una valla para poder recargar sus malévolas ballestas. De vez en cuando, se ponían de pie para lanzar una salva de estrepitosas flechas en dirección al extremo norte del puente. Tras el muro de escudos acribillado a flechazos se encontraban agazapados los Caris, y tras ellos se acurrucaban los Siervos, con sus lanzas enredadas en una maraña absurda. Un par de hombres también habían acabado acribillados a flechazos y se los habían llevado chillando a rastras, lo cual no había envalentonado precisamente al resto. Tampoco a Beck. A quien apenas quedaba ya una brizna de valor.

Cada vez que respiraba, estaba a punto de decir: huyamos. Muchos otros ya lo habían hecho. Hombres hechos y derechos con sus sobrenombres y demás, que habían salido corriendo para salvar el pellejo y alejarse de la lucha que se libraba en el río. ¿Por qué se quedaban ahí Beck y los demás? ¿Por qué les debía importar una mierda a ellos si Caul Reachey se apoderaba de una ciudad, o si Dow el Negro seguía llevando la vieja cadena de Bethod?

El combate ya había concluido en la parte sur del río. La Unión había entrado en las últimas casas y había masacrado a quienes las defendían, o las había quemado, obteniendo así unos resultados parecidos, y el humo todavía cruzaba el río. Ahora, los soldados, que se estaban congregando en el extremo más alejado, se preparaban para intentar el asalto al puente mientras adoptaban una formación en cuña. Beck nunca había visto a nadie con unas armaduras tan pesadas, que les cubrían de metal de los pies a la cabeza de tal modo que parecían algo que hubiera sido forjado y no nacido. Entonces, pensó en las patéticas armas con las que contaba el grupo de desgraciados al que pertenecía. Unos cuchillos desafilados y unas lanzas dobladas. Iba a ser como intentar matar a un toro con un alfiler.

Otra salva de flechas atravesó el río siseando y, de repente, un colosal Siervo dio un salto, lanzó un chillido demencial y apartó a empujones a todo aquel que se encontró en su camino, para, a continuación, ser derribado del puente y caer al agua. El muro de escudos se abrió por donde había pasado el Siervo, su retaguardia se

desmoronaba, se disgregaba. Ninguno de ellos quería quedarse ahí agazapado hasta que lo acribillaran y menos aún enfrentarse de cerca con esos cabrones de las armaduras. Quizá a Dow el Negro le gustaba el olor que despedían los cobardes al ser quemados, pero Dow se hallaba ahora muy lejos. La Unión, sin embargo, se encontraba terriblemente cerca y se estaban preparando para acercarse todavía más. Beck pudo ver cómo les abandonaba el coraje, mientras retrocedían al unísono, los escudos dejaban de estar juntos y las lanzas temblaban.

El Gran Guerrero que lideraba el muro de escudos se giró para gritar, blandiendo su hacha, y, acto seguido, cayó de rodillas e intentó agarrar algo que tenía en la espalda. Entonces, se derrumbó boca abajo, y pudo verse que una flecha sobresalía de su lujosa capa. Alguien profirió un largo grito al otro lado del puente y la Unión avanzó. Todo ese metal avanzó al unísono como si fuera una sola bestia iracunda. No realizaron una carga salvaje, como habría hecho un grupo de Caris, sino que avanzaron con paso firme y suma determinación. Y así, sin resistencia, el muro de escudos se desmoronó y sus integrantes salieron huyendo. La siguiente salva de flechas hizo que cayeran una docena o más, mientras el resto se dispersaban por la plaza como cuando Beck espantaba a los estorninos con una palmada.

Beck observó cómo un hombre se arrastraba, con tres flechas clavadas, sobre los adoquines. Lo contempló con los ojos desorbitados y estuvo a punto de quedarse sin aire. ¿Qué se siente cuando una flecha te atraviesa? ¿Cuando se clava profundamente en tu carne? O en tu cuello. O en tu pecho. O en tus partes nobles. ¿O cuando te clavan una espada? Cuando el metal afilado se adentra en la blanda carne. ¿Qué se siente cuando te cortan una pierna? ¿Hasta qué punto se puede sentir dolor? Si bien había pasado mucho tiempo soñando con la guerra, de algún modo, siempre había logrado evitar pensar en esas cosas.

Huyamos. Se volvió a Reft para decirle eso mismo, pero éste estaba disparando una flecha; después, lanzó un juramento e hizo ademán de coger otra. Beck debería estar haciendo lo mismo, tal y como Flood le había indicado, pero su arco parecía pesar una tonelada y apenas tenía fuerzas en las manos para sostenerlo. Por los muertos, se sentía fatal. Tenían que huir, pero era tan cobarde que era incapaz decirlo. Era demasiado cobarde como para mostrar que estaba muerto de miedo, que estaba temblando y quería gritar, a los muchachos de la planta de abajo. Lo único que era capaz de hacer era quedarse ahí sin hacer nada, con el arco asomando por la ventana pero sin estirar la cuerda, como un muchacho que se ha sacado la polla para mear pero que es incapaz de hacerlo si alguien lo está mirando.

Volvió a escuchar el tañido de la cuerda del arco de Reft. Y lo oyó gritar: «¡Voy para abajo!». Con su cuchillo largo en una mano y un hacha en la otra se dirigió a las escaleras. Beck lo observó boquiabierto pero no dijo nada. Se sentía atrapado entre el miedo que le daba quedarse solo ahí y el temor a bajar las escaleras.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para atreverse a mirar por la ventana. Los hombres de la Unión entraban en tropel a la plaza, los que portaban armaduras más pesadas seguidos de muchos otros. Eran docenas. Cientos. Las flechas arreciaban desde los edificios y caían sobre ellos. Había cadáveres por todas partes. Una piedra cayó desde el tejado del molino rompiendo el casco a un hombre de la Unión, que se derrumbó. No obstante, estaban por todas partes; cargaban por las calles, golpeaban las puertas y acababan con los heridos que intentaban alejarse de ellos como podían.

Entonces, divisó a un oficial de la Unión que se encontraba cerca del puente y señalaba con su espada a los edificios, iba vestido con una elegante chaqueta con ribetes dorados, como la del prisionero que había matado Escalofríos. Beck alzó su arco, apuntó a su objetivo y tensó la cuerda.

No podía hacerlo. Lo único que alcanzaba a escuchar era el fragor de la batalla, no podía pensar. Temblaba tanto que apenas era capaz de ver; al final, cerró los ojos con fuerza y disparó la flecha a la nada. Fue la única que disparó. Ya era demasiado tarde para huir. El enemigo rodeaba la casa. Estaba atrapado. Había tenido su oportunidad de largarse, pero ahora la Unión estaba por todas partes. De repente, unas astillas salieron despedidas y se le clavaron en la cara, trastabilló hasta el interior del ático, se resbaló y cayó de culo, arañando los tablones de madera con los tacones. Una flecha que se había clavado en el marco de la ventana había atravesado la madera, y su punta resplandeciente había logrado adentrarse en la habitación. Beck siguió en el suelo, apoyando su peso en los codos, mientras la miraba fijamente.

Quería estar con su madre. Por los muertos, ahora quería estar con su madre. ¿Cómo podía desear eso un hombre como él?

Beck se puso en pie con dificultad y pudo escuchar choques y golpes por todas partes, así como aullidos y rugidos que apenas eran humanos, que provenían de la planta de abajo, de fuera y dentro de la casa, la cabeza le daba vueltas con cada leve ruido que oía. ¿Ya estaban dentro de la casa? ¿Venían a por él? Lo único que podía hacer era quedarse ahí sudando a raudales. Tenía las piernas empapadas. Demasiado empapadas. Se había meado encima. Se había meado como un niño y ni siquiera se había dado cuenta hasta que el orín se había enfriado.

Desenvainó la espada de su padre. Sintió su peso. Debería haberse sentido fuerte gracias a ella, como había sucedido siempre que la empuñaba. Pero, en vez de eso, le hizo sentir una gran añoranza por su hogar. Añoranza por esa diminuta habitación apestosa en la que siempre la había blandido, donde cada vez que la desenvainaba el susurro de su filo venía acompañado del murmullo de valerosos sueños. Ahora, a duras penas podía creer que entonces hubiera deseado vivir algo así. Se acercó a las escaleras, con la cabeza vuelta hacia atrás, mirando por el rabillo del ojo, que tenía entornado, como si el hecho de no ver con claridad fuera a mantenerlo a salvo.

Había mucho movimiento en la habitación del fondo, se atisbaban unas sombras, algunas más oscuras que otras, y unos destellos de luz que atravesaban los postigos rotos, así como unos muebles dispersos y unas hojas relucientes. Escuchó cómo alguien golpeaba de manera regular algo hecho de madera, alguien intentaba abrirse paso y entrar. Oyó unas voces entremezcladas que no parecían decir nada, o bien hablaban en el idioma de la Unión o aquello no eran siquiera palabras. Sólo gritos y quejidos.

Dos de los muchachos norteños de Flood yacían en el suelo. Uno estaba sangrando por todas partes. El otro repetía sin cesar: «No, no, no». Colving tenía una expresión salvaje y demente dibujada en su regordeta cara, clavaba su arma a un tipo de la Unión que había logrado colarse a través de la puerta. Reft abandonó el abrigo de las sombras y lo golpeó en la parte de atrás del casco con su hacha; al instante, cayó torpemente encima de Colving y, mientras intentaba levantarse, siguió dándole hachazos en su espaldar, hasta que por fin halló un resquicio entre la armadura y el casco y lo mató. Su cabeza semidecapitada quedo pendiendo del cuello.

—¡Que no entren! —gritó Reft, saltando hacia la puerta, que cerró empujándola fuertemente con el hombro.

Un hombre de la Unión logró entrar por una ventana, al lado de donde arrancaban las escaleras. Becklo podría haberlo atravesado por la espalda. Probablemente, sin ser visto siquiera. Pero no pudo evitar pensar en qué pasaría si todo saliera mal. En qué pasaría después de que lo atravesara. Así que no hizo nada. Brait chilló, se giró para alcanzar al hombre de la Unión con su lanza, pero antes de que pudiera hacerlo el soldado le acertó con su espada en el hombro y le abrió un tajo hasta el pecho. Brait profirió un grito ahogado, agitando la lanza, mientras el hombre de la Unión intentaba con todas sus fuerzas arrancar su espada de él y un manantial de sangre negra los cubría a ambos por entero.

—¡Socorro!—bramó Stodder, quien se encontraba pegado a la pared con un enorme cuchillo en una mano, a nadie en concreto—. ¡Socorro!

Beck no se giró y huyó. Simplemente, retrocedió sigilosamente, volvió a subir las escaleras por las que acababa de bajar y se dirigió rápidamente al armario abierto, le arrancó la única balda que tenía y, acto seguido, se agachó y acomodó en las sombras confusas que albergaba en su interior. Logró introducir la punta de los dedos en un hueco que había entre dos tablas de la puerta y consiguió cerrarla, se hizo un ovillo con la espalda apoyada contra las vigas. De este modo, se quedó acurrucado en la oscuridad, dentro de un mal escondite propio de un crío. Solo, con la única compañía de la espada de su padre, de su propia respiración sollozante y de los ruidos de la masacre que tenía lugar en la planta de abajo con su grupo.

El Lord Gobernador Meed observaba lo que sucedía con porte regio por la ventana norte de la sala principal con las manos entrelazadas a su espalda, asintiendo ante los retazos de información que le daban como si los entendiera, mientras los oficiales se apiñaban a su alrededor y hablaban atropelladamente como unas crías de oca impacientes alrededor de su madre. Una metáfora adecuada, ya que Meed tenía la misma experiencia militar que un animal de esa especie. Finree merodeaba por el fondo de la sala, intentando desentrañar ese horrendo secreto; deseaba desesperadamente saber qué estaba ocurriendo pero no quería darle a nadie la satisfacción de tener que preguntárselo, así que se mordía las uñas, mientras en silencio se planteaba y daba vueltas a escenarios improbables para llevar a cabo su venganza.

Aunque tenía que admitir que con quien más enfadada estaba era con ella misma. Ahora se daba cuenta de que habría sido mucho mejor que hubiera fingido ser paciente, encantadora y humilde, tal y como Hal había deseado; sí, así habría aplaudido la patética incompetencia militar de Meed y se habría ganado su confianza, como un cuco se hace con el nido de una paloma.

Aun así, aquel hombre era tan vanidoso como para haber traído hasta ahí un pretencioso retrato suyo en plena campaña. Quizá aún no fuera tarde para utilizar la estrategia de la oveja descarriada que quiere volver al redil, para ganarse su favor, esbozando una sonrisa tonta teñida de arrepentimiento. Entonces, cuando se presentara la oportunidad, podría apuñalarlo por la espalda a una corta distancia. Se prometió a sí misma que lo acabaría apuñalando de una manera u otra. Se moría de ganas de ver qué cara ponía Meed, ese viejo de rostro ajado, cuando al fin lo...

Aliz soltó un bufido al intentar contener la risa.

—Pero ¿quién es ése?

—¿Quién es quién? —preguntó Finree, que estaba mirando por la ventana este, a la que nadie prestaba ninguna atención, ya que la batalla estaba teniendo lugar al norte.

Un hombre harapiento había salido del bosque y se encontraba sobre una pequeña roca, con la mirada clavada en la posada. El viento le agitaba su pelo negro. Sin lugar a dudas, no era, ni por asomo, un soldado de la Unión.

Finree frunció el ceño. Se suponía que casi todos los hombres del Sabueso iban muy por detrás de ellos y tardarían en llegar; además, en cualquier caso, había algo en esa figura solitaria que daba... *mala espina.*

—¡Capitán Hardrick! —exclamó—. ¿Es uno de los hombres del Sabueso?

—¿Quién? —Hardrick se acercó al lugar donde se hallaban ambas mujeres—. Sinceramente, no sabría...

El hombre que se encontraba sobre la roca se llevó algo a la boca y echó la cabeza hacia atrás. Un momento después, una larga y lúgubre nota reverberó por todos los campos vacíos.

Aliz se echó a reír.

—¡Un cuerno!

Finree sintió esa nota en las tripas y, al instante, lo supo. Agarró a Hardrick del brazo.

—Capitán, debe ir a buscar al general Jalenhorm y decirle que nos están atacando.

—¿Qué? Pero si... —la sonrisa idiota del capitán se desvaneció en cuanto miró hacia el este.

—Oh —dijo Aliz.

De repente, la línea que conformaban los árboles se llenó de gente. Parecían bárbaros, incluso desde esa distancia. Tenían el pelo largo, vestían con harapos y muchos iban medio desnudos. Ahora que el hombre del cuerno se encontraba rodeado de otros cientos más, se le podía comparar con ellos para saber cuán grande era, y Finree entonces se percató de qué era lo que tanto le había desconcertado de él. Era un gigante, en el sentido más literal del término.

Como Hardrick no reaccionaba y se limitaba a mirar boquiabierto por la ventana, Finree le tuvo que clavar las uñas en el brazo para arrastrarlo hacia la puerta.

—¡Váyase ya! Busque al general Jalenhorm. Dé con mi padre. ¡Vamos!

—Debería recibir órdenes de...

Los ojos del capitán se posaron fugazmente sobre Meed, quien seguía observando risueño y despreocupado el ataque a Osrung, junto a todos los demás oficiales, salvo un par de ellos que se habían alejado del resto sin muchas prisas para investigar la procedencia del sonido de ese cuerno.

—¿Quiénes son? —preguntó uno de ellos.

Finree no tenía tiempo para dar explicaciones. Así que dio el grito más agudo, largo y espeluznante que una chica podría dar. Entonces, uno de los músicos tocó una nota equivocada, haciendo rechinar su instrumento, aunque el otro siguió tocando un poco más hasta que toda la sala se quedó en silencio, hasta que todos los allí presentes giraron la cabeza bruscamente hacia Finree, salvo Hardrick. Se sintió aliviada al comprobar que había logrado que reaccionara y que fuera corriendo a la puerta.

—Pero ¿qué demonios...? —acertó a decir Meed.

—¡Hombres del Norte! —exclamó alguien—. ¡Al este!

—¿Cómo que hombres del Norte? ¿Se puede saber que está...?

Súbitamente, todo el mundo estaba gritando.

—¡Ahí! ¡Ahí!

—¡Me cago en todo!

—¡A las defensas!

—¿Tenemos defensas?

Los hombres que se encontraban en el campo —conductores, criados, herreros y cocineros— salieron corriendo alocadamente desde las tiendas y carromatos en dirección a la posada. Entre ellos, ya se podía ver a unos cuantos jinetes, montados sobre unos ponis peludos, que ni siquiera llevaban estribos, pero que avanzaban con celeridad a pesar de todo. Finree pensó que podrían ir armados con arcos y, un momento después, unas flechas golpearon la pared norte de la posada. Una de ellas logró atravesar una ventana y se deslizó por el suelo. Era una cosa negra, mellada y con una forma tosca, pero no por ello era menos peligrosa. Se pudo escuchar el tenue tintineo del metal, lo cual indicaba que alguien había desenvainado su espada; enseguida, un buen número de hojas relucieron por toda la sala.

—¡Que unos ballesteros suban al tejado!

—¿Tenemos ballesteros aquí?

—¡Cierren las contraventanas!

—¿Dónde está el coronel Brint?

Una mesa plegable chilló a modo de protesta al ser arrastrada hasta delante de una de las ventanas; los papeles que había sobre ella acabaron en el suelo.

Finree logró echar un vistazo por la ventana mientras un par de oficiales se esforzaban por cerrar las malditas contraventanas. Una gran línea de hombres estaba atravesando aquel campo en dirección hacia ellos, ya se encontraban a medio camino entre los árboles y la posada y se aproximaban muy rápido; además, a la vez que cargaban, se iban separando. Unos estandartes hechos jirones y adornados con huesos ondeaban tras ellos. Al principio, estimó que debían ser al menos dos mil hombres, mientras que ellos no eran más que un centenar en la posada y no estaban bien armados. Tragó saliva ante el terror que le infundía la mera aritmética.

—¿Están cerradas las puertas?

—¡Bloquéenlas!

—¡Avisen al Decimoquinto!

—¿Es demasiado tarde para llevar...?

—Por los Hados —dijo Aliz, con los ojos como platos, cuyo blanco se veía en todo su esplendor, mientras miraba a todas partes como si buscara una vía de escape. Pero no había ninguna—. ¡Estamos atrapados!

—La ayuda llegará —le aseguró Finree, quien intentó hablar con la mayor calma posible mientras su corazón amenazaba con salirse de sus costillas.

—Pero ¿quién nos va a ayudar?

—El Sabueso —quien de un modo perfectamente comprensible se había esforzado lo máximo posible por poner tierra de por medio entre él y Meed— o el general Jalenhorm —cuyos hombres se encontraban totalmente desorganizados tras el desastre del día anterior y no podían ser de ayuda a nadie—, o nuestros maridos —quienes se hallaban muy atareados con el ataque a Osrung y probablemente no tenían ni la menor idea de que una nueva amenaza había surgido justo a sus espaldas—. La ayuda llegará —repitió, aunque sonaba tan patéticamente poco convincente que ni ella se lo creyó.

Los oficiales corrían de aquí para allá de manera absurda, señalaban a todas partes y se vociferaban órdenes contradictorias unos a otros, y la oscuridad y la confusión se fueron adueñando de la sala a medida que iban colocando barricadas en las ventanas con cualquier basura lujosa que tuvieran a mano. Meed se encontraba en medio de todo aquel caos; de repente, se hallaba solo y era ignorado por todos, mientras abría y cerraba una mano presa de la impotencia y miraba a su alrededor sin saber qué hacer con su espada dorada en la otra. Era como un padre nervioso en una gran boda, planeada con todo detalle, que cuando llega el gran día se da cuenta de que nadie quiere que esté ahí. Por encima de él, su retrato contemplaba la situación con desdén y gesto autoritario.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó a nadie en particular. Al final, su mirada que deambulaba desesperada se posó en Finree—. ¿Qué podemos hacer?

En cuanto abrió la boca para contestar, Finree se dio cuenta de que no tenía una respuesta.

Cadenas de mando

Tras una escasa racha de buen tiempo, las nubes habían regresado y la lluvia había comenzado a caer de nuevo, administrando suavemente al mariscal Kroy y a su estado mayor otra dosis de húmeda miseria y oscureciendo por completo ambos flancos del campo de batalla.

—¡Maldito sea este aguacero! —bramó—. Para esto bien podría llevar un cubo en la cabeza.

La gente a menudo suponía que un lord mariscal ostentaba el poder supremo en el campo de batalla, más aún que el emperador en la sala del trono. No eran conscientes de las infinitas restricciones que sufría su autoridad. El clima, en particular, se mostraba proclive a ignorar sus órdenes. Después había que tener en cuenta el equilibrio político: los caprichos del monarca, el humor del pueblo. Había un sinfín de preocupaciones logísticas: dificultades en el abastecimiento y el transporte, en las señales y la disciplina, y cuanto mayor era el ejército, más torpe y lento se volvía. Si uno conseguía, mediante algún milagro, arrastrar aquella masa ingobernable hasta una posición desde la que poder realmente luchar, había que instalar un cuartel general convenientemente alejado de primera línea, e incluso en el caso de disponer de un buen punto de observación estratégicamente situado, un comandante podía no llegar a ver absolutamente nada del combate. Las órdenes podían tardar media hora o más en llegar hasta sus destinatarios y a menudo eran inútiles o decididamente peligrosas para cuando les alcanzaban, si es que alguna vez lo hacían.

Cuanto más ascendía por la cadena de mando, más eslabones se interponían entre él y el acero desnudo, más difícil se volvía la comunicación y más retorcían sus propósitos la cobardía, la precipitación, la incompetencia o, lo peor de todo, las buenas intenciones de los hombres. Un papel mayor jugaba el azar, y el azar raras veces se muestra favorable. Con cada nuevo ascenso, el Mariscal Kroy había soñado con librarse al fin de las ataduras y alzarse todopoderoso. Y con cada nuevo ascenso, se había descubierto más incapacitado que antes.

—Soy como un viejo invidente e idiota que se ha dejado enredar en un duelo —murmuró. Sólo que eran miles las vidas que pendían de sus golpes ciegos, en vez de sólo la suya.

—¿Desea un brandy con agua, Lord...?

—¡No, no lo deseo en absoluto! —le espetó a su ordenanza, e hizo una mueca mientras el hombre retrocedía nerviosamente con la botella. ¿Cómo podría explicar que eso era lo que había estado bebiendo ayer cuando se le informó de que había sido el responsable de la muerte de cientos de sus hombres, y que ahora la mera idea de tomar ese brandy con agua le revolvía por completo el estómago?

En nada le ayudaba que su hija se hubiera situado tan cerca de primera línea. Una y otra vez, se sorprendía dirigiendo su catalejo hacia el flanco oriental de la batalla, intentando distinguir entre la llovizna la posada que Meed había escogido como cuartel general. Se rascó insatisfecho la mejilla. Había visto interrumpido su afeitado por un preocupante informe enviado por el Sabueso; según éste, había indicios de que unos salvajes venidos de más allá del Crinna campaban a sus anchas por la campiña hacia el este. Y para que el Sabueso los considerase salvajes, ciertamente debían serlo. Ahora Kroy se sentía aturdido y, encima, tenía un lado del rostro suave y el otro sin afeitar. Este tipo de detalles siempre le habían molestado. Un ejército se levanta sobre los detalles igual que una casa se alza sobre ladrillos. Basta colocar un ladrillo mal para que peligre todo el conjunto. Pero coloca debidamente todos y cada uno de ellos y...

—Vaya —musitó para sí mismo—. Ahora soy un maldito albañil.

—El último informe de Meed indica que todo va bien por la derecha —afirmó Felnigg, sin duda intentando atenuar sus temores. Su jefe del estado mayor le conocía demasiado bien—. Han ocupado la mayor parte del sur de Osrung y están haciendo un gran esfuerzo para tomar el puente.

—¿De modo que las cosas iban bien hace media hora?

—Hasta cierto punto se puede decir que sí, señor.

—Cierto —Kroy siguió mirando un momento más, pero apenas fue capaz de distinguir la posada, y mucho menos la propia Osrung. Nada ganaba preocupándose. Si todo su ejército hubiera sido tan valeroso y contara con tantos recursos como su hija ya habrían vencido y estarían de regreso a casa. Casi compadeció al hombre del Norte que se cruzara en su camino estando ella de mal humor. Kroy se volvió hacia el oeste, siguiendo el trazado del río con su catalejo hasta que llegó al Puente Viejo.

O pensó haberlo hecho. Pues sólo vio una débil línea recta de color claro sobre otra débil línea curva de color oscuro que, asumió, debía ser el río, todo ello

dibujándose y desdibujándose según la lluvia se espesara o aclarase en el par de kilómetros que lo separaban del objetivo. En realidad, podría haber estado mirando cualquier cosa.

—¡Maldita lluvia! ¿Qué hay del flanco izquierdo?

—Lo último que hemos sabido de Mitterick era que su segundo asalto había sido... ¿cómo ha dicho él? Ha sido rechazado.

—A estas alturas habrá fracasado, entonces. Aun así, tomar un puente defendido con determinación es una tarea muy difícil.

—Oh —gruñó Felnigg.

—Puede que Mitterick tenga muchas carencias...

—Oh —volvió a gruñir Felnigg.

—Pero la persistencia no es una de ellas.

—No señor, piensa persistentemente con el culo.

—Bueno, bueno, seamos generosos —dijo Kroy. Después, en voz baja, añadió—: Todo el mundo necesita un culo, aunque sólo sea para sentarse.

Si el segundo asalto de Mitterick había fracasado hacía poco, ya estaría preparando otro. Además, los hombres del Norte con quienes se enfrentaba ya deberían estar un tanto agotados. Kroy replegó el catalejo y se golpeó con él la palma de la mano.

El general que aguarda a saber todo lo necesario para tomar una decisión nunca llega a tomarla o, si lo hace, ya es demasiado tarde. Tenía que intuir cuál era el momento adecuado. Anticiparse al cambio de las mareas de la batalla. A las variaciones de moral, de presión y de ventajas. Uno debía confiar en sus instintos. Y los instintos del Mariscal Kroy le indicaron que el momento crucial del flanco izquierdo se hallaba ya próximo.

Atravesó a grandes zancadas la puerta del granero que hacía las veces de cuartel general, asegurándose esta vez de agacharse, pues no necesitaba otro doloroso cardenal en la coronilla, y se encaminó directamente hacia su escritorio. Hundió la pluma en el tintero sin sentarse y escribió sobre la más cercana de varias hojas de papel preparadas para tal propósito:

Coronel Vallimir

Las tropas del General Mitterick están encontrando una fuerte resistencia en el Puente Viejo. Pronto obligarán al enemigo a agotar todas sus energías. Por tanto, deseo que inicie usted su ataque de inmediato, según lo establecido, con todos los hombres a su disposición. Buena suerte.

Kroy

Por último, añadió una rúbrica a su firma.

—Felnigg, quiero que le lleve esto al General Mitterick.

—Puede que se lo tome mejor si se lo entrega un mensajero.

—Puede tomárselo como le dé la maldita gana, pero no quiero que tenga la más mínima excusa para ignorarla.

Felnigg era un oficial de la vieja escuela y raras veces se dejaba traicionar por sus sentimientos; ése era uno de los motivos por los que Kroy siempre le había admirado. Pero su desagrado por Mitterick era evidentemente superior a su autocontrol.

—Si no me queda más remedio, mariscal —replicó, y cogió, con cierta amargura, las órdenes de la mano de Kroy.

El coronel Felnigg salió apresuradamente del cuartel de mando y a punto estuvo de descalabrarse con el dintel bajo, consiguiendo a duras penas disimular su enfado. Metió las órdenes en el bolsillo interior de su chaqueta, comprobó que nadie estuviera mirando y le dio un rápido sorbo a su petaca, después volvió a mirar a su alrededor y le dio un segundo, se subió al caballo y le fustigó para que bajara por el estrecho sendero, obligando a apartarse a los criados, soldados y jóvenes oficiales que halló a su paso.

Si hubiese sido a Felnigg a quien hubieran puesto al mando del Asedio de Ulrioch años atrás y Kroy hubiese sido enviado en una infructuosa misión en medio de una polvorienta nada, habría sido Felnigg quien hubiese obtenido la gloria y Kroy quien hubiese regresado sediento tras haber perdido veinte carromatos y quien hubiera sido ignorado por todos, Felnigg podría haber acabado siendo el mariscal y Kroy su chico de los recados con grandes aspiraciones.

Descendió la colina estruendosamente, espoleando su montura en dirección oeste, hacia Adwein, siguiendo un camino lleno de charcos. Un gran número de hombres de Jalenhorm todavía se esforzaban por encontrar algún atisbo de organización en el terreno que se inclinaba hacia el río. Ver que las cosas se hacían de manera tan descuidada le hacía sentir algo a Felnigg muy próximo al dolor físico. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no detener su caballo y empezar a chillarles órdenes a todos para imbuirles un poco de puñetera determinación. *Determinación.* ¿Acaso eso era demasiado pedir en un ejército?

—Me cago en Jalenhorm —susurró Felnigg. Aquel tipo era un chiste y ni siquiera era un chiste con gracia. No tenía ni el ingenio ni la experiencia para ser sargento, ni

mucho menos general, pero, al parecer, haber sido compañero de copas del rey era mejor cualificación que años de servicio competente y abnegado. Si bien eso habría bastado para convertir a un hombre inferior a él en un amargado, a Felnigg le animó a alcanzar mayores cotas de excelencia. Entonces, redujo un momento el ritmo para darle otro sorbo a su petaca.

Sobre la ladera cubierta de hierba que quedaba a su derecha había tenido lugar un accidente. Unos mecánicos ataviados con mandiles se afanaban junto a dos grandes tubos de metal oscuro y un largo tramo de hierba ennegrecida. Varios cuerpos yacían junto a la carretera, cubiertos por sábanas ensangrentadas. Sin duda alguna, ese maldito experimento ridículo del Primero de los Magos les había estallado en la cara. Cada vez que el Consejo Cerrado se inmiscuía en la guerra, uno podía tener por seguro que se iba a producir una abundante pérdida de vidas humanas y, según la experiencia de Felnigg, raras veces en el bando enemigo.

—¡Fuera de mi camino! —rugió, abriéndose paso a través de un rebaño de ganado al que nunca se le debería haber permitido acceso al camino y obligando a uno de los pastores a apartarse de un salto. Atravesó Adwein a medio galope, un pueblo tan miserable como el que más, atiborrado ahora de rostros desgraciados, hombres heridos y sucios remanentes de quién sabe qué otras unidades. Los desechos inútiles y lamentables de los fracasados asaltos de Mitterick, que habían sido barridos hacia la retaguardia de su división como estiércol en un establo.

Al menos Jalenhorm, por estúpido que fuese, era capaz de obedecer una orden. Mitterick siempre intentaba desobedecerlas y hacer las cosas a su manera. La incompetencia era imperdonable, pero la desobediencia era... más imperdonable aún, maldita sea. Si todo el mundo se limitase a hacer lo que le apetecía, no habría coordinación, ni mando, ni propósito. No habría ejército, sino únicamente una enorme masa de hombres entregados a su mezquina vanidad. Sólo de pensarlo se ponía...

Un criado cargado con un cubo salió repentinamente de un pórtico cruzándose en el camino de Felnigg. El caballo de éste se detuvo violentamente, se encabritó y estuvo a punto de tirarlo de la silla.

—¡Quita de en medio! —le gritó Felnigg al hombre mientras le cruzaba la cara sin pensar con la fusta. El criado chilló y cayó de bruces al suelo, salpicando una pared con el agua que llevaba en el cubo. Felnigg espoleó a su caballo y siguió adelante, pero el calor del alcohol en su estómago se enfrió de repente. No debería haber hecho aquello. Había dejado que la furia le dominase y darse cuenta de ello sólo sirvió para irritarle más aún.

El puesto de mando de Mitterick era el lugar más ingobernable de su ingobernable división. Los oficiales corrían de un lado a otro, levantando barro aquí

y allá, mientras se gritaban unos a otros, obedeciendo siempre a quien más gritaba e ignorando las mejores ideas. Un comandante es el ejemplo a seguir por sus subordinados. Un capitán da ejemplo a su compañía, un mayor a su batallón, un coronel a su regimiento y Mitterick daba ejemplo a toda su división. Los oficiales descuidados acaban mandando sobre soldados descuidados, y los soldados descuidados acaban llevando a un ejército a la derrota. Las reglas salvaban vidas en momentos como aquéllos. ¿Qué tipo de oficial permitía que el caos reinara en su propio puesto de mando? Felnigg tiró de las riendas de su caballo y se dirigió en línea recta hacia la puerta de lona de la gran tienda de Mitterick, apartando de su camino a los nerviosos jóvenes ayudantes de campo con sólo la fuerza de su desaprobación.

En el interior la confusión se redoblaba. Mitterick se encontraba inclinado sobre una mesa en mitad de una masa clamorosa de uniformes escarlata, estudiando un mapa improvisado del valle y debatiendo a voz en grito. Felnigg sintió que su revulsión por aquel hombre le azotaba como un viento huracanado. Era el peor soldado que podía haber, aquel que disfraza su incompetencia de estilo y, para empeorar las cosas, consigue engañar a la gente la mayor parte de las veces. Pero a Felnigg no lo engañaba.

Felnigg se adelantó y saludó de manera impecable. Mitterick realizó un perentorio ademán con la mano y apenas alzó la vista del mapa.

—Traigo una orden para el Primer Regimiento del Rey de parte del Lord Mariscal Kroy. Si pudiera atenderla *de inmediato,* se lo agradecería —fue incapaz de esconder por completo el desprecio que sentía por él en su tono de voz y Mitterick, evidentemente, se dio cuenta.

—Ahora mismo estamos un poco ocupados *luchando,* quizá pueda dejarla...

—Me temo que no, general —Felnigg tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abofetear a Mitterick con sus guantes—. El lord mariscal ha sido muy concreto en ese aspecto y debo insistir en la premura.

Mitterick se enderezó, tensando los músculos de la mandíbula hacia un lado de su sobredimensionada cabeza.

—¿No hay más remedio?

—Exactamente. No hay más remedio —entonces, Felnigg agarró la orden como si fuera a arrojársela a la cara. Sólo una última pizca de autocontención impidió que ésta abandonara la punta de sus dedos.

Mitterick le arrebató el papel y logró contener a duras penas las ganas que tenía de darle un puñetazo en la cara con la otra mano. Acto seguido, abrió el sobre.

Felnigg. Menudo asno. Menudo imbécil arrogante y pedante. Un quisquilloso obsesionado con la disciplina sin pizca de imaginación ni iniciativa, sin nada de lo que los hombres del Norte llamaban, con su don para la simplicidad, «agallas». Era afortunado de tener por amigo al Mariscal Kroy y de que éste le hubiera arrastrado consigo en su ascendente carrera porque, si no, se habría pasado toda la vida siendo un mero capitán que siempre iba con la chaqueta totalmente abotonada.

Felnigg. Menudo *imbécil.* Mitterick lo recordó escoltando aquellas miserables seis carretas después de que Kroy se cobrase su gran victoria en Ulrioch. Lo recordó exigiendo que se tuviese en cuenta su contribución al triunfo. Su batallón prácticamente aniquilado en pos de seis condenadas carretas. Por supuesto que se había tenido en cuenta su contribución. *Menudo imbécil,* había pensado Mitterick entonces, y su opinión no había cambiado en todos los años que habían transcurrido desde entonces.

Felnigg. Menudo imbécil redomado. Míralo. Qué imbécil. Probablemente se creía mejor que todos los demás, todavía, a pesar de que Mitterick sabía de buena tinta que era incapaz de levantarse sin antes empinar el codo. Probablemente, pensaba que sería capaz de hacer el trabajo de Mitterick mejor que él mismo. Probablemente, pensaba que se merecía el puesto de Kroy. Maldito imbécil. Era el peor soldado que podía haber, el que disfraza su estupidez de disciplina y, para empeorar las cosas, consigue engañar a la gente la mayor parte de las veces. Pero a Mitterick no lo engañaba.

Dos de sus asaltos al puente habían terminado en fracaso, por lo que debía preparar un tercero y no tenía tiempo para perderlo con burócratas pomposos. Se volvió hacia Opker, el jefe de su estado mayor, golpeando el mapa con la orden arrugada en su mano.

—Dígales que preparen a la Séptima, y quiero que la Segunda marche detrás de ellos. Quiero que la caballería atraviese ese puente tan pronto como consigamos asegurar esa posición, maldita sea, ¡esos campos están hechos para llevar a cabo una carga! Haga que se retire el regimiento de Klein y que aparten a los heridos. Que los echen al río si hace falta, estamos dando a esos condenados hombres del Norte tiempo para recuperarse. ¡Ha llegado el momento de demostrarles qué es en realidad un baño de sangre si eso es lo que quieren! Dígales que lo hagan de inmediato o yo mismo bajaré hasta allí y encabezaré la carga, tanto si puedo meter mi gordo culo en la armadura como si no. Dígales que...

Alguien le golpeó con un dedo en el hombro.

—Esta orden debe ser obedecida *de inmediato,* General Mitterick. ¡De inmediato! —Felnigg casi chilló estas últimas palabras, salpicando con saliva a Mitterick. A éste le resultaba muy difícil creer que alguien pudiera tener tal obsesión por las formas. Las normas cuestan vidas en momentos como ese. ¿Qué clase de oficial insistía en que se cumplieran las normas en un puesto de mando mientras en el exterior los hombres luchaban y morían? Furioso, echó un rápido vistazo a la orden.

Coronel Vallimir

Las tropas del General Mitterick están encontrando una fuerte resistencia en el Puente Viejo. Pronto obligarán al enemigo a emplear todas sus fuerzas. Por tanto, deseo que inicie usted su ataque de inmediato, según lo convenido, con todos los hombres a su disposición. Buena suerte.

Kroy

La Primera había sido asignada a la división de Mitterick, de modo que, como su comandante, era responsabilidad suya clarificar sus instrucciones. Como siempre, la orden de Kroy era tan directa y eficiente como el propio mariscal, y el momento de darla era el más adecuado. Pero Mitterick no iba a dejar escapar la oportunidad de fastidiar al insecto sin mentón que éste tenía por mano derecha, no, señor. Si Felnigg quería hacer las cosas siguiendo al pie de la letra el reglamento, lo asfixiaría con el puñetero reglamento. De modo que extendió el papel sobre el mapa, chasqueó los dedos hasta que alguien le puso una pluma en ellos y garabateó una frase debajo prácticamente sin pararse a pensar en lo que escribía.

Asegúrese de que el enemigo ha lanzado todos sus efectivos a la batalla antes de cruzar la corriente y, entretanto, procure no revelar su posición ante el flanco del adversario. Mis hombres y yo nos estamos dejando la piel en esto. No aceptaré que se les falle.

General Mitterick, Segunda División

A continuación, se dirigió hacia la puerta de la tienda, lo que le dio una excusa para apartar bruscamente a Felnigg de su camino.

—¿Dónde está ese muchacho del regimiento de Vallimir? —bramó bajo la cada vez más escasa lluvia—. ¿Cómo se llama? ¿Lerdodemierda?

—¡Lederlingen, señor! —respondió un joven alto y pálido que dio un paso al frente y saludó titubeante antes de añadir con menos seguridad aún—. General Mitterick, señor.

Mitterick no habría confiado de él ni para que llevase su orinal sano y salvo hasta el río y mucho menos para transmitir una orden vital, pero suponía, tal como

había dicho Bialoveld en una ocasión, que «en la batalla uno debe aprovechar en la medida de lo posible las condiciones adversas».

—Llévele esta orden al coronel Vallimir de inmediato. Es del Lord Mariscal, ¿entiende? Y es de gran importancia —acto seguido, Mitterick le metió el papel plegado y ahora ligeramente hinchado por la tinta en su lacia mano.

Lederlingen aguardó inmóvil un momento, observando la orden.

—¿Y bien? —le espetó el general.

—Er... —Lederlingen saludó de nuevo—. Señor, sí...

—¡Muévase! —le rugió Mitterick a la cara—. ¡Vamos!

Lederlingen retrocedió, todavía manteniendo una absurda posición de firmes y, a continuación, atravesó corriendo el barro pisoteado en dirección hacia su caballo.

Para cuando hubo conseguido montar, un oficial delgado y sin mentón, que iba ataviado con un uniforme almidonado, había salido ya de la tienda de Mitterick y estaba susurrándole algo incomprensible al general mientras un grupo de guardias y oficiales los observaban, entre ellos un hombre corpulento de ojos tristes sin apenas cuello que le resultó vagamente familiar.

Lederlingen no podía perder el tiempo en intentar recordar quién era, pues al fin tenía un trabajo que merecía la pena desempeñar. Dio la espalda al lamentable espectáculo que estaban dando esos dos oficiales de alto rango del ejército de Su Majestad discutiendo entre sí y espoleó a su montura para que se dirigiera al oeste. Sinceramente, no podía decir que lamentase marcharse. El puesto de mando parecía un lugar más terrorífico y desconcertante que la vanguardia.

Pasó junto a una gran cantidad de hombres que se encontraban arremolinados frente a la tienda y gritó para que lo dejaran pasar, después, cruzó la muchedumbre algo menos compacta que se estaba preparando para un nuevo ataque en el puente; en todo momento, llevaba las riendas una mano y la orden en la otra. Debería habérsela guardado en el bolsillo, ya que así le resultaba más difícil controlar a su montura, pero le aterrorizaba la posibilidad de perderla. Una orden del Lord Mariscal Kroy en persona. Era exactamente el tipo de situación con la que había soñado cuando se había alistado con los ojos brillantes por la emoción... ¿hacía realmente sólo tres meses?

Ahora ya había dejado atrás al grueso de la división de Mitterick, cuyo clamor iba apagándose a sus espaldas. Aceleró el ritmo, inclinándose sobre el lomo de su caballo, para recorrer el irregular camino que lo alejaba del Puente Viejo en dirección a las marismas. Por desgracia, tendría que dejar su caballo con el piquete de la orilla

sur y cruzar la ciénaga a pie para poder llevarle la orden a Vallimir. Eso si no se equivocaba de ruta y acababa llevándole la orden a Klige.

El mero hecho de plantearse esa posibilidad hizo que se estremeciera. Su primo le había advertido de que no debía alistarse. Le había dicho que las guerras eran el mundo al revés, un lugar donde los hombres buenos se las arreglaban peor que los malos. Le había dicho que las guerras sólo satisfacían las ambiciones de los ricos y que sólo procuraban tumbas a los pobres, y que no había encontrado dos tipos honestos que mostraran un mínimo de decencia en toda compañía en la que él había servido. Que los oficiales eran arrogantes, ignorantes e incompetentes. Que todos los soldados eran unos cobardes, unos bravucones, unos matones o unos ladrones. Lederlingen había supuesto que su primo había exagerado con el casi único fin de impresionarle, pero ahora debía reconocer que en realidad se había quedado bastante corto. El cabo Tunny, en particular, daba toda la impresión de ser un cobarde y un bravucón, un matón y un ladrón, todo a la vez. Pese a que se trataba del mayor villano que Lederlingen había conocido en toda su vida, los demás hombres lo agasajaban como a un héroe. ¡Loor y gloria para el bueno del cabo Tunny, el granuja más tramposo y mezquino de toda la división!

El sendero se había convertido en un camino empedrado que atravesaba una hondonada junto a un arroyo, o, a veces, en una ancha zanja embarrada sobre la que crecían árboles repletos de bayas rojas. Ese lugar olía a podredumbre. Era imposible avanzar más rápido que a un torpe trote. Ciertamente, la vida de soldado podía llevarle a uno hasta parajes bellos y exóticos.

Lederlingen dejó escapar un suspiro. Efectivamente la guerra era un lugar que parecía el mundo al revés y rápidamente estaba llegando a la misma conclusión que su primo: que no era para él. Tendría que limitarse a mantener la cabeza gacha, no meterse en problemas y a seguir el consejo de Tunny y nunca presentarse voluntario para nada...

—¡Ah!

Una avispa le había picado en la pierna. O eso es lo que pensó en un primer momento, a pesar de que el dolor fue considerablemente más intenso. En cuanto bajó la mirada, se dio cuenta de que tenía una flecha clavada en el muslo. Se quedó mirándola fijamente. Era un palo largo y recto con plumas grises y blancas. Una flecha. Por un momento, se preguntó si alguien le estaría gastando una broma. Se preguntó si sería una flecha falsa. Dolía mucho menos de lo que jamás hubiera sospechado. Pero la sangre había empezado a empaparle los pantalones. Era una flecha de verdad.

¡Alguien le estaba disparando!

Hundió los talones en los ijares del caballo y gritó. Ahora sí le dolía. Dolía como si le hubieran clavado un hierro de marcar en la pierna. Su montura se arrojó hacia delante sobre el camino pedregoso y Lederlingen perdió las riendas, rebotó sobre la silla y agitó frenéticamente la mano en la que llevaba la orden. Entonces se cayó al suelo. Le castañetearon los dientes y la cabeza le dio vueltas mientras se golpeaba contra las piedras.

Se puso en pie como pudo, sollozando debido al dolor que sentía en la pierna, y giró sobre sí mismo a la pata coja, intentando orientarse. Consiguió desenvainar su espada. Había dos hombres en el sendero. Eran hombres del Norte. Uno de ellos se dirigía hacia él con un cuchillo en la mano. El otro tenía un arco alzado.

—¡Socorro! —gritó Lederlingen, pero se hallaba débil, casi sin aliento. No estaba seguro de cuándo había pasado por última vez junto a un soldado de la Unión. Antes de adentrarse en la hondonada, quizás, había visto a algunos exploradores, pero eso había sido hacía un buen rato— ¡Socorro!

Otra flecha atravesó limpiamente la manga de su chaqueta. Y el brazo. Esta vez le dolió desde el primer momento. Soltó la espada con un chillido. Todo su peso recayó sobre su pierna derecha y ésta cedió. Cayó rodando por el terraplén y notó varias oleadas de agonía que le atravesaron el cuerpo cada vez que las flechas rotas chocaban contra el suelo.

Estaba en el barro. Todavía conservaba la orden en un puño. Intentó levantarse. Entonces, oyó una bota en el barro a su lado. Algo le golpeó en el cuello y su cabeza dio una sacudida.

Foss Deep arrancó el papel de la mano del sureño, limpió su cuchillo en la espalda de su chaqueta y después le plantó una bota sobre la cabeza y le hundió la cara en el barro repleto de sangre. No quería que gritase. En parte por sigilo, pero también porque había descubierto últimamente que no le agradaban los ruidos que hacían las personas cuando agonizaban. Si había que hacerlo, se hacía, pero no tenía por qué oírlo, la verdad.

Shallow estaba guiando al caballo del sureño terraplén abajo hacia el pantanoso lecho del arroyo.

—¿Has visto que hermosura? —preguntó, sonriendo.

—Es una yegua. No hables de ella como si fuera tu esposa.

Shallow acarició al animal en la cara.

—Es más guapa de lo que era tu mujer.

—Eso ha sido una grosería.

—Perdona. ¿Qué hacemos con ella, entonces? Es un buen animal. Podríamos ganarnos un...

—¿Cómo piensas hacer que cruce el río? No voy a arrastrarla por el pantano y el puente es un campo de batalla, en caso de que lo hayas olvidado.

—No lo he olvidado.

—Mátala.

—Sería una lástima...

—Mátala y sigamos nuestro camino —dijo Deep, señalando hacia el sureño que se hallaba bajo su bota—. A éste ya lo estoy matando yo, ¿no?

—Pero éste no nos servía para nada...

—¡Que la mates! —exclamó; después, percatándose de que no debía alzar la voz, ya que estaban en el lado del río en manos del enemigo y podía haber sureños por todas partes, añadió en un susurro—: ¡Mata a ese puñetero animal y escóndelo!

Shallow le miró malhumorado, pero tiró de las riendas de la yegua hacia abajo, apoyó todo su peso sobre su cuello y la obligó a echarse. Después la apuñaló rápidamente en el cuello, inmovilizándola mientras se desangraba.

—Me cago en todo —juró Shallow, negando con la cabeza—. No se gana dinero matando caballos. Con todos los riesgos que corremos viniendo a este sitito...

—Para ya.

—¿Que pare qué? —preguntó Shallow mientras arrastraba una rama caída de un árbol para tapar con ella el cadáver de la yegua. Deep se volvió a mirarle.

—Que pares de hablar como un niño. ¿Tú qué crees? Eso no es normal. Es como si tuvieras la cabeza atascada en los cuatro años.

—¿Te molesta mi manera de hablar? —replicó Shallow mientras cortaba otra rama con el hacha.

—Pues resulta que sí, sí.

Shallow terminó de ocultar al caballo.

—Entonces supongo que tendré que parar un poquito.

Deep suspiró profundamente con los dientes cerrados. Un día acabaría matando a Shallow o viceversa, lo sabía desde que tenía diez años. Desplegó el papel y lo puso a la luz.

—¿Qué pone? —inquirió Shallow, ojeando por encima de su hombro. Deep se volvió lentamente para mirarle. No le habría sorprendido que aquél resultase ser el día en que lo matara.

—¿Qué te crees, que he aprendido a leer sureño mientras dormía sin darme cuenta? Por la tierra de los muertos, ¿cómo quieres que sepa qué diablos pone aquí?

Shallow se encogió de hombros.

—Bien dicho. Pero parece importante.

—Ciertamente todo parece indicar que lo es.

—¿Entonces?

—Imagino que todo depende de si conocemos a alguien que pudiera sentirse tentado a soltar algo a cambio.

Ambos se miraron y dijeron al unísono:

—Calder.

Esta vez, Hansul Ojo Blanco llegó al galope y sin el más mínimo rastro de sonrisa en el semblante. Su escudo llevaba un asta de flecha rota clavado y tenía un corte en la frente. Daba la impresión de que había participado en un combate. Calder sintió náuseas con sólo verlo.

—Scale quiere que lleves a tus hombres al puente —ahora no había ni el más mínimo atisbo de risa en su voz—. Los sureños lo están atravesando de nuevo y esta vez van con todo. No podrá resistir mucho más.

—De acuerdo —Calder sabía que ese momento tenía que llegar, pero eso no lo hizo más fácil—. Di a los demás que se preparen.

—Sí —respondió Pálido como la Nieve, quien se alejó a grandes zancadas, vociferando órdenes.

Calder acercó la mano a la empuñadura de su espada y se demoró premeditadamente en aflojarla mientras observaba a los hombres de su hermano —sus hombres— alzarse tras el muro de Clail y prepararse para unirse a la batalla. Había llegado el momento de escribir el primer verso en la canción del osado Príncipe Calder. Esperaba que no fuese el último.

—¡Su altecilla!

Calder se dio la vuelta.

—Foss Deep. Siempre apareces en mis mejores momentos.

—Puedo oler la desesperación.

Deep apestaba, y no únicamente desde un punto de vista moral. Estaba incluso más sucio de lo habitual, como si se hubiera sumergido en una ciénaga, lo cual

Calder no dudaba que habría hecho si hubiera creído que había una moneda al fondo.

—¿De qué se trata? Tengo una batalla en la que morir gloriosamente.

—Oh, no querría ser la causa que impida que en el futuro canten baladas en tu honor.

—Ya cantan canciones sobre él —apostilló Shallow. Y Deep sonrió.

—Sí, pero no en su honor. Bueno, hemos encontrado algo que podría ser interesante.

—¡Mira! —Shallow señaló hacia el sur, mientras mostraba sus blancos dientes entre el barro que le manchaba la cara—. ¡Un arco iris!

Efectivamente, muy tenue, un arco iris se curvaba hacia la lejana cebada mientras la lluvia amainaba y el sol volvía a asomar, pero Calder no estaba de humor para apreciarlo.

—¿Sólo queríais atraer mi atención hacia la infinita belleza que nos rodea o habéis venido por algo más concreto?

Deep extrajo un papel, doblado y sucio. Calder tendió la mano y éste lo alejó teatralmente de su alcance.

—Te lo daré a cambio de un precio.

—El precio del papel no es muy elevado.

—Claro que no —dijo Deep—. Es lo que está escrito en el papel lo que le da el valor.

—¿Y qué es lo que está escrito en él?

Los hermanos se miraron uno al otro.

—Algo. Se lo quitamos a un tipo de la Unión.

—No tengo tiempo para esto. Lo más probable es que sea una carta a su madre.

—¿Una carta? —preguntó Shallow. Calder chasqueó los dedos.

—Dámelo y te pagaré en función de su valor. O si no, lárgate a otra parte a mercadear con tus arcos iris.

Los hermanos volvieron a intercambiar una mirada. Shallow se encogió de hombros. Deep le entregó el papel a Calder. A primera vista no parecía merecer demasiado la pena, estaba manchado de barro y de algo que se parecía sospechosamente a la sangre. Conociendo a aquellos dos, sin duda lo sería. En el interior había un mensaje escrito con buena letra.

Coronel Vallimir

Las tropas del General Mitterick están encontrando una fuerte resistencia en el Puente Viejo. Pronto obligarán al enemigo a emplear todas sus fuerzas. Por tanto, deseo que inicie usted su ataque de inmediato, según lo convenido, con todos los hombres a su disposición. Buena suerte.

Después, había algo que podría haber sido una firma, pero había quedado justo en mitad del pliegue y el papel estaba tan arrugado que Calder no consiguió descifrarla. Parecía una orden, pero nunca había oído hablar de ningún Vallimir. Hablaba de un ataque contra el Puente Viejo, lo cual tampoco podía considerarse una noticia. Estaba a punto de tirar el papel cuando se fijó en el segundo párrafo, escrito por otra mano algo más torpe.

Asegúrese de que el enemigo ha lanzado todos sus efectivos a la batalla antes de cruzar la corriente y, entretanto, procure no revelar su posición ante el flanco del adversario. Mis hombres y yo nos estamos dejando la piel en esto. No aceptaré que se les falle.

General Mitterick, Segunda División

Mitterick. Dow había mencionado su nombre. Era uno de los generales de la Unión. Decían que era astuto y temerario. ¿Mis hombres y yo nos estamos dejando la piel en esto? Parecía un idiota pomposo. Pero había ordenado un ataque para el que había que atravesar una corriente. En uno de los flancos. Calder frunció el ceño. No podía ser el río. Y tampoco el puente. Observó parpadeando el terreno, reflexionando. Preguntándose dónde podrían estar esos soldados para que dicha orden tuviera sentido.

—Por los muertos —susurró. Había hombres de la Unión apostados en el bosque occidental, dispuestos a cruzar el arroyo para atacar su flanco en cualquier momento. ¡Tenía que ser eso!

—Entonces, ¿tiene algún valor o qué? —preguntó Shallow, sonriendo burlonamente.

Calder apenas le oyó. Apartó a un lado a los dos asesinos y se apresuró hacia el montículo que se elevaba en dirección oeste, abriéndose paso entre hombres de rostros torvos que se encontraban apoyados contra el muro de Clail para poder ver más allá del arroyo.

—¿Qué sucede? —preguntó Ojo Blanco, acercando su caballo al otro lado de las piedras.

Calder extendió el baqueteado catalejo que solía utilizar su padre en su día y apuntó con él hacia occidente, ascendió por la colina cubierta de viejos tocones,

situada más allá de las cabañas de los leñadores, y se detuvo en los umbrosos árboles del fondo. ¿Estarían llenos de soldados de la Unión, dispuestos a cargar a través de las poco profundas aguas tan pronto como le vieran ponerse en marcha? Ahí no se veía ni rastro de hombre alguno. Ni siquiera el resplandor del acero entre los árboles. ¿Podría ser un truco?

¿Debía cumplir su promesa y acudir en rescate de su hermano, arriesgándose así a mostrarle el desprotegido trasero de todo el ejército al enemigo? ¿O debía permanecer tras el muro y dejar que fuese Scale quien se quedase con el culo al aire? Eso último era lo más seguro, ¿verdad? Si mantenía firme la línea, evitaría el desastre. ¿O acaso se limitaba a decirse lo que quería oír? ¿Le aliviaba haber encontrado un modo de evitar la lucha? ¿Un modo de librarse del idiota de su hermano mayor? De tanto mentir ya ni siquiera estaba seguro de cuándo se decía la verdad a sí mismo.

Deseaba desesperadamente que alguien le dijese qué hacer. Deseó que Seff estuviera con él, pues ella siempre tenía unas ideas osadas. Y era muy valerosa. Calder no estaba hecho para salir cabalgando al rescate de nadie. Quedarse en retaguardia era más de su estilo. Así como intentar salvar su propio cuello. Y matar a los prisioneros. No personalmente, por supuesto, sino ordenar que otros los mataran. Y si se sentía lo bastante audaz, incluso se atrevía a retozar con las esposas de otros hombres mientras éstos luchaban. Pero nunca se había hallado en una situación como ésta. ¿Qué demonios debía hacer?

—¿Qué sucede?—preguntó Pálido como la Nieve—. Los hombres están...

—¡La Unión se encuentra en el bosque, al otro lado del arroyo!

Se hizo un silencio en el que Calder se dio cuenta de que había hablado con un tono de voz mucho más alto del necesario.

—¿La Unión está ahí? ¿Estás seguro?

—¿Por qué no han atacado ya? —quiso saber Ojo Blanco. Calder le mostró el papel.

—Porque tengo sus órdenes. Pero, antes o después, recibirán más.

Oyó cómo murmuraban los Caris a su alrededor y supo que la noticia estaba corriendo de boca en boca. Probablemente, eso no fuera algo malo. Probablemente, por eso lo había gritado.

—¿Qué hacemos entonces? —murmuró Ojo Blanco—. Scale está esperando que le ayudemos.

—¿Acaso crees que no lo sé? ¡Nadie es más consciente que yo de eso! —Calder siguió mirando en dirección a los árboles, abriendo y cerrando la mano que tenía libre—. Tenways.

Por los muertos, ahora se estaba aferrando al polvo, pidiendo ayuda a un hombre que había intentado que lo asesinaran apenas hacía un par de días.

—Hansul, ve hasta el Dedo de Skarling y dile a Brodd Tenways que hay hombres de la Unión aquí, en los bosques, en la zona oeste. Dile que Scale le necesita. Que necesita su ayuda de inmediato o si no perderemos el Puente Viejo.

Hansul alzó una ceja.

—¿Tenways?

—¡Dow dijo que nos ayudaría si lo necesitábamos! Pues ahora le necesitamos.

—Pero...

—¡Que vayas, te digo!

Pálido como la Nieve y Hansul se miraron mutuamente. Después Ojo Blanco volvió a subirse a su montura y cabalgó hacia el Dedo de Skarling. Entonces, Calder se dio cuenta de que todo el mundo le estaba observando, mientras se preguntaban por qué no había hecho aún lo correcto y no acudía al rescate de su hermano, mientras se preguntaban si deberían seguir siendo leales a aquel torpe idiota de pelo tan bien cuidado.

—Tenways tiene que ir a ayudarlo —musitó, sin estar seguro de a quién pretendía convencer—. Si perdemos el puente, la mierda nos llegará a todos al cuello. Y cuando digo todos, me refiero a todo el Norte —pronunció estas palabras como si alguna vez le hubiera importado algo todo el Norte o cualquiera que se encontrara más allá de la punta de su propio pie.

Su retórica patriotera convenció tan poco a Pálido como la Nieve como a sí mismo.

—Si el mundo funcionara de esa manera —observó el viejo guerrero—, no haría falta que existieran las espadas. No te ofendas, Calder, pero Tenways te odia tanto como la plaga odia a los vivos, y tampoco es que albergue sentimientos mucho más afectuosos hacia tu hermano. No arriesgará su vida ni la de sus hombres para salvar las vuestras, por mucho que diga Dow. Si quieres que tu hermano reciba ayuda, me temo que tendrás que brindársela tú mismo. Y pronto —añadió alzando sus blancas cejas—. Así pues, ¿qué hacemos?

A Calder le entraron ganas de golpearle, pero tenía razón. Deseaba golpearle porque tenía razón. ¿Qué debía hacer? Volvió a levantar el catalejo y escudriñó lentamente la línea que conformaban los árboles, primero hacia un lado, después hacia el opuesto. Y, entonces, se detuvo en seco.

¿Acaso había vislumbrado, por un instante, el reflejo de otro catalejo mirando directamente hacia él?

El cabo Tunny observó a través de su catalejo el muro de piedra seca. Se preguntó si por un instante había vislumbrado el reflejo de otra lente apuntando hacia él. Pero probablemente sólo lo había imaginado. Ciertamente, no parecía que estuviera pasando gran cosa.

—¿Algún movimiento? —preguntó Yema con voz aguda.

—No —Tunny cerró el catalejo y, después, se rascó su grasiento y cada vez más velludo cuello porque le picaba. Se sentía como si algo que no fuese él hubiera tomado posesión de su pescuezo. Una decisión difícil de comprender, ya que él mismo hubiera preferido estar en cualquier sitio menos en su pellejo—. Por lo que he podido ver, se limitan a seguir ahí sentados.

—Como nosotros.

—Bienvenido a los campos de la gloria, soldado Yema.

—¿Aún no han llegado las órdenes? ¿Dónde se ha metido el puñetero Lederlingen?

—Eso no hay manera de saberlo —Tunny hacía tiempo que había dejado de sorprenderse cuando el ejército no funcionaba como debía. Entonces, miró hacia atrás. Tras ellos, el coronel Vallimir estaba teniendo otra de sus rabietas, esta vez dirigida contra el sargento Forest. Yema se pegó a Tunny para susurrarle:

—Los de arriba siempre se cagan en los de abajo, ¿eh, cabo?

—Oh, veo que está adquiriendo un profundo conocimiento de los mecanismos que rigen las fuerzas armadas de Su Majestad. Estoy convencido de que algún día llegará a ser un buen general, Yema.

—No ambiciono a llegar más allá de cabo, cabo.

—Me parece una decisión muy sabia. Como puede ver.

—Seguimos sin recibir órdenes —estaba diciendo Forest, con el rostro contraído, como si le estuvieran obligando a soportar una flatulencia.

—¡Maldita sea! —gritó Vallimir—. ¡Es el momento perfecto para atacar! Cualquier estúpido se daría cuenta.

—Pero... no podemos avanzar si no tenemos órdenes, señor.

—¡Por supuesto que no podemos! ¡A eso se llama abandono del deber! ¡Pero como ahora es el momento perfecto para avanzar, si no lo hago, luego el puñetero general Mitterick querrá saber por qué no actué siguiendo mi propia iniciativa!

—Es muy probable, señor.

—Iniciativa, ¿eh, Forest? *Iniciativa.* ¿Qué coño es eso salvo una excusa para poder degradar a un militar? ¡Esto es como un juego de cartas en el que no te explican las reglas, sólo lo que está en juego! —y así siguió y siguió, como siempre. Tunny suspiró y le tendió su catalejo a Yema.

—¿Adónde va, cabo?

—A ningún sitio, me temo. Absolutamente, a ninguno —se apoyó de nuevo contra el tronco de un árbol y se cubrió con el abrigo—. Despiérteme si hay algún cambio, ¿eh? —en ese instante, se rascó el cuello y después se bajó la gorra hasta cubrirse los ojos—. Eso sí que sería un milagro.

Alegatos finales

El ruido era lo que más le sorprendió de la batalla. Probablemente era la cosa más escandalosa que Finree había oído en su vida. En ella, se mezclaban los rugidos y chillidos de varias docenas de hombres que vociferaban con todas las fuerzas de sus quebradas gargantas, los crujidos de la madera al astillarse, los pisotones de las botas y el entrechocar del metal, todo ello amplificado hasta perder el sentido por el hecho de hallarse en un espacio cerrado, cuyas paredes resonaban con los incoherentes ecos del dolor, la furia y la violencia. Si el infierno tenía un sonido, era éste. Aquí nadie podría haber oído las órdenes, pero eso apenas importaba.

A estas alturas, oír las órdenes o no, no supondría ninguna diferencia.

Los postigos de otra ventana fueron abiertos a golpes y, al instante, un aparador dorado que había estado bloqueando el paso cayó, aplastando a un desdichado teniente y vomitando una avalancha de quebradiza vajilla por el suelo. Un enjambre de hombres se coló a través de ese cuadrado de luz, cuyas irregulares siluetas negras fueron cobrando cada vez más detalle de un modo espantoso a medida que irrumpían en la posada. Rugían furiosos y sus rostros estaban untados de pintura y manchados de suciedad. Sus largas melenas estaban adornadas con huesos, anillos de madera tallados y metal forjado. Blandían hachas de filo irregular y garrotes con clavos de hierro. Chillaban y proferían un disparatado clamor, y tenían los ojos desorbitados pues los dominaba la locura de la batalla.

Aliz volvió a gritar, pero Finree se sintió extrañamente calmada. Quizá era la suerte del principiante aplicada al valor. O quizá todavía tenía que darse cuenta de lo mala que era su situación. Que era realmente mala. Sus ojos recorrieron la estancia mientras intentaba asimilarlo todo, sin atreverse a parpadear para no perderse nada.

En el centro, un viejo sargento estaba forcejeando con uno de esos primitivos de pelo cano, se agarraban el uno al otro de las muñecas mientras sus armas raspaban el techo y se arrastraban mutuamente como si siguieran los pasos de un baile ebrio, sin ser capaces de ponerse de acuerdo sobre cuál de los dos debía llevar la voz cantante. Cerca, uno de los violinistas estaba vapuleando a alguien con su destrozado instrumento, que había quedado reducido a una maraña de cuerdas y estaba hecho

añicos. Afuera, en el patio, las puertas temblaban y las astillas volaban mientras los guardias intentaban desesperadamente asegurarlas con sus alabardas.

Finree se sorprendió al desear que Bremer dan Gorst estuviese junto a ella en esos momentos. Probablemente, debería haber deseado que Hal estuviera ahí y no Gorst, pero tuvo la impresión de que el valor, el honor y el deber no servirían de nada en aquel lugar. Lo que necesitaba era fuerza bruta e ira.

En ese instante, vio cómo un rechoncho capitán con un arañazo en la cara, del cual se rumoreaba que era el hijo bastardo de alguien importante, apuñalaba a un hombre que llevaba un collar de huesos; ambos estaban cubiertos de sangre. Vio también cómo un agradable mayor, que solía hacerle bromas sin gracia cuando era niña, recibía un garrotazo en la nuca, daba un par de pasos dubitativos y se derrumbaba al doblársele las rodillas como las de un payaso, mientras que con una de sus manos rebuscaba algo en vano en su vacía vaina. De repente, se le clavó la espada extendida de otro oficial y cayó al suelo bañado en sangre.

—¡Están sobre nosotros! —gritó alguien.

De algún modo, los salvajes habían conseguido acceder a la galería y estaban disparando desde ahí sus flechas. Un oficial que se encontraba justo al lado de Finree se derrumbó sobre una mesa con una flecha clavada en la espalda y arrastró uno de los tapices al caer al suelo. Su larga espada se estrelló contra el suelo con estrépito. Finree se agachó nerviosamente junto a él y extrajo un puñal de la vaina del oficial caído. Después, retrocedió hacia la pared, ocultando la hoja entre sus faldas. Como si alguien fuese a quejarse de un pequeño hurto en mitad de todo aquello.

La puerta se abrió de par en par y los salvajes entraron en tropel al salón. Debían de haber tomado el patio y matado a los guardias. Los hombres que intentaban contener desesperadamente a los atacantes en las ventanas giraron sobre sí mismos con muecas de horror dibujadas en sus rostros.

—¡El lord gobernador! —gritó alguien—. ¡Protejan a su...! —la frase quedó cortada por un alarido.

El tumulto se había vuelto totalmente caótico. Los oficiales peleaban fieramente por cada palmo de terreno, pero estaban perdiendo, iban retrocediendo siniestramente contra un rincón, mientras eran aniquilados uno tras otro. Finree se vio empujada contra la pared, quizá por un inútil acto de caballerosidad, aunque lo más probable es que fuera una mera cuestión de azar en medio del caos de la refriega. Aliz estaba a su lado, pálida y llorosa. Al otro lado, se hallaba el Lord Gobernador Meed, quien parecía un poco más entero. Los tres se encontraban tras un muro compuesto por las espaldas de unos hombres que luchaban desesperadamente por sobrevivir.

Finree apenas podía ver por encima del hombro acorazado del guarda que la protegía. Entonces, éste cayó y un salvaje ocupó su espacio empuñando una espada dentada de hierro. Finree observó rápida y atentamente su cara. Era enjuto y rubio, y llevaba unos trozos de hueso incrustados en el lóbulo de una de sus orejas.

Meed alzó una mano y tomó aliento para hablar, gritar o rogar. Al instante, la espada dentada se hundió en el espacio que había entre su cuello y la clavícula. Meed trastabilló, alzó la mirada hacia el techo y puso los ojos en blanco. Con la lengua fuera, se llevó las manos a la irregular herida y la sangre manó entre ellas empapando su desgarrado uniforme. Después cayó de bruces, se golpeó contra una mesa y la volcó de tal manera que una resma de papeles fue a caer sobre su espalda.

Aliz dejó escapar otro chillido desgarrador.

Mientras miraba el cadáver de Meed, a Finree se le pasó fugazmente por la cabeza la idea de que todo aquello podía ser culpa suya. Que los Hados habían organizado todo aquello para propiciar su venganza. Aunque eso parecía un poco desproporcionado, como poco. Se habría sentido satisfecha con algo considerablemente menos...

—¡Ah!

Alguien le había agarrado el brazo izquierdo y se lo estaba retorciendo dolorosamente. De repente, Finree se encontró frente a frente con una cara burlona, con una boca llena de dientes limados en punta, con una mejilla picada pintada de azul y moteada de rojo.

Finree le dio un empujón y el norteño aulló; entonces, se dio cuenta de que llevaba el puñal en la mano y que se lo había hundido en las costillas. El salvaje la empujó contra la pared, inmovilizándole la cabeza. Finree consiguió liberar la hoja, que ahora se había tornado muy escurridiza, y, tras deslizaría entre ambos, gruñó al clavar su punta en el mentón del salvaje, donde el acero se le hundió en la cara. Pudo ver cómo la piel azul de su mejilla se hinchaba al abrirse paso el metal.

El salvaje retrocedió e intentó asir torpemente la ensangrentada empuñadura que tenía clavada bajo la mandíbula, dejando junto a la pared a la jadeante Finree, quien apenas era ya capaz de mantenerse en pie debido al temblor de sus rodillas. Finree notó de repente que le echaban la cabeza hacia un lado y sintió un doloroso pinchazo en el cráneo, en el cuello. Intentó gritar pero se interrumpió en seco cuando su cabeza chocó contra...

El mundo se iluminó totalmente por un momento.

Se golpeó de costado contra el suelo. Oyó unos pies que se arrastraban y crujidos.

Sintió entonces unos dedos alrededor del cuello.

No podía respirar y le clavó las uñas a esa mano que la ahogaba, mientras notaba el pálpito de su pulso en sus orejas.

Le clavaron una rodilla en el estómago y la aplastaron contra una mesa. Sintió un aliento cálido y apestoso en la mejilla. Se sentía como si le fuera a reventar la cabeza. Apenas podía ver, pues todo era sumamente brillante.

Entonces, se hizo el silencio. La mano que le rodeaba la garganta flaqueó un solo segundo, lo suficiente como para dejar pasar una temblorosa inspiración. Tos, ahogo, nuevamente tos. Finree pensó que se había quedado sorda hasta que se percató de que toda la estancia se había sumido en una quietud sepulcral. Había cadáveres de ambos bandos hechos un revoltijo junto a muebles destrozados, cubiertos diseminados, papeles rotos y montones de yeso caído. Oyó un par de débiles gemidos procedentes de hombres agonizantes. Sólo tres oficiales parecían haber sobrevivido, uno de ellos se agarraba un brazo ensangrentado y los otros dos se encontraban sentados con las manos levantadas. Uno lloraba quedamente. Los salvajes se cernían sobre ellos, inmóviles como estatuas. Parecían nerviosos, como si estuvieran esperando algo.

Entonces, Finree escuchó el crujido de una pisada en el pasillo. Y después otra. Era como si un enorme peso estuviera presionando los maderos. Otra quejumbrosa pisada. Volvió los ojos hacia la puerta, esforzándose por ver quién era.

Al instante, entró un hombre. Al menos, tenía la forma de un hombre, aunque no la talla. Tuvo que agacharse por debajo del dintel y después se alzó sospechosamente encorvado, como si se hallara bajo cubierta en un pequeño navío y temiera golpearse contra las vigas del techo. Una melena negra veteada de gris se pegaba a su nudoso rostro, del que sobresalía una gran barba negra, como negro era el pellejo que cubría sus enormes hombros. Observó la escena con una extraña expresión de decepción. Parecía dolido, incluso. Como si le hubieran invitado a tomar el té y, en cambio, se hubiese encontrado una carnicería.

—¿Por qué está todo roto? —inquirió en un tono de voz curiosamente suave. Acto seguido, se agachó para coger uno de los platos caídos, que apenas era un platillo en su inmensa mano, se lamió la punta de un dedo y limpió un par de gotas de sangre que tapaban la marca del fabricante en el dorso, mientras fruncía el ceño como un comprador exigente. Posó su mirada sobre el cadáver de Meed y su entrecejo se hundió más aún—. ¿No os había dicho que quería algún trofeo? ¿Quién ha matado a este anciano?

Los salvajes se miraron unos a otros, con los ojos desorbitados en sus pintados rostros. Finree se dio cuenta de que estaban aterrorizados. Entonces, uno de ellos alzó una temblorosa mano para señalar al hombre que la tenía inmovilizada.

—¡Ha sido Saluc!

La mirada del gigante se posó en Finree, después en el hombre que tenía la rodilla clavada en el estómago de ésta y, a continuación, entornó los ojos. Dejó el plato sobre una mesa destrozada, con tanta delicadeza que no hizo ruido alguno.

—¿Qué estás haciendo con mi mujer, Saluc?

—¡Nada! —respondió, a la vez que soltaba el cuello de Finree, quien retrocedió arrastrándose sobre la mesa, mientras luchaba por respirar en condiciones—. Esta mujer ha matado a Bregga, yo sólo estaba...

—Me estabas robando —el gigante avanzó un paso, ladeando la cabeza. Saluc miró desesperadamente a su alrededor, pero todos sus amigos se apartaron de él como si estuviera infectado por la peste.

—Pero si... sólo quería...

—Lo sé —asintió tristemente el gigante—. Pero las reglas son las reglas.

En un instante, había cruzado la distancia que les separaba. Con una de sus enormes manos, agarró al hombre de la muñeca al tiempo que cerraba la otra alrededor de su cuello casi por completo. Después, lo alzó, mientras se revolvía desesperadamente, y le aplastó el cráneo contra la pared, una, dos, tres veces, salpicando de sangre el yeso agrietado. Acabó con tanta rapidez que Finree no tuvo tiempo ni de estremecerse.

—Uno intenta enseñarles buenos modales... —dijo el gigante, mientras sentaba cuidadosamente al muerto contra la pared, le cruzaba los brazos sobre el regazo y le colocaba la cabeza aplastada en una posición más cómoda, como una madre que estuviera preparando a su hijo para irse a dormir—. Pero algunos hombres nunca llegarán a civilizarse. Llevaos a mis mujeres de aquí. Y no les toquéis ni un pelo. Vivas valen algo. Muertas sólo son... —entonces, propinó una patada al cadáver de Meed con una de sus enormes botas y el cuerpo rodó por el suelo. El lord gobernador quedó de espaldas con sus desorbitados ojos clavados en el techo— basura.

Aliz volvió a gritar. Finree se preguntó cómo podía seguir alcanzando esas notas tan intensas y agudas después de todo lo que había chillado ya. Ella, sin embargo, fue incapaz de proferir un solo sonido mientras la sacaban a rastras de ahí. En parte, porque el golpe que había recibido en la cabeza parecía haberle arrebatado la voz. En parte, porque todavía seguía experimentando dificultades para respirar tras ese intento de estrangulamiento. Pero, sobre todo, porque estaba muy ocupada intentando concebir desesperadamente un plan para sobrevivir a toda aquella pesadilla.

La batalla todavía proseguía en el exterior, Beck podía oír su fragor. Pero abajo todo había quedado muy tranquilo. Quizá los hombres de la Unión pensaran que habían matado a todo el mundo. A lo mejor se les había pasado por alto esa pequeña escalera. Por los muertos, ojalá se les hubiera pasado por alto la...

Uno de los escalones crujió y Beck contuvo la respiración de inmediato. Pese a que quizá todos los crujidos suenan parecidos, de algún modo supo que aquél había sido producido por el pie de un hombre que intentaba no hacer ruido. El sudor perló su piel. Las gotas le caían por el cuello, haciéndole cosquillas. No osó moverse para rascarse. Tensó hasta el último de sus músculos para no hacer ningún ruido e incluso le asustaron los más mínimos resoplidos de su garganta, no atreviéndose ni a tragar. Notaba los testículos, el trasero y las tripas como un peso enorme y helado que esperaba el momento adecuado para descolgarse de su cuerpo.

Otro paso sigiloso más, otro crujido más. A Beck le pareció que podía oír cómo ese cabrón susurraba algo. Creyó que se burlaba de él. Sí, sabía que estaba allí. No pudo distinguir las palabras; el corazón le latía con tanta fuerza que le retumbaba en los oídos y le parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas de un momento a otro. Beck intentó hundirse más aún en el armario y pegó un ojo a la hendidura irregular que había entre las dos planchas de la puerta. La amenazadora punta de una espada apareció en su campo de visión; después divisó la hoja, moteada de rojo. Debía de ser sangre de Colving o de Brait o de Reft. Y también sería la de Beck, dentro de muy poco. El metal retorcido alrededor de la empuñadura indicaba que se trataba de una espada de la Unión.

Beck oyó otro paso, otro chirrido más, y apoyó las puntas de los dedos contra la rugosa madera, sin apenas tocarla para evitar que las oxidadas bisagras le delataran. Aferró la cálida empuñadura de su espada, iluminada por una estrecha franja de luz que caía sobre la brillante hoja, mientras el resto de ella centelleaba en la oscuridad. Tenía que pelear. No le quedaba más remedio, si quería volver a ver a su madre y a sus hermanos y su granja. Y, en aquel momento, eso era lo único que deseaba.

Oyó un paso más. Respiró hondo e hinchó el pecho, permaneció inmóvil, muy inmóvil, y el tiempo se dilató. ¿Cuánto necesitaba un hombre para dar un paso?

Otro paso más.

Beck abrió la puerta de par en par y salió gritando. Una esquina que estaba suelta se enganchó en las tablas del suelo y tropezó con ella, perdiendo el equilibro. No le quedó otro remedio que cargar.

El hombre de la Unión, que aguardaba entre las sombras, volvió la cabeza. Beck se abalanzó sobre él y notó que la punta de su espada penetraba en el pecho de su adversario; después, entró toda la hoja hasta la cruceta de la empuñadura, donde se le clavaron los nudillos. Entre gruñidos, ambos giraron en un abrazo mortal y algo

golpeó a Beck en la cabeza. Una viga baja. Cayó de espaldas y el hombre de la Unión se le vino encima con todo su peso. El golpe le robó el aliento y le aplastó la mano alrededor de la empuñadura de la espada. Los ojos de Beck necesitaron un momento para ajustarse, pero, cuando lo consiguieron, se percató de que se hallaba pegado a un rostro retorcido y espantado.

Sólo que no era ni mucho menos el de un hombre de la Unión. Era Reft.

Éste emitió un prolongado y lento resuello y le temblaron las mejillas. Después, tosió sangre sobre la cara de Beck.

Beck lloriqueó, pataleó y se revolvió hasta librarse de Reft. Después, se arrodilló a su lado y se limitó a observar.

Reft estaba tirado de lado. Rascó con una mano el suelo y alzó la vista hacia Beck. Estaba intentando decir algo, pero sus palabras eran meros borboteos. La sangre le burbujeaba en la boca y en la nariz. Fluía de su interior y se arrastraba sobre la madera de las tablas. En las sombras, era negra, pero profundamente roja allí donde atravesaba una zona de luz.

Beck le puso una mano en el hombro. Estuvo a punto de susurrar su nombre, aunque era consciente de que eso sería absurdo. Cerró la otra mano en torno a la empuñadura de su espada, que se encontraba empapada en sangre. Fue mucho más difícil sacarla de lo que había sido introducirla. Hizo un ruido como de succión al salir. Beck casi volvió a pronunciar el nombre de Reft y, entonces, se dio cuenta de que no podía hablar. Los dedos de Reft habían dejado de moverse, tenía los ojos completamente abiertos y los labios y el cuello manchados de rojo. Beck se pasó el dorso de una mano por la boca. Se dio cuenta de que la tenía ensangrentada. Se dio cuenta de que todo él estaba cubierto de sangre. Estaba empapado en ella. Estaba teñido de rojo. Se puso en pie y notó que el estómago se le revolvía. Los ojos de Reft seguían fijos en él. Entonces, se dirigió tambaleándose hacia las escaleras y descendió por ellas, pintando con su espada, con la espada de su padre, un reguero rosa en el yeso.

Abajo nadie se movía. Pudo oír ruidos de pelea en la calle, quizá. Y unos gritos enloquecidos. Había un ligero olor a humo en el aire que le provocó un cosquilleo en la garganta. La boca le sabía a sangre. A sangre, metal y carne cruda. Todos los muchachos estaban muertos. Stodder estaba tirado de bruces cerca de las escaleras, con un brazo extendido hacia ellas. Tenía la parte posterior del cráneo partida en dos y sus rizos oscuros enmarañados. Colvin estaba tirado contra la pared, con la cabeza echada hacia atrás, las manos apretadas sobre su rollizo estómago y la camisa empapada en sangre. Brait simplemente parecía un montón de harapos tirados en un rincón. Nunca había parecido mucho más que un montón de harapos, el pobre desgraciado.

También había cuatro hombres de la Unión muertos, muy cerca unos de otros, como si hubieran decidido mantenerse juntos. Beck se plantó en mitad de ellos. Eran el enemigo. Iban muy bien equipados. Portaban petos de acero, protectores en las piernas y unos cascos muy bien pulidos. En cambio, algunos muchachos como Brait habían muerto con poco más que un palo y la hoja de un cuchillo como arma. No era justo, la verdad. Nada de todo aquello era justo.

Uno de ellos estaba de costado, Beck lo enderezó con su bota, haciendo así que le bailara la cabeza y que se quedara mirando con los ojos entrecerrados hacia el techo, como si estuviera bizco. Aparte de su equipo, no parecía tener nada de especial. Era más joven de lo que Beck había esperado y prácticamente barbilampiño. Era el enemigo.

Oyó un golpe. La puerta astillada saltó de sus goznes y alguien se abalanzó al interior de la estancia, sosteniendo un escudo frente a sí y una maza en la otra mano. Beck se quedó inmóvil mirando. Ni siquiera levantó la espada. El hombre avanzó cojeando y dejó escapar un prolongado silbido.

—¿Qué ha pasado aquí, muchacho? —preguntó Flood.

—No lo sé —y, sinceramente, no lo sabía. O al menos sabía el qué, pero no el cómo. Ni el porqué—. He matado... —intentó señalar hacia el piso de arriba, pero no consiguió alzar el brazo. Al final, señaló a los muchachos de la Unión que yacían muertos a sus pies—. He matado...

—¿Estás herido?—inquirió Flood, mientras le manoseaba la camisa empapada en sangre, en busca de alguna herida.

—No es mía.

—Has liquidado a cuatro de estos cabrones, ¿eh? ¿Dónde está Reft?

—Muerto.

—Ya. Bueno. No sirve de nada darle más vueltas. Al menos tú te has salvado —Flood le pasó un brazo por los hombros y lo condujo hacia la luz de la calle.

Beck sintió el frío del viento a través de su camisa empapada en sangre y sus pantalones empapados de orín. Empezó a temblar. Vio que los adoquines estaban cubiertos de polvo y cenizas, de astillas de madera y armas caídas. Había muertos de ambos bandos diseminados por el suelo y también heridos. Vio a un hombre de la Unión alzar indefenso un brazo mientras dos Siervos le asestaban varios hachazos. El humo seguía flotando sobre la plaza; entonces, Beck vio que se estaba librando una nueva batalla en el puente, divisó sombras de hombres y armas entre la bruma, así como alguna que otra flecha perdida.

Un veterano grandote, vestido con una cota de malla oscura y un casco abollado, que iba a lomos de un caballo, azuzaba a sus hombres, mientras señalaba hacia el

otro lado de la plaza con un palo de madera roto, rugiendo con todas sus fuerzas con la voz ronca por el humo:

—¡Obligadles a retroceder hasta el otro lado del puente! ¡Empujad a esos cabrones!

Uno de sus hombres portaba un estandarte: un caballo blanco sobre fondo verde. El emblema de Reachey. Lo cual, supuso Beck, convertía al veterano en el propio Reachey.

Beck apenas había empezado a comprender la situación. Los hombres del Norte habían organizado un ataque por su cuenta, tal y como Flood había predicho, sorprendiendo así a los efectivos de la Unión, que se hallaron atrapados entre las casas y los serpenteantes callejones. Los habían obligado a volver a cruzar el río. Parecía que, después de todo, iba a poder sobrevivir a aquel día, y el mero hecho de pensarlo hizo que le entrasen ganas de llorar. A lo mejor lo habría hecho, si no hubiera tenido los ojos húmedos ya por el humo.

—¡Reachey!

El viejo guerrero se volvió hacia ellos.

—¡Flood! ¿Todavía sigues con vida, viejo cabrón?

—Sólo a medias, jefe. Estamos librando una lucha dura en todas partes.

—Dímelo a mí. ¡Se me ha partido la puñetera hacha! Los hombres de la Unión tienen buenos cascos, ¿eh? ¡Pero no lo suficientemente buenos! —Reachey arrojó el astillado mango hacia el otro extremo de la destrozada plaza—. Has hecho un buen trabajo aquí.

—Pero he perdido a todos mis muchachos —replicó Flood—. Sólo me queda éste —añadió, dándole una palmadita a Beck en el hombro—. Ha liquidado a cuatro de esos cabrones él solo, sí, él solo.

—¿Cuatro? ¿Cómo te llamas muchacho?

Beck alzó la mirada hacia Reachey y sus Grandes Guerreros. Todos le estaban observando. Debería haberles contado la verdad. Pero incluso aunque hubiera tenido el valor necesario, que no lo tenía, no habría tenido aliento suficiente para pronunciar tantas palabras. De modo que se limitó a decir:

—Beck.

—¿Sólo Beck?

—Sí.

Reachey sonrió.

—Un hombre como tú necesita un nombre más sonoro y completo, diría yo. Te llamaremos... —miró a Beck de arriba abajo por un momento, después asintió para sí como si tuviera la respuesta— Beck el Rojo —se volvió en su silla de montar y gritó en dirección a sus Grandes Guerreros—. ¿Qué os parece, muchachos? ¡Es Beck el Rojo!

Acto seguido, todos golpearon sus escudos con las empuñaduras de sus espadas, y se golpearon el pecho con sus guantes, provocando así un gran estruendo.

—¿Habéis visto esto? —gritó Reachey—. ¡Éste es el tipo de muchacho que necesitamos! ¡Miradle bien todos! ¡A ver si encontramos más como él! ¡Más cabrones sedientos de sangre!

La plaza se llenó de risas, gritos y asentimientos de aprobación. En su gran mayoría, celebraban que la Unión había vuelto a ser rechazada hasta el otro lado del puente, pero también en parte por lo que había hecho él en ese día teñido de sangre. Siempre había querido que lo respetaran y hallarse en compañía de grandes guerreros, y, por encima de todo, siempre había deseado poseer un apodo temible. Ahora lo tenía todo y lo único que había tenido que hacer para conseguirlo había sido esconderse en un armario, matar a uno de su propio bando y después apropiarse del mérito de lo que éste había hecho.

—Beck el Rojo —Flood sonrió orgulloso, como un padre ante los primeros pasos de su hijo—. ¿Qué te parece el apodo, muchacho?

Beck clavó la mirada en el suelo.

—No sé qué decir.

Un hombre de honor

—¡Ah! —Craw se alejó instintivamente de la aguja, aunque así sólo consiguió que el hilo le tirase de la mejilla y le doliese aún más —. ¡Ah!

—A menudo —murmuró Whirrun—, es mejor aceptar el dolor en vez de intentar huir de él. Las cosas son menos aterradoras cuando uno las afronta.

—Eso es fácil decirlo cuando eres tú quien maneja la aguja —jadeó Craw entre dientes mientras la punta de la aguja se adentraba nuevamente en su mejilla. No era ni mucho menos la primera vez que le daban puntos, pero resulta curioso lo rápidamente que se olvidan determinados tipos de dolor. Sin embargo, ahora volvía a recordarlo perfectamente—. Lo mejor será acabar cuanto antes, ¿eh?

—No podría estar más de acuerdo, pero la triste verdad es que soy mucho mejor asesino que curandero. Es la tragedia de mi vida. No se me da mal coser y sé distinguir el Pie de Cuervo del Alomantre y cómo aplicar ambos a un vendaje, y puedo canturrear uno o dos ensalmos...

—¿Y funcionan?

—Tal como los canto yo, sólo para espantar a los gatos.

—¡Ah! —gruñó Craw mientras Whirrun apretaba el corte entre el índice y el pulgar y volvía a pasarle la aguja. Ciertamente debía dejar de lloriquear, había muchos que habían sufrido heridas mucho peores que un corte en la mejilla.

—Lo siento —masculló Whirrun—. ¿Sabes? Ya había meditado antes sobre esto, de vez en cuando, en los momentos tranquilos...

—Tienes muchos, ¿verdad?

—Bueno, lo cierto es que te estás tomando tu tiempo para mostrarme mi destino. En cualquier caso, me da la impresión de que un hombre puede llevar a cabo muchas maldades en muy poco tiempo. En realidad, basta con blandir una espada. Pero para hacer el bien hay que dedicarle tiempo. Y todo tipo de esfuerzos. La mayor parte de los hombres carecen de la paciencia necesaria. Especialmente, hoy en día.

—Es el signo de los tiempos —Craw hizo una pausa y se mordisqueó un jirón de piel suelta que tenía en el labio inferior—. ¿Digo demasiado a menudo esa frase? ¿Me

estoy convirtiendo en mi padre? ¿Me estoy convirtiendo en un viejo bobo y aburrido?

—Todos los héroes acaban así.

Craw resopló.

—Será los que viven para oír sus canciones.

—Para un hombre, oír las canciones que se cantan sobre él supone una terrible presión. Cualquiera se volvería gilipollas.

—Eso suponiendo que no lo fuese de antemano.

—No creo que eso sea lo habitual. Supongo que oír canciones sobre guerreros hace que los demás se sientan valerosos a su vez, pero, para empezar, un gran guerrero ha de estar como poco medio loco.

—Oh, yo he conocido a un par de grandes guerreros que no estaban locos en absoluto. Sólo eran unos cabrones egoístas y despiadados a los que les daba todo igual.

Whirrun cortó el hilo con los dientes.

—Ésa es la otra opción más común.

—Entonces, ¿qué eres tú, Whirrun? ¿Un loco o un capullo sin corazón?

—Intento hallar el término medio entre ambas opciones.

Craw se rió a pesar de la palpitación que notaba en la mejilla.

—Para eso precisamente sí que hay que ser un puñetero héroe, sí, sin duda.

Whirrun dejó de estar de puntillas y se apoyó por fin sobre los talones.

—Ya estás listo. Y debo decir, aunque eso sea echarme flores, que no ha quedado nada mal. A lo mejor, después de todo, dejo lo de matar para dedicarme a curar.

Entonces, una voz áspera se alzó por encima del débil zumbido que todavía sonaba en los oídos de Craw.

—Bien, pero hazlo después de que haya terminado esta batalla, ¿eh?

Whirrun parpadeó.

—Vaya, pero si es el Protector del Norte. Sí, ya me siento... tan protegido. Completamente envuelto, como en un buen abrigo.

—Toda mi vida he provocado ese efecto en la gente —Dow bajó la mirada hacia Craw, con los brazos en jarras. El sol brillaba a sus espaldas.

—¿Vas a conseguirme un buen combate, Dow el Negro? —preguntó Whirrun, al mismo tiempo que se alzaba lentamente y enderezaba su espada—. Vine aquí para llenar tumbas y el Padre de las Espadas empieza a estar sediento.

—Me atrevería a decir que no pasará mucho tiempo antes de que logre sacar de su madriguera algo que puedas matar. Mientras tanto, necesito hablar en privado con Curnden Craw.

Whirrun se llevó una mano al pecho.

—Jamás me atrevería a interponerme entre dos amantes —acto seguido, se marchó colina arriba con la espalda al hombro.

—Qué tipo más extraño —comentó Dow mientras observaba a Whirrun marcharse. Craw gruñó mientras estiraba las piernas y se ponía lentamente en pie, estirando sus doloridas articulaciones.

—Más bien se lo hace. Ya sabes lo que supone tener que estar siempre a la altura de tu reputación.

—La fama es una prisión, de eso no cabe duda. ¿Qué tal tienes la cara?

—Afortunadamente, siempre he sido un cabrón más bien feo. No tendré peor pinta que antes. ¿Sabemos qué es lo que nos ha causado tanto daño?

Dow negó con la cabeza.

—Con los sureños, ¿quién puede saberlo? Debe de tratarse de algún arma nueva. De algún tipo de brujería.

—Realmente maligna, si puede alcanzarnos y liquidar a nuestros hombres de tal manera.

—¿Tú crees? A todos nos aguarda la Gran Niveladora, ¿no es así? Siempre habrá alguien más fuerte, más rápido, más afortunado que tú, y, cuanto más luches, más rápido te encontrará ese alguien. Eso es la vida para los que son como nosotros. El tiempo que pasamos lanzándonos de cabeza hacia ese momento.

Craw no estaba muy seguro de compartir esa opinión.

—Al menos, en el frente, en la carga o en el círculo, un hombre puede pelear. Y fingir que va a afectar al resultado de la batalla —entonces, esbozó una mueca de dolor al tocarse los puntos con la yema de los dedos—. En fin, ¿cómo haces una canción acerca de alguien cuya cabeza ha reventado mientras estaba a punto de decir alguna nadería?

—Como Pezuña Hendida.

—Exacto —Craw no estaba seguro de haber visto en su vida a nadie más muerto que aquel cabrón.

—Quiero que tomes su lugar.

—¿Eh? —dijo Craw—. Todavía me resuenan los oídos. No estoy seguro de haberte oído correctamente.

Dow se acercó más a él.

—Quiero que seas mi segundo al mando. Que dirijas a mis Caris. Que me guardes las espaldas.

Craw le miró de hito en hito.

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿qué coño te acabo de decir?

—Pero... ¿por qué *yo?*

—Tienes experiencia y te respetan... —Dow lo miró un momento con la mandíbula apretada. Después, hizo un aspaviento con la mano como si quisiera espantar así a una mosca—. Me recuerdas a Tresárboles.

Craw parpadeó. Ése podía ser el mejor cumplido que nadie le había dicho nunca y venía de boca de alguien no demasiado proclive a los falsos halagos. Ni a ningún tipo de halagos, en realidad.

—Bueno... No sé qué decir. Gracias, jefe. Eso significa mucho para mí. Una barbaridad. Si alguna vez llego a ser una décima parte de hombre de lo que lo era él, me sentiré más que satisfecho.

—Déjate de gilipolleces y limítate a decirme que aceptas el puesto. Necesito a alguien en quien pueda confiar, Craw, y tú eres de los que hacen las cosas a la antigua. Eres un hombre de honor y ya no quedan muchos así. Sólo dime que aceptas.

De repente, Craw vio algo extraño en la expresión de Dow, una débil curvatura en sus labios. Si no lo hubiera conocido mejor, habría dicho que era miedo. Y de repente lo entendió.

Dow no podía darle la espalda a nadie. No tenía amigos, sólo aquéllos a los que había amedrentado para que le sirvieran y una inmensidad de enemigos. No le quedaba más remedio que confiar en un hombre al que apenas conocía porque le recordaba a un viejo camarada que hacía tiempo había regresado al barro. Ese era el precio a pagar por ser un pez gordo. La cosecha de toda una vida dedicada a asuntos turbios.

—Por supuesto que acepto —y así quedó dicho. Quizá en aquel momento sintió lástima por Dow, a pesar de que eso pareciese una locura. A lo mejor comprendía la soledad de ser jefe. O quizás los rescoldos de sus ambiciones, que creía que se habían consumido por completo hacía tiempo junto a las tumbas de sus hermanos, volvieron

a prender una última vez al verse aventadas por Dow. En cualquier caso, había aceptado y ya no había manera de echarse atrás. Lo había hecho sin preguntarse si era lo correcto. Para él o para su docena o para cualquiera. Y, de inmediato, Craw tuvo la terrible sensación de que había cometido un tremendo error.

—Pero sólo mientras dure la batalla —añadió, con el fin de alejarse del precipicio al que intuía que se estaba asomando—. Ocuparé la vacante hasta que encuentres a alguien mejor.

—Eres un buen hombre —Dow le tendió la mano y Craw se la estrechó, y cuando alzó la mirada vio su sonrisa de lobo, y ni rastro de debilidad o temor o de nada remotamente similar—. Has hecho lo correcto Craw.

Craw observó cómo Dow volvía a subir la colina en dirección a las piedras, preguntándose si realmente había dejado que su máscara cayese por un momento o si sólo había sido una treta para ablandarle. ¿Lo correcto? ¿Acaso no acababa de aceptar ser la mano derecha de uno de los hombres más odiados del mundo? ¿Un hombre con más enemigos que ningún otro en una tierra en la que todo el mundo tenía demasiados? ¿Un hombre que ni siquiera le agradaba particularmente y cuya vida había prometido proteger? En ese instante, profirió un gemido.

¿Qué diría su docena acerca de aquello? Yon negaría con la cabeza con el rostro desencajado por la ira. Drofd parecería dolido y confuso. Brack se acariciaría las sienes con... de repente, fue dolorosamente consciente de que Brack había regresado al barro. ¿Wonderful? Por los muertos, ¿qué diría ella cuando...?

—Craw —y allí estaba, justo junto a su codo.

—¡Ah! —exclamó él, retrocediendo un paso.

—¿Qué tal la cara?

—Er... Bien, supongo... ¿Todos los demás están bien?

—Yon tiene una astilla clavada en la mano que le está poniendo de peor humor que nunca, pero sobrevivirá.

—Bien. Eso está... bien. Que todos estén sanos y salvos, quiero decir, no... no lo de la astilla.

Ella frunció el entrecejo, adivinando qué pasaba algo, lo cual no era demasiado difícil teniendo en cuenta sus lamentables intentos por ocultarlo.

—¿Qué deseaba nuestro noble Protector?

—Quería... —por un momento, Craw movió los labios sin pronunciar realmente ninguna palabra, preguntándose cómo iba a explicarlo, pero una cagada es una cagada da igual cómo se presente—. Quería ofrecerme el puesto de Pezuña Hendida.

Craw había esperado que se echara a reír, pero ella se limitó a entornar los ojos.

—¿A ti? ¿Por qué?

Buena pregunta, él también se la estaba empezando a hacer.

—Dice que soy un hombre de honor.

—Ya veo.

—Me ha dicho... que le recuerdo a Tresárboles —añadió, percatándose de lo arrogante y pomposo que sonaba al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras. Desde luego, había esperado que eso sí le hiciera soltar una carcajada, pero ella se limitó a entornar aún más los ojos.

—Eres un hombre en el que se puede confiar. Todo el mundo lo sabe. Pero se me ocurren otros motivos más creíbles.

—¿Como cuáles?

—Como que tenías muy buena relación con Bethod y su grupo y con Tresárboles antes que con él. Quizá Dow crea que le aportarás un par de amigos con los que aún no cuenta. O, en cualquier caso, tendrá un par de enemigos menos gracias a ti —Craw frunció el ceño. Desde luego, ésos sí eran unos motivos más creíbles—. Eso y que sabe que Whirrun irá allá donde tú vayas, y Whirrun es precisamente el tipo de hombre que uno querría tener a su lado si las cosas se ponen feas —mierda, también tenía razón en eso. Le había calado perfectamente—. Y conociendo a Dow el Negro, las cosas se van a poner feas con toda seguridad... ¿Qué le has respondido?

—Le he dicho que sí —Craw esbozó un gesto de contrariedad y se apresuró a añadir—, sólo mientras prosiga la batalla.

—Ya veo —ella seguía sin enfadarse ni mostrar sorpresa y se limitaba a observarle. Aquello le estaba poniendo mucho más nervioso que si le hubiese dado un puñetazo en la cara—. ¿Y qué pasa con la docena?

—Bueno... —a Craw le daba vergüenza reconocer que no se había parado a pensarlo—. Supongo que vendréis conmigo, si os apetece. A menos que quieras volver a tu granja y a tu familia y...

—A menos que quiera... ¿retirarme?

—Sí.

Ella resopló.

—¿La pipa, el porche y el atardecer sobre el mar? Eso es para ti, no para mí.

—Entonces... supongo que pasará a ser tu docena por el momento.

—De acuerdo.

—¿No me vas a echar una bronca?

—¿Por qué motivo?

—Por no haber seguido mis propios consejos, para empezar. Todo aquello de que hay que mantener la cabeza gacha y no llamar la atención, de que no hay meter las narices donde a uno nadie le llama, de que hay que mantener a todo el grupo con vida, o lo de que los caballos viejos no pueden saltar vallas nuevas y bla, bla, bla...

—Eso son cosas que has dicho tú. Pero yo no soy tú, Craw.

Craw parpadeó.

—Supongo que no. Entonces, ¿te parece que he hecho lo correcto?

—¿Lo correcto? —repitió ella, dándole la espalda mientras esbozaba algo que parecía una leve sonrisa—. Eso también es muy propio de ti —acto seguido, se alejó paseando hacia los Héroes, con una mano apoyada sobre la empuñadura de su espada, y lo dejó ahí plantado en medio del viento.

—Por los puñeteros muertos —juró, mientras miraba hacia el otro lado de la colina, buscando desesperadamente un dedo al que todavía le quedara un poco de uña que morder.

Escalofríos estaba de pie no muy lejos de allí. Sin decir nada. Simplemente, se limitaba a observar. De hecho, tenía el aspecto de un hombre que se sintiera desplazado y marginado. El ligero mohín de Craw se convirtió en una mueca de disgusto. Daba la impresión de que ésa estaba pasando a ser la forma natural de su rostro, de una manera u otra.

—El peor enemigo de un hombre es su ambición —solía decirle en su día Bethod—. La mía me ha hundido en toda la mierda en la que hoy me encuentro.

—Bienvenido a la mierda —murmuró Craw para sí, a la vez que apretaba los dientes con fuerza. Ese es el problema de los errores. Puedes cometerlos en sólo un instante. Después de años y años andando de puntillas como un cretino para no cagarla, uno desvía la vista un solo momento y...

Zas.

La fuga

Finree creyó que estaban en una especie de cabaña. El suelo era de tierra húmeda y soplaba una corriente que la hizo temblar. Olía a animales y a cerrado.

Le habían vendado los ojos y obligado a marchar a empellones a través de húmedos campos y arboledas. La maleza se le había enredado alrededor de los pies y los arbustos habían intentado agarrarla del vestido. Menos mal que llevaba puestas sus botas de montar, pues, de otro modo, probablemente habría acabado descalza. Le pareció haber oído ruido de lucha a sus espaldas. Aliz había seguido chillando un rato, cada vez más ronca, pero al fin había parado. Nada había cambiado. Después, habían cruzado una corriente en una destartalada barca. Quizá por la parte norte del río. Luego, las habían metido allí dentro, habían oído una puerta cerrarse y el ruido metálico de un cerrojo.

Y allí las habían dejado, a oscuras. Aguardando quién sabía qué.

A medida que Finree recuperaba el aliento, el dolor iba apoderándose de ella. Le picaba terriblemente el cuero cabelludo, le palpitaba la cabeza y el cuello le enviaba terribles calambrazos hacia los omoplatos cada vez que intentaba volver la cabeza. Pero, desde luego, estaba mucho mejor que la mayoría de los que habían quedado atrapados en aquella posada.

Se preguntó si Hardrick habría conseguido ponerse a salvo o si le habrían derribado en campo abierto. De ser así, su inútil mensaje nunca habría sido entregado. Finree seguía viendo el rostro del mayor al trastabillar de costado con la sangre manando de su cráneo abierto, tremendamente sorprendido. Y a Meed, arañándose la herida borboteante del cuello. Todos habían muerto. Todos.

Inspiró profundamente y se obligó a no pensar más en ello. No podía permitírselo, igual que un funámbulo no puede permitirse pensar en el suelo. «Tienes que mirar al futuro», recordó que le había dicho su padre, mientras sacaba otra de sus piezas del tablero de cuadros. «Concéntrate en lo que puedas cambiar.»

Aliz llevaba sollozando desde que habían cerrado la puerta. Finree tenía unas ganas tremendas de abofetearla, pero tenía las manos atadas. Estaba razonablemente

convencida de que no saldrían de allí llorando. Pero tampoco sabía cómo iban a lograrlo.

—Calla —susurró Finree—. Cállate, por favor, necesito pensar. Por favor. Por favor.

Los sollozos remitieron hasta convertirse en unos lamentos irregulares, que, si acaso, eran peores aún.

—¿Nos van a matar? —preguntó Aliz, sorbiendo por la nariz—. ¿Nos van a asesinar?

—No. Si quisieran matarnos, ya lo habrían hecho.

—Entonces, ¿qué van a hacer con nosotras?

La pregunta quedó suspendida entre ellas como un abismo sin fondo que nada salvo el eco de sus respiraciones pudo llenar. Finree se revolvió hasta conseguir sentarse, mientras apretaba los dientes ante el dolor que sentía en el cuello.

—Tenemos que pensar, ¿vale? Tenemos que mirar al futuro. Tenemos que intentar escapar.

—¿Cómo? —lloriqueó Aliz.

—¡Como podamos! —silencio—. Tenemos que intentarlo. ¿Tienes las manos sueltas?

—No.

Finree consiguió arrastrarse por el suelo, deslizando su vestido sobre la tierra, hasta que chocó con la espalda contra la pared y gruñó por el esfuerzo. Con los dedos palpó los costrones de escayola y piedras húmedas de la pared.

—¿Estás ahí? —chilló Aliz.

—¿Dónde voy a estar?

—¿Qué estás haciendo?

—Intento soltarme las manos —algo se enganchó en la cintura de Finree, desgarrando la tela. Acto seguido, apoyó los omoplatos contra la pared para alzarse, siguiendo la tela prendida con los dedos. Sí, ahí había una alcayata oxidada. La frotó hasta quitarle las escamas de escayola reseca, entonces notó una punta dentada y una repentina oleada de esperanza la invadió. Separó las muñecas, esforzándose por encontrar el metal con las cuerdas que las retenían.

—Y si consigues soltarte las manos, ¿después qué? —inquirió Aliz con su agudo tono de voz.

—Te soltaré las tuyas —masculló Finree entre dientes—. Y después los pies.

—¿Y después qué? ¿Qué pasa con la puerta? Habrá guardas, ¿verdad? ¿Dónde estamos? ¿Qué haremos si...?

—¡No lo sé! —Finree se obligó a bajar la voz—. No lo sé. Cada cosa a su tiempo —añadió, mientras serraba las cuerdas con la alcayata—. Cada cosa a su... —de repente, Finree no acertó con una de sus manos y cayó hacia atrás. El metal le dejó una sensación ardiente muy dolorosa en el brazo.

—¡Ah!

—¿Qué?

—Me he cortado. Nada. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? ¡Hemos sido capturadas por hombres del Norte! ¡Por unos salvajes! ¿No has visto...?

—¡Quería decir que no te preocupases por el corte! Y sí, lo he visto todo —tenía que concentrarse en lo que podía cambiar. Liberarse las manos ya era suficiente desafío. Le dolían las piernas del esfuerzo que había hecho para sostenerse contra la pared, podía sentir la grasienta humedad de la sangre en los dedos y del sudor en el rostro. Le palpitaba la cabeza y su cuello era una agonía cada vez que movía los hombros. Restregó la cuerda contra aquel pedazo de metal oxidado, una y otra vez, una y otra vez, gruñendo, presa de la frustración.

—Maldición. Puñetera... ¡Ah!

Y así quedó libre. Se quitó la venda de los ojos y la tiró a un lado. Apenas podía ver mucho más sin ella. Alguna que otra pequeña grieta de luz alrededor de la puerta, entre los maderos. Unas paredes agrietadas relucientes de humedad y el suelo cubierto de paja embarrada. Aliz estaba de rodillas a un par de pasos de ella, con el vestido manchado de tierra, las manos atadas e inertes sobre su regazo.

Finree fue saltando hasta ella, pues seguía teniendo los tobillos atados, y se arrodilló a su lado. Le quitó de un tirón la venda y la tomó de ambas manos, estrechándolas entre las suyas. Le habló despacio, mientras la miraba directamente a los enrojecidos ojos.

—Escaparemos. Debemos hacerlo. Lo haremos.

Aliz asintió, esbozando una sonrisa desesperadamente esperanzada por un momento. Finree le observó las muñecas y tiró con sus entumecidos dedos de los nudos, esforzándose por agarrar las ligaduras con sus uñas rotas.

—¿Cómo sabe que las tengo? —Finree se quedó helada. O más helada aún de lo que ya estaba. Acababa de oír una voz que hablaba en norteño y el pesado ruido de unas pisadas acercándose. Notó que Aliz se quedaba inmóvil en la oscuridad, sin atreverse siquiera a respirar.

—Al parecer, cuenta con ciertos medios para enterarse.

—Sus medios pueden hundirse en el último rincón del mundo, por lo que a mí respecta —era la voz del gigante. Aquella voz lenta y suave parecía ahora teñida de rabia—. Las mujeres son mías.

—Sólo quiere una —el otro hombre hablaba en susurros, con una voz áspera y bronca.

—¿Cuál?

—La de pelo castaño.

Al instante, se oyó un resoplido airado.

—No. Quería que ésa me diese hijos.

A Finree se le desorbitaron los ojos. Se quedó sin respiración. Estaban hablando de ella. Siguió intentando soltar el nudo de las ataduras de las muñecas de Aliz con aún mayor premura, mientras se mordía el labio.

—¿Cuántos hijos quieres? —preguntó el de la voz susurrante.

—Quiero hijos civilizados. A la manera de la Unión.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Quiero hijos civilizados.

—¿Que coman con tenedor y todo eso? Mira, yo he estado en Estiria y he estado en la Unión. La civilización está sobrevalorada, créeme.

Se produjo una pausa.

—¿Es cierto que tienen agujeros en los que puedes cagar y la mierda se va sola?

—¿Y qué? Una mierda sigue siendo una mierda. Siempre acaba en alguna parte.

—Quiero disfrutar de la civilización. Quiero hijos civilizados.

—Confórmate con la rubia.

—Me resulta menos agradable a la vista. Y es una cobarde. No hace nada más que llorar. La otra mató a uno de mis hombres. Tiene redaños. Los hijos heredan el coraje de la madre. No aceptaré hijos cobardes.

El hombre de voz susurrante bajó aún más el tono, demasiado como para que Finree pudiera oírlo. Entonces, tiró desesperadamente de los nudos con las uñas, musitando varias maldiciones.

—¿Qué están diciendo? —susurró Aliz aterrorizada.

—Nada —murmuró Finree—. Nada.

Dow el Negro quiere aprovecharse de su influencia para imponerme su voluntad —se quejó el gigante.

—También lo hace conmigo y con todos. Así son las cosas. Tiene bien agarrada la cadena.

—Me cago en su cadena. El Extraño que Llama no tiene más amos que el cielo y la tierra. Dow el negro a mí no me da...

—No te está ordenando nada. Sólo te lo está pidiendo educadamente. Puedes decirme que no y yo le transmitiré tu negativa. Después, ya veremos qué pasa.

Se produjo una pausa. Finree apretó la lengua con fuerza contra los dientes, sí, el nudo empezaba a ceder, empezaba a ceder...

La puerta se abrió de golpe y ambas parpadearon ante la repentina luz. Había un hombre en el umbral. Uno de sus ojos brillaba de un modo muy extraño. Demasiado extraño. Pasó bajó el dintel y Finree se percató de que su ojo estaba hecho de metal y de que se encontraba en medio de una enorme cicatriz moteada. Nunca había visto un hombre de aspecto más monstruoso. Aliz resolló tímidamente. Por una vez parecía demasiado asustada incluso para gritar.

—Se ha soltado las manos —susurró el recién llegado mirando hacia atrás.

—Ya te he dicho que tenía redaños —replicó el gigante desde el exterior—. Dile a Dow el Negro que tendrá que pagar un alto precio por esto. Un precio por la mujer y un precio por el insulto.

—Se lo diré.

El hombre del ojo metálico avanzó y sacó algo de su cinturón. Era un cuchillo. Finree vio cómo ese metal centelleaba en la penumbra. Aliz lo vio también, gimoteó y se agarró con fuerza a los dedos de Finree. Ella le devolvió el apretón. No estaba segura de qué otra cosa podía hacer. El hombre se acuclilló frente a ellas, apoyando los antebrazos en las rodillas y dejó inertes ambas manos, en una de las cuales llevaba relajadamente el cuchillo. Los ojos de Finree se fijaron alternativamente en el brillo de la hoja y el brillo de su ojo metálico, no estaba segura de cuál le resultaba más espantoso.

—Hay un precio para todo, ¿verdad? —le susurró aquel hombre.

Saltó hacia delante, con el cuchillo en mano, y cortó la cuerda que le ataba los tobillos con un solo movimiento. Después buscó algo a sus espaldas y le colocó una bolsa de lona sobre la cabeza, sumiéndola así en una oscuridad impregnada de un mustio olor a cebollas. Luego, la arrastró por las axilas y se vio obligada a soltar las manos de Aliz.

—¡Espera! —oyó que gritaba Aliz a sus espaldas—. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con...?

La puerta se cerró de golpe.

El puente

Su Augusta Majestad:

Si recibe esta carta será porque he caído en combate, luchando por su causa hasta el último aliento. Sólo escribo con la esperanza de poder comunicarle lo que no pude hacer en persona: que los días que dediqué a servir con el Cuerpo de Caballeros de la Escolta Regia, y como Primer Guardia de Su Majestad en particular, fueron los más felices de mi vida, y que el día en el que perdí ese cargo fue el más triste de mi existencia. Si le fallé, espero que pueda perdonarme y recordarme como era antes de Sipani: voluntarioso, diligente y siempre completamente leal a Su Majestad. Se despide con afecto, Bremer dan Gorst

Se pensó dos veces lo de «con afecto» y lo tachó, se dio cuenta de que probablemente debería reescribir toda la misiva, pero decidió que no disponía del tiempo necesario para ello. Arrojó a un lado la pluma, dobló el papel sin molestarse siquiera en secar la tinta y se lo guardó en el interior del peto.

A lo mejor la encontrarán aquí, en mi cadáver manchado de heces. ¿Con una esquina dramáticamente empapada en sangre, quizá? ¡Oh, dejó una carta de despedida! ¿Por qué? ¿Para quién? ¿Para su familia? ¿Su amante? ¿Sus amigos? ¡No, el pobre idiota no tenía nada de eso, no, está dirigida al rey! La llevarán a la sala del trono de Su Majestad en un cojín de terciopelo, con lo que quizá logren provocarle un desgraciado retortijón de culpa. Si, una única lágrima caerá sobre las baldosas de mármol. ¡Oh! ¡Pobre Gorst, cuán injustamente se le trató! ¡Cuán injustamente fue despojado de su posición! ¡Con su sangre ha bañado, ay, tierras extrañas, lejos de la calidez de mi favor! Bueno, y ahora, ¿qué hay para desayunar?

Abajo, en el Puente Viejo, el tercer asalto había alcanzado su momento más crítico. En el angosto puente de dos vanos había una masa tumultuosa, hileras de soldados nerviosos que esperaban sin entusiasmo a que les tocase el turno, mientras los heridos, agotados e imposibilitados para seguir luchando, se alejaban dando tumbos en dirección opuesta. La determinación de los hombres de Mitterick estaba flaqueando, Gorst pudo verlo en los pálidos rostros de los oficiales, pudo oírlo en sus voces nerviosas y en los sollozos de los heridos. El éxito o el fracaso pendían en el filo de un cuchillo.

—¿Dónde demonios está el puñetero Vallimir? —rugió Mitterick, dirigiéndose a todos y a nadie en particular—. ¡Maldito cobarde, haré que lo degraden! ¡Aunque tenga que ir en persona! ¿Dónde se ha metido Felnigg? ¿Dónde? ¿Qué? ¿Quién? —sus palabras quedaron enterradas en el fragor de la refriega mientras Gorst se encaminaba hacia el río, con mejor humor a cada paso que daba, como si se estuviera quitando un enorme peso de encima poco a poco.

Un hombre pasó tambaleándose a su lado, iba apoyado sobre otro individuo y sostenía un trapo ensangrentado sobre un ojo. *¡Uno que no participará el año que viene en el torneo de tiro con arco!* Después, pasó otro al que llevaban en camilla, que chillaba lastimeramente cada vez que daba un bote; en su pierna podía verse un muñón fuertemente envuelto en unos vendajes empapados de sangre. *¡Se acabaron los paseos en el parque para ti!* Gorst sonrió en dirección a los hombres heridos que yacían al borde del sendero embarrado, a quienes ofreció unos saludos henchidos de alegría. *¡Mala suerte camaradas! Qué injusta es la vida, ¿verdad?*

Cruzó un grupo diseminado de hombres, después caminó entre una masa más compacta y finalmente debió abrirse paso a través de una mole que contenía el aliento, donde notó que el temor crecía en los hombres que se hallaban a su alrededor a medida que el espacio entre ellos se iba reduciendo cada vez más, mientras que a él la emoción lo embargaba cada vez más. Los sentimientos estaban a flor de piel. Los hombres se empujaban unos a otros, se daban codazos y se gritaban insultos absurdos. Las armas eran agitadas peligrosamente. Alguna que otra flecha perdida caía ocasionalmente; ya no llegaban en oleadas como anteriormente. *Oh, sólo son unos regalitos de parte de nuestros amigos del otro lado. ¡No, de verdad, no deberíais haberos molestado!*

El barro bajo los pies de Gorst se niveló y, a continuación, comenzó a elevarse, después dio paso a unas viejas planchas de piedra. Entre rostros contorsionados, vislumbró el río y el musgoso parapeto del puente. Logró distinguir entre el estruendo general la nota metálica propia de todo combate y ese sonido tiró de su corazón como la voz de un amante desde el otro lado de una habitación llena de gente. *Sí, esto es como el aroma de la pipa para el adicto. Todos tenemos nuestros pequeños vicios. Nuestras pequeñas obsesiones. La bebida, las mujeres, las cartas. Y esta de aquí es la mía.*

Las tácticas y la técnica no servían de nada ahí, sino que era una mera cuestión de furia y fuerza bruta, y muy pocos hombres podían rivalizar con Gorst en ambas virtudes. Agachó la cabeza y empujó a esa masa tal y como había empujado el carro atascado en el lodo un par de días antes. Primero, gruñó, después rugió, después siseó y, por último, se abrió paso a través de los soldados como un arado a través del suelo, empujando despreocupadamente con el escudo y los hombros todo cuanto

hallaba a su paso, pisoteando a los muertos y los heridos. *Ni charla intrascendente. Ni disculpas. Este no es lugar para sentir vergüenza.*

—¡Apártense de mi camino! —exclamó, derribando a un soldado de bruces al que usó como alfombra. Atisbo un destello de metal y, de inmediato, la punta de una lanza chocó con su escudo. Por un momento, pensó que esa lanza pertenecía a un hombre de la Unión que se había molestado con él, pero enseguida se percató de que quien sostenía el otro extremo de esa lanza era un hombre del Norte. *¡Saludos, amigo mío!* Gorst estaba intentando liberar su espada de las garras de aquella muchedumbre, para poder defenderse con ella, cuando recibió un enérgico empujón en la espalda y se encontró de repente pegado al propietario de la lanza; prácticamente, nariz con nariz.

Tenía delante un barbudo rostro en cuyo labio superior había una cicatriz.

Gorst le asestó un topetazo con la frente, y luego otro y otro, al final lo arrojó al suelo de un empujón y le pisoteó la cabeza hasta que ésta cedió bajo su tacón. Se dio cuenta de que estaba gritando en falsete. Ni siquiera sabía qué estaba diciendo, si es que eran realmente palabras. A su alrededor, todos los hombres estaban haciendo lo mismo, se escupían juramentos a la cara que ningún miembro del otro bando alcanzaba a comprender.

Entonces, divisó un destello de cielo a través de una espesura de alabardas y, al instante, Gorst atacó con su espada. Otro hombre del Norte se dobló sobre sí mismo, resollando en silencio a través de una boca congelada en un babeante anillo de sorpresa. Como no había espacio para blandir su arma, Gorst apretó los dientes y lanzó varias estocadas con su espada, una y otra vez, y otra y otra, acertando en el metal de las armaduras, desgarrando carne, rasgando un brazo de arriba abajo en el que dibujó una larga franja roja.

Un rostro rugiente apareció fugazmente sobre el borde del escudo de Gorst; al instante, éste apoyó los pies con firmeza en el suelo y comenzó a empujar como si fuera un ariete, golpeando a aquel hombre en el pecho, el mentón, las piernas. Su adversario retrocedió más y más hasta que cayó chillando por encima del parapeto. Su espada cayó a las rápidas aguas del río, pero de algún modo él consiguió agarrarse con una mano al puente, se aferraba desesperado a la piedra con sus blancos dedos mientras la sangre manaba de su hinchada nariz. Alzó la mirada, implorante. *¿Qué quieres? ¿Piedad? ¿Ayuda? ¿Un poco de condescendencia al menos? ¿Acaso no somos todos hombres? ¿Hermanos eternos, en el retorcido camino de la vida? ¿Podríamos haber sido amigos del alma de habernos conocido en otras circunstancias?*

Gorst le golpeó en la mano con su escudo, aplastando los huesos bajo el borde metálico y, acto seguido, observó cómo aquel hombre caía dando vueltas hacia el río.

—¡La Unión! —gritó alguien—. ¡La Unión! —¿Había sido él quien había gritado eso? Notó que los soldados empujaban hacia delante, enardecidos, barriendo el puente con un impulso irresistible, arrastrándolo hacia el norte, como si fuera un palo sobre la cresta de una ola. En ese instante, partió a alguien en dos con su largo acero, le abrió la cabeza a otro con la punta de su escudo, retorciendo la correa que lo sujetaba; entonces se percató de que le dolía el rostro de tanto sonreír y que le costaba respirar del júbilo y la emoción. *¡Esto es vida! ¡Esto es vida! Bueno, no para ellos, pero...*

De repente, se encontró en un espacio abierto. Frente a él, se extendían amplios campos de cultivo mecidos por la brisa, que bajo el sol de la tarde adquirían un color dorado, como el paraíso prometido por el Profeta a los fieles gurkos. Los norteños corrían. Algunos en desbandada, pero la mayoría hacia el puente. En ese momento, tuvo lugar un contraataque, dirigido por un enorme guerrero, que iba protegido con unas placas de armadura negra colocadas sobre una cota de malla también negra, que portaba una larga espada en una de sus enguantadas manos y una pesada maza en la otra. Ese acero lanzaba destellos cálidos y acogedores bajo la suave luz vespertina. Le seguía una horda de Caris que había adoptado una formación en cuña, que alzaban sus escudos pintados y blandían armas pintarrajeadas, mientras entonaban un cántico: «¡Scale! ¡Scale!», con sus atronadoras voces.

El impulso de la Unión remitió, aunque la vanguardia siguió avanzando a regañadientes debido al empuje de los que venían detrás. Gorst se puso al frente de los suyos y observó lo que sucedía, mientras sonreía al sol que se ocultaba, sin atreverse a mover un solo músculo para evitar dejar de sentir aquella sensación. Sí, esto era sublime. Como una escena de los relatos que había leído de muchacho. Como aquel ridículo cuadro de Harod el Grande enfrentándose a Ardlic de Keln que tenía su padre en la biblioteca. *¡Un encuentro de campeones! ¡De dientes cerrados y nalgas apretadas! De gloriosas vidas, gloriosas muertes y gloriosas... ¿glorias?*

El hombre de negro irrumpió en el puente haciendo retumbar las piedras con sus enormes botas. Su hoja avanzó silbando directamente hacia el hombro de Gorst y éste paró el golpe con su espada; al instante, notó cómo unas abrumadoras vibraciones se extendían por todo su brazo. La maza llegó un instante después e impactó contra su escudo. La pesada cabeza de esa arma dejó una abolladura a escasos centímetros de su nariz.

Gorst por su parte asestó dos salvajes mandobles, uno alto y otro bajo. El hombre de negro esquivó el primero y bloqueó el segundo con el mango de su maza, a la vez que utilizaba el escudo de un soldado de la Unión como punto de apoyo para lanzar un espadazo que obligó a Gorst a retroceder.

Aquel campeón del Norte era fuerte y valiente, pero la fuerza y el valor no siempre bastaban. No había estudiado hasta el último texto importante sobre esgrima

jamás escrito. No había entrenado tres horas diarias cada día desde los catorce años. Ni había corrido decenas de miles de kilómetros con una armadura puesta. Ni había soportado amargos y enloquecedores años de humillación. *Y lo peor de todo: le preocupa perder.*

Los filos de sus espadas se encontraron en el aire con un estrépito ensordecedor, pero Gorst había calculado su movimiento de manera impecable y el hombre del Norte perdió el equilibro, quizá por culpa de su rodilla izquierda que no parecía hallarse en buen estado. Gorst se abalanzó sobre él en un instante, pero el arma perdida de algún otro le acertó de lleno en la hombrera antes de que pudiera asestarle el golpe de gracia, enviándole así a los brazos del hombre de negro.

Se vieron enredados torpemente en un incómodo abrazo. El hombre del Norte intentó golpearle con el mango de su maza e incluso ponerle la zancadilla, desembarazarse de él como fuera. Pero Gorst se aferró a él con fuerza. Era vagamente consciente del combate que se estaba librando a su alrededor, de que otros hombres se hallaban enzarzados en sus propias y desesperadas peleas, de los gritos que surgían de la carne doliente y los crujidos del metal destrozado, pero estaba perdido en el momento, con los ojos cerrados.

¿Cuándo fue la última vez que verdaderamente abracé a alguien? Cuando gané la semifinal en aquel torneo, ¿me abrazó mi padre? No. Sólo me dio un firme apretón de manos. Y una incómoda palmadita en el hombro. A lo mejor me habría abrazado si hubiera ganado, pero fallé, tal como él había predicho que haría. Entonces, ¿cuándo fue? ¿Con alguna mujer que cobró por ello? ¿Con algún hombre al que apenas conocía en una patética muestra de ebria camaradería? Pero no me abrazaron de esta manera. Por un igual, que realmente me comprende. Si al menos pudiera durar...

Retrocedió de un salto y apartó la cabeza para que no le alcanzara aquel mazo sibilante, de tal modo que logró que el hombre de negro perdiera el equilibrio. Gorst dirigió su acero directamente hacia la cabeza de su adversario, mientras éste se enderezaba. Su rival apenas fue capaz de detener el golpe. Su espada salió despedida de su mano y se perdió entre aquel mar de botas. El hombre de negro bramó y se retorció para golpear con su maza, trazando una cruenta diagonal.

Demasiada fuerza, poca precisión. Gorst vio venir el golpe, dejó que resbalara inocuamente sobre su escudo y se coló en el espacio creado para dirigir un cuidadoso corte, poco más que una estocada de esgrima, hacia aquella débil rodilla izquierda. El filo de su acero golpeó contra el quijote, encontró la cota de malla expuesta en la articulación y la atravesó. El hombre de negro se inclinó de lado, aferrándose al parapeto para poder mantenerse en pie mientras su maza rozaba la piedra cubierta de musgo.

Gorst resopló mientras blandía el acero en un amplio arco descendente que ya nada tenía que ver con la esgrima. Cortó limpiamente el ancho antebrazo del hombre de negro, llevándose por delante armadura, carne y hueso, hasta que su espada chocó contra la vieja roca, arrojando por los aires sangre, anillas de cota de malla y esquirlas de piedra.

El hombre de negro jadeó furiosamente mientras luchaba por alzarse y rugió al blandir su maza contra la cabeza de Gorst, dispuesto a lanzar un golpe letal. O lo habría hecho, de haber tenido la mano todavía unida al resto del cuerpo. En cierto modo, para decepción de ambos, sospechó Gorst, su guantelete y la mitad de su antebrazo colgaban de un último jirón de su cota de malla. La maza colgaba de la muñeca como una marioneta atada a una tira de cuero. A pesar de que no podía verle la cara, Gorst intuyó que debía hallarse tremendamente perplejo.

Gorst le golpeó en la cabeza con el escudo, haciendo saltar su casco mientras la sangre manaba de su brazo amputado en gotas negras y espesas. El hombre de negro intentaba extraer torpemente un puñal de su cinturón cuando la espada de Gorst se hundió en su cabeza. Dio un par de pasos tambaleantes, abrió los brazos en cruz y, acto seguido, se desplomó de espaldas como un gran árbol caído.

Gorst alzó su escudo y su espada ensangrentada, y los agitó en dirección a los últimos y espantados hombres del Norte, como un salvaje, y lanzó un penetrante chillido. *¡He vencido, cabrones! ¡He vencido! ¡He vencido!*

Como si ese grito hubiera sido una orden, todos ellos dieron media vuelta y huyeron hacia el norte, aplastando los sembrados en su desesperada fuga, pero el peso de sus cotas de malla, su fatiga y su pánico entorpecían su avance, y Gorst estaba entre ellos, como un león entre las cabras.

Comparado con su rutina matutina, aquello era como bailar en el aire. Un hombre del Norte pasó a su lado gimiendo de terror. Gorst estudió el movimiento de su cuerpo, calculó con precisión cuándo y cómo debía soltar el brazo hacia abajo para acertarle de pleno y, a continuación, le cortó la cabeza de un solo tajo. La sintió rebotar contra su rodilla mientras seguía avanzando sin parar. Entonces, un joven, con el rostro contorsionado por el miedo, arrojó una lanza mientras miraba hacia atrás. Gorst le hundió la espada en la espalda y, al instante, cayó aullando entre los cultivos.

Era tan fácil que rozaba lo ridículo. Gorst le cortó las piernas a un hombre, luego alcanzó a otro y lo derribó de un mandoble en la espalda, después le amputó a un tercero un brazo al que dejó que diera un par de titubeantes pasos antes de hundirle el cráneo con su escudo.

¿Sigue siendo esto una batalla? ¿Sigue siendo esto un glorioso enfrentamiento entre hombres? ¿O acaso no es ya sino un mero asesinato? A Gorst eso realmente no le

importaba. *No puedo contar chistes ni mantener conversaciones refinadas, pero esto sí sé hacerlo. Para esto fui engendrado. ¡Soy Bremer dan Gorst, el rey del mundo!*

Siguió asestando mandobles a diestro y siniestro, dejando cuerpos destrozados y cubiertos de sangre. Un par de enemigos se volvieron para enfrentarse a él cara a cara y también los derribó. Los hizo picadillo a todos. Siguió avanzando y avanzando, cortando aquí y allá como un carnicero demente, mientras sentía cómo el aire se adentraba triunfalmente en su garganta. Entonces, dejó atrás una granja a su derecha, más o menos a mitad de camino del gran muro que se alzaba más allá, y se dio cuenta de que ya no había más hombres del Norte a su alcance, miró hacia atrás por encima del hombro y ralentizó el ritmo.

Ninguno de los hombres de Mitterick lo había seguido. Se habían detenido cerca del puente, a unos cien pasos por detrás de él. Estaba completamente solo en mitad del campo, había sido el protagonista de un asalto de un solo hombre hacia las posiciones norteñas. Se detuvo, inseguro de qué hacer, como un náufrago en un mar ele cebada.

Un muchacho al que debía haber adelantado antes se aproximó a él. Tenía el pelo alborotado y vestía un jubón de piel que tenía una manga manchada de sangre. No iba armado. Miró furtivamente a Gorst y, después, siguió avanzando. Pasó tan cerca que Gorst podría haberlo ensartado sin mover siquiera los pies, pero, de repente, no le vio sentido a aquello.

El éxtasis del combate lo estaba abandonando y ese familiar peso volvía a asentarse sobre sus hombros. *Así de rápido me veo arrastrado de nuevo a las marismas del desánimo. Las aguas fétidas se cierran sobre mi rostro. Basta con contar hasta tres y vuelvo a ser el mismo hijo puta patético al que todos conocen y desprecian.* Volvió la mirada hacia sus líneas. El reguero de cuerpos destrozados ya no le parecía algo de lo que sentirse orgulloso.

Enderezó la espalda, tenía la piel escocida por el sudor y jadeaba entre dientes. Frunció el ceño y contempló el muro que atravesaba los sembrados al norte, así como el bosque de lanzas que se erizaba tras él y a los hombres derrotados que todavía se esforzaban por alcanzar su refugio. *Quizá debería continuar la carga yo solo. ¡Sí, el Glorioso Gorst, allá va! ¡Cayendo sobre el enemigo como una estrella fugaz! ¡Su cuerpo perecerá, pero su nombre vivirá para siempre!* Resopló. *Sí, ahí va el idiota de Gorst, mirad cómo desperdicia su vida, el muy animal. Mirad cómo cae hacia su insignificante tumba, como un cagarro en una alcantarilla, y cómo acaba olvidado con la misma rapidez.*

Se quitó el destrozado escudo del brazo y lo dejó caer sobre el sendero. Sacó la carta doblada de su peto con dos dedos, la estrujó en el puño y luego la lanzó hacia la cebada. *De todos modos, era una carta patética. Debería darme vergüenza.*

A continuación, se volvió, cabizbajo, y regresó arrastrando los pies hacia el puente.

Era un soldado de la Unión que, por algún motivo, había perseguido a las tropas de Scale que se batían en retirada hasta aquella parte del camino. Un hombre voluminoso que enarbolaba una espada e iba protegido por una pesada armadura. No había parecido sentirse particularmente victorioso mientras estudiaba el camino, mientras se hallaba extrañamente solo en mitad del campo abierto. Casi parecía tan derrotado como se sentía Calder. Al cabo de un rato, se dio media vuelta y regresó pesadamente al puente. A las trincheras que los hombres de Scale habían cavado la noche anterior y en la que los hombres de la Unión habían tomado ahora posiciones.

No todos los dramas del campo de batalla surgen del glorioso combate. Algunos son simplemente el resultado de la más pura inacción. Tenways no había enviado ayuda. Calder no se había movido. No había llegado siquiera a decidirse en uno u otro sentido. Simplemente, había permanecido inmóvil, mirando a la nada a través de su catalejo, sumido en la agonía de la indecisión, hasta que de repente todos los hombres de Scale habían echado a correr y la Unión había tomado el puente.

Afortunadamente, por ahora, parecían satisfechos con eso. Probablemente, no querían arriesgarse a seguir avanzando bajo la menguante luz diurna. Después de todo, podrían continuar su avance al día siguiente y eso todo el mundo lo sabía. Tenían una buena posición establecida en la orilla norte del río y tampoco andaban escasos de fuerzas, a pesar del alto precio que les había hecho pagar Scale por hacerse con el puente. Si bien el precio pagado por el propio Scale parecía más elevado aún.

Los últimos de sus derrotados Caris seguían llegando cojeando y gateaban por encima del muro para echarse entre los cultivos, cubiertos de tierra y sangre, destrozados y agotados. Entonces, Calder detuvo a un hombre poniéndole una mano en el hombro.

—¿Dónde está Scale?

—¡Está muerto! —exclamó, quitándoselo de encima—. ¡Muerto! ¿Por qué no habéis acudido, cabrones? ¿Por qué no nos habéis ayudado?

—Hay hombres de la Unión al otro lado del arroyo —le explicó Pálido como la Nieve mientras lo alejaba de Calder, pero éste apenas lo oyó. Siguió de pie junto a la puerta, mirando más allá de los campos que se iban oscureciendo, en dirección hacia el puente.

Había querido mucho a su hermano. Por haber estado de su parte cuando todos los demás habían estado en contra. Porque nada es más importante que la familia.

Había odiado a su hermano. Por ser demasiado estúpido. Por ser demasiado fuerte. Por interponerse en su camino. Porque nada es más importante que el poder.

Y ahora su hermano estaba muerto. Calder lo había dejado morir. No había tenido que hacer nada. ¿Acaso eso era lo mismo que matar a un hombre?

Ahora lo único en lo que podía pensar era en cómo eso iba a complicarle la vida a partir de entonces. Pensó en todas las tareas adicionales que debería asumir, en todas esas responsabilidades para las que no se sentía preparado. Ahora era el heredero de todo el inestimable legado de rencillas, odios y mala sangre dejado por su padre. Se sentía más molesto que apenado y estaba desconcertado por no sentir nada más. Todo el mundo lo estaba mirando. Lo observaban, a la espera de qué iba a hacer. Para juzgar qué clase de hombre era. Se sentía avergonzado, casi, de que aquello fuese todo lo que la muerte de su hermano le hacía sentir. Ni culpa ni tristeza, sólo una honda gelidez en su ser. Y, por último, furia.

Sí, mucha furia.

Extraños compañeros de cama

Le quitaron la capucha de la cabeza y Finree entornó los ojos al ver la luz. La poca que había. El cuarto era lóbrego y polvoriento, había dos estrechas ventanas y un techo bajo, que estaba combado hacia el centro. De las vigas colgaban telarañas.

Un hombre del Norte aguardaba frente a ella a una distancia de un par de pasos, con los pies separados, los brazos en jarras y la cabeza echada ligeramente hacia atrás; era la pose de un hombre acostumbrado a ser obedecido, con suma rapidez. Su corto cabello presentaba mechones grises y su rostro, acerado como un cincel, estaba marcado por viejas cicatrices y esbozaba una sonrisa calculadora. Una cadena de pesados eslabones dorados brillaba tenuemente alrededor de sus hombros. Era un hombre importante. O, al menos, se creía importante.

Un hombre de edad más avanzada se hallaba tras él, llevaba los pulgares metidos en el cinturón, cerca del abollado puño de una espada. Le crecía la barba de manera desordenada a lo largo de la mandíbula, conformando algo a medio camino entre una barba propiamente dicha y una barba de tres días; además, tenía un corte reciente en la mejilla, de un rojo oscuro ribeteado con rosa, que había sido cerrado con unos puntos de aspecto bastante feo. Tenía una expresión en cierto modo triste, en cierto modo decidida, como si no le gustase lo que se avecinaba, pero no viera modo de evitarlo, y ahora estuviera empeñado en pasar el trago cuanto antes al margen de lo que le costase. Debía de ser lugarteniente del hombre importante.

En cuanto los ojos de Finree se acomodaron a aquella luz, vio una tercera silueta oculta en las sombras junto a la pared. Se trataba de una mujer y se sorprendió al comprobar que su piel era negra. Era alta y delgada e iba vestida con un largo abrigo abierto, bajo el cual se podía ver que llevaba el cuerpo envuelto en vendajes. Finree no podía imaginarse qué pintaba en todo aquello.

A pesar de que se sintió tentada a hacerlo, no volvió la cabeza para mirar, pero sabía que había otro hombre detrás de ella. Podía oír su áspera respiración. Debía de ser el tipo del ojo metálico. Se preguntó si llevaría su pequeño cuchillo en la mano y lo cerca que estaría su punta de su espalda. Con sólo pensarlo, notó que un escalofrío le recorría toda la piel bajo su sucio vestido.

—¿Es ella? —inquirió burlonamente el hombre de la cadena dirigiéndose a la mujer de piel negra. En cuanto volvió la cabeza, Finree se percató de que sólo tenía el pliegue de una vieja cicatriz en el lugar donde debería haber estado su oreja.

—Sí.

—No parece la respuesta a todos mis problemas.

La mujer observó a Finree, sin parpadear.

—Probablemente, haya tenido mejor aspecto en algún otro momento —sus ojos eran como los de un lagarto, negros y vacíos.

El hombre de la cadena avanzó un paso y Finree tuvo que hacer un gran esfuerzo para no retroceder. Había algo en su forma de moverse y hablar que le hacía pensar que aquel hombre caminaba por el borde del precipicio de la violencia. Que hasta su más mínimo movimiento era el preludio de un puñetazo o un topetazo o algo peor. Que su instinto natural le dictaba que debía estrangularla y que necesitaba realizar un esfuerzo constante para contenerse y hablar.

—¿Sabes quién soy?

Finree alzó la barbilla, intentando parecer impertérrita y fracasando con casi total certeza. Le latía el corazón con tanta fuerza que estaba segura de que debían de estar oyendo cómo golpeaba contra sus costillas.

—No —contestó en norteño.

—Entonces, me entiendes.

—Sí.

—Soy Dow el Negro.

—Oh —estuvo a punto de no saber qué decir—. Pensé que serías más alto.

Dow alzó una ceja mellada por una cicatriz en dirección al hombre mayor. Este se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? No estás a la altura de tu reputación.

—Como la mayoría —Dow volvió a mirar a Finree, entrecerrando los ojos, juzgando su respuesta—. ¿Qué me dices de tu padre? ¿Es más alto que yo?

Sabían quién era ella. Quién era su padre. No tenía ni idea de cómo era posible, pero lo sabían. Eso podía ser bueno o realmente malo. Finree observó al hombre mayor y éste le ofreció una débil sonrisa de disculpa, después esbozó una mueca de dolor, pues al sonreír, le debían de haber tirado los puntos. Finree notó que, a sus espaldas, el hombre del ojo metálico cambiaba de pierna en la que apoyaba gran parte de su peso, haciendo crujir la madera del suelo. No parecía que pudiera esperar nada bueno de aquel grupo.

—Mi padre es, más o menos, de tu misma altura —respondió, casi en un susurro. Dow esbozó una sonrisa falsa.

—Bien, es una altura puñeteramente buena.

—Si pretendes utilizarme para manipularlo, te vas a llevar una decepción.

—¿Ah, sí?

—Nada lo apartará de su deber.

—¿No lamentará perderte?

—Lo lamentará. Pero eso sólo hará que te combata con más ferocidad.

—¡Oh, creo que ya empiezo a hacerme una idea de cómo es! Leal y fuerte y tremendamente honrado. Parece de hierro por fuera, pero... —entonces, se golpeó el pecho con un puño y sacó hacia fuera el labio inferior, como si hiciera un puchero—. Tiene sentimientos. Muy hondos, aquí dentro. Y llora en los momentos serenos.

Finree le devolvió la mirada.

—Lo has descrito bastante bien.

Dow borró su sonrisa como un asesino limpiaría su cuchillo.

—Es como si fuera mi puto hermano gemelo —el hombre mayor resopló y se le escapó una risa. La mujer sonrió, mostrando una boca repleta de dientes blancos imposiblemente perfectos. El hombre del ojo metálico no hizo ningún ruido—. Menos mal que no vas a depender de los tiernos cuidados de tu padre, entonces. No tengo intención alguna de canjearte o de pedir rescate, ni siquiera de enviar tu cabeza en una caja al otro lado del río. Aunque, dependiendo de cómo vaya la conversación, aún podrías hacerme cambiar de opinión en ese aspecto.

Se produjo una larga pausa, mientras Dow la observaba y ella lo observaba a él. Como un acusado espera a que un juez dicte sentencia.

—Estoy planteándome dejarte ir —afirmó—. Quiero que le lleves un mensaje a tu padre. Quiero que le transmitas que no le veo sentido alguno a seguir derramando sangre por este valle de mierda. Quiero que sepa que estoy dispuesto a hablar —Dow inspiró ruidosamente y torció la boca, como si tuviera algo que supiera realmente mal en ella—. A hablar... de *paz.*

Finree parpadeó.

—A hablar.

—Eso es.

—De paz.

—Eso es.

Finree se sintió mareada. La embargó la emoción ante la repentina posibilidad de poder sobrevivir y volver a ver a su esposo y a su padre. Pero tenía que dejar todas esas emociones a un lado, debía ir más allá. Respiró hondo por la nariz y recuperó la compostura.

—Con eso no bastará.

Le complació ver la expresión de sorpresa de Dow el Negro.

—¿Ah, no?

—No —resulta difícil hablar con cierta autoridad cuando uno se halla golpeado, magullado, sucio y rodeado de enemigos intimidantes, pero Finree lo hizo lo mejor que pudo. Mostrarse mansa y sumisa no le serviría para salir de allí. Dow el Negro deseaba tratar con alguien poderoso. Y, con esa actitud, le haría sentirse poderoso a su vez. Cuanto más poderosa aparentase ser ella, más a salvo estaría. De modo que alzó la barbilla y le miró directamente a los ojos—. Tendrás que realizar algún gesto de buena voluntad. Algo que le demuestre a mi padre que tu propuesta va en serio. Que estás dispuesto a negociar. Que pruebe que eres un hombre razonable.

Dow el Negro resopló.

—¿Has oído eso, Craw? Quiere que yo demuestre buena voluntad. Yo.

El otro hombre se encogió de hombros y dijo:

—Sí, quiere una prueba de que eres un hombre razonable.

—¿Y qué más prueba puede haber que enviarle a su hija de vuelta sin un agujero en la cabeza? —farfulló Dow, mientras miraba a Finree de arriba abajo—. O con la cabeza metida en su agujero, ya que estamos.

Finree ignoró el comentario.

—Después de la batalla de ayer, debes haber hecho prisioneros —a menos que hubiesen asesinado a todos. Lo cual, tras haber mirado a los ojos de Dow el Negro, no le pareció nada improbable.

—Por supuesto que tenemos prisioneros —Dow ladeó la cabeza, acercándose más a ella—. ¿Acaso crees que soy un animal?

De hecho, eso era precisamente lo que pensaba Finree.

—Quiero que sean liberados.

—¿Ah, sí? ¿Todos ellos?

—Sí.

—¿A cambio de nada?

—Como gesto de...

Dow el Negro se abalanzó hacia Finree y pegó su nariz a la de ella, mientras se le marcaban las venas a ambos lados de su robusto cuello.

—No estás en posición de negociar, pequeña y jodida...

—¡No estás negociando conmigo! —exclamó Finree, mostrando los dientes—. ¡Estás negociando con mi padre y él sí que está en posición de hacerlo! ¡De otro modo, no me lo estarías rogando, *joder!*

Un tic nervioso sacudió la mejilla de Dow y, por un instante, Finree estuvo convencida de que iba a golpearla hasta dejarla hecha picadillo. O que iba a hacerle una pequeña señal a su sicario del ojo metálico para que la rajara desde el culo hasta la nuca. Dow alzó un brazo súbitamente y, por un instante, Finree estuvo convencida de que iba a morir. Pero lo único que hizo aquel hombre fue sonreír y agitar amablemente el dedo índice frente a su rostro.

—Oh, eres tan astuta. No me habías dicho que fuera tan astuta.

—Estoy sorprendida hasta el tuétano —replicó la mujer de piel negra, con aspecto de estar tan sorprendida como la pared que se hallaba a sus espaldas.

—Muy bien —dijo Dow, hinchando sus mejillas cubiertas de cicatrices—. Dejaré ir a unos cuantos de los heridos. De todos modos, no me hace falta que sus lloriqueos me tengan en vela toda la noche. Pongamos que libero a cinco docenas.

—¿Tienes más?

—Muchos más, pero mi buena voluntad es muy frágil. Y sólo da para cinco docenas a lo sumo.

Una hora antes, Finree había pensado que no saldría viva de ésta. Ahora las rodillas casi le fallaban sólo de pensar en que iba a salir de allí con vida y encima iba a salvar a sesenta hombres. Pero tenía que intentar una última cosa.

—Capturaron a otra mujer conmigo...

—No puedo hacerlo.

—No sabes lo que voy a pedir.

—Sí que lo sé y no puedo hacerlo. El Extraño que Llama, el cabronazo que os tomó prisioneras, está tan loco como alguien que porta un casco de hierba. No responde ante mí. No responde ante nadie. No tienes ni idea de cuánto me ha costado que te entregara. No puedo permitirme comprar a nadie más.

—Entonces, no te ayudaré.

Dow chasqueó la lengua.

—Está bien ser astuta, pero a ver si te vas a pasar de lista y vas a acabar rebanándote sola el pescuezo. Si no me ayudas, no me sirves de nada. Para eso bien

puedo enviarte de vuelta con el Extraño que Folla, ¿eh? A mi modo de ver, tienes dos opciones. Volver con tu padre y compartir la paz o volver con tu amiga y compartir... lo que sea que le espere. ¿Cuál prefieres?

Finree pensó en la respiración agitada y asustada de Aliz, en la oscuridad. En su lloriqueo cuando Finree se vio obligada a soltarle la mano. Recordó a aquel gigante cubierto de cicatrices abriéndole la cabeza a uno de sus propios guerreros contra la pared. Deseó ser lo suficientemente valiente para al menos intentar averiguar si Dow estaba faroleando o no. Pero ¿quién podía serlo en tales circunstancias?

—Volver con mi padre —susurró, y eso fue todo lo que pudo decir sin echarse a llorar de alivio.

—No lo lamentes —replicó Dow el Negro, mostrándole nuevamente su sonrisa de asesino—. Es la elección que habría tomado yo. Que tengas un buen viaje.

La capucha volvió a caer sobre su cabeza.

Craw esperó a que Escalofríos hubiera sacado a la muchacha encapuchada del cuarto para inclinarse hacia delante, alzar un dedo y preguntar cautelosamente:

—Esto... ¿qué está pasando aquí, jefe?

Dow frunció el ceño.

—Se supone que eres mi segundo al mando, viejo. Deberías ser el último en cuestionarme.

Craw alzó ambas palmas para pedirle calma.

—Y así será. Estoy completamente a favor de la paz, créeme, sólo que me gustaría comprender por qué la deseas tanto de repente.

—¿Que por qué la deseo? —vociferó Dow, volviéndose hacia él como un sabueso que hubiera captado un rastro—. *¿Deseo?* —repitió acercándose aún más, obligando así a Craw a retroceder contra la pared—. Si mis deseos se hicieran realidad, ahorcaría a toda la maldita Unión y ahogaría este valle con el humo de su carne asada, hundiría Angland, Midderland y todas sus malditas tierras en el fondo del Mar Circular. ¿Qué clase de paz te parece ésa?

—Ya —Craw se aclaró la garganta, deseando no haber hecho la pregunta—. Tienes toda la razón.

—Pero en eso consiste ser jefe, ¿verdad? —gruñó Dow frente a su cara—. ¡En tener que hacer un montón de putas cosas que no deseas hacer! Si cuando acepté la cadena hubiera sabido lo que eso suponía, la habría arrojado al río junto a Nueve el Sanguinario. Tresárboles me avisó, pero no le hice caso. No hay mayor maldición que conseguir lo que deseas.

Craw esbozó una mueca de contrariedad.

—Entonces... ¿porqué?

—Porque los muertos saben que no soy un pacificador, pero tampoco soy un idiota. Puede que tu amiguito Calder sea un cobarde cagón, pero tiene razón. Sólo un estúpido arriesga la vida por algo que podría obtener con sólo pedirlo. No todo el mundo comparte mi apetito por la lucha. Los hombres se están cansando, la Unión cuenta con demasiados soldados y no podremos derrotarlos a todos, y por si acaso no lo habías notado, estamos con los calzones bajados en un pozo repleto de putas víboras. ¿Cabeza de Hierro? ¿Dorado? ¿El Extraño que Fanfarronea? Me fío más de no mearme encima si no utilizo las manos para sostenérmela que de esos cabrones. Mejor acabar con esto ahora que todavía podemos considerarlo una victoria.

—Bien pensado —replicó Craw con voz ronca.

—Si pudiera hacer lo que se me antojase, no estaría ofreciendo hablar —el rostro de Dow se contorsionó y miró hacia Ishri, que se encontraba recostada contra la pared entre las sombras y cuyo rostro era una máscara completamente inexpresiva. Dow se pasó la lengua por el interior de su boca burlona y escupió—. Pero las mentes más frías son las que suelen prevalecer. Intentaremos la vía de la paz, a ver si cuaja. Pero ahora lleva a esa zorra de vuelta con su padre, antes de que cambie de idea y le dibuje una cruz sangrienta con la espada sólo por hacer un poco de ejercicio, joder.

Al instante, Craw se dirigió hacia la puerta andando de costado, como un cangrejo.

—Ahora mismo, jefe.

Ganarse su confianza

—¿Cuánto tiempo tendremos que seguir aquí, cabo?

—El mínimo posible sin caer en el deshonor, Yema.

—¿Y cuánto es eso?

—Hasta que el día esté demasiado oscuro como para que pueda ver su asqueroso semblante, para empezar.

—¿Y tenemos que patrullar?

—No, Yema, nos limitaremos a dar un par de docenas de zancadas de acá para allá y a sentarnos un rato.

—¿Dónde vamos a encontrar un lugar en el que sentarnos que no esté tan mojado como el pellejo de una nutria?

—Chtt —susurró Tunny, haciéndole una señal a Yema con la mano para que se agachara. Había unos hombres entre los árboles al otro lado de la pendiente. Eran tres hombres y dos de ellos iban vestidos con el uniforme de la Unión—. Oh —Uno era el cabo de lanceros Hedges. Una rata malencarada y malintencionada que llevaba tres años con la Primera y se creía un aventurero a pesar de que no era sino un idiota desagradable. El tipo de mal soldado que le da mal nombre a los malos soldados de verdad. Su desgarbado acompañante no le resultaba familiar, debía de tratarse de un nuevo recluta. El equivalente de Yema para Hedges, lo cual era un concepto demasiado horripilante como para resultar divertido.

Pese a que los dos llevaban las espadas desenvainadas, con las que apuntaban a un hombre del Norte, Tunny adivinó de inmediato que no era un combatiente. Iba vestido con un sucio abrigo que llevaba abrochado con un cinturón y no llevaba más armas visibles que un arco colgado del hombro y un par de flechas en su carcaj. Un cazador, quizá, o un trampero. Parecía desconcertado y en parte asustado. Hedges llevaba un pellejo negro en una mano. No hacía falta ser un genio para adivinar lo sucedido.

—¡Vaya, pero si es el cabo de lanceros Hedges! —exclamó Tunny, quien sonrió ampliamente mientras se acercaba por la orilla con la mano colocada, relajadamente,

en torno a la empuñadura de la espada, sólo para que todo el mundo fuese consciente de que la llevaba. Hedges le miró de reojo con aire culpable.

—Manténgase al margen de esto, Tunny. Le hemos encontrado nosotros. Es nuestro.

—¿Suyo? ¿En qué parte del reglamento dice que uno puede abusar de sus prisioneros por el mero hecho de haber dado con ellos?

—¿Desde cuándo le preocupa el reglamento? Además, a mí me gustaría saber qué está haciendo aquí.

—Da la casualidad de que el sargento primero Forest nos ha enviado a mí y al soldado Yema de patrulla para asegurarnos de que ninguno de nuestros hombres va más allá del piquete a cometer alguna fechoría. ¿Y a quién me encuentro más allá del piquete? A usted y, además, con las manos en la masa: robando a este civil. Para mí, esto es una fechoría clara. ¿Usted no lo calificaría de fechoría, Yema?

—Bueno, yo...

Tunny no esperó su respuesta.

—Ya sabe lo que dijo el general Jalenhorm. Estamos aquí para ganarnos la confianza de esta gente. No puedo permitir que robe a los locales, Hedges. Simplemente, no puedo. Va en contra de nuestra estrategia.

—¿Me está hablando del general Jalenhorm? —Hedges resopló—. ¿Y de ganarnos su confianza? ¿Usted precisamente? ¡No me haga reír!

—¿Que no le haga reír?—Tunny arrugó el entrecejo—. ¿Que no le haga *reír?* Soldado Yema, quiero que alce su ballesta y apunte al cabo de lanceros Hedges.

Yema le miró espantado.

—¿Qué?

—¿Qué? —gruñó Hedges.

Tunny alzó un brazo.

—¡Ya me ha oído, apúntele con la ballesta!

Yema alzó el arma de modo que la flecha apuntase, sin ningún género de dudas, al estómago de Hedges.

—¿Así?

—¿Cómo si no? Cabo de lanceros Hedges, veamos cuánto se ríe ahora. Voy a contar hasta tres. Si para entonces no ha devuelto a ese hombre del Norte esa piel, le ordenaré al soldado Yema que dispare. Nunca se sabe, sólo está a cinco pasos, lo mismo acierta y todo.

—Oiga, mire...

—Uno.

—¡Espere!

—Dos.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Hedges arrojó la piel al hombre del Norte a la cara y después se marchó dando grandes y airadas zancadas entre los árboles—. Pero le juro que me las pagará por esto, Tunny. ¡Joder que sí!

Tunny se volvió, sonriendo, y fue tras él. Hedges estaba abriendo la boca para lanzar una nueva réplica cuando Tunny le golpeó en la sien con su cantimplora, que estaba llena y pesaba considerablemente. Todo sucedió tan rápido que Hedges no intentó ni siquiera esquivarla, simplemente cayó en redondo al barro.

—Le juro que me las pagará por esto, *cabo* Tunny —masculló el propio Tunny, propinando una patada en la entrepierna a Hedges para dejar aún más claro el mensaje. Después, le quitó su cantimplora nueva al cabo de lanceros y la sustituyó en su cinturón por la suya, que ahora se encontraba terriblemente abollada—. Ahí le dejo algo para que me tenga en sus pensamientos —acto seguido, posó su mirada sobre el escuálido acompañante de Hedges, que lo miraba boquiabierto—. ¿Tiene algo que añadir, larguirucho?

—Yo... Yo...

—¿Yo? ¿Qué cree que añade con eso? Dispárele, Yema.

—¿Qué? —chilló Yema.

—¿Qué? —chilló el alto soldado.

—¡Estoy bromeando, idiotas! Joder, ¿es que aquí ya nadie piensa aparte de mí? Llévese de aquí a rastras al capullo de su cabo de lanceros hasta que se encuentren detrás de nuestras líneas. Y como vuelva a verlos a cualquiera de los dos por aquí, les juro que les dispararé yo mismo.

El soldado delgaducho ayudó a Hedges a levantarse. El cabo de lanceros, que tenía el pelo pringoso de sangre, gimió y caminó patizambo. Juntos desaparecieron arrastrando los pies entre los árboles. Tunny esperó hasta que se perdieron de vista. Después, se volvió hacia el hombre del Norte y le tendió la mano.

—La piel, por favor.

Para ser justos con ese hombre, hay que reconocer que, a pesar de que no entendía el idioma, comprendió el mensaje a la perfección. En su cara cundió el desánimo y plantó con desgana el pellejo en la palma de Tunny. Ahora que lo observaba de cerca pudo comprobar que ni siquiera era demasiado bueno. Era rugoso y olía mal.

—¿Qué más tienes ahí? —dijo Tunny acercándose más, con una mano cerca de la empuñadura de la espada, por si acaso, y, a continuación, se dispuso a cachear al trampero.

—¿Vamos a robarle? —Yema apuntaba ahora al norteño con la ballesta, lo cual quería decir que estaba mucho más cerca de Tunny de lo que a éste le hubiera gustado.

—¿Algún problema? ¿No me había dicho usted que era un ladrón convicto?

—Ya le dije que yo no robé nada.

—¡Eso es justo lo que diría un ladrón! Esto no es un atraco, Yema. Es la guerra —el hombre del Norte llevaba encima algunas tiras de carne curada. Tunny se las embolsó. También tenía yesca y un pedernal. Tunny los arrojó a un lado. No llevaba dinero, lo cual no resultaba sorprendente. El uso de moneda todavía no se había extendido por aquellas latitudes.

—¡Tiene un arma! —chilló Yema, moviendo nerviosamente la ballesta.

—¡Es un cuchillo para despellejar, idiota! —Tunny lo extrajo y se lo guardó en el cinto—. Lo mancharemos con sangre de conejo y diremos que se lo quitamos a un Gran Guerrero en el campo de batalla, y puedes apostar a que algún estúpido pagará mucho por él en Adua.

Tunny le quitó también el arco y las flechas al hombre del Norte. No quería que más tarde intentase dispararles por puro rencor. Parecía guardarles bastante rencor, pero, por otra parte, Tunny también se lo habría guardado a sus ladrones si le hubieran robado a él. Se preguntó por dos veces si merecería la pena llevarse el abrigo del trampero, pero estaba hecho jirones y, de todos modos, parecía que, en su día, había sido un uniforme de la Unión. Además, Tunny había robado una docena de abrigos nuevos de la Unión en el almacén de un oficial de intendencia en Ostenhorm, pero todavía no había sido capaz de colocarlos todos.

—Eso es todo —gruñó, retrocediendo un paso—. Prácticamente, no ha valido la pena el esfuerzo.

—¿Qué hacemos entonces? —la ballesta de Yema no dejaba de dar bandazos—. ¿Quiere que le dispare?

—¡Enano cabrón sediento de sangre! ¿Por qué iba a querer yo algo así?

—Bueno... ¿No cree que le contará a sus amigos del otro lado del arroyo que estamos aquí?

—Hace más de un día que tenemos... ¿cuántos? ¿Cuatrocientos hombres apostados en este cenagal? ¿De verdad cree que Hedges es el único que ha salido a

rondar por ahí? A estas alturas, saben perfectamente que estamos aquí, Yema, puede estar seguro.

—Entonces... ¿vamos a dejar que se vaya?

—¿Quiere llevarlo de vuelta al campamento y tenerlo como mascota?

—No.

—¿Quiere dispararle?

—No.

—¿Entonces?

Los tres permanecieron en silencio por un momento bajo la luz menguante del día. Después, Yema bajó la ballesta e hizo un aspaviento con la otra mano.

—Largo de aquí.

Tunny señaló hacia los árboles con la cabeza.

—Rápido. Largo.

El hombre del Norte parpadeó un instante. Miró malhumorado a Tunny, después a Yema y, acto seguido, se internó en el bosque, farfullando airadamente.

—Hay que ganarse su confianza —murmuró Yema.

Tunny se guardó el cuchillo del norteño en el bolsillo interior del abrigo.

—Exactamente.

Buenas acciones

Los edificios de Osrung oprimían a Craw; todos parecían tener historias que contar y cada esquina que doblaba se abría a un nuevo tramo de desastres. Varios habían ardido por completo. Las vigas carbonizadas todavía humeaban y el aire estaba cargado con el aroma intenso de la destrucción. Las ventanas se encontraban vacías y abiertas de par en par, los postigos estaban cubiertos de flechas rotas y las puertas, marcadas por los hachazos, colgaban de sus goznes. Los adoquines manchados estaban sembrados de basura, sombras retorcidas y también cadáveres, de carne fría que en otro tiempo habían sido hombres, arrastrados por los desnudos talones hasta el lugar que les correspondía en la tierra.

Unos Caris observaban malhumorados y con gesto torvo esa extraña procesión. Conformada por sesenta soldados de la Unión heridos que avanzaban arrastrando los pies seguidos en la retaguardia por Escalofríos, cual lobo que fuera tras un rebaño, y encabezados por Craw, al que le dolían las rodillas, y la muchacha.

Craw se dio cuenta de que no hacía más que mirarla de reojo. No tenía muchas oportunidades de ver a una mujer. A Wonderful, quizá, pero no era lo mismo, aunque ella probablemente le habría propinado una patada en la entrepierna si hubiera dicho algo así. Y ésa era precisamente la cuestión. Pero aquella muchacha era simplemente una muchacha. Y bonita, además. Aunque probablemente habría estado más bonita esa misma mañana, igual que Osrung. La guerra no embellece nada. Daba la sensación de que le hubieran arrancado un mechón de pelo, dejando el resto manchado de sangre coagulada en un costado. Tenía un gran cardenal en la comisura de la boca. Una de las mangas de su sucio vestido estaba desgarrada y cubierta de sangre seca. Sin embargo, no había derramado ni una sola lágrima.

—¿Estás bien? —preguntó Craw.

Ella miró por encima del hombro a la vacilante columna, con sus muletas, sus camillas y sus rostros desfigurados por el dolor.

—Podría estar peor.

—Imagino que sí.

—¿Y tú estás bien?

—¿Eh?

La muchacha señaló su rostro y Craw se tocó el corte de la mejilla donde le habían dado puntos. Se había olvidado por completo de él.

—¿Qué te parece? Yo también podría estar peor.

—Sólo por curiosidad. Si no estuviese bien, ¿qué podrías haber hecho al respecto?

Craw abrió la boca, después se percató de que en realidad no tenía una buena respuesta.

—No lo sé. ¿Una palabra amable, quizás?

La muchacha contempló la plaza destrozada que estaban atravesando, así como a los heridos que se encontraban apoyados contra el muro de una casa en la cara norte y los heridos que los seguían.

—Las palabras amables no parecen tener mucho valor en medio de todo esto.

Craw asintió lentamente.

—Sin embargo, ¿qué otra cosa nos queda?

Se detuvo a quizá una docena de pasos del extremo norte del puente y Escalofríos se acercó a él. El estrecho sendero de losas de piedra se extendía frente a ellos. Un par de antorchas ardían al otro extremo. No había ni rastro de hombres, pero Craw estaba seguro de que los negros edificios de la orilla opuesta estaban repletos de cabrones de gatillo fácil armados con ballestas. No era un puente muy grande, pero en aquel momento se le antojó una travesía descomunal. Eran demasiados pasos y, a cada uno de ellos, podía terminar con una flecha clavada en sus partes nobles. Aun así, el mero hecho de quedarse esperando no iba a hacer que eso fuera algo menos probable. Al contrario, más bien, ya que a cada instante oscurecía más.

Entonces se dispuso a escupir un gargajo, pero se dio cuenta de que la muchacha le estaba observando y se lo tragó. A continuación, se descolgó el escudo del hombro y lo colocó contra la pared, extrajo la espada de su vaina y se la entregó a Escalofríos.

—Espera aquí con los demás. Voy a cruzar a ver si encuentro alguien dispuesto a escuchar de manera razonable.

—De acuerdo.

—Y si me aciertan... llora por mí.

Escalofríos asintió solemnemente.

—Lloraré muchísimo.

Craw levantó las manos y echó a andar. No parecía haber transcurrido demasiado tiempo desde que hiciera más o menos lo mismo junto a los Héroes. Estaba penetrando en la guarida del lobo, armado únicamente con una sonrisa nerviosa y unas abrumadoras ganas de cagar.

—Estoy haciendo lo correcto —musitó para sí mismo. Estaba jugando a ser el pacificador. Tresárboles se habría sentido orgulloso de él. Lo cual era un gran consuelo, pues cuando recibiera un flechazo en el cuello podría servirse del orgullo de ese muerto para extraer el astil, ¿verdad que sí?—. Soy demasiado viejo para esto, puñetas —por los muertos, ya debería haberse retirado. Ya debería estar sonriendo frente al mar con una pipa en la mano tras haber hecho todo lo que tenía que hacer—. Lo correcto —susurró de nuevo. Qué agradable sería que por una vez lo correcto y lo seguro coincidieran. Pero Craw supuso que la vida no estaba concebida de esa manera.

—¡Ya has avanzado bastante! —dijo una voz en norteño.

Craw se detuvo, sintiéndose más solo que nunca allí, en mitad de la penumbra, mientras escuchaba el murmullo del agua que discurría por debajo de él.

—¡No podría estar más de acuerdo, amigo! ¡Sólo quiero hablar!

—La última vez que hablamos, ninguno de los implicados acabó demasiado bien —alguien estaba acercándose desde el otro extremo del puente con una antorcha en la mano. Su luz anaranjada iluminó una mejilla surcada de grietas, una barba descuidada y una boca apretada de labios agrietados.

Craw se dio cuenta de que estaba sonriendo cuando el hombre se detuvo al alcance de su brazo. Supuso que sus posibilidades de sobrevivir a esa noche acababan de mejorar notablemente.

—Pero si es Hardbread, a menos que me equivoque —a pesar de que habían estado peleando a muerte no hacía ni una semana, le dio la impresión de estar saludando a un viejo amigo y no a un viejo enemigo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Muchos de los muchachos del Sabueso rondan por los alrededores. El Extraño que Llama se ha presentado sin ser invitado con esos chillados del Crinna, de modo que hemos tenido que enseñarles educadamente el camino de vuelta. Vaya aliados se busca tu jefe, ¿no?

Craw miró hacia los soldados de la Unión que se habían congregado bajo la luz de las antorchas en el extremo sur del puente.

—Podría decir lo mismo del tuyo.

—Sí, bueno. Es el signo de los tiempos. ¿Qué puedo hacer por ti, Craw?

—Traigo unos cuantos prisioneros. Dow el Negro quiere devolvéroslos.

Hardbread pareció profundamente dubitativo.

—¿Desde cuándo devuelve algo Dow?

—Desde ahora.

—Supongo que nunca es demasiado tarde para cambiar, ¿eh? —Hardbread gritó algo en el idioma de la Unión mientras miraba hacia atrás.

—Supongo que no —musitó Craw, a pesar de que distaba mucho de estar convencido de que Dow hubiera cambiado tanto.

Un hombre se acercó precavidamente desde el extremo sur del puente. Iba ataviado con el uniforme de la Unión y era de alto rango, pero joven, y agraciado también. Asintió en dirección hacia Craw y éste le devolvió el saludo; después, intercambió algunas palabras con Hardbread, se volvió para mirar a los heridos que estaban cruzando ya el puente y se quedó boquiabierto.

Craw oyó unas rápidas pisadas a sus espaldas y percibió cierto movimiento al volverse.

—¿Qué día...?

Reaccionó demasiado tarde a la hora de intentar empuñar su espada y, en ese instante, se dio cuenta de que no la llevaba encima. Para entonces, alguien le había sobrepasado ya. Se trataba de la muchacha, que corría directamente hacia los brazos del joven oficial. Éste la agarró y se abrazaron con fuerza y se besaron, Craw lo observó todo con las cejas arqueadas mientras su mano seguía acariciando el vacío en el hueco donde solía estar su empuñadura.

—Esto sí que no me lo esperaba —afirmó.

Las cejas de Hardbread se encontraban tan arqueadas como las suyas.

—A lo mejor es así como se saludan siempre en la Unión los hombres y las mujeres.

—Igual debería mudarme allí yo también.

Craw se apoyó contra el pétreo parapeto del puente. Se acomodó junto a Hardbread y ambos observaron cómo la pareja se abrazaba, con los ojos cerrados, meciéndose suavemente bajo la luz de la antorcha, como unos bailarines que siguieran el ritmo de una lenta tonada que nadie más pudiera oír. Él le estaba susurrando algo a la oreja. Consuelo o alivio o amor. Palabras que desconocía Craw, sin duda, y no sólo por la barrera idiomática. Vio a los heridos sortear torpemente a la pareja, mientras una chispa de esperanza iluminaba sus agotados rostros. Ellos también volvían con su gente. Regresaban heridos, quizás, pero vivos. Craw debía reconocer que aunque la noche fuese fría había comenzado a notar una cierta sensación de calidez en su fuero interno. Aunque no era como el fuego que uno

siente tras ganar una batalla, quizá, ni tan enérgico o fiero como la emoción de la victoria.

Pero supuso que el calor que brindaba esa calidez sí podría perdurar más tiempo.

—Uno se siente bien —comentó, mientras observaba cómo el soldado, que rodeaba a su amada con el brazo, y la muchacha terminaban de cruzar el puente hacia la orilla sur— al hacer felices a unos pocos, en medio de todo esto. Sí, uno se siente puñeteramente bien.

—Así es.

—Esto hace que uno se pregunte por qué alguien escoge hacer lo que hacemos nosotros.

Hardbread respiró hondo.

—Porque es demasiado cobarde para hacer cualquier otra cosa, quizá.

—Puede que tengas razón.

La mujer y el oficial se desvanecieron en la oscuridad, seguidos por los últimos heridos. Craw se alejó del parapeto, empujándose hacia atrás con ambas manos, y se sacudió la humedad de las manos.

—En fin, volvamos a lo nuestro, ¿eh?

—Sí, volvamos.

—Me ha alegrado verte, Hardbread.

—Lo mismo digo —el viejo guerrero se giró para seguir a los demás hacia la parte sur de la ciudad—. No dejes que te maten, ¿eh? —le dijo mirando hacia atrás.

—Intentaré evitarlo.

Escalofríos estaba esperando a Craw en el extremo norte del puente, con la espada de éste en la mano. El mero hecho de ver su ojo centelleando sobre esa retorcida sonrisa fue suficiente para acabar con cualquier tipo de sentimentalismo con la misma rapidez con la que un conejo huye de un cazador.

—¿Alguna vez has pensado en ponerte un parche? —inquirió Craw, mientras tomaba su espada y la deslizaba en su vaina.

—Llevé uno una temporada —contestó Escalofríos, señalando la enorme cicatriz alrededor de su ojo—. Pero picaba de cojones. Así que pensé: ¿por qué voy a llevarlo? ¿Sólo para que estos cabrones se sientan más cómodos? Si yo puedo vivir con esta cara, ellos pueden vivir viéndola. Y si no, que se jodan.

—No te falta razón —caminaron un momento en silencio entre la penumbra—. Siento haber aceptado este cargo.

Escalofríos no dijo nada.

—Me refiero a asumir el mando de los Caris de Dow. Es una responsabilidad que debería haberte correspondido a ti.

Escalofríos se encogió de hombros.

—No soy ambicioso. He conocido a gente así y la ambición es el camino más seguro de regreso al barro. Sólo quiero que me den lo que se me debe. Ni más ni menos. Es decir, un poco de respeto.

—No parece mucho pedir. En cualquier caso, sólo seré su jefe mientras dure la batalla. Después, me retiraré. Me atrevería a decir que Dow querrá entonces que pases a ser su segundo al mando.

—Quizá —otro momento de silencio. Después, Escalofríos se volvió para mirarle—. Eres un tipo decente, ¿verdad, Craw? Eso es lo que dice la gente. Dicen que eres un hombre de honor. ¿Cómo has logrado llegar a serlo?

A Craw no le parecía en absoluto que hubiera llegado a serlo.

—Sólo intento hacer lo correcto, supongo. Eso es todo.

—¿Cómo? Yo lo he intentado, pero nunca he conseguido perseverar. No le veía ninguna ventaja.

—Ahí está el problema. Cualquier cosa buena que he hecho, y los muertos saben que no son demasiadas, fue una recompensa en sí misma. Has de obrar así porque lo deseas.

—Pero no hay ningún sacrificio en hacer lo que deseas, ¿verdad? ¿Cómo es que hacer lo que te apetece te convierte en un puto héroe si es lo mismo que hago yo?

Craw se limitó a encogerse de hombros.

—No tengo todas las respuestas. Ojalá las tuviera.

Escalofríos dio vueltas meditabundo a la sortija que llevaba en el dedo meñique, cuya gema roja centelleaba.

—Supongo que lo importante es llegar al final de cada día.

—Es el signo de los tiempos.

—¿Crees que habrá otros tiempos distintos?

—Esperemos que sí.

—¡Craw! —el eco resonó con su nombre y Craw se volvió súbitamente, frunciendo el ceño hacia la oscuridad, preguntándose a quién había podido molestar

recientemente. La respuesta era que prácticamente a todo el mundo. Se había ganado una larga lista de enemigos en cuanto le había dicho que sí a Dow el Negro. Su mano volvió a saltar hacia su espada. Al menos, esta vez, se hallaba en su vaina. Acto seguido, sonrió.

—¡Flood! Parece que no hago más que encontrarme con gente que conozco en este puñetero lugar.

—Es lo que pasa cuando uno es un cabrón muy viejo —replicó Flood con otra sonrisa y su propia cojera.

—Sabía que la vejez tenía que tener una parte buena. ¿Conoces a Caul Escalofríos?

—Sí, su reputación le precede.

Escalofríos mostró los dientes.

—Es guapo de cojones, ¿verdad?

—¿Qué tal ha sido el día donde Reachey? —preguntó Craw.

—Ha sido un día bastante sangriento —fue la respuesta de Flood—. He tenido a unos cuantos muchachos bajo mi mando que me llamaban jefe. Eran demasiado jóvenes. Todos menos uno han vuelto al barro.

—Lo lamento.

—También yo. Pero así es la guerra. Había pensado volver con tu docena, si estás dispuesto a aceptarme, y se me había ocurrido traerme a éste conmigo —Flood señaló con el pulgar a otro individuo. Un muchacho grandote, que se hallaba rezagado entre las sombras y envuelto en una capa verde manchada. Estaba mirando al suelo y su oscuro pelo le cubría la frente, de modo que Craw no pudo ver mucho más, aparte del destello de un ojo en la penumbra. Sin embargo, llevaba una buena espada al cinto. Con empuñadura dorada. Craw se fijó de inmediato en su resplandor—. Tiene buena mano. Hoy se ha ganado su apodo.

—Enhorabuena —dijo Craw.

El muchacho no respondió. No alardeaba ni se comportaba como un cretino, como habría hecho cualquier otro que se hubiera ganado su apodo aquel día. Como lo había hecho Craw el día en que se ganó el suyo. A Craw le cayó bien. Lo que menos necesitaba ahora era que alguien se dejara llevar por su fuerte temperamento y que les hundiera a todos en la mierda. Como su temperamento le había hundido a él en la mierda, años atrás.

—¿Qué me dices? —preguntó Flood—. ¿Hay sitio para nosotros en tu grupo?

—¿Sitio? No recuerdo haber tenido nunca más de diez hombres en mi docena, y ahora sólo quedamos seis.

—¿Seis? ¿Qué les ha pasado a los demás?

Craw esbozó una mueca de contrariedad.

—Más o menos, lo mismo que a tus muchachos. Lo que pasa habitualmente. Athroc cayó peleando en los Héroes anteayer. Agrick un día más tarde. Brack ha muerto esta mañana.

El silencio reinó por un momento.

—¿Brack ha muerto?

—Mientras dormía —respondió Craw—. Por su pierna mala.

—Brack ha vuelto al barro —dijo Flood, negando con la cabeza—. Ésa sí que es buena. Nunca pensé que fuera a morir.

—Ni yo. La Gran Niveladora nos aguarda a todos, de eso no hay duda, y no acepta excusas ni hace excepciones.

—Ninguna —susurró Escalofríos.

—Pero, hasta que venga a buscaros, podríais sernos útiles. Si es que Reachey os deja marchar.

Flood asintió.

—Ha dicho que lo haría.

—Muy bien. Pero debes saber que, por el momento, es Wonderful quien se encarga de dirigir la docena.

—¿Ah, sí?

—Sí. Dow me ha ofrecido estar al cargo de sus Caris.

—¿Ahora eres el segundo de Dow el Negro?

—Sólo hasta que acabe la batalla.

Flood hinchó los carrillos y resopló.

—¿Qué pasó con aquello de que uno nunca debe llamar la atención y ponerse en peligro?

—No he seguido mi propio consejo. ¿Todavía quieres unirte a nosotros?

—¿Por qué no?

—Será un placer tenerte de vuelta. Y también poder contar con tu chico, si dices que está preparado.

—Oh, y tanto que lo está, ¿verdad, muchacho?

El chico no dijo nada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Craw.

—Beck.

Flood le dio un puñetazo en el brazo.

—Beck *el Rojo*. Será mejor que te vayas acostumbrando a usar tu nombre completo, ¿eh?

A Craw le dio la impresión de que aquel muchacho parecía un poco mareado. No era de extrañar, teniendo en cuenta el estado de la ciudad. Debía haberse visto envuelto en una buena pelea. Menuda manera de empezar en el negocio de la muerte y la sangre.

—No es muy hablador, ¿eh? Eso está bien. Entre Wonderful y Whirrun tenemos charla de sobra.

—¿Te refieres a Whirrun de Bligh? —inquirió el muchacho.

—Sí. Forma parte de la docena. O de la media docena, en cualquier caso. ¿Crees que debo darle la gran charla? —le preguntó a Flood—. Ya sabes, la misma que te di a ti cuando te uniste a nuestro grupo, todo eso de que uno debe cuidar de sus compañeros y de su jefe, y no debe dejarse matar y hacer siempre lo correcto y demás.

Flood miró al muchacho y negó con la cabeza.

—¿Sabes qué? Creo que hoy lo ha aprendido todo de la manera más dura posible.

—Sí —aseveró Craw—. Supongo que todos lo aprendimos así. Bienvenido, pues, a la docena, Beck el Rojo.

El muchacho se limitó a parpadear.

Un día antes

Era el mismo sendero que había seguido la noche anterior. La misma ruta serpenteante que recorría la ladera barrida por el viento hasta el granero donde su padre había instalado su cuartel general. La misma vista por encima del valle sumido en la oscuridad, repleto de motas luminosas de miles de hogueras, lámparas y antorchas, todas ellas resplandeciendo entre la humedad por el rabillo de sus ojos cansados. Pero todo parecía diferente. Incluso a pesar de que Hal montaba a su lado, lo suficientemente cerca como para que pudieran tocarse, mientras parloteaba sin cesar para llenar el silencio, Finree se sentía sola.

—... y menos mal que el Sabueso apareció en aquel momento porque si no, toda la división podría haberse desmoronado. Aun así, perdimos la mitad norte de Osrung, pero conseguimos mandar a esos salvajes aullando de vuelta al bosque. El coronel Brint se mostró firme como una roca. No podríamos haberlo hecho sin él. Querrá preguntarte... querrá preguntarte sobre...

—Eso será más tarde —no se veía capaz de enfrentarse a aquello—. Primero, he de hablar con mi padre.

—¿No deberías darte un baño antes? ¿Y cambiarte de ropa? Al menos, deberías pararte a recuperar el aliento un...

—Mis ropas pueden esperar —replicó ella bruscamente—. Traigo un mensaje de Dow el Negro, ¿entiendes?

—Por supuesto. Qué estúpido soy. Lo siento —Hal continuaba fluctuando entre una actitud paternal y rigurosa y la sensiblería, y Finree era incapaz de decidir cuál de las dos le estaba irritando más. Le daba la impresión de que Hal estaba enfadado, pero le faltaba el coraje necesario para expresarlo. Con ella, por haber acudido al Norte cuando él había deseado que se quedara atrás. Consigo mismo, por no haber estado allí para protegerla cuando habían llegado los hombres del Norte. Con ambos, por no saber cómo ayudarla ahora. Probablemente, le enfadaba estar enfadado, en vez de estar alegrándose de que hubiera regresado sana y salva.

Entonces, tiraron de las riendas de sus caballos y pararon, y él insistió en ayudarla a desmontar. Permanecieron sumidos en un silencio incómodo y separados

por una incómoda distancia mientras la incómoda mano de Hal se apoyaba sobre el hombro de Finree sin ofrecer consuelo alguno. Ella deseaba terriblemente que Hal fuese capaz de dar con algunas palabras que la ayudasen a encontrarle algún sentido a lo que había sucedido aquel día. Pero todo había sido absurdo y cualquier palabra se quedaría patéticamente corta.

—Te quiero —dijo él sin convicción, al fin, dando la impresión de que pocas palabras podrían haberse quedado tan patéticamente cortas como aquéllas.

—Yo también te quiero —pero lo único que sintió Finree fue un temor acuciante. La sensación de que había un espantoso peso escondido en algún lugar recóndito de su cerebro que ella no quería contemplar, pero que en cualquier momento podía caer y aplastarla por completo—. Deberías volver a bajar.

—¡No! Por supuesto que no. Debería quedarme con...

Ella puso una mano firme sobre su pecho y se sorprendió al comprobar lo fuerte que estaba.

—Ahora estoy a salvo —afirmó, mientras asentía hacia el valle y los innumerables fuegos que iluminaban la noche—. Ellos te necesitan más que yo.

Finree casi pudo notar el alivio de su amado, al no seguir sintiendo ya la presión de tener que animarla y de intentar hacer más cómoda la situación.

—Bueno, si estás segura...

—Lo estoy.

Finree lo observó montar y él le dedicó una fugaz sonrisa, preocupada e incierta, y, a continuación, desapareció galopando en la noche. Una parte de ella deseó que se hubiera negado con más rotundidad a marcharse. Otra se alegró de verlo alejarse.

Caminó hasta el granero, se arropó con el abrigo de Hal y pasó junto a un guarda que vigilaba atento la entrada a la estancia de techo bajo. Era una reunión mucho más íntima que la de la noche anterior. Ahí sólo estaban los generales Mitterick y Jalenhorm, el coronel Felnigg y su padre. Por un momento, sintió una tremenda sensación de alivio al verle. Después, se percató de la presencia de Bayaz, quien estaba sentado algo apartado de los demás, con su sirviente, envuelto entre las sombras a sus espaldas y sonriendo levemente. Su alivio se extinguió rápidamente.

Mitterick estaba yéndose por las ramas, como siempre, y, como siempre, Felnigg le escuchaba con la misma expresión que si tuviera que rescatar algo del fondo de una letrina.

—El puente está en nuestro poder y, en este preciso instante, mis hombres están cruzando el río. Antes de que amanezca tendré varios regimientos de repuesto apostados en la orilla norte, acompañados de una potente caballería; además, contaré

con el terreno necesario para poder utilizarla. Los estandartes de la Segunda y la Tercera se alzan ya sobre las trincheras de los hombres del Norte. Y mañana me aseguraré de que Vallimir mueva el culo y entre en combate, aunque tenga que obligarlo a cruzar el río de una patada. Conseguiré que esos cabrones norteños se den a la fuga antes de que...

Sus ojos se desplazaron hacia Finree y, acto seguido, se aclaró incómodamente la garganta y guardó en silencio. Uno tras otro, los demás oficiales siguieron la mirada de Mitterick, y ella vio en sus rostros el reflejo del estado en que debía encontrarse. Si hubieran visto a un cadáver alzándose de su tumba, no habrían tenido un aspecto de mayor estupefacción. Todos se encontraban atónitos, excepto Bayaz, cuya mirada era tan calculadora como siempre.

—Finree —su padre se levantó, la estrechó entre sus brazos y apretó con fuerza. Probablemente, ella debería haberse deshecho en lágrimas teñidas de agradecimiento, pero al final fue él quien terminó secándose los ojos con una de sus mangas—. Pensaba que a lo mejor... —esbozó una mueca de honda emoción mientras acariciaba su pelo ensangrentado, como si fuese incapaz de concluir siquiera ese pensamiento—. Gracias a los Hados que estás viva.

—Dáselas a Dow el Negro. Ha sido él quien me ha enviado de vuelta.

—¿Dow el Negro?

—Sí, lo he conocido. He hablado con él. Quiere parlamentar. Quiere iniciar unas conversaciones de paz —al instante, reinó un silencio teñido de incredulidad—. Le he persuadido para que dejara regresar a unos cuantos heridos, como gesto de buena fe. A unos sesenta. Eso ha sido todo que he podido conseguir.

—¿Ha convencido a Dow el Negro de que libere prisioneros? —Jalenhorm hinchó los carrillos y resopló—. Menuda hazaña. Quemarlos es más de su estilo.

—Esa es mi chica —afirmó su padre, y el orgullo que había en su voz le hizo sentir una arcada a Finree.

Bayaz se inclinó hacia delante en su silla.

—Descríbamelo.

—Es alto. Fornido. De aspecto fiero. Y le falta la oreja izquierda.

—¿Quién más estaba con él?

—Un hombre mayor llamado Craw, que me ha traído hasta el río. Otro hombre grandullón con la cara marcada y... un ojo de metal. Y... —todo parecía tan extraño que ahora empezaba a preguntarse si no se lo habría imaginado todo— una mujer de piel negra.

Los ojos de Bayaz se entornaron y la tensión se apoderó de sus labios. A Finree se le erizaron los pelos de la nuca.

—¿Se refiere a una mujer delgada de piel negra, envuelta en vendajes?

Finree tragó saliva.

—Sí.

El Primero de los Magos volvió a recostarse lentamente en su silla e intercambió una mirada con su sirviente.

—*Están* aquí.

—Ya se lo había dicho yo.

—¿Es que las cosas nunca pueden ser sencillas? —rezongó Bayaz.

—Rara vez lo son, señor —replicó el sirviente. Sus ojos de diferente color se desplazaron perezosamente de Finree a su padre y, de nuevo, se posaron en su amo.

—¿Quiénes están aquí? —preguntó un desconcertado Mitterick.

Bayaz no se molestó en responder. Se encontraba muy ocupado observando al padre de Finree, que se había acercado a su escritorio y se había puesto a escribir.

—¿Qué está haciendo, Lord Mariscal?

—Creo que será mejor que escriba a Dow el Negro para organizar un encuentro, de modo que podamos discutir los términos de un armisticio...

—No —dijo Bayaz.

—¿No? —se produjo un tenso silencio—. Pero... parece que está dispuesto a mostrarse razonable. ¿No deberíamos al menos...?

—Dow el Negro no es un hombre razonable. Y sus aliados son... —Bayaz curvó un labio y Finree se arropó aún más el abrigo de Hal a la altura de los hombros— bastante menos razonables. Además, hoy lo ha hecho maravillosamente bien, Lord Mariscal. Han realizado un trabajo estupendo tanto usted como el general Mitterick, el coronel Brock y el Sabueso. Se ha ganado terreno, se han hecho sacrificios, etcétera. Creo que, por todo esto, sus hombres se merecen volver a intentarlo mañana. Bastará con sólo un día más, diría yo. ¿Y qué más da un día más?

Finree se dio cuenta de que se sentía terriblemente débil. Mareada, incluso. La fuerza que le había estado sosteniendo durante las últimas horas estaba menguando con rapidez.

—Lord Bayaz... —su padre parecía atrapado en una tierra de nadie entre el dolor y el desconcierto—. Sí, un día sólo es un día. Seguiremos luchando, por supuesto,

hasta la última fibra de nuestro ser si tal es la voluntad del rey, pero lo más probable es que no seamos capaces de asegurar una victoria decisiva en un solo día.

—Esa cuestión ya nos la plantearemos mañana. Todas las guerras son únicamente un preludio para las conferencias de paz, Lord Mariscal. Lo importante es saber —entonces, el Mago alzó la mirada hacia el techo, frotando uno de sus gordos pulgares contra la yema del otro dedo— con quién hablar. Será mejor que esta información quede entre nosotros. Una noticia así podría ser muy mala para la moral de las tropas. Así que la batalla se prolongará un día más, si no le importa.

El padre de Finree inclinó obedientemente la cabeza, pero cuando arrugó su carta a medio escribir en un puño, la apretó con tanta rabia que los nudillos se le tornaron blancos.

—Siempre estoy a disposición de Su Majestad.

—Como todos —replicó Jalenhorm—. ¡Y mis hombres están preparados para cumplir con su deber! Solicito humildemente el derecho a dirigir un asalto contra los Héroes para redimirme en el campo de la batalla.

Como si alguien se redimiera en el campo de batalla. Por lo que había visto Finree, lo único que hacían allí era morir. Entonces, al dirigirse hacia la puerta situada en la parte trasera del cuarto, tuvo la sensación de que sus piernas le pesaban una tonelada.

Tras ella, Mitterick se afanaba en desgranar sus perogrulladas militares.

—¡Mi división está marcando el terreno a sangre y fuego, no le quepa duda, Mariscal Kroy! ¡No le quepa duda, Lord Bayaz!

—No la tengo.

—Nos hemos hecho con el puente, tendremos una posición avanzada en territorio enemigo. Mañana expulsaremos a esos cabrones, ya lo verán. Sólo un día más...

Finree cerró la puerta ante sus baladronadas y apoyó la espalda contra la madera. Quizá el pastor que había levantado aquel granero había vivido en aquella estancia. Ahora su padre dormía allí, con su cama colocada contra una pared sin rematar y sus baúles ordenadamente organizados contra las demás como si se tratara de soldados en un desfile.

De repente, le dolía todo. Se remangó la chaqueta de Hal y contempló, esbozando una mueca de dolor, el largo corte que tenía en el antebrazo, ribeteado por dos ronchas de un rosa muy intenso. Probablemente iba a necesitar que le dieran puntos, pero no podía volver a la habitación contigua. No podía afrontar sus expresiones de conmiseración y esa cháchara patriotera. Además, cada vez que movía la cabeza, era como si su cuello estuviera atravesado por diez cuerdas de

agonía que se rozaran entre sí. Se tocó el cuero cabelludo que tanto le picaba con las puntas de los dedos. Tenía una buena costra por debajo del grasiento pelo. No pudo impedir que le temblara la mano al retirarla. Casi se rio al ver lo terriblemente que se estremecía, pero sólo consiguió proferir un desagradable bufido. ¿Volvería a crecerle ahí el pelo? Resopló de nuevo. ¿Qué importaba eso, comparado con lo que había visto? Entonces descubrió que no era capaz de dejar de resoplar. Respiraba entrecortada y temblorosamente, y, al instante, sus doloridas costillas se movieron al compás de los sollozos y el aliento se le quedó trabado en la garganta. Tenía el rostro contraído y le tiraba el labio partido. Se sintió como una estúpida, pero su cuerpo no le respondía. Se dejó caer junto a la puerta hasta que sus posaderas tocaron la piedra y se mordió los nudillos para ahogar el llanto.

Se sintió absurda. Peor aún, desagradecida. Traidora. Cuando debería haber estado llorando de alegría. Pues era, al fin y al cabo, muy afortunada.

Huesos

—¿Dónde se esconde esa ramera cubierta de costras?

Los ojos del hombre parpadearon llenos de incertidumbre, lo había tomado por sorpresa con la taza a medio camino del depósito de agua.

—Tenways está en los Héroes con Dow y los demás, pero si estás...

—¡A la *mierda!* —Calder lo apartó de un empujón y avanzó a zancadas entre los desconcertados Caris de Tenways, alejándose del Dedo de Skarling en dirección hacia las piedras, iluminadas en lo alto de la colina por el resplandor de las fogatas.

—No vamos acompañarte ahí arriba —le dijo Deep al oído—. No puedo protegerte el culo si te empeñas en meterlo en la boca del lobo.

—No hay dinero por el que merezca la pena volver al barro —afirmó Shallow—. No hay nada que lo compense, en mi opinión.

—Acabas de plantear un interesante debate filosófico —replicó Deep—, por qué cosas merece la pena morir y por cuáles no. Pero no creo que vayamos a...

—Entonces, quédate aquí y sigue diciendo estupideces —Calder continuó caminando colina arriba, mientras el aire frío se le metía en los pulmones y los sorbos de más que le había dado a la petaca de Shallow le ardían en el estómago. Entretanto, la vaina de su espada se golpeaba una y otra vez contra su pantorrilla, como para recordarle amablemente a cada paso que seguía allí, y que no era ni mucho menos la única arma presente.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Pálido como la Nieve, respirando trabajosamente para poder mantener el ritmo.

Calder no contestó. En parte, porque estaba demasiado enfadado como para decir algo que mereciese la pena ser oído. Y en parte, porque no tenía ni la más remota idea de qué iba a hacer y, si empezaba a pensarlo, era más que probable que su valor se esfumara con suma rapidez. Aquel día había pasado demasiado tiempo ya sin hacer nada. Pasó a través del hueco que había en el muro de piedra seca que cercaba la colina. Un par de Caris de Dow el Negro fruncieron el ceño al verlo pasar.

—¡Procura mantener la calma! —gritó Hansul desde algo más atrás—. ¡Tu padre siempre mantenía la calma!

—Me cago en lo que hiciese mi padre —replicó Calder, mirando hacia atrás. Estaba disfrutando de la sensación de no tener que pensar, ya que se limitaba a dejar que la furia lo arrastrara. Que lo impulsara hasta la cima llana que coronaba la colina y a través de dos de esas grandes piedras. En el interior del círculo ardían unas hogueras, cuyas llamas eran tironeadas y sacudidas por el viento, que lanzaba remolinos de chispas a la negra noche. El fuego iluminaba la parte interior de los Héroes con un parpadeo naranja, reflejándose los rostros de los hombres apelotonados a su alrededor en el metal de sus cotas de malla, así como en las hojas de sus armas. Éstos gruñeron y chasquearon la lengua al ver pasar a Calder entre ellos, sin hacerles ningún caso, en dirección hacia el centro del círculo, seguido de cerca por Pálido como la Nieve y Hansul.

—Calder. ¿Qué haces aquí?

Curnden Craw estaba sentado junto a un joven que lo observaba y al que Calder no conocía. El Jovial Yon Cumber y Wonderful también estaban presentes. Calder los ignoró a todos y esquivó a Cairm Cabeza de Hierro, que estaba de pie mirando las llamas con los pulgares metidos en el cinturón.

Tenways se encontraba sentado sobre un tronco al otro lado de la fogata y, en cuanto vio a Calder acercarse, su horrorosa cara despellejada pareció resquebrajarse para dar paso a una resplandeciente sonrisa.

—¡Pero si es el hermoso Calder! Qué bien has ayudado hoy a tu hermano, ¿eh? —los ojos se le abrieron asombrados por un momento y la tensión se apoderó de su cuerpo, mientras procuraba equilibrar su peso para levantarse.

Entonces, Calder le dio un tremendo puñetazo en la nariz. Tenways chilló al caer de espaldas, pataleando, y Calder se echó encima de él y siguió golpeándolo con ambos puños, rugiendo ni siquiera él sabía qué. Le lanzó un sinfín de golpes sin pensar, a la cabeza, los brazos y las manos que movía sin cesar. Incluso consiguió propinar otro buen puñetazo en aquella nariz despellejada antes de que alguien lo agarrase del codo y lo apartase a rastras.

—¡Eh, Calder, ya vale! —exclamó alguien, que le pareció que era Craw. Se dejó arrastrar, a la vez que pataleaba y gritaba como se supone que uno debe hacer. Como si sólo quisiera seguir peleando, a pesar de que se sentía aliviado de que alguien le hubiera detenido, pues se había quedado sin ideas y le dolía ya la mano izquierda.

Tenways se tambaleó hasta conseguir ponerse en pie, la sangre le manaba de las fosas nasales mientras gruñía improperios y apartaba de un manotazo la mano que le tendía uno de sus hombres. Entonces, desenvainó su espada, que emitió ese suave susurro metálico que de algún modo resulta atronador y centelleó bajo la luz del

fuego. El silencio reinó. La gran cantidad de curiosos que les rodeaban contuvieron el aliento al unísono. Cabeza de Hierro arqueó las cejas, se cruzó de brazos y se retiró a un lado.

—¡Serás hijo de puta! —gruñó Tenways, saltando sobre el tronco en el que había estado sentado.

Craw arrastró a Calder hasta colocarlo a sus espaldas y, de repente, también él tenía la espada desenvainada. Al instante, un par de los Grandes Guerreros de Tenways flanquearon a su jefe, uno era enorme y con barba y el otro era delgado y tenía un ojo vago, ambos llevaban las armas en ristre; en cualquier caso, parecían esa clase de hombres que nunca se alejan mucho de ellas. Calder se percató de que Pálido como la Nieve se situaba a su lado, sosteniendo baja la espada. Ojo Blanco Hansul cubrió su otro costado, a pesar de que tenía el rostro enrojecido y jadeaba tras el paseo colina arriba, su espada no vacilaba. Entonces, más hombres de Tenways se pusieron en pie y el Jovial Yon Cumber hizo acto de presencia con su hacha, su escudo y su ceño impenetrable.

Fue entonces cuando Calder se dio cuenta de que las cosas habían ido un poco más lejos de lo que había planeado. Aunque la verdad es que tampoco había planeado nada. Pensó que probablemente tendría que haber desenvainado su espada, teniendo en cuenta que todos los demás ya las sostenían en sus manos y que había sido él quien había iniciado la trifulca. Así que él también acabó desenvainándola, al mismo tiempo que sonreía burlonamente a Tenways, cuyo rostro estaba ensangrentado.

Se había sentido fenomenal cuando había visto a su padre ponerse la cadena y sentarse en la Silla de Skarling, a la vez que trescientos Grandes Guerreros se arrodillaban ante el primer Rey de los hombres del Norte. Se había sentido fenomenal cuando había colocado una mano sobre el vientre de su esposa y había sentido cómo su hijo daba una patada por primera vez. Pero no estaba seguro de haberse sentido nunca tan orgulloso como en el momento en el que la nariz de Brodd Tenways se había roto bajo sus nudillos.

Quería seguir sintiendo esa sensación.

—¡Oh, mierda! —Drofd se levantó torpemente, lanzando unas brasas con el pie sobre la capa de Beck, que tuvo que apagarlas resoplando. Había estallado una especie de pelea y Beck no tenía ni idea de quién la había provocado ni por qué ni en qué bando se suponía que debía estar él. Pero la docena de Craw estaba cerrando filas, así que se dejó llevar por lo que hacían los demás, desenvainó la espada de su padre y se plantó hombro con hombro junto a los demás, a la derecha de Wonderful y su alfanje y a la izquierda de Drofd, que sostenía un hacha en la mano y cuya

lengua le asomaba entre los dientes. No era tan difícil, sólo había que imitar a los demás. De hecho, habría sido casi imposible no hacerlo.

Brodd Tenways y algunos de sus muchachos se enfrentaban a ellos desde el lado opuesto de una hoguera agitada por el viento. Tenways tenía mucha sangre en su sarmentoso semblante y quizá la nariz rota. Puede que fuera Calder quien le golpeó, lo cual explicaría que hubiese pasado como una exhalación junto a ellos y que ahora estuviera en pie junto a Craw con una espada en la mano y una sonrisa burlona dibujada en la cara. Aun así, el porqué no parecía demasiado importante en aquel momento. Lo que ahora rondaba por las mentes de todos los presentes era el «¿y ahora qué?».

—Envaina esa espada —le dijo Craw lentamente, pero había una especie de aspereza en su voz que indicaba claramente que no estaba dispuesto a retroceder ante nada. Lo cual insufló valor al propio Beck, haciéndole sentir que él tampoco retrocedería ante nada.

Sin embargo, Tenways no parecía dispuesto a dar un paso atrás.

—Envainadlas vosotros —les espetó y escupió sangre sobre el fuego.

La mirada de Beck se cruzó con la de un muchacho del otro bando, quizá uno o dos años mayor que él. Era rubio y tenía una cicatriz en una mejilla. Se volvieron un poco para quedar el uno frente al otro. Era como si por instinto todos estuvieran escogiendo a la pareja más apropiada, como unos campesinos en la danza de la cosecha. Sólo que aquel baile parecía que iba a acabar en bario de sangre.

—Aparta esa hoja ahora mismo —gruñó Craw, y ahora su voz parecía aún más áspera que nunca. Era una advertencia. En ese instante, toda la docena pareció dar un paso adelante a su alrededor, entrechocando sus aceros. Tenways, entonces, les mostró sus dientes podridos.

—Oblígame si tienes huevos.

—Lo intentaré.

Súbitamente, un hombre salió de la oscuridad y aplastó despreocupadamente con sus botas uno de los extremos de la hoguera, levantando así una tormenta de chispas alrededor de sus piernas. Sólo su afilada mandíbula era visible bajo las sombras de su caperuza. Era muy alto, muy delgado y parecía que lo habían tallado en madera. Estaba mordisqueando la carne de un hueso de pollo que llevaba en una mano manchada de grasa. En la otra llevaba, agarrada por debajo de la cruceta y de un modo muy relajado, la espada más grande que Beck había visto en su vida, tan alta como sus hombres desde la punta hasta el pomo. La vaina estaba tan desgastada como la bota de un mendigo, pero su empuñadura relucía con los colores del infierno.

El hombre comió ruidosamente el último jirón de carne que quedaba en aquel hueso y con el pomo de su espada tocó las hojas desenvainadas, que repiquetearon sonoramente.

—No me digáis que tenías pensado pelear sin mí. Ya sabéis lo mucho que me gusta matar gente. No debería, pero un hombre ha de dedicarse a aquello que se le da bien. A ver qué os parece esta receta... —se colocó el hueso entre el pulgar y el índice y después lo arrojó contra Tenways de manera que rebotase en su cota de malla—. Vosotros volvéis a lo vuestro, o sea, a follar ovejas, y yo me encargaré de llenar las tumbas.

Tenways se lamió el ensangrentado labio superior.

—Esta pelea no va contigo, Whirrun.

Entonces todo cobró sentido. Beck había oído bastantes canciones sobre Whirrun de Bligh, e incluso había tarareado un par él mismo mientras cortaba leña. Esas canciones hablaban sobre Whirrun el Tarado. Sobre cómo le había sido entregado el Padre de las Espadas. Sobre cómo había matado a sus cinco hermanos. Sobre cómo había cazado al lobo Shimbul en el invierno eterno del Norte más lejano, cómo había defendido un paso frente a incontables Shankas con la única compañía de dos muchachos y una mujer, cómo había superado al brujo Daroum-ap-Yaught en una batalla de ingenio y lo había dejado atado a una roca para que fuese pasto de las águilas. Sobre cómo había realizado todas aquellas proezas dignas de un héroe en los valles y, después, había descendido al sur para buscar su destino en el campo de batalla. Esas canciones hacían que te bullera la sangre y también te la helaban. Probablemente, en aquel momento, era el guerrero más duro y con mayor reputación de todo el Norte, y ahora estaba justo ahí, delante de Beck, lo suficientemente cerca como para poder tocarlo con la mano. Aunque, con casi toda seguridad, eso no fuese buena idea.

—¿Que esta pelea no va conmigo? —Whirrun miró a su alrededor como intentando averiguar con quién podría ir—. ¿Estás seguro? Las peleas son unas rameras muy retorcidas, una vez has sacado el acero nunca sabes muy bien adonde te van a llevar. Has desenvainado tu espada ante Calder, pero al hacerlo, la has desenvainado también ante Curnden Craw, y al desenvainarla ante Craw también la has desenvainado ante mí, y ante el Jovial Yon Cumber, y Wonderful, y Flood, aunque ahora está por ahí meando, creo. Y también ante este muchacho cuyo nombre he olvidado —dijo señalando por encima del hombro a Beck con el pulgar—. Deberías haberlo visto venir. No hay excusa posible, no puede ser que todo un jefe guerrero como tú vaya dando tumbos en la oscuridad como si no tuviera nada más que un montón de mierda en la sesera. Así que mi pelea tampoco va contigo, Brodd Tenways, pero te mataré igualmente si es menester y añadiré tu nombre a mis canciones y me reiré igualmente cuando haya terminado. ¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Que si debo desenvainar? Y ten siempre en cuenta que una vez que el Padre de las Espadas abandona su vaina debe saciar su sed de sangre. Siempre ha sido así desde antes de los Viejos Tiempos, y así sigue siendo y será siempre.

Permanecieron un largo momento todos inmóviles, todos a la espera. Entonces, Tenways arrugó el entrecejo y esbozó un gesto de contrariedad, Beck sintió que el valor lo abandonaba porque pudo presentir lo que iba a suceder y...

—Pero ¿qué *pasa?*

Otro hombre apareció bajo la luz de la fogata; sus ojos eran dos estrechas hendiduras, mostraba los dientes, llevaba la cabeza echada hacia delante y los hombros arqueados hacia arriba, como un perro de pelea que únicamente ansiara matar. Su ceño estaba cruzado por viejas cicatrices, le faltaba una oreja y llevaba una cadena de oro de la que pendía una enorme piedra preciosa que centelleaba ante el resplandor anaranjado del fuego.

Beck tragó saliva. Era Dow el Negro, sin duda alguna. El que había derrotado a los hombres de Bethod en seis ocasiones durante el largo invierno y después había quemado Kyning hasta los cimientos con sus habitantes encerrados en sus casas. El que se había enfrentado a Nueve el Sanguinario en el círculo y había estado a punto de vencer, al que se le permitió conservar la vida a cambio de un juramento de lealtad. A continuación, había luchado al lado de éste, y de Rudd Tresárboles, y de Tul Duru, y de Cabeza de Trueno y de Hosco Harding, un grupo tan duro como jamás había visto el Norte desde la Era de los Héroes y del cual, al margen del Sabueso, era el único que seguía vivo. Después, traicionó a Nueve el Sanguinario y mató al que decían que no podía morir, y se adueñó de la Silla de Skarling. Sí, era Dow el Negro quien se hallaba frente a él en aquel preciso instante. El Protector del Norte, o el usurpador del mismo, dependiendo de a quién le preguntases. Jamás había soñado que pudiera llegar a encontrarse algún día tan cerca de él.

Dow el Negro miró a Craw con cara de cualquier cosa menos de contento. Beck no estaba seguro de que con aquel rostro repleto de cráteres pudiera parecerlo alguna vez.

—¿No se supone que deberías estar manteniendo la paz, anciano?

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo —Craw mantenía la espada desenvainada, pero ahora apuntaba con ella hacia el suelo. Como casi todos los demás.

—Oh, sí. Ya veo como reina la paz —Dow los fulminó a todos con la mirada—. Nadie desenfunda acero aquí arriba sin que yo lo diga. Ahora guardad las espadas, os estáis poniendo en ridículo.

—¡Ese cabrón cobarde me ha roto la nariz! —protestó Tenways.

—¿Acaso crees que te ha afeado la cara? —replicó Dow—. ¿Quieres que te dé un besito para que se te cure? Permitidme que me exprese en términos comprensibles para unos necios como vosotros. El que todavía sostenga un acero en la mano cuando haya contado hasta cinco entrará en el círculo conmigo, y le haré esas cosas que solía hacer antes de que la edad me ablandase. Uno.

No le hizo falta ni llegar a dos. Craw envainó su espada de inmediato y Tenways le imitó, al igual que todos los demás, de tal modo que todo aquel acero quedó nuevamente oculto casi con la misma rapidez con la que había salido a la luz, dejando a ambas hileras de hombres mirándose mutuamente por encima del fuego bastante avergonzados.

Wonderful susurró a Beck al oído:

—A lo mejor deberías guardar eso.

Se dio cuenta de que todavía tenía la espada en la mano y volvió a envainarla tan rápido que casi se cortó la pierna. Sólo Whirrun quedó allí, entre ambos bandos, con una mano sobre la empuñadura de su espada y la otra en la vaina, pues todavía se encontraba dispuesto a desenvainarla y miraba su arma con una leve sonrisa en los labios.

—¿Sabes? Me siento tentado.

—En otra ocasión —gruñó Dow, quien, después, levantó un brazo—. ¡Bravo, Príncipe Calder! ¡Me siento honrado por tu visita! Estaba a punto de enviarte una invitación, pero te has adelantado. ¿Has venido para contarme qué ha sucedido hoy en el Puente Viejo?

Calder seguía portando la elegante capa que había llevado puesta la primera vez que Beck lo había visto en el campamento de Reachey, pero ahora llevaba cota de malla por debajo y el ceño fruncido en el semblante en vez de una sonrisa.

—Scale ha muerto.

—Eso he oído. ¿No te has dado cuenta? Estoy hecho un mar de lágrimas. Pero lo que te estoy preguntando es qué ha pasado en mi puente.

—Peleó con todas sus fuerzas. Nadie habría podido hacer más.

—Ha caído peleando. Bien por Scale. ¿Y tú qué? No tienes pinta de haber peleado demasiado.

—Estaba dispuesto a pelear —en ese momento, Calder extrajo un papel de su camisa y lo sostuvo entre dos dedos—. Entonces, me llegó esto. Una orden de Mitterick, un general de la Unión —Dow se la arrebató y la abrió, frunciendo el ceño al leerla—. Hay hombres de la Unión en los bosques occidentales, dispuestos a cruzar

en cualquier momento. Ha sido una suerte que lo descubriera, ya que, si hubiera acudido a socorrer a Scale, nos habrían sorprendido por el flanco y con casi toda seguridad, ahora mismo, todos vosotros estaríais muertos, en vez de discutiendo estúpidamente si tengo agallas o no.

—No creo que nadie esté discutiendo que tengas agallas, Calder —replicó Dow—. Pero te quedaste ahí sentado sin hacer nada, tras el muro, ¿no?

—Así es, y le pedí a Tenways que enviase ayuda.

Dow miró de soslayo y sus ojos resplandecieron bajo las llamas.

—¿Y bien?

Tenways se restregó la sangre que tenía bajo su nariz rota.

—Y bien ¿qué?

—¿Te pidió que enviases ayuda?

—Yo mismo hablé con Tenways —intervino uno de los hombres de Calder. Un anciano que tenía la cara atravesada por una cicatriz y el ojo de ese lado blanco como la leche—. Le dije que Scale necesitaba ayuda y que Calder no podía acudir debido a la presencia de sureños al otro lado del arroyo. Le expliqué toda la situación.

—¿Y?

El anciano medio ciego se encogió de hombros.

—Dijo que estaba ocupado.

—¿Ocupado? —susurró Dow, endureciendo aún más el gesto, si es que eso era posible—. Así que tú también te limitaste a quedarte sentado sin hacer nada, ¿eh?

—No puedo ponerme en marcha sólo porque ese cabrón me lo diga...

—¿Te has quedado sentado en la colina con el Dedo de Skarling metido en el culo mientras te limitabas a *observar* lo que pasaba? —rugió Dow—. ¿Te has quedado sentado sin hacer nada mientras veías cómo los sureños tomaban *mi puente?*—añadió golpeándose el pecho con el pulgar.

Tenways retrocedió, mientras uno de sus ojos era víctima de un tic nervioso.

—¡No había sureños al otro lado del arroyo, eso son sólo mentiras! ¡Mentiras como las que siempre está contando! —gritó, mientras señalaba a Calder a través del fuego con un dedo tembloroso—. Siempre tienes una excusa, ¿eh, Calder? ¡Siempre recurres a algún truco para no ensuciarte las manos! Ya sean charlas de paz o charlas para fraguar alguna traición o algún otro tipo de condenada charla...

—Basta —pese a que Dow el Negro habló con un tono de voz suave, Tenways se calló súbitamente—. Me importa una mierda que haya hombres de la Unión al oeste

o no los haya —en ese momento, arrugó el papel con su tembloroso puño y se lo arrojó a Calder—. Lo que realmente me importa es que hagáis lo que os digo —entonces, dio un paso hacia Tenways y se arrimó a él—.

Mañana no te quedarás sentado mirando, no, no, no —después, se volvió con un gesto burlón hacia Calder—. Y tú tampoco, príncipe de una nada de mierda. Vuestros días de permanecer sentados sin hacer nada han terminado. Mañana, tortolitos, estaréis los dos allá abajo, junto a ese muro. Eso es. Espalda con espalda. Cogidos del brazo desde el amanecer hasta la puesta de sol. Asegurándoos de que este problema del que sois culpables los dos no apeste aún más. Haciendo aquello para lo que os traje, par de idiotas. ¡Lo cual, por si os lo estáis preguntando, *es luchar contra la maldita Unión!*

—¿Y si cruzan el arroyo? —preguntó Calder. Dow se volvió hacia él con el ceño fruncido como si no pudiera creer lo que estaba oyendo—. Ya tenemos las tropas demasiado diseminadas; además, hoy hemos perdido a un montón de hombres y nos superan en número.

—¡Estamos en *guerra!*—rugió Dow, saltando hacia él y haciendo que todo el mundo retrocediera—. ¡Así que pelead contra esos cabrones! —exclamó, golpeando el aire como si así intentara refrenar sus ganas de partirle la cara a Calder—. ¿No eras tú el de los grandes planes? ¿El gran embaucador? ¡Pues engáñales! ¿No querías ocupar el puesto de tu hermano? ¡Pues apechuga, gilipollas, o encontraré a otro que lo haga! Y si alguno de los dos no cumple mañana con su cometido, como vea que alguno se *queda sentado* sin hacer nada... —Dow el Negro cerró los ojos y volvió el rostro hacia el cielo—. Por los muertos que os grabaré una cruz de sangre en el pellejo. Y os ahorcaré. Y os prenderé fuego. Y acabaré con vosotros de tal manera que compondrán una canción sobre vuestro final que hará palidecer a los bardos. ¿Estoy dejando lugar a alguna duda?

—No —contestó Calder, tan hosco como una mula azotada.

—No —respondió Tenways, no mucho más feliz.

Sin embargo, Beck tuvo la impresión de que la mala sangre entre ellos no se había diluido lo más mínimo.

—¡Entonces, no se hable más, joder! —exclamó Dow, quien se dio la vuelta y, como uno de los muchachos de Tenways se hallaba en su camino, le agarró de la camisa y le arrojó temblando al suelo, para volver a perderse en la noche igual que había llegado.

—Ven conmigo —le susurró Craw a Calder al oído, le agarró del brazo y se lo llevó a rastras.

Tenways y sus muchachos volvieron a sentarse, farfullando. El chico rubio le lanzó a Beck una mirada amenazadora. En otro tiempo, Beck se la habría devuelto, quizá incluso acompañada de una par de duras palabras de reproche. Pero, después del día que acababa de tener, optó por apartar la vista tan rápidamente como le fue posible, mientras sentía aún las palpitaciones de sus latidos en las orejas.

—Qué lástima. Me lo estaba pasando tan bien —Whirrun de Bligh se quitó la caperuza y se alborotó el pelo apelmazado con las uñas—. ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Beck —le pareció mejor dejarlo así—. Con vosotros, ¿todos los días son así?

—No, no, no, muchacho. No todos —y la puntiaguda cara de Whirrun se iluminó con una sonrisa de lunático—. Sólo unos pocos muy valiosos.

Craw siempre había albergado la sospecha de que algún día Calder le metería en un buen lío y daba la sensación de que ese día había llegado. Por eso, lo obligó a marchar colina abajo, contra el cortante viento, para alejarlo de los Héroes, mientras lo agarraba con fuerza del codo. Llevaba veinte años intentando mantener su número de enemigos reducido al máximo. Pero, en una sola tarde como segundo de Dow, no hacían más que surgirle enemigos lo mismo que nuevos brotes durante una primavera lluviosa, y Brodd Tenways era uno sin el cual podría haber vivido perfectamente. Aquel hombre era tan feo por dentro como por fuera y tenía buena memoria para recordar los agravios.

—¿A qué ha venido eso? —le espetó a Calder, mientras lo obligaba a detenerse lejos de los fuegos y los oídos indiscretos—. ¡Podrías haber hecho que nos matasen a todos!

—Scale ha muerto. A eso ha venido. Por culpa de ese hijo de puta, Scale ha muerto.

—Ya —Craw se sintió invadido por el desánimo ante esa respuesta. Permaneció un momento en silencio mientras el viento hacía que la alta hierba le azotase las pantorrillas—. Lo siento de veras. Pero sumar cadáveres no va a solucionar las cosas. Y menos el mío —entonces, se llevó una mano a las costillas y notó cómo su corazón palpitaba tras ellas—. Por los muertos, creo que podría morir sólo por culpa de tanta agitación.

—Voy a matarlo —prometió Calder a la vez que volvía su ceño fruncido hacia la fogata; parecía poseer una determinación que Craw no había visto en él con anterioridad. Algo que le hizo poner una mano sobre el pecho de Calder, a modo de advertencia, para hacerlo retroceder con suma gentileza.

—Guarda esa ira para mañana. Guárdala para la Unión.

—¿Por qué? Mis enemigos están aquí. Tenways se ha quedado sentado sin hacer nada mientras Scale moría. Se ha limitado a sentarse y reírse.

—¿Y estás enfadado porque él no ha hecho nada o porque no lo has hecho tú? —inquirió, mientras colocaba la otra mano sobre el hombro de Calder—. Al final, acabé queriendo mucho a tu padre. Y a ti te quiero como al hijo que nunca tuve. Pero ¿por qué siempre tenéis que andar metiéndoos en todas y cada una de las peleas con las que os topáis? Sé que siempre habrá otra pelea más. Te defenderé si puedo, sabes que lo haré, pero ahora mismo debemos tener otras cosas en cuenta además de...

—Ya, ya —Calder se desembarazó de las manos de Craw—. Mantener vivo a tu equipo, no arriesgar el cuello, hacer siempre lo correcto, incluso cuando no es lo adecuado...

Craw volvió a agarrarle de los hombros y lo zarandeó.

—¡Tengo que mantener la paz! Ahora estoy al frente de los Caris de Dow, y no puedo...

—¿A eso te dedicas ahora? ¿A protegerle? —los dedos de Calder se hundieron con fuerza en los brazos de Craw. Le brillaban los ojos, que tenía abiertos de par en par. No era ira, sino una especie de ansiedad—. ¿A colocarte tras él con la espada desenvainada? ¿Ese es tu trabajo? —y Craw, de repente, vio cómo se abría bajo sus pies el pozo que él mismo había cavado.

—¡No, Calder! —exclamó Craw, a la vez que intentaba liberarse—. Cierra la...

Calder siguió agarrándolo, arrastrándolo hacia un extraño abrazo, y Craw pudo oler el alcohol en su aliento cuando éste le susurró al oído:

—¡Podrías hacerlo! ¡Podrías poner fin a todo esto!

—¡No!

—¡Mátalo!

—¡No! —Craw se liberó de su abrazo y le dio un empujón; acto seguido, llevó una mano a la empuñadura de su espada—. ¡No, puñetero estúpido!

Calder miró a Craw como si no pudiera entender lo que estaba diciendo.

—¿A cuántos hombres has matado? Eso es lo que haces para ganarte la vida. Eres un asesino.

—Soy un Gran Guerrero.

—O sea que matar se te da mejor que a la mayoría. ¿Qué más da un muerto más? Además, ¡esta vez será por una causa justa! Podrías detener todo esto. ¡Pero si ni siquiera te cae bien ese cabrón!

—¡Da igual que me caiga bien o no, Calder! ¡Es el jefe!

—Es jefe por ahora, pero si le hundes un hacha en el cráneo, sólo será barro. A nadie le importará una mierda a partir de entonces.

—A mí sí.

Se quedaron mirándose durante lo que pareció ser un largo rato, aún sumidos en la oscuridad, en la que apenas podía verse mucho más que el fulgor de los ojos de Calder enmarcados en su pálido rostro. Su mirada descendió hacia la mano de Craw, que seguía posada sobre la empuñadura de su espada.

—¿Vas a matarme?

—Por supuesto que no —Craw enderezó la espalda y dejó caer la mano—. Pero tendré que contárselo a Dow el Negro.

El silencio se prolongó aún más. Entonces, preguntó:

—¿Qué vas a contarle, exactamente?

—Que me has pedido que lo mate.

Más silencio.

—No creo que le haga demasiada gracia.

—Ni yo.

—Creo que como mínimo me marcará con la cruz sangrienta, me ahorcará y me prenderá fuego.

—Supongo. Por lo cual será mejor que desaparezcas.

—¿Y adónde voy?

—Adonde quieras. Te daré algo de ventaja. No se lo diré hasta mañana. Pero tengo que contárselo. Es lo que habría hecho Tresárboles —aunque Calder no había pedido una explicación, aquélla sonó particularmente endeble en ese momento.

—Tresárboles acabó muerto, ¿recuerdas? A cambio de nada, en mitad de ninguna parte.

—Eso no importa.

—¿Nunca has pensado que deberías buscarte otro hombre al que imitar?

—He dado mi palabra.

—Qué honrados sois los asesinos, ¿eh? ¿Qué pasa, lo has jurado, por la polla de Skarling o algo parecido?

—No me ha hecho falta. He dado mi palabra.

—¿A Dow el Negro? Pero si intentó que me mataran hace un par de noches. ¿Qué debo hacer, esperar sentado a que vuelva a intentarlo? ¡Ese hombre es más traicionero que el invierno!

—Eso no importa. Le dije que sí —y por los muertos, cómo deseaba ahora no haberlo hecho. Calder asintió, con una sonrisilla asomándose en la comisura de los labios.

—Ah, sí. Le diste tu palabra. Y el bueno de Craw es un hombre de honor, ¿verdad? Da igual quién acabe pagando las consecuencias.

—Voy a tener que decírselo.

—Pero lo harás mañana —Calder retrocedió, todavía con una sonrisa burlona dibujada en su rostro—. Me darás ventaja —siguió descendiendo, paso a paso, colina abajo—. No se lo dirás. Te conozco, Craw. Me has criado desde que era un niño, ¿verdad? Sé que tienes agallas. No eres el perro faldero de Dow el Negro. Tú no.

—No es cuestión de agallas, ni tampoco de perros. Le di mi palabra y, por eso, mañana tendré que contárselo.

—No lo harás.

—Sí, lo haré.

—No —entonces, la sonrisa de Calder desapareció en la oscuridad—. No lo harás.

Craw permaneció inmóvil un momento, frente al viento, arrugando el entrecejo. A continuación, apretó los dientes y se llevó los dedos al pelo, se echó hacia atrás y lanzó un ahogado rugido teñido de frustración. No se había sentido tan vacío desde que Wast Never lo había traicionado y había intentado matarle tras ser amigos durante ocho años. Lo cual habría conseguido de no haber sido por Whirrun. Aunque no tenía nada claro quién podría sacarle esta vez de aquel entuerto en particular. No tenía nada claro que nadie pudiera lograrlo. Esta vez era él quien iba a portarse como un traidor. Hiciera lo que hiciese, iba a traicionar a alguien.

Hacer siempre lo correcto parece una regla muy fácil de observar. Pero ¿cuándo se convierte lo correcto en lo erróneo? Ésa es la cuestión.

El último héroe del rey

Su Augusta Majestad:

La oscuridad ha cubierto al fin el campo de batalla. Hoy hemos obtenido grandes logros. Pero ha habido que pagar un alto precio. Lamento profundamente informarle de que el Gobernador Meed ha fallecido mientras luchaba, haciendo gala de un gran valor personal, por la causa de Su Majestad junto a muchos miembros de su plana mayor.

Se ha combatido con denuedo desde el amanecer hasta la puesta de sol en la ciudad de Osrung. El asalto se inició de buena mañana y los hombres del Norte fueron expulsados al otro lado del río; sin embargo, el enemigo lanzó un salvaje contraataque mediante el cual retomaron la mitad norte de la ciudad. Ahora el río vuelve a separar a los dos adversarios.

En el flanco occidental, el General Mitterick ha tenido mejor fortuna. En dos ocasiones resistieron los hombres del Norte sus asaltos sobre el Puente Viejo, pero el tercer intento terminó por quebrar su resistencia, de modo que huyeron hasta un muro bajo situado a cierta distancia en campo abierto. Ahora mismo, Mitterick está cruzando con su caballería hacia la otra orilla del río, dispuesto a atacar con las primeras luces de la mañana. Desde mi tienda, puedo ver los estandartes del Segundo y del Tercer Regimiento de Su Majestad ondear desafiantes en un terreno ocupado por los hombres del Norte hace tan sólo unas horas.

El General Jalenhorm, mientras tanto, ha reorganizado su división, reforzada gracias a las levas, y se encuentra preparado para lanzar un ataque con todas sus fuerzas contra los Héroes. Mañana me mantendré cerca de él en todo momento, con el fin de observar su triunfo de primera mano e informar a Su Majestad de la derrota de Dow el Negro tan pronto como esas piedras vuelvan a ser nuestras.

Atentamente se despide, el siervo más leal y humilde de Su Majestad,

Bremer dan Gorst, Observador Real de la Guerra del Norte

Gorst le entregó la carta a Rurgen y apretó los dientes ante el dolor que le recorrió el hombro. Todo le dolía. Tenías las costillas peor incluso que el día anterior. Su axila estaba cubierta por una enorme rozadura que le escocía, allí donde se había hundido el contorno del peto. Por algún motivo, tenía un corte entre los omoplatos, justo donde más le costaba llegar a tocarse. *Aunque, sin duda alguna, me merezco algo*

mucho peor y, probablemente, lo obtendré antes de que hayamos terminado con este inútil valle.

—¿Puede llevar esto Younger? —inquirió, gruñendo.

—¡Younger! —exclamó Rurgen.

—¿Qué? —replicó alguien desde el exterior.

—¡Carta!

El joven asomó la cabeza por debajo de la puerta de la tienda y alargó la mano. Esbozó una mueca de dolor y, como tuvo que acercarse un paso más, Gorst pudo ver que tenía el lado derecho del rostro cubierto por una gran venda, que estaba empapada con una larga mancha marrón de sangre seca.

Gorst lo miró fijamente.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Oh —gruñó Rurgen—. Cuénteselo.

Younger fulminó a su colega con la mirada.

—No tiene importancia.

—Felnigg es lo que le ha pasado —afirmó Rurgen—. Ya que lo pregunta.

Gorst se levantó de su asiento, olvidando sus dolores.

—¿El coronel Felnigg? ¿El jefe del estado mayor de Kroy?

—Me he interpuesto en su camino. Eso es todo. No hay más que hablar.

—Le ha azotado —dijo Rurgen.

—¿Le ha... azotado? —susurró Gorst, quien siguió observándolo por un momento. Después, agarró su espada, la limpió, la afiló y la envainó en la funda que tenía justo a su lado, en la mesa.

Younger le bloqueó el paso, alzando los brazos.

—No cometa una estupidez —le suplicó, pero Gorst lo echó a un lado, salió de la tienda para adentrarse en el frío de la noche y avanzó a grandes zancadas sobre la hierba pisoteada—. ¡No cometa una estupidez!

Gorst siguió caminando.

La tienda de Felnigg estaba levantada en la ladera de la colina, no muy lejos del granero medio derruido que el Mariscal Kroy había tomado como cuartel. La luz de una lámpara se filtraba por la puerta hacia el exterior, iluminando así una franja de hierba embarrada, una mata de juncias marchitas y el rostro de un guarda, tremendamente aburrido.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

¿Que en qué puedes ayudarme, desgraciado? El largo paseo por el valle, más que darle la oportunidad de reconsiderar su postura, sólo había azuzado la furia de Gorst. Agarró al guarda por el peto con una mano y lo arrojó dando tumbos colina abajo; a continuación, abrió la puerta de la tienda de un tirón.

—¡Felnigg!

Se detuvo en seco. La tienda se encontraba llena de oficiales, de miembros del estado mayor de Kroy. Algunos de ellos sostenían cartas en las manos; otros, vasos; la mayoría tenían los uniformes desabotonados y estaban sentados alrededor de una mesa con incrustaciones que parecía haber sido robada de un palacio. Uno estaba fumando una pipa de chagga. Otro trasegaba vino directamente de una botella de color verde. Un tercero estaba encorvado sobre un voluminoso libro, anotando interminables entradas a la luz de una vela con una caligrafía completamente ilegible.

—¡... ese capitán quería cobrarnos quince por cada cabaña! —estaba cacareando el oficial jefe de intendencia de Kroy mientras ordenaba torpemente sus cartas—. ¡Quince! Le dije que se fuera a la mierda.

—¿Y qué pasó?

—Esa puñetera sanguijuela se conformó con doce... —dejó la frase inconclusa mientras, uno tras otro, los oficiales se volvían para mirar a Gorst. El contable lo observó por encima de sus gruesas gafas, que hacían que sus ojos parecieran grotescamente ampliados.

A Gorst no se le daba nada bien tratar con varias personas a la vez. Incluso peor que con una sola persona cara a cara, lo cual ya era mucho decir. *Como hay testigos, esto va a ser aún más humillante para Felnigg. Voy a hacerle suplicar. Haré que todos me supliquéis, cabrones.* Sin embargo, Gorst se había parado en seco y notaba un leve calor en las mejillas.

Felnigg se levantó de un salto, con aspecto de hallarse ligeramente bebido. Todos parecían bebidos. A Gorst no se le daban bien los borrachos. Incluso peor que los sobrios, lo cual ya era decir mucho.

—¡Coronel Gorst! —exclamó, mientras se abalanzaba sobre él con una sonrisa radiante. Gorst alzó una mano abierta para cruzarle la cara de una bofetada, pero se

demoró de un modo extraño al hacer ese movimiento, lo cual Felnigg aprovechó para agarrársela con la suya y estrechársela fervorosamente—. ¡Estoy encantado de verle! ¡Encantado!

—Yo... ¿Qué?

—¡He estado hoy en el puente! ¡Lo he visto todo! —respondió, a la vez que seguía sacudiendo la mano de Gorst como una lavandera demente que estuviera dándole sin parar a una manivela—. ¡Oh, sí, he visto cómo se ha internado entre las cosechas tras ellos, cómo los ha derribado a uno tras otro! —entonces, cortó el aire con su vaso, derramando vino por todas partes—. ¡Ha sido como una escena sacada de un libro!

—¡Coronel Felnigg! —el guardia que vigilaba la tienda desde fuera entró en ella con todo un costado manchado de barro—. Este hombre...

—¡Lo sé! ¡Es el coronel Bremer dan Gorst! ¡Nunca había visto semejante coraje! ¡Ni semejante destreza con las armas! ¡Este hombre vale lo mismo que todo un regimiento para la causa de Su Majestad! ¡Vale lo mismo que toda una división, lo juro! ¿Cuántos de esos salvajes cree que habrá liquidado? ¡Deben de haber sido dos docenas! ¡O tres docenas como poco!

El guardia arrugó el entrecejo, pero, viendo que la situación no le era nada favorable, se vio obligado a retirarse de nuevo al exterior.

—No más de quince —se sorprendió diciendo Gorst. *¡Y sólo un par de nuestro bando! ¡Una proporción realmente heroica!*—. Pero gracias —intentó infructuosamente rebajar el tono de su voz hasta alcanzar una tonalidad propia de un tenor—. Gracias.

—¡Somos nosotros quienes deberíamos darle las gracias! Por lo menos ese puñetero idiota de Mitterick debería hacerlo. Su fiasco de ataque habría acabado en el fondo del río de no ser por usted. No más de quince, ¿han oído eso? —en ese instante, le dio una palmada a uno de sus compañeros en el brazo que le hizo derramar su vino—. Ya le he escrito a mi amigo Halleck del Consejo Cerrado. ¡Le he contado que es usted un héroe! No creí que hubiera lugar para ellos en la era moderna, pero aquí está usted, un hombre excepcional —afirmó, dándole alegremente una palmadita a Gorst en el hombro—. ¡Excepcional, sí! ¡Se lo he estado contando a todo el mundo con el que me he cruzado desde entonces!

—Doy fe de ello —rezongó uno de los oficiales, estudiando sus cartas.

—Es usted... muy amable —*¿Muy amable? ¡Mátalo! ¡Córtale la cabeza, igual que se la cortaste a ese hombre del Norte! Estrangúlalo. Asesínalo. Arráncale los dientes de un puñetazo, al menos. Hazle daño. ¡Hazle daño ahora mismo!*—. Muy... amable.



—Me sentiría honrado si aceptase tomar una copa conmigo. ¡Sí, todos nos sentiríamos muy honrados! —entonces, Felnigg se dio la vuelta y agarró una botella—. De todos modos, dígame, ¿qué le trae por aquí?

Gorst respiró hondo. *Ahora. Ahora es el momento de ser valiente. Hazlo ahora.* Pero, entonces, descubrió que pronunciar cada una de esas palabras le costaba un esfuerzo inmenso, fue agónicamente consciente de lo ridícula que sonaba su voz, de lo mucho que carecía de un carácter amenazador o de autoridad alguna, por lo que fue perdiendo el arrojo con cada uno de los babosos movimientos de sus labios.

—Estoy aquí... porque me he enterado de que esta mañana... ha azotado... —*a mi amigo. A uno de mis únicos amigos. Has azotado a mi amigo, así que ahora prepárate para vivir los últimos instantes de tu vida*— mi sirviente.

Felnigg se volvió en redondo, abriendo la boca por completo.

—¿Ése era su sirviente? Por todos los... ¡Debe usted aceptar mis disculpas!

—¿Ha azotado a alguien? —preguntó uno de los oficiales.

—¿Y no ha sido porque le ha ganado a las cartas? —musitó uno, entre risas varias.

Felnigg siguió balbuceando:

—Lo siento muchísimo. No hay excusa posible. Tenía una prisa horrorosa porque debía cumplir una orden del Lord Mariscal. No es que sea excusa, por supuesto —agarró a Gorst del brazo, acercándose a él lo suficiente como para bañarle en efluvios espirituosos—. Debe comprender que nunca habría... nunca habría... de haber sabido que era *su* sirviente... ¡Por supuesto que nunca habría hecho algo semejante!

Pero lo has hecho, mierda sin barbilla, y ahora me las vas a pagar. Has de recibir tu merecido y ha de ser ahora. Debe de ser ahora. Definitiva, positivamente, absoluta y condenadamente ahora.

—Debo pedirle...

—¡Por favor, beba conmigo! —acto seguido, Felnigg le plantó a Gorst un vaso lleno en la mano, derramándole así vino sobre los dedos—. ¡Un hurra por el coronel Gorst! ¡El último héroe del ejército de Su Majestad!

Los demás oficiales se apresuraron a levantar sus vasos, todos ellos sonreían e incluso uno de ellos golpeó la mesa con la mano que le quedaba libre, haciendo tintinear la vajilla.

Gorst se dio cuenta, entonces, de que estaba participando en el brindis. Y de que estaba sonriendo. Peor aún, ni siquiera tenía que obligarse a hacerlo. Sí, estaba disfrutando de la adulación.

Hoy he matado a hombres que jamás me habían hecho el menor daño. A no más de quince. Y aquí estoy ahora con uno que ha azotado a uno de mis pocos amigos. ¿Qué horrores debería causarle? Por lo visto, voy a limitarme a sonreír, beberme su vino barato y aceptar las loas y enhorabuenas de unos desconocidos, ¿y qué más? ¿Qué le diré a Younger? ¿Que no debe preocuparse de su dolor y su humillación porque su atormentador ha aprobado afectuosamente mi desenfreno asesino? Así que soy el último héroe del rey, ¿eh? Me están entrando ganas de vomitar, joder. De repente, se dio cuenta de que seguía agarrando su espada envainada con tal fuerza que tenía todos los nudillos blancos. Intentó, sin éxito, esconder el puño tras su pierna. *Quiero vomitar hasta el hígado.*

—Si todo ha sucedido tal y como lo cuenta Felnigg, he de reconocer que es una hazaña acojonante —aseveró uno de los oficiales mientras barajaba las cartas—. Me atrevería a decir que es la segunda gesta más notable de la que he oído hablar hoy.

—Apostar las raciones de Su Majestad no cuenta como gesta —replicó otro, cuya contestación fue acompañada de más risas ebrias.

—Me refería a la hija del Lord Mariscal. De hecho, prefiero a las heroínas que a los héroes, quedan mucho mejor en los cuadros.

Gorst frunció el ceño.

—¿Finree dan Kroy? Creí que estaba en el cuartel general con su padre.

—¿No se ha enterado? —preguntó Felnigg, envolviéndole en otra vaharada de mal aliento—. ¡Ha sido una cosa tremenda! Ella estaba con Meed en la posada cuando los hombres del Norte los masacraron a él y a todos sus hombres. ¡Justo allí, en la misma habitación! Fue hecha prisionera, pero ha conseguido que la dejasen en libertad gracias a su labia. ¡Y que, además, soltasen a sesenta hombres heridos! ¿Qué le parece? ¿Más vino?

Gorst no sabía que pensar, salvo que se sentía repentinamente acalorado y mareado. Ignoró la botella inclinada, se volvió sin pronunciar una sola palabra y salió al aire fresco de la noche. El guardia que había arrojado colina abajo estaba haciendo un fútil esfuerzo por limpiarse un poco. A continuación, le dirigió una mirada acusadora y Gorst apartó la vista con aire culpable, era incapaz de reunir el coraje necesario incluso para excusarse.

Y allí estaba ella. En pie, junto a un muro bajo de piedra, ante los aposentos del Mariscal Kroy, contemplando el valle con gesto de contrariedad, envuelta en un abrigo militar cuyo cuello apretaba con una pálida mano.

Gorst se acercó a ella. No tenía elección. Era como si lo estuviesen arrastrando con una cuerda. *Con una cuerda atada a mi polla. Me veo arrastrado por mis pueriles y autodestructivas pasiones de un episodio dolorosamente embarazoso al siguiente.*

Ella alzó la mirada hacia él y, al ver sus ojos enrojecidos, Gorst se quedó sin aliento.

—Bremer dan Gorst —dijo con un tono de voz plano—. ¿Qué te trae por aquí arriba?

Oh, he venido a asesinar al jefe del estado mayor de tu padre, pero como estaba borracho y me ha ofrecido sus halagos, he brindado con él a la salud de mi heroísmo. Creo que resulta un tanto irónico...

Se dio cuenta de que estaba mirando fijamente el rostro envuelto en sombras de esa mujer. No podía dejar de mirarla. Un farol situado tras ella resaltaba su perfil en un halo dorado al mismo tiempo que hacía que el escaso vello de su labio superior brillase. Le aterrorizaba que ella lo mirara de reojo y le sorprendiera observando detenidamente su boca. *No hay ninguna razón inocente para observar la boca de una mujer de esta manera, ¿verdad? Y menos de una mujer casada, ¿no? ¿De una mujer hermosa, muy hermosa y casada?* Gorst quiso que lo mirara. Quiso que lo sorprendiera mirando. Pero, por supuesto, no lo hizo. *¿Qué motivo podría tener mujer alguna para mirarme? Te amo. Te amo tanto que incluso me duele. Más que todos los golpes que he recibido hoy. Más incluso que todos los golpes que he asestado. Te amo tanto que estoy dispuesto a cagarla. Díselo. Bueno, la parte de cagarla no, pero sí todo lo demás. ¿Qué tienes que perder? ¡Díselo!*

—He oído que... —dijo casi en un susurro.

—Sí —replicó ella.

Entonces, se produjo una pausa terriblemente incómoda.

—¿Estás...?

—Sí. Adelante, puedes decírmelo. Dime que nunca debería haber ido a la posada para empezar. Dímelo.

Otra pausa más, todavía más incómoda. Para él, había un abismo entre la mente y la boca que no sabía cómo salvar. Que no se atrevía a salvar. Sin embargo, ella era capaz de superarlo con tanta facilidad que realmente le quitaba el aliento.

—Has rescatado a nuestros hombres —consiguió murmurar al fin—. Has salvado muchas vidas. Deberías sentirte orgullosa de...

—Oh, sí, soy una verdadera heroína. Todo el mundo está terriblemente orgulloso. ¿Conoces a Aliz dan Brint?

—No.

—Tampoco yo la conocía demasiado, la verdad. Me parecía algo tonta, si he de ser sincera. Estaba conmigo. Ahí abajo —señaló con la cabeza el oscuro valle—. Y ahí abajo sigue. ¿Qué crees que le estarán haciendo mientras nosotros estamos aquí, hablando?

—Nada bueno —contestó Gorst sin pararse a pensarlo demasiado.

Ella lo miró de reojo, frunciendo el ceño.

—Bueno. Al menos, dices lo que de verdad piensas.

Después, se dio media vuelta y ascendió la ladera hacia el cuartel general de su padre, dejándole allí plantado, como siempre hacía, con la boca medio abierta para pronunciar unas palabras que nunca sería capaz de decir.

Oh, sí, siempre digo lo que de verdad pienso. ¿Quieres chuparme la polla, por cierto? ¿Por favor? ¿0 meterme la lengua en la boca? Aunque un abrazo tampoco estaría mal. Finree desapareció en el granero, la puerta se cerró y la luz quedó atrapada en su interior. *0 que me cogieras de la mano. ¿No? ¿Nadie quiere mostrarme un poco de afecto?*

La lluvia había empezado a caer nuevamente.

¿Nadie?

Mi tierra

Calder se tomó su tiempo para abandonar el abrigo de la noche en dirección a las fogatas que ardían tras el Muro de Clail y chisporroteaban y crepitaban bajo la llovizna. Llevaba mucho tiempo expuesto a graves peligros, pero nunca se había hallado en una situación tan peligrosa como ésta, pero lo más extraño de todo era que todavía conservaba su sonrisa burlona.

Su padre estaba muerto. Su hermano estaba muerto. Incluso había conseguido volver en su contra a su viejo amigo Craw. Sus maniobras arteras no le habían servido de nada. Todas las cuidadosas semillas que había ido plantando no le habían dado ni el más mínimo fruto amargo. Aquella noche, gracias a su carácter impaciente y a haber dado un trago de más del licor barato de Shallow, había cometido un enorme, un tremendo error, y era muy posible que le costara la vida. Pronto. Y de manera horrible.

No obstante, se sentía fuerte. Libre. Había dejado de ser el hijo pequeño, el hermano pequeño. El cobarde, el traicionero, el mentiroso. Incluso estaba disfrutando del dolor palpitante que sentía en su mano izquierda, en el lugar en el que se había despellejado los nudillos al golpear la cota de malla de Tenways. Por primera vez en su vida se sentía tan... valiente.

—¿Qué ha pasado ahí arriba? —preguntó Deep, cuya voz surgió de la oscuridad a sus espaldas sin previo aviso, pero Calder apenas se sorprendió. Simplemente, dejó escapar un suspiro.

—He cometido un error.

—Entonces, hagas lo que hagas, no cometas otro.

En ese momento oyó a Shallow, cuya quejumbrosa voz procedía del lado contrario. Después, volvió a escuchar la voz de Deep:

—No estarás pensando en combatir mañana, ¿verdad?

—De hecho, sí, así es.

Escuchó cómo ambos respiraban hondo.

—¿Combatir? —preguntó Deep extrañado.

—¿Tú? —insistió Shallow.

—Pongámonos en marcha. Antes de que salga el sol, podríamos hallarnos a quince kilómetros de aquí. No hay ninguna razón que...

—No —le interrumpió Calder. No había nada que razonar. No podía huir. El Calder de hace diez años, el que había ordenado que asesinasen a Forley el Flojo sin pensárselo dos veces, ya estaría galopando sobre el caballo más rápido que hubiera podido robar. Pero ahora debía pensar en Seff y en su futuro hijo. Si Calder se quedaba y pagaba por las estupideces que había cometido, Dow probablemente se limitaría a desmembrarlo frente a una multitud sonriente, pero dejaría tranquila a Seff y Reachey quedaría en deuda con él. Si huía, Dow la ahorcaría, sin lugar a dudas, y Calder no podía permitir que eso sucediera. No, no iba a permitirlo.

—No te lo recomiendo —afirmó Deep—. Participar en una batalla nunca es una buena idea.

Shallow chasqueó a lengua.

—Si quieres matar a un hombre, por los muertos, hazlo mientras está mirando hacia otro lado.

—Estoy completamente de acuerdo —apostilló Deep—. Creía que tú también.

—Así era —replicó Calder encogiéndose de hombros—. Pero las cosas cambian.

Podía ser muchas cosas, pero, sobre todo, era el último hijo de Bethod. Su padre había sido un gran hombre y no iba a mancillar su legado poniendo punto final a su vida de un modo risible y cobarde. Scale podría haber sido un idiota, pero, al menos, había tenido la dignidad de morir combatiendo. Mejor seguir su ejemplo que ser cazado en algún desolado rincón del Norte, rogando por salvar su despreciable pellejo.

No obstante, había una razón más poderosa, Calder no podía huir porque... quería joderles. No iba a huir por joder a Tenways, Dorado y Cabeza de Hierro. Por joder a Dow el Negro. Por joder también a Curnden Craw. Estaba harto de que se riesen de él. Harto de que lo llamaran cobarde. Harto de serlo.

—Las batallas no son lo nuestro —aseveró Shallow.

—No podremos protegerte si estás empeñado en pelear —añadió Deep.

—No esperaba que lo hicierais —acto seguido, Calder los dejó en la oscuridad sin mirar atrás y siguió descendiendo por el sendero hacia el Muro de Clail. Pasó junto a unos hombres que zurcían sus camisas, limpiaban sus armas y comentaban qué posibilidades tendrían de sobrevivir al día siguiente. La opinión general era que las perspectivas no eran demasiado halagüeñas. Entonces, apoyó un pie sobre una

roca medio desmoronada y sonrió en dirección al espantapájaros que pendía tristemente lacio.

—Anímate —le dijo—, no pienso irme a ninguna parte. Éstos son mis hombres. Ésta es mi tierra.

—¡Pero si es Nudillos Calder, el príncipe de los puñetazos! —exclamó Pálido como la Nieve, quien surgió en la noche—. ¡Nuestro noble líder ha regresado! Pensé que a lo mejor te habíamos perdido para siempre —aunque lo cierto es que esa posibilidad no parecía preocuparle demasiado.

—De hecho, me he estado planteando la posibilidad de huir a las colinas —replicó Calder mientras movía los dedos en el interior de sus botas disfrutando la sensación. Esa noche estaba disfrutando mucho de las pequeñas cosas de la vida. A lo mejor eso era lo que ocurría cuando veías que la muerte se dirigía hacia ti con suma rapidez—. Pero es probable que haga frío en las colinas en esta época del año.

—El tiempo está de nuestra parte, entonces.

—Ya veremos. Gracias por haber desenfundado tu espada por mí. Siempre te había considerado un hombre proclive a apoyar al que tiene todas las de ganar.

—Yo también pensaba lo mismo. Pero, por un momento, ahí arriba, me has recordado a tu padre —Pálido como la Nieve plantó su bota sobre el muro junto a la de Calder—. He recordado qué se siente al seguir a un hombre al que admiro.

Calder resopló.

—Yo de ti no me acostumbraría a esa sensación.

—No te preocupes, ya se me ha pasado.

—Entonces, lucharé hasta mi último aliento para conseguir que la vuelvas a sentir.

Calder se subió de un salto al muro y agitó los brazos para no perder el equilibrio en cuanto notó que una piedra suelta se movía bajo sus pies. Después, se irguió y observó algo situado más allá de los oscuros campos: el Puente Viejo. Las antorchas de los piquetes de la Unión formaban una línea de puntos, mientras otras se movían al compás de los soldados que seguían cruzando el río y se preparaban para invadir en masa esos campos a la mañana siguiente, para rebasar aquel pequeño y endeble muro, para matarlos a todos y dejar el legado de Bethod reducido a una mera anécdota jocosa en las corrientes de la historia.

Calder entornó los ojos y escudó sus ojos de la luz de sus propias fogatas. Al parecer, habían levantado dos banderas justo delante. Podía verlas ondear al viento, así como el ligero brillo de su bordado dorado. Le pareció extraño que fuesen tan

fáciles de ver, hasta que se dio cuenta de que habían sido iluminadas a propósito. Tal vez querían exhibirlas y alardear. Quizá se tratara de una muestra de fuerza.

—Por los muertos —musitó y, después, resopló al intentar contener las carcajadas. Su padre solía decirle que es fácil ver al enemigo de una de estas dos maneras. Como una fuerza implacable, aterradora e imparable que sólo puede ser temida y nunca comprendida. O como un bloque de madera que no piensa, no se mueve, una diana muda contra la que disparar y conspirar. Pero el enemigo no es ninguna de ambas cosas. Debes imaginar que es como tú, que no es ni más ni menos necio ni cobarde ni heroico que tú. Si eres capaz de imaginártelo de ese modo, no te equivocarás demasiado. El enemigo sólo es un grupo de hombres. Esa es la verdad que hace que la guerra sea algo tan sencillo. A la vez que algo tan duro.

Había muchas posibilidades de que el general Mitterick y los demás fueran tan idiotas como el propio Calder. Lo cual quería decir que lo eran mucho.

—¿Has visto esas banderas? —preguntó.

Pálido como la Nieve se encogió de hombros.

—Es la Unión.

—¿Dónde está Ojo Blanco?

—Está dando vueltas por las hogueras, intentando levantarle el ánimo a los hombres.

—Entonces, ¿no están encantados de contar conmigo al frente?

Pálido como la Nieve volvió a encogerse de hombros.

—No te conocen tan bien como yo. Probablemente, Hansul les esté ahora cantando una tonada sobre cómo le has partido la jeta a puñetazos a Brodd Tenways. Seguro que eso no te vendrá mal para ganarte su aprecio.

Quizá no, pero no le iba a bastar con golpear a hombres de su propio bando. Los hombres de Calder estaban derrotados y desmoralizados. Habían perdido a un líder al que amaban y habían ganado otro al que nadie quería. Si no hacía nada, lo más probable era que se desmoronaran en la batalla al día siguiente, suponiendo que siguieran aún ahí cuando saliera el sol.

Scale lo había dicho. Esto es el Norte. Aquí, a veces, uno ha de pelear.

Presionó la lengua contra los dientes. Los primeros brotes de una idea fueron cobrando forma en mitad de la oscuridad.

—¿Es Mitterick quien está al otro lado?

—¿Te refieres al jefe de la Unión? Sí, se llama Mitterick, creo.

—Es un tipo muy duro, según me ha comentado Dow, pero temerario.

—Sí, hoy ha sido bastante temerario.

—Pero, al final, le ha compensado serlo. Los hombres tienden a repetir lo que les sale bien. He oído que ama a los caballos.

—¿Qué? ¿Los ama? —Pálido como la Nieve hizo como que agarraba algo y, acto seguido, realizó un gesto obsceno con las caderas.

—A lo mejor eso también. Pero creo que de lo que ahora estamos hablando es de que le encanta luchar montado en ellos.

—Es un buen terreno para combatir a caballo —aseveró Pálido como la Nieve, mientras asentía en dirección a los oscuros cultivos que se extendían hacia el sur—. Liso y despejado. A lo mejor piensa que mañana nos va a barrer con ellos.

—Quizá lo haga.

Calder frunció los labios, mientras cavilaba al respecto. Mientras pensaba en la orden que llevaba arrugada en el bolsillo de su camisa. *Mis hombres y yo nos estamos dejando la piel en esto.* «Temerario. Arrogante. Vanidoso». Prácticamente, lo definían igual que solían definir a Calder. Lo cual quizá le ayudaba a comprender un poco mejor a su oponente. Sus ojos volvieron de nuevo a posarse sobre aquellas estúpidas banderas, colocadas justo al frente, iluminadas como un baile en pleno solsticio de verano. Entonces, se le dibujó en la boca su familiar sonrisa burlona.

—Quiero que reúnas a tus mejores hombres. No más de unas decenas. Los justos como para moverse con agilidad y actuar con rapidez durante la noche.

—¿Para hacer qué?

—No vamos a derrotar a la Unión quedándonos aquí atrás lamentándonos —contestó, dándole una patada a la piedra que había suelta sobre lo alto del muro—. Y tampoco creo que cuatro piedras puestas para marcar los límites de una finca de labranza vayan a contenerlos. ¿Y tú?

Pálido como la Nieve le mostró sus dientes.

—Ahora vuelves a recordarme a tu padre. ¿Qué hay del resto de los muchachos?

Calder bajó del muro de un salto.

—Dile a Ojo Blanco que los reúna. Van a tener que cavar bastante.

TERCER DÍA

«No estoy seguro de cuánta violencia
y carnicería serán capaces de soportar
los lectores»

Robert E. Howard

La cuestión de los estandartes

La luz iba y venía siguiendo el paso de las nubes a través del cielo mostrando un destello de la gran luna llena para después ocultarla igual que una ramera taimada podría enseñar fugazmente una teta de vez en cuando sólo para mantener interesados a los clientes. Por los muertos, Calder desearía haber estado con una ramera taimada en aquel momento, en vez de encontrarse agazapado en mitad de un húmedo campo de cebada, vigilando entre los oscilantes tallos con la vana esperanza de ver algo en una oscuridad casi total. Era una triste verdad, o quizá feliz para él, que estaba hecho más para frecuentar burdeles que campos de batalla.

Pálido como la Nieve era justo lo contrario. La única parte de su cuerpo que se había movido en una hora o más había sido la mandíbula, mientras masticaba un pedazo de chagga hasta dejarlo convertido en una pasta. Su pétrea calma sólo servía para intranquilizar aún más a Calder. Como todo. El ruido de las palas a sus espaldas le ponía de los nervios, pues por momentos sonaba como si se hallaran apenas un par de pasos detrás para después verse arrastrado por el viento y parecer muy lejanas. Ese mismo viento azotaba los cabellos de Calder contra su semblante, le llenaba los ojos de tierra y atravesaba sus ropas para helarle hasta el tuétano.

—Me cago en el maldito viento —masculló.

—Es bueno que haya viento —gruñó Pálido como la Nieve—. Enmascara el ruido. Y si tienes frío, habiendo crecido en el norte imagina cómo se sentirán los de ahí delante, acostumbrados a climas más soleados. El viento sopla a nuestro favor.

Tal vez eran buenas razones y a Calder le molestó que no se le hubieran ocurrido a él, pero tampoco le hacían sentir más calor. Se abrigó el pecho todo cuanto pudo con su capa, metió la otra mano bajo una de sus axilas y cerró un ojo.

—Esperaba que la guerra fuese terrible, pero nunca sospeché que pudiera ser tan puñeteramente aburrida.

—Ten paciencia —Pálido como la Nieve volvió la cabeza, escupió suavemente y se relamió la salida que le manchaba el labio inferior—. La paciencia es un arma tan terrible como la ira. Más, de hecho, porque menos hombres la poseen.

—Jefe.

Calder se dio la vuelta, palpando torpemente la empuñadura de su espada. Un hombre se había acercado sigilosamente entre la cebada hasta colocarse junto a ellos. Sus ojos destacaban con una extraña blancura en mitad de su rostro embadurnado de barro. Era uno de los suyos. Calder se preguntó si debería ponerse algo de barro en la cara él también, pues eso hacía que pareciese que uno sabía lo que hacía. Esperó un rato a que Pálido como la Nieve respondiese. Entonces, recordó que él era el jefe.

—Ah, sí —contestó, mientras soltaba su espada y fingía que no le había sorprendido en absoluto—. ¿Qué?

—Ya estamos en las trincheras —susurró el recién llegado—. Hemos enviado a unos cuantos muchachos de la Unión de regreso al barro.

—¿Os esperaban? —preguntó Pálido como la Nieve, que prácticamente no había ni girado la cabeza.

—Joder, no —la sonrisa de ese hombre era una pálida curva dibujada en su rostro ennegrecido—. La mayoría estaban durmiendo.

—El mejor momento para matar a un hombre —comentó Pálido como la Nieve, aunque Calder se preguntó si los muertos estarían de acuerdo en eso; acto seguido, el anciano guerrero extendió una mano—. ¿Vamos?

—Vamos —respondió Calder, quien hizo una mueca mientras comenzaba a arrastrarse entre la cebada, que era un cultivo más filoso, áspero y doloroso entre el que deslizarse de lo que pudiera sospecharse. No tardó mucho en tener las manos despellejadas; además, el hecho de saber que se estaba dirigiendo hacia el enemigo no ayudaba en absoluto a animarlo a avanzar. Su naturaleza le dictaba que se diera la vuelta y se fuera en la dirección opuesta—. Puñetera cebada —cuando recuperase la cadena de su padre promulgaría una ley para prohibir el cultivo de aquel maldito cereal. Sólo autorizaría la siembra de cultivos suaves, so pena de... Apartó de su camino otros dos espinosos tallos y se detuvo en seco.

Los estandartes se encontraban justo ante él, a no más de veinte pasos, ondeando vivamente sobre sus estacas. Cada uno tenía bordado un sol dorado y centelleaban a la luz de una docena de linternas. Más allá, el tramo de tierra pelada y embarrada próximo al río, en cuya defensa Scale había muerto, ahora estaba ocupado por los caballos de la Unión. Bajo la incierta luz de las antorchas, tuvo la sensación de que cientos de toneladas de reluciente carne equina de aspecto muy peligroso seguían cruzando el puente, mientras sus cascos repiqueteaban sobre las losas de éste y relinchaban temerosamente cada vez que se entrechocaban unos contra otros en la oscuridad. También había muchos hombres allí, que gritaban mientras se esforzaban por poner sus monturas en posición y bramaban órdenes que se perdían en el viento. Todos se estaban preparando para aplastar a Calder y a sus chicos hasta hundirlos en el barro en apenas un par de horas. Hay que decir que no era una perspectiva

particularmente reconfortante. A Calder no le importaba verse en una buena estampida de vez en cuando, pero prefería estar sobre la silla en vez de bajo los cascos.

Un par de guardias flanqueaban los estandartes, uno, que sostenía su alabarda con el hueco del interior del codo, estaba con los brazos cruzados para combatir el frío, el otro daba pisotones para entrar en calor, tenía la espada envainada y utilizaba su escudo como protección contra el viento.

—¿Vamos? —susurró Pálido como la Nieve.

Calder miró a los guardias y se planteó la posibilidad de ser clemente con ellos. Ninguno de los dos parecía ni mucho menos preparado para lo que se les venía encima. Parecían incluso más disgustados que él de encontrarse allí, lo cual era todo un logro. Se preguntó si también tendrían esposas que los esperaban en casa. Esposas con hijos en su vientre, tal vez, que dormían acurrucadas bajo unas pieles dejando un espacio cálido y vacío a su lado. Suspiró. Era una lástima que no estuvieran todos con sus esposas, pero la clemencia no iba a expulsar a la Unión del Norte ni a Dow el Negro de la silla de su padre.

—Vamos —dijo.

Pálido como la Nieve alzó una mano e hizo un par de gestos. Después, hizo lo mismo hacia el otro lado y se levantó hasta ponerse de cuclillas. Calder no estaba seguro de a quién estaba gesticulando ni qué pretendía comunicar con esos gestos, pero funcionaron de maravilla.

El guardia del escudo cayó de repente hacia atrás. El otro volvió la cabeza para mirar y, a continuación, hizo lo mismo. Calder se dio cuenta de que a ambos les habían rebanado el pescuezo. Dos siluetas negras los dejaron caer suavemente al suelo. Una tercera había cogido la alabarda mientras ésta caía y se volvió hacia ellos, abrazándola en el hueco de su codo mientras les ofrecía una sonrisa desdentada e imitaba al guardia de la Unión.

Para entonces, más hombres del Norte habían surgido de entre las cosechas y avanzaban precipitadamente hacia allá, lo más agachados posibles. Sus armas relucían ligeramente cuando la luna volvió a surgir entre las nubes. A unos veinte pasos de ellos, tres soldados de la Unión se las veían y se las deseaban con una tienda azotada por el viento. Calder se mordió el labio, no podía creer que no les hubieran visto mientras avanzaban por campo abierto y penetraban en la zona iluminada por una lámpara. Uno de ellos agarró el poste de la derecha y empezó a girarlo para desclavar la bandera.

—¡Tú! —gritó un soldado de la Unión, armado con una ballesta a medio levantar y una expresión de ligero desconcierto en el rostro. Entonces, por un momento reinó un silencio incómodo y todos contuvieron el aliento.

—Ah —dijo Calder.

—Mierda —maldijo Pálido como la Nieve.

El soldado frunció el ceño.

—¿Quiénes só...?

Una flecha se le clavó en el pecho.

Calder no había oído el disparo del arco, pero sí pudo ver el negro contorno de la flecha. El soldado disparó su ballesta contra el suelo, profirió un chillido y cayó de rodillas. No muy lejos de ahí, algunos caballos se sobresaltaron y uno de ellos arrojó a su sorprendido jinete de cara contra el barro. Los tres soldados que peleaban con la tienda se volvieron al unísono. Dos de ellos soltaron la lona, de modo que salió volando hasta estrellarse contra el rostro del tercero. A Calder se le revolvió el estómago.

De improviso, una docena de hombres de la Unión o más irrumpieron con aterradora precipitación en la zona circular iluminada, un par de ellos portaban antorchas, cuyas llamas se inclinaron por una nueva ráfaga de viento. A la derecha de Calder se oyeron varios aullidos y, al instante, un grupo de hombres salió corriendo de ninguna parte, blandiendo sus relucientes espadas. Unas sombras fluctuaron en la oscuridad, un arma o un brazo, o el contorno de un rostro que fue visible por un instante frente al resplandor anaranjado del fuego. Calder apenas era capaz de adivinar lo que estaba sucediendo; después, una de las antorchas se apagó y ya no pudo ver nada más. Por el ruido, daba la impresión de que ahora también estaban combatiendo a su izquierda. Movía la cabeza hacia cada ruido que oía.

Casi dio un salto cuando sintió la mano de Pálido como la Nieve sobre su hombro.

—Será mejor que nos vayamos.

Calder no necesitó que se lo dijera dos veces. Salió corriendo entre la cebada como si fuera un conejo. Podía oír cómo otros hombres aullaban, reían y maldecían, pero no podía saber si eran los suyos o los del enemigo. Algo siseó entre los cultivos a su lado. Quizá fuera una flecha o sólo el viento agitando los tallos. Las hojas se le enredaban entre los tobillos y le azotaban los muslos. Tropezó y cayó de bruces. Volvió a levantarse con una mano de Pálido como la Nieve bajo el brazo sosteniéndole.

—¡Esperad! Esperad.

Se quedó inmóvil entre la oscuridad, agazapado con las manos sobre las rodillas mientras sentía unas intensas palpitaciones en el pecho. Escuchó una algarabía de voces. De voces norteñas. Y sintió un gran alivio al oírlas.

—¿Nos siguen?

—¿Dónde está Hayl?

—¿Hemos conseguido las puñeteras banderas?

—Esos cabrones no sabían ni por dónde les daba el aire.

—Ha muerto. De un flechazo.

—¡Las tenemos!

—¡No hacían más que arrastrar sus puñeteros caballos de aquí para allá!

—Se creían que no tendríamos nada que decir al respecto.

—Sí, pero el Príncipe Calder tenía mucho que decir.

Calder levantó la mirada al oír su nombre y vio que Pálido como la Nieve, quien sostenía uno de los estandartes en uno de sus puños, le estaba sonriendo. Una sonrisa como la que un herrero podría dedicarle a su aprendiz favorito cuando éste consigue forjar, al fin, sobre un yunque algo que puede ser vendido.

Calder sintió que alguien le daba un golpe en un costado y se asustó. Después, se percató de que le habían golpeado con el otro estandarte, cuya bandera estaba muy bien enrollada. Uno de sus hombres se lo estaba ofreciendo, con una sonrisa radiante dibujada en su embarrado rostro bajo la luz de la luna. Estaba rodeado por todo un mar de sonrisas. Como si hubiera dicho algo muy divertido. Como si hubiera hecho algo grandioso. Pero a Calder no le parecía que hubiera hecho nada. Sólo había tenido la idea, lo cual no le había costado mucho; después, había encargado a otros hombres que dieran con la forma de llevarla a cabo y luego había enviado a otros a que corrieran con los riesgos. Calder no creía que su padre se hubiera labrado su gran reputación de aquella manera. Pero quizá así es como funciona el mundo. Algunos hombres han nacido para ejercer la violencia. Y otros, para organizaría. Después, hay unos pocos cuyo talento es llevarse el mérito.

—¿Príncipe Calder? —dijo el hombre sonriente, que volvió a ofrecerle la bandera.

Bueno, si querían tener alguien a quien admirar, Calder no iba a decepcionarles.

—No soy príncipe —replicó, agarrando el estandarte. Acto seguido, pasó una pierna sobre el asta y alzó la bandera en ángulo. Después, desenvainó su espada, por primera vez aquella noche, y la levantó hacia el oscuro cielo—. ¡Yo soy el rey de la maldita Unión!

Como broma no era gran cosa, pero tras el día anterior y la noche que habían pasado, estaban más que dispuestos a celebrar cualquier cosa. De inmediato, se alzó un vendaval de risas. Los hombres de Calder se carcajearon y se dieron palmaditas en la espalda.

—¡Tres hurras por su Majestad! —gritó Pálido como la Nieve, que seguía sosteniendo la otra bandera, cuyos bordados dorados relucieron al desplegarse al viento—. ¡Por el puñetero rey Calder!

Calder siguió sonriendo. Le gustaba cómo sonaba aquello.

Sombras

Su Augusta Imbecilidad:

¿Quiere oír la verdad? A causa de la deliberada torpeza de esos viejos villanos que conforman el Consejo Cerrado, su ejército se está descomponiendo. Desmenuzándose con el arrogante descuido propio de un perdulario empeñado en derrochar la fortuna de su padre. Si fuesen los consejeros del enemigo, difícilmente podrían hacer más para frustrar los intereses de Su Imbecilidad en el Norte. Incluso usted podría hacerlo mejor, lo cual ciertamente es la acusación más cruel de la que soy capaz. Habría sido más honorable subir a bordo de una flota a nuestros hombres en Adua y despedirles con lágrimas en los ojos para luego, simplemente, prender fuego a esos barcos y enviarlos al fondo de la bahía.

¿Quiere oír la verdad? El Mariscal Kroy es competente y se preocupa por sus soldados (además, deseo ardientemente follarme a su hija), pero un hombre solo no puede hacerlo todo. Sus subordinados, Jalenhorm, Mitterick y Meed, luchan denodadamente entre sí por alzarse como el peor general de la historia. Me cuesta decidir cuál de los tres merece un mayor desprecio: el zote amable pero incompetente, el arribista traicionero y temerario o el pedante indeciso y belicoso. Al menos, este último ya ha pagado por su estulticia con su vida. Con algo de suerte, los demás le seguiremos pronto.

¿Quiere oír la verdad? ¿Acaso le importa? Entre viejos amigos como nosotros no vamos a disimular. Sé mejor que la mayoría que usted no es más que una asustadiza figura decorativa, un mascarón de proa sin agallas, un crío egoísta e inseguro atrapado en un cuerpo de hombre, rey de nada salvo de su propia vanidad. Aquí gobierna realmente Bayaz, el cual carece de conciencia, escrúpulos y piedad. Es un monstruo. El peor que he visto en mi vida, de hecho, desde la última vez que me miré en el espejo.

¿Quiere oír la verdad? Yo también me estoy descomponiendo. Estoy enterrado vivo y he empezado a pudrirme. Si no fuera tan cobarde, me daría muerte por mi propia mano. Pero lo soy, de modo que debo contentarme con matar a otros con la esperanza de que algún día, si consigo bañarme en suficiente sangre, acabaré por recibir mi merecido. Mientras tanto, espero expectante una rehabilitación que nunca llegará, me mostraré por supuesto encantado de poder comerme cualquier mierda que se digne usted a plantar en mi rostro con sus reales nalgas.

Atentamente se despide el chivo expiatorio más traicionado y vilipendiado de Su Augusta Imbecilidad,

Bremer dan Gorst, Observador Real del Fiasco del Norte

Gorst dejó a un lado la pluma y contempló malhumorado un pequeño corte, que se había hecho en la punta del dedo índice, que convertía hasta la tarea más nimia en una molestia. Sopló suavemente sobre la misiva hasta que el último destello de tinta húmeda se secó y después la dobló, pasando lentamente la única uña que no se le había roto sobre el doblez para marcarlo al máximo. A continuación, cogió el lacre, mientras presionaba la lengua contra el paladar. Sus ojos encontraron la llama de la vela, que centelleaba de manera atrayente entre las sombras. Observó aquella chispa brillante igual que un hombre que teme las alturas observa el parapeto de una gran torre. Le estaba llamando. Atrayéndole. Mareándole con la deliciosa perspectiva de la autodestrucción. *Bastaría con esta carta para que toda esta vergonzosa y desagradable incomodidad que burlonamente llamo vida acabara de inmediato.* Sólo tenía que sellarla, enviarla y esperar a que estallara la tormenta.

Entonces, profirió un suspiro y acercó la carta a la llama, luego vio como se ennegrecía y se iba arrugando lentamente y, por último, dejó caer ardiendo la última esquina al suelo de su tienda y la pisoteó con su bota. Escribía al menos una misiva como ésa cada noche, repleta de furibundos signos de puntuación que plantaba entre divagaciones mientras intentaba conciliar el sueño. A veces, después de redactarlas, se sentía mejor incluso. *Por poco tiempo.*

Frunció el ceño al escuchar un repiqueteo que procedía del exterior, después se sobresaltó al oír un estruendo y una algarabía de muchas voces. Había algo en su tono que le impelió a ponerse las botas. Sí, muchas voces, aunque luego escuchó también algunos ruidos de caballos. Agarró su espada y salió de la tienda.

Younger, que había estado sentado afuera, enderezando las abolladuras de la armadura de Gorst a la luz de una lámpara, se hallaba ahora de pie, esforzándose por ver algo, con una greba en la mano y un pequeño martillo en la otra.

—¿Qué pasa? —preguntó Gorst con un tono de voz muy agudo.

—No tengo ni... ¡Eh! —de repente, tuvo que retroceder al pasar un caballo al galope junto a ellos, que los salpicó de barro.

—Quédate aquí —le aconsejó Gorst, quien le colocó gentilmente una mano sobre un hombro—. Lejos del peligro.

Se alejó a grandes zancadas de su tienda en dirección al Puente Viejo, mientras se metía la camisa por dentro de los pantalones con una mano mientras agarraba con firmeza su espada envainada en la otra. Frente a él, resonaban gritos en la oscuridad, a la vez que veía unos haces intermitentes de luz y divisaba fugazmente unas siluetas

y unos rostros que se mezclaban con la imagen residual de la llama de la vela que seguía chisporroteando en los ojos de Gorst.

Un mensajero llegó corriendo en la oscuridad, respirando con dificultad. Tenía una mejilla y todo un costado del uniforme cubierto de fango.

—¿Qué sucede? —le interrogó Gorst.

—¡Los hombres del Norte han atacado en masa! —contestó resollando sin dejar de correr—. ¡Nos han barrido! ¡Ya vienen! —ser testigo de su terror fue todo un placer para Gorst. La emoción lo embargó con tanta intensidad que se le hizo un nudo en la garganta que casi le resultó doloroso. Las pequeñas agonías que sufría por culpa de los moratones y sus doloridos músculos desaparecieron de inmediato mientras se dirigía hacia el río. *¿Tendré que abrirme paso luchando a través de ese puente por segunda vez en doce horas?* Casi se estaba riendo ante lo ridícula que resultaba esa idea. *No puedo esperar.*

Algunos oficiales rogaban calma a los demás mientras otros corrían para salvar el pellejo. Algunos hombres buscaban armas febrilmente mientras otros las arrojaban. Cada sombra parecía ser el primer miembro de una horda de hombres del Norte que merodeaba por los alrededores. Gorst sintió un cosquilleo en la palma de la mano, pues se hallaba deseoso de desenvainar su espada, hasta que se percató de que esas sombras tan engañosas eran en realidad unos cuantos soldados desconcertados, sirvientes a medio vestir y legañosos mozos de cuadra.

—¿Coronel Gorst? ¿Es usted?

Continuó avanzando, con la cabeza en otra parte. Su mente había regresado a Sipani. Volvía a hallarse entre el humo y la locura de la Casa del Ocio de Cardotti. Mientras buscaba al rey en medio de la asfixiante penumbra. *Pero esta vez no fallaré.*

Un sirviente con un cuchillo ensangrentado miraba boquiabierto una silueta que se encontraba hecha un ovillo en el suelo. *Lo ha tomado por un enemigo.* Un hombre salió atolondrado de su tienda, con el pelo alborotado, e intentó asegurarse un espadín al cinto como pudo. *Le ruego me disculpe.* Gorst se lo quitó de en medio golpeándolo con el dorso de una mano y lo lanzó boquiabierto al barro. Un rollizo capitán permanecía sentado, con la sorpresa dibujada en su rostro surcado por riachuelos de sangre, mientras se apretaba un paño sobre la cabeza. «¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando?». Pánico. *Pánico es lo que está pasando. Resulta sorprendente lo rápidamente que puede disolverse un ejército decidido. Lo rápidamente que los héroes diurnos se convierten en cobardes nocturnos. Y pasan a ser un rebaño que actúa siguiendo sus instintos animales.*

—¡Por aquí! —gritó alguien a sus espaldas—. ¡El sabe qué hay que hacer!

Entonces, oyó unos pasos resonar tras él en el barro. *Un pequeño rebaño que me sigue.* Ni siquiera se volvió a mirar. *Pero deberíais saber que me dirijo allá donde se esté produciendo la masacre.*

Súbitamente, un caballo surgió de la nada con los ojos desorbitados. Alguien había sido pisoteado y chillaba, hundido en el estiércol. Gorst pasó por encima de él, mientras seguía un inexplicable rastro de vestidos de mujer, prendas de encaje y coloridas sedas que se hallaban aplastados en el barro. Cada vez había menos espacio. Unos rostros pálidos se asomaron en la oscuridad y unos ojos desquiciados brillaron al reflejar las llamas mientras el agua centelleaba bajo la luz de las antorchas. El Puente Viejo se encontraba tan atestado y fuera de control como durante el día, cuando habían obligado a retroceder a los hombres del Norte. Más incluso. Entretanto, una serie de voces rivalizaban para imponerse sobre las demás.

—¿Ha visto mi...?

—¿Ese es Gorst?

—¡Nos atacan!

—¡Apártense de mi camino! ¡Apártense de mi...!

—¡Ya se han marchado!

—¡Es él! ¡El sabrá qué hacer!

—¡Retrocedan! ¡Todos atrás!

—Coronel Gorst, ¿puedo...?

—¡Necesitamos un poco de orden! ¡Orden! ¡Se lo suplico!

Aquí suplicar no servirá de nada. La multitud se extendía, se agitaba, se abría y se volvía a apretar, el pánico estallaba cada vez que una espada desenvainada o una antorcha encendida danzaban frente al rostro de alguien. Gorst recibió un codazo y contestó lanzando un puñetazo, de modo que acabó raspándose los nudillos contra una armadura. Algo lo agarró de la pierna y le asestó una patada para soltarse y seguir avanzando. Se oyó un chillido en el momento en que alguien fue empujado por encima del parapeto. Gorst vislumbró cómo pataleaba mientras desaparecía en la oscuridad; después, oyó un chapoteo en cuanto impactó contra la rápida corriente.

Siguió abriéndose camino hasta el extremo más alejado del puente. Tenía la camisa rota y el viento helado se colaba a través del desgarrón. Un sargento de cara rubicunda sostenía en alto una antorcha y bramaba con una voz quebrada pidiendo tranquilidad. Más adelante, se oían más gritos, cascos de caballos y el silbido de las armas al hendir el aire. Pero Gorst no consiguió oír la dulce nota del acero al chocar. Apretó fuertemente su espada y siguió avanzando de un modo siniestro.

—¡No! —el general Mitterick se encontraba en medio de un grupo de oficiales; quizá era el mejor ejemplo que Gorst había visto jamás de un hombre consumido por la ira—. ¡Quiero que la Segunda y la Tercera se preparen para cargar de inmediato!

—Pero, señor —trataba de convencerle uno de sus ayudantes—, aún faltan horas para el amanecer, los hombres se han dispersado, no podemos...

Mitterick blandió su espada frente a la cara de aquel joven.

—¡Aquí las órdenes las doy yo! —*aunque, evidentemente, está demasiado oscuro como para montar a caballo y no sea muy recomendable enviar a varios centenares de jinetes al galope a atacar a un enemigo invisible*—. ¡Pongan guardias en el puente! ¡Quiero que a cualquier hombre que intente cruzarlo lo ahorquen por desertor! *¡Que lo ahorquen!*

El coronel Opker, el segundo al mando de Mitterick, aguardaba a una distancia prudencial para que la culpabilidad no le salpicara, mientras observaba esa pantomima con tenebrosa resignación. En ese instante, Gorst le puso una mano en un hombro.

—¿Dónde están los hombres del Norte?

—¡Se han ido! —respondió Opker, desembarazándose de su abrazo—. ¡No había más que un par de docenas! Han robado los estandartes de la Segunda y la Tercera y han desaparecido en la noche.

—¡Su Majestad no aprobará que nos hayan sustraído sus estandartes, general! —estaba gritando alguien. Era Felnigg. *Mira cómo se abalanza sobre la vergüenza de Mitterick como un halcón sobre un conejo.*

—¡Estoy perfectamente al tanto de lo que aprueba y no aprueba Su Majestad! —rugió Mitterick—. ¡Pienso recuperar esos estandartes y matar hasta al último de esos ladrones hijos de puta, sí, puede decírselo al Lord Mariscal! ¡No, le *exijo* que se lo diga!

—¡Oh, por supuesto que pienso contarle todo esto, no tema!

Pero Mitterick le había dado la espalda y vociferaba a la noche.

—¿Dónde están los exploradores? Le dije que enviara exploradores a reconocer el terreno, ¿no? ¿Dimbik? ¿Dónde está Dimbik? ¡Hábleme del terreno, hombre, del terreno!

—¿Me pregunta a mí? —balbuceó un joven oficial de rostro pálido—. Bueno, esto, sí, pero...

—¿Han regresado ya? ¡Quiero estar seguro de que el terreno nos favorece! ¡Dígame que nos favorece, maldita sea!

Por un momento, el joven desplazó su mirada velozmente de un lado a otro, aunque, después, pareció recuperar la compostura y se puso firme.

—Sí, general, los exploradores salieron y han regresado, de hecho, han regresado todos, y el terreno está... perfecto. Es tan plano como una mesa de naipes. Como una mesa de naipes... con cebada encima.

—¡Excelente! ¡No quiero más sorpresas! —Mitterick se alejó con los faldones de su camisa aleteando al viento—. ¿Dónde diablos se ha metido el mayor Hockelman? ¡Quiero a estos jinetes listos para cargar tan pronto como haya luz suficiente como para poder orinar! ¿Me habéis entendido? ¡Como para poder *orinar!*

Su voz se perdió en el viento, junto a las hirientes quejas de Felnigg, y las lámparas de su séquito se marcharon con él, dejando a Gorst solo en la oscuridad con el ceño fruncido, tan acongojado por la decepción como un novio abandonado en el altar.

Entonces sólo ha sido una incursión. Todo ese caos había sido causado por una gamberrada oportunista, provocada por Mitterick al exhibir mezquinamente esos estandartes. *Y aquí no habrá gloria ni redención. Sólo estupidez, cobardía y vidas desperdiciadas.* Gorst se preguntó ociosamente cuántos habrían muerto en el caos, *¿Diez veces más que los que hayan matado los hombres del Norte? Ciertamente, en una guerra, el enemigo es el elemento menos peligroso.*

¿Por qué hemos reaccionado tan ridículamente mal a esta incursión? Porque no podíamos imaginar que tuvieran el valor de atacar. Si los hombres del Norte nos hubieran presionado más, podrían habernos obligado a cruzar de nuevo el puente y habrían capturado dos regimientos enteros de caballería en vez de sólo sus estandartes. Con sólo cinco hombres y un perro podrían haberlo conseguido. Por suerte, no podían imaginarse que estaríamos tan absurdamente mal preparados. Esto ha sido un fracaso para todos. Especialmente para mí.

Se volvió y se encontró con un pequeño grupo de soldados y criados abigarradamente equipados. Eran los hombres que le habían seguido a través del puente y más allá. Un número sorprendente. *Vaya panda de borregos. ¿Y eso en qué me convierte? ¿En el perro pastor? Guau, guau, estúpidos.*

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó el que estaba más cerca.

Gorst se limitó a encogerse de hombros. Después, se dirigió lenta y pesadamente hacia el puente, igual que lo había hecho aquella tarde, apartando a la desinflada muchedumbre de su camino. Todavía no había nada que indicara la pronta llegada del amanecer, pero ya no podía tardar demasiado. *Ha llegado el momento de ponerme la armadura.*

Bajo el ala

Craw descendió cuidadosamente la colina, escudriñando la negrura para asegurarse de dónde ponía el pie, mientras soportaba el dolor de la rodilla a cada paso alterno que daba. Mientras soportaba el dolor en su brazo, en su mejilla y en su mandíbula. Mientras soportaba, sobre todo, el dolor de la pregunta que llevaba haciéndose la mayor parte de aquella noche desapacible, fría y desvelada. Una noche repleta de preocupaciones y remordimientos, de los débiles gimoteos de los moribundos y de los no tan débiles ronquidos del tal Whirrun de la puñetera Bligh.

¿Debía decirle a Dow el Negro lo que le había propuesto Calder o no? Craw se preguntó si Calder habría huido ya. Lo conocía desde que era niño y nunca le habría acusado de ser valiente, pero había percibido algo distinto en él cuando habían hablado esa noche. Algo que a Craw no le había resultado familiar. O más bien algo que sí, pero no como propio de Calder, sino de su padre. Y Bethod nunca había sido muy proclive a las huidas. Por eso, precisamente, había acabado muerto. Y la muerte era lo mejor que Calder podía esperar si Dow averiguaba lo que había dicho. Lo mejor que el propio Craw podía esperar si Dow se enteraba por boca de algún otro de lo que le había propuesto. Miró de refilón el rostro malhumorado de Dow, surcado por cicatrices, resaltadas en negro y naranja por la antorcha de Escalofríos.

¿Debía decírselo o no?

—Joder —susurró.

—Ya —dijo Escalofríos.

Craw estuvo a punto de dar un salto sobre la húmeda hierba. Hasta que recordó que había muchos motivos para que un hombre dijera «joder». Eso es lo bonito de esa palabra: que puede significar prácticamente cualquier cosa, dependiendo de la situación. Horror, sorpresa, dolor, temor, preocupación. Y ninguno de sus significados estaba fuera de lugar. Estaban en plena batalla.

Una pequeña casa desvencijada emergió de la oscuridad. En sus paredes desmoronadas crecían las ortigas. Una parte de su tejado se había hundido y las vigas podridas asomaban como las costillas de un esqueleto. Dow le quitó la antorcha a Escalofríos.

—Tú espera aquí.

Escalofríos permaneció quieto un instante, después agachó la cabeza y se quedó junto a la puerta, mientras la luz de la luna se reflejaba débilmente en su ojo de metal.

Craw se agachó para poder pasar por debajo de la pequeña puerta e intentó no dar la impresión de hallarse preocupado. Cuando se quedaba a solas con Dow el Negro, una parte de él —y no era una parte precisamente pequeña— siempre esperaba recibir una puñalada por la espalda. O a lo mejor un espadazo por delante. Una hoja, en cualquier caso. Después, siempre se sentía un poco sorprendido cuando lograba salir del encuentro con vida. Nunca se había sentido de aquel modo con Tresárboles, ni siquiera con Bethod. No parecía una característica digna de un hombre al que uno quisiera seguir... Entonces, se dio cuenta de que estaba mordiéndose una uña, si es que se le podía llamar uña a lo poco que le quedaba de ella y se obligó a dejar de hacerlo.

Dow se fue con su antorcha hasta el extremo más alejado de la estancia y las sombras se arrastraron entre las rudimentarias vigas siguiendo su movimiento.

—No he vuelto a saber nada de la muchacha, ni tampoco de su padre.

A Craw le pareció mejor guardar silencio. Últimamente, daba la impresión de que cada vez que pronunciaba una palabra acababa ocurriendo algún desastre.

—Parece que me he endeudado con el puñetero gigante por nada —más silencio—. Mujeres, ¿eh?

Craw se encogió de hombros.

—En ese tema, no creo que pueda aportarte ningún conocimiento útil.

—Pero tenías una mujer como segundo al mando, ¿no? ¿Cómo conseguiste que eso funcionase?

—Fue ella quien hizo que todo funcionara. No podría haber pedido un segundo mejor que Wonderful. Los muertos saben que he tomado malas decisiones, pero ésa es una que nunca he lamentado. Jamás. Es dura como un cardo, tan dura como cualquier hombre que haya conocido. Tiene más huevos que yo y también más ingenio. Siempre es la primera en ver los problemas. Y es una mujer de honor. Le confiaría cualquier cosa. No hay nadie en quien confíe más.

Dow arqueó las cejas.

—Que doblen las putas campanas. A lo mejor debería haberle ofrecido el puesto que ahora ocupas.

—Probablemente —murmuró Craw.

—Uno debe tener a alguien de quien se fíe como segundo al mando —Dow se aproximó a la ventana para observar la ventosa noche—. Tiene que haber confianza.

Craw intentó cambiar de tema.

—¿Estamos esperando a tu amiga de piel oscura?

—No estoy seguro de que deba llamarla amiga. Pero sí, así es.

—¿Quién es?

—Una de esas moradoras del desierto. ¿No lo deja claro su color de piel?

—Lo que quiero saber es qué intereses tiene en el Norte.

—No sabría decírtelo con seguridad, pero por lo que he podido averiguar está luchando su propia guerra. Una vieja guerra. Y, por ahora, tenemos un campo de batalla en común.

Craw frunció el ceño.

—¿Una guerra entre brujos? ¿Acaso eso es algo de lo que queremos formar parte?

—Ya estamos metidos en ella.

—¿Dónde la encontraste?

—Me encontró ella a mí.

Aquello distaba mucho de bastar para atemperar sus temores.

—Magia. No sé yo...

—Estabas ayer en los Héroes, ¿no? Ya viste lo que le pasó a Pezuña Hendida.

Ese era un recuerdo que no iba a levantar el ánimo a nadie, precisamente.

—Así es.

—La Unión tiene magia, eso es un hecho. Y la utilizan sin pensar demasiado. Debemos combatir el fuego con fuego.

—¿Y si nos quemamos todos?

—Me atrevería a decir que eso es precisamente lo que sucederá —Dow se encogió de hombros—. Así es la guerra.

—Pero ¿puedes fiarte de ella?

—No.

Ishri estaba apoyada contra la pared, junto a la puerta, con un pie cruzado sobre el otro. Parecía saber lo que Craw estaba pensando y eso no le impresionaba demasiado. Este se preguntó si sabría que había estado pensando en Calder e intentó no hacerlo, lo cual sólo sirvió para tenerlo aún más presente. Dow, mientras tanto, ni siquiera se dio la vuelta. Se limitó a colocar la antorcha en una oxidada argolla de la pared y a contemplar cómo crepitaba la llama.

—Parece que nuestro pequeño gesto de paz ha caído en saco roto —afirmó, mirando hacia atrás. Ishri asintió. Dow hizo un gesto de disgusto—. Nadie quiere ser mi amigo.

Ishri arqueó una fina ceja que alcanzó una altura imposible.

—Bueno, ¿quién querría estrechar la mano de un hombre que las tiene tan ensangrentadas como yo?

Ishri se encogió de hombros.

Dow bajó la mirada hacia su mano, la cerró en un puño y suspiró.

—Supongo que ya sólo me queda la opción de manchármelas más aún. ¿Tienes alguna idea de por dónde atacarán hoy?

—Por todas partes.

—Sabía que dirías eso.

—¿Por qué preguntas, entonces?

—Al menos he conseguido que hables —entonces, reinó un largo silencio, hasta que Dow se volvió al fin y apoyó los codos sobre el estrecho alféizar—. Vamos, di algo más.

Ishri se apartó de la pared, echó la cabeza hacia atrás y la giró trazando un lento círculo. Por algún motivo, con cada movimiento que hacía, lograba que Craw se sintiese un tanto asqueado, como si viera a una serpiente arrastrarse.

—Al este, un hombre llamado Brock ha tomado el mando y se prepara para atacar el puente en Osrung.

—¿Y qué clase de hombre es? ¿Alguien como Meed?

—Al contrario. Es joven, apuesto y valiente.

—¡Me encantan los hombres jóvenes, apuestos y valientes! —exclamó Dow, lanzándole una mirada a Craw—. Por eso elegí a uno así como segundo.

—No cumplo ninguno de los tres requisitos, bien por mí —Craw se dio cuenta de que volvía a morderse la uña y apartó la mano.

—En el centro —le informó Ishri—, Jalenhorm tiene numerosa infantería preparada para cruzar los bajíos.

En ese instante, Dow mostró una sonrisa ansiosa.

—Sí, ya tengo algo de entretenimiento para hoy. No sabéis cuánto disfruto viendo cómo otros hombres intentan subir unas colinas en cuya cima estoy sentado.

Craw no podía decir que fuera a disfrutar al igual que él, por mucho que contaran con la ventaja del terreno.

—Al oeste, Mitterick se contiene como puede, está ansioso por sacar sus hermosos caballos. También tiene hombres al otro lado del arroyo, en el bosque, frente a tu flanco occidental.

Dow alzó las cejas.

—Mira por dónde. Calder tenía razón.

—Calder ha estado trabajando duramente toda la noche.

—Maldita sea, debe de ser la primera vez que ese cabrón trabaja duro en toda su vida.

—Ha robado dos estandartes de la Unión en plena noche. Y ahora se mofa del enemigo.

Black Dow se rió para sí.

—No encontrarás a nadie más capacitado para algo así. Siempre me ha caído bien ese muchacho.

Craw le miró frunciendo el ceño.

—¿Ah, sí?

—¿Por qué iba a haberle dado tantas oportunidades, si no? No me faltan hombres capaces de tirar una puerta abajo. Pero me vendrían bien un par a los que se les ocurra probar a girar el pomo de vez en cuando.

—Pues sí —dijo Craw, mientras se preguntaba qué diría Dow si supiera que Calder tenía pensado asesinarle. O mejor dicho, cuando lo supiera. Pues en algún momento se iba a acabar enterando.

—Esa nueva arma con la que cuentan —Dow entornó los ojos hasta convertirlos en dos hendiduras letales—. ¿Qué es exactamente?

—Es cosa de Bayaz —Ishri también entornó los ojos de manera asesina. Craw se preguntó si habría alguna otra persona en el mundo, aparte de ellos dos, capaz de resultar más amenazadora al entornar los ojos—. El Primero de los Magos. Está con ellos. Y cuenta con alguna invención nueva.

—¿Eso es todo lo que me puedes decir?

Ishri echó la cabeza hacia atrás y lo miró por encima de la nariz.

—Bayaz no es el único capaz de preparar sorpresas. Yo también tengo una preparada para él, para hoy mismo, más tarde.

—Sabía que tenía que haber una razón para acogerte bajo mi ala —afirmó Dow.

—Tu ala cobija a todo el Norte, oh poderoso Protector —los ojos de Ishri se volvieron lentamente hacia el techo—. Y el Profeta se cobija bajo el ala de Dios. Y yo

me protejo bajo el ala del Profeta. Que me protege como esa cosa que impide que llueva sobre tu cabeza, ¿eh? —aseveró a la vez que alzaba el brazo y retorcía sus largos dedos, que parecían carecer de huesos, como los gusanos que se usan de cebo. En su rostro se dibujó una sonrisa demasiado blanca y demasiado ancha—. Ya sea grande o pequeño, todos debemos encontrar algún cobijo.

La antorcha de Dow se cayó de la argolla, su luz parpadeó un momento e Ishri dejó de estar ahí.

—Piensa en ello —susurró su voz al oído de Craw.

Apodos

Beck encorvó los hombros y contempló el fuego, que apenas era una maraña de palos ennegrecidos, con un par de brasas en el centro que todavía refulgían levemente y una pequeña lengua flamígera indefensa que el viento azotaba, sacudía y arremolinaba. El fuego se consumía. Al igual que sus sueños. Se había aferrado al sueño de ser un héroe durante tanto tiempo que ahora que había quedado reducido a cenizas ya no sabía lo que deseaba. Allí estaba, sentado bajo unas estrellas que se desvanecían, bautizadas en honor de grandes hombres, grandes batallas y grandes hazañas, mientras él no sabía siquiera quién era.

—Cuesta dormir, ¿eh? —Drofd se sentó junto al fuego y cruzó las piernas, llevaba los hombros cubiertos con una manta.

Beck respondió con el gruñido más tenue posible. Lo último que deseaba era hablar. Drofd le ofreció un pedazo de carne del día anterior, reluciente de grasa.

—¿Tienes hambre?

Beck negó con la cabeza. No estaba seguro de cuándo había comido por última vez. Probablemente, habría sido justo antes de la última vez que había dormido, pero sólo el olor de esa carne ya le estaba provocando náuseas.

—Será mejor que la guarde para luego —Drofd metió la carne en un bolsillo frontal de su jubón, del que quedó sobresaliendo el hueso de la carne, se frotó las manos y las acercó a la escasa lumbre. Tenía tan sucias las rayas de la mano que parecían estar pintadas de negro. Debía de tener más o menos la misma edad que Beck, pero era más pequeño y más moreno. Una escasa barba incipiente le cubría la mandíbula. En aquel momento, en la oscuridad, le recordó un poco a Reft. Beck tragó saliva y apartó la mirada—. Así que te has ganado un apodo, ¿eh?

Beck asintió ligeramente.

—Beck el Rojo —Drofd dejó escapar una risita—. Es un buen apodo. Suena fiero. Debes de sentirte satisfecho.

—¿Satisfecho? —Beck sintió el acuciante impulso de confesar: «Me escondí en un armario y maté a uno de los míos», pero, en vez de eso, dijo—. Supongo.

—Ojalá yo tuviera un apodo. Bueno, me imagino que todo llegará con el tiempo.

Beck siguió con la mirada clavada en el fuego, con la esperanza de disuadirle así de seguir charlando. Sin embargo, parecía que Drofd era un tipo parlanchín.

—¿Tienes familia?

Era el tema de conversación más ordinario, evidente y pobre que se le podría haber ocurrido a aquel tipo. El mero hecho de empezar a arrastrar las palabras le causó un doloroso esfuerzo a Beck.

—Sí, mi madre y dos hermanos pequeños. Uno es aprendiz del herrero en el valle —quizá fuera un tema de conversación muy pobre, pero en cuanto empezó a hablar, sus pensamientos vagaron hacia su hogar y se dio cuenta de que no podía parar—. Lo más probable es que mi madre se esté preparando ahora para recoger la cosecha. Estaba casi madura cuando me marché. Estará afilando la hoz y todo eso. Y Festern irá recogiendo tras ella y... —y por los muertos, cómo deseó estar ahora con ellos. Quería sonreír y llorar al mismo tiempo, pero no se atrevió a decir más por temor a hacerlo.

—Yo tengo siete hermanas —afirmó Drofd— y soy el más pequeño. Es como tener ocho madres echándome la bronca y corrigiéndome todo el día, cada una de ellas posee una lengua más afilada que la anterior. Como no había ningún otro varón en la casa, jamás podía hablar sobre cosas de hombres. Mi casa era un infierno muy especial, te lo aseguro.

Compartir un hogar acogedor con ocho mujeres donde no hubiera ninguna espada ya no le parecía algo tan espantoso. Beck también había pensado en otro tiempo que su casa era un infierno muy especial. Ahora, tenía una noción muy distinta de qué era un infierno.

Drofd siguió parloteando.

—Pero ahora tengo una nueva familia. Craw, Wonderful y el Jovial Yon y el resto. Son buenos combatientes. Con buenos apodos. Y unos compañeros muy leales, ¿sabes? Se preocupan de los suyos. Hemos perdido a un par de miembros estos últimos días. Eran buenos tipos, pero... —dio la impresión de que él también se había quedado sin palabras. Sin embargo, no le llevó mucho tiempo encontrar más—. Craw fue el segundo al mando del viejo Tresárboles, ¿sabes? Hace mucho, mucho tiempo. Ha estado en todas las batallas desde ni se sabe cuándo. Hace las cosas a la vieja usanza. Es un hombre de honor. Has caído de pie al ir a parar a este grupo, créeme.

—Ya —Beck no se sentía como si hubiera caído de pie. Se sentía como si todavía estuviera cayendo y, tarde o temprano, aunque probablemente más pronto que tarde, fuese a descalabrarse contra el suelo.

—¿De dónde has sacado esa espada?

Beck parpadeó mientras observaba la empuñadura, parecía hallarse sorprendido de ver que su arma seguía ahí a su lado.

—Era de mi padre.

—¿Era un guerrero?

—Sí, un Gran Guerrero. De los famosos, supongo —sí, cómo le había gustado jactarse de ello en otro tiempo. Ahora, sin embargo, el mero hecho de pronunciar su nombre le costaba un tremendo esfuerzo—. Se llamaba Shama el Cruel.

—¿Cómo? ¿El que luchó en duelo contra Nueve el Sanguinario? ¿El que...?

Perdió.

—Sí. Nueve el Sanguinario llevó un hacha al duelo y mi padre, su espada. Hicieron girar el escudo y Nueve el Sanguinario ganó, por lo que pudo escoger la espada para combatir —Beck la extrajo de su vaina con una absurda preocupación por si hería con ella a alguien accidentalmente. Sentía un respeto por el filo de ese metal que no había mostrado la noche anterior—. Lucharon y Nueve el Sanguinario le abrió a mi padre el estómago —ahora le parecía una locura haberse precipitado a seguir los pasos de un hombre al que nunca había conocido, cuyas pisadas conducían hasta sus entrañas derramadas por el suelo.

—Quieres decir que... ¿Nueve el Sanguinario sostuvo esa espada?

—Supongo que sí.

—¿Puedo?

En otro tiempo Beck le habría dicho a Drofd que ni se le ocurriera tocarla, pero jugar a ir de héroe solitario no había salido demasiado bien ni para él ni para ninguno de los demás implicados. Esta vez quizá intentase trabar alguna amistad. De modo que le ofreció la hoja, por la parte del pomo.

—Por los muertos, es una espada estupenda —Drofd observó la empuñadura con los ojos abiertos de par en par—. Todavía hay sangre en ella.

—Sí —acertó a decir Beck con voz ronca.

—Bueno, bueno, bueno —Wonderful se aproximó contoneándose, con las manos en las caderas y con la punta de la lengua sobresaliendo entre los dientes—. ¿Dos jóvenes acariciándose las armas a la luz de la lumbre? No os preocupéis, entiendo que estas cosas pasen. Uno se piensa que nadie le está viendo y... pero, claro, se avecina una batalla y puede que nunca tengáis otra oportunidad de probarlo. Es lo más natural del mundo.

Drofd se aclaró la garganta y le devolvió rápidamente la espada.

—Sólo estábamos hablando de... Ya sabes. De apodos. ¿Cómo obtuviste el tuyo?

—¿El mío? —replicó bruscamente Wonderful, entornando los ojos. Beck no sabía qué pensar de una mujer combatiente y, mucho menos de una que lideraba una docena. De una que ahora era su jefa. Debía reconocer que le asustaba un poco, con aquella mirada dura y su cabeza pelada, donde tenía una vieja cicatriz en un lado y otra más reciente en el otro. Antaño, asustarse de una mujer le habría parecido vergonzoso, pero ahora que prácticamente se asustaba de todo no parecía tener mayor importancia—. Lo obtuve tras darle una maravillosa[1] paliza a un par de jóvenes curiosos.

—Tu apodo te lo puso Tresárboles —afirmó el Jovial Yon, quien se revolvió entre las mantas y, acto seguido, se incorporó apoyándose sobre un codo. Luego, contempló el fuego con un ojo apenas abierto mientras se rascaba su espesa barba negra y gris—. Creo que tu familia tenía una granja al norte de Uffrith. Corrígeme si me equivoco.

—Lo haré —dijo Wonderful—. No te preocupes.

—Y cuando comenzaron los problemas con Bethod, algunos de sus chicos irrumpieron en el valle. De modo que te afeitaste la cabeza.

—Ya me la había afeitado un par de meses antes. El pelo me estorbaba siempre que iba por detrás del arado.

—Vale, corregido queda. ¿Quieres seguir tú?

—No, lo estás haciendo muy bien.

—Entonces, sustituiste la tijera de esquilar ovejas por la espada y convenciste a otros en el valle para que hicieran lo mismo, luego tendiste una emboscada a los chicos de Bethod.

Los ojos de Wonderful resplandecieron a la luz de la lumbre.

—Y tanto que sí.

—Entonces, apareció por ahí Tresárboles; Craw y yo íbamos con él. Esperábamos encontrarnos todo el valle quemado y a los granjeros desperdigados por todas partes. En vez de eso, Tresárboles se encontró con una docena de los muchachos de Bethod colgados y otra docena hechos prisioneros, y a esta puñetera muchacha vigilándolos con una gran sonrisa. ¿Qué fue lo que dijo entonces?

—No puedo decir que me acuerde —gruñó Wonderful.

—Qué extraña maravilla, esto de encontrar a una mujer al mando —dijo Yon, imitando una voz cavernosa—. Durante una semana o dos la llamamos Extraña Maravilla. Después, nos olvidamos de lo de «extraña» y se quedó con ese apodo.

1 Alusión a su apodo, Wonderful, que significa «maravilloso/a». En la página siguiente, al hablar del origen del apodo, se traduce como Maravilla. [N. del E.]

Wonderful asintió siniestramente en dirección hacia el fuego.

—No obstante, un mes más tarde Bethod se plantó ahí con todas sus fuerzas y el valle terminó quemado de todas maneras.

Yon se encogió de hombros.

—De todos modos, fue una emboscada muy buena.

—¿Y qué hay de ti, eh, el Jovial Yon Cumber?

Yon se quitó las mantas de encima y se sentó.

—No hay mucho que contar.

—No seas modesto. Al Jovial Yon solían llamarle «el serio» en los viejos tiempos, porque era un bromista de cuidado. Después, le cortaron trágicamente la picha en la batalla de Ineward; las mujeres del Norte lloraron más por esa pérdida que por las muertes de todos los esposos, hijos y padres que allí perecieron. Desde entonces, no ha vuelto a sonreír jamás.

—Eso es una mentira cruel —replicó Yon mientras señalaba a Beck con un grueso dedo—. Nunca tuve sentido del humor. Y en Ineward sólo sufrí un pequeño corte en el muslo. Sangré mucho, pero no sufrí ninguna herida grave. Todo sigue funcionando perfectamente ahí abajo, no te preocupes.

En ese instante, por encima de su hombro y fuera de su vista, Wonderful se estaba señalando la entrepierna.

—La polla y los huevos —formó las palabras con los labios mientras con una mano abierta simulaba la acción de cortar—. La polla... y los... —pero en cuanto Yon se dio la vuelta, se miró las uñas como si no hubiera estado haciendo nada.

—¿Ya estáis despiertos? —preguntó Flood, quien apareció cojeando entre los dormidos y las fogatas, acompañado de un hombre al que Beck no conocía; era delgado y tenía el pelo largo y canoso.

—Los jóvenes nos han despertado —gruñó Wonderful—. Drofd le estaba sobando el arma a Beck.

—Aunque es comprensible, lo cierto es que... —dijo Yon.

—Puedes echarle un vistazo a la mía si queréis —Flood agarró la maza que colgaba de su cinto y la levantó en ángulo—. ¡Tiene un buen bulto en su extremo! —Drofd se rió para sí, pero parecía que los demás no estaban de humor. Beck, desde luego, no lo estaba—. ¿No? —Flood miró a su alrededor expectante—. Es porque soy viejo, ¿verdad? Podéis decirlo. Es porque soy viejo.

—Viejo o no, me alegro de que estéis aquí —dijo Wonderful, alzando una ceja—. La Unión no se atreverá a atacar ahora que contamos con vosotros dos.

—Nunca les hubiera dado la oportunidad de atacaros, pero tenía que salir a orinar.

—¿La tercera vez esta noche? —preguntó Yon.

Flood escudriñó el cielo.

—Creo que ha sido la cuarta.

—Que es por lo que le llaman Flood[2] —murmuró Wonderful por lo bajo—. En caso de que os lo estuvierais preguntando.

—Me he encontrado con Scorry Sigiloso de camino —comentó Flood, señalando con el pulgar al hombre delgado.

Sigiloso se tomó un rato para sopesar lo que iba a decir, después habló con suma suavidad.

—Estaba echando un vistazo por ahí.

—¿Has averiguado algo? —inquirió Wonderful.

Sigiloso asintió, muy lentamente, como si hubiera hallado el secreto de la vida misma.

—Hay una batalla en ciernes —se sentó junto a Beck, cruzando las piernas, y le tendió una mano—. Soy Scorry Sigiloso.

—Por su cautela —explicó Drofd—. Es explorador, principalmente. Aunque también suele manejar la lanza desde la retaguardia, ¿sabes?

Beck le estrechó la mano con muy poca fuerza.

—Beck.

—Beck el Rojo —apostilló Drofd—. Ese es su apodo. Lo recibió ayer. De boca del propio Reachey. Durante el combate en Osrung. Ahora se ha unido a nosotros... ya sabes... —dejó la frase inconclusa, al comprobar que tanto Beck como Scorry lo miraban con el ceño fruncido, y se acurrucó bajo su manta.

—¿Craw te dio la charla? —preguntó Scorry.

—¿Qué charla?

—Sobre que hay que hacer lo correcto.

—Algo mencionó.

—Yo no me le tomaría demasiado en serio.

—¿No?

2 En inglés, «inundación». [N. del E.]

Scorry se encogió de hombros.

—Lo correcto es algo distinto para cada hombre —acto seguido, empezó a sacar cuchillos y a extenderlos en el suelo frente a él, desde uno enorme con cachas de hueso al que poco le faltaba para ser un espadín hasta uno pequeño y curvado que ni siquiera tenía mango, sino dos anillos por los que uno podía meter los dedos.

—¿Eso es para pelar manzanas? —preguntó Beck.

Wonderful se pasó un dedo por su fibroso cuello.

—No, para cortar gargantas.

Beck pensó que se estaba burlando de él, después Scorry escupió sobre una piedra de afilar y la pequeña hoja centelleó frente al fuego. De repente, ya no estuvo tan seguro de que fuera una broma. Scorry la pasó por la piedra primero por un lado y después por el otro: snick, snick. Súbitamente, unas mantas salieron volando.

—¡Acero! —gritó Whirrun poniéndose en pie de un salto, a la vez que se le enredaba la espada en el camastro—. ¡He oído el roce del acero!

—¡Cállate! —gritó alguien.

Whirrun liberó su espada de un tirón y se apartó la capucha de los ojos.

—¡Estoy despierto! ¿Ya ha amanecido? —parecía que las historias que decían que Whirrun de Bligh siempre estaba preparado eran algo exageradas. Dejó su espada caer, al observar que el cielo seguía negro y que las estrellas asomaban todavía entre jirones de nubes—. ¿Por qué está tan oscuro? No temáis, niños. ¡Whirrun está entre vosotros y listo para la pelea!

—Demos gracias a los muertos —gruñó Wonderful—. Estamos salvados.

—¡Así es, mujer! —Whirrun se quitó la capucha, se rascó el pelo, aplastado y liso por un lado y en punta como un cardo por el otro. Recorrió los Héroes con la mirada y, al no ver nada salvo fuegos mortecinos, hombres dormidos y las mismas viejas piedras de siempre, se acercó a las llamas, bostezando—. En fin, os he salvado de una conversación aburrida. ¿Estabais hablando de apodos?

—Sí —masculló Beck, sin atreverse a decir más. Era como hallarse ante el mismísimo Skarling. Había crecido oyendo historias sobre las hazañas de Whirrun de Bligh. El viejo Scavi solía contarlas en el pueblo y siempre le rogaba que le contara más. Soñaba con alzarse un día junto a él, como iguales, reclamando un lugar en sus canciones. Ahora estaba allí sentado junto a él, que no era más que un fraude, un cobarde y un asesino de amigos. Se abrigó aún más con la capa de su madre y, entonces, rozó algo duro con los dedos. En este instante, se dio cuenta de que la tela seguía manchada con la sangre de Reft y tuvo que reprimir un escalofrío. Beck el

Rojo. Ciertamente, tenía las manos manchadas de sangre. Pero no se sentía como siempre había soñado que se sentiría.

—Apodos, ¿eh? —Whirrun alzó su espada y la exhibió a la luz del fuego. Parecía demasiado larga y pesada como para ser un arma realmente práctica—. Este es el Padre de las Espadas, pero los hombres le han puesto centenares de nombres distintos —Yon cerró los ojos y volvió a acostarse, Wonderful levantó la mirada hacia el cielo, pero Whirrun siguió con su monólogo, con voz grave y mesurada, como si fuese un discurso que repitiese muy a menudo—. Cuchilla del Alba. Creatumbas. Cosechador de Sangre. El Más Noble y el Más Inmundo. Scac-ang-Gaioc, que en la lengua del valle significa la Partición del Mundo, es una referencia a la batalla que se libró al inicio de los tiempos y volverá a lucharse al final. Esta es mi recompensa y mi castigo. Mi bendición y mi maldición. Me fue entregada por Daguf Col mientras yacía agonizante, y él la recibió de Yorweel la Montaña, que la recibió de Cuatro Caras, quien la recibió de Escollo Ockang, y así podríamos remontarnos hasta que el mundo era joven. Cuando se cumplan las palabras de Shoglig y yo yazca desangrándome, y me halle cara a cara al fin con la Gran Niveladora, se la entregaré a quien me parezca que más se la merece, y mi arma le otorgará fama, y la lista de sus nombres y la lista de los nombres de los grandes hombres que la blandieron y de los grandes hombres que murieron por su filo crecerá y crecerá, y se extenderá más allá de la oscuridad que hay más allá de la memoria. En los valles en los que nací, dicen que es la espada de Dios, caída del cielo.

—¿Y tú no crees que lo sea?

Whirrun frotó con el pulgar la cruceta para quitarle una mancha.

—Solía creer que sí.

—¿Y ahora?

—Dios crea cosas, ¿no? Dios es un granjero. Un artesano. Una comadrona. Dios insufla vida a las cosas —entonces, echó la cabeza hacia atrás y miró hacia el cielo—. ¿Para qué iba a querer Dios una espada?

Wonderful se llevó una mano al pecho.

—Oh, Whirrun, eres tan jodidamente *profundo.* Podría sentarme aquí durante horas intentando adivinar qué has querido decir.

—Whirrun de Bligh no parece un nombre tan profundo —aseveró Beck, quien lamentó de inmediato esas palabras en cuanto todos se volvieron hacia él, Whirrun en particular.

—¿No?

—Bueno... será porque eres de Bligh, supongo. ¿No?

—Nunca he estado allí.

—Entonces...

—Sinceramente, no podría decirte cómo surgió. Quizás Bligh sea el único lugar de allá arriba del que la gente de aquí haya oído hablar —Whirrun se encogió de hombros—. Tampoco tiene mayor importancia. Un nombre no tiene ninguna importancia por sí mismo. Lo importante es lo que haces con él. Los hombres no se cagan en los pantalones cuando oyen hablar de Nueve el Sanguinario sólo por su apodo. Se cagan en los pantalones porque saben cómo era el hombre que usaba ese apodo.

—¿Y por qué te llaman Whirrun el Tarado? —preguntó Drofd.

—Oh, eso es muy sencillo. Porque un hombre cerca de Ustred, me enseñó a partir nueces con el puño...[3]

Wonderful resopló.

—No te llaman el Tarado por eso.

—¿Eh?

—No —dijo Yon—. No es por eso.

—Te llaman el Tarado por el mismo motivo por el que le pusieron el apodo de Tarado a Escollo —entonces, Wonderful se golpeó con el índice su afeitada sien—. Porque la mayoría asume que tienes una tara en el coco.

—¿Ah, sí? —Whirrun frunció el ceño—. Oh, eso no es nada halagador, qué cabrones. La próxima vez que alguien me llame por ese apodo tendré una charla con él. ¡Me lo has jorobado del todo!

Wonderful extendió ambas manos.

—Es un don que tengo.

—Buenos días, muchachos —Curnden Craw se aproximó lentamente hasta el fuego con los carrillos hinchados y resoplando mientras su cabello gris ondeaba al viento. Parecía cansado. Tenía unas ojeras muy marcadas y los orificios nasales enrojecidos.

—¡Que todo el mundo se arrodille! —exclamó Wonderful—. ¡Ante la mano derecha de Dow el Negro!

Craw hizo un gesto con las manos como si así quisiera conminarlos a sentarse.

—¡No hace falta que os postréis!

3 «Tarado» es como se ha traducido Cracknut, que significa «chiflado», pero también «cascar-nueces». [N. del E.]

Alguien más venía tras él. Beck se dio cuenta de que era Escalofríos y le dio un vuelco el estómago.

—¿Estás bien, jefe? —preguntó Drofd, al mismo tiempo que sacaba el trozo de carne de su bolsillo para ofrecérselo.

Craw esbozó una mueca de dolor al doblar las rodillas y acuclillarse junto al fuego, se tapó una fosa nasal con un dedo y sopló por la otra con un largo resuello, como de un pato moribundo. Después, cogió la carne y le dio un bocado.

—He descubierto que la definición de «bien» cambia a cada invierno que pasa. Estoy bien según los parámetros de estos últimos días. Hace veinte años, habría considerado que me hallaba a las puertas de la muerte.

—Estamos en un campo de batalla, ¿no? —comentó Whirrun, quien era todo sonrisas—. Aquí la Gran Niveladora camina pegada a todos nosotros.

—Bonita reflexión —replicó Craw, agitando los hombros como si alguien le estuviera resoplando en el cuello—. Drofd.

—¿Sí, jefe?

—Si la Unión ataca luego, lo cual supongo que es inevitable... quizá sería mejor que te mantuvieras al margen.

—¿Al margen?

—Será una batalla de verdad. Sé que tienes agallas, pero no cuentas con el equipo necesario para entrar en combate. ¿Un hacha y un arco? Los hombres de la Unión portan armaduras y buenas espadas y todo lo demás... —añadió Craw, negando con la cabeza—. Puedo encontrarte un buen sitio en la retaguardia...

—¡Jefe, no, quiero luchar! —Drofd miró a Beck, como si buscara su apoyo. Pero Beck no tenía ninguno para darle, pues deseaba que pudieran dejarle a él en la retaguardia—. Quiero ganarme un apodo. ¡No me quites esta oportunidad!

Craw hizo una mueca.

—Con apodo o sin él, seguirás siendo el mismo hombre. No mejor. Aunque quizá sí peor.

—Sí —dijo Beck sin darse cuenta.

—Eso es fácil de decir para quien ya lo tiene —replicó Drofd, clavando malhumoradamente la vista en el fuego.

—Si quiere pelear, déjale que pelee —afirmó Wonderful.

Craw alzó la mirada, sorprendido. Como si se hubiese dado cuenta de que no se hallaba exactamente donde pensaba que estaba. Después se recostó sobre un codo y estiró una pierna hacia el fuego, acercando una de sus botas a las llamas.

—Bueno, tú sabrás. Supongo que ahora es tu docena.

—Eso es evidente —replicó Wonderful, tocando la bota de Craw con la suya—. Y todos van a pelear —en ese momento, Yon le dio una palmada a Drofd en el hombro y éste sonrió sonrojado ante la perspectiva de poder obtener la gloria en batalla. Wonderful alargó la mano y le dio un golpe al pomo del Padre de las Espadas—. Además, no necesitas una gran arma para ganarte un apodo. Tú obtuviste el tuyo con los dientes, ¿no fue así, Craw?

—Le arrancaste a uno la garganta a mordiscos, ¿verdad? —preguntó Drofd.

—No exactamente —Craw adoptó una mirada ausente por un momento y la luz del fuego destacó las arrugas que le rodeaban los ojos—. La primera batalla en la que luché fue un día digno de recordar y teñido de sangre, y yo me encontraba en medio de todo aquel caos. Por aquel entonces, era muy ansioso. Quería ser un héroe. Quería ganarme un apodo. Cuando todo acabó, nos encontrábamos sentados alrededor del fuego y esperaba recibir algún apodo temible... —alzó la mirada por debajo de sus cejas— como Beck el Rojo... mientras Tresárboles se lo estaba pensando, le di un buen bocado a un trozo de carne. Supongo que estaría borracho. Se me quedó un hueso atascado en la garganta. Pasé un minuto que apenas era capaz de respirar, en el que todo el mundo me dio golpes en la espada. Al final, un tipo grandote tuvo que ponerme cabeza abajo para que el hueso saliera. Me tiré un par de días casi sin poder hablar. Por eso, Tresárboles me llamó Craw[4], porque se me atascó ahí el hueso.

—Shoglig me dijo —comentó Whirrun canturreando, mientras arqueaba la espalda para mirar el cielo— que mi destino sería revelado... por un hombre que se atragantaría con un hueso.

—Qué suerte la mía —gruñó Craw—. Me puse furioso cuando me dieron ese apodo. Pero ahora entiendo que Tresárboles me hizo en ese momento un favor. De ese modo, me mantuvo con los pies en la tierra.

—Parece que funcionó —señaló Escalofríos con voz ronca—. Pues ahora eres un hombre de honor, ¿no?

—Ya —Craw se relamió los dientes, sumido en una honda tristeza—. Todo un hombre de honor.

Scorry le dio al filo del último cuchillo que había cogido una última pasada con la piedra de afilar y cogió otro más.

—¿Ya conoces a nuestro nuevo recluta, Escalofríos? —le preguntó mientras señalaba con el pulgar hacia un costado—. Es Beck el Rojo.

4 Craw significa «buche». [N. del E.]

—Sí, ya lo conozco —Escalofríos le observó por encima del fuego—. Lo conocí ayer. En Osrung.

Beck tuvo la demencial sensación de que Escalofríos era capaz de ver a través de él con aquel ojo y que sabía que era un mentiroso. Eso le hizo preguntarse por qué ninguno de los demás se había dado cuenta de ello, a pesar de que lo llevaba escrito en la cara como un tatuaje recién hecho. Sintió un cosquilleo en la espalda por culpa del frío y volvió a abrigarse aún más con la capa.

—Menudo día fue ayer —musitó.

—Y me imagino que hoy será parecido —Whirrun se levantó y se estiró cuan largo era, mientras alzaba al Padre de las Espadas por encima de su cabeza—. Si tenemos suerte.

Todavía ayer

La piel azul se estiró ante el paso del acero, la pintura se descascarilló como tierra seca, los pelos de la barba bailaron y en el amplio blanco de esos ojos abiertos de par en par, aparecieron unos hilillos rojos formados por venas. Ella apretó los dientes y siguió empujando, empujando y empujando. Unos patrones de diversos colores estallaron en la negrura de sus párpados cerrados. No podía sacarse aquella condenada música de la cabeza. La música que habían estado tocando los violinistas, quienes seguían tocando, cada vez más rápido. La pipa que le habían hecho fumar había aplacado el dolor, tal como le habían dicho, pero habían mentido en lo de que le haría dormir. Se revolvió hacia el otro lado, acurrucándose bajo las mantas. Como si se pudiera dejar atrás todo un día plagado de muerte al otro lado de la cama con sólo darse la vuelta. (

La luz de las velas se filtraba por la puerta, a través de las grietas que se abrían entre los maderos. Igual que la luz del día había atravesado la puerta de la fría estancia donde las habían mantenido prisioneras. Donde estuvo arrodillada en la oscuridad, mientras intentaba deshacer sus ligaduras con las uñas. Oyó unas voces en el exterior. Oficiales que iban y venían, para hablar con su padre. Para hablar de estrategia y logística. Para hablar sobre la civilización. Para hablar sobre a cuál de las dos quería quedarse Dow el Negro.

Lo que había sucedido se difuminaba con lo que podría haber ocurrido, con lo que debería haber pasado. El Sabueso había llegado una hora antes con sus hombres del Norte y había detenido a esos salvajes antes de que hubieran salido siquiera del bosque. Ella se había percatado de su presencia mucho antes y había avisado a todo el mundo, por lo que había recibido el agradecimiento sofocado del Gobernador Meed. El capitán Hardrick había traído ayuda, en vez de no volver a saberse nunca nada más de él, y la caballería de la Unión había llegado en el momento crucial, como hacía en las historias. Después ella había dirigido la defensa del lugar, desde lo alto de una barricada, con una espada alzada en la mano y el peto manchado de sangre, como en el espeluznante retrato de Monzcarro Murcatto en la batalla de Pinos Dulces que vio una vez colgado de la pared de un mercader con muy mal gusto. Sus fantasías eran una locura y, a pesar de que mientras las iba elaborando era

perfectamente consciente de que eran una locura y de que se preguntaba si no estaría loca ella también, siguió fantaseando igualmente.

Hasta que vislumbraba algo de reojo y volvía a estar allí, de espaldas, con una rodilla clavada en el estómago y una mano sucia alrededor del cuello, incapaz de respirar, y todo el nauseabundo horror que de algún modo no había experimentado en el momento se apoderaba de ella y la invadía como una oleada putrefacta. Entonces, Finree se quitaba de encima las mantas y se levantaba de un salto para recorrer la habitación de una punta a otra, mientras se mordía los labios, mientras se rascaba la parte de la cabeza que estaba cubierta de costras donde no tenía pelo y mientras murmuraba como una demente, imitando voces, todas aquellas voces.

Si se hubiera mostrado más firme con Dow el negro. Si hubiera insistido, si le hubiera exigido, podría haberse llevado a Aliz consigo en vez de dejarla... en la oscuridad, chillando mientras su mano se separaba de las suyas y la puerta se cerraba con un crujido. Volvió a ver una mejilla azul hinchada al atravesarla el acero y Finree mostró los dientes y gimió, y se agarró la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

—Fin.

—Hal —él estaba reclinado sobre ella. La luz de las velas teñía de dorado uno de los lados de su semblante. Finree se sentó y se restregó la cara. La notaba entumecida. Era como si estuviese amasando masa muerta.

—Te he traído ropa limpia.

—Gracias —replicó de un modo risiblemente formal. Tal y como alguien podría dirigirse al mayordomo de otra persona.

—Siento haberte despertado.

—No estaba dormida —seguía sintiendo un regusto extraño en la boca, que notaba un tanto hinchada por lo que había fumado. La oscuridad bullía de colores en los rincones de esa habitación.

—Se me ha ocurrido que debía venir... antes de que amaneciera —se produjo otra pausa más. Probablemente, estaba esperando a que ella dijese que se alegraba de que hubiera venido a verla, pero Finree no estaba de humor para cortesías insulsas—. Tu padre me ha puesto al mando del asalto del puente de Osrung.

Finree no supo qué decir. Enhorabuena. ¡Por favor, no! Ten cuidado. ¡No vayas! Quédate aquí. Por favor. Por favor.

—¿Dirigirás el asalto desde la primera línea? —inquirió Finree, con un tono de voz gélido.

—Desde bastante cerca de la primera línea, supongo.

—No te hagas el héroe —como Hardrick, saliendo por la puerta en busca de una ayuda que nunca llegaría a tiempo.

—No me haré el héroe, te lo prometo. Sólo haré... lo correcto.

—Eso no te ayudará a ascender.

—No lo hago por eso.

—Entonces ¿por qué?

—Porque alguien ha de hacerlo.

Qué distintos eran. Ella era una cínica; él, un idealista. ¿Por qué se había casado con ese hombre?

—Brint parece estar... bien. Teniendo en cuenta las circunstancias.

Finree deseó en ese momento que Aliz estuviera bien y, al instante, intentó apartarla de sus pensamientos. Depositar sus esperanzas en que estuviera bien era perder el tiempo y, además, no andaba sobrada de ellas.

—¿Cómo debería sentirse uno, cuando su esposa ha sido capturada por el enemigo?

—Totalmente desesperado. Bueno, espero que esté bien.

«Bien». Qué expresión tan inútil y forzada. Pero ésa era una conversación inútil y forzada por entero. En esos momentos, Hal le parecía un completo desconocido, que no sabía nada acerca de quién era ella realmente. ¿Cómo pueden dos personas llegar a conocerse verdaderamente? No, en realidad, todo el mundo recorre esta vida a solas, librando sus batallas particulares.

Hal le tomó de la mano.

—Pareces...

Finree no pudo soportar el contacto con su piel y apartó los dedos como si hubiera tocado un horno.

—Vete. Deberías irte.

Hal sufrió un leve tic en su rostro.

—Te amo.

Sólo eran meras palabras, en realidad. A Finree debería haberle resultado muy fácil pronunciarlas. Pero era tan incapaz de decirlas como de volar a la luna. Entonces, le dio la espalda para encararse con la pared y se cubrió los hombros con la manta. Luego, oyó la puerta al cerrarse.

Un momento después, o quizás al cabo de un rato, salió de la cama. Se vistió. Se aclaró el rostro con agua. Se estiró las mangas para tapar las marcas de quemaduras

que le habían dejado las ligaduras en las muñecas y el zigzagueante corte que tenía en el brazo. Abrió la puerta y salió. Su padre se encontraba en la habitación contigua, hablando con el oficial que Finree había visto el día anterior tirado en el suelo, aplastado bajo un armario lleno de platos. No. Era otro hombre.

—Estás despierta —su padre sonreía, pero con cierta prevención, como si esperase que fuera a estallar en llamas de un momento a otro y se estuviera preparando para agarrar un balde lleno de agua. Quizá fuese a estallar en llamas. No le habría sorprendido. Ni tampoco lo habría lamentado demasiado en aquel momento—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —pensó en unas manos que se cerraban en torno a su garganta, imperturbables a sus arañazos, notó el palpitar de la sangre en las orejas—. Ayer maté a un hombre.

Su padre se levantó y le puso una mano en el hombro.

—Puede que te lo parezca, pero...

—Desde luego que me lo parece. Lo apuñalé, con un puñal que le robé a un oficial. Le hundí la hoja en la cara. En la cara. Así que supongo que me cargué a uno de ellos.

—Finree...

—¿Me estoy volviendo loca? —preguntó, a la vez que intentaba contener la risa. Qué pregunta tan estúpida—. Debería alegrarme. Porque las cosas podrían haber salido mucho peor. No pude hacer nada más. Nadie habría podido hacer mucho más. ¿Qué debería haber hecho si no?

—Después de lo que has pasado, sólo un loco estaría en su sano juicio. Intenta comportarte como si... simplemente fuese un día más, un día como cualquier otro.

Finree respiró hondo.

—Por supuesto —le ofreció una sonrisa que esperaba transmitiese confianza en vez de locura—. Sólo es otro día más.

Sobre la mesa había un cuenco de madera con fruta. Finree cogió una manzana, que era mitad verde, mitad color rojo sangre. Pensó que debía comer mientras tuviera oportunidad, para recuperar fuerzas. Después de todo, sólo era otro día más.

En el exterior, el mundo seguía a oscuras. Unos soldados que hacían guardia bajo la luz de las antorchas se quedaron en silencio al verla pasar y la observaron a hurtadillas. Finree quiso vomitarles encima, pero intentó sonreír como si sólo fuese otro día y no le hubiesen parecido exactamente idénticos a los hombres que habían intentando desesperadamente mantener las puertas de la posada cerradas, mientras las astillas saltaban a su lado con cada nuevo hachazo que lanzaban aquellos salvajes.

Salió del sendero y descendió la colina, abrigándose lo más posible. La hierba azotada por el viento se hundía en la oscuridad. Algunos juncos se le enredaron en las botas. Vio a un hombre calvo de pie, que escudriñaba el valle envuelto en la oscuridad mientras los faldones de su chaqueta aleteaban mecidos por el aire. Tenía un puño cerrado a la espalda y su pulgar acariciaba con preocupación su dedo índice constantemente. En la otra sostenía una taza con suma elegancia. Por encima de él, en el cielo de levante, los primeros y tenues claros del amanecer comenzaban a asomar.

Fuera a causa de la pipa o de la falta de sueño, pero, después de lo que había visto el día anterior, el Primero de los Magos ya no le parecía tan terrible.

—¡Otro día más! —exclamó Finree, quien, en esos momentos, se sentía como si fuera capaz de elevarse de la ladera de la colina y ascender flotando hacia el oscuro cielo—. Otro día más para luchar. ¡Debe sentirse tan complacido, Lord Bayaz!

Éste le dedicó una cortés reverencia.

—Yo...

—¿Es «Lord Bayaz» o existe otro término mejor para dirigirse al Primero de los Magos? —Finree se apartó un mechón de pelo de la cara, pero el viento pronto lo devolvió al mismo sitio—. ¿Su Excelencia, o Su «Brujosidad», o Su «Magicosidad»?

—Procuro no ser demasiado ceremonioso.

—Por cierto, ¿cómo llega uno a ser el Primero de los Magos?

—Fui el aprendiz del gran Juvens.

—¿Y él le enseñó magia?

—Me enseñó el Gran Arte.

—Entonces, ¿por qué no la usa para algo, en vez de obligar a los hombres a luchar?

—Porque hacer que los hombres luchen es muy fácil. La magia es el arte y la ciencia de obligar a las cosas a comportarse de un modo no acorde con su naturaleza —Bayaz dio lentamente un sorbo a su taza y observó a Finree por encima del borde de ésta—. No hay nada más natural para los hombres que pelear. Espero que se haya recuperado ya de su calvario de ayer.

—¿Mi calvario? ¡Oh, casi ya lo he olvidado por completo! Mi padre me ha sugerido que me comporte como si hoy sólo fuese un día más. De esa manera, quizá logre que lo sea. Cualquier otro día lo habría dedicado a intentar defender febrilmente los intereses de mi esposo y, por lo tanto, los míos —afirmó, mostrando una sonrisa torcida—. Soy maliciosamente ambiciosa.

Bayaz entornó sus verdes ojos.

—Una virtud que siempre me ha parecido admirable.

—Han matado a Meed —afirmó Finree, quien se lo imaginó abriendo y cerrando la boca como un pez sacado del río, hurgando en el gran desgarrón abierto en su uniforme escarlata y cayendo al suelo cubierto de papeles—. Me atrevería a decir que necesitará un nuevo gobernador de Angland.

—Su Majestad lo necesitará —el Mago dejó escapar un suspiro—. Pero organizar un nombramiento tan importante es un asunto complicado. Sin lugar a dudas, algún pariente de Meed espera que le concedan ese puesto e incluso lo exigirá, pero no podemos permitir que ese cargo se convierta en hereditario. Yo diría que cerca de una veintena de grandes magnates del Consejo Abierto creen merecérselo, pero no podemos promover demasiado la carrera de ningún hombre cuyo poder podría rivalizar con el de la corona. Pues cuanto más se acercan a ésta, menos pueden resistir el impulso de intentar apoderarse de ella, como su suegro podría sin duda atestiguar. Podríamos nombrar a algún burócrata, pero entonces el Consejo Abierto criticaría su elección y lo acusaría de ser un mero hombre de paja, y bastantes problemas causa ya esa gente del Consejo. Hay tantos equilibrios que tener en cuenta, tantas rivalidades, celos y peligros que esquivar, que a veces le entran a uno ganas de abandonar la política por completo.

—¿Por qué no nombran a mi esposo?

Bayaz ladeó la cabeza.

—Es usted muy franca.

—Esta mañana, me parece que sí.

—Otra virtud que siempre he admirado.

—¡Por los Hados, soy admirable! —exclamó Finree, mientras oía cómo la puerta al cerrarse acallaba los sollozos de Aliz.

—Sin embargo, no estoy seguro de cuántos apoyos podría conseguir para su esposo —Bayaz frunció los labios mientras arrojaba los posos de su taza sobre la hierba cubierta de rocío—. Su padre tiene un puesto destacado entre los más infames traidores de la historia de la Unión.

—Muy cierto. Y era el noble más importante de toda la Unión, el hombre más poderoso del Consejo Abierto, a sólo un voto de igualar el poder de la corona —Finree habló sin pararse a pensar en las consecuencias, al igual que una piedra arrojadiza no tiene en cuenta las aguas sobre las que rebota—. Cuando incautaron sus tierras, su poder se esfumó como si nunca hubiera existido. Supongo que los nobles debieron de sentirse amenazados. Por mucho que disfrutaran con su caída, seguramente vieron en ella la sombra de su propio futuro. Me imagino que restituirle

a su hijo una fracción prudente de su poder podría ser urna idea bien recibida en el Consejo Abierto. Así se reafirmarían derechos de las antiguas familias y demás.

Bayaz alzó un poco la barbilla y bajó las cejas.

—Puede ser. ¿Y?

—Y mientras que el gran Lord Brock tenía aliados y enemigos en abundancia, su hijo no tiene ninguno. Ha sido despreciado e ignorado durante ocho años. No forma parte de ninguna facción, no persigue objetivo alguno más que servir fielmente a la corona. Ha probado con creces su honestidad, su valor y su incuestionable lealtad a *Su* Majestad en el campo de batalla —respondió, clavando su mirada en la de Bayaz—. Sería una historia estupenda. Nuestro monarca, en vez de rebajarse a interferir en cuestiones políticas mundanas, escoge recompensar a alguien que ha demostrado su lealtad, su mérito y hace gala de un heroísmo de viejo cuño. A los plebeyos les agradaría, en mi opinión.

—Lealtad, mérito y heroísmo. Esas son unas buenas cualidades para un soldado —comentó Bayaz, como si estuviese hablando de la grasa de un cerdo—. Pero un lord gobernador ha de ser por encima de todo un buen político. Entre otras virtudes, debe ser flexible e implacable, y debe tener buen ojo para saber qué es lo más conveniente en cada momento. ¿Qué tal se maneja su esposo en esos campos?

—Regular, pero quizá alguien cercano a él podría compensar esas cualidades que le faltan.

A Finree le pareció ver el esbozo de una sonrisa asomándose a los labios de Bayaz.

—Estoy empezando a pensar que, efectivamente, sí podría ser. La suya es una sugerencia muy interesante.

—Entonces, ¿no la descarta?

—Sólo el verdaderamente ignorante descarta las nuevas posibilidades al creer que ha pensado en todo. Puede que incluso se lo mencione a mis colegas del Consejo Cerrado la próxima vez que nos reunamos.

—Me parece que sería mejor tomar una decisión al respecto rápidamente, en vez de permitir que toda esta cuestión se convierta en... un problema. No se me puede considerar imparcial, pero, aun así, creo de verdad que mi esposo es el mejor hombre que hay en toda la Unión.

Bayaz profirió una risita mordaz.

—¿Quién dice que quiero al mejor? Podría darse el caso de que un necio alfeñique fuese un lord gobernador de Angland más apropiado para los intereses de todos. Un necio alfeñique, con una mujer estúpida y cobarde.

—Eso me temo que no puedo ofrecérselo. Tenga una manzana —replicó Finree, arrojándole la que tenía, lo cual lo obligó a hacer malabarismos con una mano antes de cogerla con la otra, tras dejar caer su taza entre la hierba y mientras alzaba las cejas sorprendido. Antes de que pudiera decir nada, ella ya se estaba alejando. Apenas era capaz de recordar la conversación. Su mente estaba enteramente centrada en cómo aquella mejilla azul se había hinchado al abrirse paso el acero, mientras lo empujaba y empujaba.

Lo que se nos viene encima

Una línea muy fina separa la posibilidad de alzarse entre la plebe como líder o como ejecutado colgando de la horca. Cuando Craw se subió sobre un cajón vacío para lanzar su pequeña arenga, tuvo que reconocer que se sentía más cerca de la segunda opción que de la primera. Un mar de rostros se abría frente a él. Los Héroes estaban atiborrados de hombres desde un extremo del círculo a otro y muchos más intentaban entrar en él desde más allá. No le ayudaba a sentirse mejor el hecho de que los Caris de Dow el Negro conformasen el grupo de aspecto más siniestro, sombrío y duro que podía encontrarse en todo el Norte. Y eso que en el Norte no escasean los grupos de tipos duros. Probablemente, esos hombres estaban mucho más interesados en darse al pillaje, la violación y el asesinato que en defender alguna concepción de lo correcto, y seguro que tampoco les importaba mucho quien acabara ensartado al otro extremo de su espada.

Craw se alegró de tener al Jovial Yon, a Flood y a Wonderful colocados alrededor de su cajón con cara de pocos amigos. Se alegraba incluso más aún de tener a Whirrun justo al lado. El Padre de las Espadas poseía el metal suficiente como para añadir cierto peso a las palabras de cualquiera. Entonces, recordó lo que le había dicho Tresárboles cuando le nombró su segundo al mando. Estaba intentando ser su líder, no su amante, y lo mejor para un líder es ser temido en primer lugar y apreciado en segundo.

—¡Hombres del Norte! —bramó contra el viento—. En caso de que todavía no os hayáis enterado, he de deciros que Pezuña Hendida ha muerto y Dow el Negro me ha elegido para ocupar su puesto —en ese instante, buscó con la mirada al cabrón más grande, desagradable y burlón de todo el grupo, un tipo que tenía pinta de afeitarse con un hacha, y se dirigió a él—. A partir de ahora, ¡me obedeceréis en todo lo que os ordene! —exclamó—. En eso consiste vuestra misión a partir de ahora —se lo quedó mirando el tiempo suficiente para dejar claro que no le temía a nada, a pesar de que lo opuesto estuviera más cerca de la verdad—. Mantener a todo el mundo con vida será la mía. Lo más probable es que no lo consiga en todos los casos. Así es la guerra. Pero eso no impedirá que, en cualquier caso, siempre lo intente. Y por los muertos que tampoco impedirá que vosotros siempre intentéis cumplir vuestra misión.

Se quedaron rumiando sus palabras, todavía parecían distar mucho de estar convencidos. Había llegado el momento de alardear de sus logros pasados. La jactancia no era uno de sus puntos fuertes últimamente, pero, en esa situación, la modestia no servía para nada.

—¡Me llamo Curnden Craw y hace treinta años que soy un Gran Guerrero! En su día fui el segundo de Rudd Tresárboles —en cuanto pronunció ese nombre, se oyeron varios asentimientos de aprobación—. También conocido como la Roca de Uffrith. Le sostuve el escudo cuando se batió en duelo con Nueve el Sanguinario —aquel nombre levantó un clamor mayor—. Después, luché por Bethod y ahora lucho por Dow el Negro. He tomado parte en todas las batallas de las que vosotros, capullos, habéis oído hablar —torció el labio—. Así que no hará falta que os preguntéis si voy a estar a la altura de este cargo.

No obstante, el propio Craw se lo preguntaba y eso hacía que tuviera las tripas revueltas y temiera cagarse encima de miedo. Sin embargo, su voz seguía sonando ruda y profunda. Dio gracias a los muertos por poseer una voz de héroe, a pesar de que el paso del tiempo le hubiera dado las tripas de un cobarde. Entonces, añadió:

—¡Quiero que hasta el último hombre que hay aquí presente haga hoy lo correcto! —rugió—. Y antes de que os empecéis a reír y me vea obligado a incrustaros mi bota en el culo, que os quede claro que no estoy hablando de dar palmaditas a los críos en la cabeza o de dar vuestra última miga de pan a una ardilla, ni siquiera de ser más osado que Skarling una vez hayamos desenvainado las espadas. No estoy hablando de hacerse el héroe —en ese instante, señaló con la cabeza las piedras que les rodeaban—. Podéis dejarle eso a estas rocas. Ellas no sangrarán por ello. ¡Estoy hablando de ser leal a vuestro jefe! ¡De ser leal a vuestro grupo! ¡De ser leal al hombre que tengáis a vuestro lado! ¡Y, sobre todo, estoy hablando de no dejaros matar!

Entonces, extendió el brazo para señalar a Beck.

—Mirad a este muchacho de aquí. Beck el Rojo es su nombre —los ojos de Beck se abrieron como platos en el momento en que toda la primera hilera de guerreros se volvió para mirarle—. Ayer hizo lo correcto. Defendió una casa en Osrung cuando la Unión llamó a la puerta. Hizo caso a su jefe. Fue leal a su gente. Mantuvo fría la cabeza. Envió a cuatro de aquellos cabrones de vuelta al barro y salió con vida —puede que Craw lo estuviese embelleciendo todo un poco, pero ése era el propósito de cualquier arenga, ¿verdad?—. Si un muchacho de sólo diecisiete años es capaz de impedir a la Unión la entrada a una casa, imagino que unos hombres de vuestra experiencia no deberían tener problema alguno para impedirles el paso en una colina como ésta. Y como todo el mundo sabe lo rica que es la Unión... sin duda dejarán atrás bienes en abundancia cuando echen a correr ladera abajo, ¿eh?

Esas últimas palabras les arrancaron al menos una risa. Nada funcionaba mejor que despertar su codicia.

—¡Eso es todo! —agregó por último—. ¡A vuestros puestos! —acto seguido, bajó de un salto, balanceándose un poco debido al dolor de su rodilla, aunque, al menos, mantuvo el tipo. No recibió ningún aplauso, pero supuso que se había ganado su confianza lo suficiente como para no recibir una cuchillada en la espalda antes de que la batalla hubiese terminado. Y, con ese tipo de gente, era lo máximo que podía esperar.

—Bonito discurso —comentó Wonderful.

—¿Ah, sí?

—Aunque no me ha acabado de convencer esa parte sobre hacer lo correcto. ¿Tenías que decirlo?

Craw se encogió de hombros.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Puede que hayan oído cierta conmoción esta madrugada —dijo el coronel Vallimir, mientras dirigía una mirada severa a los oficiales y sargentos del Primer Regimiento de Su Majestad allí reunidos—. Ese alboroto lo provocó una incursión de hombres del Norte.

—Ese alboroto lo provocó alguien que la cagó hasta el fondo —murmuró Tunny. Se había dado cuenta de lo que ocurría en cuanto había oído el clamor que se alzaba desde el este. No hay mejor receta para cagarla hasta el fondo que combinar estos tres elementos: la noche, unos ejércitos y unas cuantas sorpresas.

—Se produjo cierta confusión en el frente...

—Otra cagada más —murmuró Tunny.

—El pánico se extendió en la oscuridad...

—Y otra más —murmuró Tunny.

—Y... —Vallimir esbozó una mueca— los hombres del Norte se apoderaron de dos estandartes.

Tunny abrió ligeramente la boca, pero no encontró palabras para comentar eso último. Un murmullo de incredulidad recorrió a los ahí reunidos, que fue perfectamente audible a pesar del viento que sacudía las ramas. Vallimir los acalló gritando:

—¡Los estandartes de la Segunda y la Tercera han sido capturados por el enemigo! El general Mitterick... —el coronel dio la impresión de estar eligiendo las palabras con sumo cuidado— no está muy contento.

Tunny resopló. Mitterick nunca estaba contento, ni en la mejor de las ocasiones. Cualquiera podía imaginar cómo habría reaccionado ante el hecho de que les hubieran robado dos de los estandartes de Su Majestad delante de sus mismas narices. Si alguien pudiera pincharlo con un alfiler en aquel instante, probablemente estallaría y se llevaría medio valle consigo. En ese momento, Tunny se dio cuenta de que estaba agarrando el estandarte de la Primera con toda su fuerza y, al instante, aflojó los puños.

—Para empeorar aún más las cosas —prosiguió Vallimir—, al parecer, nos enviaron órdenes de atacar ayer por la tarde, pero nunca las recibimos —Forest miró de reojo a Tunny con suma severidad, pero éste se limitó a encogerse de hombros. Seguían sin tener noticias de Lederlingen. Posiblemente se había presentado voluntario para desertar—. Cuando enviaron la siguiente misiva, ya había oscurecido. De modo que Mitterick quiere que hoy compensemos lo que no hicimos ayer. Tan pronto como amanezca, el general lanzará un asalto contra el Muro de Clail con una fuerza aplastante.

—Oh —Tunny había oído repetidas veces lo de atacar con «fuerza aplastante» en los últimos días y los hombres del Norte seguían sin dejarse aplastar.

—El extremo occidental del muro nos lo van a dejar a nosotros. Es imposible que el enemigo disponga de suficientes hombres para defenderlo una vez haya comenzado el asalto. Tan pronto como les veamos abandonar sus posiciones, cruzaremos el río y atacaremos su flanco —Vallimir se golpeó una mano con otra para ilustrar ese movimiento—. Y así acabaremos con ellos. Es muy sencillo. En cuanto abandonen el muro, atacaremos. ¿Alguna pregunta?

«¿Y si no abandonan el muro?» fue lo que le vino de inmediato a la cabeza, pero Tunny sabía que más le valía no llamar la atención delante de todo un grupo de oficiales.

—Bien —Vallimir sonrió, como si ese silencio significase que el plan debía de ser perfecto, en vez de que sus hombres eran demasiado cortos de mollera, aduladores o cautos como para señalar sus defectos—. Nos faltan la mitad de nuestros hombres y todos los caballos, pero eso no detendrá a la Primera de su Majestad, ¿eh? Si todo el mundo cumple hoy con su deber, todavía tendremos la oportunidad de ser héroes.

Tunny tuvo que reprimir una risa burlona mientras los oficiales cortos de mollera, los aduladores y los cautos rompían filas y se internaban entre los árboles para preparar a sus soldados.

—¿Ha oído eso, Forest? Todos tendremos la oportunidad de ser héroes.

—Me conformaré con sobrevivir a este día, Tunny. Quiero que se adelante hasta el lindero y vigile el muro. Necesito a alguien experimentado ahí arriba.

—Oh, estoy curtido en mil batallas, sargento.

—Y probablemente lo aguarden muchas más, no lo dudo. Tan pronto como vea que los hombres del Norte se marchan, quiero que dé la señal. Otra cosa más, Tunny —éste se volvió—. No será el único que esté observando, así que mejor que no se le ocurran ideas raras. Todavía recuerdo lo que sucedió en aquella emboscada a las afueras de Shricta. O lo que no sucedió.

—No se encontró prueba alguna de negligencia y estoy citando literalmente al tribunal.

—«Citando literalmente al tribunal», menudo personaje está usted hecho.

—Sargento de primera Forest, me deja desolado que un colega como usted pueda tener una opinión tan pésima sobre mí y mi personalidad.

—¿Qué personalidad? —gritó Forest tras él mientras Tunny ascendía la colina entre los árboles. Yema se encontraba agazapado entre los arbustos, prácticamente en el mismo lugar donde habían estado agazapados toda la noche, escudriñando la orilla opuesta del arroyo por el catalejo de Tunny.

—¿Dónde está Worth? —Yema abrió la boca para contestar—. No, no hace falta que responda, me lo puedo imaginar. ¿Ha habido algún movimiento? —Yema volvió a abrir la boca—. Al margen del de los intestinos del soldado Worth, quiero decir.

—No, cabo Tunny.

—Espero que no le moleste que lo compruebe —al instante, le arrebató el catalejo sin esperar respuesta y observó con él la línea que conformaba el muro, pasado el arroyo colina arriba, hacia el este, donde desaparecía por encima de una elevación del terreno—. No es que dude de su experiencia... —no había nadie por delante de aquellas piedras, pero pudo ver numerosas lanzas por detrás, que destacaban ante el oscuro cielo.

—No hay ningún movimiento, ¿verdad, cabo?

—No, Yema —Tunny bajó el catalejo y se rascó el cuello—. Ningún movimiento.

Toda la división del general Jalenhorm, reforzada por dos regimientos de la de Mitterick, había formado filas en la suave pendiente de hierba y cáñamos que conducía hacia los bajíos. Se encontraban de cara al norte. Hacia los Héroes. Hacia el enemigo. *Al menos eso lo hemos hecho bien.*

Gorst nunca había visto tantas fuerzas desplegadas para una batalla en un mismo momento y lugar; las formaciones desaparecían en la oscuridad y la lejanía a ambos lados. Por encima de la soldadesca, sobresalía un bosque de lanzas y de picas, los gallardetes de las compañías ondeaban y, en un lugar cercano, el dorado estandarte del Octavo Regimiento del Rey se desplegaba mecido por la brisa, mostrando orgullosamente varias generaciones de honores ganados en batalla. Las lámparas proyectaban una luz que resaltaba unos rostros solemnes y hacía centellear el afilado acero. Aquí y allá, unos oficiales a caballo, con sus espadas al hombro, esperaban recibir las órdenes para transmitirlas. Asimismo, un puñado de los desarrapados hombres del Norte del Sabueso aguardaban cerca de la orilla, observando aquella multitud de militares.

El general Jalenhorm vestía para la ocasión con algo que era más una obra de arte que una armadura: portaba un peto de acero reluciente como un espejo, grabado por delante y por detrás con soles dorados cuyos incontables rayos se convertían en espadas, lanzas y flechas, que se entrelazaban con guirnaldas de roble y laurel de exquisita factura.

—Deséeme suerte —murmuró, después espoleó a su caballo y lo condujo sobre los guijarros hacia la primera línea.

—Buena suerte —susurró Gorst.

Los hombres estaban tan callados que incluso se pudo escuchar el débil tintineo de la espada de Jalenhorm al ser desenvainada.

—¡Hombres de la Unión! —atronó, alzándola bien alto—. ¡Hace dos días, muchos de ustedes estuvieron entre aquellos que sufrieron una derrota a manos de los hombres del Norte! ¡Entre aquellos que fueron expulsados de la colina que vemos frente a nosotros! ¡La responsabilidad de lo acaecido aquel día fue completamente mía! —Gorst oyó cómo las palabras del general eran pronunciadas por otras voces. Los oficiales estaban repitiendo la arenga para aquellos que se encontraban demasiado lejos como para oír el discurso de su fuente original—. Espero, y confío, que hoy me ayudarán a ganarme la redención. Ciertamente, me siento muy orgulloso de haber recibido el honor de dirigir a unos hombres como ustedes. A unos hombres valientes de Midderland, de Starikland, de Angland. ¡A los valientes hombres de la Unión!

La disciplina castrense prohibía que nadie gritase, pero, aun así, una suerte de murmullo se alzó entre las filas. Incluso Gorst notó que él mismo alzaba la barbilla, henchido de orgullo patriótico. *Se nos humedecen los ojos con tanto patrioterismo barato. Incluso a mí, que sé perfectamente de qué va esto.*

—¡La guerra es terrible! —el caballo de Jalenhorm piafó sobre los guijarros y el general tuvo que tirar de las riendas para poder controlarlo—. ¡Pero la guerra es

también maravillosa! En la guerra, un hombre puede averiguar lo que es y cómo es verdaderamente. Incluso lo que podría llegar a ser. La guerra nos muestra lo peor de los hombres: ¡su avaricia, su cobardía, su salvajismo! Pero también nos muestra lo mejor: ¡nuestro coraje, nuestra fuerza, nuestra piedad! ¡Muéstrenme hoy lo mejor de ustedes mismos! O mejor aún: ¡muéstrenselo al enemigo!

Se produjo una breve pausa mientras unas voces distantes repetían aquella última frase y diversos miembros de la plana mayor de Jalenhorm hacían saber que la arenga había llegado a su fin. Después, los hombres alzaron los brazos como si fueran uno solo y profirieron una atronadora aclamación. Gorst se dio cuenta al cabo de un momento de que también él estaba sumándose a aquella algarabía con su voz aguda y dejó de gritar. El general siguió sentado a lomos de su caballo con la espada levantada en señal de reconocimiento, después dio la espalda a sus hombres y cabalgó hacia Gorst, mientras su sonrisa se iba desdibujando.

—Buen discurso. Para lo que suelen ser estas cosas —el Sabueso estaba encorvado sobre la baqueteada silla de montar de su jamelgo, mientras se soplaba en las manos ahuecadas.

—Gracias —respondió el general tirando de las riendas—. Simplemente he intentado decir la verdad.

—La verdad es como la sal. Los hombres siempre quieren saborearla, pero si toman demasiada, enferman —el Sabueso les sonrió a los dos. Pero ninguno respondió a su sonrisa —Por cierto, bonita armadura.

Jalenhorm bajó la mirada, con cierta incomodidad, hacia su magnífico peto.

—Es un regalo del rey. Con anterioridad, nunca había encontrado la ocasión adecuada para ponérmela... —*Pero si uno no hace desfuerzo de ponerse sus mejores galas cuando va a cabalgar hacia su destino, entonces, francamente, ¿cuándo lo va a hacer?*

—Bueno, ¿cuál es el plan? —preguntó el Sabueso.

Jalenhorm abarcó con el brazo a toda su división, que permanecía a la espera.

—El Octavo y el Decimotercero de Infantería del Regimiento de Stariksa irán en cabeza —*hace que todo esto suene como un baile de boda. Sospecho que las bajas serán más elevadas que nunca*—. El Decimosegundo y los Voluntarios de Adua se encargarán de la segunda oleada —*como olas que rompen en la playa y se deshacen en la arena y son olvidadas*—. Los restos del Regimiento Rostod y del Sexto les seguirán en reserva —*restos, restos. Todos seremos restos, a su debido tiempo.*

El Sabueso resopló mientras observaba la multitud de soldados.

—Bueno, en cualquier caso no va falto de efectivos —*oh, no, y tampoco nos faltará barro en el que enterrarlos.*

—Primero, cruzaremos los bajíos —Jalenhorm señaló entonces hacia los retorcidos canales y bancos de arena con su espada—. Supongo que el enemigo tendrá hombres ocultos en la orilla más lejana dispuestos a iniciar una escaramuza.

—Sin duda alguna —dijo el Sabueso.

A continuación, la espada apuntó hacia las hileras de manzanos, que comenzaban a verse en un terreno en desnivel entre el agua centelleante y la base de la colina.

—Esperamos encontrar alguna resistencia en los manzanos *—aunque lo de «alguna» seguro que se queda corto, supongo.*

—Puede que consigamos obligarles a salir de su escondite entre los árboles.

—Pero no cuenta con más de unas decenas de hombres allí.

El Sabueso guiñó un ojo.

—En la guerra hay cosas que importan más que los números. Ya tengo un par de muchachos ocultos al otro lado del río. Una vez haya cruzado, limítese a darnos una oportunidad de atacar. Si somos capaces de espantados, estupendo. Si no, usted no pierde nada.

—Muy bien —replicó Jalenhorm—. Estoy dispuesto a seguir cualquier curso de acción que pueda salvar vidas *—aunque así esté ignorando el hecho de que todo este asunto de la guerra se basa en masacrar*—. Una vez tengamos controlados los manzanos... —su espada ascendió implacablemente por la desnuda ladera de la colina, señalando las piedras más pequeñas de la estribación sur y, después, las más grandes de la cima, que brillaban con un ligero destello naranja bajo la luz de las mortecinas fogatas. A continuación, se encogió de hombros y dejó caer la espada—. Ascenderemos por la colina.

—¿Cómo que ascenderemos por la colina? —preguntó el Sabueso, arqueando las cejas.

—Eso mismo.

—Joder —replicó el Sabueso. Gorst sólo pudo mostrar su acuerdo con él en silencio—. Llevan ya dos días ahí. Dow el Negro puede ser muchas cosas, pero no es estúpido, estará preparado. Habrá plantado estacas y cavado zanjas. Tendrá hombres apostados en los muros y salvas de flechas listas...

—Nuestro propósito no es necesariamente hacerles retroceder —le interrumpió Jalenhorm, esbozando una mueca como si las flechas estuvieran lloviendo ya sobre él—, sino inmovilizarlos mientras el general Mitterick por la izquierda y el coronel Brock por la derecha rompen sus flancos.

—Ya —dijo el Sabueso, dominado por una cierta incertidumbre.

—Pero esperamos poder lograr mucho más que eso.

—Ya, pero, quiero decir... —el Sabueso respiró hondo y contempló la colina con el ceño fruncido—. Joder —*no creo que yo hubiera podido expresarlo mejor—.* ¿Está usted seguro?

—Mi opinión no cuenta en este caso. El plan es del Mariscal Kroy, quien sigue las órdenes del Consejo Cerrado y los deseos del rey. Mi responsabilidad consiste en elegir el momento oportuno para llevarlo a cabo.

—Bueno, si tiene que hacerlo, yo no esperaría mucho más —el Sabueso se despidió de ellos asintiendo levemente con la cabeza; después, le dio media vuelta a su jamelgo—. Creo que dentro de poco empezará a llover. ¡Y mucho!

Jalenhorm escudriñó el cielo plomizo, que se hallaba lo suficientemente iluminado como para poder ver las nubes que lo atravesaban rápidamente, y suspiró.

—De mí depende elegir el momento para cruzar el río, los manzanos y subir la colina. Simplemente, debemos dirigirnos al norte. Eso es algo que debería hallarse al alcance de mi capacidad, me parece a mí —entonces, permanecieron sentados en silencio sobre sus monturas un momento—. Deseaba por todos los medios hacer lo correcto, pero he demostrado que... no soy el mejor estratega en el ejército de Su Majestad —suspiró de nuevo—. Al menos, todavía puedo dirigir la batalla desde la vanguardia.

—Con el mayor de los respetos, ¿me permitiría sugerirle que permaneciese en retaguardia?

Jalenhorm volvió violentamente la cabeza, atónito. *¿Ante mis palabras o por haberme oído pronunciar más de tres seguidas? La gente me habla como si estuvieran hablando con una pared y esperan que hable tanto como una pared.*

—Su preocupación por mi seguridad es conmovedora, coronel Gorst, pero...

—Llámeme Bremer —*bien podría morir ahora con una persona que conoce por fin mi nombre de pila.*

Los ojos de Jalenhorm se abrieron aún más. Después, mostró una ligera sonrisa.

—Es realmente conmovedora, Bremer, pero me temo que no puedo ni planteármelo. Su Majestad espera...

Que le den a Su Majestad.

—Es usted un buen hombre —*aunque también un completo incompetente*—. Pero en la guerra no hay lugar para los hombres buenos.

—Disiento respetuosamente, en ambos casos. La guerra es una oportunidad maravillosa para redimirse —Jalenhorm entornó los ojos hacia los Héroes, que ahora parecían hallarse tan cerca, pues sólo había que cruzar el río—. Si uno sonríe ante las

fauces del peligro, se desenvuelve bien y defiende su terreno, entonces, viva o muera, se habrá redimido. La batalla puede... purificar a un hombre, ¿verdad? *—No. Si uno se baña en sangre, lo único que consigue es mancharse de sangre—.* Basta mirarle a usted. Puede que yo sea un buen hombre o no, pero usted es sin duda un héroe.

—¿Yo?

—¿Quién si no? Hace dos días, aquí, en estos mismos bajíos, cargó usted solo contra el enemigo y salvó mi división. Es un hecho incontestable, yo mismo fui testigo de parte de esa proeza. Y ayer estuvo en el Puente Viejo, ¿verdad? —señaló el general, mientras Gorst arrugaba el entrecejo—. Dirigió un asalto cuando los hombres de Mitterick estaban atascados en la mierda, un asalto que bien podría hacernos ganar esta batalla de hoy. Es usted toda una inspiración, Bremer. Demuestra que un solo hombre todavía puede valer algo en medio de... todo esto. No tendría por qué estar aquí para luchar hoy y, sin embargo, aquí está, dispuesto a entregar la vida por su rey y su país *—para desperdiciarla por un rey al que no le importa y un país que no puede permitirse el lujo de que le importe—*. Los héroes escasean aún más que los hombres buenos.

—Los héroes son rápidamente ensalzados a partir de los materiales más viles. Son tan rápidamente ensalzados como rápidamente sustituidos. Si yo doy la talla como héroe es porque en verdad no valen nada.

—Permítame discrepar.

—Discrepe, por supuesto, pero, por favor... permanezca en la retaguardia.

Jalenhorm le dedicó una sonrisa triste, alargó el brazo y tocó la abollada hombrera de acero de Gorst con un puño.

—Su preocupación por mi seguridad es verdaderamente conmovedora, Bremer. Pero me temo que no puedo hacerlo. No puedo hacerlo, al igual que no podría hacerlo usted.

—Ya —Gorst contempló con el ceño fruncido la colina, esa masa negra que se alzaba frente a un cielo cubierto de nubes—. Qué lástima.

Calder miró a través del catalejo de su padre. Más allá del círculo de luz que proyectaban todas las lámparas, los campos se desdibujaban en una oscuridad mutable. Abajo, en dirección al Puente Viejo, pudo distinguir pequeños destellos de luz, quizá algún que otro reflejo de metal, pero no mucho más.

—¿Crees que estarán preparados?

—Puedo ver caballos —respondió Pálido como la Nieve—. Muchos caballos.

—¿En serio? Yo no veo una mierda.

—Están ahí.

—¿Crees que nos estarán observando?

—Imagino que sí.

—¿Mitterick estará observando?

—Yo lo haría.

Calder observó el cielo con los ojos entrecerrados y comprobó que se vislumbraban retazos de gris entre las rápidas nubes. Sólo un optimista impenitente lo habría considerado un amanecer y él no lo era.

—Supongo que ha llegado el momento, entonces.

Le dio otro sorbo a la petaca y, tras acariciarse la dolorida vejiga, se la pasó a Pálido como la Nieve; acto seguido, trepó por la pila de cajas, parpadeando a causa de la luz de las lámparas, llamando tanto la atención como una estrella fugaz. Miró hacia atrás y contempló al grupo de hombres que se hallaban reunidos a sus espaldas, conformando una hilera de siluetas oscuras frente al largo muro. En realidad, no les entendía, ni le agradaban, y ellos sentían lo mismo por él, pero había un vínculo muy fuerte entre todos ellos, pues todos se habían beneficiado de la gloria de su padre. Habían sido grandes hombres debido a quién servían. Se habían sentado a la gran mesa del Gran Salón de Skarling, en los lugares de honor. Sin embargo, era cierto que habían caído muy bajo desde la muerte del padre de Calder. Parecía que ninguno de ellos podía soportar seguir cayendo, lo cual era un alivio, ya que un jefe sin soldados no es más que un hombre que se halla muy solo en un enorme campo de batalla bañado en sangre.

Fue perfectamente consciente de que todos los ojos estaban clavados en él mientras se desabrochaba. Tanto los ojos de un par de miles de sus muchachos situados a sus espaldas como también los de unos cuantos hombres de Tenways. Así como la mirada de un par de miles de soldados de caballería de la Unión que tenía frente a él. Esperaba que el general Mitterick se encontrara entre ellos, a punto de estallar de rabia.

Nada. ¿Debía intentar relajarse o empujar? Qué puñeteramente típico sería que después de todo aquel esfuerzo no consiguiera mear. Para empeorar las cosas, como el viento era muy cortante, se le estaba congelando la polla. El hombre que sostenía la bandera a su izquierda, un viejo y canoso Cari con la mejilla atravesada por una gran cicatriz, estaba observando sus esfuerzos con una expresión ligeramente desconcertada.

—¿Te importaría no mirar? —gruñó Calder.

—Lo siento, jefe —respondió el Cari, quien se aclaró la garganta y apartó los ojos de manera pudorosa.

Quizá fue el hecho de que lo llamara jefe lo que lo ayudó a superar el bache. Entonces, Calder notó un cosquilleo de dolor en la vejiga y sonrió, dejó que se incrementara esa sensación, echó la cabeza hacia atrás y miró el cielo cárdeno.

—¡Ja! —la orina arreció brillante bajo la luz de las lámparas y cayó sobre la primera bandera con un chapoteo similar al de la lluvia cuando cae sobre las margaritas. Tras Calder, una oleada de carcajadas sacudió a las tropas. Quizá fuesen fáciles de contentar, pero lo cierto es que los grupos de combatientes no tienden a decantarse por las bromas sutiles, sino que les encantan los pedos, las meadas y las caídas y tropiezos.

—También tengo para ti —afirmó, trazando un pulcro arco hacia la otra bandera; a continuación, sonrió burlonamente en dirección a la Unión. A sus espaldas los hombres comenzaron a brincar y bailar y a hacer cortes de mangas por encima de la cebada. Puede que no fuese un gran guerrero o un gran líder, pero sabía cómo hacer reír a los hombres y también cómo enfurecerles. Acto seguido, señaló al cielo con su mano libre, lanzó un aullido y meneó las caderas esparciendo su orina en todas direcciones.

—¡También me cagaría encima de ellas! —gritó, mirando hacia atrás—. ¡Pero estoy estreñido por culpa de los guisos de Ojo Blanco!

—Entonces, ¡yo me cagaré en ellas! —exclamó alguien, provocando unas cuantas risas agudas.

—¡Resérvate para la Unión, podrás cagarte en ellos tan pronto como lleguen aquí!

Los hombres lo jalearon y rieron, blandieron sus armas en dirección al cielo y golpearon con ellas sus escudos provocando así una alegre algarabía. Un par de ellos habían trepado incluso al muro y estaban meando en dirección a las formaciones de la Unión. A lo mejor les parecía más divertido de lo que realmente era porque sabían lo que venía desde el otro lado de la cebada, pero, aun así, Calder sonrió al oírlo. Al menos, había dado la cara y había hecho una cosa merecedora de formar parte de las canciones. Al menos, había hecho reír a los hombres de su padre. A los hombres de su hermano. A sus hombres.

Antes de que los masacraran a todos.

A Beck le dio la impresión de que podía oír risas resonando en el viento, pero no tenía ni idea de quién podría tener motivos para reír en esas circunstancias. Empezaba a haber luz suficiente como para ver al otro lado del valle. Luz suficiente como para hacerse una idea del número de soldados de la Unión. Al principio, Beck no había creído que aquellos difusos bloques que se veían al otro lado de los bajíos

pudieran ser sólidas masas de hombres. Después, había intentando convencerse de que no lo eran. Ahora, no había modo de negarlo.

—Hay miles de ellos —susurró.

—¡Lo sé! —Whirrun prácticamente daba saltos de alegría—. Y cuantos más haya, mayor será nuestra gloria, ¿verdad, Craw?

Craw paró, por un momento, de morderse las uñas.

—Oh, sí. Desearía que fueran el doble.

—¡Por los muertos, yo también! —Whirrun respiró hondo y luego exhaló lentamente a través de una radiante sonrisa—. Pero nunca se sabe. ¡A lo mejor hay más que no alcanzamos a ver!

—No hay que perder la esperanza —gruñó Yon por la comisura de la boca.

—¡Joder, adoro la guerra! —canturreó Whirrun—. ¡Me encanta, joder! ¿A vosotros no?

Beck no dijo nada.

—El olor. Lo que me hace sentir —entonces, recorrió con una mano, de arriba abajo, la manchada vaina de su espada, provocando un ligero ruido de fricción—. La guerra es honesta. No hay mentiras en ella. Aquí no hay que decir lo siento. No hace falta esconderse. No puedes. Y si mueres... ¿qué más da? Mueres entre amigos. Entre enemigos dignos. Mueres mirando a la Gran Niveladora a la cara, ¿Y si sobrevives? Bueno, muchacho, eso sí que es vivir, ¿no te parece? Un hombre no está vivo de verdad hasta que se enfrenta a la muerte —Whirrun pisoteó el suelo—. ¡Me encanta la guerra! Es una lástima que Cabeza de Hierro esté ahí abajo, en los Niños. ¿Crees que conseguirán llegar hasta aquí arriba, Craw?

—No podría decirte.

—Me imagino que sí. Espero que lo hagan. A ser posible antes de que empiece a llover. Ese cielo parece obra de brujas, ¿eh? —era cierto que el primer destello del amanecer tenía un color extraño, pues grandes torres de nubes plomizas se dirigían hacia el norte. Whirrun se puso de puntillas y empezó a dar sal titos—. ¡Me cago en la puta, no puedo esperar más!

—Y, sin embargo, ¿no son personas también? —musitó Beck, pensando en el rostro de aquel hombre de la Unión que había visto muerto en la casa el día anterior—. ¿Acaso no son iguales que nosotros?

Whirrun lo miró entornando los ojos.

—Lo más probable es que sí. Pero si empiezas a pensar de esa manera, en fin... acabarás por no matar a nadie.

Beck abrió la boca para replicar, pero la cerró de inmediato. Ante ese comentario no podía decir gran cosa. Esa reflexión tenía tanto sentido como cualquier otra cosa de las que habían ocurrido en los últimos dos días.

—Para ti es fácil decirlo —rezongó Craw—. Shoglig te dijo el momento y lugar de tu muerte y sabes que no será ni hoy ni aquí.

Whirrun sonrió aún más.

—Bueno, eso es cierto y reconozco que es un estímulo para mi coraje, pero, si me hubiese dicho que iba a ser aquí y ahora, ¿de verdad crees que eso supondría alguna diferencia para mí?

Wonderful resopló.

—A lo mejor no le darías tanto a la lengua.

—¡Oh! —Whirrun ni siquiera estaba escuchando—. ¡Ya se han puesto en marcha, mirad! ¡Qué pronto! —en ese instante, señaló con el Padre de las Espadas hacia el oeste, hacia el Puente Viejo, mientras pasaba el otro brazo por encima de los hombros de Beck. Su fuerza era temible; prácticamente, alzó a Beck sin pretenderlo—. ¡Mira qué caballos tan preciosos! —Beck no pudo ver gran cosa al margen de la oscura tierra, los reflejos del río y algunas motas de luz—. Son tan atrevidos, ¿no os parece? ¡Qué descaro el suyo! ¡Ya están preparados para entrar en acción cuando prácticamente ni siquiera ha amanecido!

—Aún está demasiado oscuro como para cabalgar —observó Craw, meneando la cabeza de lado a lado.

—Deben de estar tan puñeteramente ansiosos como yo. Eso quiere decir que van en serio, ¿eh, Craw? Oh, por los muertos —acto seguido, agitó su espada hacia el valle, arrastrando a Beck hacia delante y hacia atrás; prácticamente, lo levantó en volandas—. ¡Seguro que cantarán canciones sobre este día!

—No me cabe duda —masculló Wonderful entre dientes—. Hay gente a la que cualquier mierda le sirve de excusa para cantar.

El enigma del terreno

—Aquí vienen —dijo Pálido como la Nieve, completamente inexpresivo, como si no se les echase encima nada más amenazador que un rebaño de ovejas. Tampoco es que hiciese falta anunciarlo. Calder podía oírles, por muy oscuro que estuviese aún el día. Primero, escuchó la prolongada nota de una trompeta; después, a lo lejos pero cada vez más cerca, el susurro del roce de los caballos al abrirse paso entre las cosechas, salpicado por gritos, relinchos y crujidos de arreos que parecían estremecer a un sudoroso Calder que tenía la piel muy fría. Eran ruidos débiles, pero teñidos de una aplastante inevitabilidad. Iban a por ellos y Calder no sabía si mostrarse petulante o aterrorizado. Se decidió por una mezcla de ambas.

—No puedo creer que hayan picado —casi quería echarse a reír de lo absurdo que le parecía. No sabía si reírse o vomitar—. Cabrones arrogantes.

—Si en algo puedes confiar en una batalla es en que los hombres raras veces hacen algo sensato —bien dicho. Si Calder hubiese tenido algo de sensatez, él también se hallaría en esos momentos a lomos de un caballo, al que espolearía con fuerza en dirección al lugar más lejano posible—. Eso es lo que hizo de tu padre un gran hombre. Siempre mantenía la cabeza fría, incluso ante el fuego.

—¿Dirías que ahora estamos en el fuego?

Pálido como la Nieve se inclinó hacia delante y escupió con sumo cuidado.

—Diría que estamos a punto de entrar en él. ¿Crees que mantendrás la cabeza fría?

—No veo por qué no —los ojos de Calder se movieron nerviosamente de un lado a otro, por encima de la serpenteante línea de antorchas situadas frente al muro. La línea que conformaban sus hombres, siguiendo la suave elevación y caída del terreno.

«El terreno es un enigma que debe ser resuelto», solía decir su padre. «Cuanto mayor sea el ejército, más difícil resulta desentrañar ese enigma». El había sido un maestro en ese arte. Le bastaba con echar un vistazo para saber dónde colocar a cada hombre y cómo hacer que cada inclinación, árbol, arroyo y vallado jugaran en su favor. Calder había hecho lo que había podido para aprovechar cada túmulo y

morón y había colocado a sus arqueros tras el Muro de Clail, pero dudaba que aquel montón de piedras levantadas a la altura de la cintura por algún granjero supusiera para los caballos de guerra nada más que un ligero ejercicio de salto.

La triste verdad era que una extensión plana repleta de cebada no ofrecía mucha ventaja. Excepto para el enemigo, claro. Ellos, sin duda, debían de estar encantados.

A Calder no se le escapaba la ironía de que había sido su padre quien había aplanado aquel terreno. Quien había dividido aquel valle y muchas otros en pequeñas granjas. Quien había arrancado los matorrales y rellenado las zanjas para que los campesinos pudiesen sembrar más cosechas y pagar más impuestos y alimentar a más soldados. Quien había extendido una alfombra dorada de bienvenida para la imbatible caballería de la Unión.

Calder podía distinguir a duras penas, recortada frente a las oscuras rocas del otro extremo del valle, una ola negra que barría aquel negro mar de cebada. Una cresta de metal afilado lanzaba destellos sobre ella. De repente, pensó en Seff. Su rostro se le apareció con tanta claridad que le cortó el aliento. Se preguntó si volvería a ver su cara, si viviría para besar a su hijo. Después, aquellos tiernos pensamientos se vieron aplastados por el tamborileo de los cascos en el momento en el que el enemigo echó a trotar. Por las vociferantes órdenes de los oficiales que se esforzaban por mantener sus filas cerradas, por contener cientos de toneladas de carne equina y convertirla en una masa imparable.

Calder miró de reojo a su izquierda. A no demasiada distancia el terreno se curvaba para ascender hacia el Dedo de Skarling, donde las cosechas daban paso a una hierba muy fina. Aquel terreno era mucho mejor, pero pertenecía a ese hijo puta sibilino de Tenways. Después, miró hacia la derecha. Ahí había otra ladera menos pronunciada, que el Muro de Clail atravesaba por en medio hasta desaparecer por el otro lado, donde descendía hacia el arroyo. Sabía que más allá del arroyo se extendía un bosque que se encontraba repleto de tropas de la Unión, deseosas de cargar contra su mal protegido flanco para destrozarlo. Pero esos enemigos que Calder no podía ver estaban lejos de ser su problema más urgente. Eran los cientos, si no miles, de jinetes fuertemente armados que se dirigían hacia él, y sobre cuyas preciadas banderas había orinado, los que requerían su atención. Sus ojos parpadearon al posarse sobre aquella marea de caballería, donde detectó pequeños detalles en la oscuridad; leves atisbos de rostros, escudos, lanzas, armaduras.

—¿Flechas? —inquirió gruñendo Ojo Blanco, a la vez que se inclinaba junto a él.

Era mejor que pareciese que tenía cierta idea del alcance de sus arcos, por lo que esperó un momento antes de chasquear los dedos.

—Sí, flechas.

Ojo Blanco rugió la orden y, acto seguido, Calder oyó las cuerdas tensarse a sus espaldas. Después, las flechas pasaron por encima de él para caer entre las cosechas que los separaban del enemigo y también sobre el adversario. Pero ¿de verdad podrían aquellos pedazos de madera y metal causar algún daño a toda aquella carne acorazada?

El ruido que anunciaba la llegada de sus rivales era como una tormenta que bramase delante de su faz y que le empujaba hacia atrás a medida que se iban acercando y acelerando, a medida que se dirigían al norte, hacia el Muro de Clail, hacia la endeble línea defensiva de los hombres de Calder. Los cascos castigaban la temblorosa tierra y las cosechas arrasadas salían despedidas a gran altura. Calder sintió la repentina necesidad de echar a correr. Como si una sacudida recorriera todo su cuerpo. Entonces, se percató de que estaba retrocediendo a su pesar. Enfrentarse a aquello era tan insensato como permanecer inmóvil bajo una montaña que se derrumba.

Pero descubrió que a cada momento que pasaba se sentía menos asustado y más embargado por la emoción. Llevaba toda su vida esquivando aquello, inventándose excusas. Ahora se estaba enfrentando a ello y acababa de descubrir que no era tan terrible como siempre había temido. Mostró sus dientes ante el amanecer. Casi sonriendo. Casi riéndose. El iba a conducir a unos Caris a la batalla. El iba a enfrentarse a la muerte. De repente, se encontró de pie, con los brazos abiertos en gesto de bienvenida, mientras rugía algo ininteligible con toda la fuerza de sus pulmones. Él, Calder, el mentiroso, el cobarde, estaba interpretando el papel de héroe. En verdad, nunca se sabe quién va a ser llamado a desempeñar ese papel.

Cuanto más se acercaban los jinetes, más se inclinaban sobre sus monturas y bajaban las lanzas. Cuanto más rápido avanzaban hacia un galope letal, más lentamente parecía transcurrir el tiempo. Calder deseó haber prestado más atención a su padre cuando hablaba sobre cómo aprovechar el terreno. Recordó que solía hablar sobre ello con una mirada ausente, como la de un hombre recordando un amor perdido. Deseó haber aprendido a utilizar el terreno como un escultor usa la piedra. Pero había estado muy ocupado presumiendo, follando y ganándose enemigos que le perseguirían durante el resto de su vida. De modo que la noche anterior, cuando había observado el terreno y había visto que jugaba completamente en su contra, había hecho lo que mejor sabía hacer.

Trampas.

Los jinetes no tenían posibilidad alguna de ver la primera zanja, no con aquella oscuridad y entre tanta cebada. Sólo era una pequeña trinchera, de apenas treinta centímetros de ancho y de profundidad, excavada en zigzag a través de los sembrados. La mayor parte de los caballos pasó por encima sin percatarse. Pero un par de ellos metieron sus cascos de lleno y cayeron al suelo. Cayeron con tanta fuerza

que acabaron convertidos en un amasijo de miembros, riendas, armas y polvo. Y allí donde caía uno, caían los que le seguían, atrapados en el caos.

La segunda zanja era el doble de ancha y el doble de profunda. Más caballos se precipitaron violentamente en cuanto la línea de vanguardia se hundió en ella. Un jinete salió volando con la lanza todavía en la mano. La formación, endeble ya de por sí debido a su ansiedad por llegar cuanto antes hasta el enemigo, comenzó a romperse por completo. Algunos siguieron avanzando de manera desordenada. Otros intentaron reducir la marcha al darse cuenta de que algo iba mal, extendiendo así la confusión y el caos al mismo tiempo que otra andanada de flechas caía sobre ellos. Se convirtieron en una masa ingobernable, tan peligrosa para ellos mismos como para Calder y sus hombres. El terrible trueno de los cascos se transformó en una lamentable cacofonía de golpes y caídas, gritos y relinchos, y órdenes desesperadas.

La tercera zanja era la mayor de todas. De hecho, eran dos. Tan rectas como eran capaces de cavarlas hombres del Norte en mitad de la noche y con una ligera curvatura hacia el interior. De ese modo, estrechaban el paso de los hombres de Mitterick a ambos lados encaminándolos hacia un pasaje situado en el centro, donde habían colocado las preciosas banderas. Donde aguardaba Calder. Mientras observaba cómo aquella muchedumbre de caballos convergían hacia él, se preguntó si no debería haber buscado otro lugar, pero ya era demasiado tarde para eso.

—¡Lanzas! —rugió Pálido como la Nieve.

—¡Sí! —musitó Calder, blandiendo su espada mientras retrocedía un par de cautos pasos—. Buena idea.

Entonces, unos hombres escogidos por Pálido como la Nieve, que habían peleado con el hermano de Calder y con su padre en Uffrith y Dunbrec, en el Cumnur y en las Altas Cumbres, salieron de detrás de la cebada azotada por el viento dispuestos en cinco filas, aullando su grito de guerra y con sus largas lanzas extendidas en una barrera letal, cuyas puntas centelleaban bajo el primer rayo de sol que caía sobre el valle.

Los caballos relincharon, se resbalaron y tropezaron, arrojaron a sus jinetes de sus lomos y se vieron empujados contra las lanzas por el impulso de quienes les seguían. Al instante, se oyó un enloquecido coro conformado por los chillidos del acero y los hombres atrapados, de la madera torturada y la carne torturada. Los palos de las lanzas se curvaron y partieron, por doquier volaron astillas. Una nueva penumbra cobró forma por mor de la tierra levantada y del polvo que ascendían al aplastarse la cebada. Y, en mitad de todo ello, Calder tosía, mientras su espada pendía de su lacia mano.

Mientras se preguntaba qué extraña convergencia de infortunios había permitido que aquella locura tuviese lugar. Y si algún otro capricho del azar podría permitirle salir de aquella situación con vida.

Adelante y hacia arriba

—¿Cree que podríamos calificar esto de amanecer? —preguntó el general Jalenhorm.

El coronel Gorst encogió sus grandes hombros, lo cual provocó que rechinara ligeramente su baqueteada armadura.

El general bajó la mirada hacia Retter.

—¿Usted diría que esto es un amanecer, muchacho?

Retter parpadeó hacia el cielo. Hacia el este, donde imaginaba que debía de estar Osrung, aunque él nunca había estado allí, donde las pesadas nubes tenían un leve y ominoso matiz de claridad a lo largo de sus contornos.

—Sí, mi general —respondió con un patético tono de voz agudo y chillón, por lo que, acto seguido, se aclaró la garganta, avergonzado.

El general Jalenhorm se inclinó hacia, él y le dio una palmadita en el hombro.

—No hay vergüenza alguna en sentir miedo. El valor consiste en estar asustado y cumplir de todas maneras.

—Sí, señor.

—Limítese a quedarse cerca de mí. Si cumple con su deber, todo irá bien.

—Sí, señor —aunque Retter se vio obligado a preguntarse cómo el mero hecho de cumplir con su deber iba a detener una flecha. O una lanza. O un hacha. A él le parecía una locura ascender una colina tan grande como aquella, repleta de norteños babeantes al acecho. Todo el mundo decía que babeaban. Pero él sólo tenía trece años y llevaba seis meses en el ejército, así que no sabía gran cosa al margen de limpiar botas y de tocar la corneta para indicar a las tropas qué maniobras debían realizar. Ni siquiera estaba completamente seguro de qué significaba la palabra «maniobras», sólo fingía que lo sabía. No obstante, no había lugar más seguro en esa batalla que hallarse junto al general y a un verdadero héroe como el coronel Gorst, aunque no tuviera ni mucho menos aspecto de héroe y tampoco tuviera la voz de un héroe. Pese a que carecía por completo de carisma y encanto, Retter supuso que, en caso de necesitar un ariete, aquel hombre haría muy bien las veces de éste.

—Muy bien, Retter —dijo Jalenhorm, a la vez que desenvainaba su espada—. Toque la orden de avance.

—Sí, señor —Retter se humedeció cuidadosamente los labios con la lengua, inspiró profundamente y alzó la corneta, preocupado, repentinamente, ante la posibilidad de que se le resbalase de su sudorosa mano y se equivocara de nota, de que estuviera por algún motivo llena de barro y sólo sonase como un pedo miserable mientras escupía una llovizna de agua sucia. Tenía pesadillas con eso. Quizá esto que estaba viviendo fuese otra de ellas. Esperaba que así fuese.

Pero la orden de avance sonó con gran intensidad y nitidez, igual de recia que en los desfiles. «¡Adelante!», cantó la corneta. Al instante, la división de Jalenhorm se puso en marcha, el propio Jalenhorm se puso en marcha, así como el coronel Gorst y los demás subalternos del general, ondeando los gallardetes. Así que, con cierta renuecencia, Retter se vio obligado a espolear a su poni y chasqueó la lengua, y también él se puso en marcha. Su montura aplastó bajo sus cascos los guijarros de la orilla y, después, se internó en las aguas estancadas.

Suponía que podía considerarse afortunado de al menos ir a caballo, pues saldría de allí con los pantalones secos. A menos que se mease encima. O le hiriesen en las piernas. Dos posibilidades bastante probables, ahora que lo pensaba.

Un par de flechas salieron volando desde la otra orilla, si bien Retter no habría podido decir exactamente de dónde. Estaba más interesado en hacia dónde se dirigían. Un par chapotearon inofensivamente entre los canales, más adelante. Otras se perdieron entre las tropas, sin causar daños aparentes. Retter se estremeció cuando una de ellas rebotó contra un casco y cayó dando vueltas entre las piernas de los soldados. Todos los demás tenían armadura. El general Jalenhorm llevaba la que tenía pinta de ser la armadura más cara del mundo. A Retter no le parecía justo que él no tuviera también una, pero suponía que lo justo era algo que no tenía cabida en el ejército.

Echó una mirada hacia atrás mientras su poni salía del agua y se adentraba en una pequeña isla de arena, cubierta en un extremo por una maraña de maderos a la deriva. Los bajíos se encontraban repletos de soldados que marchaban hundidos hasta los tobillos, las rodillas y, en algunos lugares, incluso hasta la cintura. Tras ellos, la larga orilla se hallaba completamente cubierta por hombres que esperaban su turno para seguirles y aún más seguían apareciendo sobre la cima que se erguía tras ellos. Ser uno entre tantos hizo que Retter se sintiera envalentonado. Aunque los hombres del Norte matasen a cien, aunque matasen a mil, seguirían quedando muchos millares en pie. No estaba completamente seguro de cuántos eran un millar, pero debían ser muchos.

Entonces se le ocurrió que todo aquello estaba muy bien a menos que él fuese uno de los miles que iban a acabar en el fondo de un hoyo, en cuyo caso, eso no iba a estar bien en absoluto; sobre todo, después de haber oído que sólo los oficiales obtendrían ataúdes, ya que a él no le agradaba nada la idea de yacer tirado en el frío barro. Miró con nerviosismo hacia los manzanos y volvió a estremecerse cuando una flecha rebotó contra un escudo a una docena de pasos de distancia.

—¡Mantenga el ritmo, muchacho! —exclamó Jalenhorm, espoleando a su caballo hacia el siguiente banco de guijarros. Habían atravesado la mitad de los bajíos y ahora la gran colina se cernía más escarpada aún por detrás de los árboles.

—¡Señor! —Retter se dio cuenta de que estaba encorvando los hombros, encogiéndose sobre la silla de montar para ofrecer un blanco más pequeño. Se dio cuenta de que parecía un cobarde y, de inmediato, se obligó a sentarse derecho. En la orilla opuesta vio cómo varios hombres salían precipitadamente de entre los arbustos. Se trataba de unos hombres desarrapados que llevaban arcos. Se percató de que debían de ser el enemigo. Unos norteños dispuestos a librar alguna escaramuza. Se hallaban lo suficientemente cerca como para que si les gritaba, lo oyeran. Tan cerca que parecía un poco absurdo. Como cuando jugaba al «que te pillo» detrás del granero. Se sentó más erguido aún y se obligó a echar los hombros hacia atrás. Sus adversarios parecían tan asustados como él. Uno, que tenía el pelo rubio y alborotado, se arrodilló para disparar una flecha que cayó de manera inofensiva entre la arena, por delante de la avanzadilla. Después, se volvió y corrió a refugiarse entre los manzanos.

Curly se agachó entre los árboles junto a los demás, atravesó corriendo la oscuridad impregnada del olor a manzana y se dirigió colina arriba. Brincó por encima de los troncos caídos y se dejó caer de rodillas al otro lado para mirar hacia el sur. El sol apenas se había alzado y los manzanos se encontraban cubiertos de sombras. Podía ver el resplandeciente metal que sostenían unos hombres escondidos en una hilera entre los árboles.

—¿Ya vienen? —preguntó alguien—. ¿Están aquí?

—Ya vienen —contestó Curly. Puede que hubiese sido el último en echar a correr, pero eso no era motivo de orgullo alguno. Estaban hechos un manojo de nervios tras ver la abrumadora cantidad de cabrones que había allí. Era como si la misma tierra estuviese hecha de hombres. Como si bullera de adversarios. No merecía la pena seguir en la orilla, donde apenas había protección, salvo la que brindaban un par de escuálidos arbustos; además, sólo contaban con un par de docenas de flechas para dispararselas a toda aquella masa informe, lo cual sería tan inútil como atacar a un enjambre de abejas con una aguja. Allí entre los árboles

podrían probar mejor sus fuerzas. Cabeza de Hierro lo entendería. Curly esperaba que lo entendiese, joder.

Mientras retrocedían, acabaron juntándose con otros tipos a los que no conocía. Un veterano alto que llevaba una capucha roja se encontraba agazapado junto a él entre las moteadas sombras. Probablemente, era uno de los muchachos de Dorado. Los grupos de Dorado y de Cabeza de Hierro no solían tenerse demasiado cariño. No más del que se tenían los propios Dorado y Cabeza de Hierro; es decir, no se podían ver. Pero ahora mismo tenían otras preocupaciones.

—¿Habéis visto cuántos son? —gimoteó alguien.

—Cientos, joder.

—Cientos y cientos y cientos y...

—No estamos aquí para detenerles —gruñó Curly—. Sino para ralentizar su avance, eliminar a unos cuantos y darles algo en lo que pensar. Después, cuando no quede más remedio, retrocederemos hasta los Niños.

—Retrocederemos —repitió alguien, como si le pareciera la mejor idea que había oído en su vida.

—¡Cuando no quede más remedio! —replicó Curly, mirando hacia atrás.

—Los acompañan unos cuantos hombres del Norte —afirmó alguien—. Los chicos del Sabueso, supongo.

—Cabrones —rezongó alguien.

—Sí, son unos cabrones. Unos traidores —apostilló el hombre de la capucha roja, que escupió por encima del tronco—. He oído que Nueve el Sanguinario está con ellos.

Entonces, reinó un tenso silencio. El mero hecho de oír aquel nombre no envalentonaba precisamente a nadie.

—¡Nueve el Sanguinario volvió hace tiempo al barro! —exclamó Curly, agitando nerviosamente los hombros—. Murió ahogado. Dow el Negro lo mató.

—Quizá —el hombre de la capucha roja parecía tan siniestro como un enterrador—. Pero he oído que está aquí.

La cuerda de un arco resonó junto al oído de Curly y éste se volvió bruscamente.

—¿Pero qué co...?

—¡Lo siento! —replicó un joven al que le temblaba un arco en la mano—. No quería hacerlo, ha sido...

—¡Nueve el Sanguinario! —anunció un grito entre los árboles a su izquierda. Un grito quejoso y aterrorizado—. ¡Nueve el...! —el grito se convirtió en un prolongado chillido que acabó transformándose en un desconsolado sollozo. Después, una risotada demente brotó de los manzanos situados frente a ellos, lo cual provocó que a Curly se le empapara el cuello de sudor. Era un sonido más propio de un animal. Un sonido diabólico. Todos permanecieron agazapados durante un momento muy largo. Observando, en silencio, incrédulos.

—¡A la mierda! —gritó alguien; al instante, Curly se volvió a tiempo de ver a uno de los muchachos alejarse corriendo entre los árboles.

—¡No pienso pelear contra Nueve el Sanguinario! ¡No, no lo haré! —exclamó un chico mientras retrocedía y alborotaba las hojas caídas.

—¡Volved aquí, cabrones! —gritó Curly agitando su arco, pero ya era demasiado tarde. Volvió a girar la cabeza al oír otro grito ahogado. No consiguió adivinar de dónde había salido, pero desde luego sonaba como algo surgido del mismísimo infierno.

—¡Nueve el Sanguinario! —rugió alguien de nuevo entre la penumbra que reinaba al otro lado. A Curly le pareció ver unas sombras entre los árboles y tal vez el centellear del acero. Unos cuantos más habían echado a correr, a izquierda y derecha. Abandonaron así unos buenos puestos defensivos tras aquellos troncos sin haber disparado siquiera un dardo ni haber desenvainado una espada. Cuando miró hacia atrás, la mayor parte de sus muchachos le estaban dando ya la espalda. Uno incluso había dejado atrás su carcaj, colgando de un arbusto.

—¡Cobardes! —exclamó, pero no podía hacer nada. Un jefe puede meter en vereda a uno o dos de sus muchachos, pero cuando todos a la vez echan a correr, se siente presa de una absoluta impotencia. El poder que confiere el mando puede parecer algo indiscutible y férreo, pero en última instancia sólo es una idea que todo el mundo ha decidido creer. Para cuando volvió a refugiarse tras el tronco, todos sus chicos ya habían dejado de creer en esa idea, y, por lo que Curly pudo apreciar, ya sólo quedaban él y el desconocido de la capucha roja.

—¡Ahí está! —murmuró éste, poniéndose tenso de repente—. ¡Es él!

Las carcajadas de ese demente volvieron a recorrer ese bosquecillo y rebotaron entre los árboles, parecían provenir de todas partes y de ninguna. Curly preparó una flecha, sintiendo las manos pegajosas por el sudor y el arco también pegajoso entre ellas. Sus ojos se movieron inquietos hacia todos lados, captando sombras aquí y allá, ramas rotas y sombras de ramas rotas. Nueve el Sanguinario estaba muerto, eso todo el mundo lo sabía. Pero ¿y si no fuese así?

—¡No veo nada! —gritó, mientras le temblaban las manos, pero a la mierda, Nueve el Sanguinario sólo era un hombre y una flecha bastaría para matarle como a

cualquier otro. Sólo era un hombre, nada más. Y Curly no pensaba huir de hombre alguno, por muy duro que fuese y por mucho que todos los demás hubieran escapado. Ni hablar—. ¿Dónde está?

—¡Allí! —susurró el de la capucha roja, quien le cogió del hombro y señaló entre los árboles—. ¡Ahí está!

Curly levantó el arco, escudriñando entre la penumbra.

—No lo... ¡Ah! —de repente, notó un intenso dolor en las costillas y soltó la cuerda. Su flecha cayó inerte al suelo. Curly sintió nuevamente aquel dolor punzante y bajó la mirada para ver que el hombre de la capucha roja lo había apuñalado. Tenía la mano manchada de sangre. La empuñadura de la daga le sobresalía del pecho. Curly agarró de la camisa a aquel hombre y se la retorció.

—¿Qu...? —pero no le quedó aliento suficiente para terminar la pregunta y se percató de que era incapaz de tomar otra bocanada.

—Lo siento —dijo el hombre, esbozando una mueca de disgusto mientras lo acuchillaba de nuevo.

Si bien Sombrero Rojo miró rápidamente a su alrededor, con el fin de asegurarse de que nadie lo estuviera observando, daba la impresión de que todos los muchachos de Cabeza de Hierro estaban muy ocupados corriendo como posesos colina arriba, en dirección a los Niños; con casi total seguridad, muchos de ellos debían de tener ahora los calzones de color marrón. Se habría echado a reír si no hubiera sido por lo que acababa de hacer. Tendió en el suelo al hombre que acababa de matar, le dio gentilmente una palmadita en el pecho ensangrentado mientras sus ojos se apagaban, mientras todavía esbozaba una expresión ligeramente desconcertada, ligeramente molesta.

—De verdad que lo siento —un final despiadado para un hombre que sólo había estado haciendo lo que tenía que hacer lo mejor posible. Mejor que la mayoría, si se tenía en cuenta que había elegido quedarse cuando los demás habían huido. Pero así es la guerra. En ocasiones, a uno más le valía cumplir mal su cometido. La guerra es un asunto siniestro y no tenía sentido llorar al respecto. Las lágrimas no limpian a nadie, como solía decirle su madre a Sombrero Rojo.

—¡Nueve el Sanguinario! —gritó, con todo el horror y el pánico que fue capaz de simular—. ¡Está aquí! ¡Está aquí! —después, lanzó un chillido mientras limpiaba su cuchillo con el jubón del muchacho al que había asesinado, a la vez que escudriñaba las sombras en busca de indicios de otros focos de resistencia, pero no detectó ninguno.

—¡Nueve el Sanguinario! —rugió alguien, a no más de una docena de pasos detrás de él. Sombrero Rojo se volvió y se puso en pie.

—Ya puedes parar. Se Han marchado.

El rostro gris del Sabueso apareció entre las sombras. Sostenía su arco y sus flechas de m añera muy relajada en la mano.

—¿Cómo? ¿Todos?

Sombrero Rojo señaló el cadáver que acababa de tender sobre el suelo.

—Todos salvo un par.

—¿Quién iba a pensarlo? —el Sabueso se acuclilló a su lado mientras algunos de sus muchachos emergían sigilosamente de entre los árboles—. La de cosas que se pueden llegar a conseguir con sólo pronunciar el nombre de un muerto.

—Con eso y la risa de un muerto.

—Colla, vuelve ahí atrás y dile a la Unión que los manzanos están despejados.

—Sí —dijo uno de los recién llegados, que se escabulló entre los árboles.

—¿Qué tal pinta la cosa más adelante? —el Sabueso se deslizó sobre los troncos e inspeccionó el lindero, agachado en todo momento. Siempre era tan cuidadoso, pues siempre intentaba minimizar el número de bajas. En ambos bandos. Algo raro en un Jefe Guerrero y muy loable, pues todas las canciones famosas tendían a centrarse en las tripas derramadas y cosas similares. Se agazaparon allí entre los arbustos, entre las sombras. Sombrero Rojo se preguntó cuánto tiempo habrían pasado juntos agazapados, entre los arbustos, entre las sombras, de un confín al otro del Norte. Semanas y semanas, probablemente—. No pinta demasiado bien, ¿verdad?

—No demasiado, no —contestó Sombrero Rojo.

El Sabueso se aproximó más aún al lindero del bosquecillo y volvió a acuclillarse.

—Y desde aquí no pinta mejor.

—Como esperábamos, la verdad.

—Ya. Pero lo último que se pierde es la esperanza.

El terreno no les ofrecía demasiada ventaja. Ahí sólo había otro par de árboles frutales, un par de arbustos escuálidos y, a continuación, la desnuda ladera inclinándose escarpadamente hacia arriba. Entretanto, algunos de los que habían huido continuaban ascendiendo trabajosamente por entre la maleza. Más allá, el sol comenzó a arrojar algo de luz sobre el terreno, dejando a la vista la línea irregular de una excavación. Más allá, pudieron ver el muro en ruinas que rodeaba los Niños, y más allá los Niños en sí.

—Todo eso está abarrotado de muchachos de Cabeza de Hierro —musitó el Sabueso, expresando lo mismo que estaba pensando Sombrero Rojo.

—Sí, y Cabeza de Hierro es un cabrón muy testarudo. Una vez se ha instalado en su sitio, siempre cuesta horrores echarlo de ahí.

—Es como la sífilis —comentó el Sabueso.

—E igual de bienvenido.

—Sospecho que la Unión necesitará algo más que un montón de héroes muertos para subir ahí.

—Sospecho que necesitarán que también lleguen unos cuantos vivos.

—Sí.

—Sí —Sombrero Rojo se protegió los ojos con una mano, dándose cuenta demasiado tarde de que se había manchado la frente de sangre. Le pareció ver a un tipo grandote de pie ante las zanjas abiertas frente a los Niños, que estaba abroncando a los rezagados que huían. Sólo pudo oír sus bramidos. Si bien no alcanzó a entender las palabras, pudo deducir perfectamente por el tono de voz qué quería decir.

El Sabueso estaba sonriendo.

—No parece muy contento.

—No —replicó Sombrero Rojo, sonriendo a su vez. Como solía decir su madre, no hay música más dulce que la desesperación del enemigo.

—¡Cabrones cobardes! —rugió Irig, al mismo tiempo que le daba una patada en el trasero al último de ellos, que se hallaba doblado sobre sí mismo y jadeante tras la subida, en cuanto pasó a su lado, y lo enviaba de bruces contra el barro. Poco para lo que se merecía. Tenía suerte de habérselas visto únicamente con la bota de Irig, en vez de con su hacha.

—¡Cabrones cobardes! —exclamó burlonamente Temper con la voz más chillona, mientras le propinaba una segunda patada en el culo a aquel cobarde justo cuando empezaba a levantarse.

—¡Los muchachos de Cabeza de Hierro nunca huyen! —gruñó Irig, dándole una patada en el costado a ese cobarde que le hizo rodar.

—¡Los muchachos de Cabeza de Hierro nunca huyen! —repitió Temper, dándole una patada al muchacho en la entrepierna que le hizo lanzar un alarido.

—¡Pero Nueve el Sanguinario está ahí abajo! —gritó otro, con el rostro tan blanco como la leche y los ojos abiertos como platos, que se estremecía como un niño. Nada

más oírse ese nombre, se alzó un murmullo teñido de preocupación que llegó hasta los muchachos que aguardaban tras la zanja. «Nueve el Sanguinario». «¿Nueve el Sanguinario?» «Nueve el Sanguinario». «¿Nueve...?»

—*¡Que le den* —gruñó Irig— al maldito Nueve el Sanguinario!

—Eso —masculló Temper—. Que le den. ¡Que le den, joder!

—¿Alguien lo ha visto?

—Bueno... no. Quiero decir, no personalmente, pero...

—Si no está muerto, que lo está, y, si tiene agallas, que no las tiene, puede subir aquí si quiere —afirmó Irig, quien se inclinó sobre el muchacho y le acarició la parte inferior de la barbilla con la punta de su hacha—. Y podrá vérselas conmigo.

—¡Eso! —Temper chilló de tal manera que se le marcaron las venas de la cara—. Puede subir aquí y vérselas... ¡con él! ¡Con Irig! ¡Eso es! ¡Cabeza de Hierro os ahorcará todos, cabrones, por haber huido! Igual que colgó a Crouch y le rajó las tripas por traidor, os hará lo mismo a todos, lo hará y nosotros...

—¿Crees que así estás ayudando en algo? —le espetó Irig.

—Lo siento, jefe.

—¿No sabéis que hay hombres de renombre que nos apoyan? Tenemos a Cairm Cabeza de Hierro ahí arriba en los Niños. Y tras él, en los Héroes, tenemos a Whirrun el Tarado y a Caul Escalofríos y al mismísimo Dow el Negro, ya puestos...

—Ya, allá arriba —murmuró alguien.

—¿Quién ha dicho eso? —chilló Temper—. ¿Quién cojones ha dicho...?

—Cualquier hombre que se alce y cumpla su cometido —Irig levantó su hacha y la meneó con cada palabra que pronunciaba, ya que a menudo había comprobado que un hacha es capaz de añadir filo al más romo de los argumentos—, obtendrá su lugar junto al fuego y su lugar en las canciones. Cualquier hombre que abandone su puesto... en fin... —Irig escupió sobre el cobarde que se encontraba hecho un ovillo junto a su bota—. Le ahorraré a Cabeza de Hierro la molestia de tener que juzgarlo. Me limitaré a haceros pasar por mi hacha y no habrá más que hablar.

—¡Sí, no habrá ni hay más que hablar! —chilló Temper.

—Jefe —alguien le estaba tirando del brazo.

—¿Es que no ves que estoy...? —gruñó Irig dándose media vuelta—. Mierda.

¿Quién tenía tiempo para preocuparse de Nueve el Sanguinario cuando la Unión se acercaba?

—Coronel, debe desmontar.

Vinkler sonrió. Incluso el mero hecho de sonreír representaba un esfuerzo.

—Me resulta imposible.

—Señor, francamente, no es momento para heroicidades.

—Entonces —dijo Vinkler mirando de reojo las filas de hombres que emergían de entre los manzanos a ambos lados—, ¿cuándo será exactamente el momento para ello?

—Señor...

—Además, mi puñetera pierna no me lo permitirá —Vinkler esbozó una mueca de dolor mientras se tocaba el muslo. Incluso el mero peso de su mano le causaba ahora una tremenda agonía.

—¿Es grave, señor?

—Sí, sargento. Creo que es bastante grave —no era cirujano, pero había sido soldado durante veinte años y conocía bien lo que implicaba el mal olor que se desprendía de sus vendas y el sarpullido de cardenales purpúreos que rodeaba la herida. Sinceramente, aquella mañana, se había sorprendido al despertarse aún vivo.

—Quizás debería retirarse y ver a un cirujano, señor.

—Me parece que los cirujanos van a tener un día muy ocupado. No, sargento, gracias, pero seguiré avanzando —Vinkler obligó a girar a su caballo dando un tirón a las riendas, mientras deseaba que su propio coraje no se viera debilitado por la preocupación que el sargento mostraba por él. Ya que iba a necesitar todo el que le quedaba—. ¡Hombres del Decimotercer Regimiento de Su Majestad! —exclamó, a la vez que desenvainaba la espada y la apuntaba hacia la formación de piedras que se alzaba sobre ellos—. ¡Adelante! —acto seguido, espoleó con su pierna buena a su caballo para que iniciara el ascenso de la ladera.

Ahora, era el único jinete que seguía montado sobre su caballo de toda la división, al menos que él pudiera ver. Los demás oficiales, el general Jalenhorm y el coronel Gorst entre ellos, habían dejado sus monturas entre los manzanos para seguir avanzando a pie. Después de todo, sólo un loco habría intentado ascender una pendiente tan pronunciada como aquélla a lomos de un caballo. Sólo un loco o el héroe de un improbable libro de relatos. O un muerto.

Lo más irónico de todo era que ni siquiera había sufrido una herida demasiado aparatosa. Años atrás, había resultado herido en Ulrioch y el Lord Mariscal Varuz le había visitado en el hospital de campaña y le había cogido su sudorosa mano mientras adoptaba una expresión de profunda consternación y le había dicho algo

acerca de la valentía que Vinkler a menudo desearía haber recordado. Pero, para sorpresa de todos, y sobre todo la suya, había sobrevivido a esa herida. Quizá por eso no le había dado mayor importancia al arañazo que había sufrido en el muslo en esta nueva batalla. Una herida que tenía toda la pinta de que iba a acabar matándolo.

—Me cago en las apariencias —juró entre dientes. Lo único que podía hacer ahora era sonreír a pesar de la agonía. Eso era lo que debía hacer un soldado. Había escrito todas las cartas necesarias y suponía que con eso ya era bastante. A su esposa siempre le había preocupado no recibir siquiera una nota de despedida si él fallecía.

Estaba empezando a llover. Notó algunas gotas sobre su rostro. Los cascos de su caballo resbalaban sobre la hierba y el animal se agitaba y resoplaba, obligándolo a esbozar muecas de dolor cada vez que se le movía la pierna bruscamente. Entonces, una andanada de flechas salió disparada justo delante de ellos. Eran muchísimas. Y fueron curvando su trayectoria grácilmente, para caer desde lo alto.

—Oh, me cago en todo —entornó los ojos y encorvó los hombros instintivamente, igual que lo haría un hombre al salir de un porche bajo una granizada. Algunas de ellas cayeron a su alrededor, clavándose silenciosamente en la hierba. Oyó unos chasquidos y diversos ruidos metálicos en cuanto rebotaron contra los escudos y las armaduras. Luego, oyó un alarido, seguido de otro. Y gritos de hombres heridos.

No podía quedarse ahí quieto sin hacer nada.

—¡Arre! —Vinkler espoleó a su caballo y se estremeció al abalanzarse colina arriba, muy por delante de sus hombres. Se detuvo a quizás unos veinte pasos de la trinchera del enemigo. Vio cómo sus arqueros apuntaban hacia abajo y sus arcos destacaban recortados en negro frente al cielo, que estaba volviendo a oscurecerse mientras la llovizna arreciaba sobre su casco. Estaba terriblemente cerca. Era un blanco ridículamente fácil. En ese instante, más flechas pasaron silbando junto a él. Con gran esfuerzo, se volvió en su silla de montar y, apretando los labios por el dolor, se puso en pie sobre los estribos y alzó la espada.

—¡Hombres del Decimotercer Regimiento! ¡Avancen a paso ligero! ¿O acaso los esperan en alguna otra parte?

Un par de soldados de las primeras filas cayeron asaeteados, pero el resto lanzó un fiero rugido y rompió en algo parecido a una carrera, lo que fue una extraordinaria demostración de su presencia de ánimo después de la marcha que llevaban recorrida.

Vinkler fue entonces consciente de una extraña y palpitante sensación en la pierna, bajó la mirada y le sorprendió ver una flecha asomando de su muslo inerte. Al instante, estalló en carcajadas.

—¡Ese es mi punto menos vulnerable, imbéciles! —les rugió a los hombres del Norte de la trinchera. Sus hombres más adelantados ya habían llegado a su altura y avanzaban con paso firme y gritando por la colina.

Una flecha fue a clavarse profundamente en el cuello de su caballo. El animal se encabritó y Vinkler rebotó en su silla, aunque logró aferrarse a duras penas de las riendas, lo cual demostró ser en cualquier caso una pérdida de tiempo, ya que su montura trastabilló y, a continuación, se derrumbó de lado con un golpe sordo.

Vinkler movió la cabeza de lado a lado como si quisiera así quitarse el mareo de la cabeza. Intentó mirar a su alrededor, pero se encontraba atrapado bajo su caballo. Peor aún, al parecer, había aplastado a uno de sus soldados y la lanza de éste le había atravesado al caer. Su punta ensangrentada asomaba a través de la cadera de Vinkler, justo por debajo de su peto. Dejó escapar un suspiro plagado de impotencia. Al parecer, por mucha armadura que uno se pusiera, nunca la llevaba colocada en el sitio adecuado.

—Santo cielo —dijo, mientras miraba la flecha rota que asomaba de su pierna y la punta de lanza que le atravesaba la cadera—. Qué estropicio —pero apenas le dolía, lo cual era de lo más extraño. Tal vez eso fuese una mala señal. Probablemente. Entretanto, a su alrededor, sus hombres avanzaban con paso firme mientras cargaban colina arriba—. A por ellos, muchachos —les animó, moviendo débilmente una mano. Tendrían que seguir el resto del camino sin él. Miró hacia las trincheras, que no se hallaban muy lejos. Nada lejos en absoluto. Entonces, vio a un hombre de pelo alborotado encaramado allí, que lo apuntaba con un arco.

—Oh, maldita sea —se lamentó.

Temper disparó contra aquel cabrón que había subido hasta ahí a caballo. Se hallaba atrapado bajo el cuerpo del animal y no representaba ningún peligro para nadie, pero que un hombre mostrase semejante osadía encontrándose a tiro del arco de Temper era un insulto a su puntería. Por veleidades del azar, alguien le golpeó en el codo justo cuando iba a soltar la cuerda, de tal modo que su flecha salió volando y se perdió en las alturas.

Agarró otra flecha, pero, para entonces, la situación se estaba ya complicando un poco. Bueno, más que un poco. La Unión había alcanzado ya la zanja que habían excavado y el muro de tierra que habían levantado. En ese momento, Temper deseó que hubieran excavado mucho más hondo y hubieran levantado un muro mucho más alto, ya que ahora había un montón de malditos sureños por los alrededores y muchos más en camino.

Los muchachos de Irig se encontraban apelotonados sobre esa tierra aplastada, asestando lanzazos por doquier y gritando como posesos. Temper divisó numerosas lanzas apuntando en la otra dirección. Se levantó de puntillas, para intentar ver qué

ocurría, y se quitó de en medio justo a tiempo para ver cómo el hacha de Irig pasaba junto a su nariz. Cuando le hervía la sangre, a aquel cabrón le importaba muy poco quién pudiera recibir sus mandobles.

Un hombre del Norte pasó tambaleándose a su lado y se agarró a Temper, a quien estuvo a punto de derribar; aquel tipo se agarraba el pecho mientras la sangre manaba a través de su desgarrada cota de malla. De improviso, un hombre de la Unión apareció sobre el muro de tierra ocupando su lugar como impulsado por un resorte. Un cabrón sin cuello con una mandíbula enorme y robusta, cuyas pobladas cejas se encontraban fruncidas sobre unos ojillos acerados. Si bien no llevaba casco, sí portaba una armadura de gruesas placas, así como escudo en una mano y una pesada espada, ya oscurecida con sangre, en la otra.

Temper se apartó de él a trompicones, pues sólo tenía a mano su arco y siempre le había gustado pelear a una distancia prudencial, dejando así hueco para que un Cari, que ya enarbolaba una espada y estaba más predispuesto a luchar, se enfrentase con él. El tipo sin cuello pareció perder el equilibrio. Temper dio por hecho que la hoja poco menos que lo decapitaría, pero, mediante un rápido movimiento, logró bloquear el golpe; acto seguido, se oyó un estruendo metálico y vio una lluvia de sangre. El Cari cayó de bruces. Antes de que éste hubiera quedado inmóvil del todo, el tipo sin cuello ya había golpeado a otro rival con tanta fuerza que lo había levantado por los aires y lo había enviado dando vueltas colina abajo.

Temper retrocedió aun más, con la boca completamente abierta, donde notó un sabor salado, debía de tratarse de la sangre de otro, convencido de estar viendo al fin a la Gran Niveladora cara a cara. Y menuda cara más espantosa. Entonces, Irig cargó velozmente con su hacha en mano.

El tipo sin cuello se vino abajo con una gran abolladura en el escudo. Temper estalló en carcajadas, pero aquel hombre de la Unión sólo se había venido abajo hasta donde le permitían sus flexibles rodillas, después volvió a alzarse repentinamente, quitándose así de encima al voluminoso Irig, al que le rajó el estómago de lado a lado con un único movimiento. A Irig se le empapó la cota de malla de sangre y se le desorbitaron los ojos más de la sorpresa que del dolor. Simplemente, no se podía creer que lo hubiesen despachado con semejante facilidad, como tampoco se lo podía creer Temper. ¿Cómo podía un hombre seguir moviéndose tan rápido y con semejante fuerza tras haber subido corriendo aquella colina?

—¡Es Nueve el Sanguinario! —aulló alguien, a pesar de que era condenadamente evidente que no era él para nada. En cualquier caso, estaba provocando el pánico. Otro Cari fue a por él lanza en ristre y el tipo sin cuello la esquivó a la vez que le asestaba un mandoble al Cari que le dejó una enorme abolladura en el casco, aplastándole así el cráneo. Acto seguido, cayó al suelo sufriendo fuertes convulsiones.

Temper apretó los dientes, alzó su arco y apuntó cuidadosamente a aquel hijo puta sin cuello. Pero justo en el instante en el que soltó la cuerda, Irig consiguió levantarse, agarrándose las tripas con una mano mientras alzaba la espada con la otra. Siendo el azar como es, se interpuso justo en la trayectoria de la flecha que fue a clavarse en su hombro, haciéndole gruñir.

El hombre de la Unión miró al instante hacia un lado y su espada siguió el movimiento de sus ojos, cortándole el brazo a Irig como si nada. Casi antes de que la sangre comenzara a manar del muñón, la hoja regresó en la dirección contraria y le abrió una sangrienta grieta en el pecho; a continuación, osciló nuevamente como un péndulo para abrirle en dos la cabeza a Irig entre la boca y la nariz, de tal modo que sus dientes superiores acabaron volando por los aires y rodando colina abajo.

El tipo sin cuello se agazapó y se cubrió con su abollado escudo, mientras mantenía la espada alzada y los ojos, enmarcados en un enorme rostro manchado de salpicaduras rojas, clavados al frente; permanecía tranquilo como un pescador a la espera de sentir un tirón en el sedal. Cuatro hombres del Norte muertos yacían a sus pies, mientras Irig caía de lado lentamente en la zanja, más muerto aún.

Aquel cabrón sin cuello bien podría haber sido el mismísimo Nueve el Sanguinario, a juzgar por el modo en el que los Caris se pisoteaban unos a otros para alejarse de él. Entonces, muchos más hombres de la Unión comenzaron a penetrar por ambos flancos, superando el muro de tierra. En ese instante, dejaron de retroceder para huir abiertamente.

Temper huyó con ellos, tan ansioso como el que más. Recibió un codazo en el cuello, resbaló y se golpeó la barbilla contra la hierba, dándose un mordisco espantoso en la lengua. Se levantó como pudo y siguió corriendo, rodeado de hombres que gritaban y chillaban. Echó desesperadamente un vistazo hacia atrás y vio cómo el tipo sin cuello partía en dos a uno de los Caris que huía con la misma tranquilidad con la que uno espantaría a una mosca. Junto a él, un hombre de la Unión bastante alto, que iba protegido por un deslumbrante peto, señalaba hacia Temper con su espada desenvainada, gritando a pleno pulmón.

—¡Adelante! —rugió Jalenhorm, blandiendo su espada en dirección a los Niños. Maldición, estaba sin aliento—. ¡Arriba, arriba! —debían mantener el impulso. Gorst había abierto un resquicio y ahora tenían que empujar antes de que se cerrase—. ¡Adelante, adelante! —se agachó y les ofreció su mano a sus hombres para ayudarlos a salvar la zanja, mientras les daba palmaditas en la espalda tan pronto como reiniciaban el ascenso de la colina.

Parecía como si los hombres del Norte que huían estuvieran desatando el caos en el muro de piedra seca que los aguardaba más arriba, al tropezarse con los

defensores de esa posición y extender el pánico, permitiendo así que la avanzadilla de Jalenhorm los siguiera sin toparse con resistencia alguna. En cuanto recuperó el aliento necesario, los siguió de inmediato por la escarpada ladera. Tenía que seguir avanzando.

Cadáveres. Ahí no había más que cadáveres y hombres heridos diseminados sobre la hierba. Un hombre del Norte, con las manos ensangrentadas unidas sobre la coronilla, lo miró fijamente. Un soldado de la Unión se agarraba desconcertado un muslo del que brotaba un manantial de sangre. Un soldado que corría justo a su lado soltó algo similar a un hipo y cayó de espaldas. En cuanto Jalenhorm miró hacia atrás, pudo comprobar que aquel hombre tenía una flecha clavada en la cara. No podía detenerse por él. Sólo podía seguir avanzando, mientras reprimía una repentina sensación de náusea. El retumbar de los latidos de su corazón y los jadeos de su respiración sofocaron los gritos de guerra y el entrechocar de los metales hasta convertirlos en una especie de irritante traqueteo. La lluvia cada vez más espesa dificultaba aún más las cosas, pues convertía la hierba pisoteada en una pista deslizante. El mundo brincaba y oscilaba, estaba repleto de hombres que corrían, de hombres que resbalaban entre flechas, hierba y barro.

—Adelante —gruñó—. Adelante —pero nadie podía ya oírle. Sólo se daba órdenes a sí mismo—. Adelante —aquélla era su única oportunidad de redimirse. Si al menos pudieran conquistar la cima. Si pudieran vencer a los hombres del Norte ahí donde se resistían con más fuerza—. Arriba. Arriba —Entonces, nada más importaría. Habría dejado de ser el viejo e incompetente compañero de borracheras del rey, que había caído en desgracia desde el primer día. Por fin se habría ganado su puesto—. Adelante —resolló—. ¡Arriba!

Siguió avanzando, encogido sobre sí mismo, mientras se agarraba a la hierba húmeda con la mano libre. Estaba tan pendiente del suelo que el muro le pilló por sorpresa. Se enderezó, blandiendo inciertamente la espada, sin saber si ese muro estaría en poder de sus hombres o del enemigo ni qué debería hacer en cualquiera de los dos casos. Entonces, alguien le tendió una mano enguantada. Era Gorst. Jalenhorm se vio aupado con sorprendente facilidad y ascendió sobre las húmedas piedras hasta llegar a la superficie plana de la estribación.

Los Niños se alzaban justo delante. Mucho más grandes de cerca de lo que había imaginado, consistían en un círculo de rocas burdamente talladas y un poco más altas que un hombre. Allí había más cadáveres, pero menos que en la ladera. Parecía que la resistencia enemiga en ese lugar había sido moderada y, por el momento, al menos, la habían vencido por completo. Los soldados de la Unión aguardaban allí arriba, sumidos en varios estados de agotada confusión. Más allá, la colina volvía a ascender hacia la cima. Hacia los mismísimos Héroes. Era una pendiente algo más suave, que se hallaba abarrotada de hombres del Norte que retrocedían. Por lo que a

Jalenhorm le pareció a simple vista, esta vez no estaban huyendo desordenadamente, sino que se batían en retirada de una manera organizada.

Un vistazo fue lo único que pudo permitirse. Ante la falta de peligro inmediato, se vino abajo. Permaneció durante un momento con las manos en las rodillas, respirando pesadamente mientras el estómago le rozaba incómodamente contra el interior de su maravilloso peto con cada jadeo. Aquel armatoste ya ni siquiera le quedaba bien ajustado. Bueno, en realidad, nunca le había quedado bien ajustado, joder.

—¡Los hombres del Norte se retiran! —chilló Gorst, cuyo extraño falsete perforó los oídos de Jalenhorm—. ¡Debemos perseguirlos!

—¡General! Deberíamos reagruparnos —le aconsejó uno de los miembros de su plana mayor, la armadura empapada de lluvia—. Estamos muy por delante de la segunda oleada. Demasiado por delante —añadió, mientras gesticulaba hacia Osrung, ahora oculta por un manto de lluvia—. Además, la caballería norteña ha atacado al regimiento de Stariksa. Han quedado inmovilizados a nuestra derecha.

Jalenhorm consiguió enderezarse.

—¿Y los voluntarios de Adua?

—¡Siguen en los manzanos, señor!

—Nos estamos quedando aislados de los refuerzos —añadió otro.

Gorst les dedicó un airado aspaviento. Su aguda voz contrastaba ridículamente con su rostro salpicado de sangre y apenas parecía cansado.

—¡A la mierda con los refuerzos! ¡Sigamos!

—General, señor, el coronel Vinkler ha muerto y los hombres están agotados. ¡Debemos parar!

Jalenhorm observó la cima y se mordió el labio. ¿Debían aprovechar el momento o esperar a los refuerzos? Vio el contorno de las lanzas de los hombres del Norte silueteadas frente a un firmamento cada vez más oscuro. Vio el rostro salpicado de rojo de un Gorst presa de la ansiedad. Vio las caras limpias de unos oficiales del estado mayor presas del nerviosismo. Esbozó una mueca de contrariedad, contempló el puñado de hombres que tenía a su disposición y, después, hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Esperaremos aquí un rato a que lleguen los refuerzos. Aseguraremos esta posición y recuperaremos fuerzas.

Gorst había adoptado una expresión que recordaba a la de un niño al que le acaban de decir que no le van a regalar un perrito este año.

—Pero, general...

Jalenhorm puso una mano sobre su hombro.

—Comparto su impaciencia, Bremer, créame, pero no todo el mundo puede correr sin descanso. Dow el Negro está preparado y es astuto. Esta retirada podría ser simplemente un ardid. Y no pretendo dejarme engañar por segunda vez —miró de refilón las nubes de aspecto cada vez más fiero que se acumulaban sobre ellos—. Además, el tiempo está en nuestra contra. Tan pronto como volvamos a ser suficientes en número, atacaremos.

Tal vez no fueran a disponer de mucho tiempo para descansar, ya que los soldados de la Unión seguían superando en masa el muro, anegando el círculo de piedras.

—¿Dónde está Retter?

—Aquí, señor —respondió el muchacho. Parecía pálido y asustado, pero así estaban todos.

Jalenhorm sonrió al verle. Allí tenía, ciertamente, un héroe.

—Llama a filas, muchacho. Y prepárese para dar la orden de avance con su corneta.

No podían ser imprudentes, pero tampoco podían permitirse echar a perder esta oportunidad ahora que tenían la iniciativa. Aquélla iba a ser su única oportunidad para redimirse. Jalenhorm miró anhelante en dirección a los Héroes mientras la lluvia resonaba sobre su casco. Se hallaban tan cerca. Los últimos hombres del Norte estaban alcanzando ya la cumbre. Entonces, uno de ellos se detuvo para volverse a mirar a través de la lluvia.

Cabeza de Hierro frunció el ceño en dirección a los Niños, que se encontraban ya abarrotados de soldados de la Unión.

—Mierda —murmuró.

Le había dolido hacer aquello. Se había ganado su apodo porque nunca había cedido terreno, pero tampoco se lo había ganado en combates perdidos de antemano. No estaba dispuesto a enfrentarse él solo a todo el poderoso ejército de la Unión para que otros pudieran sonarse la nariz mientras afirmaban que Cairm Cabeza de Hierro había muerto con valentía. No tenía intención de seguir los pasos de Costado Blanco o de Huesecillos o del Viejo Yawl. Sí, todos ellos habían muerto con valentía, pero ¿quién cantaba canciones sobre esos cabronazos hoy en día?

—¡Retroceded!—les gritó a los últimos de sus hombres, mientras los animaba entre las estacas a que culminaran su ascenso hasta los Héroes. Mostrarle la espalda al enemigo era algo realmente vergonzoso, pero mejor tener sus ojos en la espalda

que sus espadas en el estómago. Si Dow el Negro quería luchar por aquella colina y aquellas piedras sin ningún valor, podía hacerlo él mismo.

Con el ceño fruncido, subió a grandes zancadas bajo la lluvia y atravesó el hueco que se abría en el muro musgoso que circundaba los Héroes. Caminó lentamente, estirando los hombros y alzando la cabeza, mientras albergaba la esperanza de que los demás pensaran que todo aquello había estado bien planeado y que no había hecho nada que pudiera ser considerado una cobardía ni por asomo...

—Vaya, vaya, vaya. ¿A quién he visto huir corriendo de la Unión sino a Cairm Cabeza de Hierro? —quién iba a hacer esa pregunta sino Glama Dorado, aquel capullo engreído, que se encontraba apoyado contra una de las grandes piedras con una enorme y grasienta sonrisa dibujada en su amoratada cara.

Por los muertos, cómo odiaba Cabeza de Hierro a aquel individuo. Cómo odiaba sus grandes mejillas hinchadas. Cómo odiaba aquel mostacho, que se asemejaba a un par de babosas amarillas sobre su gordo labio superior. A Cabeza de Hierro se le erizaba la piel con sólo verlo. El mero hecho de verlo tan pagado de sí mismo hizo que le entrasen ganas de arrancarse los ojos.

—Nos hemos retirado —gruñó.

—Habéis huido como cobardes, diría yo.

El comentario fue saludado con algunas risas, que se cortaron en seco en cuanto Cabeza de Hierro avanzó mostrando amenazadoramente los dientes. Dorado dio un precavido paso atrás y clavó la mirada en la espada desenvainada de Cabeza de Hierro, a la vez que bajaba la mano hacia su hacha, por si acaso.

Entonces, Cabeza de Hierro decidió que debía contenerse. No había obtenido su apodo dejando que la ira le dominase. Ya llegaría el momento adecuado para solucionar aquello de un modo también adecuado; no, no era el momento idóneo, no en una lucha de igual a igual con todo tipo de testigos. No. Esperaría su momento y se aseguraría de disfrutarlo también. De modo que se obligó a esbozar una sonrisa.

—No todos podemos ser tan valientes como tú, Glama Dorado. Hace falta tener unos cojones muy grandes para golpear el puño de un hombre con la cara como has hecho tú.

—Joder, yo al menos peleé, ¿no? —replicó Dorado mientras sus Caris se arremolinaban a su alrededor.

—Si llamas pelear a que un hombre se caiga de su caballo y luego salga corriendo...

Esta vez, le tocó a Dorado mostrar amenazadoramente los dientes.

—¿Y tú te atreves a hablarme a mí de salir corriendo, maldito cobar...?

—Basta —le interrumpió Dow el Negro, quien tenía a Curnden Craw a su izquierda, a Escalofríos a su derecha y al Tarado Whirrun justo detrás. Iba acompañado por esos tres hombres y todo un grupo de Caris cargados de armas, cubiertos de cicatrices y de muy mal humor. Si bien su compañía era temible, la expresión que había dibujada en el rostro de Dow era más temible aún. Estaba lívido de rabia y tenía los ojos tan desorbitados que parecía que fuesen a explotar—. ¿A estos tipejos consideráis unos Grandes Guerreros hoy en día? ¿A un par de *niños* enrabietados que se esconden tras unos grandes sobrenombres? —Dow retorció la lengua y escupió en el barro entre Cabeza de Hierro y Dorado—. Rudd Tresárboles era un cabronazo muy cabezota, Bethod un cabrón muy astuto y Nueve el Sanguinario un cabrón malvado, los muertos bien lo saben, pero hay momentos en que los echo de menos. ¡Ellos sí eran *hombres* de verdad! —rugió esa última palabra frente al rostro de Cabeza de Hierro, al que regó de saliva, haciendo que todo el mundo se estremeciera—. ¡Cuando decían que iban a hacer algo, *lo hacían,* joder!

Cabeza de Hierro consideró que le convenía retirarse por segunda vez aquel día, sin apartar la mirada en ningún momento de las armas de Dow, por si acaso debía salir corriendo aún con más presteza. Le apetecía aún menos verse inmerso en una pelea con Dow que combatir contra la Unión. Pero, con un poco de suerte, Dorado no podría resistirse a meter sus rotas narices donde nadie le llamaba.

—¡Estoy contigo, jefe! —gritó—. ¡Contigo hasta el fin!

—¿Ah, sí? —Dow se volvió hacia él con una mueca de desprecio dibujada en la boca—. ¡Qué *suerte* la mía! —acto seguido, apartó a Dorado de su camino golpeándolo con el hombro y se encaminó hacia el muro, seguido por sus hombres.

Cuando Cabeza de Hierro se volvió, se encontró con Curnden Craw, que lo observaba con esa mirada enmarcada en sus encanecidas cejas.

—¿Qué? —le espetó.

Craw se limitó a seguir mirándole con la misma expresión.

—Ya sabes qué.

Craw pasó entre Cabeza de Hierro y Dorado, rozándolos, mientras movía la cabeza de lado a lado. Como Jefes Guerreros eran lamentables. O como hombres, en realidad. Pero Craw los había conocido peores. El egoísmo, la cobardía y la avaricia habían dejado de sorprenderle. Era el signo de los tiempos.

—¡Vaya par de gusanos! —masculló Dow bajo la lluvia mientras Craw se aproximaba a él. Arañó el viejo muro de piedra seca y arrancó una roca suelta, a continuación, permaneció inmóvil y en tensión, moviendo sólo los labios pero sin proferir sonido alguno, como si no supiese si arrojarla ladera abajo o abrirle el cráneo

a alguien con ella o aplastarse su propia cara con ella. Al final, se limitó a lanzar un gruñido de frustración y la volvió a dejar sobre el muro—. Debería matarlos. A lo mejor lo hago. A lo mejor lo acabo haciendo. Podría quemarlos a los dos.

Craw esbozó una mueca de contrariedad.

—No sé si prenderían bien con este tiempo, jefe —observó, mientras escudriñaba los Niños a través de la lluvia—. Además, supongo que dentro de muy poco estaremos matando de sobra —la Unión estaba acumulando un número imponente de tropas allí abajo y, por lo que parecía, estaban recuperando el orden. Estaban organizándose en formaciones. En una fila tras otra de soldados—. Parece que van a subir.

—¿Por qué no iban a hacerlo? Cabeza de Hierro prácticamente ha invitado a esos cabrones a subir —Dow inspiró malhumorado y resopló como un toro dispuesto a cargar, mientras su aliento formaba humo en aquel ambiente húmedo—. Cabría pensar que ser jefe sería más sencillo —entonces, movió los hombros como si la cadena le pesara en exceso—. Pero esto es como arrastrar una montaña a través del barro. Tresárboles ya me lo advirtió. Me dijo que todo líder se encuentra solo.

—El terreno sigue jugando a nuestro favor —afirmó Craw, quien pensó que debía intentar ser positivo—. Y la lluvia también nos ayudará.

Dow bajó la mirada hacia su mano libre, separó los dedos y frunció el ceño.

—Una vez se han manchado de sangre...

—¡Jefe! —exclamó un muchacho que se estaba abriendo camino entre la multitud de empapados Caris y tenía la parte de los hombros de su jubón calado—. ¡Jefe! ¡El enemigo ha barrido a Reachey en Osrung! Han superado el puente y están peleando en las calles. Necesita que alguien... ¡Gah!

Dow le agarró por el pescuezo, lo arrastró hasta el muro y le puso de cara hacia los Niños y los hombres de la Unión, que los cubrían por entero y que correteaban como hormigas sobre un hormiguero pisoteado.

—¿A ti te parece que me sobran hombres? ¿Y bien? ¿Tú qué crees?

El muchacho tragó saliva.

—Que no, jefe.

Dow le dio un empujón, pero Craw reaccionó a tiempo y extendió una mano para cogerlo antes de que cayese al suelo.

—Dile a Reachey que resista como pueda —le ordenó Dow, quien, acto seguido, escupió por encima del hombro—. Dile que quizá en algún momento reciba ayuda.

—Se lo diré —a continuación, el muchacho retrocedió rápidamente y pronto se perdió entre los guerreros.

Los Héroes quedaron sumidos en una extraña y fúnebre calma. Sólo se oían murmullos ocasionales, el ligero traqueteo del equipo y el suave golpeteo de la lluvia sobre el metal. Abajo, en los Niños, alguien estaba tocando una corneta. Aquella melodía ascendió entre la lluvia y sonó como una tonada melancólica. O a lo mejor sólo era una tonada y era Craw quien se hallaba melancólico, pues se estaba preguntando cuántos de aquellos hombres que lo rodeaban matarían antes de que se hubiera puesto el sol y cuántos resultarían muertos. Se estaba preguntando quiénes de entre todos ellos tenían la fría mano de la Gran Niveladora sobre el hombro. ¿Quizá él? Cerró los ojos y se hizo la promesa de que, si sobrevivía a todo aquello, se retiraría. Igual que lo había hecho una docena de veces con anterioridad.

—Parece que ha llegado el momento —Wonderful le estaba tendiendo la mano.

—Sí —Craw se la tomó, se la estrechó y la miró a la cara. Apretaba la mandíbula con fuerza, tenía su corto cabello oscurecido por la lluvia y la larga cicatriz de su cabeza destacaba en su blancura—. No te mueras, ¿eh?

—No tengo intención de morir. Quédate cerca de mí e intentaré que tú tampoco lo hagas.

—Trato hecho.

Todos se estaban estrechando las manos y dándose palmaditas en la espalda, disfrutando de un último momento de camaradería antes de que se derramase la sangre, cuando uno se siente más próximo a sus compañeros que a cualquier miembro de su propia familia. Craw dio la mano a Flood y a Scorry, a Drofd e incluso a Escalofríos, y buscó entre varios desconocidos la manaza de Brack hasta que recordó que éste se encontraba ya bajo tierra.

—Craw —dijo el Jovial Yon. Su expresión lastimera anunciaba claramente lo que buscaba.

—Sí, Yon, se lo diré. Sabes que lo haré.

—Lo sé.

Al instante, se estrecharon las manos y Yon torció la comisura de sus labios, para esbozar lo que podría haber sido una sonrisa para él. Mientras tanto, Beck se limitó a seguir ahí en pie, con su oscuro pelo apelmazado y pegado a su pálida frente, mirando hacia los Niños como si estuviera contemplando la nada.

Craw tomó la mano del muchacho y le dio un apretón.

—Limítate a hacer lo correcto. Sé fiel a tus compañeros, sé fiel a tu jefe —entonces, se acercó un poco más—. Y no te dejes matar.

Beck le devolvió el apretón.

—Sí. Gracias, jefe.

—¿Dónde está Whirrun?

—¡No temáis! —exclamó éste abriéndose paso entre los calados e infelices Caris—. ¡Whirrun de Bligh está con vosotros!

Por razones que sólo él conocía, se había quitado la camisa y apareció ante ellos desnudo hasta la cintura, con el Padre de las Espadas al hombro.

—Por los muertos —murmuró Craw—. Cada vez que peleamos llevas menos ropa.

Whirrun echó la cabeza hacia atrás y parpadeó bajo la lluvia.

—No pienso llevar camisa con la que está cayendo. Con una camisa húmeda sólo lograría que se me irritaran los pezones.

Wonderful negó con la cabeza.

—Todo forma parte del misterio del héroe.

—Eso también —sonrió Whirrun—. ¿Qué me dices tú, Wonderful? ¿Se te irritan los pezones cuando llevas una camisa mojada? Necesito saberlo.

Ella le estrechó la mano.

—Tú preocúpate de tus pezones, Tarado, que yo lo haré de los míos.

Ahora el mundo entero brillaba y permanecía inmóvil y silencioso. El agua relucía sobre las armaduras, las pieles que portaban se curvaban por la humedad y el rocío perlaba los coloridos escudos. Craw vio entonces una sucesión de rostros, conocidos y desconocidos. Sonrientes, severos, dementes y temerosos. Extendió la mano y Whirrun la estrechó en la suya, sonrió y le mostró así hasta su último diente.

—¿Estás listo?

Craw siempre albergaba dudas. Las comía, las respiraba, llevaba viviendo con ellas veinte años o más. Las muy cabronas apenas le daban un momento de respiro. Todos los días lo asolaban, desde que había enterrado a sus hermanos.

Pero aquél no era momento para dudar.

—Estoy listo —afirmó, desenvainando su espada. Acto seguido, miró hacia los hombres de la Unión, que eran centenares y centenares y se hallaban desdibujados bajo la lluvia hasta parecer meras manchas y destellos de color. Entonces, sonrió. A lo mejor Whirrun tenía razón y un hombre no está vivo de verdad hasta que se enfrenta a la muerte. Craw alzó su espada cuanto pudo y lanzó un aullido, y a su alrededor todos los demás hicieron lo mismo.

Y esperaron la llegada de la Unión.

Más trucos

El sol tenía que estar en algún lugar por encima de sus cabezas, pero nadie lo habría dicho. Las enfurecidas nubes se habían multiplicado y la luz seguía siendo muy escasa. Prácticamente, inexistente. Por lo que el cabo Tunny podía ver, y en cierto modo para su sorpresa, nadie se había movido. Los cascos y las lanzas seguían asomando por encima de la franja de muro que tenía bajo vigilancia y se movían de vez en cuando, pero sin alejarse de allí. El ataque de Mitterick había comenzado hacía un buen rato. Podía oírlo desde allí. Sin embargo, en aquel extremo tan alejado del combate, los hombres del Norte aguardaban.

—¿Siguen ahí? —preguntó Worth. En aquellas circunstancias, el mero hecho de tener que esperar solía bastar para que la mayoría de los hombres se cagaran encima. Worth era un tipo singular en ese aspecto, pues, al parecer, eso era lo único que conseguía que le detenía.

—Ahí siguen.

—¿Sin moverse? —inquirió Yema con una voz muy aguda.

—Si se estuvieran moviendo, nosotros también nos habríamos puesto en marcha, ¿verdad? —Tunny volvió a mirar a través de su catalejo—. No. No se mueven.

—¿Eso que oigo no es el fragor del combate? —murmuró Worth cuando un golpe de viento llevó hasta ellos los ecos de hombres enfurecidos, de caballos y del entrechocar de metales procedentes de más allá del río.

—O eso o alguien se ha agarrado un enfado de narices en el establo. ¿Cree que alguien se ha enfadado en el establo?

—No, cabo Tunny.

—No, yo tampoco.

—Entonces, ¿qué está pasando? —preguntó Yema.

En ese instante, un caballo sin jinete apareció por encima de la loma, cuyos estribos brincaban vacíos contra sus flancos. Descendió trotando hasta el agua, se detuvo y comenzó a mordisquear la hierba.

Tunny bajó su catalejo.

—Sinceramente, no estoy seguro.

A su alrededor, la lluvia tamborileaba sobre las hojas.

La cebada aplastada estaba sembrada de caballos muertos y agonizantes, de hombres muertos y agonizantes. Se apilaban en una sangrienta maraña frente a Calder y sus estandartes robados. A sólo un par de pasos, tres Caris estaban discutiendo entre sí mientras intentaban liberar sus lanzas, pues todas ellas se encontraban empaladas en el mismo jinete de la Unión. Un par de muchachos habían salido velozmente a recoger flechas usadas. Otro par habían sido incapaces de resistir la tentación de bajar a la tercera zanja para comenzar a desvalijar los cuerpos, a pesar de que Ojo Blanco les gritaba que regresaran a la formación.

La caballería de la Unión había sido liquidada. Su ataque había sido muy valeroso, pero estúpido. A Calder le dio la impresión de que ambas cosas a menudo iban de la mano. Para empeorar las cosas, tras haber fracasado una vez habían insistido en un segundo intento aún más condenado al fracaso. Tres docenas más o menos habían superado la tercera zanja por la derecha y habían conseguido llegar hasta el Muro de Clail y matar a un par de arqueros antes de caer bajo las flechas y las lanzas de sus adversarios. Todo había sido tan inútil como pasar una bayeta por la playa para secarla. Ese era el problema del orgullo, el valor y todas aquellas recias virtudes sobre las que tanto les gustaba cantar a los bardos. Cuantas más de esas virtudes posea uno, más probabilidades tiene de acabar en la parte inferior de una pila de cadáveres. Lo único que habían conseguido los más valientes de la Unión había sido darle a los hombres de Calder la mayor inyección de moral que habían tenido desde los tiempos en que Bethod había sido Rey de los hombres del Norte.

Y, además, se lo estaban haciendo saber a la Unión, ahora que los supervivientes regresaban montando, cojeando o arrastrándose hacia sus líneas. Bailaban, aplaudían y aullaban bajo la lluvia. Se estrechaban las manos y se daban palmaditas en la espalda y entrechocaban sus escudos. Cantaban el nombre de Bethotd y el de Scale, e incluso el de Calder con cierta frecuencia, lo cual le resultó gratificante. ¿Quién podría haber imaginado que acabaría gozando de la camaradería de los guerreros? Sonrió a su alrededor mientras los hombres lo jaleaban y lo saludaban con sus a armas; entonces, levantó su espada y les devolvió el saludo. Se preguntó si sería demasiado tarde para manchar su filo con un poco de sangre, ya que no había llegado a tener oportunidad de blandirla. Había cantidad de sangre a su alcance y dudaba que sus anteriores propietarios la echasen de menos.

—¿Jefe?

—¿Eh?

Pálido como la Nieve estaba señalando hacia el sur.

—Quizá sea buena idea ordenarles que vuelvan a colocarse en posición.

La lluvia estaba aumentando de intensidad. Las enormes gotas dejaban la tierra marcada con manchas negras y repiqueteaban sobre las armaduras de los vivos y los muertos. Sobre el campo de batalla, hacia el sur, se había levantado una bruma neblinosa, pero más allá de los caballos sin jinete que vagaban sin rumbo y de los jinetes sin caballo que regresaban tambaleándose hacia el Puente Viejo, a Calder le dio la sensación de que podía ver unas siluetas moviéndose entre la cebada.

Se protegió los ojos con una mano. A continuación más y más formas emergieron entre la lluvia y dejaron de ser fantasmas para convertirse en carne y metal. Era la infantería de la Unión. Avanzaban marcialmente en gran número, de manera muy ordenada y con una escalofriante determinación. Como sus banderas se habían mojado, pendían inertes.

Los hombres de Calder también los habían visto y sus burlas triunfales pasaron a ser un mero recuerdo. Las bruscas voces de los Grandes Guerreros resonaron entre la lluvia, llevándoles de regreso hasta sus puestos tras el tercer foso. Ojo Blanco estaba instruyendo a algunos de los heridos leves para que luchasen como fuerzas de reserva y se encargasen de cubrir cualquier agujero que se abriera en sus formaciones. Calder se preguntó si él también acabaría lleno de agujeros antes de que acabase el día. Sí, eso parecía una apuesta segura.

—¿No se te habrá ocurrido algún truco más? —le interrogó Pálido como la Nieve.

—La verdad, no —a menos que correr como alma que lleva el diablo contase como tal—. ¿Y a ti?

—Sólo uno —acto seguido, el viejo guerrero limpió cuidadosamente la sangre de su espada con un trapo y la levantó hacia el enemigo.

—Oh —Calder bajó la mirada hacia su inmaculada hoja, que se encontraba perlada con gotas de agua—. Ese.

La tiranía de la distancia

—¡No veo absolutamente nada! —masculló el padre de Finree, quien se adelantó un paso y volvió a mirar por su catalejo, presumiblemente con el mismo resultado que antes—. ¿Y usted?

—No, señor —gruñó uno de sus subalternos, de manera muy poco servicial.

Habían presenciado la prematura carga de Mitterick sumidos en un atónito silencio. Después, mientras la primera luz del día se había extendido sobre el valle, habían observado el inicio del avance de Jalenhorm. Luego, había llegado la lluvia. Primero, Osrung había desaparecido tras una cortina gris a la derecha, después el Muro de Clail a la izquierda, luego el Puente Viejo y la posada sin nombre en la que Finree casi había encontrado la muerte el día anterior. Ahora incluso los bajíos eran unos fantasmas casi olvidados. Todos los presentes guardaban silencio, paralizados por la preocupación, intentando distinguir los sonidos que ocasionalmente les llegaban desde la distancia, por encima del húmedo susurro de la lluvia. Pues a juzgar por lo que podían ver ahora, bien podía no estar teniendo lugar batalla alguna.

El padre de Finree recorrió la estancia de un lado a otro, moviendo los dedos como si fuese a agarrar algo. Entonces, se detuvo junto a ella, con la mirada perdida en aquella masa acuosa gris.

—A veces, pienso que no hay ninguna persona que se sienta más impotente en el mundo que un comandante en jefe en el campo de batalla —musitó.

—Quizá la hija de ese comandante se sienta aún peor.

Su padre le dedicó una sonrisa muy tensa.

—¿Estás bien?

Finree pensó en devolverse la sonrisa, pero renunció a ello.

—Estoy bien —mintió, de manera bastante evidente. Aparte del dolor que sentía en el cuello cada vez que movía la cabeza, en el brazo cada vez que utilizaba la mano y en el cráneo a todas horas, seguía teniendo una preocupación constante y sofocante. Una y otra vez, se sobresaltaba y rebuscaba con la mirada a su alrededor,

como un avaro que hubiera perdido la cartera, pero sin tener ni idea de qué estaba buscando—. Además, tienes cosas mucho más importantes de las que preocuparte.

Como para demostrar que tenía razón, su padre ya se estaba alejando a zancadas para recibir a un mensajero que se acercaba a caballo proveniente del este.

—¿Qué noticias trae?

—¡El coronel Brock informa de que sus hombres han comenzado el ataque contra el puente en Osrung! —entonces, Hal debía de hallarse ya en plena lucha. Dirigiendo el ataque desde primera línea, sin duda. Finree notó que sudaba más que nunca bajo la ropa. La humedad del sudor se venía a sumar a la humedad que se filtraba por el abrigo de Hal en un crescendo de incomodidad—. El coronel Brint, mientras tanto, dirige un asalto contra esos salvajes que ayer... —en ese instante, reparó en la presencia de Finree y lo dominaron los nervios—. Contra esos salvajes.

—¿Y? —preguntó su padre.

—Eso es todo, Lord Mariscal.

Kroy esbozó una mueca de contrariedad.

—Gracias. Por favor, tráiganos más noticias tan pronto como sea posible.

El mensajero saludó, obligó a su caballo a dar la vuelta y cabalgó hasta perderse bajo la lluvia.

—Sin duda alguna, la aportación de su esposo al asalto será tremendamente notable —comentó Bayaz, quien se hallaba junto a ella, apoyado en su bastón y con la calva reluciente por la humedad—. Estará dirigiendo una carga frontal al estilo de Harod el Grande. ¡Sí, es un héroe de nuestros tiempos! Siempre he sentido la mayor admiración por los hombres que tienen madera de leyenda.

—Algún día, debería intentar ser uno de ellos.

—Oh, ya lo intenté en su día. De joven era bastante rebelde. Pero la insaciable sed de peligro resulta poco apropiada para los ancianos. Los héroes tienen su utilidad, pero alguien ha de señalarles la dirección adecuada. Y limpiar los restos que dejan su paso. Pese a que siempre despiertan el entusiasmo del vulgo, suelen dejar un reguero de puñeteros desastres tras ellos —Bayaz, meditabundo, se dio una palmadita en el estómago—. No, tomar una taza de té en la retaguardia es más de mi estilo. Los hombres como su esposo son quienes deben llevarse las ovaciones y aplausos.

—Es usted demasiado generoso.

—Pocos se mostrarían de acuerdo con esa afirmación.

—¿Y dónde está su té ahora mismo?

Bayaz frunció el ceño en dirección a su mano vacía.

—Mi sirviente tiene... encargos más importantes que realizar esta mañana.

—¿Puede haber algo más importante que atender sus deseos?

—Oh, mis deseos no se limitan a una mera tetera...

Un repiqueteo de cascos resonó entre la lluvia y un jinete solitario apareció en el camino del oeste. Todo el mundo contuvo el aliento hasta ver un rostro sin barbilla que surgía de entre la húmeda penumbra.

—¡Felnigg! —gritó el padre de Finree—. ¿Qué está sucediendo en el flanco izquierdo?

—¡Mitterick ha perdido el juicio! —rezongó Felnigg, al mismo tiempo que bajaba de un salto de la silla—. ¡Ha enviado a la caballería a través de la cebada en plena oscuridad! ¡Ha cometido una horrible imprudencia!

Conociendo el estado de las relaciones entre ambos hombres, Finree sospechó que Felnigg también habría contribuido en algo al fiasco.

—Lo hemos visto —dijo su padre frunciendo los labios, llegando evidentemente a una conclusión similar.

—¡A ese hombre habría que degradarle, maldita sea!

—Quizá más tarde. ¿Cuál ha sido el resultado?

—Seguía siendo... dudoso, cuando me he marchado.

—De modo que no tiene ni la más remota idea de lo que está sucediendo allí, ¿verdad?

Felnigg abrió la boca para responder, pero la cerró enseguida.

—Me pareció mejor regresar de inmediato...

—Y denunciar el error de Mitterick en vez de informarme de sus consecuencias. Muchas gracias, coronel, pero no necesito que nadie más me demuestre su ignorancia; ya tengo de sobra —le interrumpió el padre de Finree, dando la espalda a Felnigg antes de que éste tuviera oportunidad de responder. A continuación, se dirigió de nuevo a la ladera de la colina para mirar infructuosamente hacia el norte—. No debería haberlos enviado —le oyó Finree murmurar cuando pasó a su lado—. Nunca debería haberlos enviado.

Bayaz suspiró y ese suspiro se clavó en los sudados hombros de Finree como un sacacorchos.

—Simpatizo profundamente con su padre.

Finree estaba descubriendo que su admiración por el Primero de los Magos se estaba desvaneciendo, al mismo tiempo que su desagrado se acentuaba con el tiempo.

—Ah, sí —replicó, con el mismo tono en el que alguien podría decir «cállese» y con la misma intención.

Si Bayaz se percató de ello, decidió pasarlo por alto.

—Es una lástima que no podamos ver desde lejos cómo pelean esos hombrecillos. No hay nada como contemplar una batalla desde las alturas y ésta es una de las más grandes que jamás he visto, y eso que estoy curtido en mil batallas. No obstante, el tiempo, el clima no responde ante nadie —Bayaz sonrió hacia los cielos cada vez más solemnes—. ¡Oh, sí, una verdadera tormenta! Esto le añade aún más dramatismo, ¿verdad? ¿Y qué mejor acompañamiento puede haber para el entrechocar de las armas?

—¿La ha convocado usted sólo para aportar el ambiente adecuado?

—Ojalá poseyera ese poder. Imagínese, ¡podría hacer que bramara el trueno cada vez que decidiera aproximarme a alguien! Antaño, mi maestro, el gran Juvens, era capaz de invocar el rayo con pronunciar una sola palabra, de hacer que un río se desbordase con un mero gesto, de provocar una helada con únicamente un pensamiento. Tal era el poder de su Arte —aseveró, mientras extendía los brazos, alzaba el rostro hacia la lluvia y levantaba su cayado hacia los cielos—. Pero de eso hace mucho —dejó caer los brazos—. Hoy en día los vientos soplan a su antojo. Como las batallas. Los que quedamos debemos intervenir de una manera... más indirecta.

Una vez más, oyeron el repiqueteo de unos cascos y, al instante, un desaliñado y joven oficial llegó al galope.

—¡Informe! —exigió Felnigg a voz en grito, haciendo que Finree se preguntase cómo había aguantado tanto tiempo sin que alguien le propinase un puñetazo en la cara.

—¡Los hombres de Jalenhorm han expulsado al enemigo de los manzanos —respondió el mensajero casi sin aliento— y están ascendiendo la colina a paso ligero!

—¿Hasta dónde han llegado? —inquirió el padre de Finree.

—La última vez que los vi estaban a punto de llegar a las piedras más pequeñas. A los Niños. Pero si han sido capaces de tomarlas o no...

—¿Han encontrado mucha resistencia?

—Cada vez más.

—¿Cuándo les ha dejado?

—He cabalgado velozmente hasta aquí, señor, así que a lo mejor... ¿tal vez hace un cuarto de hora?

El padre de Finree mostró los dientes en dirección al chaparrón. El contorno de la colina sobre la que se alzaban los Héroes era apenas una mancha oscura en medio de una cortina gris. Finree podía adivinar lo que estaba pensando. Para entonces, podían haber tomado gloriosamente la cima, o podían estar enzarzados en un furioso combate o podían haber sufrido una sangrienta derrota. En aquel momento, cualquiera de ellos podía estar vivo o muerto, podían haberse alzado victoriosos o haber caído derrotados. Kroy giró sobre sus tacones.

—¡Ensillen mi caballo!

La jactancia de Bayaz se apagó como la llama de una vela.

—No se lo aconsejo. No hay nada que pueda hacer usted allá abajo, Mariscal Kroy.

—Lo cierto es que no hay nada que pueda hacer aquí arriba, Lord Bayaz — replicó el padre de Finree cortésmente, mientras pasaba a su lado y se dirigía hacia las monturas. Sus oficiales del estado mayor lo siguieron, acompañados de varios guardias, a la vez que Felnigg vociferaba órdenes en todas direcciones. El cuartel general cobró súbitamente vida y se sumió en una actividad frenética.

—¡Lord Mariscal! —gritó Bayaz—. ¡No me parece que esté obrando sensatamente!

El padre de Finree no se molestó siquiera en volverse.

—Entonces, quédese aquí si quiere —acto seguido, apoyó una bota en el estribo y se aupó al caballo.

—Por los muertos —masculló Bayaz.

Finree le dedicó una sonrisa siniestra.

—Parece que, después de todo, puede que deba acudir al frente. A lo mejor así podrá ver a esos hombrecillos pelear desde cerca.

El Primero de los Magos no parecía satisfecho.

Sangre

—¡Ya vienen!

Eso Beck ya lo sabía, pero los Héroes estaban tan abarrotados de combatientes que poco más podía saber sobre qué ocurría. Pieles mojadas, armaduras empapadas y armas resplandecientes por la lluvia, rostros malhumorados sobre los que corría el agua. Las mismas piedras eran sombras veteadas, fantasmas tras un bosque de lanzas dentadas. Podían oírse los susurros húmedos de las gotas sobre el metal. El estruendo metálico del acero resonando por las laderas y los gritos de batalla amortiguados por el aguacero.

La multitud sufrió un fuerte empujón y Beck se vio levantado, pataleando sobre el vacío y acabó cayendo sobre una masa de hombres que se revolvían, gritaban y lanzaban puñetazos. Le llevó un momento darse cuenta de que no eran el enemigo, pero había armas de sobra apuntando en todas direcciones y no les hacía falta ser de la Unión para que se te acabaran clavando en las pelotas. Al fin y al cabo, no había sido una espada de la Unión la que había matado a Reft.

Alguien le dio un codazo en la cabeza y se tambaleó hacia un lado; a continuación, recibió otro golpe que le hizo caer de rodillas y alguien le pisó la mano que se hundió en el barro. Se levantó apoyándose en un escudo con una cabeza de dragón pintada, cuyo propietario no pareció demasiado complacido. Era un hombre barbudo que le estaba gritando. Pero el fragor de la batalla era más fuerte. Los hombres luchaban por alejarse o por avanzar. Algunos se agarraban las heridas, de las que manaba una sangre que adquiría un color rosa al mezclarse con la lluvia, otros agarraban sus armas, completamente empapados y enloquecidos de rabia y miedo.

Por los muertos, quería escapar de ahí. No estaba seguro de si estaba llorando o no. Lo único que sabía es que no podía volver a caerse. Craw había dicho que tenía que ser leal y permanecer junto a sus compañeros, ¿verdad? Que debía ser leal a su jefe y permanecer junto a él. Parpadeó mientras observaba la tormenta y vislumbró el estandarte de Dow el Negro aletear calado por la lluvia. Sabía que Craw debía de estar cerca. Se abrió paso hacia allí entre aquellos cuerpos que se empujaban mutuamente, resbalando sobre el barro pisoteado. Le pareció ver fugazmente el

rostro de Drofd, que rugía sin parar. De repente, oyó un grito y una lanza se le echó encima, aunque no con gran rapidez. Apartó la cabeza a un lado, todo lo lejos que pudo, estirándose con todas sus fuerzas, y la punta le rozó la oreja. Alguien gimoteó junto a su otro oído y cayó sobre él. Notó algo cálido en el hombro. Escuchó gruñidos y gorgoteos. Sintió cómo un líquido ardiente le bajaba por el brazo. Jadeó y meneó los hombros para quitarse el cadáver de encima, que cayó al fango.

La multitud sufrió otra embestida y Beck se vio arrastrado hacia la izquierda, permaneció boquiabierto mientras se esforzaba por mantenerse erguido. Una lluvia caliente le salpicó en la mejilla. El hombre que tenía delante desapareció bruscamente y Beck se encontró parpadeando frente a un espacio abierto. Frente a una franja de barro, cubierta por cadáveres despatarrados, charcos y lanzas rotas.

Al otro lado de la franja se hallaba el enemigo.

Dow rugió algo sobre su hombro, pero Craw no pudo oírle. Apenas era capaz de oír nada sobre el murmullo de la lluvia y el clamor de las rudas voces, tan atronadoras como una tormenta. Ya era demasiado tarde para dar órdenes. Llega un momento en que un hombre debe conformarse con las que ya ha dado y confiar en que sus hombres harán lo correcto y lucharán. Le pareció ver la empuñadura del Padre de las Espadas asomar entre las lanzas. Debería haber permanecido junto a su docena. Debería haber sido fiel a sus compañeros. ¿Por qué había aceptado ser el segundo de Dow? Quizá porque en otro tiempo había sido el segundo de Tresárboles y, por algún motivo, había pensado que, si recuperaba el puesto que había tenido, el mundo volvería a ser como antes. No era más que un viejo necio que se aferraba a los fantasmas del pasado. Ahora ya era demasiado tarde. Debería haberse casado con Colwen cuando había tenido la oportunidad. Tendría que habérselo propuesto, al menos. Debería haberle dado la oportunidad de rechazarle.

Cerró los ojos un momento y respiró el aire frío y húmedo. «Debería haber seguido siendo carpintero», susurró. Pero la espada había sido la opción más fácil. Para trabajar la madera se necesitan todo tipo de herramientas: formones y sierras, hachas grandes y pequeñas, martillos y clavos, leznas y lijas. Pero para ser un guerrero sólo necesitas dos. Un filo y la voluntad de matar. Aunque Craw no estaba seguro de seguir poseyendo esa voluntad de matar. Apretó el puño con fuerza alrededor de la empapada empuñadura de su espada. El fragor de la batalla era cada vez más intenso y se fundía en sus oídos con el rugido de su respiración, con el rugido de su corazón. Hay cosas que no se pueden cambiar. Entonces, apretó los dientes y abrió los ojos de golpe.

La multitud se partió en dos como un tronco en una serrería y la Unión penetró como un enjambre por el hueco abierto. Un adversario se abalanzó sobre Craw antes

de que éste pudiera blandir su espada. Sus escudos entrechocaron y sus pies se deslizaron sobre el barro. Craw vio fugazmente un semblante enfurecido y consiguió inclinar su escudo hacia delante de tal modo que el reborde de metal se hundiese en la nariz de su oponente. Después, empujó hacia arriba, entre gemidos y gorgoteos. Tiró de la agarradera del escudo con todas sus fuerzas y lo golpeó con él, se lo clavó, mientras gruñía y escupía, hasta hundirlo en la cabeza de aquel tipo. Se le enganchó en la hebilla del casco de su rival y casi se lo arrancó. Craw intentó liberar su espada. Súbitamente, una hoja pasó silbando a su lado y se llevó un buen pedazo de la cara del soldado. Éste dejó de oponer resistencia y Craw resbaló sobre el lodo.

Dow el Negro blandió su hacha y clavó el lado de la pica sobre el casco de algún adversario, atravesándolo por completo. La dejó enterrada en la cabeza del cadáver mientras éste caía de espaldas con los brazos en cruz.

Un hombre del Norte manchado de barro se encontraba ensartado con una lanza y se aferraba con uno de los brazos a ella mientras movía su martillo de guerra de un lado a otro inútilmente. Tenía la mano de un enemigo en su rostro, lo que lo obligaba a alzar la cabeza mientras se esforzaba por ver algo entre los huecos que dejaban los dedos.

Un soldado de la Unión se dirigió hacia Craw. Alguien le puso la zancadilla y cayó sobre una rodilla en medio del lodo. Craw le golpeó en la nuca con la empuñadura de la espada y le abolló el casco. Lo volvió a golpear y le hizo caer de bruces. Mientras profería diversas maldiciones, lo volvió a golpear una y otra vez hasta enterrar su cara en el barro.

Escalofríos, con una sonrisa dibujada en la cara, machacó a un enemigo con su escudo. La lluvia hacía que su enorme cicatriz se enrojeciera, dando así la impresión de que era una herida reciente. La guerra lo vuelve todo del revés. Hombres que son una amenaza en tiempos de paz pasan a ser tu mejor esperanza tan pronto como el acero reluce.

Un cadáver bailaba de atrás adelante y de adelante atrás al compás de las patadas. La sangre se arremolinaba en los charcos de agua turbia. Un mandoble del Padre de las Espadas partió a alguien en dos igual que un cincel partiría la talla de un hombre. Craw volvió a agazaparse tras su escudo para protegerse de la lluvia de sangre que cayó sobre él como una neblina de gotas.

Las lanzas empujaban en todas direcciones como una masa desquiciada, traqueteante y resbaladiza. La punta de una resbaló lentamente sobre la madera hasta encontrar una mano, que atravesó y clavó contra un pecho, empujando a su dueño hacia el suelo, a la vez que éste negaba con la cabeza, no, no, e intentaba quitarse de encima la lanza con la otra mano mientras unas despiadadas botas lo pisoteaban.

Craw desvió un lanzazo con el escudo y asestó un mandoble con su espada, acertando a su oponente bajo la mandíbula, cuya cabeza giró violentamente entre un borboteo de sangre y un graznido que sonó igual que la primera nota de una canción que le resultaba conocida.

Tras él, pudo divisar a un oficial de la Unión que llevaba la armadura más hermosa que Craw había visto en su vida, estaba grabada por completo con relucientes diseños dorados. Aquel hombre estaba golpeando a Dow el Negro con una espada embarrada y había conseguido ponerle de rodillas. Uno debe ser leal a su jefe y permanecer junto a él. Craw acudió en ayuda de su jefe rugiendo y hundió un pie en un charco, lo cual provocó que salpicara toda el agua enfangada. Golpeó demencialmente aquel maravilloso peto y abrió una grieta en mitad de aquella obra de arte, obligando a su portador a retroceder tambaleante. Craw avanzó de nuevo y ensartó al hombre de la Unión justo en el momento en que éste se volvía. Su hoja penetró hasta rozar la parte inferior de la armadura y atravesó al oficial, quien se derrumbó de espaldas.

Craw pugnó por recuperar su espada. Tenía la mano y el brazo cubiertos de sangre caliente y pegajosa. Se vio obligado a sostener a aquel cabrón mientras retorcía la hoja para poder extraerla, mientras daban tumbos juntos en el lodo en un mortal abrazo. Craw sintió cómo la rala barba del oficial le raspaba la mejilla, así como su aliento en el oído, y, en ese momento, se dio cuenta de que nunca había llegado a estar tan cerca de Colwen. Hay cosas que se no se pueden cambiar, ¿eh? Hay cosas que...

Con desear no siempre es suficiente, y por mucho que Gorst lo desease, no iba a poder llegar hasta ellos. Había demasiados rivales entre medias. Para cuando logró cortarle una pierna al último y pudo arrojarlo a un lado, aquel anciano ya le había atravesado las tripas a Jalenhorm. Gorst pudo ver la punta ensangrentada de la espada asomar bajo el reborde dorado de su peto salpicado por la lluvia. Mientras el hombre del Norte intentaba extraer la hoja de su cuerpo, el general adoptó una expresión de lo más extraña. Casi parecía una sonrisa.

Se ha redimido.

El viejo hombre del Norte se volvió al oír el aullido de Gorst y abrió los ojos como platos mientras alzaba su escudo. El acero lo cortó profundamente, astillando su madera, retorciendo el asidero contra el brazo de su dueño, golpeándole la cabeza contra el reborde metálico y arrojándolo desconcertado a un lado.

Gorst dio un paso adelante para terminar el trabajo, pero, una vez más, volvía a haber alguien en su camino. *Como siempre.* Era poco más que un muchacho y blandía

un hacha a la vez que gritaba. *Lo de costumbre, probablemente: muere, muere, bla, bla, bla.* Gorst se sentiría feliz de morir, por supuesto. *Pero no porque le resulte conveniente a este necio.* Echó la cabeza a un lado, dejó que el hacha rebotara inofensivamente en su hombrera y giró sobre sí mismo barriendo el aire en horizontal con su espada. El muchacho intentó desesperadamente bloquear el golpe, pero la pesada hoja le arrebató el hacha de la mano y le abrió la cabeza, sus sesos salieron volando.

Súbitamente, la punta de una espada susurró junto a él y Gorst se echó hacia atrás tanto como se lo permitió su cintura. Sintió una corriente de aire en la mejilla y una persistente molestia bajo el ojo. Un espacio se había abierto entre aquella masa de hombres aulladores. La batalla había dejado de ser un enfrentamiento entre dos fuerzas para convertirse en una maraña de grupos que combatían torpemente en el mismo centro de los Héroes. Todo concepto de frentes, tácticas, direcciones, órdenes e incluso de bandos se había desvanecido como si nunca hubiesen existido. *Adiós muy buenas, total, sólo sirven para confundir las cosas.*

Por algún motivo, un hombre del Norte semidesnudo lo estaba esperando ahí delante. Aquel tipo sostenía la espada más grande que Gorst había visto en su vida. *Y he visto muchas.* Era absurdamente larga, como si hubiese sido forjada para un gigante. El metal relucía bajo la lluvia y tenía una única letra estampada cerca de la empuñadura.

Aquel hombre del Norte parecía salido de un cuadro pintoresco pintado por un artista que nunca hubiese visto un campo de batalla. Pero la gente de aspecto ridículo puede ser igual de letal que la que posee una voz ridícula, y Gorst había perdido toda su arrogancia entre toses en el humo de la Casa del Ocio de Cardotti. *Un hombre debe afrontar cada pelea como si fuera la última. ¿Será esta mi última batalla? Eso espero.*

Retrocedió un paso, con suma cautela, mientras aquel hombre movía el codo para preparar un golpe lateral. Gorst giró su escudo para detenerlo y preparó su acero para lanzar el contraataque. Pero, en vez de blandir la espada, el hombre del Norte se abalanzó sobre él y usó la enorme hoja a modo de lanza, cuya punta superó el extremo del escudo de Gorst y fue a impactar contra su peto, haciéndole trastabillar. *Una finta.* El instinto le empujaba con fuerza a contraatacar, pero se obligó a mantener los ojos clavados en la hoja y a estudiar su trayectoria curva a través de la lluvia, seguida por un arco de gotas brillantes.

Gorst se echó a un lado y la gran espada pasó siseando junto a él, alcanzándolo en la armadura a la altura del codo, de la que hizo saltar una pieza. De inmediato, Gorst ya estaba lanzando una estocada, pero la punta de su acero sólo cortó la lluvia, ya que su oponente semidesnudo acababa de driblarle. Gorst echó los brazos hacia atrás para lanzar un salvaje mandoble a la altura de la cabeza, pero su adversario lo evitó, agachándose ágilmente, y levantó su enorme espada con sorprendente velocidad en el momento justo en el que el acero de Gorst descendía. Sus hojas

chocaron con tal estrépito que les dejó adormecidos los dedos. Acto seguido, se separaron, vigilantes. El hombre del Norte tenía su mirada clavada serenamente en Gorst, a pesar de la persistente lluvia.

Tal vez su arma pareciese un accesorio teatral sacado de una mala comedia, pero aquel hombre no era ni mucho menos un bufón. La posición, el equilibrio y el ángulo de esa larga hoja le proporcionaban todo tipo de opciones tanto en defensa como en ataque. Uno difícilmente encontraría descrita su técnica en el manual de esgrima de Rubiari, pero, por otra parte, tampoco aparecería semejante espada en ese libro. *En cualquier caso, ambos somos maestros de la espada.*

Antes de que Gorst se pudiera mover, un soldado de la Unión se interpuso vacilante entre ellos, se encontraba doblado sobre sí mismo por una herida en el estómago y tenía las manos llenas de su propia sangre. Presa de la impaciencia, Gorst lo apartó con un golpe de su escudo y saltó hacia el hombre del Norte semidesnudo, combinando una estocada y un mandoble, pero éste esquivó la estocada y detuvo el mandoble con mayor rapidez de la que Gorst hubiera sospechado posible, teniendo en cuenta el peso que su rival estaba manejando. Gorst fintó a la derecha, después a la izquierda y, por último, lanzó un ataque bajo. Pero el hombre del Norte estaba preparado para esa maniobra y se apartó de un salto. El acero de Gorst rozó el suelo y le cortó de un tajo la pierna a otro combatiente, que se derrumbó con un alarido. *No haberte puesto en medio, estúpido.*

Gorst se recuperó justo a tiempo para ver cómo aquella gran espada se abalanzaba sobre él y, al instante, se agachó jadeando. La hoja se estampó contra su escudo, dejando una enorme abolladura en el ya maltratado metal y doblándolo con fuerza sobre el antebrazo de Gorst, de tal modo que acabó empujando su propio puño contra su boca. Pero no perdió pie. Tomó impulso, saboreando la sangre, y empujó con su escudo al hombre del Norte, apartándolo a la vez que lanzaba un mandoble del revés seguido de otro del derecho, el primero por arriba, el segundo por abajo. El hombre del Norte logró esquivar el alto, pero el bajo lo alcanzó en la pierna con la punta, de modo que brotó la sangre y la rodilla cedió. *Punto para mí. Y, ahora, a terminar con esto.*

Gorst extendió el brazo dispuesto a lanzar un revés, pero, entonces, intuyó que algo se movía en el límite de su campo visual, por lo que cambió el ángulo de su mandoble y trazó rugiendo un arco más extenso, golpeando así a un Cari en el lateral de su casco con tanta fuerza que su adversario salió despedido y cayó boca abajo sobre una maraña de lanzas. Gorst se volvió de inmediato blandiendo su acero como una guadaña, pero el hombre del Norte lo esquivó, rodando con la agilidad de una ardilla, y volvió a levantarse completamente en guardia mientras la espada de Gorst lanzaba salpicaduras de agua sucia a su lado.

En cuanto volvieron a encontrarse frente a frente, Gorst se dio cuenta de que estaba sonriendo, en mitad de la empantanada pesadilla en la que se había convertido aquella batalla. *¿Cuándo fue la última vez que me sentí así de vivo? ¿Acaso alguna vez me había sentido así?* Su corazón bombeaba fuego, sintió un cosquilleo en la piel al notar las gotas de lluvia sobre ella. Todas las decepciones, todas las vergüenzas y todos los fracasos que he sufrido no son nada ahora. Cada nimio detalle destacaba como una llama en mitad de la negrura, cada momento se prolongaba toda una era, cada movimiento, hasta el más minúsculo, suyo o de su oponente, era una historia en sí mismo. *Sólo cabe vencer o morir.* Mientras Gorst se sacudía del brazo el destrozado escudo y lo arrojaba al barro, el hombre del Norte le devolvió la sonrisa y asintió. *Y nos reconocemos el uno al otro, y nos comprendemos mutuamente, y nos enconchamos como iguales. Como hermanos.* Había respeto entre ellos, pero no habría misericordia. La menor vacilación por parte de cualquiera de los dos sería tomada un insulto a las habilidades del otro. Gorst devolvió el saludo, pero, antes incluso de haberlo completado, ya se estaba abalanzando sobre su contrincante.

El hombre del Norte detuvo la espada con su enorme acero, pero Gorst tenía la otra mano libre y hundió uno de sus puños enguantados entre las costillas desnudas de su enemigo, al que empujó trastabillando y gruñendo hacia un lado. Gorst dirigió otro puñetazo castigador hacia su rostro, pero su rival lo esquivó. De improviso, el pomo de la gran espada pareció de la nada y Gorst apenas tuvo tiempo de retirar la barbilla para que la bola de metal no impactase contra su nariz por un milímetro. Alzó la mirada y pudo ver cómo el hombre del Norte saltaba hacia él, con la espada bien alzada y dispuesto a hundirla en su cuerpo. Gorst obligó a sus doloridas piernas a tensarse una vez más, agarró su arma con ambas manos y detuvo la larguísima hoja con la suya. El metal chirrió y el filo gris mordió su acero forjado por Calvez, de cuya hoja extrajo una brillante viruta gracias a su filo imposiblemente cortante.

Gorst se vio empujado hacia atrás por la fuerza del impacto, aunque logró detener la enorme espada a corta distancia de su cara, al mismo tiempo que clavaba su mirada sobre el filo empapado y bizqueaba. Consiguió hacer palanca con los talones apoyándose en un cadáver y logró detener así el empuje de su adversario. Intentó hacerle perder el equilibrio mediante una patada, pero su rival bloqueó el golpe con su rodilla y se acercó aún más, estrechando su abrazo. Ambos jadearon y se escupieron mutuamente a la cara, entrelazados, a la vez que frotaban y hacían chirriar sus espadas mientras intentaban desequilibrarse mutuamente, mientras retorcían las empuñaduras hacia un lado y otro, mientras forzaban un músculo u otro, buscando ambos desesperadamente una minúscula ventaja, sin que ninguno fuese capaz de hallarla.

Es un momento perfecto. Gorst no sabía nada sobre aquel hombre, ni siquiera su nombre. *Pero, aun así, compartimos un vínculo mucho más estrecho que el de unos amantes, porque compartimos esta sublime esquirla de tiempo.* Donde se enfrentaban el uno al otro.

Enfrentados a la muerte, que siempre es el tercer convidado en nuestras pequeñas fiestas. Sabedores de que todo podría acabar en un instante. *Victoria y derrota, gloria y olvido, se hallaban en perfecto equilibrio.*

Es un momento perfecto. Y aunque estaba luchando hasta con la última fibra de su ser para ponerle punto final, Gorst deseó que pudiese prolongarse eternamente. *Nos uniremos a esas piedras, seremos otros dos Héroes que se sumarán al círculo, inmovilizados para siempre en este combate, y la hierba crecerá a nuestro alrededor, seremos un monumento a la gloria de la guerra, a la dignidad del combate cuerpo a cuerpo, un eterno duelo de campeones sobre el noble campo de...*

—Oh —dijo el hombre del Norte. Y ya no sintió más presión. Las hojas se separaron. Retrocedió tambaleante bajo la lluvia, parpadeando en dirección hacia Gorst y, después, miró hacia abajo, con la boca abierta conformando una mueca estúpida. Seguía sosteniendo su gran espada en una mano, cuya punta arrastraba sobre el barro, dejando un surco acuoso a su paso. Alzó la otra mano para tocar suavemente la lanza que asomaba a través de su pecho, sobre cuyo astil ya corría la sangre.

—Esto no me lo esperaba —afirmó el hombre del Norte. Después, cayó como una piedra.

Gorst permaneció inmóvil, frunciendo el ceño. Tenía la impresión de que había pasado un largo rato, aunque probablemente sólo había transcurrido un instante. No había manera de adivinar de dónde había salido esa lanza. *Estamos en una batalla. Hay muchas lanzas por ahí.* Dejó escapar un suspiro. *En fin. El baile continúa.* El viejo que había matado a Jalenhorm estaba revolcándose en el barro a apenas un paso y un mandoble de distancia.

Gorst dio un paso, alzando su acero mellado.

Entonces, una explosión de luz invadió su cabeza.

Beck lo había visto todo a través de los cuerpos en movimiento, había recibido empujones y golpes por todas partes y se sintió completamente entumecido por el terror. Vio a Craw caer y rodar por el fango. Vio a Drofd pasar sobre él y recibir un tajo. Vio a Whirrun pelear contra aquel toro enloquecido que iba vestido con un uniforme de la Unión, contra el que libró un combate que sólo pareció durar un par de momentos salvajes, demasiado rápidos como para que fuese capaz de seguirlos. Vio caer a Whirrun.

Recordó el momento en que Craw le había señalado delante de todos los Caris de Dow. En que lo había señalado como un ejemplo a seguir. Entonces, un hombre se derrumbó chillando frente a él, abriendo así un hueco. Limítate a hacer lo correcto. Sé leal a tu jefe. No pierdas la cabeza. Mientras el hombre de la Unión daba un paso

hacia Craw, Beck dio un paso hacia el hombre de la Unión por el lado que éste no podía ver.

Haz lo correcto.

En el último momento, giró la muñeca, de modo que fue la parte roma de la espada de Beck la que le golpeó en la sien y le hizo caer rodando entre el lodo. Y eso fue lo último que pudo ver Beck antes de que el furor de las pisadas, la maraña de armas y los rostros rugientes reaparecieran frente a él.

Craw parpadeó y meneó la cabeza. Después, mientras notaba cómo el vómito se le acumulaba al fondo de la garganta, decidió que eso no le iba a servir para nada. Rodó sobre sí mismo, gimiendo como los mismísimos muertos en el infierno.

Su escudo estaba hecho una ruina, toda la madera estaba astillada y el reborde ensangrentado se encontraba deformado sobre su brazo palpitante. Lo arrastró hasta quitárselo. Acto seguido, se limpió la sangre que le cubría un ojo.

Bum, bum, bum, prosiguió escuchando en su cráneo, como si alguien le estuviera clavando un enorme clavo en él. Al margen de eso, reinaba un extraño silencio. Al parecer, los hombres del Norte habían expulsado de la colina a la Unión. O quizá fuera al revés. Craw se dio cuenta de que apenas le importaba el resultado de la batalla. El retumbar de pies se oía ahora a lo lejos y la cumbre se había convertido en un mar sanguinolento y embarrado de desechos, muertos y heridos, amontonados en el suelo como hojas otoñales, mientras los Héroes proseguían su misma inútil vigía de siempre sobre todo lo acaecido.

—Oh, mierda —Drofd estaba tirado a uno o dos pasos de distancia, con su pálido rostro vuelto hacia él. Craw intentó levantarse y sintió de nuevo unas terribles ganas de vomitar. Así que prefirió acercarse a gatas hasta él, arrastrándose sobre el fango—. Drofd, ¿estás bien? Tienes... —el otro lado del cráneo del muchacho había desaparecido. Craw no supo dónde acababa el amasijo negro que brotaba de su interior y dónde comenzaba amasijo el negro que yacía desparramado por el exterior. Entonces, le dio unas palmaditas a Drofd en el pecho—. Oh, mierda —repitió. No sabía qué otra cosa decir.

Whirrun sonrió mientras se arrastraba hacia él, con los dientes rosados por la sangre.

—Craw. ¡Eh! Me levantaría si pudiera, pero... —alzó la cabeza para observar la punta de lanza—. Estoy jodido.

Craw había visto a lo largo de su vida muchas heridas y supo de inmediato que aquella no tenía remedio.

—Ya —Craw se sentó lentamente y colocó las manos sobre su regazo, le parecieron tan pesadas como yunques—. Supongo.

—Shoglig sólo me contó un montón de tonterías. Esa vieja zorra no sabía cuándo iba a morir. Si llego a saber esto, me habría puesto una armadura —Whirrun profirió un sonido a medio camino entre una tos y una risa; después, esbozó una mueca de dolor, tosió, volvió a reír y esbozó otra mueca—. Joder, duele. Quiero decir, que uno sabe que no puede ser de otro modo, pero... joder, duele de verdad. Supongo que de todas formas me has mostrado mi destino, ¿eh, Craw?

—Eso parece —aunque desde el punto de vista de Craw, no era un gran destino. Nadie que pudiese elegir lo habría escogido.

—¿Dónde está el Padre de las Espadas? —gruñó Whirrun, intentando revolverse para buscarla.

—¿Qué más da? —la sangre seguía goteando sobre uno de los párpados de Craw, lo cual lo obligaba a cerrar los ojos.

—Tengo que legársela a alguien. Son las reglas. Igual que Dagul Col me la pasó a mí y Yorweel la Montaña se la pasó a él, y creo que... ¿Fue Cuatro Caras quien la tuvo antes? Se me olvidan los detalles.

—Está bien —Craw se inclinó sobre él, a pesar de que la cabeza todavía le palpitaba, desenterró la empuñadura del barro y la presionó contra la mano de Whirrun.

—¿A quién quieres que se la dé?

—¿Te asegurarás de cumplir mi voluntad?

—Me aseguraré de ello.

—Bien. No hay muchas personas en las que confiaría que hiciesen lo que te voy a pedir, pero tú eres un hombre de honor, Craw, como todo el mundo dice siempre. Un hombre de honor —Whirrun le sonrió—. Entiérrala.

—¿Eh?

—Entiérrala conmigo. En otro tiempo pensé que era una bendición y una maldición. Pero, en realidad, sólo es una maldición y no pienso condenar a otro pobre desgraciado a soportar esta pesada carga. En otro tiempo pensé que era una recompensa y un castigo. Pero ésta es la única recompensa que pueden obtener los hombres como nosotros —en ese instante, Whirrun señaló con la barbilla la ensangrentada lanza—. Esto o... vivir lo suficiente para convertirse en alguien del que no merece la pena hablar. Húndela en el barro, Craw —entonces, hizo una mueca mientras depositaba la empuñadura sobre la mano lacia de Craw y lo obligaba a cerrar sus sucios dedos en torno a ella.

—Lo haré.

—Al menos, no tendré que seguir acarreándola. ¿Has visto lo que pesa la condenada?

—Toda espada es un lastre. Los hombres no se dan cuenta cuando las toman. Además, no hacen más que ganar peso con el paso del tiempo.

—Sabias palabras —Por un momento Whirrun le mostró sus dientes ensangrentados—. Debería haber pensado algunas sabias palabras para esto. Unas palabras que humedecieran los ojos del pueblo. Algo digno de ser recordado en las canciones. Pero pensaba que todavía me quedaban años. ¿Se te ocurren algunas?

—¿Algunas qué? ¿Palabras?

—Sí.

Craw negó con la cabeza.

—Nunca se me han dado bien. En cuanto a las canciones... me parece que los bardos se limitan a inventárselas.

—Me parece que así es, qué cabrones —Whirrun parpadeó, con la mirada clavada más allá del rostro de Craw, en el cielo. La lluvia por fin comenzaba a remitir—. Sale el sol, al fin —entonces, meneó la cabeza, todavía sonriendo—. ¿Qué te parece? Shoglig no me dijo más que un montón de tonterías.

A continuación, se quedó inmóvil.

Afilado mental

La lluvia caía con estrépito y Calder apenas era capaz de ver más allá de cincuenta pasos. Frente a él, sus hombres se encontraban en una insensata maraña con los de la Unión, entrechocando picas y lanzas mientras se aplastaban los brazos, las piernas y los rostros unos contra otros. Rugían, aullaban y se deslizaban sobre el barro, al mismo tiempo que intentaban agarrar los escurridizos mangos de sus armas, las resbaladizas astas de sus lanzas y el metal ensangrentado, mientras arrastraban a los muertos y a los heridos como si fueran corchos en medio de una inundación o los pisoteaban hasta hundirles en el lodo. De vez en cuando, flechas salían volando, aunque era imposible determinar a qué bando pertenecían, y rebotaban sobre los cascos o chocaban contra los escudos y caían al barrizal.

La tercera zanja, o lo que Calder podía ver de ella, se había convertido en una marisma de pesadilla en la que diablos cubiertos de fango se apuñalaban y golpeaban a una velocidad ralentizada. La Unión había conseguido atravesarla por varios lugares. En más de una ocasión, habían saltado el muro y sólo habían logrado expulsarlos gracias a los desesperados esfuerzos realizados por parte de Ojo Blanco y su cada vez más numeroso grupo de combatientes heridos.

Calder tenía la garganta en carne viva de tanto gritar y ni aun así conseguía que alguien lo oyese. Todos los hombres capaces de sostener un arma estaban luchando y, aun así, la Unión persistía en su asalto, una oleada tras otra, sin dejar de avanzar. No tenía ni idea de dónde se había metido Pálido como la Nieve. A lo mejor estaba muerto. Como tantos otros. En un combate cuerpo a cuerpo como aquél, con el enemigo tan cerca como para escupirte a la cara, nadie podía sobrevivir mucho tiempo. Los hombres no están hechos para soportar algo así. Antes o después, uno de los bandos cedería y, como una presa al derrumbarse, se disolvería de inmediato. Y ese momento ya no estaba muy lejos. Calder podía percibirlo. Miró nerviosamente a sus espaldas. Divisó a un par de heridos y un par de arqueros. Más allá, puedo atisbar la desdibujada silueta de la granja donde se hallaba su caballo. Probablemente, no fuese demasiado tarde para...

Unos hombres estaban saliendo a gatas del foso situado a su izquierda y se dirigían hacia él. Por un momento, pensó que eran sus hombres, que habían decidido hacer lo más sensato: correr para salvar el cuello. Después, sintió un escalofrío al

darse cuenta de que bajo aquella mugre sólo había soldados de la Unión, que se estaban colando a través de un flanco desprotegido.

Permaneció con la boca abierta mientras se abalanzaban sobre él. Ya era demasiado tarde como para echarse a correr. El hombre que les dirigía había llegado a su lado. Era un oficial de la Unión que había perdido el casco y llevaba la lengua fuera mientras jadeaba para recobrar el aliento. El oficial blandió una espada embarrada y Calder se apartó de un salto y cayó en mitad de un charco. Consiguió bloquear el siguiente golpe y sintió cómo el entumecedor impacto retorcía la espada que sostenía entre sus manos y le provocaba un calambre que le recorrió todo el brazo hasta llegar al hombro.

Quiso gritar de un modo varonil, pero lo único que acertó a decir fue:

—¡Socorro! ¡Joder! ¡Ayuda! —exclamó de un modo tan ronco y agotado que nadie pudo oírle. O, si alguien lo escuchó, le importó una mierda, pues todos seguían luchando por sus vidas.

Nadie podría haber adivinado que cuando Calder había sido un muchacho lo obligaban a salir cada mañana al patio a practicar con la lanza y la espada. No recordaba nada de lo que había aprendido por aquel entonces. Agarró su arma con las dos manos y la movió como una anciana sacudiría su escoba para espantar a una araña, con la boca completamente abierta y los ojos tapados por su cabello mojado. Debería haberse cortado el maldito...

Jadeó cuando la espada del oficial saltó nuevamente hacia él. Entonces, se le enredó tobillo con algo y perdió el equilibro, intentó agarrarse a la nada y acabó cayendo de culo. Había tropezado con una de las banderas robadas. Qué ironía. Sus caladas botas estirias alzaron barro en todas direcciones mientras intentaba retroceder. El oficial dio un paso con aire cansado y alzó su espada; después, profirió un gemido y cayó de rodillas. Su cabeza rodó hacia un lado y su cuerpo se desplomó sobre el regazo de Calder, lanzando chorros de sangre mientras éste jadeaba, escupía y parpadeaba.

—Se me ha ocurrido venir a echarte una mano.

Quien apareció tras el soldado, espada en mano, no era sino Brodd Tenways, con una desagradable sonrisa dibujada en su cara enrojecida y la cota de malla reluciente por mor de la lluvia. Nunca hubiera podido imaginarse que ese hombre le salvaría la vida.

—No podía dejar que te llevases toda la gloria, ¿verdad?

De una patada Calder se quitó de encima el cuerpo que chorreaba sangre y se levantó torpemente.

—¡Una parte de mí se siente tentada a mandarte a tomar por culo!

—¿Y qué piensa la otra parte de ti?

—La otra parte de mí está cagada de miedo —no hablaba en broma. No le habría sorprendido lo más mínimo que la siguiente cabeza cercenada por la espada de Tenways fuese la suya.

Pero Tenways sólo le ofreció una sonrisa de dientes podridos.

—Puede que sea la primera cosa sincera que te oigo decir en la vida.

—Probablemente, tengas razón.

Tenways asintió en dirección a aquella maraña de hombres.

—¿Vienes?

—Coño, claro —Calder se preguntó por un momento si debía cargar corriendo, rugiendo como un demente, para cambiar el curso de la batalla. Eso es lo que habría hecho Scale. Pero si obraba así, no estaría aprovechando sus puntos fuertes. El entusiasmo que había sentido al ver aniquilada a la caballería hacía tiempo que lo había abandonado, dejándole empapado, frío y exhausto. Fingió una mueca de dolor al dar un paso y se agarró una rodilla—. ¡Ah! ¡Mierda! Ya os alcanzaré.

Tenways sonrió ampliamente.

—Por supuesto. ¿Por qué no ibas a hacerlo? ¡Venid conmigo, cabrones! —gritó mientras conducía una formación en cuña de ceñudos Caris hacia el hueco abierto entre las líneas y nuevos refuerzos descendían de un salto el muro a su izquierda, añadiendo su peso al reñido combate.

La lluvia estaba amainando. Calder pudo ver, por fin, un poco más lejos y, para su gran alivio, tuvo la impresión de que la llegada de Tenways quizá hubiera desequilibrado la balanza en su favor. Era posible. Pero bastaba con que llegasen unos cuantos más soldados de la Unión para que todo volviera a desmoronarse. El sol se asomó entre las nubes por un instante, creando un débil arco iris que se curvó sobre la ondulante masa de metal empapado a la derecha y rozó suavemente la ladera desnuda que se extendía más allá, así como el pequeño muro que la coronaba.

¿Durante cuánto tiempo más se iban a limitar a seguir sentados sin hacer nada aquellos cabrones al otro lado del arroyo?

La paz de nuestra época

Había hombres heridos tirados por todas partes en las laderas de la colina. Tanto moribundos como muertos. A Finree le pareció ver rostros familiares entre ellos, pero no pudo estar segura de si de verdad eran amigos fallecidos o conocidos o sólo cadáveres con un corte de pelo similar. En más de una ocasión, vio entre ellos el rostro inerte de Hal congelado para siempre en una mueca de dolor, en una mirada de sorpresa o una sonrisa. Pero eso no parecía importarle demasiado. Lo verdaderamente horripilante de los muertos es que se percató de que se había acostumbrado a ellos.

Pasaron a través de un hueco que se abría en un muro de escasa altura y penetraron en un círculo de piedras, donde los cadáveres se amontonaban sobre cada centímetro libre de hierba. Un hombre intentaba taparse una enorme herida que tenía en la pierna, pero, en cuanto conseguía taponar un extremo, se abría el otro, derramando un arroyo de sangre. Su padre se bajó del caballo, seguido por sus oficiales, seguidos a su vez por ella. Un muchacho pálido que agarraba una corneta en su mano manchada de barro la observó en silencio. Se abrieron paso entre aquella locura conformando una pálida procesión, mientras eran prácticamente ignorados. Su padre miraba a su alrededor apretando la mandíbula con fuerza.

Un oficial de baja graduación daba vueltas inútilmente a su alrededor, ondeando una espada doblada.

—¡Formen! *¡Formen!* ¿Usted! ¿Qué demonios...?

—Lord Mariscal —dijo alguien, con una voz inconfundiblemente aguda. Gorst se levantó, vacilante, de entre un grupo de soldados andrajosos, y ofreció al padre de Finree un saludo cansado. Sin duda alguna, había participado en lo peor del combate. Su armadura se encontraba repleta de abolladuras y manchas. La vaina de su espada se hallaba vacía y pendía entre sus piernas de un modo que podría haber resultado cómico cualquier otro día. Tenía un corte largo y recubierto por una costra negra bajo un ojo y salpicaduras de sangre seca sobre una mejilla, la mandíbula y todo un costado de su ancho cuello. Cuando giró la cabeza, Finree vio que tenía el otro ojo inyectado en sangre y que sus vendas estaban empapadas.

—Coronel Gorst, ¿qué ha sucedido?

—Atacamos —contestó Gorst parpadeando, quien, al ver a Finree, pareció titubear, aunque después alzó silenciosamente las manos y las dejó caer—. Y perdimos.

—¿Los hombres del Norte siguen controlando los Héroes?

Gorst asintió lentamente.

—¿Dónde está el general Jalenhorm? —preguntó el padre de Finree.

—Ha muerto —dijo Gorst con su vocecilla.

—¿Y el coronel Vinkler?

—También.

—¿Quién está al mando?

Gorst guardó silencio. Entonces, el padre de Finree se volvió con el cejo fruncido hacia la cima. La lluvia estaba aclarando y la larga ladera que conducía hasta los Héroes comenzaba a tomar forma entre el lluvioso velo gris. A cada paso, aparecían más cadáveres. Más muertos de ambos bandos, más armas y armaduras rotas, más estacas destrozadas y flechas clavadas. Luego, divisó el muro que circundaba la cima y más pedruscos ennegrecidos por la lluvia de la tormenta. Bajo el muro había más cadáveres. Por encima se atisbaban las lanzas de los hombres del Norte. Todavía resistían. Todavía los aguardaban.

—¡Mariscal Kroy! —el Primero de los Magos no se había molestado siquiera en desmontar. Seguía sentado con las muñecas cruzadas sobre el arzón de su silla, de donde pendían sus gruesos dedos. Mientras asimilaba la carnicería, mostraba un semblante ligeramente decepcionado y exigente, como el de alguien que ha pagado para que limpien de malas hierbas su jardín y al inspeccionar el terreno descubre que todavía crecen uno o dos cardos—. Un pequeño revés, pero siguen llegando refuerzos y el tiempo está mejorando. ¿Me permite que le sugiera que reorganice sus fuerzas y prepare a sus hombres para otro ataque? Al parecer, el general Jalenhorm ha conseguido llegar hasta los Héroes, de modo que un segundo intento podría...

—No —le interrumpió el padre de Finree.

Bayaz frunció ligeramente el ceño y esbozó una mueca de desconcierto. Como si un sabueso habitualmente obediente se hubiera negado a sentarse.

—¿No?

—No. Teniente, ¿lleva consigo una bandera blanca?

El portaestandartes de su padre miró nerviosamente a Bayaz y, acto seguido, tragó saliva.

—Por supuesto, Lord Mariscal.

—Quiero que lo ate a esa asta, que suba con sumo cuidado hacia los Héroes y compruebe si los hombres del Norte están dispuestos a hablar.

Un extraño murmullo se extendió por todos los hombres que se encontraban al alcance de su oído. Gorst dio un paso adelante.

—Mariscal Kroy, si atacamos de nuevo, creo que...

—Usted es el observador del rey, así que limítese a observar.

Gorst se quedó inmóvil por un momento, miró de reojo a Finree y, a continuación, cerró la boca y retrocedió.

El Primero de los Magos observó la bandera blanca con una expresión tormentosa en su semblante, a pesar de que los cielos clareaban cada vez más. Espoleó a su caballo hacia delante, obligando a un par de agotados soldados a apartarse bruscamente de su camino.

—Su Majestad se sentirá profundamente decepcionado, Lord Mariscal —aseveró, proyectando un aura temible, incongruente para un anciano calvo y orondo ataviado con un abrigo mojado—. Espera que hasta el último hombre cumpla con su deber.

El padre de Finree se plantó frente al caballo de Bayaz, sacó pecho y alzó la barbilla, soportando toda la animosidad del Mago.

—Mi deber consiste en salvaguardar las vidas de estos hombres. Simplemente, no puedo tolerar que se produzca otro ataque. No mientras yo esté al mando.

—¿Y cuánto tiempo supone que seguirá estándolo?

—Lo suficiente. ¡Vamos, váyase! —azuzó a su portaestandarte, quien se alejó cabalgando, haciendo ondear su bandera blanca.

—Lord Mariscal —Bayaz se inclinó hacia delante, dejando caer cada sílaba de aquellas palabras como si fueran enormes piedras—. Sinceramente, espero que haya sopesado las consecuencias...

—Lo he hecho y estoy satisfecho con mi decisión —el padre de Finree también se había echado ligeramente hacia delante, entornando los ojos como si se hallara ante un vendaval. A ella le pareció ver que le temblaban las manos; no obstante, su tono de voz era tranquilo y mesurado—. Sospecho que de lo que más me voy a arrepentir es de haber permitido que las cosas hayan llegado tan lejos.

El Mago arrugó aún más las cejas y su susurrante voz casi resultó dolorosa para los oídos de los allí presentes.

—Oh, un hombre puede arrepentirse de cosas mucho peores que ésa, Lord Mariscal.

—Con permiso —dijo el sirviente de Bayaz, mientras avanzaba ágilmente entre el caos en dirección hacia ellos. Estaba completamente empapado, como si hubiera cruzado un río a nado, y totalmente cubierto de barro, como si hubiera vadeado una marisma, pero no daba muestras de sentir la menor incomodidad. Bayaz se inclinó hacia él y el sirviente le susurró algo al oído. El Mago relajó lentamente el ceño mientras escuchaba. Después, se volvió a incorporar sobre la silla de montar, meditabundo, para finalmente encogerse de hombros.

—Muy bien, Mariscal Kroy —dijo al fin—. Suyo es el mando.

El padre de Finree le dio la espalda.

—Necesitaré un traductor. ¿Quién habla su idioma?

Un oficial con el brazo vendado dio un paso al frente.

—El Sabueso y algunos de sus hombres del Norte estaban con nosotros al comienzo del ataque, señor, pero... —entonces, dejó de hablar y examinó a la multitud de soldados heridos y agotados arremolinados en aquel lugar. ¿Quién podía saber dónde estaría en aquel momento alguno de ellos?

—Yo lo chapurreo un poco —afirmó Gorst.

—Si sólo lo chapurrea, podría darse algún malentendido. Y no podemos permitirnos ninguno.

—Entonces, iré yo —dijo Finree.

Su padre la contempló de hito en hito, como si le asombrara verla allí, y no digamos oírla presentarse voluntaria a esa misión.

—Ni mucho menos. No puedo...

—No puedes permitirte seguir esperando, ¿verdad? —le interrumpió su hija—. Ayer mismo hablé con Dow el Negro. Me conoce. Fue a mí a quien confió su oferta. Soy la más adecuada. Debería ser yo.

Su padre la observó un momento más y, a continuación, le ofreció una leve sonrisa.

—Muy bien.

—Los acompañaré —intervino Gorst en una muestra de caballerosidad desagradablemente inapropiada al hallarse entre tantos muertos—. ¿Me permite tomar prestada su espada, coronel Felnigg? La mía se ha quedado en la cima.

De ese modo, se pusieron en marcha, los tres, bajo la llovizna. Ahora, los Héroes resultaban perfectamente visibles en lo alto de la colina. Poco después de haber comenzado el ascenso, su padre resbaló y jadeó al caer torpemente, mientras se agarraba a la hierba. Finree se apresuró a ayudarle a levantarse. Él sonrió y le dio

unas palmaditas cariñosas en la mano, pero, de repente, le pareció que había envejecido mucho. Era como si su enfrentamiento con Bayaz le hubiera arrebatado diez años de vida. Siempre se había sentido orgullosa de su padre, por supuesto. Pero no creía haberse sentido tan orgullosa de él como en aquel momento. Orgullosa y triste a la vez.

Wonderful pasó la aguja, tiró del hilo y lo anudó. Normalmente, habría sido Whirrun el encargado de hacerlo, pero el Tarado había cosido ya los últimos puntos que había dado en vida, una lástima.

—Es una suerte que tengas la cabeza tan dura.

—Pues sí, mira lo bien que me ha servido toda la vida —Craw bromeó sin pensar demasiado, sin ofrecer ni esperar risas, justo en el momento en que unos gritos surgieron desde la parte del muro que daba a los Niños. Del lugar del que procederían los gritos si la Unión fuera a reanudar su ataque. Se levantó y el mundo pareció girar a su alrededor por un momento. Se sentía como si le fuera a estallar el cráneo. Yon le agarró del codo.

—¿Estás bien?

—Sí, dentro de lo que cabe —acto seguido, Craw reprimió la necesidad que sentía de vomitar y se abrió paso a través de la multitud. El valle se abrió frente a él y observó que el cielo se encontraba manchado con unos extraños colores ahora que la tormenta estaba amainando—. ¿Vuelven a subir?

No estaba seguro de que fuesen capaces de resistir otro embate. Estaba seguro de que él no podría. Dow, sin embargo, estaba sonriendo.

—En cierto modo —respondió Dow, señalando hacia tres figuras que ascendían por la pendiente hacia los Héroes. Seguían el mismo camino que había seguido Hardbread hacía un par de días cuando había llegado para reclamar aquella colina. Cuando Craw todavía tenía una docena casi completa que confiaba en que él los mantendría a salvo—. Parece que quieren hablar.

—¿Hablar?

—Vamos —dijo Dow, quien, tras lanzarle su hacha incrustada de sangre a Escalofríos, se enderezó la cota de malla sobre los hombros y atravesó dando grandes zancadas el hueco que se abría en el muro cubierto de musgo para dirigirse colina abajo.

—No vayas tan rápido —le pidió Craw, al ir tras él—. ¡No creo que mis rodillas sean capaces de aguantar ese ritmo!

Las tres figuras se acercaron aún más. Craw se sintió ligeramente más tranquilo en cuanto se percató de que una de ellas era la mujer que había conducido hasta el puente el día anterior, que iba ataviada con un abrigo de soldado. Pero el alivio desapareció de inmediato en cuanto vio quién era el tercero. Se trataba del corpulento hombre de la Unión que había estado a punto de matarle y que ahora llevaba el cráneo vendado.

Se encontraron más o menos a medio camino entre los Héroes y los Niños. Donde las primeras flechas brotaban como púas el suelo. El anciano se detuvo con los hombros erguidos y las manos unidas por detrás de la espalda. Iba bien afeitado, llevaba su canoso pelo bastante corto y parecía muy atento a todo, como si ningún detalle pudiera escapársele. Iba vestido con un abrigo negro, con hojas bordadas con hilo plateado alrededor del cuello. De su cintura pendía una espada, cuyo pomo parecía hecho a partir de alguna joya; daba la sensación de que nunca había sido desenvainada. La muchacha estaba junto a él y el soldado sin cuello un poco más atrás, con los ojos clavados en Craw. Tenía uno de ellos completamente enrojecido y el otro subrayado por un feo corte. Al parecer, había perdido su espada entre el barro en lo alto de la colina, pero había encontrado otra. No era difícil encontrarlas en aquel lugar. Sí, era el signo de los tiempos.

Dow se detuvo a un par de pasos de ellos y Craw a un paso por detrás de él, con los brazos cruzados. Lo suficientemente cerca como para alcanzar su espada con rapidez, a pesar de que dudaba de si conservaba aún fuerzas suficientes como para desenvainar ese puñetero trasto. Sobre todo, cuando mantenerse en pie ya le suponía un desafío considerable. Dow, no obstante, parecía más animado que él.

—Vaya, vaya —dijo, a la vez que sonreía a la muchacha, le mostraba todos los dientes y abría los brazos a modo de saludo—. No esperaba que volviéramos a vernos tan pronto. ¿No quieres darme un abrazo?

—No —contestó Finree—. Éste es mi padre, el Lord Mariscal Kroy, comandante en jefe del ejército de Su Majes...

—Me lo imaginaba. Por cierto, me mentiste.

La muchacha lo miró contrariada.

—¿En qué te mentí?

—En su altura, es más bajo que yo —la sonrisa de Dow se ensanchó aún más—. O, al menos, eso es lo que parece desde aquí. Menudo día estamos teniendo, ¿verdad? Esto sí que es un día para recordar —en ese instante, levantó una lanza de la Unión que se hallaba caída en el suelo con la punta de su bota y después la lanzó hacia un lado—. En fin, ¿qué puedo hacer por vosotros?

—A mi padre le gustaría que terminasen las hostilidades.

Craw se sintió invadido por tal oleada de alivio que sus hinchadas rodillas estuvieron a punto de ceder bajo su peso. Dow parecía más reticente que él.

—Las hostilidades podrían haber acabado ayer si hubiera aceptado mi oferta. Además, nos habríamos ahorrado todos mucho trabajo cavando, joder.

—La está aceptando ahora.

Dow miró a Craw y éste se limitó a encogerse de hombros.

—Más vale tarde que nunca.

—Oh —Dow clavó una mirada malhumorada en la muchacha, en el soldado y en el mariscal, como si se estuviera planteando decir que no. Después, puso los brazos en jarras y suspiró—. Está bien. No puedo decir que haya deseado llegar a esto. Sobre todo, cuando podría estar matando a gente de mi propio bando en vez de desperdiciar mis fuerzas con cabrones como vosotros.

La muchacha le dijo algunas palabras a su padre y éste contestó.

—Mi padre se siente enormemente aliviado.

—Entonces, me alegro de haber vivido para ver esto. Tengo que arreglar un par de cosas antes de que podamos ultimar los detalles —entonces, echó un vistazo a la carnicería que se había producido a los pies de los Niños—. Probablemente, vosotros también. Hablaremos mañana. Digamos que después del almuerzo. Soy incapaz de negociar con el estómago vacío.

Mientras la muchacha le traducía a su padre lo que Dow acababa de decir al idioma de la Unión, Craw miró al soldado del ojo enrojecido y éste le devolvió la mirada. Tenía una gran mancha de sangre en el cuello que o bien era suya o de Craw o de alguno de los amigos de Craw. No había pasado ni una hora desde que habían estado luchando con todas sus fuerzas, tratando a matarse el uno al otro. Ahora no había necesidad. Lo cual le llevó a preguntarse por qué la había habido en otro momento.

—Vuestro hombre es un guerrero de primera, ahí donde le veis —afirmó Dow, resumiendo más o menos lo que estaba pensando Craw.

La muchacha miró hacia atrás.

—Es... —dijo, buscando las palabras más adecuadas— el observador del rey.

Dow resopló.

—Pues hoy no se ha limitado a observar, joder. Ese tipo lleva el diablo dentro, y lo digo como un cumplido. Un hombre como él tendría un gran futuro a nuestro lado. Si fuese un hombre del Norte, aparecería en todas las canciones. Puede que incluso fuese rey en vez de observar —aseveró Dow, a la vez que mostraba aquella sonrisa asesina tan propia de él—. Pregúntale si quiere trabajar para mí.

La muchacha abrió la boca para hablar, pero el soldado sin cuello se le adelantó, habló con un acento muy marcado y la vocecita más extraña, aguda y femenina con la que Craw jamás había oído hablar a un hombre.

—Soy feliz donde estoy.

Dow alzó una ceja.

—Por supuesto que sí. Muy feliz. Será por eso que se te da tan bien matar.

—¿Qué pasa con mi amiga? —preguntó la muchacha—. La que fue capturada conmigo.

—No renuncias a ella, ¿eh? —Dow volvió a mostrar los dientes—. ¿Crees que ahora alguien querría aceptarla de vuelta?

La muchacha lo miró directamente a los ojos.

—Yo la quiero de vuelta. ¿No te he conseguido lo que querías?

—Sí, pero ya es demasiado tarde para algunos —Dow recorrió superficialmente con la mirada la carnicería y los cadáveres diseminados sobre la pendiente, respiró hondo y suspiró—. Pero así es la guerra, ¿eh? Tiene que haber perdedores. No sería mala idea que enviáramos unos cuantos mensajeros, para hacerles saber a todos que pueden dejar de pelear y dedicarse a cantar. Sería una lástima que siguieran matándose mutuamente por nada, ¿verdad?

La mujer parpadeó y, acto seguido, volvió a hablar el idioma de la Unión.

—A mi padre le gustaría poder recoger los cadáveres de nuestros muertos.

Pero el Protector del Norte ya se estaba dando media vuelta.

—Mañana. De ahí no se van a mover.

Dow el Negro se encaminó colina arriba y el hombre mayor le dirigió a Finree una leve sonrisa de disculpa antes de seguirlo. Finree respiró hondo, retuvo el aire un instante y después lo dejó escapar.

—Entonces, supongo que ya está.

—La paz siempre resulta algo decepcionante —aseveró su padre—, pero no es menos deseable por ello.

A continuación, inició envaradamente el descenso hacia los Niños, con su hija caminando a su lado.

Una conversación perfectamente olvidable, un par de comentarios jocosos bastante malos que la mitad de las cinco personas ahí reunidas ni siquiera habían entendido y todo había quedado solucionado. La batalla había terminado. La guerra

había terminado. ¿No podrían haber mantenido aquella conversación al principio de modo que ahora aquellos hombres —todos aquellos hombres— hubieran seguido vivos? ¿De modo que hubieran conservado sus brazos y piernas? Por muchas vueltas que le diera, Finree no conseguía asimilarlo. Quizá debería haberse sentido enfurecida por aquel descomunal desperdicio de vidas humanas, pero estaba demasiado cansada, demasiado malhumorada por el modo en el que las ropas mojadas le estaban irritando la espalda. Y, al menos, ahora, todo había acabado tras...

Un trueno cruzó el campo de batalla. Un trueno terrible y espantosamente estruendoso. Por un momento, le pareció que debía de haber caído un relámpago sobre los Héroes. Un último y petulante golpe de la tormenta. Después, vio cómo una gigantesca bola de fuego se alzaba en Osrung, tan enorme que le pareció que incluso podía sentir su calor en el rostro. Vio unas motas que salieron despedidas hacia el cielo, seguidas por diversas estelas y espirales. Se dio cuenta de que eran pedazos de edificios. De vigas, de bloques. De hombres. La llama se desvaneció y una gran nube de humo negro ocupó su lugar, inundando el cielo como una cascada a la inversa.

—Hal —musitó, y, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, había echado a correr.

—¡Finree! —gritó su padre.

—Yo la seguiré —replicó Gorst.

Finree ignoró a ambos y siguió corriendo colina abajo lo más rápidamente posible mientras los faldones del abrigo de Hal se le enredaban entre las piernas.

—Pero ¿qué...? —murmuró Craw, mientras veía cómo esa columna de humo, que el viento ya arrastraba hacia ellos, ascendía, mientras las llamas naranjas seguían parpadeando a su alrededor, engullendo las ruinas que habían sido unos edificios hasta hacía unos instantes.

—Huy —dijo Dow—. Ésa debía de ser sorpresa que tenía preparada Ishri. Lo cierto es que su sentido de la oportunidad deja mucho que desear.

Cualquier otro día, Craw podría haberse ¡asentido horrorizado, pero, en aquel momento, le resultó muy difícil. Hay un límite a cuánto puede llegar a lamentarse un hombre y él había sobrepasado el suyo con creces. Tragó saliva y dio la espalda al gigantesco árbol de humo y residuos que extendía sus brazos sobre el valle; acto seguido, prosiguió el dificultoso ascenso en pos de Dow.

—No es que esto pueda calificarse exactamente de victoria —decía éste—, pero, si tenemos en cuenta todo lo que ha ocurrido, tampoco hemos obtenido un mal resultado. Será mejor enviar un mensajero a Reachey para que le diga que deponga las armas. A Tenways y a Calder también, si aún están...

—Jefe —Craw se detuvo en la húmeda pendiente, junto al cadáver boca abajo de un soldado de la Unión. Un hombre ha de hacer lo correcto. Ha de ser leal a su jefe, al margen de sentimientos personales. Era un principio que llevaba respetando toda su vida; además, se suele decir que a un caballo viejo no se le pueden enseñar trucos nuevos.

—¿Sí? —la sonrisa de Dow se desvaneció al ver el rostro de Craw—. ¿A qué viene esa cara?

—Hay una cosa que he de decirte.

El momento de la verdad

El diluvio por fin había tocado a su fin, pero las hojas seguían goteando implacables sobre los calados, cansados e infelices soldados del Primero de Su Majestad. El cabo Tunny era el más calado, cansado e infeliz de todos ellos. Todavía seguía agazapado entre los arbustos. Todavía seguía observando el mismo tramo de muro que llevaba escudriñando todo el día y gran parte del día anterior. Tenía el contorno del ojo irritado debido al contacto constante con el latón del catalejo, así como el cuello en carne viva de tanto rascárselo y el culo y las axilas despellejadas a causa de sus ropas mojadas. A lo largo de su accidentada carrera militar le había tocado realizar muchas tareas de mierda, pero ésa se contaba entre las peores que jamás había hecho, ya que de algún modo combinaba las dos constantes más espantosas de la vida castrense: el terror y el tedio. Durante un rato, el muro se había desdibujado bajo la lluvia, pero ahora había vuelto a tomar forma. Sí, era la misma pila de piedras mohosas inclinadas hacia el arroyo de siempre. Y las mismas lanzas seguían asomando por encima de él.

—¿Vemos algo ya? —susurró el coronel Vallimir.

—Sí, señor. Siguen ahí.

—¡Deme eso! —Vallimir le arrebató el catalejo, inspeccionó un momento el muro y después lo dejó caer malhumorado—. ¡Maldita sea!

Tunny sintió cierta lástima por él, tanta como podría sentir jamás por un oficial. Avanzar implicaba desobedecer la letra de la orden de Mitterick. Pero seguir allí implicaba desobedecer el espíritu de la misma. Optase por una opción u otra, había bastantes posibilidades de que el coronel acabara sufriendo. Esta situación era otro argumento de peso contra la idea de ascender más allá de cabo.

—¡Bueno, pues vamos a atacar! —rugió Vallimir, cuya sed de gloria había desequilibrado evidentemente la balanza por esa opción—. ¡Prepare a los hombres para cargar!

Forest se cuadró y saludó.

—¡Sí, señor!

Había llegado el momento. Ya no cabía idear estratagemas para demorarse, ni concebir ardides para evitar el deber, ni simular que uno sufría alguna enfermedad o alguna herida. Había llegado el momento de pelear y, mientras se abrochaba la hebilla del casco, Tunny tuvo que reconocer que casi se sintió aliviado. Cualquier cosa era mejor que seguir acuclillado entre esos malditos arbustos un minuto más. Se oyeron unos susurros mientras la orden iba siendo transmitida entre las filas y también un ligero tintineo al ajustarse las armaduras y desenvainar las espadas.

—¿Vamos, pues? —preguntó Yema con los ojos abiertos como platos.

—Vamos —Tunny se notó extrañamente mareado y embriagado por la emoción mientras desataba los nudos y retiraba el protector de lona al estandarte. Notó esa vieja y familiar sensación de ahogo en la garganta al desdoblar aquel precioso cuadrado de tela roja. No era temor. No era temor ni mucho menos. Sino otra cosa mucho más peligrosa. Esa que Tunny intentaba sofocar y reprimir una y otra vez, pero que siempre volvía a brotar igual de poderosa cuando menos lo deseaba.

—Oh, allá vamos —susurró.

El sol dorado de la Unión dejó de esconderse a medida que la tela se iba desplegando, revelando el número uno que había bordado en ella. El estandarte del regimiento del cabo Tunny, en el que llevaba sirviendo desde que era un muchacho. En el que había servido tanto en el desierto como en la nieve. Los nombres de una veintena de viejas batallas bordadas con hilo dorado resplandecieron entre las sombras. Los nombres de batallas peleadas y ganadas por hombres mucho mejores que él.

—Oh, sí, allá vamos, joder.

Le dolía la nariz. Alzó la mirada hacia las ramas, hacia las hojas negras y las brillantes grietas de cielo que se abrían entre ellas, hacia las centelleantes gotas de agua que se acumulaban en sus rebordes. Parpadeó al intentar reprimir las lágrimas. Avanzó hasta el mismo lindero del bosque, intentando contener ese dolor mortecino que sentía tras el esternón mientras varios hombres se reunían a su lado conformando una larga hilera. Sentía un cosquilleo en las extremidades. A su espalda, Yema y Worth, los últimos de su pequeño contingente de reclutas, habían palidecido mientras miraban hacia el río y el muro situado al otro lado del mismo. Mientras esperaban el momento de...

—¡Carguen! —bramó Forest, y Tunny echó a correr al instante. Irrumpió entre los árboles y descendió la larga ladera, esquivando viejos tocones y saltando sobre otros. Oyó cómo los hombres gritaban a sus espaldas, pero estaba demasiado ocupado alzando el estandarte con ambas manos como para girarse, mientras permitía que el viento hinchara la tela de la bandera y la desplegara sobre su cabeza, al mismo tiempo que le tiraba con fuerza de las manos, los brazos y los hombros.

Se internó en el riachuelo, atravesando la lenta corriente hasta llegar a la mitad del mismo sin que le cubriese más allá de los muslos. Se volvió, ondeando el estandarte de atrás adelante, que centelleaba con su sol dorado.

—¡Adelante, cabrones! —rugió hacia la multitud de hombres que corría tras él—. ¡Adelante, Primer Regimiento! ¡Avancen! ¡Avancen! —entonces algo cayó silbando rasgando el aire, algo que apenas vislumbró por el rabillo del ojo.

—¡Me han dado! —chilló Worth, tambaleándose en mitad del arroyo, con el casco torcido sobre su cara teñida de espanto mientras se llevaba las manos al peto.

—¡Sí, le ha alcanzado una cagada de pájaro, idiota! —Tunny agarró el estandarte con una mano y pasó la otra por debajo de la axila de Worth, al que arrastró un par de pasos hasta que recuperó el equilibrio; después, siguió avanzando solo, alzando las rodillas y salpicando agua a cada paso.

Ascendió por la musgosa orilla agarrándose a las raíces con la mano que le quedaba libre y sus botas empapadas se hundieron en la tierra suelta hasta que logró acceder finalmente a una extensión de hierba. Echó un vistazo hacia atrás, pero sólo pudo oír su enfebrecida respiración resonando en el interior de su casco. Todo el regimiento, o en cualquier caso los pocos cientos que todavía sobrevivían habían inundado la ladera y estaban cruzando el riachuelo tras él, lanzando relucientes gotas en todas direcciones.

Tunny alzó el ondeante estandarte lo más alto que pudo y lanzó un rugido al tiempo que desenvainaba su espada. Acto seguido, echó a correr con el rostro congelado en una máscara feroz y se dirigió a grandes zancadas hacia el muro sobre el que seguían sobresaliendo aquellas lanzas. Dio dos pasos más y saltó sobre la piedra seca, chillando como un demente, blandiendo su espada salvajemente a diestro y siniestro, golpeando las lanzas y haciéndolas caer...

Pero allí no había nadie.

Sólo unas viejas picas apoyadas contra el muro y la húmeda cebada ondeando al viento, así como los tranquilos y arbolados riscos que se elevaban suavemente hacia el norte del valle, tal y como lo hacían hacia el sur en la otra orilla.

No había nadie contra quien pelear.

Sin duda alguna, ahí se había combatido y mucho. A la derecha, los cultivos se encontraban aplastados y el terreno frente al muro se hallaba pisoteado y convertido en un barrizal, sembrado con los cadáveres de hombres y caballos, con los desagradables restos de la victoria y la derrota.

Pero el combate había terminado.

Tunny entornó los ojos. A un par de cientos de pasos hacia el noroeste, un par de figuras corrían campo a través. Los escasos rayos de sol que habían empezado a

filtrarse entre las espesas nubes se reflejaron sobre sus armaduras. Debían de ser hombres del Norte, presumiblemente. Y como nadie parecía estar persiguiéndoles, se estaban tomando su tiempo y retirándose con tranquilidad.

—¡Aah! —chilló Yema mientras se acercaba corriendo, un grito de guerra que difícilmente habría provocado que nadie se agachase nervioso—. ¡Aah! —gritó al asomarse por encima del muro para asestar alocadas estocadas con su espada—. ¿Aah?

—Aquí no hay nadie —afirmó Tunny, a la vez que bajaba lentamente su arma.

—¿Nadie? —musitó Worth, intentando enderezarse el casco torcido.

Tunny se sentó sobre el muro con el estandarte entre las rodillas.

—Sólo él —cerca de allí, un espantapájaros había sido instalado con una lanza clavada en cada mano y un casco bien pulido sobre la cabeza—. Supongo que el regimiento podrá con él.

Todo había sido un patético ardid. Pero todos los ardides parecían patéticos cuando uno descubría el truco. Tunny debería haberse imaginado qué estaba ocurriendo. El mismo había ideado unas cuantas tretas como aquélla, aunque normalmente para engañar a sus superiores en vez de al enemigo.

Entretanto, más y más soldados iban alcanzando el muro. Calados, agotados y confusos. Uno de ellos, tras escalar el muro torpemente, se acercó caminando hasta el espantapájaros y lo amenazó con su espada.

—¡Entrega tus armas en el nombre de Su Majestad! —exclamó.

Al instante, se oyeron unas cuantas risas dispersas, que se vieron cortadas en seco en cuanto el coronel Vallimir se encaramó sobre el muro de piedra seca hecho una furia, seguido por el sargento Forest.

Un jinete se acercaba desde un hueco abierto en el muro a su derecha. El hueco tras el cual habían estado seguros de que se iban a encontrar con una furiosa batalla. Una batalla cuyo curso iban a cambiar gloriosamente. Una batalla que ya había terminado. El jinete tiró de las riendas delante de ellos, respiraba tan entrecortadamente como su caballo y ambos se encontraban manchados de barro por la galopada.

—¿Está aquí el general Mitterick? —preguntó entre jadeos.

—Me temo que no —contestó Tunny.

—¿Sabe dónde está?

—Me temo que no —respondió Tunny.

—¿Qué es lo que ocurre, hombre? —inquirió a voz en grito Vallimir, a quien se le enredaron las piernas en la vaina de su espada al saltar el muro y estuvo a punto de caerse de bruces. El mensajero lo saludó bruscamente.

—Señor. El Lord Mariscal Kroy ha dado orden de que todas las hostilidades cesen de inmediato —sonrió, mostrando unos dientes deslumbrantemente blancos que destacaban en su cara embarrada—. ¡Hemos firmado la paz con los hombres del Norte!

Acto seguido, obligó hábilmente a dar la vuelta a su caballo y siguió cabalgando, más allá de un par de banderas sucias y hechas jirones que pendían olvidadas en un par de postes, hacia una hilera de soldados de la Unión que avanzaban a pie a través de los campos arrasados.

—¿La paz? —farfulló Yema, empapado y tembloroso.

—La paz —gruñó Worth, mientras intentaba limpiarse la cagada de pájaro del peto.

—¡Joder! —exclamó Vallimir, arrojando su espada al suelo.

Tunny alzó las cejas y clavó su hoja en la tierra. No podía decir que se sintiera igual de frustrado que Vallimir, pero debía reconocer que se hallaba algo decepcionado con cómo habían resultado las cosas.

—Pero así es la guerra, ¿verdad, preciosa mía? —inquirió a la bandera mientras se disponía a enrollar el estandarte del Primer Regimiento de Su Majestad y estiraba los dobleces con los pulgares tal como una mujer lo haría al guardar su traje de novia una vez acabado el día de sus nupcias.

—¡Ha portado el estandarte de una manera realmente estupenda, cabo! —Forest se encontraba a apenas un par de metros de distancia, con un pie apoyado sobre el muro y una sonrisa dibujada en su rostro marcado—. Ha corrido delante de todos, ha guiado al resto y ha ocupado el puesto de mayor peligro y gloria. «¡Adelante!», he oído gritar al valiente cabo Tunny, quien ha mostrado su arrojo ante las fauces del enemigo. Pero, al final, ha resultado que no había enemigo; aun así, siempre supe que acabaría cumpliendo con su deber. Siempre lo hace. No puede evitarlo, ¿verdad? ¡Sí, el cabo Tunny es un verdadero héroe del Primer Regimiento!

—Déjeme en paz, Forest.

Tunny se dispuso a guardar cuidadosamente el estandarte en su funda protectora. Miró hacia el otro extremo de la llanura, al noroeste, y observó cómo los últimos hombres del Norte se alejaban entre los campos iluminados por el sol.

Algunos hombres tienen suerte. Otros, no. Calder había llegado a la conclusión, mientras avanzaba lentamente a través de la cebada tras sus hombres, agotado y cubierto de barro pero vivo, de que él la tenía. Por los muertos, sí, la tenía.

Había tenido una suerte demencial, ya que Mitterick había cometido un disparate al haber cargado sin comprobar previamente el terreno y sin esperar a que amaneciera, condenando así a su caballería. Había tenido una suerte imposible, ya que quién podía imaginarse que precisamente Brodd Tenways fuera a aparecer para echarle una mano, quién podía imaginarse que el peor de sus muchos enemigos fuera a salvarle la vida en el último momento. Incluso la lluvia se había puesto de su parte, ya que había caído en el momento adecuado para echar a perder el orden de las formaciones de la infantería de la Unión y convertir un terreno ideal en una pesadilla de fango.

Incluso entonces, los hombres apostados en el bosque podrían haber acabado con él, pero habían sido burlados por una burda treta gracias a un puñado de lanzas de soldados muertos, un espantapájaros y un par de muchachos que habían recibido una moneda cada uno por ponerse un casco el doble de grande que su talla y asomar la cabeza de vez en cuando. Encargaos de ellos, había ordenado Dow, y, de algún modo, el osado príncipe Calder había encontrado una solución.

Cuando pensaba en toda la suerte que había tenido aquel día, notaba que se mareaba. Sentía que el mundo debía de haberle escogido para algo. Debía de tener grandes planes para él. ¿Cómo si no podía habérselas arreglado después de la vida que había llevado? ¿Él, Calder, que se merecía tan poco?

Frente a él, había una vieja zanja que atravesaba los campos, bordeada por un pequeño seto. Una marca limítrofe que su padre nunca había conseguido eliminar y el lugar perfecto para formar un nuevo frente. Otro pequeño golpe de suerte. Se sorprendió a sí mismo al desear que ojalá Scale hubiese vivido para ver aquello. Para que hubiera podido darle un abrazo y unas palmaditas en la espalda, para que hubiera podido decirle lo orgulloso que se sentía al fin de él. Sí, había luchado y, lo que era más sorprendente aún, había ganado. Calder se rió mientras saltaba la zanja, se coló de lado por un hueco que había entre los arbustos y, entonces... se detuvo.

Algunos de sus muchachos se encontraban diseminados aquí y allá, la mayoría de ellos sentados e incluso tumbados, con las armas a un lado, completamente desechos tras todo un día de combates y carreras a través de esos campos. Pálido como la Nieve se hallaba con ellos, pero no estaban solos. Una veintena de los Caris de Dow estaban delante de ellos en formación de luna creciente. Eran un grupo de cabrones de aspecto siniestro. Y la joya que había en el centro de la formación era Escalofríos, cuyo único ojo se encontraba clavado en Calder.

No había motivo alguno que justificara su presencia allí. A menos que Curnden Craw hubiera hecho lo que había dicho que iba a hacer y le hubiese contado a Dow el Negro la verdad. Curnden Craw era un hombre célebre por cumplir siempre con su palabra. Calder se humedeció los labios. Ahora, le pareció que había adoptado una estrategia un tanto estúpida en su momento, al haber intentado evitar lo inevitable. Al parecer, era tan buen mentiroso que había conseguido engañarse a sí mismo sobre las opciones que tenía de sobrevivir.

—Príncipe Calder —susurró Escalofríos, dando una paso al frente.

Era demasiado tarde para salir corriendo. Además, si huía, habría acabado corriendo en dirección a la Unión. En lo más profundo de su mente, brotó la loca esperanza de que aquéllos más próximos a su padre pudieran saltar en su ayuda. Pero esa gente no había sobrevivido tanto tiempo meando contra el viento. Miró a Pálido como la Nieve y el viejo guerrero se limitó a encoger los hombros de manera muy tenue. Calder les había dado un día del que poder sentirse orgullosos, pero no iba a recibir a cambio gestos suicidas de lealtad ni tampoco se los merecía. No iban a inmolarse por él, al igual que tampoco iba a hacerlo Caul Reachey. Había que ser realista, como solía gustarle decir al puñetero Nueve el Sanguinario.

Por tanto, Calder sólo pudo ofrecer una sonrisa desesperanzada y aguardar ahí, mientras intentaba recuperar el aliento, a que Escalofríos diera otro paso hacia él, y otro, y otro más. Aquella terrible cicatriz se cernía sobre él. Se hallaba tan cerca que casi podía besársela. Se hallaba tan cerca que prácticamente lo único que podía ver Calder era su propia sonrisa, distorsionada y nada convincente, reflejada en aquella bola metálica inerte que tenía por ojo.

—Dow quiere hablar contigo.

Algunos hombres tienen suerte. Otros, no.

Despojos

Primero, detectó el olor. Que quizá provenía de un percance en una cocina. Después, el olor de una hoguera.

Luego, olió algo más. Un hedor acre que se le clavó a Gorst en el fondo de la garganta.

El olor de unos edificios en llamas. Adua había olido igual durante el asedio. También la Casa del Ocio de Cardotti, mientras avanzaba dando tumbos por los pasillos inundados de humo.

Finree cabalgaba como una demente y, a su paso, obligaba a los hombres a apartarse a saltos de la carretera; además, como él se hallaba mareado y dolorido, le fue dejando atrás. La ceniza comenzó a caer mientras pasaban junto a la posada, como una tormenta de nieve negra. El camino se llenó de escombros tan pronto como la empalizada de Osrung asomó amenazadora entre la humareda. Pudo ver cómo caían del cielo restos de madera quemada, fragmentos de baldosas y jirones de tela.

Allí había más heridos, esparcidos desordenadamente alrededor de la puerta sur de la ciudad, que estaba completamente destrozada y quemada, pero los sonidos que escuchaba eran los mismos que había oído en los Héroes. Los mismos de siempre. Gorst apretó los dientes para protegerse de ellos. *Ayudadlos o matadlos, pero, por favor, que alguien ponga punto final a sus malditos balidos.*

Finree ya se había bajado de su caballo para adentrarse en la ciudad. Gorst, que tenía un fuerte dolor de cabeza y el rostro sumamente acalorado, corrió tras ella y la alcanzó junto a la puerta. Pensó que el sol tal vez estuviera descendiendo en el cielo, pero en realidad eso daba igual. Osrung se encontraba sumida en un sofocante crepúsculo. Las llamas ardían entre los edificios de madera. Los incendios se multiplicaban y secaban con su calor la saliva de Gorst, al mismo tiempo que evaporaban el sudor de su rostro y recalentaban el aire. Entonces, vio una casa abierta por la mitad como un hombre destripado, a la que le faltaba una pared, los tablones de madera del suelo sobresalían en dirección hacia el cielo y las ventanas conducían de la nada a ninguna parte.

Esto es la guerra. Aquí la tenemos, despojada de todos sus adornos. Sin botones abrillantados, ni bandas coloridas, ni saludos rígidos. Sin mandíbulas apretadas ni apretadas nalgas. Sin discursos ni cornetas, sin elevados ideales. Aquí está, tal como es.

Justo delante de ellos había un hombre encorvado sobre otro, ayudándolo. Éste alzó la mirada, con el rostro cubierto de hollín. No, no lo estaba ayudando, sino que intentaba quitarle las botas. Cuando vio aproximarse a Gorst, se asustó y desapareció corriendo en aquel extraño atardecer. Gorst observó al soldado que había dejado atrás, uno de sus pálidos pies yacía descalzo sobre el barro. *¡Oh, sois la encarnación de la hombría! ¡Oh, qué muchachos tan bravos! ¡Oh, no volváis a enviarlos a la guerra hasta la próxima vez que necesitemos una distracción!*

—¿Adónde mirar? —inquirió con voz ronca.

Finree le observó un momento, tenía el pelo enredado sobre la cara, manchas de hollín bajo la nariz y los ojos desorbitados. *Pero, aun así, sigue tan hermosa como siempre. Incluso más. Sí, más.*

—¡Allí! Cerca del puente. Seguro que estaba en primera línea.

¡Oh, qué nobleza! ¡Qué heroísmo! ¡Oh, sí, condúceme, amor mío, hasta el puente!

Pasaron bajo una fila de árboles quemados, cuyas hojas caían ardiendo a su alrededor como confeti. *¡Cantad! ¡Cantad todos en honor de la feliz pareja!* Entonces, oyeron que alguien les llamaba, escucharon unas voces amortiguadas en la penumbra. Hombres que buscaban ayuda o que buscaban gente a la que ayudar o a otros hombres a los que robar. Varias siluetas pasaron tambaleantes junto a ellos, apoyándose las unas en las otras, portando camillas, mirando a su alrededor como si hubieran perdido algo, escarbando entre las ruinas con las manos. ¿Cómo encontrar a un solo hombre entre todo esto? ¿Aquí dónde podría uno dar con un hombre? Con uno entero, al menos.

Había cadáveres por doquier. Había partes de cuerpos por todos lados, que al haber sido despojadas de su contexto, se habían transformado en meros trozos de carne. *Que alguien los recoja y los envíe en ataúdes dorados de vuelta a Adua para que el rey pueda ponerse firme frente a ellos, para que unos regueros de lágrimas relucientes se abran paso por el rostro maquillado de la reina y para que el pueblo pueda tirarse del pelo y preguntarse por qué, por qué, mientras piensan en lo que van a preparar para cenar o en que necesitan un par de zapatos nuevos o en vaya usted a saber qué.*

—¡Aquí! —gritó Finree.

Gorst se acercó ella apresuradamente y echó a un lado una viga partida, bajo la cual había dos cadáveres, pero ninguno de ellos pertenecía a un oficial. Finree negó con la cabeza y se mordió el labio. Acto seguido, puso una mano sobre el hombro de Gorst. Este tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír. ¿Acaso ella era

consciente de la emoción que lo embargaba al notar su tacto? Ella lo necesitaba. Lo quería a su lado.

Finree siguió abriéndose paso entre los edificios en ruinas, tosiendo, con los ojos llorosos, mientras apartaba los restos valiéndose de sus uñas y daba la vuelta a los cadáveres. Gorst la siguió mientras buscaba igual de febrilmente que ella. Más, incluso. Pero por distintos motivos. *Apartaré a un lado unos escombros caídos y ahí hallaré su cadáver destrozado y boquiabierto. Joder, ya no será ni la mitad de atractivo que antes y cuando ella lo vea... ¡Oh, no! Oh, sí. Oh, maldito destino cruel, qué adorable eres a veces. Y ella se volverá hacia mí, sintiéndose sumamente desgraciada, y llorará sobre mi uniforme y quizá me golpeará en el pecho suavemente con su puño, y yo la abrazaré y susurraré insípidas palabras de consuelo, y seré la roca a la que se aferre y acabaremos juntos, como deberíamos haber estado y, de hecho, habríamos estado ya si hubiera tenido el coraje de pedírselo.*

Gorst sonrió para sí mismo, dejando al descubierto sus dientes mientras daba la vuelta a otro cuerpo. Otro oficial muerto más, con el brazo tan roto que lo tenía retorcido por la espalda. *Se ha ido demasiado pronto con toda su joven vida por delante y bla, bla, bla. Vamos, ¿dónde está Brock? Sí, muéstrame a Brock.*

Un par de esquirlas de piedra y un enorme cráter, inundado por las arremolinadas aguas del río, era lo único que quedaba del lugar donde se había alzado el puente de Osrung. La mayoría de los edificios a su alrededor eran poco más que unos montones de escombros, pero uno de ellos, que había sido construido con piedra, había resistido prácticamente intacto, a pesar de que había perdido el tejado y de que varias de sus vigas desnudas se habían quemado. Mientras Finree inspeccionaba más cuerpos y se tapaba la cara con un brazo, Gorst se dirigió hacia allí. Un pórtico con un pesado dintel daba paso a una gruesa puerta arrancada de sus goznes, bajo la cual asomaba una bota. Gorst se agachó y levantó la puerta como si fuese la tapa de un ataúd.

Y allí estaba Brock. No parecía gravemente herido a primera vista. Tenía la cara manchada de sangre, pero no destrozada, tal y como Gorst podría haber esperado. Tenía una de las piernas doblada bajo el cuerpo en ángulo antinatural, pero todos sus miembros seguían en su sitio.

Gorst se acuclilló a su lado y le puso una mano sobre la boca. Sí, respiraba. *Aún vive.* Sintió una oleada de decepción tan intensa que estuvieron a punto de fallarle las rodillas, seguida de una ira abrumadora. *El destino se burla de mí. ¿Por qué Gorst, el payaso chillón del rey, debería obtener lo que desea? ¿Lo que necesita? ¿Lo que se merece? ¡Restreguémoselo por la cara y riámonos de él! Sí, el destino se burla de mí. Igual que se burló de mí en Sipani. Igual que se ha burlado de mí en los Héroes. Igual que siempre.*

Gorst alzó una ceja y soltó un largo y suave suspiro. Después, bajó su mano hasta el cuello de Brock. Lo rodeó con los dedos medio y pulgar, en busca del punto más estrecho y, acto seguido, comenzó a apretar.

¿Qué diferencia hay entre una cosa y otra? Si llenas cien fosos con cadáveres de hombres del Norte, ¡enhorabuena, organizan un desfile en tu honor! Pero, si matas a uno solo que lleve tu mismo uniforme, es un crimen. Un asesinato. Un acto tremendamente despreciable. Pero ¿acaso no somos hombres todos? ¿Acaso no estamos todos hechos de sangre, huesos y sueños?

Apretó con más fuerza, impaciente por terminar. Brock no se quejó. Ni siquiera movió un dedo, ya que, de todos modos, estaba prácticamente muerto. *Sólo le estoy dando un empujoncito al destino en la dirección adecuada.*

Va a ser mucho más fácil matarlo a él que a todos los demás. Aquí no hay acero ni gritos ni nada, basta con un poco de presión y un poco de tiempo. Tiene más sentido que lo mate a él que a tantos otros. Ellos no tenían nada que yo necesitase, simplemente estaba en el bando contrario. Debería avergonzarme de sus muertes, ¿Pero esto? Esto es justicia. Esto es lo correcto. Esto es...

—¿Has encontrado algo?

Gorst abrió la mano de inmediato y la movió ligeramente de tal modo que dos de sus dedos quedaron bajo la mandíbula de Brock, como si estuviera tomándole el pulso.

—Está vivo —contestó con voz ronca.

Finree se arrojó a su lado, acarició el rostro de Brock con una mano temblorosa, se llevó la otra a la boca y lanzó un suspiro de alivio que bien podría haber sido una daga que se clavaba en el rostro de Gorst. Éste pasó un brazo por debajo de las rodillas de Brock, el otro bajo su espalda y lo alzó del suelo. *He fracasado incluso a la hora de matar a un hombre. Me parece que la única opción que me queda es salvarlo.*

Cerca de la puerta sur se alzaba la tienda de un cirujano. La lona tenía un tono gris debido a toda la ceniza que flotaba en el ambiente. Los heridos esperaban afuera a que les atendiesen, agarrándose heridas de diversa consideración, gimiendo, lloriqueando o en silencio, con los ojos perdidos en la nada. Gorst se abrió paso entre ellos en dirección hacia la tienda. *Podemos saltarnos la cola, porque yo soy el observador del rey, ella es la hija del mariscal y el herido es un coronel de sangre noble, así que es lógico dejar que mueran todos los soldados rasos que hagan falta antes que permitir que unos cabrones como nosotros suframos molestia alguna.*

Gorst irrumpió en la tienda y dejó a Brock cuidadosamente sobre una mesa manchada. Un cirujano de rostro grave le auscultó el corazón y anunció que estaba vivo. *De este modo, todas mis ridículas y hermosas esperanzas caen en saco roto. Una vez más.* Gorst retrocedió y dejó paso a los enfermeros. Finree estaba agachada sobre su

esposo y sostenía su mano ennegrecida, mientras contemplaba ansiosamente su rostro con un brillo de esperanza, temor y amor en sus ojos.

Gorst observó aquella escena. *Si fuera yo el que se estuviese muriendo sobre esa mesa, ¿le importaría a alguien? No, se limitarían a encogerse de hombros y me sacarían afuera con la chusma. Sí, ¿por qué no iban a hacerlo? Además, sería más de lo que me merezco.* Gorst dio media vuelta y salió de la tienda. Se quedó afuera, de pie, observando a los heridos con el ceño fruncido, sin ser consciente del paso del tiempo.

—Dicen que no está muy malherido.

Se volvió para mirarla. Esbozó una sonrisa forzada, lo cual le supuso un esfuerzo mayor que el que se necesitaba incluso para ascender hasta los Héroes.

—Me... alegro mucho.

—Dicen que ha tenido una suerte asombrosa.

—Muy cierto.

Ambos permanecieron allí en silencio un instante más.

—No sé cómo podré recompensarte jamás...

Oh, eso es fácil. Abandona a ese apuesto necio y sé mía. Es lo único que deseo. Sólo eso. Que me beses y me abraces y te entregues a mí, por completo. Eso es todo.

—No ha sido nada —susurró.

Pero Finree ya se había dado la vuelta para volver a entrar apresuradamente en la tienda, dejándole allí solo. Aguardó un momento mientras las cenizas caían suavemente a su alrededor y se posaban sobre el suelo, sobre sus hombros. Junto a él, un muchacho yacía sobre una camilla. Había muerto de camino a la tienda, o mientras esperaba al cirujano.

Gorst escudriñó el cuerpo. *El está muerto y yo, que sólo soy un cobarde egoísta, sigo con vida.* Inspiró a través de su dolorida nariz y exhaló a través de su dolorida boca. *La vida no es justa. No existe patrón alguno. La gente muere al azar.* Lo cual tal vez era evidente. Lo cual quizá era algo que todo el mundo sabía. *Algo que todo el mundo sabe, pero que nadie cree en realidad. Creen que cuando les toque a ellos su muerte encerrará una lección, tendrá un significado, será una historia merecedora de ser contada. Creen que la muerte se presentará ante ellos bajo la forma de un temible erudito, un caballero caído en desgracia o un terrible emperador.* Entonces, tocó el cadáver del muchacho con la punta de su bota, lo levantó hasta ponerlo de lado y después dejó que volviera a caer. *La muerte es un funcionario aburrido con demasiadas tareas que atender. En la muerte, no hay ningún momento de revelación. Ni es una experiencia profunda. No, se acerca a nosotros sigilosamente por la espalda y se nos lleva mientras estamos cagando.*

Pasó por encima del cadáver y se encaminó de regreso a Osrung, dejando atrás los fantasmas grises y vacilantes que se amontonaban en la carretera. No había dado más de una docena de pasos, tras haber atravesado la puerta, cuando oyó que alguien le llamaba.

—¡Eh, aquí! ¡Socorro!

Gorst vio un brazo que asomaba desde debajo de un montón de chatarra chamuscada. Vio un rostro desesperado y manchado de ceniza. Trepó cuidadosamente hasta ahí arriba, desabrochó la hebilla que tenía bajo la barbilla aquel hombre y le quitó el casco, que arrojó a un lado. Tenía la mitad inferior del cuerpo atrapada bajo una viga partida. Gorst agarró un extremo de la misma, la alzó y se la quitó de encima. Después, levantó al soldado con la misma amabilidad con la que un padre llevaría a su hijo dormido y lo sacó de la ciudad.

—Gracias —dijo el soldado con voz ronca, manoseando la chaqueta manchada de hollín de Gorst—, Es usted un héroe.

Gorst no dijo nada. *Si tú supieras, amigo mío. Si tú supieras.*

Medidas desesperadas

Había llegado el momento de las celebraciones.

Sin duda alguna, la Unión tendría otro punto de vista al respecto, pero Dow el Negro consideraba aquello una victoria y sus Caris estaban dispuestos a darle la razón. Así que cavaron nuevos hoyos para las fogatas, abrieron varios barriles y repartieron cerveza, mientras esperaban a recibir sus dos monedas de oro para encaminarse después, la mayor parte de ellos, de vuelta a casa para trabajarse el campo, a sus esposas o ambas cosas.

Cantaron, rieron y se tambalearon en medio de la creciente oscuridad, saltaron sobre las fogatas y levantaron nubes de chispas, borrachos como cubas, sintiéndose más vivos que nunca tras haberse enfrentado a la muerte y haber escapado a ella. Cantaron viejas canciones e inventaron otras nuevas donde los nombres de los héroes del día sustituyeron a los de antaño. Dow el Negro y Caul Reachey, Cabeza de Hierro, Tenways y Dorado fueron elevados a las alturas mientras Nueve el Sanguinario y Bethod, Tresárboles y Huesecillos e incluso Skarling el Desencapuchado se hundían en el pasado igual que el sol se hunde en el oeste, apagando así la gloria de sus hazañas hasta convertirlas en recuerdos difusos, en un último destello entre las nubes antes de que la noche se las tragase por completo. Tampoco se oyó hablar mucho de Whirrun de Bligh. Y a Shama el Cruel ni se le mencionó. El tiempo iba desplazando los nombres al igual que el arado hace girar la tierra. Levantando lo nuevo mientras lo viejo queda enterrado en el barro.

—Beck —Craw se agachó torpemente junto al fuego, con una jarra de madera llena de cerveza en la mano, y dio una palmada de ánimo a Beck en la rodilla.

—Jefe. ¿Qué tal la cabeza?

El viejo guerrero se pasó un dedo por los puntos que le habían cosido recientemente sobre la oreja.

—Me sigue doliendo. Pero he sufrido heridas peores. De hecho, hoy también podría haber acabado mucho peor, como bien sabes. Scorry me ha dicho que me salvaste la vida. La mayor parte de la gente no le otorgaría demasiado valor a mi

existencia, pero debo reconocer que yo le tengo mucho cariño. Así que.... gracias, supongo. Muchas gracias.

—Sólo he intentado hacer lo correcto. Como me dijiste.

—Por los muertos. Alguien me ha prestado atención por una vez. ¿Quieres un trago? —le preguntó Craw, a la vez que le ofrecía su jarra de madera.

—Sí —Beck la aceptó y le dio un buen sorbo. Al instante, percibió el amargo sabor de la cerveza sobre su lengua.

—Hoy has hecho un buen trabajo. Muy bueno, por lo que a mí respecta. Scorry me ha contado que has sido tú quien ha derribado a ese gigantesco hijo puta que acabó con Drofd.

—¿Lo he matado?

—No. Sigue vivo.

—Entonces, hoy no he matado a nadie —Beck no estaba seguro de si debía sentirse decepcionado o alegre por ello. Aunque lo cierto era que no estaba de humor para sentir emoción alguna—. Ayer maté a un hombre —añadió sin pensar.

—Flood dijo que mataste a cuatro.

Beck se relamió los labios, intentando librarse del regusto amargo, pero no logró que desapareciese.

—Flood lo malinterpretó todo y yo fui demasiado cobarde como para corregirle. Un muchacho llamado Reft mató a esos hombres —entonces, dio otro trago, demasiado rápido, por lo que siguió hablando sin aliento—. Yo me escondí en un armario mientras ellos peleaban. Me escondí en un armario y me oriné encima. Sí, así es en realidad Beck el Rojo.

—Ajá —asintió Craw, mientras fruncía los labios meditabundo. No parecía demasiado molesto. Ni tampoco demasiado sorprendido—. Bueno, eso no cambia lo que has hecho hoy. Un hombre puede hacer muchas cosas peores en una batalla que esconderse en un armario.

—Lo sé —musitó Beck, quien abrió la boca dispuesto a contarlo todo. Era como si necesitase confesar, como si necesitara escupir esa podredumbre que lo carcomía por dentro igual que un enfermo necesita devolver. Necesitaba hacerlo, por mucho que deseara guardar el secreto—. Tengo que contarte algo, jefe —su lengua reseca luchó por hallar las palabras adecuadas.

—Te escucho —dijo Craw.

Beck buscó la mejor manera de explicarlo, igual que un enfermo buscaría un recipiente adecuado en el que vomitar. Como si existieran unas palabras lo suficientemente elegantes como para hacer su relato menos desagradable.

—El caso es que...

—¡Cabronazo! —gritó alguien, golpeando a Beck con tanta fuerza que éste acabó arrojando los posos que quedaban en la jarra sobre el fuego.

—¡Eh! —gruñó Craw, mientras esbozaba una mueca de dolor al levantarse, pero quienquiera que hubiera sido ya se había marchado. Súbitamente, una conmoción se estaba extendiendo rápidamente entre la multitud. Se estaba propagando una nueva atmósfera airada y burlona porque llevaban a alguien a rastras. Craw decidió seguir a la muchedumbre y Beck lo siguió a su vez, más aliviado que molesto ante esa distracción, como un enfermo que se da cuenta de que, después de todo, no va a tener que vomitar en el sombrero de su esposa.

Se abrieron paso a empujones entre la multitud hasta llegar a la hoguera más grande, en el centro de los Héroes, donde se encontraban los guerreros más importantes. Dow el Negro estaba sentado ahí en medio en la Silla de Skarling, acariciando el pomo de su espada con una mano, una y otra vez. Escalofríos también se hallaba allí, al otro extremo del fuego, obligando a alguien a arrodillarse.

—Mierda —musitó Craw.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Dow, quien se relamió los dientes y se recostó sobre el respaldo de su silla, sonriendo—. Pero si es el Príncipe Calder.

Calder intentó parecer lo más calmado posible, a pesar de que se encontraba de rodillas y con las manos atadas mientras Escalofríos se alzaba sobre él de un modo amenazador. Lo cual no resultaba nada reconfortante.

—No podía rechazar esta invitación —afirmó.

—Claro que no —replicó Dow—. ¿Sabes cuál es el motivo de que estés aquí?

Calder echó un vistazo al grupo allí reunido. Todos los grandes hombres del Norte estaban ahí. Todos esos necios tan pagados de sí mismos. Glama Dorado, que sonreía sarcástica y despectivamente desde el extremo más alejado de aquel fuego. Cairm Cabeza de Hierro, quien lo observaba todo con una ceja alzada. Brodd Tenways, algo menos desdeñoso que de costumbre, pero lejos de parecer demasiado amigable. Caul Reachey, con una mueca de «tengo las manos atadas» dibujada en el semblante, y Curnden Craw con una expresión de «¿Por qué no has huido?» en el rostro. Calder saludó a estos dos últimos asintiendo avergonzado.

—Me hago una idea.

—Para todos aquellos que no se la hagan, he de decir que Calder ha intentado convencer a mi segundo al mando de que debería matarme —un murmullo recorrió todo el grupo de guerreros iluminados por la luz de la hoguera, pero tampoco fue

demasiado intenso. A nadie le sorprendió en exceso esa revelación—. ¿No es así, Craw?

Craw miró al suelo.

—Así es.

—¿Acaso no vas a negarlo? —preguntó Dow.

—Si lo hiciese, ¿podríamos olvidarnos de todo el asunto?

Dow sonrió.

—Siempre bromeando. Sí, me gusta tu actitud. Tu deslealtad no me sorprende, pues sé que eres un intrigante. Pero tu estupidez, sí. Todo el mundo sabe que Curnden Craw es un hombre de honor —Craw esbozó una mueca de aún mayor contrariedad y apartó la mirada—. Apuñalar a un hombre por la espalda no es su estilo.

—Reconozco que no fue mi momento más inspirado —aseveró Calder—. ¿Qué tal si lo atribuimos a la locura de la juventud y lo dejamos pasar?

—No veo manera alguna de poder hacerlo. Has abusado demasiado de mi paciencia, que tiene una afilada pica en su extremo. ¿Acaso no te he tratado como a un hijo? —un par de risas apagadas brotaron entonces a ambos lados de la hoguera—. De acuerdo, no te he tratado como a un hijo predilecto. Ni como a un primogénito ni nada por el estilo. Más bien como al más enclenque de la carnada, pero, aun así... ¿Acaso no te he permitido tomar el mando tras la muerte de tu hermano, a pesar de que no tenías la experiencia ni la reputación necesaria para ello? ¿No te dejé hablar sin tapujos alrededor del fuego? Y cuando te fuiste de la lengua, ¿no te permití regresar a Carleon con tu esposa para aclararte las ideas, en vez de cortarte la cabeza y preocuparme más tarde por los detalles? Según recuerdo, tu padre no era tan permisivo con aquellos que se mostraban en desacuerdo con él.

—Cierto —replicó Calder—. Has sido la generosidad personificada. Oh. Si exceptuamos ese pequeño detalle de que intentaste matarme, claro.

Dow frunció el entrecejo.

—¿Eh?

—Me refiero a hace cuatro noches, cuando Caul Reachey estaba reclutando nuevas tropas. ¿No lo recuerdas? ¿No? Tres hombres intentaron asesinarme y, cuando interrogué a uno de ellos, éste mencionó el nombre de Brodd Tenways. Y todo el mundo sabe que Brodd Tenways nunca haría nada sin tu autorización. ¿Acaso lo niegas?

—Pues sí, lo niego —Dow miró hacia Tenways, el cual negó levemente con la cabeza—. Y Tenways también. Puede que esté mintiendo y tenga sus motivos, pero

una cosa sí te puedo decir: cualquiera de los presentes podría decirte que yo no tuve nada que ver.

—¿Y eso?

Dow se echó hacia delante.

—Porque todavía respiras, muchacho. ¿Crees que si hubiera decidido matarte alguien habría podido impedírmelo?

Calder entornó los ojos. Tenía que reconocer que no le faltaba razón. Miró a Reachey, pero el viejo guerrero tenía la mirada clavada en otra parte.

—Pero no importa que ayer no muriera tal o cual —afirmó Dow—. Lo que puedo decirte es quién va a morir mañana—. Un hondo silencio se prolongó por un instante y la palabra que vino a quebrarlo nunca había sonado con tanta espeluznante claridad—. Tú —parecía que todo el mundo estaba sonriendo. Todo el mundo excepto Calder y Craw, y quizá Escalofríos, pero eso probablemente se debía a que tenía la cara tan castigada que no era capaz de curvar los labios para sonreír—. ¿Alguien tiene alguna objeción? —aparte del crepitar del fuego, no se oyó nada más. Entonces, Dow se levantó de su asiento y gritó—: ¿Alguien quiere hablar en nombre de Calder?

Nadie habló.

Qué ridículos parecían ahora sus susurros en la oscuridad para conspirar. Todas las semillas que había esparcido habían caído sobre terreno rocoso. Dow estaba más firmemente asentado en la Silla de Skarling que nunca y Calder no tenía ya ni un solo amigo. Su hermano estaba muerto y había sido capaz de convertir incluso a Curnden Craw en su enemigo. Menudo tejedor de conspiraciones estaba hecho.

—¿Nadie? ¿No? —lentamente, Dow volvió a sentarse—. ¿Hay alguien aquí que no se alegre por esto?

—Yo no es que esté precisamente encantado con esto, joder —contestó Calder.

Dow soltó una carcajada.

—Digan lo que digan, tienes agallas, muchacho. Unas agallas de una clase muy particular. Te echaré de menos. ¿Tienes alguna preferencia en cuanto al método? Podríamos ahorcarte o cortarte la cabeza. Tu padre sentía predilección por la cruz sangrienta, aunque no te la recomiendo...

A lo mejor el combate se le había subido a la cabeza o tal vez Calder estuviese ya harto de tener que andar siempre con cuidado, o a lo mejor era la estratagema más astuta que pudo concebir en aquel momento.

—¡Vete a la mierda! —exclamó, escupiendo contra el fuego—. ¡Preferiría morir con una espada en la mano! Enfrentémonos tú y yo, Dow el Negro, en el círculo. Te desafío.

Se impuso un silencio largo y desdeñoso.

—¿Un desafío? —se burló Dow—. ¿Con qué motivo? Uno plantea un desafío para dirimir un debate, muchacho. Pero aquí no hay debate que valga. Simplemente te has vuelto en contra de tu jefe y has intentado convencer a su segundo de que lo apuñalase por la espalda. ¿Habría aceptado tu padre un desafío en estas circunstancias?

—Tú no eres mi padre. ¡No eres ni su sombra! Fue él quien forjó la cadena que llevas puesta. Eslabón a eslabón, tal como forjó el Norte de nuevo. Te recuerdo que se la robaste a Nueve el Sanguinario y que tuviste que clavarle un puñal por la espalda para lograrlo —Calder le mostró una sonrisa burlona como si su vida dependiese de ello. Y así era—. Lo único que eres realmente, Dow el Negro, es un ladrón. Y un cobarde, un perjuro y, por encima de todo, un idiota.

—¿Eso crees? —Dow intentó sonreír a su vez, pero más bien pareció que fruncía el entrecejo. Tal vez Calder fuese un hombre derrotado, pero ahí estaba la cuestión. Que un hombre derrotado le estuviese arrojando mierda a la cara le estaba amargando ese día victorioso.

—¿No tienes pelotas para enfrentarte a mí, hombre a hombre?

—Muéstrame un hombre y ya veremos.

—Fui hombre de sobra para la hija de Tenways —le espetó Calder, provocando así unas cuantas risas—. ¿Qué pasa? —añadió señalando a Escalofríos con un movimiento de su cabeza—. ¿Acaso ahora tienes hombres más duros que tú para hacer el trabajo sucio, Dow el Negro? ¿Le has perdido el gusto? ¡Vamos! ¡Pelea conmigo! ¡En el círculo!

Dow no tenía ningún motivo para responder que sí. No tenía nada que perder. Pero en ocasiones importan más las apariencias que cualquier otra cosa. Calder era célebre como el mayor cobarde y el peor luchador que uno podía hallar. La reputación de Dow se basaba precisamente en todo lo contrario. Aquello era un desafío a todo lo que representaba, lanzado delante de todos los grandes hombres del Norte. No podía negarse. Dow era perfectamente consciente de ello y se dejó caer sobre el respaldo de la Silla de Skarling como un hombre que hubiera discutido con su esposa sobre a cuál de los dos le tocaba el turno de limpiar la pocilga y hubiera perdido.

—De acuerdo. Si quieres acabar esto por las malas, será por las malas. Mañana al amanecer. Pero no nos andaremos con bobadas como darle vueltas al escudo para

elegir armas. Tú yo nos enfrentaremos armados con una espada cada uno. Será un duelo a muerte —entonces, hizo un airado ademán—. Llevaos a este cabrón a algún sitio en el que no tenga que verle sonreír.

Calder jadeó cuando Escalofríos lo puso en pie de un tirón, lo obligó a darse la vuelta y se lo llevó de allí. La multitud se cerró a su paso. Las canciones volvieron a sonar, así como las risas, las bravatas y todo lo relacionado con la victoria y el triunfo. La inminente condena de Calder sólo había sido una distracción por la que no merecía la pena detener la fiesta.

—Creí haberte dicho que huyeras —Calder oyó la familiar voz de Craw junto a su oído. El anciano se había abierto paso hasta hallarse a su lado.

Calder resopló.

—Y yo creí haberte dicho que no dijeras nada. Parece que ninguno de los dos es capaz de hacer lo que los demás le dicen.

—Lamento que haya tenido que ser así.

—No tenía por qué ser así.

Vio la mueca dolorida de Craw resaltada por la luz de las llamas.

—Tienes razón. Lamento haber escogido esta opción.

—No lo lamentes. Todo el mundo sabe que eres un hombre de honor. Y seamos sinceros, llevo precipitándome hacia la tumba desde el mismo día que murió mi padre. Lo más sorprendente es que haya tardado tanto en hundirme en el barro. Pero, ¿quién sabe? —gritó mientras Escalofríos lo sacaba a rastras entre dos de los Héroes y dirigía a Craw una última sonrisa por encima del hombro—. ¡A lo mejor venzo a Dow en el círculo!

Vio por la expresión de lástima que se dibujó en el rostro de Craw que a éste no le parecía muy probable que eso fuera a ocurrir. Tampoco a Calder, si debía ser sincero consigo mismo por una vez. El mismo motivo de que aquel pequeño plan hubiera tenido éxito era también su principal inconveniente. Calder era el mayor cobarde y el peor luchador que uno podía hallar. Dow el Negro era todo lo contrario. No se habían ganado sus respectivas reputaciones por accidente.

Tenía tantas oportunidades de sobrevivir al círculo como una loncha de jamón al apetito de un hambriento, y todo el mundo lo sabía.

Cosas que pasan

—Traigo una carta para el general Mitterick —dijo Tunny, protegiendo su farol mientras abandonaba el abrigo del crepúsculo para dirigirse hacia la tienda del general.

Incluso bajo aquella limitada luz, resultaba evidente que el guardia era un individuo cuya naturaleza le había favorecido más de cuello para abajo que para arriba.

—Está con el Lord Mariscal. Tendrá que esperar.

Tunny le mostró su manga.

—¿No ha visto que soy cabo? ¿Acaso no tengo precedencia?

El guarda no entendió el chiste.

—¿Precequé?

—Olvídelo —Tunny suspiró y se quedó esperando a su lado. De la tienda surgían voces, cada vez más airadas.

—¡Exijo el derecho a atacar! —atronó una de ellas. Era Mitterick. No había demasiados soldados en el ejército que tuviesen la buena fortuna de no reconocer aquella voz. El guardia miró a Tunny frunciendo el ceño, como si dijera: «No debería estar escuchando esto». Tunny alzó la carta y se encogió de hombros—. ¡Los hemos obligado a retroceder! ¡Están exhaustos, nerviosos! ¡No les quedan ganas de seguir luchando! —unas sombras bailaron sobre uno de los laterales de la tienda, quizá se tratara de un puño agitándose en el aire—. Bastaría con lanzar una leve ofensiva... ¡Los tengo justo donde los quería!

—Eso mismo pensaba usted ayer y resultó que eran ellos los que le tenían a usted donde querían —replicó el Mariscal Kroy en un tono más mesurado—. Y los hombres del Norte no son los únicos que han perdido las ganas de luchar.

—¡Mis hombres se merecen la oportunidad de terminar lo que han empezado! Lord Mariscal, me merezco el...

—¡No! —exclamó, fue un no tan seco como un latigazo.

—Entonces, señor, exijo el derecho a renunciar....

—Eso también se lo niego. Y con más razón si cabe —Mitterick intentó decir algo, pero Kroy se lo impidió—. ¡No! ¿Acaso siempre tiene que discutir por todo? ¡Se va a tragar su condenado orgullo y va cumplir con su puñetero deber! Depondrá las armas, ordenará a sus hombres que crucen el puente y preparará a su división para el viaje de regreso a Uffrith tan pronto como hayamos terminado las negociaciones. ¿Me ha entendido, general?

Se produjo una larga pausa y, después, se oyó a alguien decir en un tono de voz muy bajo:

—Hemos perdido —sí, era la voz de Mitterick, pero apenas resultaba reconocible. Parecía repentinamente menguado, diminuto y débil, casi como si se hallara al borde de las lágrimas. Como si un cordel tensado al máximo se hubiera quebrado de repente y toda la jactancia de Mitterick se hubiera quebrado con él—. Hemos perdido.

—Hemos empatado —Kroy volvió a hablar con suma mesura, pero la noche era muy silenciosa y pocos hombres eran capaces de aguzar tanto el oído como Tunny cuando había algo que merecía la pena ser escuchado—. En ocasiones, es lo máximo a lo que podemos aspirar. En eso radica la ironía de la profesión militar. La guerra sólo puede servir para abrirle camino a la paz. Y no debería ser de otra manera. En otro tiempo fui como usted, Mitterick. Pensaba que sólo había una forma correcta de actuar. Un día, probablemente muy pronto, usted me reemplazará y se dará cuenta de que el mundo funciona de otra manera.

Se produjo otra pausa.

—¿Que yo lo reemplazaré?

—Sospecho que el gran arquitecto se ha cansado de este albañil en concreto. El general Jalenhorm ha muerto en los Héroes. Usted es la única opción razonable. Y yo le apoyaré en cualquier caso.

—Me deja usted sin habla.

—Si hubiera sabido que únicamente podría hacerle callar si dimitía, lo habría hecho hace años.

Otra pausa más.

—Me gustaría ascender a Opker a general de mi división.

—No tengo objeción alguna.

—En cuanto a la del general Jalenhorm, pensaba...

—El coronel Felnigg asumirá el mando de la misma —le interrumpió Kroy—. Bueno, el general Felnigg, más bien.

—¿Felnigg? —se oyó decir a Mitterick, con un tono de voz ligeramente horrorizado.

—Tiene veteranía y ya he enviado mi recomendación personal al rey.

—Pues yo no puedo trabajar con ese hombre...

—Puede y lo hará. Felnigg es astuto y cauto, servirá para hacerle de contrapeso, del mismo modo que usted ha hecho de contrapeso de mí. Aunque, francamente, a menudo ha sido usted como un grano en el culo, en general, he de decir que ha sido un honor servir con usted.

Entonces, se oyó un chasquido seco, como cuando los tacones de dos botas se juntan. Y después otro.

—Lord Mariscal Kroy, el honor ha sido mío por entero.

Tunny y el guardia se cuadraron con la máxima rigidez posible en cuanto los dos mayores cargos del ejército salieron súbitamente a zancadas de esa tienda. Kroy se alejó rápidamente entre la creciente penumbra. Mitterick permaneció allí, viéndole marchar, mientras abría y cerraba la mano que pendía a su costado.

Pero Tunny tenía una cita urgente con una botella y un camastro. Así que se aclaró la garganta.

—¡General Mitterick, señor!

Mitterick se volvió. A pesar de que fingía que se estaba quitando una mota de polvo del ojo, se estaba secando una lágrima sin lugar a dudas.

—¿Sí?

—Soy el cabo Tunny, señor, portaestandarte del Primer Regimiento de Su Majestad.

Mitterick frunció el ceño.

—¿El mismo Tunny que fue ascendido a sargento tras Ulrioch?

Tunny sacó pecho.

—El mismo, señor.

—¿El mismo Tunny que fue degradado tras Dunbrec?

A Tunny se le hundieron los hombros.

—El mismo, señor.

—¿El mismo Tunny que fue llevado ante un consejo de guerra tras aquel suceso en Shricta?

—Una vez más, el mismo, señor. Si bien he de apresurarme en señalar que el tribunal no halló prueba alguna de negligencia, señor.

Mitterick resopló.

—Ya sé yo cómo funcionan los tribunales. ¿Qué le trae por aquí, Tunny?

El cabo le mostró la carta.

—He venido para cumplir con mis obligaciones como portaestandarte, señor, con una carta de mi oficial al mando, el coronel Vallimir.

Mitterick bajó la mirada hacia la carta.

—¿Qué dice?

—No sabría...

—No creo que un soldado con tanta experiencia en tribunales fuese a llevar una carta sin tener una idea aproximada de su contenido. ¿Qué dice?

Tunny no podía discutir aquella afirmación.

—Señor, creo que el coronel expone con sumo detalle los motivos que han propiciado el fracaso de su ataque de hoy.

—¿Ah, sí?

—Así es, señor. Aún más, se disculpa profusamente ante usted, señor, ante el Mariscal Kroy, ante Su Majestad y, de hecho, ante todos los habitantes de la Unión en general, y les ofrece su renuncia inmediata, señor, pero también solicita el derecho a explicarse frente a un consejo de guerra. En ese punto se ha mostrado bastante vago, señor. Después, prosigue alabando a sus hombres y asumiendo toda la responsabilidad de...

Mitterick le arrebató la carta a Tunny, hizo una pelota con ella y la arrojó a un charco.

—Dígale al coronel Vallimir que no se preocupe — durante un momento, observó cómo la carta flotaba sobre el reflejo roto del cielo nocturno; acto seguido, se encogió de hombros—. Así son las batallas. Todos cometemos errores. Si le dijese que no se metiera en más líos, ¿caería mi consejo en saco roto, cabo Tunny?

—Siempre agradezco y tengo en cuenta cualquier consejo que me den, señor.

—¿Y si lo convierto en una orden?

—También tengo en cuenta todas las órdenes que me dan, señor.

—¡Ja! Puede retirarse.

Tunny le ofreció su saludo más servil, se dio media vuelta y marchó a paso ligero antes de que a alguien se le ocurriera llevarle ante un consejo de guerra.

Los momentos posteriores a una batalla son el sueño hecho realidad de cualquier aprovechado. Hay cadáveres que desvalijar o que desenterrar para luego desvalijar, trofeos que intercambiar, alcohol y chagga que vender, a precios escandalosamente elevados, a los que celebran la victoria y a los que lamentan por igual la derrota. Había visto cómo hombres que carecían de posesión alguna en el mundo amasaban fortunas después de una batalla. Sin embargo, la mayor parte del botín de Tunny seguía en su caballo, el cuál vete a saber dónde estaría ahora. Además, no estaba de humor.

Así que se mantuvo a distancia de las hogueras y de los hombres que las rodeaban y paseó por detrás de las líneas, mientras se dirigía hacia el norte a través del pisoteado campo de batalla. Pasó junto a un par de funcionarios que identificaban a los muertos a la luz de un farol. Uno de ellos tomaba notas en un cuaderno mientras el otro levantaba las mortajas en busca de cadáveres merecedores no sólo de su atención sino de un viaje de regreso a Midderland; en busca de hombres demasiado nobles como para reposar en tierras norteñas. Como si un muerto fuese distinto de otro. Tunny salvó el muro que se había pasado todo el día vigilando, el cual volvía a ser la vulgar obra de un granjero al igual que antes de la batalla, y se abrió paso bajo el crepúsculo hacia el extremo izquierdo del campamento, donde se encontraban apostados los supervivientes del Primer Regimiento.

—No lo sabía, no lo sabía. ¡No le había visto!

Había dos hombres de pie entre la cebada, quizá a unos treinta pasos del fuego más cercano, que observaban algo que se hallaba a sus pies. Uno era un joven de aspecto nervioso, al que Tunny no reconoció, que sostenía una ballesta sin flecha. Un recluta novato, quizá. El otro era Yema. Llevaba una antorcha en una mano y con la otra le estaba clavando el dedo índice al muchacho en las costillas.

—¿Qué pasa aquí? —gruñó Tunny al acercarse, con un mal presentimiento que se confirmó en cuanto vio lo que estaban mirando—. Oh, no, no.

Worth yacía en el suelo con los ojos abiertos, la lengua fuera y una flecha clavada en el esternón.

—¡Creí que era un hombre del Norte! —exclamó el muchacho.

—¡Los hombres del Norte están al norte de las líneas, idiota! —le espetó Yema.

—¡Creí que tenía un hacha!

—Era una pala —observó Tunny, quien la recogió de entre la cebada, a escasos centímetros de los dedos inertes de la mano izquierda de Worth—. Supongo que había salido a hacer lo que mejor se le daba.

—¡Debería matarte! —rugió Yema, al mismo tiempo que acercaba la mano a su espada. El muchacho soltó un chillido de impotencia e intentó protegerse el cuerpo con la ballesta.

—Déjelo —Tunny se interpuso entre ambos y contuvo a Yema poniéndole una mano en el pecho; a continuación, dejó escapar un largo suspiro teñido de dolor—. Así son las batallas. Todos cometemos errores. Iré a hablar con el sargento Forest, a ver qué debemos hacer —le quitó al muchacho la ballesta de entre las manos y lo obligó a coger la pala—. Mientras tanto, más le vale que se ponga a cavar.

Worth tendría que conformarse con yacer en las tierras norteñas.

TRAS LA BATALLA

«Nunca has de esperar demasiado ni
mirar demasiado lejos para que te recuerden
lo delgada que es la línea que separa al héroe
de un chivo expiatorio»

MICKEY MANTLE

El fin del camino

—¿Está ahí dentro?

Escalofríos asintió lentamente.

—Sí, está ahí.

—¿Solo? —preguntó Craw, poniendo la mano sobre el pomo podrido.

—Ha entrado solo.

Lo que quería decir, con toda probabilidad, que debía de estar con la bruja. A Craw no le hacía demasiada gracia volver a encontrarse con ella, sobre todo, tras haber visto su sorpresita del día anterior, pero el amanecer ya estaba siguiendo su camino y hacía tiempo que él también debería haberlo seguido. Hacía diez años, más o menos. Pero tenía que decírselo primero a su jefe. Eso era lo correcto. Hinchó las mejillas y resopló, esbozando una mueca de dolor al notar los puntos que le habían dado en el rostro; después, giró el pomo y entró.

Ishri se encontraba de pie sobre el suelo de tierra, con las manos en las caderas y la cabeza ladeada. Su largo abrigo estaba chamuscado por el borde y una manga, parte del cuello de la prenda había ardido también y los vendajes que llevaba por debajo estaban ennegrecidos. Pero su piel seguía siendo tan perfecta que, prácticamente, las llamas de la antorcha se reflejaban en su mejilla, como si fuera un espejo negro.

—¿Por qué vas a pelear con ese necio? —le estaba diciendo, mientras señalaba con un largo dedo hacia los Héroes—. No obtendrás ningún beneficio con eso. Si entras en el círculo, no podré protegerte.

—¿Protegerme? —Dow se encontraba encorvado junto a la oscura ventana, con su pétreo rostro envuelto en sombras, mientras sostenía su hacha relajadamente justo por debajo de la hoja—. He estado en el círculo con hombres diez veces más duros que el puñetero Príncipe Calder.

Acto seguido, pasó el chirriante filo de su hacha por una piedra de afilar.

—Calder —dijo Ishri, resoplando—. Hay otras fuerzas en juego también en esto. Fuerzas que se hallan más allá de tu entendimiento...

—En realidad, no están más allá de mi entendimiento. Mantienes una disputa con el Primero de los Magos y ambos os estáis aprovechando de mi disputa con la Unión para pelear entre vosotros. ¿A que no me equivoco? Las disputas son algo que entiendo perfectamente, créeme. Las brujas y demás os creéis que vivís en un mundo aparte, pero, por lo que he visto, tenéis ambos pies en éste.

Ishri alzó la barbilla.

—Allí donde hay metal afilado, hay riesgo.

—Por supuesto, qué interés tendría si no —entonces, la piedra de afilar volvió a acariciar la hoja.

Ishri entornó los ojos y curvó los labios.

—Pero ¿qué os pasa a los malditos hombres rosáceos con vuestras malditas peleas y vuestro maldito orgullo?

Dow se limitó a sonreír y sus dientes brillaron al abandonar su rostro el cobijo de las sombras.

—Oh, eres una mujer muy astuta, de eso no cabe duda, y sabes muchas cosas realmente útiles —dio otro repaso con la piedra de afilar al hacha y, acto seguido, la alzó y su filo resplandeció ante la luz—. Pero no sabes nada sobre el Norte. Hace años que renuncié a toda clase de orgullo. Era un atributo inútil que no hacía más que irritarme. Lo único que me importa es mantener mi buen nombre —probó el filo, deslizando la punta de su pulgar suavemente por encima, como por el cuello de una amante; luego, se encogió de hombros—. Soy Dow el Negro. No puedo darle la espalda a este desafío como tampoco podría volar a la luna.

Ishri negó con la cabeza, sumamente disgustada.

—Después de todos los esfuerzos que he hecho para...

—Si muero, los vanos esfuerzos que has hecho por mí serán mi mayor pesar, ¿qué te parece?

Ishri miró malhumorada a Craw y, después, a Dow mientras dejaba su hacha apoyada contra la pared. A continuación, profirió un airado siseo.

—No echaré de menos vuestro clima —afirmó, al mismo tiempo que se agarraba los faldones de su chamuscado abrigo y los agitaba salvajemente frente a su propia cara. Entonces, se oyó un crujido de telas e Ishri desapareció, dejando sólo un jirón de una venda ennegrecida aleteando en el lugar donde había estado hasta hace unos instantes.

Dow lo cogió entre el índice y el pulgar.

—Supongo que también podría usar la puerta, pero, entonces, su marcha no tendría el mismo... dramatismo —sopló sobre el trozo de tela y observó cómo se retorcía en el aire—. ¿Alguna vez has deseado ser capaz de desaparecer, Craw?

Todos los días durante los últimos veinte años.

—Puede que no le falte razón —gruñó—. Ya sabes. En lo del círculo.

—¿Tú también?

—No tienes nada que ganar. Bethod solía decir que no hay nada que demuestre más poder que la...

—Guárdate la piedad —rugió Dow, quien desenvainó su espada con tanta rapidez que el acero siseó. Craw tragó saliva y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no retroceder—. Le he dado a ese chico todo tipo de oportunidades y me ha hecho quedar como un auténtico capullo. Sabes que tengo que matarlo —Dow se dispuso a limpiar la hoja gris de su arma con un trapo, mientras se le tensaban los músculos de un lado de su rostro—. Tengo que matarlo de la peor forma posible. Tengo que matarle de un modo tan cruel y humillante que a nadie se le ocurra hacerme quedar como un capullo en los próximos cien años. Tengo que dar una lección. Así es como funciona esto —alzó la mirada y Craw se dio cuenta de que era incapaz de devolvérsela. Se dio cuenta de que tenía la mirada clavada en ese suelo de tierra y que no sabía qué decir—. ¿Has venido para decirme que no vas a seguir sosteniendo tu escudo en mi nombre?

—Te dije que me quedaría hasta que la batalla hubiera terminado.

—Eso es cierto.

—La batalla ya ha terminado.

—La batalla nunca termina, Craw, y tú lo sabes —Dow lo observó detenidamente. Tenía medio rostro iluminado, y de la otra mitad sólo se atisbaba un ojo reluciente en la oscuridad. Entonces, Craw comenzó a enumerar los motivos por los que debía marcharse, a pesar de que nadie le había preguntado.

—Hay hombres más apropiados para este puesto. Mucho más jóvenes. Con las rodillas más firmes, los brazos más fuertes y mejor reputación —Dow continuó observándolo—. He perdido a muchos de mis amigos en este último par de días. Demasiados. Whirrun ha muerto. Brack también —intentaba desesperadamente reprimir las ganas que tenía de decirle que le faltaba estómago para ver cómo Dow despedazaba a Calder en el círculo, que no podría soportarlo por cuestión de lealtad—. Los tiempos han cambiado. Gente como Dorado y Cabeza de Hierro ya no me tienen el más mínimo respeto y yo los respeto aún menos a ellos. Por todo eso y por... y por...

—Sí, ya has tenido suficiente —le interrumpió Dow.

A Craw se le hundieron los hombros. Pese a que le dolía reconocerlo, esa frase resumía todo lo que quería decir bastante bien.

—He tenido suficiente.

Tuvo que apretar los dientes y echar los labios hacia atrás para poder contener las lágrimas. Era como si el mero hecho de expresar ese sentimiento con palabras hubiese logrado que todo se le viniera encima de golpe. Se acordó de Whirrun y Drofd, de Brack y Athroc, de Agrick y de todos los demás. Conformaban una hilera acusadora de difuntos que se perdía en las penumbras de la memoria. Una hilera de batallas peleadas, ganadas y perdidas. De cosas que ya no se pueden cambiar, de decisiones correctas y equivocadas, cuyas consecuencias eran un peso que acarrear.

Dow se limitó a asentir mientras introducía cuidadosamente su espada de nuevo en la vaina.

—Todos tenemos un límite. Un hombre de tu experiencia jamás debería sentirse avergonzado. Jamás.

Craw se limitó a apretar los dientes y se tragó las lágrimas mientras buscaba algunas palabras que decir.

—Supongo que no tendrás ningún problema para encontrar a otro que ocupe mi puesto.

—Ya lo he hecho —replicó Dow, señalando con la cabeza hacia la puerta—. Está esperando ahí afuera.

—Bien —Craw suponía que Escalofríos podría ser su sustituto; probablemente, podría desempeñar ese cargo mejor de lo que lo había hecho él, pues suponía que no estaba tan alejado de la redención como decía la gente.

—Toma —Dow le lanzó algo a través del cuarto y Craw lo cogió al vuelo; al instante, notó cómo unas monedas entrechocaban en el interior de esa cosa—. Dos de oro y unas cuantas más. Para que puedas empezar una nueva vida.

—Gracias, jefe —dijo Craw con suma sinceridad, pues esperaba recibir una puñalada en la espalda y no una bolsa en la mano. Dow apoyó la espada en el suelo.

—¿Qué vas a hacer?

—Hace mil puñeteros años, fui carpintero. Había pensado en volver a trabajar la madera. Quizá un carpintero tenga que hacer un par de ataúdes de vez en cuando, pero no es un oficio en el que uno entierre a muchos amigos.

—Ya —Dow acarició suavemente el pomo de su espada entre el índice del pulgar y la hizo girar sobre la punta—. Yo ya he enterrado a todos los míos. Salvo a los que he convertido en enemigos. Quizá ése sea el destino al que conduce el camino de todo guerrero, ¿eh?

—Sí, sí lo sigues durante el tiempo suficiente —Craw permaneció allí un momento más, pero Dow no respondió, así que se volvió para marcharse.

—Yo me dedicaba a hacer cazuelas.

Craw se detuvo con la mano ya sobre el pomo de la puerta, con los pelos de la nunca erizados. Pero Dow el Negro seguía sin moverse del sitio, mientras se contemplaba la mano. Una mano cubierta de cicatrices, costras y callos.

—Era aprendiz de alfarero —afirmó Dow, resoplando—. Hace mil puñeteros años. Después, llegaron las guerras y tomé el camino de la espada. Siempre pensé que volvería a ejercer ese oficio, pero... así son las cosas —entornó los ojos y se acarició suavemente la punta del pulgar con la punta de los demás dedos—. La arcilla... solía dejarme las manos... tan suaves. Imagínate —entonces, alzó la mirada y sonrió—. Buena suerte, Craw.

—Ya —replicó Craw y, acto seguido, salió de aquel lugar, cerró la puerta a sus espaldas y exhaló un largo suspiro de alivio. Con sólo unas palabras, todo había acabado. En ocasiones, algunas cosas parecen imposibles, hasta que finalmente las haces y te das cuenta de que lo único que hacía falta era dar un primer paso. Escalofríos seguía donde lo había dejado, con los brazos cruzados. Craw le dio una palmadita en el hombro.

—Supongo que ahora es cosa tuya.

—¿Eso crees? —alguien más apareció bajo la luz de la antorcha; alguien con una larga cicatriz bajo su corto pelo.

—Wonderful —musitó Craw.

—Hola, hola —dijo ella. A Craw le sorprendió verla allí, pero así no perdería tiempo, pues era a ella a quien debía decírselo a continuación.

—¿Cómo está la docena? —preguntó.

—Los cuatro que quedan están muy bien.

Craw esbozó una mueca de contrariedad.

—Ya. Bueno. Tengo que decirte algo —ella arqueó una ceja. Craw ya no podía echarse atrás, tenía que soltarlo—. Me retiro. Lo dejo.

—Lo sé.

—¿Ah, sí?

—¿Cómo iba a ocupar tu puesto si no?

—¿Mi puesto?

—Sí, como segundo de Dow.

Craw abrió los ojos como platos. Miró a Wonderful, después a Escalofríos y luego otra vez a ella.

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿Por qué no?

—Bueno, es que pensé que...

—¿Que cuando abandonaras este tipo de vida el sol dejaría de brillar para los demás? Pues no. Lamento decepcionarte.

—Pero ¿qué pasa con tu marido? ¿Y con tus hijos? Creí que ibas a...

—La última vez que fui a la granja fue hace cuatro años —echó la cabeza hacia atrás y Craw vio en su mirada una dureza que no estaba acostumbrado a ver—. Se habían marchado. Sin dejar rastro.

—Pero volviste hace un mes.

—Aquel día estuve paseando por ahí, me senté junto al río y me dediqué a pescar. Después, regresé con la docena. No me vi capaz de contártelo. No quería tu lástima. Esto es todo lo que les queda a los que son como nosotros. Ya lo verás —Wonderful le estrechó la mano, pero la de Craw permaneció inerte—. Ha sido un honor pelear contigo, Craw. Cuídate.

A continuación, Wonderful abrió la puerta y la cerró a sus espaldas con estrépito, dejándolo atrás, parpadeando ante la silenciosa madera.

—Uno cree que conoce a alguien y luego... —Escalofríos chasqueó la lengua—. Nadie llega a conocer realmente a nadie. No.

Craw tragó saliva con gran esfuerzo.

—La vida está llena de sorpresas, desde luego —afirmó, mientras daba la espalda a la vieja cabaña y se perdía en la penumbra.

Había soñado despierto a menudo con su gran despedida. Se había imaginado recorriendo un pasillo repleto de Grandes Guerreros que le deseaban un futuro brillante, con la espalda dolorida de recibir tantas palmadas afectuosas. Pasando bajo un pasillo formado por espadas desenvainadas, que centelleaban bajo la luz del sol. Cabalgando hacia la lejanía, con el puño en alto a modo de saludo mientras los Caris le jaleaban y las mujeres lloraban su marcha, aunque no tenía nada claro de dónde podrían haber salido tales mujeres.

Retirarse escabulléndose en mitad de la helada oscuridad poco antes del amanecer, hacia el anonimato y el olvido, era algo que nunca había formado parte de sus sueños. Pero como la vida real es lo que es, un hombre necesita soñar.

La mayoría de los hombres cuyos nombres merecían ser recordados se encontraban arriba, en los Héroes, esperando a ver cómo masacraban a Calder. Sólo quedaban el Jovial Yon, Scorry Sigiloso y Flood para despedirlo. Los únicos supervivientes de la docena de Craw. Y Beck, con unas grandes ojeras y el Padre de las Espadas en su pálido puño. Craw pudo ver el dolor en sus rostros, por mucho que intentasen forzar una sonrisa. Como si les estuviese decepcionando al marcharse. A lo mejor era así.

Siempre se había enorgullecido de ser una persona apreciada. De ser un hombre de honor y todo eso. A pesar de ello, hacía tiempo que sus amigos muertos superaban en número a los vivos y en aquellos últimos días habían cobrado una gran ventaja. Tres amigos que podrían haberle proporcionado una cálida despedida habían vuelto al barro en lo alto de esa colina y llevaba a otros dos más en la parte trasera de su carro.

Intentó enderezar la vieja manta, pero, por mucho que tirase de las esquinas, era inútil. Las barbillas de Whirrun y Drofd, sus narices y sus pies seguían alzando la parca y avejentada tela. Aquélla era una triste mortaja para un héroe. Pero las mantas buenas les eran más útiles a los vivos. Los muertos no necesitaban calentarse.

—No me puedo creer que te marches —dijo Scorry.

—Hace años que lo vengo diciendo.

—Exacto. Y nunca lo hacías.

Craw se encogió de hombros.

—Pues esta vez sí.

En su mente, siempre se había imaginado que despedirse de su docena sería como estrecharles las manos antes de una batalla. Que sentiría la misma intensa sensación de camaradería. Que sería incluso más intensa que nunca, pues todos sabrían que realmente ésa sería la última vez que se verían, en vez de únicamente temer que podría serlo. Pero sólo notó la sensación de estrecharles las manos. Casi parecían unos desconocidos. A lo mejor ahora él era para ellos como el cadáver de un viejo camarada. Al que sólo querían enterrar para poder proseguir con sus vidas. Craw ni siquiera tendría el gastado ritual de inclinar las cabezas frente a la tierra recién removida a modo de despedida. Sólo un adiós que a todos les parecía una traición.

—Entonces, ¿no te quedas para el espectáculo? —preguntó Flood.

—¿Te refieres al duelo? —o al asesinato, pues también podría calificarse de esa manera—. Creo que ya he visto suficiente sangre. La docena es ahora tuya, Yon.

Yon alzó una ceja en dirección a Scorry, Flood y Beck.

—¿Todos ellos?

—Encontrarás a más. Como siempre hemos hecho. En un par de días, ni siquiera echarás nada en falta —lo triste era que probablemente así sería. Así había sido siempre, cuando habían perdido a un hombre. Aunque costaba imaginar que fuese a pasar igual con uno mismo. Que uno sería olvidado al igual que un estanque olvida una piedra que ha sido arrojada a él. Tras unas cuantas ondulaciones en la superficie, uno desaparece. Olvidar forma parte de la naturaleza del hombre.

Yon observaba ceñudo la manta y lo que descansaba bajo ella.

—Si muero —murmuró—, ¿quién encontrará a mis hijos en mi nombre?

—A lo mejor deberías buscarles tú mismo, ¿nunca te has planteado esa opción? Ve a su encuentro, Yon, y diles lo que eres y lo que haces. Haz las paces con ellos, mientras aún tienes aliento para hacerlo.

Yon bajó la mirada hacia sus botas.

—Sí. Tal vez —a continuación, reinó un silencio tan incómodo como que le metan a uno un lanzazo por el culo—. Bueno. Me temo que nos toca sostener nuestros escudos, allí arriba, con Wonderful.

—Así es —replicó Craw.

Yon se volvió y encaminó sus pasos hacia la cima, meneando la cabeza de lado a lado. Scorry se despidió asintiendo por última vez con la cabeza y lo siguió.

—Adiós, jefe —dijo Flood.

—Supongo que ya no soy el jefe de nadie.

—Siempre serás el mío —replicó Flood. Después, se alejó cojeando en pos de los otros dos, dejando solos a Craw y a Beck junto al carro. Un muchacho al que dos días antes no conocía iba a ser el último en despedirle.

Craw suspiró y subió dificultosamente al asiento, a causa de todos los cardenales que había recibido en el transcurso de los últimos días. Beck permaneció en su sitio, agarrando al Padre de las Espadas con ambas manos, que se encontraba envainada y con la punta apoyada en el suelo.

—Voy a tener que sostener mi escudo en nombre de Dow el Negro —afirmó—. Yo. ¿Alguna vez has hecho algo así?

—En más de una ocasión. No tiene ningún secreto. Limítate a mantener cerrado el círculo y asegúrate de que nadie lo abandone. Sé leal a tu jefe. Haz lo correcto, como hiciste ayer.

—Ayer —musitó Beck, bajando la mirada hacia la rueda del carro, como si estuviera mirando a través del suelo y no le gustase lo que hubiera al otro lado—. Ayer no te lo conté todo. Quise hacerlo, pero...

Craw miró hacia atrás, hacia las dos siluetas que se encontraban bajo la manta. No necesitaba escuchar las confesiones de nadie, pues sus propios errores ya eran una pesada carga. Pero Beck ya había comenzado a hablar, en un tono monótono, como una abeja atrapada en una habitación donde reinaba el calor.

—Maté a un hombre en Osrung. Pero no era de la Unión, sino uno de los nuestros. A un muchacho llamado Reft. Él plantó cara al enemigo y luchó mientras yo huía y me escondía, y después lo maté —Beck seguía observando la rueda, con los ojos llorosos—. Lo atravesé con la espada de mi padre. Lo confundí con un hombre de la Unión.

A Craw le entraron ganas de sacudir las riendas y marcharse. Pero a lo mejor podía ayudar a ese muchacho y lograr que la experiencia obtenida en todos los años que había desperdiciado pudieran serle de alguna utilidad a alguien. Así que apretó los dientes, se inclinó hacia abajo y puso una mano sobre el hombro de Beck.

—Sé que te reconcome. Probablemente, siempre lo hará. Pero la triste realidad es que conozco una docena de historias similares. O quizá una veintena. Ningún hombre que haya estado en batalla alzaría siquiera una ceja al escucharla. El nuestro es un sombrío oficio. Los panaderos hacen pan y los carpinteros levantan casas, pero nosotros matamos gente. Lo único que puedes hacer es aceptar las cosas como vengan día tras día. E intentar hacerlas lo mejor posible con lo que sea que tengas a mano. No siempre harás lo correcto, pero puedes intentarlo. Además, siempre puedes intentar hacer lo correcto la próxima vez. Procura hacer eso y mantenerte con vida.

Beck negó con la cabeza.

—Asesiné a un hombre. ¿No debería pagar por ello?

—Sí, has matado a un hombre, ¿y qué? —Craw alzó los brazos y luego los dejó caer—. Así son las batallas. Algunos viven, otros mueren. Algunos pagan por sus malas acciones y otros no. Si eres de los que consiguen salir con vida, muéstrate agradecido. Intenta merecértelo.

—Soy un cobarde de mierda.

—Puede ser —Craw señaló con el pulgar por encima del hombro hacia el cadáver de Whirrun—. Ahí tienes un héroe. Y, ahora, dime ¿cuál de los dos ha salido mejor parado?

Beck sintió un escalofrío.

—Sí, supongo —levantó el Padre de las Espadas y Craw la tomó por la cruceta, alzó el gran pedazo de metal y lo depositó cuidadosamente en el carro, junto al cuerpo de Whirrun—. ¿Es tuya a partir de ahora? ¿Te la legó a ti?

—Se la legó a la tierra —contestó Craw, tapándola con la manta—. Quería que la enterrase con él.

—¿Por qué? —preguntó Beck—. ¿No es la espada de Dios, que cayó de los cielos? Creí que tenía que legarla a alguien. ¿Acaso está maldita?

Craw agarró las riendas y orientó el carro hacia el norte.

—Todas las espadas están malditas, muchacho —respondió, sacudiendo las riendas. Al instante, el carro se puso en marcha.

Y se alejó por el camino.

Se alejó de los Héroes.

Por la espada

Calder estaba sentado observando las vacilantes llamas.

Le daba la impresión de que había agotado toda su astucia a cambio de obtener únicamente unas cuantas horas más de vida. Unas cuantas horas más de frío, hambre, picores y terror creciente, que estaba pasando sentado, mientras observaba a Escalofríos frente a él, con las muñecas irritadas por las ligaduras, las piernas doloridas de tanto tenerlas cruzadas y el culo congelado de la humedad.

Pero cuando lo único que uno puede ambicionar es vivir unas horas más, uno hace cualquier cosa por obtenerlas. Probablemente habría hecho cualquier cosa a cambio de otras cuantas más. Si alguien se las hubiera ofrecido. Cosa que no iba a suceder. Igual que sus deslumbrantes ambiciones, las diamantinas estrellas se habían desdibujado lentamente hasta desvanecerse, aniquiladas por los primeros destellos del día que comenzaban a asomar por el este, por detrás de los Héroes. Anunciando su último día.

—¿Cuánto queda para que amanezca?

—Amanecerá cuanto toque —contestó Escalofríos.

Calder estiró el cuello y retorció los hombros, los tenía doloridos tras pasar tanto tiempo medio dormido, encorvado e inmovilizado por sus ataduras, dominado por unas pesadillas por las que sintió añoranza tras despertarse violentamente.

—Supongo que no podrás desatarme las manos al menos, ¿eh?

—Lo haré cuando toque.

Qué decepcionante había resultado toda su vida. Con las grandes esperanzas que había depositado su padre en los dos. «Todo esto será vuestro», solía decir su padre, poniendo una mano sobre el hombro de Calder y otra sobre el de Scale. «Gobernaréis el Norte». Qué final, para un hombre que había soñado con ser rey. Sería recordado, eso desde luego. Pero por sufrir la muerte más horrible de toda la sangrienta historia del Norte.

Calder profirió un suspiro entrecortadamente.

—Las cosas no suelen salir como uno imagina, ¿verdad?

Escalofríos golpeó su ojo metálico con un anillo y sonó un leve, levísimo tintineo.

—A menudo no.

—La vida es, básicamente, una puta mierda.

—Lo mejor es no tener demasiadas expectativas. Así uno puede llegar a verse agradablemente sorprendido.

Las expectativas de Calder se habían hundido en un abismo, pero, aun así, no parecía probable que fuese a verse agradablemente sorprendido. Se estremeció ante el recuerdo de los duelos en los que Nueve el Sanguinario había participado en nombre de su padre. Recordó los gritos sedientos de sangre de la muchedumbre. El anillo de escudos que marcaba el límite del círculo. El anillo de siniestros Grandes Guerreros que los sostenían. Para cerciorarse de que nadie pudiese salir de él hasta que se hubiese derramado suficiente sangre. Jamás se hubiera imaginado que acabaría luchando en uno. Muriendo en uno.

—¿Quién va a sostener los escudos en mi nombre? —murmuró, más para llenar el silencio que por otra cosa.

—He oído que Pálido como la Nieve se ha ofrecido a hacerlo, así como el viejo Ojo Blanco Hansul. Y Caul Reachey también.

—Difícilmente podría negarse, ¿verdad? Teniendo en cuenta que estoy casado con su hija.

—Sí, difícilmente podría negarse.

—Probablemente, sólo hayan pedido sostener el escudo para que no les salpiquen demasiado mis tripas.

—Probablemente.

—Las tripas son algo curioso. Una verdadera molestia para aquéllos a quienes salpican y una triste pérdida para aquéllos de cuyo interior salen. ¿Qué tiene eso de bueno, eh? Explícamelo.

Escalofríos se encogió de hombros. Calder se frotó las muñecas contra la cuerda, intentando que la sangre fluyese hacia los dedos. Sería agradable si al menos pudiera sostener la espada el tiempo suficiente como para morir con ella en la mano, al menos.

—¿Tienes algún consejo que darme?

—¿Consejo?

—Sí, tú eres un guerrero.

—Si tienes una oportunidad, no la desaproveches —Escalofríos contempló con el ceño fruncido el rubí que llevaba en su dedo meñique—. Piedad y cobardía son lo mismo.

—Mi padre siempre decía que la piedad es la mejor forma de demostrar el poder que uno posee.

—No en el círculo —replicó Escalofríos levantándose.

Calder alzó las muñecas.

—¿Es la hora?

El cuchillo resplandeció bajo la luz rosada del amanecer al cortar limpiamente la cuerda.

—Es la hora.

—¿No podemos hacer nada aparte de esperar? —gruñó Beck.

Wonderful lo miró con cara de pocos amigos.

—A menos que quieras echarte a bailar un rato por ahí afuera para ir entonando al personal.

Pero Beck no estaba dispuesto a hacer algo así. El círculo de barro pisoteado situado en el mismo centro de los Héroes se le antojaba un lugar muy solitario. Muy desnudo y vacío. Mientras tanto, más allá del contorno de las piedras que lo delimitaban, los guerreros se apelotonaban a la espera. En un círculo como aquél, su padre había luchado contra Nueve el Sanguinario. En un círculo como aquél, había luchado y perdido. De manera cruel.

Ese día, muchos de los grandes hombres de renombre del Norte sostenían los escudos. Además de los supervivientes de la docena de Craw, también estaban ahí, en la mitad del círculo que correspondía a Dow, Brodd Tenways, Cairm Cabeza de Hierro y Glama Dorado, así como muchos de sus Grandes Guerreros que estaban situados alrededor de ellos.

Caul Reachey se encontraba de pie en el lado opuesto, junto a otro par de veteranos, y ninguno de ellos tenía aspecto de sentirse muy contento de estar allí. Habrían formado un grupo patético en comparación con el de Dow de no ser porque los acompañaba un cabrón enorme. Beck no había visto a nadie tan grande en su vida, aquel tipo destacaba sobre el resto como el pico de una montaña entre unas estribaciones.

—¿Quién es ese monstruo? —murmuró.

—El Extraño que Llama —susurró a su vez Flood—. El jefe de todas las tierras al este del Crinna. Ahí son todos unos puñeteros salvajes y, por lo que tengo entendido, él es el peor.

El gigante iba acompañado por una caterva de salvajes. Por unos hombres de pelo descuidado y expresiones brutales, que portaban huesos como adornos e iban pintados y que vestían con andrajos y calaveras. Unos hombres que parecían haber salido de una canción de antaño, quizá de aquella que contaba cómo Shubal la Rueda había secuestrado a la hija del señor del desfiladero. ¿Cómo era la letra?

—Ahí vienen —gruñó Yon.

Entonces, hubo un murmullo de desaprobación y unas cuantas palabras bruscas, pero, sobre todo, un silencio muy tenso. Los hombres del otro lado del círculo se separaron y Escalofríos entró en él, arrastrando a Calder por el brazo.

Parecía mucho menos arrogante que la primera vez que Beck lo había visto, cuando cabalgaba sobre su elegante caballo por el lugar donde Reachey estaba reclutando. Pero seguía sonriendo. Una sonrisa enmarcada en un rostro pálido de ojos enrojecidos; una sonrisa a pesar de todo. Escalofríos le soltó y recorrió despreocupadamente las siete zancadas de barro que le separaban de Wonderful, dejando tras de sí huellas en el barro. Acto seguido, tomó un escudo que le tendió un hombre situado detrás de ella.

Calder saludó con un asentimiento de cabeza a todos los hombres que se hallaban arremolinados a su alrededor, como si fueran un grupo de viejos amigos. También a Beck. Cuando éste había visto por primera vez su sonrisa irónica, le había parecido llena de orgullo, de burla, pero quizá ambos habían cambiado mucho desde entonces. Si Calder se reía ahora, daba la impresión de reírse sólo de sí mismo. Beck le devolvió el saludo, con solemnidad. Sabía lo que era enfrentarse a la muerte y reconoció que había que tener agallas para sonreír en un momento como aquél. Muchas agallas.

Calder se encontraba tan asustado que sólo alcanzó a ver los rostros del círculo como un borrón. Pero estaba decidido a reunirse con la Gran Niveladora tal y como lo había hecho su padre y también su hermano. Con algo de orgullo. Se aferró a esa idea y también a su sonrisa, y saludó en dirección a los rostros desenfocados que parecían haber acudido a su boda en vez de a su funeral.

Tenía que hablar. Matar el tiempo charlando. Cualquier cosa con tal de no pensar. Calder agarró la mano a Reachey, la que no sostenía su abollado escudo.

—¡Has venido!

El anciano apenas fue capaz de devolverle la mirada.

—Era lo mínimo que podía hacer.

—Era lo máximo que podías hacer, por lo que a mí respecta. Dile a Seff de mi parte que... bueno, dile que lo siento.

—Lo haré.

—Y anímate. Esto no es un funeral —añadió, a la vez que le propinaba un leve codazo en las costillas—. Todavía.

Las carcajadas dispersas que obtuvo su comentario consiguieron que se sintiese menos cerca de cagarse encima. Aunque también se oyó entre ellas una risa suave y grave. Una que provenía de una gran altura. Era el Extraño que Llama, quien, al parecer, apoyaba a Calder y estaba en su lado del círculo.

—¿Vas a sostener ese escudo en mi nombre?

El gigante golpeó el empequeñecido redondel de madera con un garrote del tamaño de su dedo.

—Así es.

—¿A qué se debe ese interés?

—Me interesa el entrechocar del vengativo acero y ver la sedienta tierra regada con sangre. El rugido del vencedor y los gritos del vencido. ¿Qué podría interesarme más que ver a dos hombres dándolo y tomándolo todo, mientras la vida y la muerte danzan en equilibrio sobre el filo de una espada?

Calder tragó saliva.

—Pero, ¿por qué me apoyas y estás en mi parte del círculo?

—Porque había sitio.

—Ya —eso era lo único que le quedaba por ofrecer al mundo. Un buen lugar para contemplar su muerte—. ¿Tú también estás aquí porque había sitio? —le preguntó a Pálido como la Nieve.

—He venido por ti, por Scale y por tu padre.

—Yo también —afirmó Ojo Blanco Hansul.

Si bien había sido capaz de ignorar todo el odio que despertaba, aquella pequeña muestra de lealtad casi hizo añicos su máscara sonriente.

—Esto significa mucho para mí —aseveró con voz ronca. Lo realmente patético es que era cierto. Dio un ligero puñetazo al escudo de Ojo Blanco y una palmadita en el hombro a Pálido como la Nieve—. Sí, significa mucho.

Pero el tiempo para los abrazos y los ojos llorosos se estaba agotando rápidamente. Un clamor se fue alzando entre la multitud situada al otro lado del círculo y, después, se pudo percibir cierto movimiento. Acto seguido, los portadores de los escudos se hicieron a un lado. El Protector del Norte entró por el hueco abierto con la misma tranquilidad que un jugador que supiera que ya ha ganado una gran apuesta. Su estandarte negro acechaba tras él como la mismísima sombra de la muerte. Se había despojado de toda vestimenta, salvo de un chaleco de cuero que dejaba al descubierto sus fibrosos y musculosos brazos. La cadena que solía llevar antaño el padre de Calder pendía de su cuello, reflejando la luz con su diamante.

Se oyeron unos aplausos, un traqueteo de armas y el entrechocar del metal, mientras todo el mundo se esforzaba por recibir una mirada de aprobación de aquel hombre que había rechazado el avance de la Unión. Todo el mundo lo jaleaba, incluso desde el lado del círculo que correspondía Calder. Difícilmente podía tenérselo en cuenta, pues deberían seguir ganándose la vida después de que Dow le hubiese hecho pedazos.

—Así que has venido —comentó Dow, a la vez que señalaba con la cabeza hacia Escalofríos—. Temía que mi perro te hubiera devorado durante la noche —la broma fue recibida con muchas más risas de las que merecía, pero Escalofríos no movió ni un solo músculo. Su rostro cubierto de cicatrices era una máscara de indiferencia. Dow sonrió hacia los Héroes, cuyas cabezas cubiertas de liqúenes asomaban por encima de la multitud, y extendió los brazos, abriendo los dedos—. Parece que tenemos un círculo hecho a propósito para la ocasión, ¿verdad? ¡Un entorno incomparable!

—Ya —replicó Calder. Fue la mayor bravata que fue capaz de improvisar.

—Normalmente, hay que seguir un procedimiento concreto —señaló Dow, dibujando un círculo en el aire con un dedo—. Hay que explicar el asunto a dirimir, hay que enumerar los logros y hazañas de los campeones y todo lo demás, pero todo eso podemos saltárnoslo. Todos conocemos el asunto que aquí se dirime. Y todos sabemos que no has hecho nada en la vida —se oyeron más risotadas y Dow volvió a extender los brazos—. ¡Además, si empiezo a nombrar a todos los hombres que he devuelto al barro, nunca comenzaremos!

Aquel comentario fue recibido con una oleada de varoniles palmadas en los muslos. Parecía que Dow estaba empeñado en demostrar que era no sólo el mejor luchador, sino también el más ingenioso de los dos, y la competición era igual de injusta. Los ganadores siempre obtienen más risas y, por una vez, Calder se había quedado sin chistes ni chanzas. Quizá porque los muertos no tienen mucho sentido del humor. Así que aguardó en silencio a que la multitud se callara, hasta que sólo se oyó el susurro del viento sobre la cima, el aleteo del estandarte negro y el canto de un pájaro en lo alto de una de las piedras. Entonces, Dow profirió un suspiro.

—Lamento decir que he tenido que ordenar que traigan a tu mujer de Carleon. Se ofreció a sustituirte como rehén, ¿verdad?

—¡Déjala en paz, cabrón! —exclamó Calder, casi ahogándose en un arrebato de cólera—. ¡Ella no tiene nada que ver en esto!

—¡No estás en posición de exigirme nada, gusano! —Dow volvió la cabeza sin apartar los ojos de Calder y escupió sobre el barro—. Me entran ganas de quemarla. De aplicarle la cruz sangrienta, sólo para dar una lección. ¿No era así como le gustaba hacer las cosas a tu padre en los viejos tiempos? —Dow alzó una palma abierta—. Pero puedo permitirme ser generoso. Creo que lo dejaré estar. Por respeto a Caul Reachey, ya que se trata del único hombre del Norte que todavía hace lo que dice que va a hacer.

—Y me siento agradecido por ello —gruñó Reachey, quien seguía sin devolverle la mirada a Calder.

—A pesar de mi reputación, no siento demasiada predilección por ahorcar a mujeres. ¡Como me ablande un poco más, empezarán a llamarme Dow el Blanco! —estalló una nueva salva de risas y Dow lanzó una serie de puñetazos al aire, con tanta celeridad que Calder ni siquiera fue capaz de contarlos—. Imagino que tendré que matarte con mayor crueldad para compensarlo.

De repente, algo golpeó a Calder en las costillas. Era el pomo de su espada. Pálido como la Nieve se la estaba tendiendo con una expresión de disculpa dibujada en su semblante, con el cinturón enrollado alrededor de la vaina.

—Oh, claro. ¿Tienes algún consejo? —preguntó Calder, esperando que el viejo guerrero entornase los ojos e hiciera algunas observaciones prácticas acerca de que Dow tenía cierta tendencia a quedarse corto en la estocada y bajar demasiado los hombros o de que su parte más vulnerable era el estómago. Pero lo único que hizo fue hinchar los carrillos y resoplar.

—Es Dow el Negro —masculló.

—Ya —Calder se tragó la bilis—. Gracias.

Qué decepción. Desenvainó su espada, sostuvo la funda dubitativo durante un momento y, después, la devolvió. De todos modos no iba a volver a necesitarla. No había manera de escapar de aquello hablando. En ocasiones, uno ha de combatir. Respiró hondo y dio un paso hacia delante; al instante, su gastada bota estiria se hundió en el barro. Sólo era un pequeño paso sobre un anillo de guijarros, pero, aun así, era el más difícil que había dado en su vida.

Dow estiró la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, después desenvainó su hoja, tomándose su tiempo. El metal siseó suavemente.

—Ésta era la espada de Nueve el Sanguinario. Lo derroté, luchando cuerpo a cuerpo. Pero eso ya lo sabes. Porque estuviste allí.

Así que ¿crees que tienes alguna oportunidad contra mí? —viendo aquella larga hoja gris, Calder no creía tener demasiadas—. ¿Acaso no te lo había advertido? Te dije que, si intentabas jugármela, las cosas se pondrían feas —Dow recorrió con la mirada y el ceño fruncido las caras arremolinadas junto al círculo. Era cierto, había muy pocos rostros hermosos entre ellos—. Pero tenías que predicar la paz. Tenías que andar por ahí contando mentiras. Tenías que...

—¡Cierra la boca y empecemos de una vez! —gritó Calder—. ¡Vieja pelmaza!

Se alzó un murmullo y después algunas risas; por último, se oyó otro entrechocar de metales capaz de aflojar a cualquiera los intestinos. Dow se encogió de hombros y se adelantó hasta entrar en el círculo.

Los portadores de los escudos cerraron la formación, juntando unos con otros con un sonido metálico, y ambos quedaron encerrados en su interior. Un muro redondo de madera pintada con colores brillantes, con árboles, cabezas de dragón, ríos y águilas en pleno vuelo, formado por escudos golpeados y rayados tras los combates de los últimos días. Un anillo de rostros ansiosos, donde mostraron sus dientes, gruñeron y sonrieron, con los ojos brillantes por la expectación. Sólo Calder y Dow el Negro, y ninguna salida salvo la sangre.

Calder, probablemente, debería haber estado pensando en cómo podría aprovechar sus muy escasas probabilidades de salir de aquello con vida. En su gambito de apertura, en las estocadas que iba a dar o qué finta iba a utilizar, en cómo iba a colocar los pies y todo lo demás. Porque tenía una oportunidad de ganar, ¿o no? Cuando dos hombres pelean, ambos tienen posibilidades de ganar. Pero sólo podía pensar en el rostro de Seff y en lo hermoso que era. Deseó haber podido verla una última vez. Deseó haber podido decirle que la amaba y que no se preocupase, que lo olvidase y viviera su vida o algún otro comentario inútil. Su padre siempre le había dicho: «Averiguarás cómo es realmente un hombre cuando lo veas enfrentarse a la muerte». Parecía que, después de todo, él había resultado ser un capullo sentimental. Quizá todo el mundo lo fuese al final.

Calder alzó su espada y extendió la otra mano para equilibrarse, tal como le parecía recordar que le habían enseñado. Debía atacar. Eso es lo que habría dicho Scale. Si no estás atacando, ya estás perdiendo. Entonces se dio cuenta, demasiado tarde, de que le temblaba la mano.

Dow le miró de arriba abajo, sin molestarse siquiera en levantar la espada, y soltó una risilla desprovista de toda alegría.

—Supongo que no todos los duelos merecen una canción.

Entonces, saltó hacia delante y lanzó un golpe bajo con un movimiento de muñeca.

A Calder no debería haberle sorprendido ver cómo una espada se acercaba hacia él. Al fin y al cabo, en eso consistía un duelo. Pero, aun así, estaba lamentablemente muy poco preparado para aquello. Retrocedió torpemente y la espada de Dow cayó sobre la suya con una fuerza abrumadora y estuvo a punto de arrancársela de la mano. La hoja de Calder se desplazó hacia un lado y éste trastabilló, agitando el brazo libre en el aire en un vano intento por recuperar el equilibrio. La idea de atacar desapareció, barrida por la abrumadora necesidad de sobrevivir aunque sólo fuera un momento más.

Afortunadamente, el escudo de Ojo Blanco Hansul detuvo su caída, ahorrándole la indignidad de caer despatarrado en el barro, y lo impulsó hasta enderezarlo justo a tiempo para echarse a un lado ante un nuevo ataque de Dow, cuya espada barrió la de Calder con un estruendo metálico, retorciéndole la muñeca en el sentido contrario. Un alegre vítor recorrió a la multitud. Calder retrocedió aterrorizado, intentando abrir tanta distancia entre ambos como fuese posible, pero el círculo de escudos tenía un tamaño limitado. Para eso estaba ahí precisamente.

Dieron lentamente una vuelta completa, Dow caminó con elegancia, con la espada pendiendo relajadamente a su lado, mostrándose tan cómodo y seguro de sí mismo en ese duelo a muerte como lo podría haber estado Calder en su dormitorio. Calder andaba dando pasos inciertos y titubeantes, como los de un niño que aprende a caminar, con la boca abierta, respirando dificultosamente, mientras se estremecía y tropezaba ante el más mínimo ademán de Dow. El ruido era ensordecedor y el aliento se alzaba como una humareda de las bocas de los espectadores que rugían y murmuraban y ululaban su apoyo y su odio y su...

Calder parpadeó, cegado por un momento. Dow le había hecho desplazarse de tal manera que el sol del amanecer apareció por detrás del borde irregular de su estandarte para caer directamente sobre sus ojos. Vio un destello metálico y blandió su espada indefenso, entonces, notó un golpe en el hombro izquierdo que lo obligó a girarse de lado, mientras lanzaba un chillido ahogado a la espera de una tremenda agonía. Resbaló, se enderezó y le sorprendió ver que no se estaba desangrando. Dow sólo le había golpeado con la parte roma de su hoja. Estaba jugando con él. Dando un buen espectáculo.

Una risotada sacudió a la multitud, suficiente como para avivar las llamas de la rabia en el interior de Calder. Apretó los dientes y alzó su espada. Si uno no estaba atacando, ya estaba perdiendo. Se arrojó sobre Dow, pero el suelo estaba tan resbaladizo que apenas pudo tomar impulso. Dow se limitó a volverse de costado y atrapó la bamboleante espada de Calder con su hoja, de tal manera que sus empuñaduras acabaron chocando.

—Eres tan débil —susurró Dow, quien apartó a Calder de un empujón igual que un hombre podría espantar a una mosca, obligándole a patalear inútilmente sobre el barro.

Los hombres del lado de Dow se mostraron mucho menos caritativos que Hansul. Un escudo golpeó a Calder en la nuca y lo envió de bruces al suelo. Por un momento, no pudo ver, no pudo respirar y sintió un hormigueo por toda la piel. Después, intentó ponerse de pie, a pesar de que se sentía como si las extremidades le pesasen una tonelada. El círculo de barro daba vueltas a su alrededor y las voces burlonas le parecieron atronadoras e inconexas.

Ya no sostenía su espada. Estiró el brazo para recogerla. Un pie enfundado en una bota descendió con suma rapidez y le aplastó la mano contra el frío barro, salpicándole la cara. Calder jadeó, más de la sorpresa que del dolor. A continuación, volvió a jadear, esta vez decididamente de dolor, en cuanto Dow retorció el tacón, aplastando más aún los dedos de Calder.

—¿Príncipe del Norte? —la punta de la espadas de Dow pinchó el cuello de Calder, obligándolo a volver la cara hacia el despejado cielo y a arrastrarse indefenso a cuatro patas—. Eres una vergüenza, muchacho —Calder jadeó mientras le forzaba a echar la cabeza hacia atrás con la punta de su acero y le dejaba un corte doloroso en mitad de la barbilla.

Dow se alejó trotando y alzó los brazos, con la clara intención de prolongar el espectáculo. Tras él, medio círculo de caras burlonas, lascivas y feroces, asomaban tras los escudos, todas ellas gritando: «Dow... el Negro... Dow... el Negro...». Tenways coreaba alegremente ese cántico, y Dorado y Escalofríos se limitaban a fruncir el ceño mientras a sus espaldas las armas se alzaban al mismo compás.

Calder sacó su mano temblorosa del barro. Por lo que pudo ver, mientras las gotas de sangre de su barbilla caían sobre ella, no todas las articulaciones de sus dedos se encontraban donde debían.

—¡Levanta! —oyó decir a alguien de modo apremiante a sus espaldas. Tal vez fuera Pálido como la Nieve—. ¡Levanta!

—¿Para qué?—susurró hacia el suelo. Qué vergüenza sentía. Un viejo matón iba a matarlo para regocijo de esos imbéciles que aullaban y lo acorralaban. No podía decir que no se lo mereciera, pero eso no lo convertía en algo más apetecible ni tampoco menos doloroso. Sus ojos recorrieron el círculo, buscando desesperadamente una salida. Pero no había modo de escapar de aquella espesura de botas, puños, bocas torcidas y escudos. Ninguna salida salvo matar o morir.

Respiró hondo unas cuantas veces hasta que el mundo dejó de darle vueltas y, a continuación, sacó su espada de entre el barro con la mano izquierda mientras se ponía muy lentamente en pie. Probablemente, debería haber fingido que se hallaba

extremadamente débil, pero no sabía cómo podía parecer más débil de lo que ya se sentía. Agitó la cabeza para intentar librarse del aturdimiento. Tenía una oportunidad, ¿verdad? Debía atacar. Pero, por los muertos, ya estaba agotado. Por los muertos, cómo le dolía la mano rota y qué frialdad sentía en todo el brazo hasta el hombro.

Con una floritura, Dow lanzó su espada hacia arriba y la hoja giró en el aire, quedándose momentáneamente desprotegido en un alarde de arrogancia. Era el momento adecuado para que Calder atacara, para que se salvara y se ganara un lugar en las canciones. Tensó sus abotargadas piernas para saltar, pero, para entonces, Dow ya había cogido su espada al vuelo con la izquierda y volvía a estar preparado. Sin lugar a dudas, podía permitirse el lujo de alardear de su arrogancia. Se colocaron frente a frente mientras la multitud se iba quedando en silencio y la sangre goteaba de la barbilla de Calder para caerle serpenteando por el cuello.

—Según recuerdo, tu padre sufrió una muerte muy cruel —le espetó Dow—. Acabó con la cabeza destrozada en el círculo —Calder guardó silencio, pues estaba reservando su aliento para otro envite, mientras intentaba calcular la distancia que les separaba—. Apenas tenía ya cara cuando Nueve el Sanguinario acabó con él — sólo tenía que dar una buena zancada y lanzar un mandoble. Ahora, mientras Dow estaba distraído jactándose. Cuando dos hombres pelean, ambos tienen posibilidades de ganar. Dow sonrió—. Una muerte muy cruel. Pero no te preocupes...

Calder saltó. Los dientes le castañeteaban. Clavó la bota izquierda en el suelo, salpicando todo de barro a su alrededor, y trazó con su espada un potente arco ascendente hacia el cráneo de Dow. Se oyó un ruido similar al de una bofetada cuando Dow cogió con su mano derecha a Calder de la izquierda, aplastándole el puño alrededor de la empuñadura de su espada, mientras la hoja oscilaba inofensivamente hacia el cielo.

—... la tuya será peor —dijo Dow para terminar la frase.

Calder golpeó torpemente a Dow en el hombro con su mano rota, tratando inútilmente de agarrar la cadena de su padre. Sin embargo, todavía tenía entero el pulgar, cuya uña hundió en la marcada mejilla de Dow, gruñendo mientras intentaba clavársela en el agujero donde antaño había estado la oreja, y empujó con toda la decepción que había acumulado, con toda su desesperación y su ira, hasta hallar con la punta del dedo la cicatriz. Entonces, mostró los dientes mientras...

El pomo de la espada de Dow se hundió entre sus costillas con un ruido hueco y el dolor le recorrió por entero hasta llegar a las mismas raíces de su pelo. Probablemente, habría gritado si le hubiera quedado una pizca de aliento, pero lo había perdido en un único y violento resuello. Se tambaleó, encogido sobre sí mismo,

mientras sentía cómo la bilis le inundaba la boca y colgaba en un hilillo de su labio ensangrentado.

—Te creías que eras un tipo *muy listo* —Dow lo levantó de un tirón con la mano izquierda para poder susurrarle directamente a la cara—. ¿Acaso creías que podrías vencerme? ¿En el círculo? Ahora ya no pareces tan inteligente, ¿verdad? —el pomo volvió a golpear las costillas de Calder justo mientras tomaba temblorosamente aliento, dejándole nuevamente resollando y tan flácido como un pellejo de oveja mojado—. ¿Verdad? —preguntó Dow hacia la multitud, que se rio, carcajeó y escupió, agitando los escudos y exigiendo sangre—. Sostenme esto —dijo Dow lanzándole su espada a Escalofríos, el cual la cogió al vuelo por la empuñadura.

—Levanta, cabrón —la mano de Dow se cerró en torno a la garganta de Calder, rápida y letalmente como un cepo para osos—. Por una vez en tu vida, levántate.

Dow enderezó a Calder, que ya era incapaz de sostenerse por sí solo, que ya era incapaz de mover la mano ilesa o la espada que aún sostenía inútilmente en ella, que ya era incapaz siquiera de respirar. Que te aplasten la tráquea es una experiencia singularmente desagradable. Calder se revolvió inútilmente. Tenía un regusto a vómito en la boca. Tenía la cara ardiendo, sí, ardiendo. El momento de la muerte siempre toma a todos por sorpresa, incluso cuando deberían haberlo visto venir. Siempre piensan que son especiales y, de algún modo, esperan recibir un indulto. Pero no hay nadie especial. Dow apretó aún con más fuerza, haciendo crujir los huesos del cuello de Calder. Éste sintió como si los ojos le fueran a saltar de sus órbitas. Todo parecía adquirir una luminosidad peculiar.

—¿Crees que esto es el fin? —sonrió Dow mientras levantaba a Calder más aún y alzaba prácticamente sus pies del barro—. Sólo acabo de empezar, cabr...

De repente, se oyó un golpe seco y la negra sangre salió volando a chorros hacia el cielo. Calder cayó hacia atrás torpemente y jadeó en cuanto sintió que su garganta y la mano en la que llevaba la espada habían quedado libres. Estuvo a punto de resbalar cuando Dow cayó sobre él antes de hundirse de bruces en el barro.

La sangre manaba de su cráneo partido, salpicando las destrozadas botas de Calder.

El tiempo se detuvo.

Todo el mundo dejó de hablar súbitamente, y el círculo quedó sumido en un repentino y tenso silencio. Todos los ojos se encontraban clavados en la herida del cráneo de Dow el Negro de la que manaba abundante sangre. Escalofríos se cernía sobre él en mitad de aquel mar de caras. En su puño llevaba la que en su día había sido la espada de Nueve el Sanguinario, cuya hoja gris se hallaba empapada y salpicada con la sangre de Dow el Negro.

—No soy un perro —afirmó.

Los ojos de Calder volaron hacia Tenways, igual que los de éste volaron hacia Calder. Los dos abrieron la boca para decir algo, mientras hacían sus cálculos. Tenways era un hombre de Dow el Negro. Pero Dow el Negro estaba muerto y todo había cambiado. El ojo izquierdo de Tenways se contrajo, sólo por una fracción de segundo.

Si a uno se le presenta la oportunidad, no debe dudar. Calder se abalanzó hacia delante. Prácticamente, se dejó caer con la espada por delante justo cuando Tenways agarraba la empuñadura de la suya y abría los ojos como platos. Intentó alzar su escudo, pero se le enganchó con el del hombre que tenía al lado y la hoja de Calder le abrió su cara marcada por ese sarpullido hasta la nariz, empapando de sangre al hombre que tenía al lado.

Lo que viene a demostrar que un mal luchador puede derrotar fácilmente a un guerrero excelente incluso con la mano izquierda. Siempre y cuando sea él el que tenga la espada desenvainada.

Beck miró a su alrededor en cuanto notó que Escalofríos se movía. Vio cómo alzaba su hoja y observó, con la piel de gallina, cómo Dow se derrumbaba al suelo. Hizo ademán de desenvainar su espada, pero Wonderful lo agarró de la muñeca antes de que pudiera hacerlo.

—No.

Beck parpadeó al ver que Calder se abalanzaba sobre él blandiendo su hoja. Se oyó un chasquido hueco y la sangre saltó a su alrededor, dejando una mancha en el rostro del muchacho. Éste intentó que Wonderful lo soltara para poder sacar su espada, pero la mano de Scorry lo agarró del brazo con el que sostenía el escudo y lo arrastró hacia atrás.

—Lo correcto es algo distinto para cada hombre —le susurró al oído.

Calder permaneció en pie, balanceándose, con la boca completamente abierta y el corazón latiéndole de tal manera que parecía que estaba a punto de reventarle la cabeza mientras sus ojos saltaban de rostro en rostro. Miró a los Caris salpicados con la sangre de Tenways. Miró a Dorado y a Cabeza de Hierro y a sus Grandes Guerreros. Miró a los propios guardias de Dow. Vio a Escalofríos en mitad de todos ellos, con la espada con la que había partido la cabeza de Dow todavía en la mano. En cualquier momento, el círculo estallaría en una orgía de violencia y nadie podría predecir quién saldría de allí con vida. Lo único seguro era que él no lo haría.

—¡Vamos! —exclamó con voz ronca, mientras daba un tambaleante paso hacia los hombres de Tenways. Con la única intención de acabar con eso de una vez por todas.

Pero éstos retrocedieron como si Calder fuese el mismísimo Skarling. No podía comprender por qué. Hasta que notó cómo una sombra se cernía sobre él. Acto seguido, sintió un enorme peso sobre su hombro. Tan pesado que estuvo a punto de lograr que le cedieran las rodillas.

Era la gigantesca mano del Extraño que Llama.

—El duelo ha terminado de un modo correcto —afirmó el gigante—, y también de manera justa, pues todo cuanto sirva para ganar es justo en la guerra, y la mayor victoria es aquella que necesita de menos golpes. Bethod fue el Rey de los Hombres del Norte. Por tanto, su hijo también debería serlo. Yo, el Extraño que Llama, Jefe de un Centenar de Tribus, apoyo a Calder el Negro.

Quizá el gigante pensara que quienquiera que estuviese al cargo debía tener el apelativo de «el Negro», o tal vez pensara que Calder se lo había ganado al vencer en ese combate o a lo mejor simplemente pensara que era el apodo más apropiado. ¿Quién podría saberlo? El caso es que resultaba pegadizo.

—Y yo —Reachey dio una palmadita a Calder en el otro hombro, con una amplia sonrisa dibujada en su cara en medio de su barba canosa— apoyo a mi hijo. A Calder el Negro.

Su suegro se había convertido ahora en su orgulloso padre y le brindaba todo su apoyo. Pues Dow había muerto y todo había cambiado.

—Y yo —Pálido como la Nieve dio un paso al frente desde el otro lado y, de repente, todas aquellas palabras que Calder había creído que habían caído en saco roto, todas aquellas semillas que había juzgado muertas y olvidadas, florecieron de manera sorprendente.

—Y yo —Cabeza de Hierro fue el siguiente en hablar y saludó a Calder asintiendo levemente mientras daba un paso al frente y dejaba atrás a sus hombres.

—Y yo —dijo Dorado, desesperado por impedir que su rival le cobrase ventaja—. ¡Yo también apoyo a Calder el Negro!

—¡Calder el Negro! —gritaban todos los hombres a su alrededor, impelidos por sus jefes—. ¡Calder el Negro! —todos competían entre ellos para ver quién gritaba más fuerte, como si la lealtad a aquella nueva y repentina manera de hacer las cosas pudiese ser demostrada mediante el volumen de sus voces—. ¡Calder el Negro! —como si aquello hubiese sido lo que todos deseaban desde un primer momento. Como si fuera lo que tanto habían estado esperando.

Escalofríos se acuclilló y pasó la enredada cadena por encima de la destrozada cabeza de Dow. A continuación se la ofreció a Calder, mientras pendía de uno de sus dedos. El diamante que su padre en su día había llevado pendía suavemente de él, convertido casi en un rubí por mor de la sangre.

—Me parece que has ganado —afirmó Escalofríos.

A pesar del enorme dolor que sentía, Calder encontró fuerzas para sonreír burlonamente.

—¿A que sí?

Los supervivientes de la docena de Craw se alejaron sigilosamente sin que nadie se percatara de ella, ya que gran parte de la multitud estaba centrada en intentar ver lo que estaba sucediendo ahí delante.

Wonderful seguía llevando agarrado a Beck del brazo y Scorry lo sujetaba por el hombro. Lo alejaron del círculo, hasta llevárselo lejos de un grupo de hombres de ojos enloquecidos que se afanaban en desmontar el estandarte de Dow y desgarrarlo entre todos. Yon y Flood los seguían de cerca. No eran los únicos que habían aprovechado las circunstancias para esfumarse. Mientras los Jefes Guerreros de Dow el Negro saltaban sobre su cadáver para besarle el culo a Calder el Negro, otros hombres se daban a la fuga. Hombres que podían percibir hacia dónde soplaba el viento y que pensaban que, si se quedaban, podría soplar con tanta fuerza que los llevara directamente de vuelta al barro. Esos hombres, que habían mantenido una relación muy estrecha con Dow o habían sido enemigos de Bethod, no tenían intención alguna de poner a prueba la piedad de su hijo.

Se detuvieron bajo la larga sombra de una de las piedras y Wonderful dejó su escudo apoyado contra ella para escudriñar cuidadosamente los alrededores. Sin embargo, todo el mundo parecía tener otras preocupaciones en mente y nadie les estaba prestando atención.

Metió la mano en su abrigo, extrajo algo y se lo puso a Yon en la mano dándole una palmada.

—Aquí tienes lo tuyo —Yon incluso mostró algo parecido a una sonrisa mientras cerraba su gran puño alrededor de esa cosa, en cuyo interior tintineaba algo metálico. Wonderful dejó otra de esas cosas en la mano de Scorry y una tercera se la dio a Flood. Después, le ofreció una a Beck. Era una bolsa. Y bastante llena, además, a juzgar por lo hinchada que estaba. Se la quedó mirando hasta que Wonderful se la plantó debajo de las narices.

—Te corresponde la mitad.

—No —dijo Beck.

—Eres nuevo, muchacho. La mitad es más que justo.

—No la quiero.

Ahora, todos lo miraban con el ceño fruncido.

—No la quiere —murmuró Scorry.

—Deberíamos haber hecho... —Beck no estaba seguro en absoluto de lo que deberían haber hecho—. Lo correcto —concluyó, tímidamente.

—¿Lo qué? —le espetó Yon con una mueca burlona en su semblante—. ¡Esperaba haber oído esa mierda por última vez! ¡Cuando hayas pasado veinte años ejerciendo este maldito oficio sin haber obtenido a cambio nada más que cicatrices, podrás sermonearme acerca de qué es lo correcto!

Dio un paso hacia Beck, pero Wonderful extendió un brazo y lo detuvo.

—Además, ¿cómo es posible que lo «correcto» nos lleve a sufrir aún más bajas? —hablaba con un tono de voz suave, sin el más leve atisbo de ira—. ¿Y bien? ¿Sabes cuántos amigos he perdido en estos últimos días? ¿Qué tiene eso de correcto? Dow estaba acabado. De una manera o de otra, Dow estaba acabado. ¿Crees que deberíamos haber luchado por él? ¿Por qué? Si para mí no era nadie importante. No era mejor que Calder o que cualquier otro. ¿Estás insinuando que deberíamos haber muerto por él, Beck el Rojo?

Beck se quedó momentáneamente con la boca abierta hasta que respondió:

—No lo sé. Pero no quiero el dinero. Además, ¿de quién es?

—Nuestro —contestó Wonderful mirándole directamente a los ojos.

—No me parece bien.

—Eres un hombre de honor, ¿eh? —dijo ella, mientras asentía lentamente y la fatiga se asomaba a sus ojos—. Bien. Entonces, te deseo buena suerte. La vas a necesitar.

Flood tenía aspecto de sentirse ligeramente culpable, pero no pensaba devolver nada. Scorry sonrió mientras dejaba caer su escudo sobre la hierba y se sentaba cruzando las piernas sobre él, tarareando una tonada acerca de nobles hazañas. Yon fruncía el ceño y revisaba los contenidos de su bolsa, mientras calculaba cuánto le había correspondido.

—¿Qué habría dicho Craw de todo esto? —musitó Beck.

Wonderful se encogió de hombros.

—¿A quién le importa eso ya? Craw ya no está. Tenemos que tomar nuestras propias decisiones.

—Sí —replicó Beck, posando su mirada de rostro en rostro—. Sí.

Acto seguido, se alejó de allí caminando.

—¿Adónde vas? —gritó Flood tras él.

Pero no respondió.

Pasó junto a uno de los Héroes, rozó con el hombro esa antigua roca y siguió adelante. Saltó sobre el muro de piedra y emprendió el descenso de la colina en dirección norte, se sacudió el escudo del brazo y lo dejó abandonado entre las altas hierbas. Luego, se encontró con un grupo de hombres que hablaban muy rápidamente. Discutiendo. Uno sacó un cuchillo y otro retrocedió levantando las manos. La noticia se estaba extendiendo y con ella también el pánico. £1 pánico y la ira, el temor y la alegría.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó alguien agarrándolo de la capa—. ¿Ha ganado Dow?

Beck se lo quitó de encima.

—No lo sé.

Siguió caminando a grandes zancadas y casi echó a correr colina abajo. Sólo sabía una cosa. Aquella vida no era para él. Puede que las canciones estuvieran llenas de héroes, pero los únicos que había allí eran de piedra.

Las corrientes de la historia

Finree había acudido al lugar donde yacían los heridos, para hacer lo que se supone que deben hacer las mujeres cuando termina la batalla. Aliviar las gargantas sedientas con agua que ellas arrimaban a esos labios desesperados. Para tapar heridas con vendas arrancadas de los dobladillos de sus vestidos. Para calmar a los moribundos con dulces canciones que les recordaban a sus madres.

Pero en vez de hacer eso, permaneció en pie observando. Horrorizada por ese constante coro de llantos, gimoteos y lamentos desesperados. Por las moscas, la mierda y las sábanas empapadas en sangre. Por la tranquilidad de las enfermeras, que flotaban entre esos desechos humanos tan serenas como unos fantasmas blancos. Horrorizada más que nada por el número de heridos, que se encontraban tumbados en filas sobre camastros o sábanas, o directamente tirados en el suelo. Ahí había compañías enteras. Batallones enteros.

—Hay más de una docena —le comentó un joven cirujano.

—Hay centenares —replicó ella con voz ronca, a la vez que hacía un gran esfuerzo para no taparse la boca ante el hedor.

—No. Quiero decir que hay más de una docena de tiendas como ésta. ¿Sabe cómo cambiar un vendaje?

Si de verdad existían las llamadas heridas románticas, allí no había sitio para ellas. Cada venda que retiraba era un grotesco striptease que revelaba una pesadilla supurante por debajo. Un culo abierto por un hacha, una mandíbula destrozada a la que le faltaban media lengua y la mayor parte de los dientes, una mano limpiamente cortada a la que sólo le quedaban el pulgar y el índice, un vientre perforado del que chorreaba la orina. Uno de esos hombres había recibido un corte en la nuca y no podía moverse, sólo era capaz de permanecer tumbado de lado, resollando levemente. Sus ojos la siguieron al verla pasar y su expresión le provocó un escalofrío. Ahí había cuerpos despellejados, quemados y desgarrados en ángulos extraños, que mostraban sus secretas entrañas al mundo a modo de espantosa violación. Unas heridas que arruinarían el resto de sus vidas a sus víctimas. Que arruinarían las vidas de aquellos que los amaban.

Finree intentó mantener la vista clavada en lo que hacía, mientras se mordía la lengua y se esforzaba por controlar sus temblorosos dedos mientras ataba nudos y ponía imperdibles. Mientras procuraba no escuchar esos susurros con los que le pedían auxilio que no sabía cómo atender. Que nadie podía atender. Los nuevos vendajes se manchaban de rojo antes incluso de que hubiera terminado de ponerlos, empapándose cada vez más hasta que el punto que tenía que obligarse a contener las lágrimas y a reprimir las ganas de vomitar para poder pasar al siguiente herido, al cual le faltaba el brazo izquierdo por encima del codo; además, tenía la parte izquierda del rostro cubierta de vendas y...

—Finree.

Alzó la mirada y se dio cuenta, sintiendo un horripilante escalofrío, de que se trataba del coronel Brint. Se miraron mutuamente durante lo que se les antojó una eternidad, en medio de un espantoso silencio, en aquel espantoso lugar.

—No sabía que... —había tantas cosas que no sabía que apenas supo cómo continuar.

—Ayer —dijo él, sencillamente.

—¿Está...? —poco le faltó para preguntarle si estaba bien, pero consiguió morderse la lengua a tiempo. La respuesta era espantosamente evidente—. ¿Necesita...?

—¿Has sabido algo de Aliz? —la mera mención de su nombre bastó para que se le revolvieran las tripas a Finree aún más mientras negaba con la cabeza—. Estabas con ella cuando os capturaron. ¿Adónde os llevaron?

—No lo sé. Me colocaron una capucha. Después, nos separaron y a mí me enviaron de vuelta —oh, cómo se alegraba de que hubiese sido Liz quien había quedado abandonada a su suerte en la oscuridad en vez de ella—. No sé dónde estará ahora —aunque podía imaginarlo. Quizá Brint también podía. Quizá ahora se pasaba todo el tiempo imaginando qué podía haberle pasado.

—¿Dijo algo?

—Fue... muy valiente —Finree consiguió esbozar en su cara algo parecido a una sonrisa de un modo forzado. Eso era lo que se suponía que debía hacer, ¿verdad? Mentir, ¿no?—. Dijo que te amaba —le puso una mano sobre el brazo con el fin de consolarlo. Sobre el que todavía tenía entero—. Dijo que... no te preocuparas.

—Que no me preocupara —musitó él, mirándola con un ojo inyectado en sangre. Finree era incapaz de saber si se sentía consolado, escandalizado o simplemente no se había creído ni una sola de sus palabras—. Si al menos pudiera saber qué le ha pasado.

Finree no creía que saber lo ocurrido fuera a servirle de gran ayuda. A ella desde luego no la estaba ayudando.

—Lo siento muchísimo —susurró, incapaz de seguir mirándole a la cara—. Lo intenté... Hice todo cuanto pude, pero... —al menos eso último sí era cierto. ¿No? Entonces, le dio un último apretón a Brint en el brazo—. Tengo que... ir a por más vendas.

—¿Volverás?

—Sí —contestó Finree, poniéndose en pie, no del todo segura de si aún seguía mintiendo—, por supuesto que sí —en ese instante, estuvo a punto de tropezar consigo misma en su premura por querer escapar de aquella pesadilla, mientras les agradecía una y otra y otra vez a los Hados que hubieran escogido salvarla a ella.

Harta de tanto sentirse culpable, Finree optó por ascender el sendero que llevaba hacia el cuartel general de su padre. Pasó junto a un par de cabos que bailaban una ebria jiga al compás de un violín chillón. Junto a una hilera de mujeres que lavaban camisas en un arroyo. Junto a una fila de soldados que hacían cola impacientemente para recibir el oro del rey de manos de un pagador, cuyos dedos cargados de relucientes monedas pudo vislumbrar entre la multitud ahí congregada. Un pequeño y parlanchín grupo de vendedores, estafadores y proxenetas se había reunido junto al extremo más alejado de la cola, como una bandada de gaviotas que se cernían sobre un montón de migas, sabedores, sin lugar a dudas, de que la paz pronto acabaría con su negocio al darle a la gente honesta una oportunidad de prosperar.

A escasa distancia del granero se cruzó con el general Mitterick, que iba acompañado por unos cuantos oficiales de su plana mayor y la saludó asintiendo solemnemente. Finree sintió de inmediato que algo iba mal. Normalmente, hacía gala de su intolerable jactancia de una manera tan natural como que debe amanecer todos los días, pero, en esta ocasión, no fue así. Entonces, vio salir a Bayaz y la sensación de inquietud empeoró. El Mago se echó a un lado para dejarla pasar con todo el engreimiento que le había faltado a Mitterick.

—Fin —su padre, que se encontraba solo en la penumbra, le ofreció una sonrisa desconcertada —. Bueno, ya está.

Acto seguido, se sentó en una silla, suspiró, se estremeció y se desabotonó el botón superior de la chaqueta. En veinte años, Finree jamás le había visto hacer eso durante el día.

Volvió a salir al exterior a grandes zancadas. Bayaz no había avanzado más de un par de docenas de pasos y hablaba en voz baja con su esbirro de pelo rizado.

—¡Bayaz! ¡Quiero hablar con usted!

—Bueno, da la casualidad de que yo también quiero hablar con usted. Qué feliz coincidencia —el Mago se volvió hacia su sirviente—. Llévale el dinero, pues, tal como acordamos y... envía a los fontaneros —el sirviente hizo una reverencia y se retiró respetuosamente—. Y, ahora, ¿qué puedo hacer por...?

—No puede relevarle.

—¿Se puede saber de quién estamos hablando?

—¡De mi padre! —le espetó Finree—. ¡Como usted bien sabe!

—No he sido yo quien le ha relevado —daba la impresión de que a Bayaz le hacía gracia esa situación—. Su padre ha tenido el buen gesto y el buen tino de dimitir.

—¡Es el mejor para ocupar ese puesto! —tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para no agarrar al Mago de su calvo cráneo y morderlo—. ¡Es el único que ha hecho algo para acabar con esta inútil matanza! ¡Ese necio engreído de Mitterick provocó la muerte de la mitad de su división ayer! El rey necesita hombres que...

—El rey necesita hombres que lo obedezcan.

—¡No tiene usted la autoridad necesaria para hablar así! —exclamó Finree, a quien se le estaba quebrando la voz—. ¡Mi padre es un Lord Mariscal y ocupa un sillón del Consejo Cerrado, sólo el rey en persona puede cesarle!

—¡Oh, qué lástima! ¡Me veo contrariado por las mismas reglas de gobierno que yo personalmente redacté! —Bayaz hizo un mohín con el labio inferior mientras metía la mano en su bolsillo y extraía un pergamino sellado con un grueso lacre rojo—. Entonces, supongo que esto tampoco tendrá ninguna validez —dijo desenrollándolo con un ligero crujido.

Finree se percató que se había quedado repentinamente sin aliento mientras el Mago se aclaraba la garganta.

—Por real decreto, se restituye a Harod Dan Brock en el asiento que ocupaba su padre en el Consejo Abierto. Parte de sus fincas familiares situadas en Keln le serán devueltas, junto a ciertas tierras cercanas a Ostenhorm desde las que, es de esperar, su esposo desempeñará sus nuevas responsabilidades como gobernador de Angland —Bayaz le dio la vuelta al papel y se lo acercó. Los ojos de Finree saltaron sobre los párrafos exquisitamente caligrafiados igual que los de un mendigo sobre un joyero—. ¿Cómo no se iba a ver conmovido el rey por semejante lealtad, semejante valentía, semejante sacrificio como el demostrado por el joven *Lord* Brock? —Bayaz se acercó más aún—. ¡Eso por no mencionar el coraje y la tenacidad de su esposa, la cual, tras haber sido capturada por los hombres del Norte, se enfrentó nada menos que a Dow el Negro exigiendo la liberación de sesenta prisioneros! Cielos, Su Augusta Majestad tendría que haber sido de *piedra* para no sentirse conmovido. Y no lo es, en caso de

que se lo esté preguntando. Todo lo contrario, de hecho. Lloró cuando leyó el despacho en que se describía el heroico asalto al puente llevado a cabo por su esposo. *Lloró.* Después, ordenó la redacción de este decreto y lo firmó en menos de una hora —el Mago se pegó de tal manera a Finree que ésta casi pudo sentir su aliento sobre el rostro—. Me atrevería a decir... que si alguien fuese a inspeccionar atentamente este documento... podría ver las marcas de las sinceras lágrimas de su Majestad... en la misma vitela.

Por primera vez desde que Bayaz lo había extraído, Finree fue capaz de apartar los ojos del pergamino. Estaba lo suficientemente cerca como para ver todos y cada uno de los canosos pelos de la barba de Bayaz, cada lunar de su calva, cada profunda y marcada arruga en su piel.

—Habría hecho falta una semana para que el despacho llegase hasta él y otra para que el edicto nos alcanzase. Sólo ha pasado un día desde...

—Llámelo magia. Puede que el cuerpo de Su Majestad esté a una semana de distancia, en Adua, pero ¿su mano derecha? —entonces, Bayaz alzó la suya—. Su mano derecha está un poco más cerca. Pero eso no importa ahora —dio un paso atrás, suspiró y se dispuso a enrollar el pergamino—, ya que, como dice usted, carezco de la autoridad necesaria, lo mejor será quemar este inútil documento, ¿verdad?

—¡No! —Finree tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzarse sobre él y arrancárselo de la mano—. No.

—Entonces, ¿ya no tiene objeciones al relevo de su padre?

Finree se mordió el labio un momento. La guerra es un auténtico infierno y todo eso, pero también presenta grandes oportunidades.

—Ha sido él quien ha dimitido.

—¿Ah, sí? —Bayaz mostró una amplia sonrisa, pero sus ojos verdes siguieron resplandeciendo con dureza—. Vuelve usted a impresionarme. Mi más sincera enhorabuena por el meteórico ascenso al poder de su esposo. Y también por el suyo, por supuesto... gobernadora.

Le tendió el pergamino agarrándolo por un extremo. Finree lo cogió por el otro. Bayaz no lo soltó.

—Pero recuerde esto. Aunque el pueblo adora a los héroes, uno siempre puede encontrar otros nuevos. Lo que hago con el dedo de una mano —afirmó, mientras colocaba el índice bajo la barbilla de Finree y la obligaba a alzar la cara, enviando así un calambrazo de dolor por su agarrotado cuello— puedo deshacerlo con otro.

Finree tragó saliva.

—Lo entiendo.

—Entonces, ¡le deseo que pase un buen día! —acto seguido, Bayaz soltó el pergamino, mientras esbozaba una amplia sonrisa—. Por favor, transmítale la feliz noticia a su marido, si bien debo pedirles que por el momento la mantengan entre ustedes. Puede que otras personas no aprecien el modo en el que funciona la magia de la misma manera que usted. Yo, mientras tanto, le transmitiré a Su Majestad la buena nueva de que su esposo ha aceptado la oferta que acaba de hacerle y también le daré la noticia de que ha hecho esa oferta. ¿Le parece?

Finree se aclaró la garganta.

—Por supuesto.

—Mis colegas del Consejo Cerrado estarán encantados de que se haya solucionado este asunto con tanta celeridad. Deberán hacer una visita a Adua en cuanto su esposo se haya recuperado, para cumplir con las formalidades de su nombramiento. Se celebrará un desfile o algo similar. Disfrutarán de varias horas de pompa y boato en la Rotonda de los Lores. Desayunarán con la reina —Bayaz alzó una ceja mientras se volvía para marcharse—. Le aconsejo que se procure mejores ropas. Algo con un aire más heroico.

La habitación estaba limpia y bien iluminada. La luz del sol entraba a través de la ventana, cayendo directamente sobre la cama. No había sollozos. Ni sangre. Ni miembros amputados. Ni sentía esa espantosa sensación de no saber qué iba a pasar. Qué suerte. Uno de sus brazos reposaba bajo las sábanas. El otro yacía pálido y al descubierto, con los nudillos pelados, al mismo tiempo que ascendía y descendía suavemente al compás de su respiración.

—Hal —su marido gruñó y parpadeó hasta abrir los ojos—. Hal, soy yo.

—Fin —levantó la mano y le acarició la mejilla con la punta de los dedos—. Has venido.

—Claro que sí —dijo, estrechándole la mano con la suya—. ¿Cómo estás?

Hal se revolvió esbozando una mueca de dolor y, a continuación, le brindó una débil sonrisa.

—Un poco agarrotado, a decir verdad. Pero me siento afortunado. Condenadamente afortunado de tenerte. He oído que me sacaste de entre los escombros. ¿No debería haber sido yo el que acudiera raudo y veloz a tu rescate?

—Si te consuela, fue Bremer dan Gorst quien te encontró y te trajo de vuelta. Sinceramente, yo sólo me limité a correr de un lado a otro llorando.

—Siempre has llorado con facilidad, ésa es una de las cosas que adoro de ti —entonces, se le comenzaron a cerrarse los ojos—. Supongo que puedo vivir con el hecho de que sea Gorst... quien me haya salvado...

Finree le apretó la mano con más fuerza.

—Hal, escúchame, ha sucedido algo. Algo maravilloso.

—Lo sé —sus párpados se movieron perezosamente—. Hemos firmado la paz.

Finree se encogió de hombros.

—No. Bueno, sí, eso también, pero... —se inclinó sobre él y envolvió con su otra mano la de él—. Hal, escúchame. Vas a recuperar el asiento de tu padre en el Consejo Abierto.

—¿Qué?

—Y parte de sus tierras también. Quieren que nosotros... Que tú... El rey quiere que sustituyas a Meed.

Hal parpadeó.

—¿Como general de su división?

—Como gobernador de Angland.

Por un momento, Hal pareció hallarse, simplemente, conmocionado. Después, mientras estudiaba la cara de su esposa, pareció preocupado.

—¿Por qué yo?

—Porque eres un buen hombre —y una buena solución de compromiso—. Un héroe, al parecer. Tus hazañas han llegado a oídos del rey.

—¿Un héroe? —resopló—. ¿Cómo lo has hecho?

Acto seguido, intentó incorporarse apoyándose sobre los hombros, pero ella le puso una mano en el pecho y lo contuvo con suma gentileza.

Aquélla era su oportunidad de contarle la verdad. Esa idea cruzó fugazmente su mente.

—Lo has hecho tú. Después de todo, tenías razón. Sobre el trabajo duro, la lealtad y todo lo demás. Sobre que hay que dirigir la batalla desde el frente. Así es como uno consigue ascender legítimamente.

—Pero...

—Chttt —le interrumpió Finree, quien le besó en una comisura de los labios y después en la otra y, finalmente, en el centro de su boca. Le olía mal el aliento, pero no le importó. No iba a dejar que eso echara a perder el momento—. Podremos hablar sobre eso más tarde. Ahora descansa.

—Te amo —susurró Hal.

—Y yo a ti —replicó ella, acariciándole cariñosamente la cara mientras volvía a quedarse dormido. Era cierto. Era un buen hombre. Uno de los mejores. Honesto, valiente y leal hasta la insensatez. Eran una pareja muy bien compensada. El era optimista y ella, pesimista; él era soñador y ella, cínica. ¿Y qué es el amor, de todos modos, sino encontrar a alguien que encaje contigo? ¿A alguien que compense tus carencias?

Alguien con quien puedes colaborar. Alguien al que puedes moldear.

Los términos de la paz

—Llegan tarde —gruñó Mitterick.

La mesa tenía seis sillas alrededor. El nuevo Lord Mariscal de Su Majestad ocupaba una de ellas, embutido en un uniforme envuelto en cordeles y demasiado apretado en torno al cuello. Bayaz ocupaba otra y estaba tamborileando con sus gruesos dedos sobre la mesa. El Sabueso aguardaba encorvado sobre la tercera, mientras miraba malhumorado hacia los Héroes y sufría un ligero tic nervioso de vez en cuando en un lado de la cara.

Gorst permanecía de pie a un paso por detrás de la silla de Mitterick, con los brazos cruzados. Junto a él estaba el sirviente de Bayaz, quien sostenía un mapa del Norte enrollado. Tras ellos, en el interior del anillo de piedras pero fuera del alcance de sus oídos, un puñado de los oficiales de alta graduación que habían sobrevivido a la batalla de los últimos días aguardaban rígidamente. *Muchos menos de los que llegaron. Meed, Wetterlanty Winklery tantos otros ya no están aquí con nosotros. Tampoco Jalenhorm.* Gorst frunció el ceño en dirección a los Héroes. Según parece, coger confianza conmigo supone prácticamente una sentencia de muerte. El Decimosegundo Regimiento de Su Majestad también se encontraba allí, dispuesto en formación justo al lado de los Niños, en la ladera sur, conformando un bosque de alabardas que centelleaban bajo el frío sol. *Un pequeño recordatorio de que, si bien hoy buscamos la paz, estamos más que preparados para la guerra.*

A pesar de los golpes que había sufrido en la cabeza, del ardor que sentía en la mejilla, de la veintena de cortes y arañazos que tenía y de los incontables cardenales, Gorst también estaba más que preparado para la guerra. De hecho, la deseaba con creces. *Después de todo, ¿qué ocupación voy a desempeñar en tiempos de paz? ¿Acaso voy a enseñarles esgrima a unos jóvenes oficiales desdeñosos? ¿0 voy a merodear por la corte como un perro tullido a la espera de que me echen unas sobras? ¿0 me van a enviar como observador real a las cloacas de Keln? ¿0 voy a dejar de entrenarme, para engordar y convertirme en un borracho que da vergüenza ajena y que intercambia viejas anécdotas que ni siquiera son demasiado gloriosas? ¿Sabíais que Bremer dan Gorst fue en otro tiempo el Primer Guardia del rey? ¡Invitemos al muy payaso a una copa! ¡Invitémosle para poder ver cómo se mea encima!*

Gorst notó que el entrecejo se le arrugaba aún más. *¿0... quizá debería aceptar la oferta de Dow el Negro? ¿Acaso debería ir a ese lugar donde cantan canciones sobre hombres como yo en vez de burlarse de su desgracia? ¿Allá donde nunca termina de llegar la paz? Sí, ahí sería Bremer dan Gorst, el héroe, el campeón, el hombre más temido del Norte...*

—Por fin —rezongó Bayaz, acabando así bruscamente con la fantasía de Gorst.

Entonces, oyeron el inconfundible ruido que provoca un ejército al desplazarse y, acto seguido, un abundante número de hombres del Norte iniciaron el largo descenso desde los Héroes, mientras el sol se reflejaba en los rebordes metálicos de sus escudos pintados. *Parece que el enemigo también está preparado para la guerra.* Gorst aflojó suavemente su espada larga de recambio en el interior de su vaina, atento por si detectaba el menor indicio de que pretendían tenderles una emboscada. Deseándolo, incluso. Bastaría con que un solo norteño se acercara más de lo debido para que desenvainara. *Entonces, la paz sería simplemente otra cosa más de las muchas que no he conseguido en la vida.*

Pero, para su decepción, la gran mayoría se detuvo en la suave inclinación que se extendía justo frente a los Niños, colocándose así no más cerca del centro que los soldados del Doceavo Regimiento. Unos cuantos penetraron en el círculo de piedras, para compensar así la cantidad de oficiales de la Unión que se hallaban ahí. Entre ellos, destacaba de manera evidente un hombre verdaderamente enorme, cuya melena negra se agitaba con la brisa. También destacaba el tipo de la armadura dorada cuyo rostro había golpeado Gorst de manera tan entusiasta durante el primer día de la batalla. Apretó el puño al recordarlo, pues deseaba fervientemente tener la oportunidad de volver a hacerlo.

Cuatro hombres se aproximaron a la mesa, pero no había ni rastro de Dow el Negro. El más prominente de ellos iba ataviado con una elegante capa y poseía un rostro muy atractivo y una sonrisa ligeramente burlona. A pesar de que llevaba una mano vendada y de que tenía una cicatriz reciente en mitad de la barbilla, Gorst nunca había visto a nadie ostentar el mando con mayor despreocupación y seguridad. *Ya lo odio.*

—¿Quién es ése? —murmuró Mitterick.

—Calder —el entrecejo del Sabueso parecía más fruncido que nunca—. El hijo menor de Bethod. Es una mala víbora.

—Más bien, un gusano —replicó Bayaz—, pero sí, es Calder.

Dos viejos guerreros lo flanqueaban, uno de ellos tenía la piel blanca y el pelo blanco y se cubría los hombros con una pelliza blanca, el otro era muy fornido, con el rostro castigado por el tiempo. Un cuarto individuo los seguía con un hacha colgada del cinto. Tenía una de las mejillas terriblemente desfigurada y su ojo brillaba como si fuese de metal. Pero no fue eso lo que hizo que Gorst parpadease nervioso, sino la

inquietante sensación de que ya lo conocía. *¿Lo vi ayer en la batalla? ¿0 el día anterior? ¿0 fue en algún otro sitio con anterioridad?*

—Usted debe de ser el Mariscal Kroy —dijo Calder, utilizando la lengua común con apenas un leve acento norteño.

—No, soy el Mariscal Mitterick.

—¡Ah! —la sonrisa de Calder se ensanchó—. ¡Encantado de conocerle al fin! Y pensar que ayer estábamos el uno frente al otro, separados únicamente por la cebada, en el lado derecho del campo de batalla —entonces, señaló con su mano vendada hacia el oeste—. Bueno, para usted era el izquierdo, claro. En realidad, yo no soy soldado. Aunque he de reconocer que su carga fue realmente... magnífica.

Mitterick tragó saliva y su rosada papada se hinchó por encima del rígido cuello de su uniforme.

—De hecho, ¿sabe usted? Creo que... —Calder buscó algo en uno de sus bolsillos interiores y esbozó una sonrisa radiante al extraer un pedazo de papel sucio y arrugado— ¡Tengo algo suyo!

Al instante, lo lanzó sobre la mesa. Cuando Mitterick lo desplegó, Gorst vio por encima de su hombro que contenía algún tipo de mensaje. Una orden, quizás. Acto seguido, Mitterick volvió a arrugar el papel, con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos.

—¡Y el Primero de los Magos! La última vez que hablamos fue para mí toda una cura de humildad. Pero no se preocupe, he sufrido muchas otras desde entonces. No encontrará hombre más humilde en ninguna parte —sin embargo, la sonrisa de Calder desmentía totalmente sus palabras mientras señalaba al rudo anciano que lo seguía—. Este es Caul Reachey, el padre de mi esposa. Y éste es Pálido como la Nieve, mi segundo al mando. Sin olvidarnos de mi respetado campeón...

—Caul Escalofríos —el Sabueso saludó al hombre del ojo metálico asintiendo de manera solemne—. Hacía mucho.

—Sí —se limitó a susurrar su interlocutor.

—¡Al Sabueso ya lo conocemos todos, por supuesto! —exclamó Calder—. ¡Sí, el amigo del alma de Nueve el Sanguinario, al que siempre acompaña en todas las canciones! ¿Va todo bien?

El Sabueso ignoró la pregunta, encorvó los hombros con desdén e inquirió:

—¿Dónde está Dow?

—¡Ah! —Calder esbozó una mueca de dolor, posiblemente falsa. *Todo en él parece tan falso*—. Siento decir que no podrá venir. Dow el Negro ha... vuelto al barro.

Se produjo un silencio que Calder dejó claro que estaba disfrutando en grado sumo.

—¿Ha muerto? —el Sabueso volvió a enderezarse contra el respaldo de la silla. *Como si le acabaran de informar de la pérdida de un amigo muy querido en vez de la de un enemigo acérrimo.* Aunque, ciertamente, hay veces que ambas cosas son difíciles de diferenciar.

—El Protector del Norte y yo tuvimos... un desacuerdo. Y lo solucionamos de la manera tradicional. Mediante un duelo.

—¿Y has ganado tú? —preguntó el Sabueso.

Calder alzó las cejas y se acarició cuidadosamente los puntos de la barbilla con la punta de un dedo, como si él tampoco pudiera acabar de creérselo.

—Bueno, sigo con vida y Dow está muerto, así que... sí. Ha sido una mañana extraña. Les ha dado por llamarme Calder el Negro.

—No me jodas.

—No te preocupes, sólo es un apodo. Soy un abanderado de la paz —añadió, si bien Gorst imaginó que los Caris alineados en la amplia ladera tenían otras intenciones en mente—. Esta batalla era cosa de Dow y, para el resto, sólo era un modo de malgastar el tiempo, el dinero y las vidas de todos los implicados, al menos en lo que a mí respecta. En mi opinión, la paz es la mejor parte de cualquier guerra.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Bayaz, puede que Mitterick llevase un nuevo uniforme y ostentase un nuevo cargo, pero era el Mago quien llevaba la voz cantante—. El acuerdo que propongo es sencillo.

—Mi padre siempre decía que las cosas más sencillas son las que mejor funcionan. ¿Se acuerda de mi padre?

El Mago dudó durante un mínimo instante.

—Por supuesto —al instante, chasqueó los dedos y su sirviente se acercó a la mesa y desenrolló el mapa con impecable destreza. Bayaz señaló el trazado de un río—. El Torrente Blanco seguirá siendo la frontera norte de Angland. La frontera norte de la Unión, como lleva siéndolo desde hace cientos de años.

—Las cosas cambian —afirmó Calder.

—Ésta no —el grueso dedo del Mago recorrió otro río, situado al norte del primero—. La comarca entre el Torrente Blanco y el Cusk, incluyendo la ciudad de Uffrith, estará gobernada por el Sabueso. Pasará a ser un protectorado de la Unión y contará con seis representantes en el Consejo Abierto.

—¿Hasta el Cusk? —Calder respiró hondo—. Son de las mejores tierras del Norte —aseveró, mirando incisivamente al Sabueso—. Además, contará con

representación en el Consejo Abierto y estará protegido por la Unión, ¿eh? ¿Qué habría dicho de eso Skarling el Desencapuchado? ¿Qué cree que habría dicho mi padre?

—¿A quién le importa una mierda lo que podrían haber dicho los muertos? —el Sabueso le devolvió la mirada—. Las cosas cambian.

—¡Oh, me has apuñalado con mi propio cuchillo! ¡Has utilizado mi propio argumento contra mí! —Calder se llevó una mano al pecho y, después, se encogió resignadamente de hombros—. Pero el Norte necesita la paz. Me siento satisfecho con la propuesta.

—Bien —Bayaz hizo un gesto en dirección a su sirviente—. Entonces, podemos firmar los artículos del...

—Creo que no me ha entendido —se produjo una tensa pausa mientras Calder se echaba hacia delante en la silla, como si todos los interlocutores sentados a la mesa fueran amigos suyos y el verdadero enemigo estuviera a sus espaldas, intentando escuchar sus planes—. Yo estoy satisfecho, pero no soy el único con voz y voto en este asunto. Los Jefes Guerreros de Dow son... un grupito bastante persistente —Calder soltó una risa teñida de impotencia—. Y son los que mandan sobre los guerreros. No puedo limitarme a decir que sí por las buenas porque si no... —en ese instante, se pasó un dedo por la magullada garganta a la vez que chasqueaba con la lengua—. La próxima vez que quieran hablar, podrían encontrarse con un tozudo belicoso como Cairm Cabeza de Hierro o con un vanidoso intratable como Glama Dorado sentados en esta silla. Y les deseo toda la suerte del mundo a la hora de intentar llegar a un acuerdo con ellos —entonces, golpeó el mapa con la punta de un dedo—. Por mi parte, estoy completamente a favor de esto. Completamente. Pero permítanme que intente convencer a mis hoscos amigos de que nos conviene aceptar su propuesta y ya volveremos a reunimos para firmar lo que sea.

Bayaz esbozó una expresión avinagrada en su semblante y frunció el ceño hacia los hombres del Norte que aguardaban junto al contorno interior de los Niños.

—Entonces, mañana nos vemos.

—Pasado mañana sería mejor.

—No abuse de mi paciencia, Calder.

Calder era el vivo retrato de la impotencia y la ofensa.

—¡Nada más lejos de mi intención! Pero yo no soy Dow el Negro. Soy más un... portavoz que un tirano.

—Portavoz —masculló el Sabueso, como si esa palabra supiera a orina—. No es suficiente.

Pero la sonrisa de Calder parecía forjada de acero. Todos los esfuerzos de Bayaz parecían rebotar en ella.

—Si tan sólo supieran cuánto me he esforzado por obtener la paz durante todo este tiempo. Los riesgos que he corrido por ello —Calder se llevó la mano herida hacia el corazón—. ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme a ayudarnos a todos! —*Ayúdenme a ayudarme, más bien.*

Calder se puso en pie y tendió la mano por encima del mapa para ofrecérsela al Sabueso.

—Sé que llevamos mucho tiempo en bandos opuestos, de una manera u otra, pero, si vamos a ser vecinos, no debería haber mala sangre entre nosotros.

—Sí, hemos luchado en bandos opuestos. Pero eso son cosas que pasan. Cuando llega el momento adecuado, hay que saber enterrar el hacha de guerra —el Sabueso se levantó sin apartar los ojos de Calder en ningún momento—. Pero mataste a Forley el Flojo. Un muchacho que jamás le hizo mal alguno a nadie. Acudió a ti para advertirte y lo mataste por ello.

La sonrisa de Calder se torció por primera vez.

—Y no hay día que no lo lamente.

—Te voy a decir otra cosa —el Sabueso se inclinó hacia delante, se llevó el dedo índice a la nariz, se tapó uno de los orificios con ella y, acto seguido, tiró un moco directamente sobre la palma abierta de Calder—. Pon un pie al sur del Cusk y te grabaré la cruz de sangre en el cuerpo. Y, entonces, ya no habrá más mala sangre entre nosotros.

Una vez dicho esto, sorbió sus mocos despreciativamente, pasó junto a Gorst y se marchó. Mitterick se aclaró nerviosamente la garganta.

—Entonces, ¿volveremos a reunimos en breve? —preguntó mirando a Bayaz en busca de un apoyo que no llegó.

—Por supuesto —Calder recuperó la mayor parte de su sonrisa mientras se limpiaba el moco del Sabueso con el canto de la mesa—. Dentro de tres días.

A continuación, se dio la vuelta para ir a hablar con el hombre del ojo metálico. Con el tal Escalofríos.

—Ese tal Calder parece un cabrón bastante escurridizo —le susurró Mitterick a Bayaz mientras dejaban la mesa—. Habría preferido tratar con Dow el Negro. Al menos, con él uno sabía a qué atenerse.

Gorst apenas los escuchaba. Estaba demasiado concentrado observando a Calder y a su desfigurado sicario. *Lo conozco. Conozco esa cara. Pero ¿de qué? ¿Dónde lo he visto antes?*

—Dow era un guerrero —estaba murmurando Bayaz—. Calder es un político. Sabe que estamos deseando marcharnos y que, en cuanto las tropas vuelvan a casa, no tendremos nada con lo que negociar. Sabe que puede ganar mucho más esperando sentado sin hacer nada y sonriendo de lo que Dow consiguió jamás pese a contar con todo el apoyo del acero y la furia del Norte.

Mientras hablaba con Calder, Escalofríos volvió la parte destrozada de su rostro y el sol iluminó su perfil intacto. Entonces, Gorst experimentó un cosquilleo en la piel al reconocerle y se quedó boquiabierto.

En Sipani.

Había visto aquel rostro, entre el humo, antes de que lo enviaran rodando escaleras abajo. Sí, era *ese rostro.* ¿Cómo podía ser el mismo hombre? Y, sin embargo, estaba casi seguro de que era él.

La voz de Bayaz se fue apagando tras él mientras Gorst rodeaba la mesa, apretando con fuerza la mandíbula, y se dirigía hacia el lado de los Niños donde se hallaban los hombres del Norte. Uno de los viejos acompañantes de Calder gruñó cuando Gorst lo apartó de su camino empujándolo con el hombro. Probablemente, ese gesto era un paso en falso terrible, cuando no potencialmente fatal, en unas negociaciones de paz. *Pero me importa un carajo.* Calder alzó la mirada y dio un paso atrás. Escalofríos se volvió para mirar. No parecía enfadado. Ni asustado.

—¡Coronel Gorst! —gritó alguien, pero Gorst lo ignoró y cerró una mano en torno al brazo de Escalofríos, al que acercó hacia sí. Los Jefes Guerreros reunidos junto al lindero de los Niños fruncieron el ceño. El gigante dio un enorme paso hacia adelante. El hombre de la armadura dorada se volvió para convocar a los Caris. Otro de ellos tenía ya la mano sobre la empuñadura de su espada.

—¡Tranquilos! —exclamó Calder en norteño, alzando una mano para pedirles que se contuvieran—. ¡Quietos! —pero parecía nervioso. *Y más le vale estarlo. Pues todas nuestras vidas se hallan en el filo de la navaja. Y me importa un carajo.*

A Escalofríos tampoco parecía importarle demasiado. Bajó la mirada hacia la mano de Gorst, luego volvió a clavarla en su rostro y arqueó la ceja que se hallaba sobre su ojo bueno.

—¿En qué puedo ayudarte? —su voz era totalmente opuesta a la de Gorst. Era un susurro grave, duro como el rodar de unas ruedas de molino. Gorst lo miró. Lo miró de verdad. Como si pudiera horadar su cabeza con sus ojos. Sólo había vislumbrado aquel rostro, entre el humo, por un momento; además, llevaba una máscara entonces y sin la cicatriz. *Pero, aun así.* Desde entonces, todas las noches veía ese rostro en sus sueños, al despertar y en el retorcido espacio de tiempo que había entre medias, hasta el último detalle de esa cara se hallaba grabado a fuego su memoria. *Estoy casi seguro de que es él.*

Oyó movimiento a sus espaldas y unas voces henchidas de emoción. Se trataba de los oficiales y hombres del Decimosegundo Regimiento de Su Majestad. Probablemente, molestos por haberse perdido la batalla. *Probablemente, arden en deseos de participar en un nuevo capítulo de la misma tanto como yo mismo.*

—¡Coronel Gorst! —oyó exclamar a Bayaz a modo de advertencia.

Gorst lo ignoró.

—¿Alguna vez has estado... —inquirió susurrando— en Estiria? —hasta el último resquicio de su cuerpo sentía el deseo de dejarse llevar por la violencia.

—¿Estiria?

—Sí —gruñó Gorst, apretando con más fuerza aún si cabe su brazo. Entretanto, los dos ancianos que acompañaban a Calder estaban retrocediendo para prepararse para luchar—. En Sipani.

—¿Sipani?

—Sí —el gigante había dado otro paso inmenso y se alzaba ya más alto que el más alto de los Niños. *Y me importa un carajo*—. En la Casa del Ocio de Cardotti.

—¿Cardotti? —el ojo bueno de Escalofríos se entornó y estudió el rostro de Gorst. El tiempo se ralentizó. Alrededor de ellos dos, los hombres se relamían nerviosamente los labios y sus manos aguardaban dispuestas a enviar sus señales fatales mientras las puntas de sus dedos acariciaban los pomos de sus espadas. Entonces, Escalofríos se echó hacia delante. Tan cerca que Gorst podría haberlo besado incluso. Más cerca de lo que habían estado el uno del otro hacía cuatro años, entre el humo.

Si es que lo habían estado.

—Nunca he oído hablar de esa casa.

Después, retiró el brazo de la lacia mano de Gorst y abandonó los Niños sin echar una sola mirada atrás. Calder lo siguió rápidamente, así como los dos ancianos y los Jefes Guerreros. Todos apartaron las manos de sus armas con cierto alivio o, en el caso del gigante, de manera tremendamente reticente.

Dejaron a Gorst allí en pie, delante de la mesa, solo. Frunciendo el ceño en dirección a los Héroes.

Estoy casi seguro.

Familia

En muchos aspectos, los Héroes no habían cambiado desde la noche anterior. Las viejas piedras seguían exactamente igual, cubiertas de líquenes; la hierba que crecía dentro del círculo seguía aplastada, embarrada y ensangrentada. Las hogueras no eran demasiado distintas, ni tampoco la oscuridad que se extendía más allá de ellas ni los hombres sentados a su alrededor. Pero, en el caso de Calder, los cambios habían sido descomunales.

En vez de arrastrarle avergonzado hacia su condena, ahora Caul Escalofríos lo seguía a una distancia respetuosa, para protegerlo. No se oían risas burlonas ni interjecciones de odio mientras paseaba entre las fogatas. Todo había cambiado en el momento en el que la cara de Dow el Negro se había hundido en el barro. Los grandes Jefes Guerreros, sus temibles Grandes Guerreros y sus Caris, que eran duros de corazón y obstinados, le sonreían como si fuese el mismo sol que se alzaba tras un invierno. Era curioso lo rápido que se habían acostumbrado a las nuevas circunstancias. Su padre siempre le había dicho que los hombres raras veces cambian, excepto en quién depositan su lealtad. Pueden cambiar de lealtades como si se desprendieran de un abrigo viejo siempre que les convenga.

A pesar de tener una mano rota y una cicatriz en la barbilla, ahora Calder no tenía que esforzarse mucho para esbozar una sonrisa. No tenía que esforzarse en absoluto. Puede que no fuese el hombre más alto que había allí, pero sí era el más grande del valle. Iba a ser el próximo Rey de los Hombres del Norte y, a partir de entonces, todo aquel al que le ordenase que se comiera su mierda lo haría con una sonrisa. Además, ya había decidido quién iba a comerse la primera ración.

La risa de Caul Reachey resonó en la noche. Se encontraba sentado sobre un tronco junto a una hoguera, con una pipa en la mano, tosiendo humo por algo que una mujer sentada junto a él acababa de decirle. La mujer giró la cara mientras Calder se acercaba y éste estuvo a punto de tropezarse él solo.

—Esposo mío —dijo ella levantándose torpemente debido al peso de su voluminoso vientre y, acto seguido, le tendió una mano.

Él la cogió con la suya y le pareció muy pequeña, suave y fuerte. Guió la mano de esa mujer hasta su hombro y la rodeó con sus brazos; apenas sintió dolor en sus

castigadas costillas mientras se abrazaban muy, pero que muy fuerte. Por un momento, pareció como si no hubiese nadie más en los Héroes salvo ellos.

—Estás a salvo —susurró Calder.

—No gracias a ti —replicó ella restregando su mejilla contra la de él. Calder notó que se le iban a desbordar las lágrimas.

—He... he cometido algunos errores.

—Por supuesto. Todas tus buenas decisiones las tomo yo.

—Entonces, nunca vuelvas a dejarme solo.

—Creo que puedo asegurar que ésta ha sido la última vez que me quedo como rehén en tu lugar.

—Yo también te lo aseguro. Te lo prometo.

Esta vez no consiguió impedir que le aflorasen las lágrimas. Menudo gran hombre del valle estaba hecho, llorando delante de Reachey y de sus Grandes Guerreros. Se habría sentido ridículo si no se sintiera tan feliz de verla, tan feliz que ya era incapaz de sentir cualquier otra emoción. Se separó lo suficiente de ella como para poder contemplar su rostro, iluminado por un lado, envuelto en sombras por el otro, en cuyos ojos relucientes se reflejaba el fuego. Le sonreía. Se percató de que tenía dos pequeños lunares cerca de la comisura de los labios en los que nunca antes se había fijado. Lo único que pudo pensar fue en que no se merecía tanta dicha.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—No. Es sólo que... no hace mucho pensaba que nunca volvería a ver tu rostro.

—¿Te sientes decepcionado?

—Nunca había visto nada tan bello.

Ella sonrió.

—Oh, es verdad lo que dicen de ti. Eres un mentiroso.

—Un buen mentiroso dice todas las verdades que puede. De esa manera, uno nunca puede estar seguro de si miente o no.

Ella le agarró la mano vendada entre las suyas, la dio la vuelta y la acarició con las puntas de los dedos.

—¿Estás herido?

—No es nada que un famoso campeón como yo no pueda soportar.

Ella apretó su mano con más fuerza aún si cabe.

—Estoy hablando en serio. ¿Estás herido?

Calder esbozó una mueca de contrariedad.

—Dudo que pueda batirme en duelo en una buena temporada, pero me curaré. Scale ha muerto.

—Eso he oído.

—Ahora tú eres toda la familia que me queda —afirmó, mientras colocaba su mano sana sobre el hinchado vientre de ella—. Aunque...

—¿Aunque me siento como si hubiese viajado desde Carleon en un carro traqueteante con un saco de avena encima de la vejiga? Ya.

Calder sonrió entre las lágrimas.

—Ahora, nosotros tres somos una familia.

—Y mi padre también.

Calder miró a Reachey, que les sonría desde el tronco donde estaba sentado.

—Sí. Y él.

—Entonces, ¿todavía no te la has puesto?

—¿El qué?

—La cadena de tu padre.

Calder la extrajo de su bolsillo interior. Estaba bastante caliente por haberla llevado pegada al corazón; entonces, el diamante cayó hacia un lado, reflejando en todas sus facetas los colores del fuego.

—Supongo que estaba esperando al momento adecuado. Una vez que te la pones... ya no puedes volver a quitártela —entonces, se acordó de que su padre, poco antes de morir, le contó que suponía una carga muy pesada.

—¿Por qué ibas a quitártela? Ahora eres rey.

—Entonces, tú eres la reina —a continuación, le pasó la cadena por la cabeza—. Y te queda mejor a ti.

Dejó que el diamante cayera contra su pecho mientras ella se soltaba la melena.

—¿Mi esposo desaparece una semana y lo único que me trae como regalo es el Norte y todo lo que hay en él?

—Eso sólo es la mitad de tu regalo —hizo ademán de besarla, pero se contuvo en el último momento e hizo rechinar sus dientes justo al lado de la boca de su esposa—. Te daré el resto más tarde.

—Promesas, promesas.

—Tengo que hablar con tu padre, será sólo un momento.

—Habla, pues.

—A solas.

—Los hombres y sus dichosas charlas. No me hagas esperar demasiado —se pegó a él y le acarició una de sus orejas con los labios, mientras restregaba con la rodilla la parte interior de una de sus piernas y le rozaba con la cadena de su padre uno de los hombros—. Estoy deseando arrodillarme ante el Rey de los Hombres del Norte —rozó con la punta de un dedo la cicatriz de su barbilla al alejarse, sin dejar de mirarlo por encima del hombro, mientras se bamboleaba sólo un poco debido al peso de su vientre aunque no dejaba de ser menos hermosa por ello. En absoluto. Lo único en lo que podía pensar Calder era en que no se merecía tanta dicha.

Recuperó la compostura y se acercó al fuego, ligeramente encorvado, para disimular la erección que le presionaba con fuerza los pantalones, ya que pasearla por delante de Reachey no hubiera sido buen modo de iniciar una conversación. Su suegro había dicho a sus secuaces de blancas barbas que se fueran de ahí y lo aguardaba sentado a solas, mientras introducía un montoncito de chagga en su pipa con el pulgar. Iban a mantener una charla en privado. Como la que habían mantenido hacía un par de noches. Sólo que ahora Dow estaba muerto y todo había cambiado.

Calder se secó las lágrimas de los ojos y se sentó junto a la hoguera.

—No hay nadie como tu hija.

—He oído que te llamaba mentiroso, a pesar de que jamás se han pronunciado palabras más ciertas.

—Sí, no hay nadie como ella —repitió Calder mientras la veía desaparecer en la oscuridad.

—Eres un hombre muy afortunado por tenerla como esposa. ¿Recuerdas lo que te dije hace poco? Espera lo suficiente junto al mar y todo lo que deseas acabará por llegar a la orilla —Reachey se golpeó la sien con un dedo—. Deberías escucharme cuando hablo.

—Te estoy escuchando ahora, ¿no?

Reachey se deslizó sobre el tronco y se acercó un poco más a él.

—Muy bien. Mira, muchos de mis muchachos están bastante inquietos. Llevan demasiado tiempo con las espadas desenvainadas. Me vendría bien dejar que unos cuantos regresen a casa con sus esposas. ¿Tienes intención de aceptar la oferta de ese mago?

—¿De Bayaz? —Calder resopló—. Tengo intención de hacer que ese cabrón se cueza lentamente en su propio jugo. Hizo un trato con mi padre, hace mucho, y lo traicionó.

—Entonces, ¿pretendes vengarte de él?

—Un poco. Pero sobre todo pretendo actuar sensatamente. Ten en cuenta que si la Unión hubiese seguido atacando ayer, podrían haber acabado con nosotros.

—Quizás. ¿Y entonces?

—Entonces, el único motivo que veo para que dejasen de avanzar es que se vieran obligados a ello. La Unión es muy grande. Tienen muchas fronteras. Imagino que deben de tener otras preocupaciones. Además, cada día que ese viejo calvo cabrón siga esperando a que firme, nos irá ofreciendo unas condiciones mejores.

—Ja —Reachey sacó un palo ardiendo del fuego, lo llevó hasta la cazoleta de su pipa y sonrió cuando ésta prendió—. Eres astuto, Calder. Un tipo inteligente. Como tu padre. Siempre dije que serías un buen líder.

Calder nunca le había oído decir eso.

—Tampoco es que me hayas ayudado mucho a llegar hasta aquí, ¿verdad?

—Te dije que estaría dispuesto a morir quemado si era necesario, pero que no me autoinmolaría. ¿Qué era lo que solía decir Nueve el Sanguinario?

—Que hay que ser realistas.

—Eso es. Realistas. Pensaba que tú sabrías aplicarte el cuento mejor que la mayoría —las mejillas de Reachey se hundieron al succionar la pipa. Después, exhaló una bocanada de humo que se curvó en el aire—. Pero, ahora, Dow está muerto y tienes el Norte a tus pies.

—Debes de estar casi tan satisfecho como yo de cómo han resultado las cosas.

—Por supuesto —replicó Reachey, pasándole la pipa.

—Tus nietos podrán gobernar el Norte —prosiguió diciendo Calder, aceptándola.

—En cuanto mueras y lo legues.

—No tengo intención de morir hasta dentro de mucho tiempo —Calder dio una bocanada y notó cierto dolor en las costillas al respirar hondo y sentir el humo penetrar en sus pulmones.

—Dudo que yo viva para verlo.

—Esperemos que sí —Calder sonrió mientras exhalaba humo y ambos se carcajearon, aunque tal vez había una ligerísima nota de tensión en sus carcajadas—.

¿Sabes? He estado pensando en una cosa que dijo Dow. Que si hubiese querido matarme, ya estaría muerto. Cuanto más lo pienso, más sentido tiene.

Reachey se encogió de hombros.

—A lo mejor Tenways lo intentó por su cuenta.

Calder frunció el ceño hacia la cazoleta de la pipa, como si se lo estuviera pensando, a pesar de que ya lo tenía más que pensado y había decidido que todo aquello no tenía ningún sentido.

—Tenways me salvó la vida ayer en la batalla. Si tanto me odiaba, podría haber dejado que la Unión me matase y nadie habría arqueado siquiera una ceja.

—¿Quién sabe por qué hace la gente las cosas? El mundo es un lugar complicado.

—Todo el mundo tiene sus motivos para hacer lo que hace, solía decir mi padre. Sólo es cuestión de saber cuáles son. Cuando uno los conoce, el mundo es muy sencillo.

—Bueno, Dow el Negro ha vuelto al barro. Y a juzgar por el espadazo que le diste en la cabeza, Tenways también. Supongo que ya nunca lo sabremos.

—Oh, yo creo tenerlo bastante claro —Calder le devolvió la pipa y el anciano se inclinó para cogerla—. Fuiste tú quien dijo que Dow me quería ver muerto —los ojos de Reachey titubearon sólo un instante, pero eso bastó para confirmar las sospechas de Calder—. Eso no era completamente cierto, ¿verdad? Se podría decir que era más bien una mentira.

Reachey enderezó lentamente la espalda, al mismo tiempo que exhalaba anillos de humo.

—Sí, fue una pequeña mentira, lo reconozco. Mi hija es de naturaleza cariñosa, Calder. Y te ama. He intentado explicarle que eres como un grano en el culo, pero se niega a hacerme caso. Ella haría cualquier cosa por ti. Pero Dow y tú teníais modos muy diferentes de ver las cosas. Tu obsesión con la condenada paz estaba poniéndole las cosas difíciles a todo el mundo. Y, para colmo, Seff se dejó tomar como rehén en tu lugar. No podía permitir que mi única hija arriesgase la vida de esa manera. O tú o Dow, uno de los dos debía desaparecer —miró fijamente a Calder a través del humo de su pipa—. Lo siento, pero así es. Si hubieras sido tú, habría sido una lástima, pero Seff habría encontrado a otro hombre. Aunque también cabía la posibilidad de que acabases jugándosela a Dow. Y me alegra comprobar que eso es lo que ha sucedido. Lo único que deseaba era lo mejor para la sangre de mi sangre. De modo que, aunque me avergüence reconocerlo, avivé un poco las llamas de vuestra enemistad.

—Esperando que acabara jugándosela a Dow.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿no fuiste tú quien envió a aquellos hombres a matarme cuando estabas reclutando gente?

Esta vez, Reachey no llegó a llevarse la pipa a la boca.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Porque Seff estaba retenida como rehén y yo había empezado a decir que había que librarse de Dow. Entonces, decidiste avivar esas llamas un poco más.

Reachey presionó la punta de su lengua entre los dientes, terminó de llevarse la pipa a la boca y succionó, pero se había apagado. Acto seguido, la golpeó para volcar las cenizas contra una piedra situada junto al fuego.

—Si uno va a avivar unas llamas, siempre he creído que es mejor que las haga arder... con intensidad.

Calder meneó lentamente la cabeza de lado a lado.

—¿Por qué aquel día no ordenaste a esos viejos capullos que me matasen mientras estábamos sentados alrededor del fuego? Así podrías haberte asegurado de mi muerte, ¿no?

—Tengo que pensar en mi reputación. Cuando necesito matar a traición pago a alguien para que lo haga y mantengo impoluto mi buen nombre —Reachey no parecía sentirse para nada culpable. Más bien, parecía molesto. Ofendido, incluso—. No te quedes ahí sentado con esa cara de decepción. No finjas que no has hecho cosas peores. ¿Qué me dices de Forley el Flojo, eh? Lo mataste sin ninguna razón, ¿o no?

—Pero ¡yo soy yo! —le espetó Calder—. ¡Todo el mundo sabe que soy un mentiroso! Supongo que... —en este instante, se dio cuenta de lo estúpido que parecía su razonamiento— esperaba más de ti. Pensaba que eras un hombre de honor. Que hacías las cosas a la antigua usanza.

Reachey lanzó un gruñido de desprecio.

—¿A la antigua usanza? ¡Ja! A la gente siempre se le llenan los ojos de lágrimas cuando habla de cómo solían ser las cosas. Cuando habla de la Era de los Héroes y todo eso. Pues bien, yo recuerdo cómo eran las cosas antaño. Estuve allí y todo era igual que ahora —entonces, se inclinó hacia delante y el clavó a Calder la boquilla de la pipa en el pecho—. ¡Hazte con todo cuanto puedas y como puedas! Quizá a la gente le guste repetir que tu padre lo cambió todo. Sí, a la gente le gusta tener a alguien a quien culpar. Pero, simplemente, fue mejor que el resto. Son los ganadores quienes cantan las canciones. Y pueden escoger la tonada que se les antoje.

—¡Precisamente, ahora estoy decidiendo qué tonada van a tocar en tu nombre! —murmuró Calder, notando que la ira le dominaba por un momento. Pero la ira «es un lujo que aquel que se sienta en el trono no se puede permitir». Eso era lo que solía decir su padre.

Piedad, piedad, piensa siempre en la piedad. Calder respiró hondo y sintió un hondo dolor, pero decidió resignarse—. No obstante, quizá yo no habría actuado igual de estar en tu lugar. Además, tengo muy pocos amigos. El hecho es que necesito tu apoyo.

Reachey sonrió ampliamente.

—Y lo tendrás. Hasta la muerte, por eso no te preocupes. Formas parte de mi familia, muchacho. Y la familia no siempre se lleva bien, pero, en última instancia, son los únicos en quienes puedes confiar.

—Eso solía decirme mi padre —Calder se levantó lentamente y dejó escapar otro dolorido suspiro que surgió de lo más hondo de su ser—. Ah, la familia —entonces, se alejó entre las hogueras hacia la tienda que había pertenecido hasta hace bien poco a Dow el Negro.

—¿Y bien? —preguntó Escalofríos con voz ronca, mientras caminaba a su lado.

—Tenías razón. Ese viejo cabrón intentó matarme.

—¿Quieres que le devuelva el favor?

—¡Por los muertos, no! —al instante, se obligó a bajar la voz mientras se alejaban de su suegro—. No hasta que haya nacido mi hijo. No quiero que nada altere a mi mujer. Deja que las cosas se calmen y luego hazlo discretamente. De tal manera que el responsable parezca ser algún otro. Glama Dorado, quizá. ¿Podrás hacerlo?

—En lo que se refiere a matar, puedo hacerlo cualquier manera que desees.

—Siempre he dicho que Dow debería haber hecho mejor uso de ti. Bueno, ahora mi esposa me espera. Ve a divertirte.

—Tal vez lo haga.

—Dime, ¿qué sueles hacer para divertirte?

Escalofríos se volvió y su ojo metálico centelleó, como siempre, por otra parte.

—Afilo mis cuchillos.

Calder no habría sabido decir si estaba bromeando o no.

Novatos

Estimada señora Worth,

Lamento mucho tener que informarle del fallecimiento de su hijo en acto de servicio en el campo de batalla de Osrung. Es costumbre que el oficial al mando escriba las cartas, pero, en este caso, he solicitado que me concedan el honor de redactar esa misiva, ya que conocía personalmente a su hijo. Raras veces a lo largo de mi dilatada carrera he servido junto a un camarada tan dispuesto, amable, capaz y valeroso. Encarnaba todas las virtudes que uno busca en un soldado. No sé si le causará satisfacción alguna ante tan gran pérdida, pero no falto a la verdad al afirmar que su hijo murió como un héroe. Me siento honrado de haberle conocido.

Reciba mis más sinceras condolencias de parte de un servidor.

Cabo Tunny, portaestandarte del Primer Regimiento de Su Majestad

Tunny profirió un suspiró, dobló la carta cuidadosamente y marcó dos dobleces con el pulgar. Probablemente, fuese la peor carta que esa pobre mujer iba a recibir en su vida, así que, al menos, debía hacerle unos pliegues decentes. Se la guardó en la chaqueta, junto a la de la señora Klige, desenroscó el tapón de la petaca de Yema y le dio un sorbo; a continuación, mojó la pluma en el tintero y comenzó la siguiente.

Estimada señora Lederlingen,

Lamento mucho tener que informarle del fallecimiento de su hijo en...

—¡Cabo Tunny! —exclamó Yema, quien se acercaba con un contoneo a medio camino entre el de un proxeneta y un granjero. Tenía las botas cubiertas de barro seco y la sucia chaqueta abierta, mostrando su sudoroso pecho; además, tenía el rostro quemado por el sol y cubierto por una irregular barba de varios días y, en vez de una lanza al hombro, llevaba una pala gastada. Parecía, en resumen, un orgullloso veterano del ejército de Su Augusta Majestad. Se detuvo cerca de la hamaca de Tunny y posó la mirada sobre los papeles—. ¿Está calculando todo lo que le deben?

—Más bien lo que debo yo —Tunny dudaba seriamente que Yema supiese leer, pero, aun así, decidió tapar la carta inconclusa con una hoja en blanco. Si se sabía que

había redactado ese tipo de cartas, podría echar a perder su reputación—. ¿Va todo bien?

—Sí, dentro de lo que cabe —contestó Yema, mientras dejaba la pala en el suelo, aunque bajo el buen humor del que hacía gala parecía, de hecho, un tanto pensativo—. El coronel nos ha tenido haciendo de enterradores.

—Oh —Tunny volvió a ponerle el tapón al tintero. En su día, a él también le había tocado realizar bastantes enterramientos y nunca era una tarea agradable— Siempre hay que hacer algo de limpieza tras la batalla. Hay muchas cosas que solucionar, tanto aquí como en casa. Puede costar años limpiar lo que se tarda un día o quizá tres en ensuciar —en ese instante, secó su pluma con un trozo de trapo—. Y, aun así, puede que nunca se consiga del todo.

—Entonces, ¿por qué lo hacemos? —preguntó Yema, mirando con el ceño fruncido hacia las neblinosas colinas, situadas más allá de la cebada iluminada por el sol—. Quiero decir que, tras tantos esfuerzos y tantos muertos, ¿qué es lo que hemos conseguido?

Tunny se rascó la cabeza. Nunca había tenido a Yema por un filósofo, pero supuso que todo individuo tiene sus momentos de reflexión.

—Según mi considerable experiencia, puedo afirmar que a menudo las guerras no cambian gran cosa. Quizá cambien algo un poquito aquí o allá, pero, en general, tiene que haber maneras mejores para que los hombres puedan arreglar sus diferencias —se detuvo un momento a meditar al respecto—. Tanto los reyes y los nobles como los Consejos Cerrados y demás... nunca he entendido muy bien por qué insisten en ello, teniendo en cuenta que las lecciones de la historia parecen prevenirnos poderosamente en contra. La guerra es un trabajo condenadamente incómodo por el que se reciben unas recompensas exiguas, y siempre son los soldados los que se llevan la peor parte.

—Entonces, ¿qué sentido tiene ser un soldado?

Tunny se quedó por un instante sin palabras. Después, se encogió de hombros.

—Es el mejor trabajo del mundo, ¿no?

Un par de soldados pasaron por un sendero cercano conduciendo sin premura una recua de caballos, cuyos cascos resonaron sobre el barro. Uno de ellos se apartó del grupo y se acercó tranquilamente, mientras mordía una manzana. Era el sargento Forest, que esbozaba una gran sonrisa.

—Oh, maldita sea —murmuró Tunny, ocultando rápidamente las cartas y lanzando a un lado el escudo sobre el que se había estado apoyando bajo la hamaca.

—¿Qué pasa? —susurró Yema.

—Cuando el sargento primero Forest sonríe, raras veces trae buenas noticias.

—¿Es que alguna vez hemos recibido buenas noticias?

Tunny tuvo que reconocer que a Yema no le faltaba razón.

—¡Cabo Tunny! —Forest terminó de comer esa manzana y arrojó el corazón de un papirotazo—. Está despierto.

—Lamentablemente, sargento, sí. ¿Alguna noticia de nuestros estimados superiores?

—Alguna —Forest señaló con el pulgar hacia los caballos—. Le alegrará saber que estamos recuperando nuestras monturas.

—Maravilloso —gruñó Tunny—. Las recuperamos justo a tiempo para poder volver por donde vinimos.

—Que no se diga que Su Augusta Majestad no proporciona a sus leales soldados todo lo necesario. Partiremos mañana. O a la mañana siguiente, como muy tarde, en dirección a Uffrith, donde nos espera un barco cómodo y acogedor.

Tunny logró esbozar una sonrisa. Ya se estaba hartando del Norte.

—Volvemos a casa, ¿eh? Es mi destino favorito.

Forest vio la sonrisa de Tunny y la superó con un diente por cada lado.

—Lamento decepcionarle. Nos envían a Estiria.

—¿Estiria? —masculló Yema con las manos en las caderas.

—¡A la bella Westport! —Forest pasó un brazo por encima de los hombros de Yema y extendió una mano frente a ambos, como si les estuviera mostrando así una magnífica vista en vez de los árboles podridos que tenían delante—. ¡Es el cruce de caminos del mundo! Debemos reunimos con nuestros osados aliados en Sipani y tomar las armas contra la célebre diablesa Monzcarro Murcatto, la Serpiente de Talins. ¡Según todos los informes, es un demonio con forma de mujer, una enemiga de la libertad y la mayor amenaza a la que jamás se ha enfrentado la Unión!

—Desde Dow el Negro —apostilló Tunny, a la vez que se frotaba el puente de la nariz. Su sonrisa no era ya sino un mero recuerdo—. Con el cual firmamos la paz ayer.

Forest le dio una palmada a Yema en el hombro.

—Lo bonito de esta profesión, soldado, es que en el mundo nunca van a faltar villanos. ¡Y el Mariscal Mitterick es el hombre más indicado para darles su merecido!

—¿El Mariscal... Mitterick? —Yema parecía desconcertado—. ¿Qué ha pasado con Kroy?

—Está acabado —gruñó Tunny.

—¿Usted a cuántos ha sobrevivido ya? —preguntó Forest.

—Déjeme que lo piense... a ocho, creo, así a bote pronto —Tunny los fue enumerando con los dedos—. Frengen, Altmoyer, después aquel bajito...

—Krepsky.

—Krepsky. Después, vino el otro Frengen.

—El otro Frengen —resopló Forest.

—Un verdadero necio, incluso para lo que suelen ser los comandantes en jefe. Después, vinieron Varuz, Burr, West...

—Un buen hombre, West.

—Le perdimos demasiado rápido, como a todos los buenos. Después, vino Kroy...

—Los mariscales son por naturaleza transitorios —explicó Forest, señalando a Tunny—. Pero ¿los cabos? Los cabos son eternos.

—¿Sipani, has dicho? —Tunny volvió a recostarse lentamente en su hamaca, alzando una bota y balanceándose suavemente con la otra—. Nunca he estado ahí —ahora que lo pensaba, estaba empezando a ver ciertas ventajas en su nueva misión. Un buen soldado siempre está dispuesto a sacar provecho a cualquier situación—. Tiene un buen clima, supongo.

—Un clima excelente —contestó Forest.

—Y tengo entendido que allí se encuentran las mejores putas del mundo.

—Desde que llegaron las órdenes, se ha mencionado en alguna ocasión a las damas de esa ciudad.

—Pues ya son dos cosas buenas a tener en cuenta.

—Es decir, dos más de las que hemos visto aquí en el Norte —Forest mostró una sonrisa más amplia aún. Más amplia de lo que parecía necesario—. Y, entre tanto, viendo que tu destacamento ha quedado tan tristemente reducido, aquí tienes otro.

—Oh, no —gimió Tunny, al comprobar que sus esperanzas de disfrutar de las rameras y el sol se esfumaban rápidamente.

—Oh, sí. ¡Acérquense, muchachos!

Los cuatro se aproximaron. Se trataba de unos nuevos reclutas, que, por su aspecto, acababan de bajarse de un barco procedente de Midderland. Hacía poco que debían de haberse despedido con unos besos de sus madres o sus novias o ambas. Sus uniformes eran nuevos y estaban muy bien planchados, sus tirantes relucían y

sus hebillas brillaban; sí, estaban preparados para experimentar la noble existencia del soldado. Observaron boquiabiertos a Yema, quien difícilmente podría haber presentado un contraste mayor, con su rostro enjuto y ratonil, su chaqueta deshilachada y manchada de barro tras haber estado cavando tumbas; además, uno de los tirantes de su petate se había roto y lo había reparado con hilo. Forest señaló con un gesto a Tunny, como si fuera el director de un espectáculo que les estuviera mostrando a un monstruo de feria y, a continuación, soltó la misma arenga de siempre.

—Muchachos, éste de aquí es el famoso cabo Tunny, uno de los oficiales que lleva más tiempo sirviendo en la división del general Jalenhorm. Un veterano que ha sobrevivido a la Rebelión de Starikland, a la Guerra Gurka, a la última Guerra del Norte, al Asedio de Adua, al desagradable conflicto que ahora nos ocupa y a ciertos periodos de paz que habrían matado de aburrimiento a alguien con una mente más aguda —Tunny desenroscó el tapón de la petaca de Yema, le dio un buen trago y se la devolvió a su propietario, el cual se encogió de hombros y se la llevó también a los labios—. Ha sobrevivido a las prisas, a la suciedad, al hacinamiento, a los escalofríos otoñales, a las caricias de los vientos del Norte, a los zarandeos de las mujeres sureñas, a marchas de miles de kilómetros, a muchos años de comer las raciones de Su Majestad e incluso a unas pocas batallas para hallarse... sentado ante ustedes ahora.

Tunny cruzó una destrozada bota sobre la otra, se hundió lentamente en la hamaca y cerró los ojos, mientras percibía el rosado fulgor del sol a través de los párpados.

Veteranos

El sol casi había empezado a ponerse cuando llegó. Los mosquitos se arremolinaban en nubes sobre el pequeño arroyo, las hojas amarillentas arrojaban sombras moteadas sobre el camino y las ramas se movían con la brisa, tan bajas que tuvo que agacharse.

La casa parecía más pequeña de lo que recordaba. Parecía tan pequeña, pero, al mismo tiempo, tan hermosa que le entraron ganas de llorar. La puerta crujió al abrirla y se sintió casi tan asustado como lo había estado en Osrung. No había nadie dentro. Sólo la misma penumbra ahumada de siempre. Su camastro había sido retirado para dejar más espacio. Los últimos rayos de sol caían oblicuamente sobre el suelo de madera en el rincón donde solía estar.

Estaba vacía. De repente, notó un regusto amargo en la boca. ¿Y si habían recogido todo y se habían marchado? ¿Y si se había presentado allí un grupo de desertores convertidos ahora en bandidos mientras él no estaba?

Entonces, oyó el suave chasquido del hacha al partir un tronco. Salió de la casa y volvió a hallarse bajo el sol de la tarde, pasó apresuradamente junto al redil, mientras lo observaban las cabras, y dejó atrás los cinco grandes tocones repletos de marcas con los que durante tantos años había practicado con la espada. Una práctica que no le había servido de mucho. Ahora sabía que darle tajos a un tocón no te preparaba para dárselos a un hombre.

Su madre se encontraba en lo alto del cerro y estaba inclinada sobre el hacha junto al viejo tocón de cortar, arqueando la espalda mientras Festen recogía las mitades partidas y las echaba en la pila. Beck permaneció allí un momento, observándolos. Observando cómo la brisa acariciaba el pelo de su madre. Observando al muchacho afanarse con los trozos de madera.

—Mamá —dijo con voz ronca.

Ella se volvió hacia él, parpadeando un momento.

—Has vuelto.

—He vuelto.

Beck se dirigió hacia ella y, de inmediato, su madre dejó el hacha y salió a su encuentro. A pesar de que era mucho más pequeña que él, enterró la cabeza en uno de sus hombros. Ella se la sostuvo con una mano y le rodeó el cuerpo con el otro brazo, apretándole con tanta fuerza que incluso le dificultó respirar.

—Hijo mío —susurró.

Él se liberó de su abrazo, se sorbió las lágrimas y bajó la mirada. Vio su capa, la capa que antes había pertenecido a su madre, y se fijó en lo rota y en lo manchada de sangre y barro que estaba.

—Lo siento. Me parece que he destrozado tu capa.

Ella le acarició la cara.

—Sólo es un pedazo de tela.

—Supongo que es verdad —entonces, se acuclilló y le alborotó el pelo a Festen—. ¿Estás bien? —a duras penas logró impedir que se le quebrase la voz.

—Muy bien —contestó su hermano, alejando la mano de Beck de su cabeza de un manotazo—. ¿Has conseguido un apodo?

Beck permaneció callado un instante.

—Sí.

—¿Cuál es?

Beck negó con la cabeza.

—No tiene importancia. ¿Cómo está Wenden?

—Igual —respondió su madre—. No has estado fuera más que un par de días.

Beck no esperaba esa respuesta, pues a él le parecía que habían transcurrido años.

—Supongo que han sido más que suficiente.

—¿Qué ha pasado?

—¿Podemos... no hablar de ello?

—Tu padre nunca hablaba de otra cosa.

Beck alzó la mirada hacia ella.

—Si he aprendido una cosa en estos días es que no soy como mi padre.

—Bien. Eso está bien —su madre le dio unas palmaditas cariñosas en la mejilla, que tenía humedecida por las lágrimas—. Me alegro de que hayas vuelto. No tengo palabras para expresar cuánto me alegro. ¿Tienes hambre?

Beck se puso en pie, estiró las piernas como si eso le costase un gran esfuerzo y se limpió las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano. Se dio cuenta de que no había comido desde la mañana anterior, desde que se había marchado de los Héroes.

—Me vendría bien comer algo.

—¡Encenderé el fuego! —gritó Festen mientras corría hacia la casa.

—¿Vienes? —preguntó su madre.

Beck observó el valle, parpadeando.

—Creo que voy a quedarme aquí un minuto. Cortando un par de troncos.

—Eso está bien.

—Oh —dijo, sacándose la espada de su padre del cinturón; la sostuvo un momento para después ofrecérsela a su madre—. ¿Puedes guardar esto?

—¿Dónde?

—En cualquier sitio donde no tenga que verla.

Su madre cogió la espada y Beck sintió como si se hubiese quitado un enorme peso de encima.

—Parece que de la guerra también pueden salir cosas buenas —afirmó su madre.

—Volver es lo único bueno que tiene, en lo que a mí respecta.

Beck se agachó, colocó un tronco sobre el tocón, se escupió en la palma de las manos y cogió el hacha. El tacto de su mango le resultó muy agradable. Muy familiar. Sí, se sentía mucho mejor empuñando esa hacha que la espada, de eso estaba seguro. La alzó y, acto seguido, dos mitades perfectas cayeron retumbando. No era ningún héroe y jamás lo sería.

Había nacido para cortar troncos, no para pelear.

Y eso le convertía en un afortunado. En alguien más afortunado que Reft o Stodder o Brait. Más afortunado que Drofd o Whirrun de Bligh. Más afortunado incluso que Dow el Negro. Arrancó el hacha y retrocedió. Tal vez no se cantasen muchas canciones sobre taladores, pero los corderos balaban en los riscos y a él eso le sonó a música celestial. Esa canción era mucho más dulce que todas las baladas heroicas que conocía.

Cerró los ojos y paladeó el olor a hierba y a humo de la chimenea. Después, los abrió y recorrió el valle con la mirada. Sintió un cosquilleo en la piel al disfrutar de la tranquilidad del momento. No podía creer que en otro tiempo hubiera odiado aquel lugar.

Ahora no le parecía tan malo. No le parecía nada malo en absoluto.

Todo el mundo sirve a alguien

—Entonces, ¿vas a estar de mi lado? —preguntó Calder, resplandeciente como una mañana de primavera.

—Si todavía queda sitio.

—Eres tan leal como Rudd Tresárboles, ¿eh?

Cabeza de Hierro se encogió de hombros.

—No insultaré a tu inteligencia diciendo que sí. Pero sé que apoyarte es lo mejor para mis intereses. También señalaría que la lealtad es una base peligrosa sobre la que levantar nada. Tiende a deshacerse con la primera tormenta, mientras que el interés soporta cualquier tiempo.

Calder asintió al oír aquello.

—Un principio sensato —miró de reojo a Foss Deep, que había vuelto a ponerse a su servicio ahora que habían terminado las hostilidades y personificaba el egoísmo interesado. A pesar de su desagrado declarado por las batallas, había conseguido hacerse con un espléndido peto de la Unión, grabado con un sol dorado, que relucía bajo su andrajoso abrigo—. Cualquier hombre debería tener ¿eh, Deep?

—¿Tener qué?

—Principios.

—Oh, creo muy, pero que muy fervientemente en ellos. Mi hermano también.

Shallow dejó de hurgarse furiosamente en las uñas con la punta de su cuchillo por un momento.

—A mí me gustan con leche.

Se impuso un silencio ligeramente incómodo. Después, Calder se volvió hacia Cabeza de Hierro.

—La última vez que hablamos me dijiste que apoyabas a Dow. Después, me measte en las botas —levantó una de las suyas, que se encontraba gastada, agrietada y manchada—. Hace una semana, eran las mejores botas de todo el Norte. De cuero estirio. Y, ahora, mira.

—Me alegrará comprarte un par nuevo.

Calder hizo una mueca de dolor al levantarse y sentir dolor en las costillas.

—Que sean dos.

—Lo que tú digas. A lo mejor hasta compro otro para mí.

—¿Estás seguro de que algo metálico no sería más de tu estilo?

Cabeza de Hierro se encogió de hombros.

—Las botas de metal en tiempos de paz están fuera de lugar. ¿Algo más?

—Por ahora, limítate a tener a tus hombres bien cerca. Debemos seguir dando un buen espectáculo hasta que la Unión se aburra de esperar y desaparezca. No debería faltar mucho.

—Entendido.

Calder se alejó un par de pasos; después, se volvió de nuevo.

—Compra también un regalo para mi esposa. Algo bonito, ya que falta poco para que nazca mi hijo.

—Sí, jefe.

—Y no te sientas demasiado mal por ello. Todo el mundo sirve a alguien.

—Muy cierto —replicó Cabeza de Hierro, que ni siquiera parpadeó. La reunión había sido ligeramente decepcionante, la verdad. Calder había esperado hacerle sudar. Pero ya habría tiempo más adelante para eso, en cuanto la Unión se hubiese retirado. Ya habría tiempo para todo tipo de cosas. Así que saludó con un asentimiento señorial y se marchó, seguido por sus dos sombras.

Tenía de su parte a Reachey y a Pálido como la Nieve. Había mantenido una pequeña charla con Wonderful, que a su vez le había transmitido sus palabras a los Caris de Dow, cuya lealtad se había fundido como la nieve. La mayoría de los hombres de Tenways se habían diseminado y Ojo Blanco Hansul había jugado la baza de defender sus propios intereses y había convencido a los demás para que hicieran lo mismo. Cabeza de Hierro y Dorado seguían odiándose mutuamente demasiado como para presentar una amenaza y el Extraño que Llama, por razones que Calder no alcanzaba a comprender, le trataba como a un viejo y apreciado amigo.

De hazmerreír a rey del mundo gracias a un solo mandoble de espada. Suerte. Algunos hombres la tienen, otros no.

—Ha llegado el momento de medir el alcance de la lealtad de Glama Dorado —afirmó Calder felizmente—. O de sus propios intereses, en cualquier caso.

Caminaron colina abajo en la oscuridad creciente. Las estrellas empezaban a asomar entre el tintado cielo y Calder sonreía pensando en el modo en que iba a hacer retorcerse a Dorado. En cómo iba a obligar a aquel cabrón engreído a hacerse un nudo en la lengua al intentar congraciarse con su nuevo jefe. En lo mucho que iba a disfrutar apretándole las tuercas. En cuanto alcanzaron una bifurcación en el camino, Deep giró a la izquierda, rodeando el pie de los Héroes.

—El campamento de Dorado está a la derecha —rezongó Calder.

—Cierto —contestó Deep, sin dejar de caminar—. Tienes un dominio absoluto de los puntos cardinales, lo que te pone un peldaño por encima de mi hermano en la escalera del conocimiento.

—A mí me parecen todos iguales —vociferó Shallow.

De repente, Calder notó algo punzante en la espalda. Algo frío y sorprendente, no del todo doloroso, pero tampoco placentero. Le costó un momento darse cuenta de lo que era, pero, cuando lo hizo, toda su jactancia lo abandonó como si la punta de ese puñal ya hubiera abierto un agujero.

Qué endeble es la arrogancia. Basta un pedazo de metal afilado para acabar con ella bruscamente.

—Vamos a ir por la izquierda —la punta del arma de Shallow volvió a presionarle la espalda y Calder echó a andar, con las manos en alto, mientras dejaba de esbozar su sonrisa burlona en la penumbra.

Había mucha gente a su alrededor. Hogueras rodeadas por rostros medio iluminados. Unos jugaban a los dados, otros inventaban mentiras sobre sus hazañas en la batalla y uno de ellos daba palmadas a la capa de alguien sobre la que habían caído algunas brasas extraviadas. Un grupo de Siervos borrachos pasaron a su lado, pero apenas los miraron. Nadie acudió al rescate de Calder, pues no vieron nada que les pareciese digno de mención. E incluso aunque así hubiera sido, les importaba una mierda. Como a la mayoría, por lo general.

—¿Adónde vamos? —inquirió Calder, aunque la única pregunta real era si habrían cavado ya su tumba o pensaban discutir después a quién le iba a tocar hacerlo.

—Ya lo verás.

—¿Por qué?

—Porque llegaremos allí.

—No. Me refiero a por qué estáis haciendo esto.

Los dos se echaron a reír a la vez, como si acabaran de oír un chiste.

—¿Crees que te estábamos vigilando por accidente en el campamento de Caul Reachey?

—No, no, no —canturreó Shallow—. No.

Ahora se estaban alejando de los Héroes. Había cada vez menos gente y menos hogueras. Ahí casi no había luces, salvo el círculo luminoso que proyectaba la antorcha de Deep sobre los sembrados. Cualquier esperanza de auxilio se desvanecía en la negrura a sus espaldas, junto a las bravatas y las canciones. Si Calder pretendía salvarse, más le valía intentar hacerlo él mismo. No se habían molestado en quitarle la espada. Pero ¿a quién quería engañar? Incluso aunque no hubiera tenido la mano derecha inutilizada, Shallow podría haberle rebanado el pescuezo una docena de veces antes de que fuese capaz de desenvainarla. Al otro lado de los oscuros campos, pudo intuir el contorno de una arboleda que se extendía hacia el norte. A lo mejor si echaba a correr...

—No —Shallow volvió a presionar a Calder en un costado con el puñal—. No ni no no no.

—En serio, no —insistió Deep.

—Tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Tengo dinero...

—Nadie posee un bolsillo lo suficientemente hondo como para competir con quien nos paga. Lo mejor que puedes hacer es obedecer cuanto te ordenen como un buen chico —Calder lo dudaba mucho pero, por muy inteligente que le gustara creerse, no se le ocurría ninguna alternativa mejor—. Sentimos tener que hacer esto, ¿sabes? Te respetamos mucho, igual que respetábamos mucho a tu padre.

—¿De qué me va a servir que lo sintáis?

Deep se encogió de hombros.

—De poco menos que nada, pero siempre nos tomamos la molestia de decirlo.

—Se cree que eso nos aporta clase —aseveró Shallow.

—Un cierto aire de nobleza.

—Oh, sí —afirmó Calder—. Sois un par de putos héroes.

—Un tipo que no es un héroe para nadie es lamentable —aseguró Deep—. Aunque sólo sea para sí mismo.

—O su mami —apostilló Shallow.

—O su hermano —Deep sonrió, mirando hacia atrás—. ¿Qué pensaba tu hermano de ti, señorito?

Calder pensó en Scale, que luchó en abrumadora minoría en aquel puente, esperando una ayuda que nunca llegó.

—Imagino que al final debió de pensar lo peor de mí.

—Yo tampoco derramaría demasiadas lágrimas por eso. Raro es el individuo que no resulta ser un villano para alguien. Incluso aunque sólo sea para sí mismo.

—O su hermano —susurró Shallow.

—Ya hemos llegado.

Una desvencijada granja había aparecido entre las tinieblas. Era grande y silenciosa, tenía las paredes de piedra cubiertas por enredaderas y los descascarillados postigos descolgados en las ventanas. Calder se percató de que era la misma en la que había dormido durante dos noches, pero ahora parecía mucho más siniestra. Como cualquier cosa cuando uno tiene un cuchillo en la espalda.

—Por aquí, por favor —le indicó Deep, mientras lo guiaba hacia el porche desprovisto de tejas que recorría el lateral de la casa y protegía una mesa podrida rodeada por unas sillas que se encontraban tiradas en el suelo. Una lámpara pendía suavemente de una alcayata en una de las columnas. Su luz alumbraba un patio cubierto de malas hierbas y una valla inclinada que separaba la granja de los campos de cultivo.

Había muchas herramientas apoyadas contra la valla. Palas, hachas y azadones, todas ellas cubiertas de barro como si un equipo de trabajadores las hubieran utilizado enérgicamente aquel día y hubiesen sido dejadas allí para volver a usarlas al día siguiente. Unas herramientas que servían para cavar. Calder notó que su miedo, que había disminuido ligeramente durante el paseo, volvía a dejarle helado. A través de un hueco en la valla, la luz de la antorcha de Deep iluminó un trecho de cosechas pisoteadas y tierra recién removida. Una tierra que se había acumulado en un montón que le llegaba hasta la altura de la rodilla, tan grande como los cimientos para un granero. Calder abrió la boca, quizá para rogar desesperadamente, para intentar negociar por última vez, pero fue incapaz de decir nada.

—Han trabajado muy duro —afirmó Deep, en el mismo momento en que un segundo montón surgió de la noche junto al primero.

—Como esclavos —añadió Shallow, a la vez que la luz revelaba un tercero.

—Dicen que la guerra es algo terrible, pero costaría encontrar a un enterrador que esté de acuerdo con esa afirmación.

Aquella última fosa aún no había sido tapada. A Calder se le erizó la piel cuando la antorcha iluminó sus contornos; tenía cinco pasos de ancho, quizá. El otro extremo se perdía entre las sombras. Deep se acercó a una esquina y miró hacia abajo.

—Puaj —clavó la antorcha en el suelo, se volvió y llamó haciendo señas a Calder—. Vamos, vamos. Caminar despacio no va a cambiar nada.

Shallow le dio un pequeño empujón y Calder avanzó pesadamente, mientras notaba que se le iba cerrando la garganta cada vez que respiraba a medida que iba viendo mejor, tras dar un paso vacilante tras otro, los costados de la fosa.

Vio tierra, guijarros y raíces de cebada. Luego, una mano pálida. Después, un brazo desnudo. A continuación, cadáveres. Luego, muchos más. La fosa estaba llena de cuerpos, amontonados en una siniestra maraña. Eran los desperdicios de la batalla.

La mayoría estaban desnudos, pues los habían despojado de todo. ¿Acabaría algún enterrador quedándose la excelente capa de Calder? A la luz de la antorcha, la sangre y la suciedad tenían el mismo color. Conformaban manchas negras sobre la blanca piel de los muertos. Era complicado distinguir a qué cuerpo pertenecían esas piernas y esos brazos retorcidos.

¿Acaso todos esos cuerpos habían sido unos hombres hacía tan sólo un par de días? ¿Hombres con ambiciones y esperanzas a los que les importaban ciertas cosas? Ahí había un montón de historias inacabadas, que habían sido cortadas de cuajo. Esa era la recompensa de los héroes.

Sintió que algo cálido le recorría la pierna y, entonces, se dio cuenta de que se había meado encima.

—No te preocupes —dijo Deep con un tono de voz comprensivo, como si fuera un padre que le hablara a su hijo asustado—. Sucede a menudo.

—Nosotros hemos visto de todo.

—Y eso es quedarse corto.

—Ponte ahí —Shallow le guió hasta donde quería, agarrándolo de los hombros, y le hizo volverse hasta situarlo de cara al foso, inerte e indefenso. Uno nunca piensa que hará mansamente todo lo que le pidan cuando se enfrente al momento de su muerte. Pero todo el mundo lo hace—. Ve un poco más a la izquierda —le pidió, mientras lo guiaba un paso hacia la derecha—. Eso es la izquierda, ¿verdad?

—Eso es la derecha, animal.

—¡Joder! —Shallow tiró aún más fuerte de Calder y éste resbaló sobre el borde de la fosa, haciendo caer varios montones de tierra sobre los cuerpos. Shallow lo agarró y lo enderezó—. ¿Ahí?

—Ahí —contestó Deep—. Vale, muy bien.

Calder permaneció inmóvil, miró hacia abajo y se echó a llorar en silencio. Ya no le parecía que la dignidad fuese una virtud tan importante. Dentro de poco, tendría aún menos importancia. Se preguntó cuán profundo sería el foso. Con cuántos

cadáveres lo compartiría cuando mañana alguien tomara esas herramientas y apilara tierra sobre ellos. ¿Cien? ¿Doscientos? ¿Más?

Observó al que estaba más cerca, justo bajo sus pies. Aquello tenía una enorme herida negra en la parte trasera de la cabeza. Aquello no, ese hombre, se corrigió Calder, pese a que le costaba verlo como un hombre. Pues era una cosa, despojada de toda identidad. Despojada de todo... a menos que...

El rostro de Dow el Negro... si bien tenía la boca abierta y medio llena de tierra, era el Protector del Norte, de eso no cabía duda. Casi parecía que estaba sonriendo; además, tenía un brazo estirado, como dando la bienvenida a Calder, a un viejo amigo, a la tierra de los muertos. De vuelta al barro, ciertamente. Con qué rapidez puede pasar uno de ser dueño y señor de todo a ser un montón de carne tirado en un agujero.

Las lágrimas corrieron por el rostro acalorado de Calder y relucieron a la luz de la antorcha mientras caían al foso, donde abrieron surcos entre la suciedad que cubría la fría mejilla de Dow el Negro. Haber muerto en el círculo habría sido una honda decepción, pero ésa era peor aún, ¿no? Iba a morir en una fosa común y su destino sería ignorado por aquellos que lo amaban e incluso por los que le odiaban.

Estaba sollozando como un bebé, hinchando las doloridas costillas, mientras contemplaba el foso y los cadáveres desdibujados a través de sus saladas lágrimas.

¿Cuándo lo iban a hacer? Seguramente, ahora, sí, ya. Una brisa se alzó y enfrió las lágrimas de su rostro. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos con fuerza y gimió como si pudiese notar ya el cuchillo penetrando en su espalda. Como si el metal ya estuviese dentro de él. ¿Cuándo lo iban a hacer? Probablemente, ahora...

El viento amainó y le pareció escuchar un tintineo. Entonces, oyó unas voces a sus espaldas, que provenían de la casa. Permaneció inmóvil un rato más, sollozando cada vez que inhalaba aire.

—Tenemos pescado para empezar —dijo alguien.

—Excelente.

Calder se fue volviendo lentamente, temblando, estremeciéndose, realizando un esfuerzo descomunal para poder llevar a cabo cada movimiento.

Deep y Shallow se habían desvanecido. Su antorcha parpadeaba abandonada al borde del foso. Más allá de la desvencijada verja, bajo el desvencijado porche, se hallaba la vieja mesa, que había sido cubierta con un mantel y estaba siendo preparada para la cena. Un hombre extraía unos platos de una gran cesta. Otro aguardaba sentado en una de las sillas. Calder se enjugó las lágrimas con el dorso de su temblorosa mano, pues no se fiaba de lo que le estaban indicando sus sentidos. El hombre de la silla era el Primero de los Magos.

Bayaz sonrió.

—¡Caramba, pero si es el Príncipe Calder! —exclamó, como si se hubieran encontrado por accidente en el mercado—. ¡Únase a mí, haga el favor!

Calder se limpió los mocos del labio superior, esperando aún que un cuchillo saliese despedido de entre las tinieblas. Después, muy lentamente, con las rodillas temblándole de tal manera que podía oírlas golpear contra el interior de sus húmedos pantalones, se encaminó hacia el porche a través de un hueco en la cerca.

El sirviente enderezó una de las sillas caídas, le quitó el polvo y se la señaló con la palma de la mano abierta. Calder se hundió en ella, conmocionado, todavía llorando ligeramente, y observó cómo Bayaz pinchaba un trozo de pescado con un tenedor, se lo llevaba a la boca y lo masticaba de manera deliberadamente lenta hasta tragarlo.

—Entonces, el Torrente Blanco seguirá siendo la frontera norte de Angland.

Calder permaneció un momento sentado en silencio y fue consciente de que lanzaba un ligero resoplido por la nariz cada vez que respiraba, pero era incapaz de evitarlo. Acto seguido, parpadeó y finalmente asintió.

—La comarca entre el Torrente Blanco y el Cusk, incluida la ciudad de Uffrith, será gobernada por el Sabueso. Pasará a ser un protectorado de la Unión, con seis representantes en el Consejo Abierto.

Calder volvió a asentir.

—El resto del Norte hasta el Crinna será suyo —Bayaz se llevó el último trozo de pescado a la boca y dibujó un círculo con el tenedor en el aire—. Los territorios situados más allá del Crinna pertenecen al Extraño que Llama.

El día anterior Calder podría haberle lanzado una puya desafiante, pero en lo único en lo que podía pensar ahora era en lo afortunado que se sentía de no estar desangrándose sobre el barro y en lo mucho que deseaba seguir entero.

—Sí —replicó con voz ronca.

—¿No necesita tiempo para... rumiarlo un poco?

¿Una eternidad en un foso lleno de cadáveres, quizás?

—No —susurró Calder.

—¿Perdón?

Calder respiró honda y temblorosamente.

—No.

—Bien —entonces, Bayaz se limpió los labios con una servilleta y alzó la mirada—. Así está mucho mejor.

—Muchísimo mejor —aseveró el sirviente del pelo rizado, con una sonrisa traviesa dibujada en su faz, mientras retiraba el plato de Bayaz y lo cambiaba por otro limpio. Una sonrisa probablemente muy parecida a la que solía exhibir Calder, pero le agradó tanto verla en el rostro de otro hombre como le habría agradado ver a otro follándose a su esposa. En ese instante, el sirviente retiró el cobertor de un plato con una floritura.

—¡Ah, la carne, la carne! —Bayaz observó cómo el sirviente manejaba el cuchillo para cortarla en finísimas rodajas con una pericia cegadora—. El pescado está muy bien, pero la cena no empieza de verdad hasta que no te han servido algo que sangra.

A continuación, el sirviente añadió unas verduras con la destreza de un prestidigitador; después, se volvió con su sonrisa burlona hacia Calder.

A Calder le pareció que había algo extraño e irritantemente familiar en él. Le parecía que tenía su nombre en la punta de la lengua. ¿Acaso alguna vez lo había visto visitar a su padre, ataviado con una elegante capa? ¿O junto a la hoguera de Cabeza de Hierro con un casco de Cari en la cabeza? ¿O junto al Extraño que Llama con la cara pintada y pedazos de hueso en las orejas?

—¿Quiere carne, señor?

—No —contestó Calder con un susurro, quien sólo podía pensar en toda la carne que había amontonada en las fosas apenas a unos cuantos pasos de allí.

—¡De verdad que debería probarla! —exclamó Bayaz—. ¡Adelante, ponle un poco! Y ayuda al príncipe a partirla, Yoru, ya que tiene la mano derecha herida.

Yoru sirvió a Calder la carne, que chorreaba un jugo sangriento que centelleó entre la penumbra, y, acto seguido, se dispuso a cortarla con una velocidad aterradora, haciendo que Calder se estremeciera con cada movimiento del cuchillo.

Al otro lado de la mesa, el Mago ya estaba masticando satisfecho.

—Debo reconocer que no me gustaron del todo los derroteros por los que transcurrió nuestra última conversación. En cierto modo, me recordó usted a su padre —Bayaz hizo una pausa, como si esperase una respuesta, pero Calder no tenía ninguna que dar—. Lo digo como un pequeño elogio y como una gran advertencia. Durante muchos años, su padre y yo nos... entendimos bastante bien.

—Para lo que le sirvió.

El brujo alzó las cejas.

—¡Qué poca memoria tiene su familia! ¡Por supuesto que le sirvió! De mí obtuvo regalos y todo tipo de ayudas y buenos consejos. ¡Y bien que prosperó! ¡Pasó de ser

un jefecillo de tercera a ser el Rey de los Hombres del Norte! ¡Forjó una nación donde antes sólo había un montón de campesinos malhumorados y estiércol! —el filo del cuchillo de Bayaz chirrió al rozar el plato y su voz adoptó un tono mucho más duro—. Pero la gloria lo volvió arrogante y olvidó las deudas que había contraído, de modo que se atrevió a enviar a sus malcriados hijos a plantearme exigencias. *Exigencias* —masculló el Mago, mientras sus ojos centelleaban desde las sombras de sus cuencas—. A *mí.*

Calder notó cómo se le iba formando un incómodo nudo en la garganta mientras Bayaz se recostaba sobre su respaldo.

—Bethod decidió renunciar a nuestra amistad, sus aliados lo abandonaron, todos sus grandes logros se marchitaron y murió de manera sangrienta para acabar enterrado en una tumba sin marcar. He ahí una buena lección. Si su padre hubiese saldado sus deudas, quizás todavía seguiría siendo Rey de los hombres del Norte. Tengo la esperanza de que usted aprenda de sus errores y recordará cuánto me debe.

—Yo no le debo nada.

—¿Cree... que... no? —Bayaz enfatizó cada una de esas palabras curvando cada vez más los labios—. Nunca podrá saber, ni siquiera llegará a comprender, las muchas maneras en las que he intercedido en su favor.

El sirviente arqueó una ceja.

—La lista es muy larga.

—¿No pensará que todo le ha salido a pedir de boca porque es encantador? ¿O astuto? ¿O inusualmente afortunado?

De hecho, eso era justo lo que pensaba Calder.

—¿Acaso fue el encanto lo que le salvó de los asesinos de Reachey cuando estaba reclutando gente o fueron los dos pintorescos hombres del Norte que envié para que lo vigilaran?

Calder no fue capaz de dar una respuesta.

—¿Fue su astucia lo que le salvó en la batalla o el hecho de que ordenara a Brodd Tenways que lo mantuviera alejado de todo daño?

Ante aquello aún tenía menos que decir.

—¿Tenways? —susurró.

—En ocasiones, resulta difícil distinguir a los amigos de los enemigos. Le pedí que actuase como si fuera un fiel seguidor de Dow el Negro. A lo mejor era un actor demasiado bueno. Tengo entendido que ha muerto.

—Cosas que pasan —replicó Calder con voz ronca.

—No a usted —el «todavía» quedó implícito, pero, aun así, resultó ensordecedor—. ¡Incluso después de haberse enfrentado en un duelo a muerte con Dow el Negro! ¿Y acaso fue la suerte lo que inclinó la balanza a su favor cuando el Protector del Norte yacía muerto a sus pies o fue mi viejo amigo el Extraño que Llama?

Calder se sintió como si se hubiese hundido en arenas movedizas hasta el pecho y hasta entonces no se hubiera dado cuenta.

—¿Es uno de sus hombres?

Bayaz ni se rio ni se regodeó. Más bien, parecía aburrido.

—Le conozco desde que todavía lo llamaban Pip. Pero los grandes hombres necesitan grandes nombres, ¿eh, Calder el Negro?

—Pip —musitó éste, intentando encajar al gigante con el nombre.

—Pero yo no se lo diría a la cara.

—No le llego a la cara.

—Pocos lo hacen. Quiere llevar la civilización a los pantanos.

—Le deseo mucha suerte.

—Guárdese esa suerte para usted. Es a usted a quien se la he otorgado.

Calder estaba demasiado ocupado intentando desentrañar toda aquella maraña de intrigas.

—Pero... el Extraño que Llama luchó por Dow. ¿Por qué no le pidió que pelease por la Unión? Así, podrían habernos ganado durante la segunda mañana de batalla y habernos ahorrado a todos un...

—No estaba satisfecho con mi primera oferta —respondió Bayaz, a la vez que empalaba agriamente un par de verduras con su tenedor—. En cuanto demostró su valía, tuve que hacerle otra mejor.

—¿Todo esto ha ocurrido porque no se pusieron de acuerdo en el precio?

El Mago ladeó la cabeza.

—¿Qué se pensaba que era una guerra? —esa noción se fue hundiendo lentamente en el silencio que se hizo entre ellos como un barco con toda su tripulación—. Muchos otros tienen deudas contraídas conmigo.

—Como Escalofríos.

—No —le corrigió el sirviente—. Su intervención fue un feliz accidente.

Calder parpadeó.

—Sin él... Dow me habría hecho pedazos.

—Los buenos planes no impiden que sucedan ciertos eventos inesperados —aseveró Bayaz—, sino que los permiten. Un buen plan es aquel en el que todo hecho casual puede ser usado en su favor. No soy un jugador tan torpe como para hacer una única apuesta. Pero el Norte siempre se ha caracterizado por carecer de buen material con el que jugar y reconozco que usted es mi juguete preferido. No es ningún héroe, Calder. Y eso me gusta. Ve a los hombres tal y como son. Posee la astucia, la ambición y la crueldad de su padre, pero no su orgullo.

—El orgullo siempre me ha parecido una manera de malgastar esfuerzos —murmuró Calder—. Todo el mundo sirve a alguien.

—Si mantiene eso en mente, prosperará. Si lo olvida, bueno... —Bayaz se llevó un pedazo de carne a la boca y masticó ruidosamente—. Mi consejo sería que mantuviera esa fosa llena de cadáveres siempre a sus pies. Que tuviera siempre presente esa sensación que ha experimentado al mirar hacia ahí abajo, esperando la muerte. Esa espantosa indefensión. El cosquilleo mientras aguardaba el cuchillo. Cómo se ha lamentado por todo lo que todavía no había hecho. Cuánto ha temido por la seguridad de aquellos que va a dejar atrás —entonces, le ofreció una deslumbrante sonrisa—. Empiece cada mañana y termine cada día al borde de esa fosa. Recuérdela bien porque la desmemoria es la maldición del poder. Y, entonces, podría encontrarse una vez más en pie ante su propia tumba, sólo que esa vez el final será mucho menos feliz. Para que eso suceda, le bastará con desafiarme.

—Me he pasado los últimos diez años de mi vida hincando la rodilla delante de un hombre u otro —Calder no tenía por qué mentir. En su día, Dow el Negro le había dejado vivir; después, le había exigido obediencia y, por último, lo había amenazado. Y mira como había terminado todo—. Mis rodillas se doblan con facilidad.

El Mago se relamió los labios mientras tragaba un último trozo de zanahoria y arrojaba los cubiertos sobre el plato.

—Lo cual me alegra. No puede imaginarse la cantidad de conversaciones parecidas que he mantenido con hombres de rodillas recias. He dejado de tener paciencia con ese tipo de gente. Pero puedo ser muy generoso con aquellos que entran en razón. Puede que, en algún momento, envíe a alguien para pedirle algún... favor. Cuando llegue ese día, espero que no me decepcionará.

—¿Qué tipo de favores?

—Del tipo que impedirán que vuelva a encontrarse siendo guiado por el camino equivocado por unos hombres armados con cuchillos.

Calder se aclaró la garganta.

—Ese tipo de favores siempre estaré dispuesto a concederlos.

—Bien. A cambio, recibirá abundante oro.

—¿En eso consiste la generosidad de los Magos? ¿En oro nada más?

—¿Qué esperaba, una bragueta mágica? Esto no es un cuento infantil. El oro lo es todo y todo lo compra. Poder, amor y seguridad. Es a la vez espada y escudo. No se puede dar mayor regalo. En cualquier caso, resulta que tengo otro —Bayaz hizo entonces una pausa, como un bromista a punto de contar el final de un chiste—. La vida de su hermano.

A Calder notó se le contrajo la cara. ¿Era un gesto de esperanza o de decepción?

—Scale está muerto.

—No. Perdió la mano derecha en el Puente Viejo, pero sigue vivo. La Unión piensa liberar a todos los prisioneros. Como gesto de buena voluntad, como parte del histórico acuerdo de paz que acaba de aceptar sumamente agradecido. Podrá recoger a ese cabeza de chorlito mañana al mediodía.

—¿Qué debo hacer con él?

—No tengo intención alguna de indicarle qué ha de hacer con su regalo, pero uno no llega a rey sin hacer sacrificios. Y usted quiere ser rey, ¿verdad?

—Sí —las cosas habían cambiado mucho desde el inicio de la velada, pero de eso Calder estaba más seguro que nunca.

El Primero de los Magos se levantó y cogió su cayado mientras el sirviente se disponía a recoger ágilmente los platos.

—Entonces, un hermano mayor siempre es una terrible molestia.

Calder observó un momento cómo el Mago miraba tranquilamente los campos envueltos en sombras como si estuvieran llenos de flores en vez de cadáveres.

—¿Ha comido aquí, a una meada de distancia de una fosa común... sólo para demostrarme lo despiadado que es?

—¿Acaso todo debe tener un motivo siniestro? He comido aquí porque tenía hambre —Bayaz ladeó la cabeza mientras miraba desde arriba a Calder. Como un pájaro a un gusano—. Las tumbas no significan nada para mí.

—¿Y los cuchillos —murmuró Calder— y las amenazas y los sobornos y la guerra?

Los ojos de Bayaz resplandecieron bajo la luz de la lámpara.

—¿Sí?

—¿Qué clase de mago es usted?

—La clase de mago a la que uno obedece.

El sirviente fue a recoger su plato, pero Calder lo agarró de la muñeca antes de que pudiera hacerlo.

—Déjalo. Puede que me entre hambre más tarde.

El Mago sonrió al oír aquello.

—¿Qué te había dicho, Yoru? Tiene más estómago de lo que tú pensabas —dijo, mientras se despedía agitando la mano por encima del hombro mientras se alejaba—. Creo que, por ahora, el Norte está en buenas manos.

El sirviente de Bayaz tomó la cesta, descolgó la lámpara y siguió a su amo.

—¿Y el postre? —gritó Calder tras ellos.

El sirviente le dedicó una última sonrisa burlona.

—Lo tiene Dow el Negro.

La luz de la lámpara los siguió alrededor de la casa hasta que ambos desaparecieron, dejando a Calder hundido en su silla de mimbre en mitad de la oscuridad, respirando profundamente, dominado por una mezcla de decepción desoladora y de un alivio más desolador aún.

Su justo merecido

Mi querido y leal amigo:

Me complace enormemente poder informarle de que se han dado las circunstancias adecuadas para que pueda invitarle de regreso a Adua, donde asumirá una vez más su puesto entre los Caballeros de la Escolta Regia y su justo lugar como mi Primer Guardia.

Se ha echado mucho en falta su presencia. Durante su ausencia, sus cartas han sido un consuelo y una fuente de alegrías constante. Cualquier ofensa que pudiese haber cometido por su parte, hace tiempo que se la perdoné. Ante cualquier ofensa que pueda haber cometido yo, espero sinceramente que pueda hacer lo mismo. Por favor, hágame saber que todo podrá volver a ser como era antes de Sipani.

Su soberano,

Su Alteza Imperial, Rey de Angland, Starikland y Midderland, Protector de Westport y Dagoska, Su Augusta Majestad...

Gorst no pudo seguir leyendo. Cerró los párpados al notar que las lágrimas le asomaban a los ojos y apretó el arrugado papel contra su pecho igual que se abraza a una amante. ¿Cuán a menudo había soñado el pobre, burlado y exiliado Bremer dan Gorst con aquel momento? *¿Estoy soñando ahora?* Entonces, se mordió la dolorida lengua y el dulce sabor de la sangre fue un alivio. Abrió los párpados y dejó que las lágrimas fluyesen libremente; acto seguido, estudió la carta a través del brillante líquido.

Querido y leal amigo... justo lugar como Primer Guardia... consuelo y una fuente de alegrías... como era antes de Sipani. Como era antes de Sipani...

Gorst frunció el ceño. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y miró la fecha. La carta había sido enviada hacía seis días. *Antes de que luchase en los vados, en el puente, en los Héroes. Antes incluso de que hubiese comenzado la batalla.* Apenas sabía si reír o llorar y, al final, hizo ambas cosas, se estremeció soltando unas risitas llorosas, mientras salpicaba la carta con gozosas gotas de saliva.

¿Qué más daba el porqué? *Tengo lo que me merezco.*

Salió de la tienda y se sintió como si nunca hubiese disfrutado de la luz del sol con anterioridad. Disfrutó del simple placer de sentir esa calidez vital sobre su rostro y la caricia de la brisa. Observó a su alrededor con los ojos empapados y maravillados. El terreno que se inclinaba hacia el río, que había sido un cenagal cubierto de basura cuando había entrado en la tienda, había pasado a ser un delicioso jardín lleno de color. Repleto de rostros esperanzados y charlas agradables. De risas y trinos.

—¿Está bien? —Rurgen parecía ligeramente preocupado, o al menos esa impresión le dio a Gorst a través de sus ojos llorosos.

—He recibido una carta del rey —respondió con un tono de voz muy agudo, sin importarle ya cómo sonase su voz.

—¿De qué se trata? —preguntó Younger—. ¿Son malas noticias?

—No, muy buenas —contestó Gorst, agarrando a Younger por los hombros y apretando con tal fuerza que le hizo gemir—. Las mejores que podríamos esperar —añadió, a la vez que enganchaba a Rurgen con el otro brazo y los abrazaba a ambos, levantándolos del suelo igual que un padre cariñoso abrazaría a sus hijos—. Volvemos a casa.

Gorst caminó con un contoneo muy poco habitual. No llevaba armadura y se sentía tan ligero como si en cualquier momento fuese a saltar hacia el soleado cielo. Hasta el aire le parecía más dulce, a pesar de que todavía acarreaba un ligero olor a letrinas que se filtró a través de sus fosas nasales. Todas las heridas, todas las incomodidades y los dolores, todas las mezquinas decepciones que había sufrido se fundieron ante aquel resplandor abrumador.

He vuelto a nacer.

El camino hacia Osrung (o, más bien, hacia las ruinas humeantes de lo que había sido Osrung) se encontraba repleto de caras sonrientes. Unas rameras le lanzaron varios besos desde el asiento de un carromato y Gorst se los devolvió. Un muchacho tullido lanzó un hurra y Gorst le alborotó jovialmente el pelo. Al frente de una columna de heridos que avanzaba lentamente en dirección opuesta, un soldado con muletas lo saludó con un asentimiento y Gorst le dio un abrazo, lo besó en la frente y siguió avanzando, sonriente.

—¡Gorst, es Gorst! —le jalearon algunos, y Gorst sonrió y alzó un puño cubierto de postillas. *¡Bremer dan Gorst, héroe del campo de batalla! ¡Bremer dan Gorst, el confidente del monarca! ¡Un Caballero de la Escolta Regia, Primer Guardia del Gran Rey de la Unión, noble, justo y amado por todos! Si, podría hacer cualquier cosa. Podría tener cualquier cosa.*

Las escenas de alegría se sucedían en todas partes. Un hombre con galones de sargento estaba siendo casado por el coronel de su regimiento con una mujer con cara de pan que llevaba flores en el pelo, mientras sus camaradas silbaban de manera insinuante. Un nuevo alférez, de aspecto absurdamente joven, desfilaba feliz portando los colores de su regimiento como ceremonia de iniciación. El sol dorado de la Unión ondeaba orgullosamente al viento. *¿Podría ser una de esas banderas que Mitterick perdió de manera tan descuidada hace tan sólo un día? Qué rápido olvidamos algunas ofensas. Sí, los incompetentes se ven recompensados junto a los agraviados.*

Como para ilustrar aquella reflexión, Gorst divisó a Felnigg junto al camino, vestido con su nuevo uniforme, rodeado de sus oficiales de alta graduación mientras abroncaba despiadadamente a un lloroso y joven teniente que se encontraba junto a un carro volcado, de cuyo interior se habían desparramado por el suelo, como tripas de una oveja muerta, varias armas, equipo y, lo más raro de todo, un arpa.

—¡General Felnigg! —exclamó Gorst enérgicamente—. ¡Enhorabuena por su ascenso! —*No podrían haber ascendido a un borracho pedante que menos se lo mereciera.* Se planteó brevemente la posibilidad de desafiarle al duelo que no había tenido el valor de exigirle dos noches antes. Luego, la de darle una bofetada del revés que lo enviara rodando a una zanja. *Pero tengo otras cosas que hacer.*

—Gracias, coronel Gorst. Querría que supiera lo mucho que admiro su...

Gorst no se molestó ni en buscar excusas. Sencillamente siguió adelante, apartando a los oficiales del estado mayor de Felnigg —la mayoría de los cuales habían sido hasta hacía poco los oficiales de Kroy— igual que un arado abre el suelo a su paso, dejándoles chasqueando la lengua y jadeantes a su paso. *Al diablo todos. Soy libre. ¡Libre!* Entonces, dio un salto y lanzó un puñetazo al aire.

Incluso le dio la impresión de que los heridos que se hallaban cerca de las chamuscadas puertas de Osrung se encontraban felices cuando pasaba a su lado. Incluso les dio palmaditas en el hombro a la vez que murmuraba banales palabras de ánimo. *¡Podéis compartir mi felicidad, tullidos y moribundos! ¡Tengo de sobra para repartir entre todos!*

Y allí estaba, entre ellos, repartiendo agua. *Como la Diosa de la misericordia. Oh, sí, alivia mi dolor.* Ahora no tenía temor alguno. Sabía lo que tenía que hacer.

—¡Finree! —exclamó. Después, se aclaró la garganta y volvió a intentarlo, con un tono un poco más grave—. Finree.

—Bremer. Pareces tan... feliz —comentó ella alzando una ceja, como si una sonrisa en su rostro fuese tan incongruente como en un caballo o una roca o un cadáver. *Pues ve acostumbrándote a esta sonrisa, ¡porque ha llegado para quedarse!*

—Lo soy, muy feliz. Quería decirte... —*Que te quiero*— Adiós. Regreso a Adua esta tarde.

—¿De verdad? Yo también —a Gorst le dio un vuelco el corazón—. Bueno, tan pronto como mi esposo esté lo suficientemente recuperado como para viajar —entonces, su corazón se hundió en las simas de la desesperación—. Pero dicen que no tardará mucho —Finree parecía irritantemente encantada ante tal perspectiva.

—Bien. Bien —*que se joda.* Gorst se dio cuenta entonces de que había cerrado el puño y se obligó a abrirlo. *No, no, olvídale. El no es importante. Yo soy el ganador y éste es mi gran momento*—. He recibido una carta del rey esta mañana.

—¿De verdad? ¡Nosotros también! —exclamó Finree, mientras lo agarraba del brazo con los ojos resplandecientes. El corazón volvió a darle un vuelco, como si su tacto fuese una segunda carta de Su Majestad—. ¡Hal va a recuperar su asiento en el Consejo Abierto! —miró furtivamente a su alrededor y después susurró con ronca precipitación—. ¡Van a nombrarle Lord Gobernador de Angland!

Se produjo una larga e incómoda pausa mientras Gorst asimilaba esa información. *Como una esponja absorbe un charco de orina.*

—¿Lord Gobernador? —era como si una nube hubiese tapado el sol. Ya no sentía la misma calidez sobre el rostro.

—A que es increíble, ¿eh? Al parecer, habrá un desfile.

—Un desfile —*de zorras.* Empezó a soplar, en ese instante, un viento frío que le alzó los faldones de la camisa—. Se lo merece —*¿Por estar en un puente reventado por el enemigo le hacen un desfile?*—. Os lo merecéis —*¿Y dónde está mi desfile?*

—¿Y tu carta?

¿Mi carta? ¿Mi patética y vergonzosa carta?

—Oh... el rey me ha solicitado que retome mi antiguo puesto como Primer Guardia —por algún motivo, fue incapaz de transmitir el entusiasmo que había sentido al abrirla. *¡A mino me ha nombrado gobernador, oh, no! ¡Nada ni remotamente similar a gobernador! Mi recompensa consiste en ser el primero en llevar de la mano al rey. El primero en comerle la polla. ¡No se moleste en limpiarse el culo, Su Majestad, permita que sea yo quien se lo limpie!*

—¡Qué gran noticia! —Finree sonrió como si todo hubiera acabado bien—. La guerra está llena de oportunidades, después de todo, por terrible que pueda ser.

Es una noticia de lo más vulgar. Mi gran triunfo se ha echado a perder. Mi corona de laurel ha terminado podrida.

—Pensaba... —se dio cuenta de que estaba esbozando un gesto de contrariedad en el rostro. No pudo seguir manteniendo la sonrisa ni un momento más—. Mi éxito parece ahora más bien insignificante.

—¿Insignificante? Por supuesto que no, no quería decir...

—Nunca tendré nada que merezca la pena, ¿verdad?

Finree parpadeó.

—Yo...

—Nunca serás mía.

Finree abrió los ojos como platos.

—¿Cómo dices?

—Que nunca serás mía, ni tú ni nadie como tú —el rubor cubrió las pecosas mejillas de Finree—. Así que permíteme que sea sincero. Dices que la guerra es terrible, ¿eh? —susurró frente a su horrorizado semblante—. ¡Y una *mierda!* ¡Sí, eso es lo que digo yo! *¡Joder,* yo amo la guerra! —las palabras salían de sus labios a borbotones. No podía detenerlas y tampoco quería—. En los salones, los somnolientos patios y los bellos parques de Adua soy un chiste con voz de pito. Una vergüenza con voz de falsete. Un payaso ridículo —se acercó más a ella, disfrutando al ver que se estremecía. *Sólo de esta manera será consciente de que realmente existo. Pues, muy bien, que así sea*—. Pero ¿en el campo de batalla? En el campo de batalla soy un *dios.* Amo la guerra. El acero, el olor, los cadáveres. Ojalá hubiera más. El primer día hice retroceder yo solo a los hombres del Norte en los vados. ¡Yo solo! ¡El segundo, rechacé su asalto al puente! ¡Yo solo! ¡Y ayer subí a los Héroes! *¡Amo* la guerra! Desearía... Desearía que no hubiese terminado. Desearía... Desearía. ..

Pero mucho antes de lo que había esperado, se le agotaron las palabras. Se quedó allí respirando con dificultad, mirando fijamente a Finree. Como un hombre que hubiera intentado estrangular a su esposa y recuperara de repente el juicio. No tenía ni idea de qué hacer a continuación. Se volvió para huir, pero la mano de Finree seguía posada sobre su brazo, y ahora sus dedos le apretaron con fuerza, impidiéndole marchar.

El rubor de la conmoción estaba desapareciendo del rostro de ella, sustituido por una furia creciente.

—¿Qué sucedió en Sipani? —preguntó, apretando con fuerza la mandíbula.

Y ahora fueron las mejillas de Gorst las que ardieron. Como si el mero hecho de oír ese nombre hubiera sido como recibir una bofetada.

—Fui traicionado —intentó enfatizar esta última palabra para que se clavase en ella como una puñalada, pues era así como se sentía él, pero su voz había perdido

todo su filo—. Hicieron de mí un chivo expiatorio —y, efectivamente, su lamento sonó igual que un balido—. A pesar de toda mi lealtad, de toda mi diligencia... —buscó más palabras, pero su voz no estaba acostumbrada a pronunciarlas y se disolvió en un gimoteo. Finree le mostró los dientes, furiosa.

—Me contaron que cuando atacaron al rey estabas inconsciente, borracho en compañía de una puta —Gorst tragó saliva. Pero no podía negarlo. Recordó cómo había salido tambaleándose de aquella habitación, con la cabeza dándole vueltas, mientras intentaba abrocharse el cinturón y desenvainar la espada al mismo tiempo—. Me contaron que no era la primera vez que actuabas de un modo tan deshonroso y que el rey ya te había perdonado con anterioridad, y que el Consejo Cerrado no le permitió hacerlo de nuevo —Finree lo miró de arriba abajo y torció la boca—. Así que eres un dios en el campo de batalla, ¿eh? Los dioses y los diablos pueden resultamos muy parecidos a nosotros los mortales. Has estado en un vado, en un puente y en una colina, ¿y qué has hecho allí salvo matar? ¿Acaso has hecho algo que merezca la pena? ¿Acaso has ayudado a alguien?

Gorst permaneció un momento en silencio y perdió todo su arrojo. *Tiene razón. Y nadie lo sabe mejor que yo.*

—No, no he hecho nada que merezca la pena y no he ayudado a nadie —susurró.

—Así que amas la guerra. Solía pensar que eras un hombre decente. Pero ahora veo que estaba equivocada —afirmó, clavándole el dedo índice en el pecho—. Eres un *héroe.*

Finree se volvió, lanzándole una última mirada de desprecio atroz, y lo dejó solo entre los heridos, quienes ya no le parecían tan felices como antes. La mayoría parecían sufrir enormemente. Los trinos de los pájaros volvían a ser graznidos de cuervos. Su euforia no había sido más que un castillo de arena que la inmisericorde marea de la realidad se había llevado por delante. Se sintió petrificado.

¿Estoy condenado a sentirme siempre así? Entonces, se le ocurrió una idea de lo más incómoda. *¿Me sentía ya así... antes de Sipani?* Gorst observó a Finree con el ceño fruncido mientras desaparecía en el interior del hospital de campaña. *Ahí regresa junto a su hermoso y joven majadero.* Se dio cuenta demasiado tarde de que debería haber señalado que había sido él quien había salvado a su marido. *Uno nunca dice lo correcto en el momento adecuado.* Si alguna expresión se quedaba corta a la hora de enunciar una verdad, sin duda era aquélla. Gorst dejó escapar un suspiro épico y demoledor. *Por eso siempre mantengo la boca cerrada.*

Se dio media vuelta y se alejó pesadamente hacia la penumbrosa tarde, con los puños apretados, contemplando enfurruñado los Héroes, que asomaban como dientes negros recortados frente al cielo desde lo alto de su solemne colina.

Por los Hados, necesito pelear con alguien. Con quien sea.

Pero la guerra había terminado.

Calder el negro

—Sólo tienes que asentir.

—¿Asentir?

Escalofríos se volvió para mirarle y asintió en silencio.

—Tú asiente y lo haré.

—Así de sencillo —murmuró Calder, quien se hallaba encorvado sobre su silla de montar.

—Sí, así de sencillo.

Era muy fácil. Sólo tenía que asentir y podría ser rey. Sólo tenía que asentir y mataría a su hermano.

Hacía calor, un par de jirones de nubes pendían del cielo azul sobre los riscos, las abejas zumbaban sobre las flores amarillas que bordeaban la cebada y el río centelleaba con un resplandor plateado. El último día cálido, quizá, antes de que el otoño espantase al verano y dejase el camino despejado para la llegada del invierno. Debería haber sido un día para soñar perezosamente y mojar los pies en la corriente. A cien pasos río abajo, quizá, unos cuantos hombres del Norte se habían desnudado y estaban haciendo precisamente eso. Un poco más allá, en la orilla opuesta, una docena de soldados de la Unión hacían lo mismo. La risa de ambos grupos llegaba ocasionalmente hasta los oídos de Calder por encima del alegre chapoteo del agua. Aunque habían sido enemigos acérrimos el día anterior, ahora jugaban como niños, lo suficientemente cerca unos de otros como para salpicarse.

Habían sellado la paz. Y eso tenía que ser algo bueno.

Durante meses llevaba predicándola, esperando su llegada, conspirando para obtenerla, con la ayuda de pocos aliados y menos recompensas aún. Pero allí estaba. Si alguna vez había habido un día para sonreír era aquél, pero, en esos momentos, Calder podría haber levantado uno de los Héroes con más facilidad que las comisuras de sus labios. Su encuentro con el Primero de los Magos había estado pesando profundamente en su ánimo durante toda una noche de insomnio. Eso y el hecho de saber que tenía que acudir a ese encuentro al que ahora se dirigía.

—¿No es ése de ahí?

—¿Dónde? —sólo había un hombre en el puente y no le resultaba familiar.

—Lo es. Es él.

Calder entornó los ojos y, a continuación, se los protegió con la mano de la luz del sol.

—Por todos los...

Hasta la noche anterior había creído que su hermano estaba muerto. En realidad, no se había equivocado por mucho. Scale era un fantasma que había salido a rastras de la tierra de los difuntos y podía ser arrastrado de vuelta por una mera corriente de aire. Incluso a aquella distancia parecía marchito y encogido; además, tenía el pelo grasiento y apelmazado a un lado de la cabeza. Hacía tiempo que acarreaba cierta cojera, pero ahora se desplazaba de lado, arrastrando la bota izquierda sobre los viejos adoquines. Alrededor de los hombros llevaba una manta piojosa, que agarraba en torno al cuello con la mano izquierda mientras el otro extremo aleteaba contra sus piernas.

Calder se dejó caer de la silla, pasó las riendas por encima del cuello de su caballo y sintió un tremendo ardor en las doloridas costillas mientras se dirigía a ayudar a su hermano.

—Sólo tienes que asentir —susurró Escalofríos.

Calder se quedó inmóvil por un instante y notó que se le encogía el estómago. Después, siguió avanzando.

—Hermano.

Scale entornó los ojos como un hombre que no hubiese visto el sol desde hacía varios días. Tenía todo un lado de su hundido rostro cubierto por costras y un feo corte le atravesaba el hinchado puente de la nariz.

—¿Calder? —entonces mostró una débil sonrisa y Calder se percató de que había perdido los dos incisivos y tenía los agrietados labios cubiertos de sangre seca. Dejó caer la manta para estrechar la mano de Calder y quedó encorvado sobre el muñón de su brazo derecho como una mendiga sobre su bebé. Los ojos de Calder se vieron irresistiblemente atraídos por aquella horrible ausencia. Su miembro había sido extraña y casi cómicamente cortado a la altura del codo, donde llevaba unas vendas mugrientas, manchadas de sangre seca.

—Espera —se desabrochó la capa y se la pasó a su hermano sobre los hombros, mientras notaba un desagradable cosquilleo en la mano rota, como en solidaridad con el sufrimiento de su hermano.

Scale parecía demasiado dolorido y agotado como para hacer siquiera un gesto para impedírselo.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Seguí tus consejos sobre la conveniencia de pelear.

—¿Y qué tal fue el resultado?

—Doloroso para todos los implicados —contestó Calder, abrochando la hebilla con una mano y el pulgar de la otra.

Scale se balanceó como si fuese a derrumbarse de un momento a otro y observó con la mirada perdida los campos de cebada.

—Entonces, ¿la batalla ha terminado? —preguntó con voz ronca.

—Ha terminado.

—¿Quién ha ganado?

Calder hizo una pausa por un instante.

—Nosotros.

—¿Dow, quieres decir?

—Dow ha muerto.

Scale abrió como platos sus ojos inyectados en sangre.

—¿En la batalla?

—Después.

—Ha vuelto al barro —Scale meneó sus encorvados hombros bajo la capa—. Supongo que era inevitable.

Calder sólo pudo pensar en la fosa abierta ante la punta de sus botas.

—Siempre es inevitable.

—¿Quién ha tomado su lugar?

Se produjo otra pausa. La risa de los bañistas volvió a alcanzarles por un momento, pero, acto seguido, se perdió entre el crujir de la cebada.

—Yo —respondió Calder y, al instante, Scale se quedó boquiabierto, tenía un aspecto realmente estúpido con la boca destrozada abierta de par en par—. Les ha dado por llamarme Calder el Negro.

—Calder... el Negro.

—Anda, monta —Calder condujo a su hermano hasta los caballos, bajo la atenta mirada de Escalofríos.

—¿Ahora estáis los dos en el mismo bando? —inquirió Scale.

Entonces, Escalofríos se llevó un dedo a la desfigurada mejilla y tiró de ella hacia abajo, de modo que su ojo metálico sobresaliera de la cuenca.

—Sólo le estoy echando un ojo.

Scale alargó el brazo derecho hacia el arzón delantero, se detuvo en seco y, a continuación, lo tomó torpemente con el izquierdo. Consiguió meter la bota en un estribo y se dispuso a alzarse como pudo. Calder le pasó una mano por debajo de la rodilla para ayudarle. Cuando Calder era niño, Scale solía auparle a la silla de montar. En ocasiones, incluso lo alzaba de un empujón, de un modo no muy cariñoso. Cómo habían cambiado las cosas.

Los tres reemprendieron el camino. Scale iba encorvado sobre la silla mientras las riendas pendían de su mano izquierda y movía la cabeza al compás de los cascos de su montura. Calder montaba lúgubremente a su lado. Escalofríos los seguía, como una sombra. La Gran Niveladora los aguardaba a sus espaldas. Atravesaron los campos en lo que se les antojó un trayecto interminable hasta llegar al hueco abierto en el Muro de Clail, donde Calder se había enfrentado a la carga de la Unión unos días antes.

El corazón le latía ahora con tanta rapidez como entonces. Esa mañana la Unión se había retirado al otro lado del río y los muchachos de Pálido como la Nieve se encontraban acampados al norte, por detrás de los Héroes, pero todavía había merodeadores por los alrededores. Un par de saqueadores nerviosos peinaban la cebada pisoteada en busca de alguna baratija que se les hubiera podido pasar por alto a los demás. Rapiñaban puntas de flecha o cinturones o cualquier otra cosa que pudiera hacerles ganar alguna moneda. Otros corrían a través de los sembrados hacia el este. Uno de ellos llevaba una caña de pescar sobre el hombro. Resultaba extraño lo rápidamente que un campo de batalla volvía a ser sólo un pedazo de tierra. Un día, cada centímetro del mismo se convertía en un motivo para que muriera mucha gente. Al siguiente, ya no era más que una extensión de terreno que separaba un punto de otro. Mientras escudriñaba los alrededores, la mirada de Calder se cruzó con la de Escalofríos y el guerrero alzó la barbilla, planteándole en silencio la pregunta. Calder apartó los ojos igual que habría apartado la mano de una olla hirviendo.

Había matado a hombres con anterioridad. Había matado a Brodd Tenways con su propia espada horas después de que le hubiese salvado la vida. Había ordenado que matasen a Forley el Flojo únicamente por vanidad. Así que matar a un hombre cuando la Silla de Skarling era el premio no debería haber hecho que le temblasen las manos con las que sostenía las riendas, ¿o sí?

—¿Por qué no me ayudaste, Calder? —Scale había sacado el muñón de debajo de la capa y lo estaba observando, con la mandíbula fuertemente apretada—. ¿Por qué no acudiste a ayudarme al puente?

—Quise hacerlo —pero qué mentiroso—. Pero averigüé que había hombres de la Unión apostados en el bosque, al otro lado del arroyo. Preparados para atacar nuestro flanco. Quise ir, pero no pude. Lo siento —eso último, al menos, sí era cierto. Lo sentía. Aunque no iba a servir de mucho.

—Bueno —el rostro de Scale se convirtió en una máscara de dolor mientras volvía a esconder el muñón bajo la capa—. Parece que tenías razón. El mundo necesita más gente que piense y menos héroes —lo miró de reojo por un instante y su mirada estremeció a Calder—. Siempre fuiste el más listo de los dos.

—No. Eras tú quien tenía razón. En ocasiones, hay que luchar.

Aquél era el lugar donde había plantado cara al enemigo y el terreno todavía mostraba las cicatrices. Las cosechas estaban pisoteadas, había puntas de flecha diseminadas por doquier y pedazos de armaduras destrozadas en torno a los restos de las trincheras. Ante el Muro de Clail, el suelo había sido pisoteado hasta convertirse en un lodazal. Después, había vuelto a endurecerse, dejando las huellas de botas, cascos y manos como único recuerdo de los hombres que habían muerto allí.

—Uno debe conseguir cuanto pueda valiéndose de las palabras —murmuró Calder—, pero las palabras de un hombre armado siempre suenan mucho más convincentes. Como decías tú. Como solía decir nuestro padre.

Pero ¿acaso su progenitor no había dicho algo más? ¿Algo acerca de la familia? ¿Que no hay nada más importante? ¿Y sobre la piedad? ¿Algo sobre que hay que tener siempre presente la piedad?

—Cuando uno es joven, se cree que su padre lo sabe todo —aseveró Scale—. Ahora me empiezo a dar cuenta de que quizá estuviese equivocado en muchas cosas. Mira cómo acabó, si no.

—Cierto —cada palabra que pronunciaba le suponía tanto esfuerzo como levantar una enorme piedra. ¿Cuánto tiempo había vivido Calder con la frustración de tener que ver cómo se interponía en su camino ese bruto musculoso? ¿Cuántos golpes, burlas e insultos había tenido que sufrir a manos suyas? Cerró el puño alrededor del metal que llevaba en el bolsillo. De la cadena de su padre. De su cadena. ¿De verdad no hay nada más importante que la familia? ¿O acaso la familia no es un mero peso que te acaba hundiendo?

Habían dejado atrás a los saqueadores y también el escenario de la batalla. Seguían el tranquilo sendero que discurría cerca de la granja donde Scale le había

despertado hacía unos días. Donde Bayaz le había «despertado» a otro tipo de cuestiones de un modo más brusco la noche anterior. ¿Era aquello una prueba? ¿Para comprobar si Calder era lo suficientemente despiadado para los gustos del Mago? Le habían acusado de muchas cosas, pero nunca de falta de crueldad.

¿Cuánto tiempo llevaba soñando con ocupar el trono de su padre? Incluso antes de que su progenitor lo hubiese perdido. Ahora sólo le quedaba un último obstáculo por salvar. Ahora lo único que tenía que hacer era asentir. Miró de reojo a la ruina de hombre en la que se había convertido Scale. No parecía representar un obstáculo suficiente como para entorpecer el avance de un hombre ambicioso. Calder había sido acusado de muchas cosas, pero nunca de carecer de ambición.

—Siempre has sido tú el que más se parecía de los dos a nuestro padre —estaba diciendo Scale—. Yo lo intenté, pero... nunca lo conseguí. Siempre he pensado que estabas mejor preparado que yo para ser rey.

—Quizá —susurró Calder. Sin duda alguna.

Escalofríos los seguía de cerca, con una mano en las riendas y la otra apoyada sobre la cadera. Parecía sumamente relajado, mientras se balanceaba suavemente con los movimientos de su caballo. No obstante, acariciaba con las puntas de los dedos el pomo de su espada, que se hallaba envainada junto a la silla de montar. La espada que había pertenecido a Dow el Negro. La espada que había pertenecido a Nueve el Sanguinario. Escalofríos alzó una ceja, haciendo la pregunta de nuevo.

Calder notó que el corazón le palpitaba con fuerza. Había llegado el momento. Al fin, podría tener todo lo que siempre había deseado.

Bayaz tenía razón. Uno no llega a ser rey sin hacer sacrificios.

Calder inspiró aire durante una eternidad y contuvo el aliento. Ahora.

E hizo suavemente un gesto de negación con la cabeza.

La mano de Escalofríos se apartó de la empuñadura y su caballo quedó ligeramente rezagado.

—Quizá sea el hermano más preparado —afirmó Calder—, pero tú eres el mayor —entonces, acercó su caballo y extrajo la cadena de su padre del bolsillo, se la pasó a Scale por el cuello y se la colocó cuidadosamente sobre los hombros. Le dio una palmadita en la espalda y dejó ahí la mano, preguntándose cuándo había empezado a querer a aquel cabrón tan estúpido. Cuándo había empezado a querer a otra persona que no fuese él mismo. A continuación, inclinó la cabeza—. Permite que sea el primero en saludar al nuevo Rey de los hombres del Norte.

Scale observó con incredulidad el diamante que ahora reposaba sobre su mugrienta camisa.

—Nunca pensé que las cosas pudieran acabar así.

Tampoco Calder. Pero se dio cuenta de que se alegraba de que así hubiera sido.

—¿Acabar? —sonrió burlonamente a su hermano—. Esto es sólo el comienzo.

Retirado

La casa no estaba junto al mar. Ni tenía porche. No obstante, sí había un banco afuera con vistas al valle, pero, cuando al atardecer se sentaba en él con la pipa en la mano, no solía sonreír, sino que únicamente pensaba en todos los hombres que había enterrado. El alero occidental tenía goteras y últimamente había llovido en abundancia. Sólo tenía una habitación y un estante elevado donde dormía, al que se accedía mediante una escalera. Si se aplicaba ese indefinible criterio que permite distinguir entre una cabaña y una casa, había que reconocer que esa construcción sólo entraba por los pelos en la definición de casa. Pero, aun así, era una casa, que contaba con unas buenas vigas de roble y una buena chimenea de piedra. Y era suya. Los sueños no se hacen realidad por sí solos, hay que cultivarlos. Y en algún lugar hay que plantar la primera semilla. O eso se decía a sí mismo Craw.

—¡Mierda! —clavo y martillo fueron a dar contra el suelo mientras él brincaba por la habitación, maldiciendo, escupiendo y agitando la mano.

Trabajar la madera era un duro modo de ganarse la vida. Tal vez ya no se mordiese tanto las uñas, pero ahora se las castigaba a martillazos. La triste realidad, ahora que las manos cubiertas de heridas de Craw lo obligaban a afrontarla, era que no era un buen carpintero. Cuando soñaba con retirarse siempre se había imaginado creando objetos bellos. Probablemente, mientras una luz blanca entraba por unos ventanales de vidrios tintados y el serrín se alzaba en artísticas volutas. Se había imaginado tallando gabletes con cabezas de dragones tan realistas que se harían famosos en todo el Norte y harían que mucha gente viniera para contemplarlos desde varios kilómetros a la redonda. Pero resultó que la madera estaba tan llena de nudos, dobleces y astillas como las personas.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras se frotaba el pulgar, cuya uña ya estaba ennegrecida por habérsela golpeado el día anterior.

En el pueblo le sonreían y le encargaban algún que otro trabajo ocasional, pero Craw sabía que varios de esos granjeros eran mucho más hábiles que él con el martillo. Ciertamente, habían levantado el nuevo granero sin acudir a él y debía reconocer que probablemente había quedado mucho mejor por ello. Empezaba a pensar que les gustaba tenerle en el valle más por su espada que por su sierra.

Durante la guerra, los abundantes canallas de los que el Norte nunca andaba falto se habían dedicado a robar y a matar sureños. Pero ahora que había acabado, sólo podían abusar de su propia gente y aprovechaban la menor oportunidad. Por tanto, a sus vecinos debía de parecerles buena idea tener a un Gran Guerrero a mano. Era el signo de los tiempos. Sí, seguía siendo el signo de los tiempos y quizás siempre lo sería.

Se acuclilló junto a una silla contrahecha, la última víctima de su particular guerra contra el mobiliario. Había partido la juntura que se había pasado la última hora tallando y ahora una de las patas sobresalía en ángulo, dejando una fea muesca en el lugar que había estado martilleando. Lo tenía merecido, por trabajar con tan poca luz. Pero si no la terminaba aquella misma noche, tendría que...

—¡Craw!

Alzó bruscamente la cabeza. Era una voz de hombre, grave y ruda.

—¿Estás ahí, Craw?

Un escalofrío lo recorrió por entero. Puede que hubiese sido un hombre de honor la mayor parte de su vida, pero uno no se aparta del sombrío mundo de la violencia sin haberse ganado enemigos, da igual cómo se comporte.

Se levantó dando un salto, o lo más parecido a un salto que podía dar últimamente, y descolgó su espada de una alcayata situada junto a la puerta, con tanta torpeza que casi se le cayó sobre la cabeza, mientras mascullaba más maldiciones. Si alguien había ido hasta ahí para matarlo, no parecía probable que fuera a advertirle su llegada llamándolo por su nombre. A menos que fuese un idiota. Pero los idiotas pueden ser tan vengativos como cualquier otro, si no más.

Los postigos de la ventana trasera estaban abiertos. Podría descolgarse por ella y refugiarse en el bosque. Pero si venían en serio ya habrían anticipado esa posibilidad y con sus rodillas difícilmente iba a sacarle ventaja a nadie corriendo. Mejor sería salir por la puerta y mirarles a los ojos. Tal y como habría hecho cuando era joven. Se acercó furtivamente a la puerta, tragando saliva mientras desenvainaba la espada. Giró el pomo, introdujo la hoja en la abertura e hizo palanca con ella para abrir poco a poco la puerta, a la vez que escudriñaba el exterior.

Aunque iba a salir por la puerta delantera, no pensaba pintarse una diana en la camisa.

Contó ocho a primera vista, estaban dispuestos en forma de media luna sobre el húmedo patio de tierra de su casa. Un par de ellos portaban antorchas, bajo cuya luz pudo apreciar el centellear de las cotas de malla, los yelmos y las puntas de las lanzas. Eran Caris y, a juzgar por su aspecto, estaban acostumbrados a guerrear, aunque no había muchos hombres en el Norte sobre los que no pudiera afirmarse lo

mismo. Todos iban fuertemente armados, pero por lo que podía ver, ninguno había desenvainado. Aquello le reconfortó en cierto modo.

—¿Eres tú, Craw? —el alivio que sentía se multiplicó en cuanto vio quién encabezaba el grupo, el cual se acercó a la casa con las manos en alto.

—El mismo —contestó Craw, dejando caer la punta de su espada y asomando un poco más la cabeza—. Menuda sorpresa.

—Espero que la consideres una sorpresa agradable.

—Supongo que eso ya lo veremos. ¿Qué has venido a buscar aquí, Hardbread?

—¿Puedo entrar?

Craw inhaló ruidosamente.

—Puedes. Pero tu grupo tendrá que conformarse con disfrutar del aire nocturno por ahora.

—Están acostumbrados —replicó Hardbread dirigiéndose a solas hacia la casa. Parecía haber prosperado. Llevaba barba recortada y una cota de malla nueva. La empuñadura de su espada era ahora de plata. Ascendió los escalones, pasó junto a Craw y avanzó hasta el centro de la única habitación, para lo cual le bastaron unos cuantos pasos. A continuación, echó un vistazo a su alrededor. Estudió el jergón de Craw extendido sobre el estante, su banco de trabajo y sus herramientas, la silla a medio terminar, la madera partida y las virutas esparcidas sobre el suelo.

—¿Así es como se vive cuando uno se ha retirado?

—No, tengo un palacio en la parte trasera. ¿Qué haces aquí?

Hardbread respiró hondo.

—He venido porque el poderoso Scale Mano de Hierro, el Rey de los hombres del Norte, ha declarado la guerra a Glama Dorado.

Craw resopló.

—Querrás decir que se le ha declarado Calder el Negro. ¿Por qué?

—Porque Dorado ha matado a Caul Reachey.

—¿Reachey está muerto?

—Murió envenenado. Y Dorado fue el responsable.

Craw entornó los ojos.

—¿Estás seguro de eso?

—Como Calder dice que fue así, Scale se lo cree, y eso es lo más cerca que vamos a estar de la verdad. Todo el Norte va a respaldar a los hijos de Bethod y he venido a preguntarte si tú también querrías unirte a ellos.

—¿Desde cuándo luchas tú en favor de Calder y Scale?

—Desde que el Sabueso decidió colgar la espada y dejó de pagar.

Craw arrugó el entrecejo.

—Calder nunca me aceptaría.

—Ha sido Calder quien me ha enviado. Tiene a Pálido como la Nieve, a Cairm Cabeza de Hierro y a tu vieja amiga Wonderful como Jefes Guerreros.

—¿A Wonderful?

—Sí, es una mujer astuta, desde luego. Pero a Calder le falta un hombre de renombre que pueda servirle como segundo al mando y dirigir a sus Caris. Al parecer, necesita a un hombre de honor —Hardbread señaló la silla—. Y no creo que tenga intención de contratarte como carpintero.

Craw permaneció en silencio intentando poner en orden sus pensamientos. Le acababan de ofrecer un puesto, uno muy elevado, que le permitiría volver a hallarse entre individuos a los que entendía y que lo admiraban. De vuelta al tenebroso oficio de la guerra, en el que debería esforzarse por hacer lo correcto y donde volvería a pronunciar discursos sobre tumbas.

—Siento que hayas tenido que venir hasta aquí para nada, Hardbread, pero la respuesta es no. Transmítele mis disculpas a Calder. Mis disculpas por esto y... por cualquier otra cosa. Pero dile que no voy a volver. Dile que me he retirado.

Hardbread suspiró.

—De acuerdo. Es una lástima, pero se lo diré —entonces, se detuvo un momento en el umbral y se volvió para añadir—: Cuídate, ¿eh, Craw? Ya no quedamos muchos capaces de distinguir la diferencia entre lo correcto y lo erróneo.

—¿Acaso existe esa diferencia?

Hardbread contuvo las carcajadas.

—Ya. En cualquier caso, cuídate —acto seguido, bajó a zancadas los escalones y se adentró en la creciente oscuridad.

Craw lo observó un momento, mientras se preguntaba si le alegraba o le entristecía notar cómo se le relajaba el pulso. Mientras sopesaba la espada en la mano, recordando lo que se sentía al blandiría. Era una sensación muy diferente a sostener un martillo, eso seguro. Entonces, recordó el día en que Tresárboles se la había entregado. El orgullo que había sentido, cual fuego en su interior. Sonrió a su

pesar al recordar cómo había sido. Lo iracundo, salvaje y hambriento de gloria que había sido antaño, sin una pizca de honradez en todo su ser.

Miró a su alrededor y contempló su habitación y los pocos enseres que había en ella. Siempre había pensado que retirarse sería como regresar a su vida tras una pausa de pesadilla. Tras un largo exilio en la tierra de los muertos. Ahora se daba cuenta de que todas las cosas que habían merecido la pena en su vida le habían acontecido mientras sostenía una espada.

Mientras se encontraba junto a su docena. Mientras se reía con Whirrun, Brack y Wonderful. Mientras estrechaba las manos de sus compañeros antes de la lucha, sabiendo que moriría por ellos y ellos por él. Mientras sentía esa confianza, esa sensación de hermandad y ese amor que surgían de unos vínculos más fuertes que los lazos familiares. Mientras se alzaba junto a Tresárboles sobre los muros de Uffrith, rugiendo desafiante ante el gran ejército de Bethod. Entonces, recordó el día que había cargado en Cumnur. Y en Dunbrec. Y en las Altas Cumbres, a pesar de que ahí fueron derrotados. Quizá, precisamente, porque fueron derrotados. Recordó el día en que se ganó su apodo. Incluso el día en que murieron sus hermanos. Incluso se acordó de cuando se hallaba en lo alto de los Héroes, bajo el azote de la lluvia, viendo avanzar a la Unión, sabiendo que cada momento podría ser el último.

Como había dicho Whirrun, no había modo de sentirse más vivo. Desde luego, arreglando una silla no se iba a sentir así.

—Oh, mierda —murmuró mientras agarraba el cinturón y su abrigo, se los echaba por encima del hombro y salía cerrando de un portazo. Ni siquiera se molestó en echar la llave.

—¡Hardbread! ¡Espera!

FIN

Agradecimientos

Como siempre, a cuatro personas sin las cuales esta novela no habría visto la luz:

Ben Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola.

Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella.

Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos al pasar sus páginas.

Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome.

Y, también, mi agradecimiento más cordial:

A toda la gente tan encantadora como inteligente de mi editorial británica, Gollancz, y de su pariente Orion; sobre todo Simón Spanton, Jo Fletcher, Jon Wier, Mark Stay y Jon Wood. Y, cómo no, a todos los que han contribuido a hacer, publicar, publicitar, traducir y, sobre todo, *vender,* mis libros, en cualquier parte del mundo en que se encuentren.

A los artistas responsables, del modo que sea, de hacerme parecer elegante: Didier Graffet, Dave Sénior y Laura Brett.

A los editores del otro lado del charco: Devi Pillai y Lou Anders.

A otros profesionales tercos que me ofrecieron diversos, y misteriosos, servicios: Robert Kirby, Darren Turpin, Matthew Amos y Lionel Bolton.

A todos los escritores cuyos caminos se cruzaron con el mío, ya fuese electrónicamente o en carne y hueso, y que me ofrecieron ayuda y risas, junto con unas cuantas ideas que valía la pena robarles, entre los que se cuentan, aun siendo muchos más, los siguientes: James Barclay, Mark Billingham, Peter V. Brett, Stephen Deas, Roger Levy, Tom Lloyd, Joe Mallozzi, George R. R. Martin, John Meaney, Richard Morgan, Mark Charan Newton, Garth Nix, Adam Roberts, Pat Rothfuss, Marcus Sakey, Wim Stolk y Chris Wóoding.

Y finalmente, aunque hubiera debido decir primeramente:

A aquella que blande el Padre de los Rotuladores Rojos, que no puede ser desenvainado sin manchar el papel, una campeona intrépida en el campo de batalla editorial, mi editora, Gillian Redfearn. Quiero decir, alguien tiene que dedicarse a *luchar de verdad...*